


LEGADOS
CLACSO

UNA SOCIOLOGÍA SIN FRONTERAS

Exploraciones sobre género y trabajo

Textos reunidos de Luz Gabriela Arango (1991-2018)

Compilación de Mara Viveros Vigoya

 **CLACSO**

UNA SOCIOLOGÍA SIN FRONTERAS

Exploraciones sobre género y trabajo

Textos reunidos
de **Luz Gabriela Arango**
(1991-2018)

Compilación de Mara Viveros Vigoya

Arango, Luz Gabriela

Una sociología sin fronteras : exploraciones sobre género y trabajo / Luz Gabriela Arango ; Compilación de Mara Viveros Vigoya ; Prólogo de Mara Viveros Vigoya. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2025.

Libro digital, PDF - (Legados)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-959-3

1. Sociología. 2. Estudios de Género. 3. Educación.
I. Viveros Vigoya, Mara , comp. II. Viveros Vigoya,
Mara, prolog. III. Título.
CDD 301

DESCRIPTORES CLACSO:

Sociología / Feminismo / Clases sociales / Trabajo /
Género / Raza

Corrección: Leonardo Berneri

Diagramación: Paula D'Amico

Diseño de tapa: Alejandro Barba Gordon

UNA SOCIOLOGÍA SIN FRONTERAS

**Exploraciones sobre
género y trabajo**

Textos reunidos
de **Luz Gabriela Arango**
(1991-2018)

Compilación de Mara Viveros Vigoya

LEGADOS
CLACSO



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

 **CLACSO**



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

Una sociología sin fronteras. Exploraciones sobre género y trabajo (Buenos Aires: CLACSO, FLACSO, noviembre de 2024).

ISBN 978-987-813-959-3



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |

<www.clacso.org>



Suecia

Sverige

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Prólogo	11
<i>Mara Viveros Vigoya</i>	

Parte I. Lo masculino y lo femenino en el ámbito laboral

Interrelación entre familia y trabajo

Entre el paternalismo cristiano y la “empresa-providencia”: 1945-1959	49
Religión, familia e industria en la transmisión de valores: el caso de las trabajadoras textiles de Antioquia (Colombia)	69

Relación entre saberes femeninos, tecnología y economía global

Género, globalización y reestructuración productiva	99
Mujeres, trabajo y tecnología en tiempos globalizados	133

Género e identidades profesionales

Perfiles sociales de las ejecutivas latinoamericanas. El caso colombiano: el surgimiento de una nueva generación	171
Itinerarios profesionales y calendarios familiares: mujeres y hombres en la gerencia pública en Colombia	219

Parte II. Sociología, Educación y juventud

El canon de la sociología

¿Tiene sexo la sociología? Consideraciones en torno a la categoría género	267
A la sombra de los padres fundadores de la sociología	313

Las desigualdades de género en la educación superior: una aproximación interseccional

Jóvenes sociólogos/as e ingenieros/as de sistemas en la Universidad Nacional de Colombia: origen de clase e identidad social	351
Las mujeres en Ingeniería de Sistemas: escogencias, selección y negociación del carácter sexuado de la profesión	441

Juventud y espacios de socialización

Estatus adolescente y valores asociados con la maternidad y la sexualidad en sectores populares de Bogotá	483
Condición estudiantil y modos de ingreso a la sociedad adulta	515

Parte III. El giro conceptual del cuidado

Aperturas analíticas e investigativas de la noción de cuidado

El trabajo de cuidado: ¿servidumbre, profesión o ingeniería emocional?	547
--	-----

Estilistas, peluqueras y barberos: género, oficios e identidades	577
Belleza negra, modernidad y resistencias en Brasil	619
Sobre las autoras	675

Prólogo

Mara Viveros Vigoya

Luz Gabriela Arango Gaviria, a quien cariñosamente llamábamos Luzga, fue más que una colega; fue una amiga entrañable. Su pensamiento, siempre riguroso y profundo, fluía con delicadeza, entrelazando una atenta sensibilidad, una tímida sonrisa y un agudo sentido del humor. Recordarla y plasmar su legado en esta compilación de textos surge de la necesidad de vincular los hilos de una vida compartida y dar testimonio de una profunda admiración por su obra.

Con estas palabras, quiero destacar la importancia del trabajo intelectual de Luz Gabriela Arango y sus valiosas contribuciones a la lucha feminista, esenciales para abrir caminos hacia un mundo más acogedor y generoso. Realizar una compilación de su obra intelectual es, al mismo tiempo, un desafío, pues implica reflexionar sobre ella en lugar de hacerlo junto con ella, como lo hice durante más de treinta y cinco años de amistad. Este prólogo busca convertir a una de mis interlocutoras más queridas y cercanas, tanto en el ámbito afectivo como en el intelectual, en la protagonista de estas páginas, reconociéndola como una pensadora feminista fundamental para comprender y transformar las desigualdades de género, especialmente en América Latina.

Luz Gabriela Arango dedicó gran parte de su vida adulta a cuestionar y transformar la sociología, desafiando su enfoque androcéntrico y eurocéntrico. Su labor intelectual se situó en la intersección de los estudios de género, la sociología del trabajo y diversas teorías sobre la dominación y las desigualdades sociales (Álvarez Rivadulla y Castelbajac, 2017). Sin embargo, su trabajo no se limitó a señalar los sesgos masculinos presentes en gran parte de la producción sociológica: en su reflexión y praxis, buscó destacar las voces y experiencias de las mujeres, consciente de la necesidad de incluir perspectivas diversas tanto en el ámbito académico como en el espacio público (Molinier, 2018a).

Conocí a Luz Gabriela en Bogotá, en 1981, cuando buscaba bibliografía sobre las mujeres en el ámbito laboral colombiano mientras afinaba los objetivos y enfoques de su investigación sobre la población obrera femenina para su tesis doctoral. En ese entonces, cursaba su doctorado en sociología en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS) de París. Luz Gabriela llegó a las oficinas de la Asociación Colombiana de Estudios de Población (ACEP), una ONG especializada en estudios demográficos, donde trabajaba la socióloga Magdalena León, pionera en los estudios sobre la participación de las mujeres en la educación, la familia, el mercado laboral y el desarrollo urbano y rural. Magdalena había convertido una de las salas de la oficina en un espacio clave para acopiar y consultar material bibliográfico, que ella misma había utilizado en sus investigaciones y que se enriquecía constantemente con libros, revistas y trabajos traídos de sus viajes y participaciones en congresos internacionales.

En ese entonces, yo trabajaba como “asistente técnico” de Magdalena en dos proyectos de investigación-acción, mientras finalizaba mi tesis de pregrado en Economía en la Universidad Nacional de Colombia, centrada en la participación económica

de las mujeres en la floricultura colombiana. El primero de estos proyectos tenía como objetivo sensibilizar a funcionarios de diferentes niveles sobre la participación y posición de las mujeres en el sector rural. El segundo buscaba no solo comprender las relaciones y condiciones sociolaborales del servicio doméstico en Colombia, sino también transformarlas.

Magdalena, que por esos días se encontraba en uno de sus innumerables viajes, me pidió que asesorara a Luz Gabriela, guiándola entre los documentos disponibles en la sala de consulta. En ese contexto, compartimos preguntas, dudas y complicidades, que se fueron entretejiendo en conversaciones profundas sobre nuestras investigaciones y experiencias. Entre comentarios sobre sus inquietudes académicas, charlas sobre su vida estudiantil en Francia y la convivencia que surgió de manera inesperada, se fue fraguando una relación que trascendió lo profesional y se convirtió, gradualmente, en una amistad entrañable.

Nacida en Medellín en 1957, Luz Gabriela provenía de una familia antioqueña de clase media alta que se trasladó a Bogotá. Fue la segunda de tres hermanos, con Gustavo como el mayor y Pilar como la menor, en una dinámica familiar diversa y rica en influencias. Su padre, Gustavo Arango, fue ingeniero civil y ocupó un cargo directivo en la Federación de Cafeteros, mientras que su madre, Gabriela Gaviria, era "ama de casa" y destacaba por sus habilidades en pintura de porcelana y óleo. Hizo sus estudios de primaria y secundaria en el Liceo Francés Louis Pasteur de Bogotá, y sus estudios universitarios en Francia, donde obtuvo su maestría en sociología en la *Université Paris X -Nanterre-* y su doctorado en la EHESS con las más altas calificaciones. Esta sólida formación académica, en el contexto post mayo del 68, explica en gran parte su familiaridad con teorías complejas y metodologías rigurosas, así como su profundo conocimiento de la historia del pensamiento social; también su enfoque crítico

hacia los datos, los supuestos teóricos y las implicaciones éticas y políticas de las investigaciones sociales.

A finales de 1981, Luz Gabriela se casó con César Valencia Solanilla, quien, aunque abogado de formación, había realizado un doctorado en literatura en Francia y siempre afirmó que su verdadera pasión eran la literatura y la docencia. Se trasladaron a Medellín, en parte respondiendo al deseo de Luz Gabriela de estudiar las trayectorias de vida de las obreras industriales antioqueñas y comprender el papel de la identidad regional en la formación de esta población, con la cual compartía raíces familiares. Tuve la oportunidad de visitarla un par de veces y escuchar con interés su relato sobre el descubrimiento de Bello, una pequeña ciudad industrial habitada en su mayoría por familias de trabajadores jubilados de Fabricato, la fábrica textil que durante décadas fue el principal motor económico de la región.

Este entorno le permitió conocer y entrevistar a obreras que habían trabajado en la empresa en diferentes momentos, recogiendo la memoria de sus trayectorias vitales, familiares y laborales, así como la evolución del empleo femenino en esta industria tan particular. La industria textil en Antioquia, desarrollada por grandes empresarios pioneros en la industrialización del país, había establecido formas de gestión que dependían en gran medida de una mano de obra femenina. Con el tiempo, sin embargo, esta mano de obra fue reemplazada por trabajadores masculinos. Este proceso despertó su interés. Uno de los objetivos fundamentales de su trabajo fue esclarecer las modalidades y causas de este desplazamiento, y estudiar cómo interactuaban las políticas de la empresa respecto al empleo femenino con las estrategias de supervivencia desarrolladas por las familias a lo largo de varias generaciones, a medida que las mujeres se integraban al trabajo industrial.

Después de finalizar su trabajo de campo, Luz Gabriela y César regresaron a Bogotá y se instalaron en La Floresta, la casa de campo de los padres de ella, ubicada a las afueras de la ciudad. Allí nacieron sus dos hijos, Natalia y Alejandro. Mientras se dedicaba a la crianza de Natalia, Luz Gabriela terminó de escribir su tesis de doctorado, se enfocó en la producción artesanal de quesos y puso entre paréntesis la sociología por un tiempo.

En 1983, viajé a Francia para realizar mis estudios de posgrado y doctorado en antropología en la misma universidad en la que Luz Gabriela había estudiado en París, y nos reencontramos en 1985, cuando ella volvió para sustentar su tesis de doctorado, dirigida por el eminente sociólogo y colombiano Daniel Pécaut. Cuando regresé a Bogotá en 1990, ya convertida en antropóloga, nos encontramos casi de inmediato en la Universidad Externado de Colombia y retomamos el hilo de nuestra conversación interrumpida.

En ese momento, Luz Gabriela estaba inmersa en las correcciones del manuscrito de su libro *Mujer, religión e industria. Fabricato 1923-1982*, que retomaba los hallazgos de su tesis doctoral. Este libro fue publicado en 1991 por la Editorial Universidad de Antioquia en asocio con la Universidad Externado de Colombia y marcó el inicio de su trayectoria investigativa. Como colegas, ahora en la Universidad Externado, coorganizamos junto a otros colegas algunos eventos, como el seminario internacional “El uso de las historias de vida en ciencias sociales: teorías, metodologías y prácticas” que tuvo lugar en la ciudad de Villa de Leyva en marzo de 1992.

En 1993, ya como mujer divorciada, Luz Gabriela asumió la dirección de la investigación “La mujer en la gerencia en América Latina” en la Universidad de los Andes, un proyecto que buscaba analizar los liderazgos organizacionales protagonizados por mujeres en Colombia, Chile, Venezuela y Argentina. Dada la escasa

presencia de mujeres en las esferas directivas de empresas públicas y privadas, y considerando que este fenómeno solo comenzó a visibilizarse a finales de los años ochenta en América Latina, resultaba crucial recopilar datos estadísticos confiables para estudiar la evolución de la participación femenina en altos cargos, así como el perfil sociodemográfico de estas mujeres. Además, el proyecto tenía como objetivo obtener datos cualitativos sobre sus estrategias para equilibrar las demandas laborales y familiares. Me uní al proyecto en esta última etapa, invitada por Luz Gabriela para analizar los datos cualitativos. Los principales resultados de la investigación se plasmaron en el libro *Mujeres ejecutivas. Dilemas comunes, alternativas individuales*, que coordinamos conjuntamente con Rosa Bernal, y fue publicado por la Editorial Uniandes en 1995.

Esos procesos de colaboración profesional fortalecieron aún más nuestra amistad, a la que se integró también Thierry Lulle, mi compañero de vida. Con el nacimiento de nuestra hija Anaïs en 1993, Luz Gabriela y yo nos convertimos además en comadres, consolidando así nuestro parentesco electivo. Desde entonces, ese vínculo fue adquiriendo muchos más significados personales, recogiendo el que las mujeres del Pacífico colombiano les dan a muchas de sus prácticas ancestrales: solidaridad y sororidad (Viveros, 2019).

En 1994, Luz Gabriela se incorporó a la Universidad Nacional de Colombia como docente del Departamento de Sociología, y poco después, entre 1996 y 1998, asumió la dirección del Centro de Estudios Sociales (CES). Simultáneamente, se asoció al Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo (PGMD), y juntas fundamos el Grupo Interdisciplinario de Estudios de Género (GIEG), en el cual alternamos los cargos de dirección y codirección hasta su fallecimiento en octubre de 2017.

En 2001, el PGMD se convirtió en una unidad académica de la Facultad de Ciencias Humanas bajo el nombre de Escuela de Estudios de Género (EEG). Luz Gabriela continuó alternando sus labores docentes entre el Departamento de Sociología y la EEG hasta 2016. Entre 2014 y 2016, fue directora de la Escuela y, en 2016, fue nombrada como primera secretaria técnica del recién creado Observatorio de Asuntos de Género de la Universidad Nacional. Además, en 2003, fue profesora invitada del *Institut des Hautes Études d'Amérique Latine* (IHEAL) de París en la Cátedra Antonio Nariño de Estudios Colombianos. A lo largo de su carrera, participó activamente en redes profesionales como la Asociación Latinoamericana de Estudios del Trabajo (ALAST), realizó estancias posdoctorales en la Universidad Estatal de Campinas y fue conferencista invitada en diversas instituciones de América y Europa.

En el curso de Luz Gabriela buscó cambiar la cara androcéntrica y eurocentrada de la sociología colombiana con un trabajo desarrollado a lo largo de más de treinta años, rescatando la obra de mujeres sociólogas olvidadas y cuestionando las normas que regían la construcción teórica en su disciplina. El trabajo fue un eje constante en sus investigaciones, abordándolo desde diversas perspectivas, como las problemáticas de la juventud, la educación superior, las identidades profesionales, la discriminación racial, el cuidado y la movilidad social. Su trayectoria intelectual se caracterizó por ser la de una pensadora crítica que utilizaba la teorización social como una herramienta esencial para generar ideas y prácticas necesarias “para que algo suceda”, con la esperanza de transformar el presente en algo mejor (Hill Collins, 2019). Su vinculación institucional reflejó claramente estos intereses, consolidándose como una académica comprometida con el análisis crítico y el avance de la sociología en América Latina.

En su trabajo, Luz Gabriela integró de manera notable la literatura sociológica francesa, no solo adaptando sus ideas al análisis de la realidad colombiana, sino también movilizándolas de manera crítica. En su artículo “Democratización de las relaciones de género y nuevas formas de dominación de clase en América Latina: reflexiones a partir del caso colombiano” (2001), reconocía, por ejemplo, las limitaciones de la teoría de Bourdieu, a pesar de su afinidad con ella, señalando que “como cualquier teoría, y a pesar de sus pretensiones holísticas, no resuelve todos nuestros interrogantes” (Arango Gaviria, 2001, p. 12).

Así lo señala igualmente en su libro *Jóvenes en la Universidad* (2006), donde critica que, en *Homo Academicus*, Bourdieu omite examinar a fondo su postulado de reflexividad metodológica. Su análisis del poder en el ámbito universitario francés ignoró la dominación masculina. Aunque Bourdieu reveló que el 94% de los 405 profesores que examinó eran hombres, no sacó conclusiones sobre esta evidente desigualdad. Luz Gabriela ironizó esta falencia, afirmando que “el carácter masculino del mandarinato universitario francés no fue derrumbado en la rebelión de mayo del 68; fue sustituido por un nuevo poder con hegemonía masculina” (p. 209).

Además de ser crítica frente a las desigualdades de género en el ámbito académico, Luz Gabriela fue una incansable y curiosa lectora que supo aprovechar los aportes de la epistemología feminista propuesta por Sandra Harding (1996) y Donna Haraway (1997); del *Black feminism* (Hill Collins, 2004; Davis, 2004), de las sociólogas del trabajo como Helena Hirata y Nadya Guimarães (ver Arango Gaviria, 2013; Guimarães, Hirata y Sugita, 2012), del análisis estructural de los relatos biográficos de Claude Dubar y Didier Demazière (1997); de las economistas feministas como Diane Elson (1995) y Lourdes Benería (1998); de los aportes

teóricos sobre el trabajo y la ética del cuidado de Pascale Molinier (2003; 2011), Joan Tronto (2013), Patricia Paperman y Sandra Laugier (2005) entre otras autoras.

Una vez presentados algunos trazos generales de su trayectoria biográfica, considero importante explicar la organización de los textos reunidos en esta publicación. Esta selección de su obra, necesariamente parcial, no pretende sintetizarla en su totalidad. Los textos se dividen en tres secciones que articulan las líneas de fuerza que guiaron el trabajo investigativo de Luz Gabriela Arango a lo largo de veinticinco años. Aunque los escritos siguen un orden cronológico y temático, todos comparten un interés constante —adaptado a los diferentes contextos y momentos de análisis— por los trabajos desempeñados por mujeres o considerados femeninos, así como por la agencia y las formas de resistencia de las trabajadoras.

La primera sección, titulada *Lo masculino y lo femenino en el ámbito laboral*, se organiza en torno a tres ejes: la interrelación entre familia, religión y trabajo; la influencia del género en las identidades profesionales de las mujeres en el ámbito gerencial; y la conexión entre saberes femeninos, tecnología y economía global. En esta sección se pone de manifiesto cómo la conceptualización del trabajo ha sido históricamente construida sobre la exclusión de las mujeres, y cómo dicha exclusión ha sido perpetuada por diversas instituciones sociales —religiosas, educativas, económicas y políticas— a lo largo del tiempo

La segunda sección, *Sociología, educación y juventud*, reúne artículos que examinan el androcentrismo del canon sociológico, las desigualdades de género en la educación superior desde una perspectiva interseccional, y las identidades y proyectos de vida de adolescentes y jóvenes de sectores populares y del ámbito universitario. En esta sección se analiza cómo las barreras de género

y clase se intersectan para limitar las oportunidades de estos grupos, ofreciendo una visión crítica sobre las estructuras educativas y sociales.

La tercera sección, *El giro conceptual hacia el cuidado*, se enfoca en las investigaciones más recientes de Luz Gabriela sobre las áreas, tareas y personas vinculadas a los servicios estéticos. En esta sección se destacan tres textos clave que han abierto nuevas rutas analíticas y de investigación en torno a la noción del cuidado, ampliando el debate sobre el trabajo femenino y su impacto en la economía global.

A través de sus palabras, Luz Gabriela continúa iluminando el camino en los estudios de género, consolidándose como un referente clave para quienes se interesan en el trabajo dentro de este campo. La originalidad de su pensamiento radica en su enfoque multidimensional, que abarcó diversas problemáticas a lo largo de su carrera, y en su constante deseo de que estas reflexiones guiaran prácticas sociales hacia un mundo más justo y solidario. Su obra invita a seguir explorando los senderos que abrió, con una mirada crítica y comprometida hacia las transformaciones sociales necesarias, donde las voces de las mujeres, en toda su diversidad, sean escuchadas y valoradas.

Primera parte: lo masculino y lo femenino en el ámbito laboral

Interrelación entre familia y trabajo

El primer texto de esta sección, titulado “Entre el paternalismo cristiano y la ‘empresa-providencia’: 1945-1959”, forma parte del libro *Mujer, religión e industria. Fabricato 1923-1982* (Arango, 1991). Al revisar los principales trabajos de Luz Gabriela, es evidente el

reconocimiento generalizado de la importancia de esta obra. Su investigación histórica sobre las obreras de la empresa textil Fabricato representa un esfuerzo significativo para comprender las vidas y sentimientos de cuatro generaciones de trabajadoras, en función de las políticas empresariales de una de las compañías textiles más relevantes en la historia industrial de Colombia. Este estudio se basa en las hojas de vida y testimonios de las trabajadoras que ingresaron a la fábrica en distintos periodos seleccionados (1923-1944; 1945-1959; 1969-1973; 1974-1982).

La investigación se centra en el análisis de las estrategias patronales y familiares, que se consideran determinantes sociales en las trayectorias laborales de estas mujeres. Además, examina la identidad regional antioqueña como un elemento clave en los procesos demográficos que sustentaron dichas estrategias. El libro revela cómo el género actúa como un factor fundamental en las relaciones familiares y laborales, destacando la resistencia y la agencia de las trabajadoras. No solo tuvieron que adaptarse a las restricciones impuestas por la empresa y la familia, sino que también lucharon por tomar el control de sus propias vidas. La historia de las obreras de Fabricato ilustra su búsqueda activa de autonomía. El género, omnipresente en sus vidas, explica la conexión entre las estrategias de las familias antioqueñas pobres y las políticas empresariales, especialmente en las dos primeras generaciones de obreras y, de manera parcial, en la tercera.

Las primeras generaciones de obreras textiles no desarrollaron estrategias individuales; en cambio, siguieron las decisiones familiares. Su soltería y larga permanencia laboral en Fabricato fueron opciones impuestas por sus familias para garantizar ingresos cuando el padre no podía proveer, además de servir como apoyo para hermanos y otros familiares en dificultades. Por su parte, las empresas seleccionaban obreras cuyos perfiles

se alineaban con sus creencias sobre las cualidades femeninas, la edad, el estado civil y los valores cristianos de la cultura regional. En este contexto, los empresarios implementaron una combinación de prácticas paternalistas y autoritarias, que se conoció como el modelo de la “empresa providencia”.

A partir de la década de 1950, nuevas prácticas empresariales trajeron cambios tecnológicos, como la introducción de la Ingeniería Industrial. Esto provocó una progresiva calificación de los puestos de trabajo, lo que derivó en el desplazamiento de las mujeres hacia oficios menos valorados y en la masculinización de los empleos más cualificados (Arango Gaviria, 1994). Como señala Castellanos (2019, p. 34), resumiendo los hallazgos de Luz Gabriela, este desplazamiento “no se basó en dificultades de las mujeres para adaptarse a la creciente mecanización de los procesos, sino en las políticas moralistas y la concepción que tenían las familias y los administradores de Fabricato sobre la mujer”.

La singularidad del trabajo de Luz Gabriela radica en su enfoque en las historias de vida de las trabajadoras, en contraste con la historiografía industrial, predominante hasta entonces, centrada en empresarios y empresas. Esto es subrayado en el segundo texto de esta sección, titulado “Religion, Family, and Industry in the Transmission of Values” que forma parte del libro *Between Generations. Family Models, Myths, and Memories*, editado por Daniel Bertaux y Paul Thompson (2005). Este texto se alinea con el enfoque biográfico propuesto por estos autores, que destaca la relevancia de dicho enfoque para investigar dinámicas familiares y cambios sociales. En esta línea, Luz Gabriela analizó cómo las sucesivas ideologías laborales implantadas en una ciudad fabril colombiana transformaron no solo los roles familiares disponibles para las mujeres, sino también las relaciones intergeneracionales, revelando tensiones en la transmisión de valores y normas

familiares, tema central del libro de Bertaux y Thompson. Este estudio de caso de las obreras textiles de Fabricato constituye una aportación significativa a la historia de las mujeres en Colombia, desde una perspectiva innovadora que, aunque inspirada en estudios europeos sobre obreras industriales, está profundamente enraizada en el contexto local.

Género e identidades profesionales

El texto “Perfiles sociales de las ejecutivas latinoamericanas. El caso colombiano: el surgimiento de una nueva generación” que inaugura el eje sobre identidades profesionales de la primera parte de esta compilación hace parte del libro *Mujeres ejecutivas, dilemas comunes, alternativas individuales* (Arango, Viveros y Bernal 2005). A través de 987 encuestas a mujeres ejecutivas y 553 a empresas en cuatro ciudades de Colombia, el estudio invierte el enfoque tradicional sobre desigualdades laborales al centrarse no en las mujeres más desfavorecidas, sino en un grupo selecto de mujeres profesionales que, desde los años 1990, comenzó a ocupar cargos importantes en empresas y el Estado. Estas mujeres representan la “punta del iceberg” en las transformaciones sociales, económicas y culturales que las mujeres han liderado en la región.

En este texto se indaga sobre si la subordinación femenina desaparece en los altos estratos o si persiste bajo otras formas de discriminación. También plantea interrogantes sobre la existencia de un sujeto colectivo femenino que trascienda categorías sociales, o si este supuesto es una mera construcción teórica. Examina, además, el papel de las mujeres ejecutivas en la transformación social, tanto en sus organizaciones como en la educación y el mercado laboral. Sus resultados contribuyen a romper un conjunto de mitos y estereotipos respecto a las características

de las mujeres que llegan a puestos de decisión, así como a su capacidad para combinar el trabajo y la familia.

Con este estudio se cuestiona la noción de tiempo laboral establecida bajo parámetros masculinos y se plantean preguntas sobre la posibilidad de que nuevos estilos de gestión protagonizados por mujeres puedan promover un equilibrio entre la vida laboral y familiar, transformando conceptos como el de la calidad de vida, al menos dentro de las organizaciones que trabajan. Al abordar las diversas problemáticas relacionadas con la presencia de mujeres en altos cargos de la administración pública y privada se destaca lo poco que se ha explorado este campo en América Latina.

El segundo texto “Itinerarios profesionales y calendarios familiares: Mujeres y hombres en la Gerencia Pública en Colombia”, del cual soy coautora, fue publicado en la *Revista Colombiana de Sociología* (1996). El artículo examina la heterogeneidad en el poder y prestigio de los cargos directivos ocupados por mujeres en el sector público, destacando las desigualdades de género que persisten en este ámbito. A pesar de que mujeres y hombres tienen formación similar, las trayectorias laborales de las mujeres son más desfavorables, comenzando en niveles inferiores y enfrentando ritmos de ascenso más lentos y menor acceso a puestos de prestigio. Se destacan las influencias culturales y simbólicas que perpetúan estas inequidades, así como la interrelación entre trabajo y familia, donde los hombres suelen beneficiarse de apoyos sociales invisibles. El artículo sugiere la necesidad de estudios más profundos sobre la formación de valores profesionales y la socialización de género en el trabajo.

El trabajo de Luz Gabriela, tanto sobre Fabricato como sobre el ámbito de la gerencia privada y pública, nos permite comprender que el género afecta las reglas del mercado de trabajo, las

representaciones de empleadores y empleados, las normas laborales, las pautas familiares y las identidades personales. Igualmente, que uno de los factores de mayor incidencia en la reproducción y transformación de las inequidades laborales de género es la interrelación entre familia y trabajo. En todas estas pesquisas Luz Gabriela buscaba subrayar que las “desventajas” de las mujeres, percibidas como trabajadoras “marginales”, “problemáticas” y “diferentes” con respecto al modelo masculino de trabajador, estaban directamente relacionadas con las “ventajas” de los hombres y sus privilegios sociales, gracias a sus posibilidades de contar con el trabajo de numerosas mujeres detrás de ellos (madres, esposas, secretarías y empleadas domésticas) que les permitían desarrollarse laboralmente.

Relación entre saberes femeninos, tecnología y economía global

A finales del siglo xx, los escritos de Luz Gabriela comenzaron a destacar su enfoque regional y la importancia de vincular las investigaciones locales con el “nuevo orden mundial” y los cambios en las dinámicas de la economía global. Como subraya Lourdes Benería (1995), el problema de género estaba ausente en gran parte de este debate, a pesar de que la globalización coincidía con un proceso internacional de feminización de la fuerza de trabajo.

Dos procesos clave fueron analizados por investigadoras feministas interesadas en demostrar cómo la división internacional del trabajo, en el marco de la globalización, se articula con una división sexual y geográfica que sitúa a trabajadoras del Tercer Mundo en segmentos desventajosos del mercado laboral. El primero de estos procesos se refiere a las zonas de industrialización para la exportación, y el segundo, al trabajo industrial a domicilio integrado en cadenas internacionales de subcontratación.

Por otra parte, a finales de los años 1990, muchos de los debates en la Sociología del Trabajo giraron en torno a la crisis del modelo fordista en dos áreas principales: por un lado, la crisis del Estado de Bienestar en los países industrializados y el auge del mercado como principal regulador social, y por otro, el surgimiento de un nuevo sistema industrial basado en la integración de tareas, el uso de mano de obra calificada y la creación de redes de subcontratación entre empresas, caracterizadas por relaciones horizontales y cooperativas.

Una dimensión poco estudiada del agotamiento o reemplazo del modelo fordista fue la crisis del modelo de proveedor masculino, que colocaba a las mujeres en un lugar periférico dentro del mercado laboral y justificaba el salario femenino como complementario. Esta noción, cuya persistencia explica en gran medida la brecha salarial entre hombres y mujeres, se apoya en una norma familiar que excluye, entre otras, las opciones de pareja no heterosexuales. La aparente igualdad entre hombres y mujeres, en este contexto, parece ser más el resultado del deterioro de las condiciones laborales de los hombres que de una mejora real en las de las mujeres.

Los distintos modelos económicos implementados en América Latina transformaron las condiciones laborales de las mujeres. Luz Gabriela observó, por ejemplo, que el modelo de industrialización por sustitución de importaciones aplicado en el periodo de posguerra había generado un desplazamiento progresivo de las mujeres de la industria, vinculándolas cada vez más al comercio, los servicios y el sector informal. Esta reubicación laboral se concentró en sectores feminizados, relacionados con una extensión de las tareas domésticas y familiares, caracterizados por una menor remuneración y reconocimiento social (Arango Gaviria, 2004).

En las décadas de 1980 y 1990, la creciente neoliberalización de las economías latinoamericanas –marcada por la reducción del gasto público, las privatizaciones y el libre comercio– inauguró una nueva era de flexibilidad laboral y precarización. Este periodo se caracterizó por la inestabilidad de los contratos, la reducción de ingresos y de protección social, afectando a los trabajadores en general, pero especialmente a las mujeres, sobrerrepresentadas en empleos precarios y peor remunerados. Además, tuvieron que asumir un aumento en la intensidad y el desgaste del trabajo doméstico, debido tanto al deterioro de los ingresos masculinos como al impacto de las políticas neoliberales en el sector público, en el que trabajan más mujeres que hombres (Arango Gaviria, 2004).

Desde sus primeras reflexiones sobre el desplazamiento de las mujeres de las fábricas textiles debido a la incorporación de nuevas tecnologías, Luz Gabriela se centró en analizar el impacto de la estandarización de la producción y la innovación tecnológica en la percepción del trabajo femenino. Su trabajo destacó tres puntos clave: primero, que las habilidades “femeninas” o “masculinas” son culturalmente variables, y que las mujeres suelen estar asociadas a bajos salarios, independientemente del oficio que desempeñen (Arango Gaviria, 1994). Segundo, mostró que la modernización productiva en América Latina ha favorecido a una clase obrera mayoritariamente masculina, con empleos más estables y mejor calificados, mientras que las mujeres se concentran en trabajos menos valorados, informales y precarios (Arango, 2004). Por último, señaló que los conocimientos técnicos son una fuente de poder para los hombres, perpetuando la idea de que las mujeres son menos aptas para roles tecnológicos.

Esto mismo sucede en la era de los computadores: en el colegio como en la casa, las niñas aprenden que los computadores,

íntimamente relacionados con el campo de las maquinarias y las matemáticas –una disciplina fuertemente sexuada–, son para los niños y no para ellas. Cuando crecen, las mujeres que trabajan en sectores informáticos están expuestas al abuso y *bullying* por parte de sus colegas hombres, que termina restringiendo su inventiva tecnológica. De este modo, la cultura masculina de la tecnología sigue reproduciendo la división sexual del trabajo, ya que a medida que aumenta el reconocimiento del valor de estas nuevas tecnologías empieza a ser considerado como un trabajo masculino, creativo, intelectual y exigente (Arango Gaviria, 2004)

El trabajo remunerado se ha vuelto una necesidad para las mujeres, pero este cambio no ha venido acompañado ni del acceso a un salario equivalente al de un proveedor ni de una reducción de sus responsabilidades en el trabajo doméstico. La desregulación laboral y el creciente abandono por parte de las empresas y del Estado de las responsabilidades relacionadas con la reproducción de la fuerza laboral tienden a imponer condiciones que, históricamente, han sido propias del trabajo femenino y de otros sectores sociales discriminados desde el siglo XIX.

Nancy Fraser (1997), en un esfuerzo alineado con la búsqueda de una democracia radical por parte de intelectuales de izquierda en Estados Unidos, propuso el modelo del “Cuidador Universal” como alternativa al “Proveedor Masculino” del fordismo. Este modelo, según Fraser, sería clave para eliminar la inequidad de género, transformando los actuales roles de las mujeres, que combinan la provisión económica con el cuidado, en una norma para toda la sociedad. Así, se fomentaría una participación equitativa de mujeres en la vida civil y política, y de hombres en el ámbito doméstico, el cual sería revalorizado. Los empleos se diseñarían para personas que también desempeñan funciones de cuidado, y el Estado desempeñaría un papel central al dismantelar

la oposición entre proveedor y cuidador, subvirtiendo la división sexual del trabajo y reduciendo la importancia del género como principio estructurante de la sociedad.

La preocupación por los efectos del empeoramiento de las condiciones laborales en las tareas de cuidado que realizan las mujeres se convirtió en un tema recurrente en el trabajo de Luz Gabriela. Con una perspectiva feminista cercana a la de Lourdes Benería (1998), señaló las desigualdades económicas y sociales, así como la devaluación de ciertas actividades, que estaban siendo legitimadas por las teorías económicas predominantes. Todas sus investigaciones realizadas entre 2008 y 2017, como veremos más adelante, reflejan esta influencia.

Segunda parte: sociología, educación y juventud

El canon de la sociología

Uno de los grandes aportes de Luz Gabriela fue poner en evidencia el sesgo masculino y eurocéntrico que tienen las ciencias sociales, comenzando por la disciplina en la que ella inscribía sus reflexiones, la sociología. Su pregunta aguda –¿tiene sexo la sociología?– puede ser formulada en otros campos y disciplinas para llevarnos a pensar cuál es el sexo de la antropología, la historia, la geografía o el trabajo social (Arango Gaviria, 2005). En un ejercicio feminista comprometido, Luz Gabriela rescató los trabajos olvidados de algunas mujeres fundadoras de la sociología e hizo conocer del público colombiano a sociólogas bastante ignoradas como Marianne Weber, mencionada únicamente como esposa de uno de los padres fundadores, Max Weber (Arango Gaviria y Arias Pinilla, 2006). Por ella nos enteramos que Marianne Weber optó por una sociología implicada en la causa de

las mujeres, en contravía del postulado de la neutralidad valorativa que defendía su marido. Aprendimos, igualmente, que los escritos de Max Weber y Georg Simmel, presentados como la voz abstracta de la teoría pura, fueron por el contrario el resultado de su posición de género y clase y de su especificidad biográfica. Luz Gabriela subrayó igualmente el papel pionero de sociólogas como Ana Julia Cooper e Ida B. Wells, reconocidas por su defensa de los derechos civiles de la población afroestadounidense y de los derechos de la mujer en Estados Unidos, pero no como sociólogas (Arango Gaviria, 2011a). Pensando con Luz Gabriela, entendí que el trabajo sociológico de estas mujeres no fue valorado en su momento como tal porque contravenía las reglas de apremiante objetividad que regían entonces la construcción teórica autorizada en la sociología.

*Las desigualdades de género y clase en la educación superior.
Una aproximación inteseccional*

El capítulo “Jóvenes sociólogos/as e ingenieros/as de sistemas en la Universidad Nacional”, parte del libro *Jóvenes en la universidad: género, clase e identidad profesional* (2006), profundiza reflexiones iniciadas en el marco de sus investigaciones previas sobre las identidades sociales y proyectos de vida de adolescentes y jóvenes de sectores populares, como lo veremos más adelante, explorando cómo género y clase influyen en estas identidades. Este trabajo refleja la preocupación de Luz Gabriela por la experiencia juvenil en la Universidad Nacional, vista como un “Estado ilustrado” que otorga ciudadanía académica y política a sus estudiantes. Además, destaca la etapa estudiantil como una moratoria social, relativamente libre de responsabilidades familiares y laborales.

El interés de Luz Gabriela por la crítica feminista de la ciencia y la tecnología tomó un nuevo rumbo con esta investigación. Con base en el estudio realizado con estudiantes de sociología e ingeniería de sistemas de la Universidad Nacional de Colombia examinó el “sexo de las profesiones”. En este trabajo, ella revela que el carácter masculino de la ingeniería de sistemas no se manifiesta en discursos explícitos, sino que se construye a través de prácticas pedagógicas y estrategias inconscientes, como describe Pierre Bourdieu (1980). Tanto estudiantes como profesores participan en este proceso, consolidando la idea de que los hombres son más aptos para la profesión y que las mujeres enfrentan mayores dificultades. Sin embargo, las mujeres no siempre resisten este modelo; muchas se orientan hacia una versión más “blanda” de la ingeniería de sistemas, ambivalentes ante el reconocimiento que obtienen por incursionar en un campo masculino.

En sociología, Luz Gabriela encontró que, aunque no existe una definición claramente masculina de la profesión, el género y la clase social también marcan diferencias y jerarquías. La sociología teórica y científica se percibe como una identidad profesional “dura” y masculina, mientras la aplicada se asocia a lo “blando” y cercano al trabajo social. Las mujeres, aunque reconocidas como buenas docentes, aún enfrentan una jerarquía que privilegia a los hombres en el ámbito intelectual y académico. Las estudiantes de sociología, conscientes de estas dinámicas, desarrollan una lucidez similar a la de los *outsiders* descritos por Bourdieu (2000), lo que les permite mantener cierta distancia crítica frente a las jerarquías masculinas en la disciplina.

Juventud y espacios de socialización

Luz Gabriela abordó el interés por la sexualidad adolescente desde una perspectiva distinta a la habitual en los estudios de demógrafos y educadores de los años ochenta y noventa. En lugar de enfocarse únicamente en la maternidad precoz y las prácticas anticonceptivas, optó por un estudio cualitativo de las experiencias y representaciones de jóvenes de sectores populares. Buscaba entender cómo influían la familia, la escuela y los grupos de pares en sus valores sobre sexualidad, roles de género y familia.

Sus hallazgos mostraron que las aspiraciones de las jóvenes hacia la familia y la pareja estaban profundamente marcadas por sus experiencias de origen. Las adolescentes que crecieron en condiciones de precariedad y violencia tenían expectativas más “realistas”, valorando el matrimonio católico como una forma de estabilidad. Mientras tanto, aquellas que lograban enfocarse en su escolaridad preferían posponer la maternidad, imaginando y buscando relaciones más equitativas entre los géneros.

Los ideales románticos de pareja y maternidad que construyen las y los adolescentes expresan, todos, a pesar de su variedad, una combinación de tres aspiraciones básicas: la necesidad de superar la pobreza, la búsqueda de equidad y confianza entre los sexos y la aspiración a una identidad juvenil sostenida sobre algo más que aplazamientos y prohibiciones. Existe toda una gama de comportamientos y aspiraciones adolescentes que buscan equilibrio entre la experimentación del presente y la construcción del futuro

A pesar de estos cambios, la disociación entre sexualidad y maternidad aún enfrenta obstáculos, especialmente por la falta de legitimidad de una ética juvenil que respalde una libertad sexual juvenil responsable. Esto lleva a muchas jóvenes a la

maternidad precoz, interrumpiendo sus estudios y reforzando estigmas sociales que intentaban superar. La maternidad puede ser rechazada o exaltada en nuevas formas. El madresolterismo, en algunos casos, se presenta como una elección consciente que busca equilibrar presente y futuro, desafiar dependencias y afirmar el potencial femenino, o como una aspiración de realización plena y autosuficiente, sin la necesidad de una figura masculina.

El texto que cierra esta sección sobre juventud y espacios de socialización presenta perspectivas teóricas, principalmente francesas, sobre la “condición estudiantil” y las formas de transición a la edad adulta diferenciadas por sexo y clase social. Se abordan tres temas clave: la regulación de los calendarios biográficos y las experiencias del tiempo, la *condición estudiantil* y las desigualdades de género en la transición juvenil y la vida estudiantil.

El primer tema trata de las formas en que se estructura el paso a la adultez, con énfasis en las experiencias del tiempo, tanto lineal como múltiple y simultáneo. La juventud se presenta como una etapa ambigua, donde no se construye un proyecto de vida, sino que se adquieren atributos y experiencias que conducen a una adultez cada vez más inasequible. Esta experiencia varía según la clase social y el sexo. Mientras los jóvenes de clases medias y altas disfrutaban de autonomía residencial sin mayores riesgos, las mujeres, sin importar la clase social, tienden a experimentar menor autonomía y respeto por ella, lo que explica su salida temprana del hogar familiar.

Para hablar de la *condición estudiantil*, se analiza cómo la universidad socializa a los individuos, aunque estos deben tomar un rol activo en su propio aprendizaje. La mayoría de los estudiantes, sin recursos suficientes para planificar su futuro con precisión, responden con una *racionalidad práctica*. Luz Gabriela,

apoyándose en Georges Felouzis (2001), destaca cómo los estudiantes combinan reflexividad y prácticas concretas en este proceso.

El acápite de las desigualdades de género en la transición juvenil y la vida estudiantil muestra que estas no solo se explican por la reproducción de estereotipos sexuales en el ámbito educativo, sino también por la acción pedagógica que contribuye a formar identidades sexuales. El “currículo oculto” refuerza hábitos escolares diferenciados por sexo, lo que lleva a que las mujeres adopten comportamientos hiperconformistas como estrategias inconscientes de compensación frente a la dominación masculina. Estas diferencias impactan la organización del trabajo universitario de las mujeres, quienes se orientan hacia proyectos profesionales más realistas y compatibles con la vida familiar, contribuyendo a la reproducción de desigualdades en el mercado laboral.

Tercera parte: el giro conceptual del Cuidado

Aperturas analíticas de la noción de cuidado

En sus primeros trabajos, Luz Gabriela utilizó categorías como trabajo doméstico y reproductivo, y la división sexual y social del trabajo, siguiendo perspectivas feministas materialistas que se oponían a enfoques esencialistas, como la “ética del cuidado” de Carol Gilligan. Sin embargo, en la primera década del siglo XXI, Arango adoptó las categorías de cuidado y economía del cuidado, influidas por debates regionales. En 2008, organizó un seminario internacional en Colombia sobre el cuidado, que resultó en la publicación *El trabajo y la ética del cuidado* (2011c), marcando una nueva etapa en su investigación, enfocada en las dimensiones

morales, emocionales y simbólicas del trabajo de cuidado. Con esta publicación se puso en evidencia la centralidad que fue adquiriendo la noción de cuidado en su quehacer profesional, y el cariz político y transversal que asumió su reflexión sobre el tema, llevándola además a explorar nuevos temas, como el trabajo y el cuidado en los salones de belleza, desde una perspectiva multidimensional e interdisciplinaria

A partir de la segunda década del siglo XXI, el crecimiento de los estudios sobre el cuidado en Colombia y América Latina llevó a Luz Gabriela a organizar un segundo seminario internacional en Bogotá en 2015, con la participación de la politóloga Joan Tronto. Ella propuso una amplia definición de cuidado que abarca diversas actividades orientadas al sostenimiento de la vida. De este seminario surgió el libro *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas* (2018) que amplía la reflexión sobre el cuidado a partir de múltiples perspectivas y contextos sociales en varios países. Desde entonces Luz Gabriela se convirtió en una figura de gran relevancia en una corriente académica que contribuyó a establecer una agenda específicamente latinoamericana sobre los estudios del cuidado (Guimarães e Hirata, 2021). Fue especialmente activa en una vertiente que enfatiza la construcción subjetiva del trabajo de cuidado, explorando cómo cada persona se apropia y otorga significado a esta labor, valorando la voz de las y los cuidadores y diversos trabajadores del cuidado (Guimarães e Hirata, 2021).

Luz Gabriela eligió investigar el cuidado en peluquerías y salones de belleza, un sector laboral a menudo pasado por alto. Reconocía que los trabajos de cuidado en Colombia y Brasil no se ajustaban a las categorías dominantes de trabajo, que tienden a ser androcéntricas y eurocéntricas. Durante siete años, realizó cuatro investigaciones –dos en Bogotá, una en Brasil y otra en

Cali— donde encontró un nuevo universo de estilistas, peluqueros y manicuristas. Su entusiasmo por este mundo complejo la llevó a abordar las dinámicas del cuidado desde una perspectiva interseccional, resignificando las áreas y tareas vinculadas a los servicios estéticos (Viveros Vigoya, 2019)

El enfoque interseccional de Luz Gabriela destaca las jerarquías históricas y situadas en el ámbito del cuidado. Examina la posición subordinada de este trabajo en el mercado laboral y las divisiones entre trabajos de cuidado “nobles” y “sucios”, que reflejan la distribución social del honor y la respetabilidad. Además, aborda las asimetrías de la división sexual del trabajo, que subvaloran los saberes y destrezas asociados con el ámbito doméstico y reproductivo, a menudo considerados como disposiciones “innatas” de las mujeres. En el sector feminizado de las peluquerías y salones de belleza, observa que los hombres dominan los puestos más prestigiosos, mientras que las mujeres realizan una variedad de labores que abarcan desde trabajos en el espacio público hasta tareas de cuidado y teletrabajo en el hogar, muchas veces sin horarios definidos.

El mundo de los salones de belleza es parte de la trastienda, en términos goffmanianos de la puesta en escena pública de la belleza. Luz Gabriela nos ayuda a descifrar muchos de los códigos que rigen las relaciones entre las trabajadoras, dependiendo del contexto: así, en los salones de barrio femeninos encontramos relaciones de colaboración entre manicuristas que buscan conservar una clientela estable y crear unas condiciones de trabajo amables y flexibles compatibles con las obligaciones familiares de la mayoría de las trabajadoras; mientras tanto, en las peluquerías de lujo, “las clientas inciden en el control de la calidad del trabajo, lo que repercute en la competencia entre manicuristas, generando rivalidades” (Arango Gaviria, 2015, p. 114).

El cuidado como perspectiva

Pascale Molinier (2018b) destaca que Luz Gabriela entiende el cuidado no solo como un tema de estudio, sino como una *perspectiva* que entrelaza dimensiones éticas y políticas. Resalta su lectura política de la belleza, que revela la capacidad de agencia de las trabajadoras del sector, incluyendo a las manicuristas. Luz Gabriela percibe en los salones de belleza espacios de resistencia donde se redefinen los criterios de belleza, autoestima y dignidad. Las peluqueras, especialmente las afro y trans, no solo ejercen su labor, sino que también actúan como activistas políticas, influyendo en las luchas sociales y transformando identidades de género, clase y raza, criterios de belleza, de estima de sí y de la dignidad.

Luz Gabriela desarrolló y consolidó tres categorías del cuidado relevantes para los oficios en peluquerías y salones de belleza. En el contexto de los salones de pelo afro en Brasil, propone el *cuidado reparador*, que va más allá de satisfacer necesidades estéticas, al abordar ofensas y sufrimientos causados por el sistema de dominación racial, revalorizando el cuerpo y la belleza de las personas negras (Arango, 2015). También identifica el *trabajo emocional*, esencial para la atención al cliente, que permite conquistar y retener clientela, manejar incertidumbres con nuevas clientas y regular emociones en interacciones difíciles. Este trabajo emocional también se extiende entre compañeras para reducir tensiones en un entorno competitivo (Arango, 2011b). Por último, destaca una división sexual en el trabajo de cuidado, donde la peluquería masculina en salones acreditados goza de mayor prestigio y remuneración, mientras que el trabajo de manicure, realizado mayormente por mujeres, se sitúa en la base de la jerarquía, evidenciando desigualdades socioeconómicas significativas en los ingresos (Arango, 2015).

A modo de conclusión: legado y preguntas para las nuevas generaciones

La triangulación que Luz Gabriela realiza entre estudios del trabajo, feministas y de desigualdades sociales ofrece un enfoque valioso para analizar el contexto social actual y futuro. La pandemia de covid-19 puso en evidencia la relevancia de su perspectiva, especialmente en el trabajo de cuidado realizado por profesionales de la salud y en la atención a niños y niñas en el hogar durante el cierre de escuelas. Su obra proporciona lineamientos claros para diferenciar modalidades y características de trabajo, así como para reflexionar sobre las experiencias laborales en el nuevo contexto de teletrabajo, que muchas mujeres hemos experimentado de manera ambigua y paradójica en los últimos años.

En la actualidad su acercamiento al mundo laboral adquiere mucha relevancia. ¿Qué nos habría dicho Luz Gabriela de las actividades profesionales que han sido colonizadas por el teletrabajo? ¿De la extensión *ad infinitum* de los espacios y horarios laborales, dependientes únicamente de la posibilidad de conexión a las redes informáticas? ¿De las resignificaciones del trabajo en estas nuevas realidades temporales, sociales e incluso ontológicas? ¿De la reproducción y cambios de la división sexual del trabajo doméstico en este nuevo contexto?

Por otra parte, tenemos todavía mucho que aprender de los debates en torno al cuidado en los que ella participó, en relación con la reconstrucción de vínculos sociales, rotos por la guerra, la violencia, el desplazamiento interno o la precarización del trabajo. La dimensión de reparación que tiene el cuidado, presente en los servicios estéticos, adquiere resonancia cuando hablamos de restaurar relaciones interpersonales que aspiran al respeto, el

cuidado y la dignidad (Viveros- Vigoya y Ruelle-Orihuela, 2021). Aunque ya he hecho referencia a las virtudes intelectuales y ético-políticas del trabajo investigativo de Luz Gabriela no sobra traer a colación que sus observaciones sobre esa amplia variedad de actividades que incluye la categoría del cuidado, se nutrieron y tradujeron en actividades de siembra y cuidado de árboles en un terreno recuperado de una propiedad familiar para convertirlo en un bosque de especies nativas que pudiese albergar esa rica biodiversidad necesaria para la vida en nuestro planeta (Viveros, 2022). Este detalle contiene en él la continuidad de sus búsquedas profesionales y personales y la porosidad de sus fronteras, en su vida y obra.

Bibliografía

- Álvarez Rivadulla, María José y De Castelbajac, Matthieu (2017). Mesa redonda: la sociología en Colombia, tres miradas, tres historias, múltiples retos. Entrevista a Luz Gabriela Arango, Fernando Cubides y Francisco Leal. *Revista de Estudios Sociales*, 58, 109–114. <https://doi.org/10.7440/res58.2016.09>
- Arango Gaviria, Luz Gabriela (1991). *Mujer, religión e industria. Fabricato 1923-1982*. Medellín: Universidad de Antioquia - Universidad Externado de Colombia.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela (1992). Estatus adolescente y valores asociados con la maternidad y la sexualidad en sectores populares de Bogotá. En Anne-Claire Defosse, Didier Fassin y Mara Viveros (Eds.), *Mujeres de los Andes. Condiciones de vida y salud* (pp. 263–288). Lima: Institut français d'études andines.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela (1994). Industria textil y saberes femeninos. *Historia crítica*, (9), 44-49.

- Arango Gaviria, Luz Gabriela (2001). Democratización de las relaciones de género y nuevas formas de dominación de clase en América Latina: reflexiones a partir del caso colombiano. *Revista Colombiana de Sociología*, 6(2), 7-37.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela (2004). Mujeres, trabajo y tecnología en tiempos globalizados. *Cuadernos del CES* No. 5. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios sociales – CES.
- Arango, Luz Gabriela (2005). ¿Tiene sexo la sociología? Consideraciones en torno a la categoría género. *Sociedad y economía*, (8), 1-24.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela (2006). Género e ingeniería: la identidad profesional en discusión. *Revista Colombiana de Antropología*, 42, 129–156.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela y Arias Pinilla, Giovanna (2006). En busca de las sociólogas fundadoras: Marianne Weber. *Revista Colombiana de Sociología*, (26), 193-204.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela (2011a). A la sombra de los padres fundadores de la sociología. En Luz Gabriela Arango Gaviria y Mara Viveros Vigoya (Eds.), *El género: Una categoría útil para las ciencias sociales* (pp. 17–46). Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela (2011b). Género, trabajo emocional y corporal en peluquerías y salones de belleza. *La Manzana de la discordia*, 6(1), 9-24.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela (2013). Seção Memória. Homenaje a Helena Hirata. *Revista Latino-americana de Estudos do Trabalho*, 30, 279–288.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela (2015). Cuidado, trabajo emocional y mercado: los servicios estéticos y corporales. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 7, 99–120.

- Arango Gaviria, Luz Gabriela, Amaya Urquijo, Adira, Pérez-Bustos, Tania y Pineda Duque, Javier (2018). *Género y cuidado: teorías, escenarios y políticas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela y Molinier Pascale (2011). *El trabajo y la ética del cuidado*. Medellín: La Carreta Editores.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela y Pineda Duque, Javier A. (eds.). (2018). *Género, trabajo y cuidado en salones de belleza*. Universidad Nacional de Colombia
- Arango Gaviria, Luz Gabriela, Viveros Vigoya, Mara, y Bernal, Rosa (eds.). (1995). *Mujeres ejecutivas. Dilemas comunes, alternativas individuales*. Bogotá: Ediciones Unidades-Ecoe Ediciones.
- Benería, Lourdes (1998). Karl Polanyi, la construcción del mercado global y la “diferencia” de género” *Mientras tanto*, 71, 81–101.
- Bourdieu, Pierre (1980). *Le sens pratique*. Paris : Éditions de Minuit.
- Bourdieu, Pierre (2000 [1998]). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Castellanos Llanos, Gabriela (2019). La teoría de género en la obra de Luz Gabriela Arango. En Luz Gabriela Arango: amiga, académica, colega y maestra. *Documento Especial CIDSE* No. 5, (pp. 29–50). Cidse, Universidad del Valle.
- Davis, Angela (2004). *Mujeres, raza y clase*. Madrid : Akal.
- Demazière, Didier y Dubar, Claude (1997). *Analyser les entretiens biographiques. L'exemple des récits d'insertion*. Paris : Nathan.
- Elson, Dianne (1995). Alternative Visions. En W. Harcourt et al. (Eds.) *Towards Alternative Economics from a European Perspective*. Bruselas: WIDE.

- Felouzis, Georges (2011). *La condition étudiante. Sociologie des étudiantes et de l'université*. Paris: PUF
- Guimarães, Nadya A. e Hirata, Helena. (Eds.). (2021). *Care and Care Workers: A Latin American Perspective*. Springer Nature.
- Guimarães, Nadya, Hirata, Helena. y Sugita, Kurumi (2012). Cuidado e cuidadoras: o trabalho do care no Brasil, França e Japão. En Helena Hirata y Nadya Guimarães (orgs.), *Cuidado e cuidadoras: as várias faces do trabalho do care* (pp. 79–102). São Paulo: Atlas.
- Haraway, Donna (1997). *Modest Witness@Second Millenium. Female-Manã _Meets_Onco_ Mousetm: Feminism and Technoscience*. New York: Routledge.
- Harding, Sandra (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- Hill Collins, Patricia (2004). Learning From the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminism Thought. En S. Harding (ed.), *The Feminist Standpoint Theory Reader* (pp. 103–126). New York: Routledge.
- Hill Collins, Patricia (2019). *Intersectionality as Critical Social Theory*. Durham, NC: Duke University Press.
- Kergoat, Danièle (1978). Ouvriers = Ouvrières ? *Critiques de l'Economie Politique*, 5, 65-98.
- Molinier, Pascale (2003). *L'Énigme de la femme active. Égoïsme, sexe et compassion*. Paris: Payot.
- Molinier, Pascale (2011). Le care à l'épreuve du travail : Vulnérabilités croisées et savoir-faire discrets. *Raisons pratiques* 16: 339-357.
- Molinier, Pascale (2018a, mayo 8). El coro para las obreras desconocidas. Mujer, Religión, Industria. Lanzamiento-homenaje de los dos libros póstumos de Luz Gabriela Arango en la Escuela de Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia.

- Molinier, Pascale (2018b). Prólogo. En Luz Gabriela Arango Gaviria y Javier A. Pineda Duque (eds.), *Género, trabajo y cuidado en salones de belleza*. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género, pp. 9–14.
- Paperman, Patricia y Laugier, Sandra (eds.) (2005). *Le Souci des Autres: Éthique et politique du care*. Paris: Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Tronto, Joan C. (2013). *Caring Democracy. Markets, Equality, and Justice*. New York University Press.
- Viveros Vigoya, Mara (2022). *Luz Gabriela Arango/Mara Viveros*. México Universidad Nacional Autónoma de México. Serie: Material de Lectura. Vindictas. Pensadoras feministas latinoamericanas; 4.
- Viveros Vigoya, Mara (2019). Entre amistad y trabajo. Intersecciones en un proyecto feminista. En Luz Gabriela Arango: amiga, académica, colega y maestra. Documento Especial CIDSE No. 5, (pp. 5–18). Cidse, Universidad del Valle.
- Viveros Vigoya, Mara y Arango Gaviria, Luz Gabriela (1996). Itinerarios profesionales y calendarios familiares: mujeres y hombres en la gerencia pública en Colombia. *Revista Colombiana de Sociología*, 3(1), 25–51.
- Viveros-Vigoya, Mara y Ruetten-Orihuela, Krisna (2022). Care, Aesthetic Creation, and Anti-Racist Reparations. *Care and Care Workers: A Latin American Perspective*, pp. 107-123.

Agradezco a la socióloga Laura Márquez Ramírez su valioso apoyo en la búsqueda y selección de textos que integran esta compilación.

**Parte I.
Lo masculino
y lo femenino
en el ámbito laboral**

Interrelación entre familia y trabajo

Entre el paternalismo cristiano y la “empresa-providencia”: 1945-1959*

La vivienda, clave de la política de estabilidad del personal

Mientras el patronato acoge a un número creciente de internas sin que el sistema de disciplina cambie, Fabricato desarrolla un nuevo enfoque en la política de vivienda del personal. En 1948, la empresa posee 180 casas alquiladas a sus trabajadores, resultado de su política paternalista. Inicia, entonces, la construcción de vivienda para ser vendida a sus obreros. La Ley 85 de 1946, sobre el Instituto de Crédito Territorial (ICT), que obliga a las empresas a invertir en vivienda para sus trabajadores, actúa como un estímulo suplementario a la política de adjudicación de vivienda de Fabricato. Pero esta responde a un propósito deliberado de la compañía que puede resumirse claramente en los términos en que el padre Damián Ramírez, fundador de la Cooperativa de Habitaciones de Fabricato, plantea el problema a la empresa en 1944:

El mayor peligro para el futuro de Bello es el carácter moviedizo de sus habitantes. Esto no cesará mientras no se haga al obrero propietario de su vivienda y sienta el interés de conservar el trabajo cerca de su casa. El que llega a ser

* Publicado en Luz Gabriela Arango, *Mujer, religión e industria: Fabricato, 1923-1982*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1989.

propietario no será comunista, su estándar de vida mejorará y vivirá más contento (Ramírez, 28 de noviembre de 1944).

Esta frase expresa una transformación en la actitud de la empresa, que considera esta vez las necesidades del trabajador desde el punto de vista de sus aspiraciones. La política de alquiler de vivienda y el internado dejaban a los trabajadores bajo la tutela de la empresa. La búsqueda de una casa propia va a estimular la iniciativa y el esfuerzo obreros en busca de una satisfacción personal durable y autónoma. Para las dos primeras generaciones, y en particular para aquellas trabajadoras que entrevistamos, la aspiración a la vivienda individual y su consecución después de varios años de trabajo duro son unas de las principales motivaciones. Sin embargo, de la *muestra A*, solo tres obtuvieron casa propia adjudicada por Fabricato y lo mismo ocurre con la *muestra B*. La política de adjudicaciones de casas no podía beneficiar sino a un número limitado de trabajadores pero actuaba como un incentivo hacia las demás que la conseguían por otros medios.

La consecución de la casa propia exigía en general más de cinco años de trabajo. De la primera muestra, cuatro la obtuvieron después de haber trabajado más de dieciséis años en Fabricato. En la segunda generación, de la *muestra B*, ocho consiguen casa propia después de más de diez años de trabajo en la empresa, dos de ellas después de dieciséis años de trabajo. Era más corriente y permitía una consecución más rápida la construcción o compra de la casa. Muchas familias iban progresivamente comprando el lote, el material y a los pocos años tenían construida una vivienda. Otras liquidaban cesantías y compraban por cuotas una casa cuyo costo no era entonces excesivo. Todas las trabajadoras de la *muestra A*, salvo la más anciana, que nunca consiguió vivienda propia, consiguieron casa, e invirtieron en ella sus cesantías, bien

sea para pagarla a la empresa, comprarla directamente, comprar el lote o el material, o invertir en mejoras.

En la *muestra B*, la consecución de vivienda propia se hace efectiva para dieciséis trabajadoras, las tres que la reciben por adjudicación lo hacen después de diez a quince años de trabajo. Aparentemente Fabricato es más exigente con las trabajadoras al otorgarles ese beneficio y espera a que tengan una mayor antigüedad. La mayoría consigue la vivienda comprándola (seis casos) con el esfuerzo de la unidad familiar y las cesantías de la trabajadora, otras construyen y algunas obtienen un préstamo conjunto de la empresa y una corporación de vivienda:

Conseguimos casita porque la fábrica nos quedaba muy lejos y entonces mi mamá fue a pedir que nos alquilaran una casita cerca de la fábrica de arriba para que no tuviéramos que andar tanto. A los pocos días nos fuimos para arriba, pagando de alquiler 2,50 al mes. Teníamos agua, no había luz, la casita no era muy grande. El anhelo de nosotras, el anhelo mío era conseguir un techito para que mi mamá no muriera arrimada, esa era la ilusión de nosotras. Hicimos la casita a pedazos, mamá hizo un contrato con una cooperativa y nosotras nos comprometimos a pagar. Yo llevaba unos quince años trabajando cuando conseguimos al fin la casita. En la cooperativa echábamos como 200 pesos al año cuando mejor nos iba. Mamá hacía los contraticos para el material a medida que construíamos. Mis hermanos no pusieron ni una teja en esta casa.

Al fin me adjudicaron la casa como en 1960, después de unos doce años de trabajo. La pagué en cinco años. Les escribí entonces a mis hermanos que ya no iba a ir a visitarlos, todo lo que ahorrara se lo iba a meter a la casita. Ahorraba unos 220 pesos al año, le metía todos los aguinaldos.

Las que estaban internas en el Patronato tenían más suerte con las adjudicaciones. La intervención directa de las Hermanas recomendando a determinada interna ejemplar debía actuar con bastante eficacia en este sentido:

Me fui a buscar en el Patronato y no encontré cupo, había 220 a 250 muchachas, no había suficientes camas y dormían en colchones. El Patronato salía muy barato, se pagaba 2 pesos por dormida y comida. Del primer pago tuve que pagarle a la prima la cuota de 50 centavos que me había prestado. Duré cuatro meses pagando comida afuera, viviendo donde doña Tulia. Al fin me colocaron en el Patronato en donde podía ahorrar más, me pagaban 2,80 y 3,20 pesos en semana de noche. Los dos primeros años aguantaba hambre, no me tomaba ni un fresco para poder ahorrar los 2 o 3 centavos, comía muy bien en el Patronato. Viví seis años en el Patronato y fui muy feliz. A los dos años de muerto papá, nos trajimos a mamá y a dos hermanitas. La Hermana Teresa me sugirió el día de la Santa Cruz que le escribiera una carta a la Santa Cruz, pintándole la casita que quería que me adjudicaran, yo lo hice con mucha fe. Con las cesantías y unos ahorritos pagamos la primera cuota, la pagamos muy rápido entre mi hermana y yo, en seis años, en cuotas de 37 pesos, 82 mensuales que deducían semanalmente. Ahorramos 500 pesos para traer a mamá. Escogí la casita en el barrio San José. Yo quería una casita con solar para que mi mamá no extrañara mucho la finca y que no estuviera muy lejos de la carretera para mi hermana que trabajaba en Medellín.

Mis dos hermanas que vinieron primero vivieron en el Patronato, yo solo viví un año allí. Herminia si vivió doce años

allá. Cuando salimos del Patronato porque a Herminia Fabricato le adjudicó una casa en San José, nos reunimos todos, nos trajimos a mi mamá y a mi papá. Dos hermanas ya se habían ido de religiosas y nos quedamos cuatro a vivir con los viejos. Papá murió hace dieciocho años y mamá dos años después. Herminia se casó y la otra también y quedé yo sola con mi otra hermana. Entonces hice el esfuerzo de comprarle la casa a Herminia que se organizó con su esposo. Mi hermana no quiso meterse en el negocio pero se quedó viviendo allí cuatro años después de la muerte de mamá. Yo me casé un año después de que murió mamá, pero me quedé con mis hermanas pues esa fue la condición que le puse al marido. No le dije que la casa era mía para estar segura de que no era eso lo que buscaba, le dije un mes antes del matrimonio y le pedí que se comprometiera a pagar los 9000 pesos de hipoteca que le debía a Herminia y a dejar a mis hermanas viviendo con nosotros.

Para las dos primeras generaciones de obreras, y en gran medida para la tercera también, la adquisición de vivienda propia es la forma principal de canalizar sus esfuerzos: les da un objetivo concreto, aunque no siempre fácil de alcanzar, a sus años de dedicación a la empresa. Esto incide muy significativamente en la estabilidad. Es posible que los trabajadores hombres, padres de familia, tuvieran mayores facilidades y estímulos por parte de Fabricato.

Para la primera generación, en donde las mujeres aún eran mayoritarias y Fabricato reconocía el papel importante que desempeñaban como proveedoras principales de sus hogares, la ayuda por parte de la empresa fue mayor. Pero en la medida en que aumenta la participación masculina y el personal femenino se

torna inestable debido a las mismas trabas que la política de Fabricato va generando, las obreras deberán demostrar una dedicación considerable y una antigüedad más que significativa para poder aspirar a solicitar una vivienda adjudicada.

La casa propia va a materializar la adhesión a largo plazo a Fabricato y va a representar la estabilidad en el medio urbano y la integración al nuevo universo obrero. La educación, años más tarde, significará la posibilidad de elaborar estrategias de promoción social y aspiraciones para ascender dentro de las categorías obreras o fuera de ellas. Por el momento, esta generación se encuentra en transición hacia la configuración de un medio obrero fabril estable, con un nivel de vida favorable, y la vivienda propia en esta pequeña pero floreciente ciudad industrial es un paso decisivo en este sentido.

Además de la política de adjudicación de casas y estímulo en general a la vivienda obrera, Fabricato amplía su intervención en la reproducción de la fuerza de trabajo, tomando a su cargo proyectos que fueron impulsados inicialmente por el sindicato del padre Ramírez, como la educación de los hijos de trabajadores o la Proveduría, además de la Cooperativa de Habitaciones.

En 1948 inaugura la nueva clínica, independiente del Patronato pero igualmente administrada por la Comunidad de la Presentación. Esta presta servicio médico permanente, con drogas y servicios gratuitos. Desde 1950, la clínica tiene servicio gratuito de maternidad y asistencia prenatal con hospitalización para las esposas de los obreros. Fabricato colabora desde 1950 con el recién fundado Instituto Colombiano de los Seguros Sociales. Durante más de diez años, Fabricato y el sindicato de la empresa lucharán por preservar la autonomía de la clínica respecto al Instituto de Seguros Sociales (ISS). La debilidad institucional del seguro social en sus comienzos favorece la realización de acuerdos

con las empresas que poseen instalaciones semejantes a la clínica de Fabricato, pero en 1963, el ISS asume definitivamente el control de la clínica.

De este modo, Fabricato pierde uno de los mejores símbolos de su política social, parte esencial de su imagen de “sociedad anónima con corazón”. Pierde igualmente un importante instrumento de control sobre la salud y el rendimiento de sus trabajadores.

La educación de los hijos de trabajadores se inicia en 1943 con la creación del Secretariado Social, que dirige dos escuelas que albergan en 1948 a 260 niños. La visitadora selecciona a los más sobresalientes y les consigue becas en los colegios. En 1950, Fabricato costea el estudio de 123 hijos de trabajadores en el Instituto Manuel José Caizedo y de 165 niñas en el Colegio de la Presentación. Desde 1945 el Secretariado Social, integrado por jóvenes de la alta sociedad antioqueña, muchas de ellas recién egresadas de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, interviene en la educación familiar dispensando cursos de costura, corte o culinaria a las esposas e hijas de trabajadores, a través de Centros para el Mejoramiento del Hogar. La educación primaria de los hijos será posteriormente costeada por la empresa. Fabricato empieza así a preocuparse por la formación de esta futura fuerza de trabajo, entre la cual seleccionará en gran medida a sus futuros trabajadores.

Fabricato: imagen de empresa católica

Con la inauguración de la capilla en 1948, Fabricato se encuentra en el período cumbre de su imagen de empresa católica. En ese año el entonces capellán de fábrica, padre Juan Bautista Bedoya, escribe, con motivo del aniversario de la empresa que cumple veinticinco años de fundada:

Como alma y nervio de las labores sociales de Fabricato y como factor primordial de su progreso se destaca el profundo espíritu cristiano que supieron infundirle sus católicos fundadores y que ciertamente han sabido mantener sus muy dignos sucesores.

Y cita algunos ejemplos:

El reglamento interno [...] asegurando para el obrero el tiempo suficiente para cumplir con sus deberes religiosos [...] el estímulo a las vocaciones religiosas, los avisos murales en que se aconseja el respeto y la práctica de la religión, los sufragios que mensualmente se hacen celebrar por los servidores muertos, la preferencia que se da al certificado del sacerdote en la escogencia del personal, los parlantes recientemente instalados entre otros fines para la ilustración religiosa de sus trabajadores [...] la intervención ministerial del sacerdote, pedida frecuentemente para resolver muchos casos (Bedoya, 7 de agosto de 1948).

Las Hermanas de la Presentación afirman su presencia. La disciplina que imponen en el Patronato y en la Clínica, es férrea y obliga a Fabricato a intervenir cautamente en 1951 pidiendo se suavice el trato a las enfermeras. En el Patronato, la dependencia de las trabajadoras hacia las Hermanas, el temor a ser despedidas ahogan cualquier protesta. La formación religiosa es intensa y lleva a algunas obreras (treinta hasta 1948) a seguir la carrera religiosa. Funcionan allí varias instituciones católicas como la Cruzada Eucarística que busca obtener becas perpetuas para obreros e hijos de obreros con vocación sacerdotal, la Acción Social Católica que organiza a las obreras y el Centro Cultural que forma a los jóvenes obreros.

Desde la década del cuarenta, se practican anualmente ejercicios espirituales y se realiza la procesión de la Virgen del Rosario, ritos comunitarios a los que acuden patronos y trabajadores. En 1959, a raíz de los ejercicios espirituales, comenta la revista *Fabricato al Día*:

No todo en Fabricato es trabajo [...], la empresa jamás pierde de vista el valor espiritual del hombre y en atención a esto, dedica actualmente una semana a la meditación y al recuerdo de la doctrina de Cristo [...] los rostros severos de quienes viven enfrentando la máquina, se dulcifican para acercarse a la mesa eucarística [...] “Dios en la fábrica” ha sido y será siempre nuestra mejor consigna (*Fabricato al Día*, 1959, pp. 20-21).

Para las obreras de las dos primeras generaciones, esas prácticas religiosas conservan una gran popularidad, expresando muchas de ellas nostalgia de “aquellos tiempos”:

Ya no hay retiros ni ejercicios. Antes, lo mandaban a uno tres o cuatro días en un grupito de la empresa, entonces uno pasaba bueno, le daban un descanso. Eran organizados por la empresa y uno participaba si quería, pero entonces a uno le daban ese tiempo, entonces uno iba.

Yo asistía a los ejercicios todos los años, que duraban una semana cada año. Todos asistían, se hacían en una dependencia de la fábrica, llevaban los confesionarios y allá se confesaban todos, incluso entraban los padres al salón a confesarlos cuando no se podía dejar una máquina. La confesión era el último día, al siguiente era la procesión y se iniciaba con un desayuno estupendo que todas recordamos. Hacían una

carroza linda con la Virgen, traían bandas de música y cada salón salía con un festón de flores, cantándole a la Virgen.

Observemos la importancia que tomaba para las obreras “ese tiempo que a uno le daban”, cuando el tiempo de trabajo se hacía cada vez más controlado, medido y rentabilizado por la empresa. Estos “tiempos libres” acordados por Fabricato se tornarán más y más escasos a medida que avanza la racionalización del trabajo. De ahí en adelante, las actividades fuera del tiempo productivo, aún en el caso de que sean organizadas por la misma empresa, deberán respetar el tiempo de trabajo en la fábrica. Estas prácticas contrastan, asimismo, con la disciplina religiosa que se imponía en el Patronato y que era percibida por las trabajadoras como una carga más. Se quejaban, por ejemplo, del implacable “toque de campana”:

Las internas teníamos que obedecer a todo toque de campana, si era para la misa, si era para alguna reunión o catecismo que nos dieran.

Los ejercicios, retiros y fiestas religiosas son apreciados por las trabajadoras no solo porque significan una ruptura en la rutina laboral, sino porque expresan respeto hacia la tradición católica de la región, tradición que Fabricato contribuye ampliamente a conservar y a fortalecer.

La Iglesia Católica intensifica su intervención en Antioquia

Este auge de la política religiosa en la empresa corresponde a un período de intensificación de la intervención de la Iglesia en Antioquia, en donde se crean nuevos mecanismos de control

dirigidos a la creciente clase obrera. En 1945 se establece en Medellín la Organización Católico-Social Arquidiocesana (OCSA), cuyo objetivo específico es definido en los estatutos de este modo:

El objeto de la Asociación es realizar la doctrina social de la Iglesia Católica con arreglo a las enseñanzas de los Sumos Pontífices en general y particularmente en lo relacionado a la armonía que debe reinar entre patronos y trabajadores y con el mejoramiento moral y material de las clases sociales; y desarrollar los programas de la undécima Conferencia Episcopal reunida en Bogotá durante el mes de mayo de 1944, referente a la solución de los problemas sociales (Bronx y Piedrahíta, 1969, p. 182).

La OCSA está encargada de coordinar el trabajo con los obreros tanto a nivel sindical, en estrecha relación con la Utram, “su hija predilecta” (Bronx y Piedrahíta, 1969, p. 198), como con la organización de la Juventud Obrera Católica (JOC). En 1949 informa sobre algunas de las actividades que entonces desarrolla: retiros mensuales para las directivas sindicales, creación de un Movimiento de Acción Sindical conformado por algunos dirigentes sindicales que reciben una formación católica basada en las encíclicas, trabajo con jóvenes obreros seleccionados en las escuelas para formarlos como futuros dirigentes del movimiento, establecimiento de Centros de Acción Sindical, Cultural y Deportiva en algunas empresas¹ y barrios, encargados de efectuar una primera selección de los dirigentes obreros (Bronx y Piedrahíta, 1969, p. 182). Es una verdadera política de reclutamiento militante y

¹ Entre las empresas se encuentran Coltejer, Fabricato, Noel, Pepalfa, Indulana y otras.

de formación de cuadros cristianos. La OCSA posee, además, un servicio médico especial para trabajadores y familiares afiliados a Utran, una Cooperativa de Habitaciones y Centros de Recreo.

Esta intensa labor de formación de líderes sindicales es complementada con la difusión ampliada del periódico de la Acción Católica, *El Obrero Católico*, que aparece en 1950-1951 en una edición de mayor tiraje y con una nueva imagen, más atractiva para los trabajadores, pues incluye, además de los artículos de carácter doctrinario y moralista, informaciones sindicales, política nacional e internacional, deportes, artículos médicos, tira cómica y pasatiempos. El deporte es objeto de mucho interés pues se le considera un medio para que los obreros desarrollen en su tiempo libre actividades “sanas” y para estimular la identificación de los obreros con su empresa.

En 1950 la Asociación Nacional de Industriales (ANDI), en unión con Fabricato, Tejicóndor, Coltabaco y el ISS, impulsa una Olimpiada Industrial en Medellín (*El Obrero Católico*, 1 de julio de 1950). *El Obrero Católico* dedica en cada número varias páginas al deporte, que se dirige fundamentalmente a la formación y control de los jóvenes, y realiza además campañas moralistas.

Por otra parte, la Acción Católica multiplica su intervención organizando Semanas de Acción Católica en donde se manifiestan las cuatro asociaciones que la componen y que organizan respectivamente a hombres y mujeres, a jovencitos y jovencitas. En Bello se realiza una de estas semanas en septiembre de 1950. Esta se desarrolla en días consecutivos: el Día de la Juventud Católica Femenina, en el que participa el Patronato de Fabricato y los colegios femeninos; el Día de la Cruzada Eucarística, para los niños de primaria; el Día de los Hombres; el Día de las Señoras; el Día de la Congregación Mariana; el Día de la Juventud Católica Masculina, y, finalmente, el Día Clásico de la Acción Católica (*El Obrero Católico*, 14 de octubre de 1950).

La Acción Católica opera a nivel arquidiocesano y se organiza en las parroquias: fundada en 1933, se dedica en Antioquia a partir de 1937 a la organización de la juventud. En 1953 la Conferencia Episcopal aprueba nuevos estatutos para la Acción Católica, que especializa su intervención en los cuatro movimientos que la caracterizan, da un nuevo impulso a *El Obrero Católico*, crea un “movimiento de cultura cinematográfica”, cuyo trabajo consiste básicamente en censurar películas, y promueve cursillos de cristiandad en las parroquias a partir de 1944. La JOC, a su vez, recibe un impulso durante la década del cincuenta en el que juega un papel importante el padre Bedoya, quien fuera capellán de Fabricato durante varios años.

La ofensiva de la Iglesia Católica, destinada a organizar, formar y controlar los nuevos contingentes obreros, es aparentemente eficaz. Esta ofensiva puede inscribirse, a su vez, dentro de la exacerbación del conflicto entre los partidos liberal y conservador, que conducen a la sangrienta guerra de La Violencia. El principal resultado de la ofensiva católica en Antioquia es sin duda el fortalecimiento de los sindicatos católicos que convertirán a la UTC en la mayor central del país. Esta es creada en 1946, bajo el impulso de la Iglesia, que espera contrarrestar así la influencia liberal y comunista en el movimiento obrero y crear un sindicalismo de empresa, opuesto, en sus métodos y en su ideología, al sindicalismo que la CTC había desarrollado con el apoyo de los gobiernos liberales.

La Ley 6 de 1946, dictada durante el segundo gobierno de López, establece nuevas protecciones al sindicalismo² y sirve de base jurídica al sindicalismo *de empresa* que desarrollan los sindicatos afiliados

2 Prohíbe el despido de dirigentes sindicales en época de huelga y el empleo de esquiroleros, garantizando el derecho de huelga, institucionalizando una serie de prestaciones sociales en las empresas: cesantías, vacaciones, horas suplementarias, trabajo nocturno, etc.

a la UTC, orientados hacia la contratación colectiva. La UTC tendrá un primer bastión en Antioquia, por medio de los sindicatos cristianos que la Iglesia había impulsado en algunas empresas, como ocurrió en Fabricato. La UTC dirá en sus estatutos:

La confederación adoptará como bases fundamentales de lucha, los principios de la doctrina social católica, preconizados por los Pontífices y en ella inspirará y orientará sus campañas, dentro de los cauces de la ley (Urrutia, 1969, p. 222).

La Iglesia Católica contribuye con la financiación de la confederación y con la formación de sus líderes por medio de los mecanismos que señalamos anteriormente. A pesar de su primera vocación “apolítica”, la UTC no tarda en inscribirse dentro de la división partidista al lado del partido conservador. En Antioquia, la dependencia de Utran frente a la Iglesia, la ANDI y el patronato textil en particular, demora la aplicación de las convenciones colectivas en el departamento mientras otros sindicatos de la UTC en el país las hacen respetar más tempranamente. Esto produce tensiones importantes entre la UTC y la Utran a comienzos de los años cincuenta, cuando la UTC acusa a Utran de ser demasiado patronal (Pecaut, 1982, pp. 221-222). Durante el Tercer Congreso de la Confederación en 1950, los dirigentes de Utran justificarán de este modo su comportamiento:

Un detenido examen del aspecto psicológico del industrial antioqueño, refractario a toda tendencia impulsiva, ha llevado a los dirigentes de la montaña a la convicción nítida de que es más factible la consecución de prestaciones por medios amistosos y cordiales que adoptando actitudes beligerantes (Pecaut, 1982, pp. 221-222).

El sindicato de Fabricato se desarrolla en este contexto y constituye un ejemplo del poder de las jerarquías católicas y de los empresarios antioqueños sobre el sindicalismo en la gran industria regional. El Sindicato del Hato manifestará una gran sumisión y dependencia hasta finales de los años cincuenta.

Un sindicato bajo la tutela de la Iglesia

En 1945 el padre Damián Ramírez, fundador del sindicato, se retira y deja al padre Bedoya como asesor moral de un sindicato que reafirma constantemente su adhesión a la doctrina social-católica y participa activamente en la constitución de Utran y de la UTC. Hasta 1956 las relaciones entre el sindicato y la empresa se limitan a una correspondencia respetuosa entre las directivas, en las que se tratan algunos problemas de producción o se solicitan humildemente aumentos salariales. Muchas veces las peticiones se hacen a nivel de la Utran, que se dirige a todos los empresarios antioqueños, organizados en la ANDI. Ambas instituciones mantienen un contacto amistoso permanente. En 1956, el sindicato presenta un memorándum petitorio con once puntos, el cual, a pedido de Fabricato, debe ser encauzado legalmente, lo que da origen al primer pliego de peticiones. De este modo, el sindicato entra en la edad adulta introduciendo en la empresa las convenciones colectivas.

Este primer pliego expresa las principales preocupaciones del sindicato. Incluye un aumento salarial, primas de maternidad y de matrimonio para el personal masculino, varias exigencias sobre la estabilidad del personal. Se pide que los trabajadores sindicalizados sean eximidos de despido en caso de grave licenciamiento de personal e inician una lucha perdida contra la cláusula de reserva. Emprenden, también, un esfuerzo por controlar

y entender el nuevo sistema de trabajo: solicitan que un dirigente sea formado en los métodos de ingeniería industrial y añaden una serie de cláusulas tendientes a proteger al trabajador de rebajas en el pago. La presencia específica de las trabajadoras, que entonces participan en el sindicato, aparece en una de las cláusulas en la que se solicita que las trabajadoras más necesitadas, huérfanas o aquellas que son el sustento de sus familias sean favorecidas con mejores contratos. Pero las exigencias de la productividad y del sistema estándar impiden que ese tipo de consideraciones sean tomadas en cuenta. Esta no volverá a manifestarse en los pliegos de peticiones.

Es importante señalar el grado de aceptación de la política de rechazo a la mujer casada, puesto que en ningún momento se cuestiona el hecho de que las primas de maternidad y matrimonio solo conciernan al personal masculino. La primera convención colectiva (1956) confirma la discriminación hacia la mujer: la excluye de las primas de matrimonio y maternidad y otorga solo el 40 % de las becas de secundaria para hijos de trabajadores a las mujeres. En el pliego de peticiones siguiente (1958) aparecen dos reivindicaciones respecto a la mujer: la supresión del trabajo nocturno y el derecho a que el personal de clínica y cafetería dependiente de las Hermanas de la Presentación pueda residir fuera del Patronato. Ambas son rechazadas. Señalemos, de paso, la ambigüedad de la primera de estas solicitudes que trataba de proteger a la mujer excluyéndola al mismo tiempo de la posibilidad de obtener la prima del turno nocturno para aumentar su salario, y dejaba este turno apetecido exclusivamente para los hombres. En la convención colectiva de ese año se establece un Fondo Rotatorio de Vivienda destinado a otorgar préstamos, se aumentan salarios, primas y becas, y se introducen nuevas reglas con respecto a la ingeniería industrial.

Durante esos últimos años el sindicato aumenta su poder de negociación y el número de afiliados. La ingeniería industrial es desde entonces una de sus preocupaciones fundamentales: observan una actitud favorable, tratando de utilizar sus ventajas y de contrarrestar sus inconvenientes. Se va consolidando un sector dirigente al que Fabricato concede los privilegios necesarios para que adquiera una dimensión regional y nacional, interesada en fortalecer un sindicato de orientación cristiana que espera acertadamente poder mantener bajo control.

La relación de las trabajadoras de esta segunda generación con el sindicato indica un distanciamiento. Institución que encuentran establecida al ingresar a la empresa, la afiliación es más una costumbre que se respeta que una decisión real de la trabajadora. Muchas expresan que su único interés es la existencia de algunos servicios, como los de medicina y odontología, y son pocas las que recurren al sindicato para resolver problemas de trabajo. Algunas se quejan porque su situación familiar no es tenida en cuenta por el sindicato:

Solo tienen algunos beneficios para los hijos de afiliados: yo no tengo derecho a nada para los sobrinos; los solteros y especialmente las mujeres no tienen derecho a nada, todo está previsto para las familias. Uno está prestando el mismo servicio que una mujer casada, entonces no entiendo por qué no tenemos derecho a nada, uno debiera haber tenido algo para la familia. Las mujeres solteras no tenemos derecho sino para morirnos.

Algunos testimonios expresan simplemente una actitud escéptica hacia esta institución, en donde muchas veces participan por inercia:

En el sindicato había muchas reuniones y si uno no asistía nos sacaban una cuota de diez pesos, hablaban y hablaban y casi nada cumplían de lo que hablaban, eso lo más era paja. Iba mucha gente a las reuniones, muchas veces porque no le sacaran a uno la cuota. Uno se afiliaba porque dizque tenía mucha ayuda de ellos.

Algunas deciden no afiliarse:

No me afilié al sindicato porque no me gustó, porque no servía para nada: la empresa decidía hasta las alzas de salarios antes de que el sindicato se reuniera a pedir las.

Las trabajadoras no perciben el sindicato como propio ni como una asociación que defienda sus intereses laborales. Se filian a él como lo harían para obtener los beneficios de una cooperativa o un seguro y sienten que la cuota que pagan regularmente las autoriza a quejarse de la insuficiencia de los servicios pero no las motiva a proyectarse activamente dentro del sindicato. Este se convierte paulatinamente en una fortaleza masculina, dirigida por los obreros más calificados y con ambiciones promocionales que la empresa estimula. Algunos escalarán posiciones y llegarán a puestos semidirectivos, particularmente en la División de ingeniería industrial.

Bibliografía

- Bedoya, Juan Bautista (7 de agosto de 1948). El espíritu cristiano de Fabricato. *El Telar*.
- Bronx, Humberto y Piedrahíta, Javier (1969). *Historia de la arquidiócesis de Medellín*. Medellín: Movifoto.

El Obrero Católico (1 de julio de 1950).

El Obrero Católico (14 de octubre de 1950).

Fabricato al Día (noviembre de 1959). (6).

Pecaut, Daniel (1982). *Política y sindicalismo en Colombia*. Bogotá: Ediciones Culturales.

Ramírez, Damián (28 de noviembre de 1944). *Carta a Rudesindo Echavarría*. Archivos de Fabricato.

Urrutia, Miguel (1969). *Historia del sindicalismo en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes.

Religión, familia e industria en la transmisión de valores: el caso de las trabajadoras textiles de Antioquia (Colombia)*

La región de Antioquia y su industria textil desempeñaron un papel fundamental en la formación de la clase obrera industrial de Colombia. La modesta base industrial compuesta por pequeñas empresas manufactureras que se había establecido a finales del siglo XIX comenzó a expandirse tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. El proceso de industrialización de Colombia se centró en la región de Antioquia durante la primera mitad del siglo XX y la mayoría de las industrias productoras de bienes de consumo estaban concentradas en su territorio. Entre las distintas transformaciones sociales y culturales que el proceso de industrialización generó en la región, nos interesa examinar particularmente la consolidación y evolución de valores relacionados con el trabajo de las mujeres en la industria, analizar el encuentro entre la tradición católica y un tipo de organización sindical que determinó la transmisión de valores en familias de clase baja y la producción de valores nuevos surgidos del mundo fabril.

* Publicado como “Religion, Family, and Industry in the Transmission of Values. The Case of Women Textile Workers in Antioquia (Colombia)” en Daniel Bertaux y Paul Thompson (eds.), *Between Generations. Family models, Myths & Memories*, Nueva York, Oxford University Press, 1993. Traducido al español por Sofía Maranesi.

Repasaremos las etapas de renovación de los valores que refieren al trabajo de las mujeres en las fábricas mediante el análisis de la empresa textil Fabricato. Esta empresa ha sido una de las más modernas y productivas de Colombia desde la década de 1920 y ocupó el segundo lugar entre los productores textiles de la nación durante muchos años. Examinaremos de cerca la relación entre los valores transmitidos por la familia y aquellos generados en la fábrica, arbitrados por valores católicos que intentaban garantizar la unidad y universalidad de las imágenes del trabajo femenino y aquellas de la mujer trabajadora. En un principio, entre las décadas de 1930 y 1940, esta relación contradictoria produjo un sistema simbólico aparentemente coherente que asignaba a la trabajadora un lugar único en la familia y en la producción, avalado por los valores católicos. En el círculo familiar y en la fábrica se transmitían valores similares, sobre todo mediante las acciones de la Iglesia.

Durante un segundo período (las décadas de 1950 y 1960), una serie de modificaciones en la organización de la producción y en las ideologías industriales provocó transformaciones importantes en los valores asociados con el trabajo de las mujeres. Las trabajadoras pasaron a estar divididas y se las obligó a elegir entre identidades irreconciliables: la de la madre dedicada a su hogar y la de la mujer célibe que trabaja en la fábrica. Paradójicamente, desde el interior de las fábricas se exaltaron nuevos ideales familiares y maternales, lo que obligó a un sinnúmero de familias a modificar las imágenes que tenían de los roles sexuales.

Durante un tercer período (las décadas de 1970 y 1980) surgió un elemento nuevo que, con el tiempo, desplazó aquellos valores. La interacción entre la familia y la fábrica se produjo en un campo más extenso en el que transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales del ambiente tendrían un peso cada

vez mayor en las dinámicas locales, lo que debilitaría aún más las relaciones tradicionales. La modernización afectó las relaciones de las mujeres con sus familias al posibilitar el surgimiento de una conciencia individual que ni siquiera las condiciones de proletarización predominantes en la región hasta ese momento habían sido capaces de generar.

A comienzos del siglo xx, en Antioquia predominaba un modelo familiar de clase baja. Las familias de los pequeños agricultores, arrieros y artesanos por lo general eran de carácter nuclear, con una predominancia extendida de los matrimonios católicos por sobre las uniones maritales de hecho y las madres solteras. La estabilidad de estos matrimonios se basaba en el esfuerzo conjunto exigido por la producción y establecía una división clara y complementaria de los roles sexuales: el padre-productor ejercía la autoridad reconocida en el hogar y la madre asumía un papel activo en el manejo de los niños y la coordinación de las tareas domésticas.

Los valores católicos que cuentan con reconocimiento social en Antioquia presentan diferencias notables respecto de aquellos que predominan en otras regiones del país. El catolicismo antioqueño es de carácter pragmático. Valora el esfuerzo productivo y el éxito económico a tal punto que algunos académicos afirman que asimiló la “ética puritana del trabajo” descrita por Weber. Aunque el concepto que suele asociarse con este término no refleja la situación antioqueña de manera exacta, las prácticas y los valores católicos de la región difieren de los de los cultos eclécticos que pueden encontrarse en poblaciones indígenas más extensas, con un fuerte componente ritual e instituciones de servidumbre muy arraigadas. Los valores religiosos de Antioquia combinaban la flexibilidad ética respecto del comportamiento económico con la rigidez moral y el control social riguroso del comportamiento sexual, en especial el de las mujeres.

La primera generación de obreras,¹ que entraron a Fabricato entre 1923 y 1944, eran en su mayoría hijas de pequeños agricultores, trabajadores rurales y arrieros de la región, aunque algunas tenían orígenes urbanos: eran las hijas de artesanos, pequeños comerciantes, empleados del gobierno y trabajadores fabriles. En un principio, estas jóvenes llegaron al mundo de la fábrica como parte de una estrategia familiar que buscaba complementar los ingresos del padre. Su trabajo debe comprenderse dentro del contexto de una escasez de empleos para las mujeres, aparte de trabajos temporales o mal pagos. Las familias de clase baja cuentan con la contribución de su descendencia trabajadora para la subsistencia del hogar. El hecho es que las hijas que tenían empleos pagos no representaban necesariamente algo nuevo, dado que ya existían otras alternativas, como el empleo temporal en la recolección de café o el trabajo doméstico remunerado. De todos modos, las maneras en que las mujeres entraron al trabajo industrial generado en Fabricato representaron una transformación en los patrones del trabajo femenino. Si bien al principio habían llegado a la fábrica de manera temporal para complementar el ingreso familiar, más adelante se convirtieron en el sostén básico del hogar.

El paternalismo caracterizó las primeras décadas de lo que se transformaría en la gran industria textil antioqueña.

1 Usamos el término “generación” para indicar distintos grupos de obreras que se clasifican según el período en el que entraron a la fábrica. La serie de períodos que establecimos divide la historia de la firma en cuatro etapas: 1923-44, paternalismo cristiano; 1945-59, racionalización del trabajo; 1960-73, empresa-providencia; 1974-82, crisis y liberalización. Los datos se obtuvieron de las hojas de vida de 1525 obreras clasificadas como “retiradas”, “jubiladas” o “activas” en los expedientes del personal de Fabricato. De entre las 836 obreras categorizadas como jubiladas o activas en 1982, se seleccionaron veinte casos con el fin de reunir información sobre sus vidas familiares y personales.

Jorge Echavarría, administrador de Fabricato durante la década de 1930, era el prototipo del empleador paternalista que mantiene una relación directa con sus empleados: los conocía individualmente, estaba al tanto de sus historias familiares e intervenía en la vida personal de sus hogares sin que se lo pidieran. Este tipo de empleador es muy exigente en cuanto al trabajo, suele estar presente en la planta de la fábrica y conoce a fondo el funcionamiento de cada máquina.

El pragmatismo inicial de los propietarios de fábricas en Antioquia se vio modificado por el impacto de la Acción Social Católica en la región, particularmente mediante la organización de sociedades de ayuda mutua entre artesanos y la divulgación de las doctrinas incluidas en las encíclicas papales. La Acción Católica era una institución patrocinada por la Iglesia que experimentó un período de desarrollo veloz en la década de 1930, cuando coordinaba un grupo de organizaciones involucradas en el entorno de los trabajadores: la Juventud Católica, los Centros Obreros, el Patronato de Obreras y la prensa católica. En la década de 1940 también comenzó a influir en los sindicatos católicos que se crearon en fábricas como Fabricato. Los industrialistas de Antioquia, que formaron la Asociación Nacional de Industriales (ANDI) durante el mismo período, tenían una relación cercana con la Acción Católica y adoptaron la doctrina social propagada por esta asociación como marco para manejar las relaciones laborales. El apoyo institucional y simbólico de la Iglesia católica permitió que la clase industrial naciente resolviera dos problemas: la búsqueda de legitimidad social y la necesidad de capacitar a una clase obrera industrial disciplinada.

A principios de siglo, el trabajo femenino en los centros urbanos incipientes de Antioquia fue objeto de preocupación por parte de periodistas, políticos y moralistas. Las cuestiones que planteaban traen a la mente los argumentos de Jules Simon

respecto de las trabajadoras francesas del siglo XIX. La miseria visible de la vida en la ciudad podía advertirse con claridad en estas mujeres y niños que buscaban empleo, víctimas de un proceso de transformación social que sigue siendo incapaz de generar un entusiasmo unánime.

Vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que el 9 por ciento de los trabajadores son niñas de menos de 15 años. ¿No es doloroso ver a niñas de apenas 5 años trabajando en fábricas en una sociedad cristiana, y que se vean obligadas a hacerlo por necesidad o por sus padres? ¿No es hora ya de legislar sobre el asunto para proteger a los niños? (Rodríguez, 2015, citado en Botero, 1984, p. 139).

Ante dudas similares, los industrialistas de las décadas de 1920 y 1930 desarrollaron campañas que llamaban abiertamente a “moralizar” las fábricas y el empleo industrial para las mujeres. Esto se presentaba como una alternativa honorable que permitiría rescatar a las clases bajas de la miseria y salvar a las mujeres del riesgo de la prostitución:

Las mujeres arrancadas a la miseria y a la prostitución y consagradas al fácil trabajo de vigilar los autómatas que hilan y tejen; los niños ejercitando sus músculos y su inteligencia y adquiriendo amor al trabajo, al orden y a la precisión en esta escuela (*El Sol*, 20 de octubre de 1916, citado en Botero, 1984, p. 150).

Un famoso administrador y propietario de una de las primeras plantas de manufactura textil de la región, don Emilio Restrepo, invitó a los padres a ubicar a sus hijas en las fábricas como forma de asegurar que la familia fuera capaz de adquirir su propia

vivienda. El grado de explotación de la mano de obra infantil femenina era tal que don Emilio reconoció que una familia debía tener al menos cuatro hijas trabajando en la fábrica para poder comprar su propia casa.

Más adelante, empresas como Fabricato, alineadas con la Iglesia católica, desarrollaron campañas para convencer a las familias de clase baja y a la sociedad antioqueña de las virtudes del trabajo industrial. En Fabricato, con el tiempo, esto se tradujo en una “santificación” del lugar de trabajo gracias a la intervención religiosa permanente. En la década de 1930, la creación de una capilla con su capellán y de un internado para obreras a cargo de las Hermanas de la Presentación llevó a la “santificación” de dos generaciones de trabajadoras castas y célibes que se dedicaban a trabajar en beneficio de sus familias y de la fábrica.

Muchas de las obreras que fueron a trabajar a Fabricato durante esa época permanecieron solteras y trabajaron en la fábrica hasta alcanzar la edad de jubilación. Muchas otras trabajaron por un tiempo y luego renunciaron para casarse. Las políticas empresariales siguieron favoreciendo la creciente estabilidad del personal y muchas familias continuaron evaluando estrategias de supervivencia basadas en el trabajo asalariado de sus hijas.

Así surgió una imagen nueva y única de la mujer trabajadora, que la asimilaba a una vocación religiosa en la que el sacrificio y el esfuerzo constituían los medios para lograr la salvación. Si bien es cierto que había antecedentes de una tradición católica en la región, cuyos orígenes no han sido aclarados del todo, parece aún más certero que una ética católica del trabajo, muy represiva de la sexualidad femenina, se propagó por Antioquia a partir de la década de 1930 mediante la Acción Social Católica y fue reforzada por las políticas de la legitimación social de la burguesía local, con una dimensión local.

En su internado, Fabricato aplicó los mismos métodos empleados por instituciones católicas en los siglos XVIII y XIX, como conventos, internados y orfanatos, en los que para alcanzar las virtudes de la fe para el alma se requería la sumisión del cuerpo. En este contexto, la disciplina religiosa funcionaba junto con la capacitación industrial en una relación simbiótica.

Los “sermones” de las monjas, los castigos humillantes y la disciplina impuesta a diario constituían los mecanismos principales de transmisión de valores. La moral se enseñaba con la vara. La campana sonaba en el internado para anunciar que era hora de ir a misa a las seis de la mañana, pero también para anunciar el comienzo del turno de trabajo, el almuerzo, la hora de bañarse, lavar la ropa o asistir a charlas edificantes sobre la Virgen María.

Mucha disciplina, demasiada, eran unas seis o siete Hermanas, una de Vigilancia, viendo que no estuvieran fumando en los corredores ni en los dormitorios, que no estuvieran acostadas en los dormitorios... Después del trabajo, teníamos máquinas de coser, nos daban clases muy baratas, descansábamos, lavábamos la ropa, porque era que no daba tiempo de más y la campana tocaba mucho, si era por la mañana teníamos por obligación que salir a misa, así hubiéramos entrado a las cuatro de la mañana; después íbamos a coger turno para bañarnos... Había todo tipo de organización cristiana, las Hijas de María, la Cruzada Eucarística, una “hora santa” cada mes, retiros de todo un día, nos daban la comida y no podíamos hablar. Al fin y al cabo uno no es más desagradecido, lo que tenía de maluco la disciplina, lo tenía de bueno las instrucciones que nos daban, la seguridad ahí, la moral y lo barato, no era tan malo.

Aunque la búsqueda de salvación o la imitación de la Virgen no eran las motivaciones principales de estas mujeres, había un reconocimiento de las vocaciones religiosas en el entorno social, las cuales proporcionaban modelos gratificantes de femineidad que compensaban la imposibilidad de alcanzar uno de los patrones más valorados por la cultura de la región, el ideal de la maternidad. Para algunas obreras, el trabajo en la fábrica representaba un sustituto ante la incapacidad de lograr una vocación religiosa completamente desarrollada:

Los mismos de la fábrica me ayudaban, a don Rudesindo le encantaba mucho que las obreras se vinieran de religiosas, siempre hubo unas cuantas, en la Presentación, en El Buen Pastor, en las Hermanitas de los Pobres. Yo me fui donde las Carmelitas Descalzas de Frontino, estuve como dieciocho meses. Como era tan poco preparada me sentí acomplejada y humillada. ... Entonces me di cuenta de que no iba a servir, aunque siempre duré un año en el noviciado y faltando tres meses me sacaron con otras. Volví a Fabricato.

Si bien estos valores religiosos que “moralizaban” el trabajo en las fábricas y cultivaban la autodisciplina física fueron propagados extensamente por las fábricas, otros mecanismos operaban dentro del círculo familiar. Aquí, el empleo de las hijas en la industria era, por lo general, el resultado de una necesidad en el sentido más amplio. La unidad familiar definía el sentido de identidad y de propósito más profundo en la vida de una persona. La autoridad, el afecto y la necesidad económica no podían separarse fácilmente. La orfandad prematura, la pobreza o el pedido de madres y padres darían lugar a la incorporación temprana de sus hijas al

lugar de trabajo con el fin de enfrentar un imperativo ineludible: la obligación de contribuir al sustento del hogar.

Pero si el trabajo de hijos e hijas era una parte incuestionable de su deber hacia sus padres, el proceso que llevaba a situar la totalidad de la “obligación” sobre una o dos hijas durante un largo período de tiempo y que, así, exigía el aplazamiento indefinido de aspiraciones tan legítimas como el matrimonio o la maternidad, requería otras motivaciones y llevaba a contradicciones evidentes.

Los momentos importantes de toma de decisiones en la vida de las obreras, sobre todo la elección de seguir trabajando o casarse, hacían que fuera posible expresar el conflicto de valores y el peso del compromiso que las unía a sus familias de origen:

Yo no me casé porque tenía muchas responsabilidades en la casa, pues desde el principio era yo la que más ganaba porque me dieron un contrato de telares. Mis hermanos se fueron organizando hasta que quedé yo sola con mamá, después de que papá se murió.

Tuve un novio en Fabricato, recién llegada, pero yo estaba decidida a trabajar para ayudar a mi familia, tenía que ser “el hombre de la casa”, tenía que trabajar para ayudar a mi mamá y mis hermanos.

El sentido de pertenencia al hogar de origen que se inculcaba en las hijas, combinado con el régimen doméstico que enfatizaba la sumisión y el respeto de la autoridad paterna, se aceptaban como reglas naturales. No se trataba simplemente de una cuestión de presión económica innegable, sino de un deber moral que las mujeres habían interiorizado con especial intensidad. El nivel de compromiso de las mujeres con la familia de origen era mucho

mayor que el de sus hermanos, un factor que refleja las distintas expectativas de los padres.

Vivíamos en Santa Rosa de Osos con toda la familia y allá entré al Colegio del Sagrado Corazón, pero entonces las dos mayores, una hermana y yo, tuvimos que empezar a buscar destino y no pudimos seguir estudiando. Éramos siete hermanos, había tres hombres, pero con ellos no se contaba.

La unidad familiar establecía reglas que determinaban el grado de compromiso que los hijos debían a su hogar de origen. Se consideraba que las hijas pertenecían al hogar en un nivel mayor que los hijos, para quienes una “vocación” en el mundo exterior era algo que no solo se aceptaba, sino que se fomentaba. Además, los hijos mayores tenían deberes especiales respecto de los más pequeños. Se requería que contribuyeran a la educación de sus hermanos menores una vez que ellos mismos hubieran completado algunos años de la escuela primaria.

Estos valores se transmitían dentro del marco coherente de representaciones y prácticas católicas. El ideal que alimentaba la vida de las mujeres era el culto a María. En la escuela, las niñas se convertían en integrantes de la congregación Hijas de María y exhibían con orgullo las cintas de membresía todos los domingos en misa.

Este conjunto de deberes y el trabajo fabril que los acompañaba representaban de forma provisoria una opción aceptable para muchas hijas. Sin embargo, en muchos casos, iban a convertirse en su “destino”, así como la “obligación” iba a convertirse en el principal punto de existencia. En algún momento, a lo largo del camino, lo que parecía una solución temporal a problemas superables se transformaba en un callejón sin salida, una vez que

perdían la esperanza en la posibilidad del matrimonio o la maternidad. Las hijas obreras se transformaban en los pilares económicos de sus hogares y, así, adoptaban un papel que no les correspondía a las mujeres dentro de la cultura y se convertían, como ellas mismas lo expresaron, en “los hombres de la casa”.

Adoptar el papel de proveedoras esenciales en sus hogares de origen les permitió a muchas mujeres acceder a una posición de estatus dentro del círculo familiar. Se embarcaban en una misión de maternidad extendida al asumir la responsabilidad por el bienestar de la familia, la educación de sobrinas y sobrinos, y la solidaridad con parientes necesitados, en especial hermanas viudas o abandonadas por sus maridos. Pero, por lo general, esto solo ocurría después de muchos años de trabajo, cuando los padres por fin estaban listos para ceder su autoridad. Por el contrario, otras sufrían de frustración durante años y la sensación de haber desperdiciado sus vidas llevaba a algunas a contraer matrimonio de grandes, a menudo cerca de la edad de jubilación.

De todos modos, aun si los ideales potencialmente negativos del deber y el “sacrificio” en favor de la familia se asociaban con esta forma de trabajo femenino, también era posible encontrar otros valores que resaltaban la alternativa del trabajo y el celibato con connotaciones positivas:

Hace más de veinte años tuve una oportunidad de casarme, pero no me decidí. Me frenaba la responsabilidad con mamá, no quería dejar el trabajo y no estaba muy segura tampoco de querer emprender esa aventura. No quería casarme por casarme, tenía muchas exigencias personales. Además, la experiencia de mis hermanas no me alentaba mucho, no quería perder mi independencia por un marido que me gritara.

¿Estos valores deberían considerarse mecanismos para alcanzar el conformismo, para apaciguar las insatisfacciones de un trayecto que ya no permite ningún cambio de rumbo, o una forma de adaptación que ofrecía ventajas reales? La autonomía, la independencia y la eventual autoridad dentro del hogar eran reconfortantes, aunque en el mejor de los casos solo proporcionaban un empoderamiento limitado.

En la década de 1950, la implementación de un sistema de ingeniería industrial en Fabricato comenzó a producir transformaciones importantes en la organización de la producción. Esto vino acompañado por la difusión de valores nuevos que afectarían la imagen del trabajo femenino de maneras notables.

El tipo de nuevo obrero que requería la industria se correspondía, en términos generales, con el ideal de Ford: obreros productivos, altamente motivados por incentivos económicos, integrados a la empresa y muy estables. La preocupación por las condiciones en las que esos obreros reproducirían la mano de obra surgió con especial énfasis durante este período y la familia de clase obrera se convirtió en la destinataria de políticas activas por primera vez en un intento de adaptarla al modelo fordiano.

La fábrica ya no se preocupaba por la mujer trabajadora, soltera y disciplinada que se dedicaba a su trabajo y al sustento de su familia de origen, sino por las esposas de los obreros, las madres de la mano de obra futura. Durante este período, la deserción femenina y la contratación restringida de mujeres disminuyeron la participación de este grupo en la mano de obra al 13 % en 1965. Al igual que muchas otras empresas de la época, Fabricato desarrolló campañas educativas que buscaban moldear una familia de clase obrera que fuera estable y “racional”.

El capellán y los trabajadores sociales de la empresa eran los encargados de difundir estos valores mediante todo tipo de cursos, que se dieron en cantidades abundantes a lo largo de este período. El Secretariado Social, creado en 1945, dirigía centros para el mejoramiento del hogar y escuelas primarias para los hijos de los trabajadores, y organizaba visitas a los hogares para incentivar la racionalización de la vida familiar. En la década de 1960 se introdujeron cursos de costura, bordado, cocina y huertas caseras. Además, se dictaban clases sobre educación infantil, alcoholismo y salud, pensadas para incrementar las calificaciones de las mujeres como madres. El Movimiento Familiar Cristiano, que “trabaja y existe con el propósito de fortalecer la familia como célula saludable de la sociedad civil”, desempeña un papel activo dentro de la fábrica desde 1960.

Así, surgieron agentes y mecanismos nuevos de transmisión de valores: especialistas, armados con conocimiento académico –en este caso, trabajadores sociales recientemente graduados de la Universidad Pontificia Bolivariana (la universidad jesuita de Medellín)–, organizaban conferencias y cursos cortos y supervisaban los efectos del proceso de aprendizaje.

Las políticas y el sistema de valores promovido por la industria siguieron ignorando a las madres trabajadoras. Ni siquiera se las consideraba dignas de ser mencionadas. Las políticas de Fabricato solo giraban en torno a aquellas mujeres que funcionaban como soporte dentro del hogar para los obreros de la empresa. La política social legitimaba esta situación implementando bonos por maternidad para las esposas de los obreros y excluyendo de la fábrica a aquellas trabajadoras solteras que decidían casarse o tener hijos. En referencia a la “masculinización” del personal de producción, el ingeniero que se encargaba del proceso de aplicación de la ingeniería industrial sostuvo que “al dar un trabajo a un hombre, se estaba resolviendo el problema de la mujer”.

Durante la década de 1950, la exaltación del papel de la madre en el hogar y la discriminación contra las mujeres en el área de producción se volvieron procesos inseparables. Las obreras que no estaban casadas, a quienes se había capacitado según otros estándares en décadas anteriores, sufrieron dolorosamente a lo largo de este proceso. Desplazadas de trabajos claves, como los telares e hilados, y relegadas a la realización de tareas complementarias, como limpiar máquinas y doblar toallas, con los salarios más bajos de todos los empleados, experimentaron una depreciación severa de su imagen femenina. Además, se vieron privadas de su identidad profesional, dado que la gratificación relativa de un trabajo “bien hecho” también desapareció. Como expresaron algunas de ellas: “uno respondía por el trabajo”; “el contrato mío era de lo más lindo que se podía ver allá, dicho por todos los jefes”.

El nuevo modelo de familia nuclear se centraba en sí mismo y recibía los cuidados, la asistencia y la vigilancia que dispensaban las políticas de empresas privadas y el Estado. Era un modelo que se oponía a los intereses de las familias de origen y a su sistema de valores, en el que la responsabilidad y los deberes de los hijos sustentaban la solidaridad familiar.

Las nuevas condiciones laborales crearon estímulos fuertes para los hombres, lo que reforzó su vocación como proveedores que concentraban sus esfuerzos en el bienestar de su familia de procreación. Los hombres que trabajaban para Fabricato rápidamente rompían los lazos con sus familias de origen y formaban sus propios hogares. Las hijas no casadas que trabajaban en grandes fábricas empezaron a representar las esperanzas de sus familias de origen. Paradójicamente, el compromiso con sus familias de origen se vio reforzado al mismo tiempo en que fueron expulsadas de la industria. Esto dio lugar a una etapa de transición desde el modelo de trabajo de las mujeres solteras como “vocación”,

determinado por la relación “privilegiada” de las hijas con el hogar de origen y protegido por ciertas imágenes católicas, a un modelo de trabajo femenino orientado al fomento de la formación de familias con acceso a los beneficios de nuevas políticas sociales.

Por un tiempo, la familia de clase obrera, organizada en torno al trabajo industrial del padre y la “calificación” del trabajo de la madre en el hogar, coexistió con el modelo antiguo, que pasó a estar sometido a contradicciones y sufrió un deterioro cada vez mayor. Las familias de origen siguieron estimulando el compromiso de sus hijas asalariadas con la esperanza de que alguna de ellas asumiera el sostenimiento del hogar a largo plazo. Sin embargo, los mecanismos disciplinares dentro del círculo familiar y en la fábrica se habían debilitado y la empresa los reemplazó por estrategias nuevas destinadas a “motivar”, “estimular” y “proporcionar incentivos” en lugar de imponer disciplina y control. El sentido de pertenencia al hogar de origen y la internalización de un sentido de “obligación” por parte de las hijas tenía poco lugar en el nuevo modelo de clase obrera de la maternidad exaltada. Ante estas nuevas condiciones, la deserción femenina, tanto del hogar de origen como de la fábrica, fue en aumento.

Al mismo tiempo, la mejora de los salarios y los beneficios sociales tuvo repercusiones en la capacidad de las trabajadoras no casadas para ayudar a sus familias:

Papá no se jubiló en Pantex, trabajó once años y se salió. Cuando se salió quedó el salario mío, yo hice la casa, les di estudios a todos y los levanté como pude. Mis hermanas se casaban a medida que iban creciendo, yo tuve una oportunidad de matrimonio, pero no me casé por temor a dejar a papá y a mamá solos, porque ninguna otra hermana trabajaba. Todo lo que tenemos en la casa, el televisor, la radiola, la nevera, todo lo conseguí yo.

La relación cercana que algunas hijas de generaciones recientes mantienen con sus hogares de origen es el resultado de elecciones tomadas con mayor libertad. Estas hijas que asumen la responsabilidad por el sustento de sus familias de origen lo hacen por afecto y también porque las estimula la posibilidad de asumir un papel de proveedoras que es mucho más gratificante que en generaciones anteriores. Ya no se trata simplemente de asegurar la supervivencia de la familia, sino de emprender un proyecto más ambicioso: la mejora de las condiciones de vida, más allá de si la decisión de trabajar se basó inicialmente en expectativas insatisfechas de contraer matrimonio.

En estas condiciones, muchas mujeres percibían con dolor la falta de incentivos disponibles para ellas en la fábrica:

Yo no tengo derecho a nada para los sobrinos; los solteros y especialmente las mujeres no tienen derecho a nada, todo está previsto para las familias. Uno está prestando el mismo servicio que una mujer casada, entonces no entiendo por qué no tenemos derecho a nada, uno debiera haber tenido algo para la familia. Las mujeres solteras no tenemos derecho sino para morirnos.

La Iglesia católica dedicaba su energía a promover el papel de la madre en el hogar, su responsabilidad respecto de la educación de sus hijos y el desempeño de su esposo en el trabajo. Las obreras eran relativamente ignoradas. Aquellas que no estaban casadas dejaron de encontrar imágenes con las que pudieran identificarse a nivel social. La imagen del trabajo femenino al estilo convento ya no producía ningún entusiasmo; tampoco constituía un sustituto socialmente aceptable del matrimonio. La popularización gradual de los valores laicos destinados a mejorar las condiciones

materiales junto con la búsqueda legítima de acceso a bienes de la “sociedad de consumo” desgastaron los valores cristianos que habían asociado el trabajo femenino con una moral basada en la idea del sacrificio.

El ideal del obrero fordiano, cuyo salario era lo suficientemente elevado para sustentar a una familia, se vio menoscabado por cambios económicos. El poder adquisitivo de los trabajadores disminuyó, un proceso agravado por la recesión que afectó la industria en 1974 y 1975. Fabricato volvió a abrir sus puertas a las obreras entre 1976 y 1978. Hubo varios factores que motivaron esta reapertura. El sindicato y la oficina del capellán ejercieron presión para que se contratara a parientes de los obreros. Su interés por emplear a las hijas de los obreros era estrictamente una forma de complementar el ingreso paterno. Durante este mismo período, Fabricato eliminó las restricciones al empleo de mujeres casadas o embarazadas, una política que se había vuelto insostenible tanto desde lo social como desde lo legal.

De este modo, una nueva generación de mujeres entró a la fábrica: mujeres de origen urbano con varios años de educación secundaria, en su mayoría hijas de obreros de Fabricato. Así, el contexto social se vio marcado por transformaciones culturales profundas que la firma no había logrado asimilar.

En las décadas de 1960 y 1970, cuando la entrada de las mujeres estaba restringida, la sociedad antioqueña había atravesado un proceso de secularización, caracterizado por una crisis de los valores católicos tradicionales: una incapacidad, hasta el momento desconocida, de la Iglesia para controlar la conducta privada, una nueva tolerancia de las prácticas familiares no ortodoxas (madres solteras, uniones maritales de hecho y el uso extendido de la planificación familiar). Por último, sectores crecientes de la

población, y en especial las mujeres, estaban demostrando niveles mayores de empleo y de aspiraciones educativas.

La nueva generación de trabajadoras, educadas en concordancia con el sistema de valores que Fabricato había difundido entre sus obreros católicos fordianos, estaba por lograr un verdadero avance generacional. Estas mujeres llegaron a Fabricato como parte de una estrategia familiar según la cual debían aportar a sus familias un salario complementario, junto con un compromiso personal similar al que se exigía a sus predecesoras:

Entré a trabajar por las necesidades de la casa; éramos dos para escoger, un hermano y yo. A mi papá le tocó escoger y me prefirió a mí porque a la muchacha se le ve más la plata que al hombre y entré yo.

En un principio, las hijas que trabajaban se convirtieron en proveedoras secundarias respecto de sus padres, pero no tardaron en satisfacer sus propias aspiraciones personales en lugar de responder a las necesidades o presiones ejercidas por el hogar de origen. Aunque las mujeres seguían respondiendo más fácilmente a esas presiones que los hombres, a menudo sacrificando años de estudio o posponiendo proyectos personales en beneficio de la familia de origen, durante este período solo lo hicieron de manera temporal. La distribución de asistencia por parte de hijos e hijas en el interior del hogar comenzó a revelar una mayor igualdad, a la vez que el respeto por las necesidades individuales empezó a crecer. Esto parece haberse visto facilitado por la mejora de las condiciones económicas en hogares en los que el padre aportaba un nivel importante de ingresos y lograba comprar una vivienda para la familia, de modo que la asistencia de hijos e hijas mayores solo se requería para cubrir el costo de educar a los más pequeños.

Sin lugar a dudas, las semillas de un sentido de individualismo se sembraban entre las mujeres obreras en la escuela secundaria. Sin embargo, ninguna de ellas señaló que se hubieran producido crisis o confrontaciones con sus familias durante ese período. Cuando ocurrían, estos conflictos parecían darse más bien como resultado de las oportunidades para socializar que encontraban en el lugar de trabajo y de ganancias salariales que abrían opciones inesperadas en el universo urbano. De hecho, algunas de estas mujeres atravesaron una “etapa de rebeldía” antes de entrar a trabajar a la fábrica, pero esto generalmente era la consecuencia de alguna relación juvenil significativa, sobre todo con miembros de sus grupos de pares:

Tengo una niña de 8 años, al papá lo conocí cuando trabajaba en una almacén de Medellín, en una época de rebeldía mía, tenía 17 años cuando quedé en embarazo, él tenía 18 y lo conocí en una barrita del barrio donde hacía fiestas. Era un hijo de papi, bien vestido y con plata, estuve a punto de casarme con él pero en la casa no les gustó pues empezó a fumar marihuana. Cuando quedé en embarazo mi mamá dijo que me ayudaban como pudieran, que me manejara bien pero que no volviera a ver el muchacho, que él no tenía nada que ofrecerme a mí. Mi mamá conversó mucho conmigo.

El acceso al salario y a nuevas relaciones sociales en el trabajo constituyó una verdadera fuerza motriz que permitió que estas mujeres liberaran sus aspiraciones personales. La mayoría estableció sus propias alternativas rápidamente, a pesar de su juventud y su entrada reciente a la fábrica. Muchas se casaron, otras fueron madres solteras y algunas optaron por uniones matrimoniales de hecho. Las actitudes familiares respecto de las madres

solteras revelan lo difícil que fue para estos hogares desarrollar una mayor tolerancia hacia el comportamiento sexual de sus hijas. En general, la primera reacción era el rechazo y podía incluir la expulsión del hogar. Sin embargo, muchas veces se lograba un acuerdo basado en un intercambio de servicios: la madre-hija soltera asumía un compromiso económico mayor con sus padres y ellos, a su vez, le garantizaban el apoyo doméstico para la crianza de su hijo.

Estuvimos viviendo juntos cuatro meses, tomamos juntos la decisión del bebé, pero cuando quedé en embarazo me fui de la casa porque a mi mamá le dio muy duro. Los papás de mi compañero fueron los padrinos de la niña. Cuando me tocó volver a trabajar, en la casa se les había pasado el disgusto y me llamaron de nuevo. A mí me convenía porque no sabía con quién dejar a la niña.

El sistema cohesivo de valores que había caracterizado a la familia fordiana colapsó sin producir un trauma excesivo. Los padres veían que sus hijos adherían a valores que surgían por fuera del círculo familiar y, en muchos casos, lograban introducir mecanismos de negociación interna que hacían que fuera posible conservar la solidaridad dentro de la familia y tolerar la diversidad de comportamientos y valores entre sus miembros. Las hijas abandonaron muchas de sus creencias y prácticas religiosas. La mayoría se habían criado según normas católicas estrictas en las que los ritos y prácticas de la religión se asociaban estrechamente con la disciplina cotidiana. En épocas anteriores, la tradición del rezo del rosario por la tarde había obligado a la familia a reunirse antes de irse a dormir temprano y la misa dominical matutina era la única forma aceptable de comenzar la observancia del domingo,

pero generaciones recientes de trabajadoras rompieron en distintos grados con estas ceremonias de socialización católica.

Por lo general, los ritos y las prácticas que siguen respetando se limitan a la misa dominical. Las novenas a los santos y el rezo del rosario por la tarde prácticamente desaparecieron. Algunas obreras abandonaron los rituales católicos por completo y solo regresan a ciertas prácticas cuando se hacen madres y buscan dar “un buen ejemplo” a sus hijos bautizándolos y llevándolos a tomar la primera comunión.

De todos modos, se produce una clara diferenciación entre las prácticas externas y las convicciones internas. Sin negar su catolicismo, estas obreras privatizaron sus sentimientos religiosos y afirmaron el derecho a vivir la fe de manera personal:

Fui Hija de María en el convento de monjas. Mis papás eran muy católicos, iban a misa todos los domingos, nos educaron severamente, con primeros viernes, rosario todas las noches, pero yo ya no voy a misa aunque soy creyente y me comunico con Dios en forma personal.

Aunque las nuevas actitudes de las hijas de clase obrera suponen cambios fundamentales respecto de los valores y la visión del mundo que se les inculcaron, sus familias de origen se adaptaron a estas transformaciones. Al entrar a la era moderna de forma indirecta a través de sus hijos, interiorizaron el cambio como elemento característico del presente, aprendieron a tolerar diferencias y brindaron un apoyo real a la hora de criar nietos y ofrecer alojamiento temporal a parejas jóvenes.

A medida que los viejos y rígidos criterios morales se fueron eliminando, las prácticas sexuales y familiares heterogéneas de la nueva generación llegaron a la empresa, donde causaron un gran

malestar. Las uniones maritales de hecho y los hijos nacidos fuera del matrimonio se volvieron habituales entre las trabajadoras jóvenes, lo que generó conflictos con los obreros y obreras mayores que compartían los criterios morales de la firma. Los encargados de las plantas de producción reaccionaron de forma desfavorable y se resistieron con vehemencia a la entrada de las mujeres, a quienes consideraban responsables del descontento que se había producido. Fabricato, acostumbrada a ejercer un control casi absoluto sobre el comportamiento sexual de sus obreras durante más de treinta años, demostró ser incapaz de diseñar políticas nuevas basadas en el respeto por la separación entre las vidas privadas de estas jóvenes y su trabajo.

La crisis textil de la década de 1980 funcionó como pretexto para la interrupción de los moderados intentos de las mujeres de recuperar el espacio que alguna vez habían ocupado en la fábrica. Si bien estas jóvenes habían demostrado que podían desempeñarse con eficiencia y productividad en tareas tanto especializadas como semicalificadas, muchas de las obreras que se habían unido recientemente a las filas de trabajadores de la fábrica fueron despedidas.

Las pocas obreras que quedaron siguieron transformando, mediante acciones prácticas, los estereotipos predominantes en la fábrica con respecto al trabajo femenino. No solo se negaron a tolerar cualquier intento por parte de la empresa de controlar sus vidas privadas y comportamiento sexual, sino que afirmaron progresivamente su estatus como trabajadoras que tenían los mismos derechos que los hombres. Sin embargo, la crisis y los despidos incrementaron la vulnerabilidad de las mujeres en la fábrica e impidieron la consolidación del proceso.

La relación de las mujeres con el lugar de trabajo indicaba el ascenso de una conciencia de los asalariados determinada en

cierta medida por la situación crítica de pertenecer a Fabricato. Aunque creen que tienen derecho a trabajar, la identificación con un empleo en particular se fue debilitando. Siguen creyendo en la satisfacción personal de un trabajo bien hecho, pero esto no evita que busquen mejores condiciones económicas y ambientales. Dispuestas a cambiar de profesión e incluso de empresa si es necesario, y afirmando con claridad que “no nacieron en Fabricato”, dada la precariedad del mercado de trabajo también valoran las ventajas de trabajar para esta firma.

Los cambios que se produjeron en la sociedad y en las aspiraciones de las jóvenes trabajadoras en las décadas de 1970 y 1980 plantean la difícil cuestión de la necesidad de contar con imágenes nuevas sobre el trabajo de las mujeres que les abran un lugar de igualdad en el mercado laboral. Lo que se necesita es una imagen más positiva de una figura que se está volviendo cada vez más habitual en Fabricato: la obrera que también es madre.

Las motivaciones individualistas de las mujeres con amplia experiencia social (escuela secundaria, acceso a la comunicación masiva) permitirá la legitimación progresiva (que aún está lejos de ser generalizada) de la autonomía y la independencia femeninas. De todas formas, ciertas mediaciones siguen siendo necesarias para “justificar” el trabajo industrial de las madres a nivel social. La principal proviene de la necesidad de legitimar el proyecto de movilidad social entre las parejas jóvenes. En las condiciones actuales de crisis del modelo fordiano, este objetivo requiere la contribución conjunta de ambos cónyuges.

Estas trabajadoras asimilaron una actitud muy racional a la hora de definir sus proyectos de vida con sus parejas. Ciertos aspectos, como el control de ingresos y gastos, los ahorros y la planificación de inversiones, y las decisiones sobre la cantidad de hijos y el cronograma para concebirlos, están incluidos en

los nuevos modelos familiares de clase obrera. El incremento de la equidad en lo que respecta a la administración de ingresos y la distribución de tareas domésticas sugiere una transformación profunda de los roles sexuales. Sin embargo, los problemas implicados en el desarrollo de nuevos valores respecto de la maternidad todavía no se resolvieron. En muchos hogares jóvenes hoy en día, el trabajo de las madres se sigue considerando un “mal necesario” que muchas parejas esperan poder evitar.

A pesar de la colaboración creciente de los hombres, las madres trabajadoras siguen teniendo que afrontar condiciones materiales muy difíciles que, a menudo, las llevan a anhelar las condiciones de las amas de casa:

Mi suegra me cuidaba los niños, ella ha sido quien me los ha criado, pero ahora está enferma y la van a hospitalizar, yo acostumbraba dejárselos y llegaba a la casa a las carreras para hacer oficio. Me acuesto rendida, estoy desesperada, he tenido cuatro muchachas, pero ninguna me ha gustado, tengo ganas de quedarme en la casa, ya pagamos la casa entre los dos, la construimos y aunque está en obra negra, al menos no debemos nada. Estamos pensando seriamente en la posibilidad de que yo me quede en la casa cuidando a los niños.

Aunque las mujeres lograron construir una imagen positiva de sí mismas como trabajadoras y asalariadas, su papel como madres les genera una profunda intranquilidad. Algo que exacerba este problema es la falta de imágenes sociales positivas de la madre trabajadora, además de una falta de redes de apoyo.

La evolución de los valores relacionados con el trabajo femenino en la industria, producida por la influencia de las familias y la fábrica a lo largo de cuatro generaciones de obreras fabriles,

revela procesos de cambio social de amplio alcance. Los valores locales estaban dominados por la Iglesia católica en el contexto de una organización social marcada por relaciones tradicionales, la cual no establecía ninguna diferenciación radical entre la vida familiar y la de la fábrica. Los esfuerzos de la Iglesia dieron lugar a imágenes *sui generis* que legitimaron la entrada de las mujeres a la industria durante las tres primeras décadas de este siglo. El trabajo se convirtió en una vocación semirreligiosa que exigía la abdicación de la maternidad y el matrimonio en favor de la productividad económica y el compromiso con la familia de origen.

Más adelante surgieron valores nuevos en el mundo industrial que, con el tiempo, ensombrecieron las imágenes de la participación femenina en la industria. El ideal era el obrero fordiano. Su corolario, la madre de sus hijos, era la educadora y administradora calificada de una familia racionalizada. Eventualmente, los valores individualistas, alimentados por transformaciones sociales que trascendían los límites de la fábrica, la familia y la región, funcionaron como pilar para la rebelión de una nueva generación de obreras en las décadas de 1970 y 1980, quienes buscaban tener el control de sus relaciones familiares y laborales.

El ejemplo de Fabricato ilustra un proceso que comenzó con un sistema de valores moldeado por la religión y la familia, que la industria regional explotó con el fin de asegurar su legitimidad. Las relaciones entre el trabajo, la familia y la religión se vieron alteradas por la integración gradual de los valores más individualistas característicos de las sociedades modernas. Las transformaciones sociales, económicas y culturales de las últimas décadas trascendieron la fábrica e influyeron profundamente en la generación más reciente de trabajadoras. Las mujeres se transformaron en agentes de cambio respecto de patrones familiares e industriales, pero también tienen que enfrentar resistencias y

dificultades en el camino. La maternidad se destaca como imagen clave asociada al trabajo de la mujer. La primera generación de obreras de Fabricato basaba su identidad como mujeres en nociones relacionadas con el celibato femenino. Esto se inculcaba dentro del sistema de valores que imponía el ideal del trabajo femenino como vocación religiosa, ideal que fue eclipsado de manera parcial por la racionalización de la familia de clase obrera según el modelo familiar fordiano. Este es el modelo que generaciones recientes de mujeres están desafiando en su búsqueda de valores nuevos.

Bibliografía

Botero, Fernando (1984). *La Industrialización en Antioquia, Génesis y Consolidación 1900-1930*. Medellín: Universidad de Antioquia.

**Relación entre saberes
femeninos, tecnología
y economía global**

Género, globalización y reestructuración productiva*

Mujer, género y trabajo: teorías y políticas

Como lo puso en evidencia Joan Scott en sus importantes estudios históricos sobre el trabajo femenino en Inglaterra y Francia, el trabajo de la mujer como problema se construye en el siglo XIX, cuando la economía política convierte el trabajo doméstico en actividad natural propia del sexo femenino por disposición de la naturaleza y lo excluye de la economía y de las estadísticas nacionales. La mujer en la fábrica y en el espacio productivo es una extraña mal aceptada por los mismos obreros y sus organizaciones sindicales, por filántropos e higienistas, por médicos y economistas. El trabajo de la mujer fuera del hogar es considerado una anomia, un problema social y moral. Este discurso decimonónico conservador sobrevive a lo largo del siglo XX, donde reaparece con nuevos ropajes aún en la actualidad. Por otra parte, en un debate que también se inaugura en el siglo XIX, las teorías socialistas, comunistas y anarquistas que exaltan el trabajo y el papel transformador de la clase obrera proponen diversas alternativas

* Publicado en Luz Gabriela Arango y Carmen Marina López (comps.), *Globalización, apertura económica y relaciones industriales en América Latina*, Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas / Universidad Nacional de Colombia, 1999.

para incorporar la cuestión femenina en sus utopías sociales y sus proyectos revolucionarios. La nueva ola del movimiento feminista en las décadas de los sesenta y los setenta profundiza en el debate con los movimientos socialistas. Políticamente y conceptualmente, las feministas se dividen entre las que aceptan la primacía de la lucha de clases como principio explicativo y aquellas que analizan al patriarcado y al capitalismo como dos sistemas de opresión y explotación articulados pero relativamente autónomos. El núcleo teórico del debate entre marxismo y feminismo gira en torno a los conceptos de producción y reproducción, y a la exclusión del trabajo doméstico fuera del ámbito de la economía. De esta corriente surge una de las categorías de análisis más importantes, la división sexual del trabajo, referida tanto a la separación entre trabajo doméstico y trabajo productivo, como a la segmentación por sexo del mercado de trabajo.

Posteriormente, las críticas al estructuralismo y a la ciencia moderna que se desarrollan a partir de la década del setenta también afectan los análisis e interpretaciones sobre el trabajo femenino. Uno de los ejes de esta crítica se encuentra en la concepción del sujeto que rompe con la visión moderna del sujeto racional y las dicotomías entre sujeto consciente y sujeto alienado que hacían parte de los discursos sobre la clase obrera y sobre las mujeres. Se valora entonces la subjetividad, la experiencia histórica y situada de los sujetos, y se pone en evidencia la heterogeneidad tanto de la clase obrera como de las mujeres. El centro de la crítica epistemológica feminista a las ciencias sociales es el haber erigido en modelo universal al varón. Este androcentrismo explica por qué las mujeres y otros grupos de trabajadores con características sociales que no corresponden al modelo masculino –jóvenes, negros, minorías étnicas– son vistos como marginales o como versiones deficientes del modelo.

Más recientemente, Elda Guerra (1988), refiriéndose a los paradigmas interpretativos con los cuales se ha analizado el trabajo femenino, menciona dos grandes tendencias. La primera corresponde a un análisis desde la debilidad o especificidad de la mujer en el mercado de trabajo en relación con el modelo laboral masculino: empleada en puestos poco calificados, con salarios bajos, sin estabilidad y no sindicalizada... En esta primera tendencia se encuentran descripciones estadísticas sobre la segmentación del mercado de trabajo por sexo, análisis cualitativos de la presencia femenina en el mercado laboral y estudios sobre las características de las trayectorias laborales femeninas y masculinas. La segunda corriente interpretativa reúne investigaciones sobre la subjetividad y el comportamiento, la identidad de género en el trabajo y la heterogeneidad de las experiencias laborales de sujetos ubicados en distintos contextos de interrelación. Esta segunda corriente pretende dar cuenta de la complejidad de la experiencia femenina y reevaluarla, cuestionando el modelo de la debilidad y postulando un análisis de la experiencia de trabajo como sexualmente connotada.

Este desplazamiento teórico no es ajeno a la difusión del concepto de *género* y a la reorientación de los estudios centrados en la problemática del trabajo femenino hacia una problemática relacional y cultural de género. Si bien el concepto está en desarrollo, según lo han señalado teóricas como Joan Scott (1990), Teresita de Barbieri (1996), Marta Lamas (1999), introduce por lo menos tres dimensiones de análisis: las relaciones sociales de género –en donde se ubica la división sexual del trabajo–, la construcción cultural y simbólica de lo femenino y lo masculino, y las subjetividades femeninas y masculinas. El estudio de la masculinidad y de las relaciones intergénero e intragénero en el ámbito del trabajo es todavía escaso. La mayoría de los estudios recientes

que recurren al concepto de *género* siguen concentrándose exclusivamente en el análisis de la problemática del trabajo femenino.

En América Latina, el estudio del trabajo de la mujer se inicia en la década del sesenta con los primeros interrogantes sobre la participación de las mujeres en el desarrollo, en el marco de disciplinas como la sociología del desarrollo, la economía o la antropología, desde dos grandes polos teórico-políticos: las teorías de la modernización y la crítica feminista marxista. Se estudia entonces la participación de las mujeres en los procesos de urbanización, las migraciones campo-ciudad, su inserción en el mercado informal urbano y en el servicio doméstico, su acceso a la educación y su participación en la población económicamente activa (PEA). En los años setenta, la configuración de un nuevo orden mundial y el desarrollo de programas fronterizos de industrialización que apelan a la contratación de abundante mano de obra femenina plantean nuevas preguntas sobre la interrelación entre división internacional del trabajo y división sexual del mismo. A partir de la década del ochenta, el debate sobre la división internacional del trabajo da paso al de la globalización, al cual se añaden temas como la transformación de los procesos productivos en las empresas, la introducción de nuevas tecnologías y teorías organizacionales.

Surgen investigaciones que buscan evaluar el impacto del cambio técnico en la segmentación vertical y horizontal del trabajo en las empresas, la reproducción de formas de discriminación en el marco de discursos igualitarios, el acceso de las mujeres a niveles gerenciales, el impacto de la reestructuración productiva en el empleo femenino. Los temas de la flexibilidad laboral y la precarización del empleo introducen nuevas perspectivas en el análisis de la inserción de las mujeres en el mercado laboral. Es importante destacar como uno de los aportes más significativos

de las investigaciones sobre el trabajo de la mujer el haber puesto en evidencia las interrelaciones entre el universo laboral y el ámbito de la familia, la reproducción y el trabajo doméstico. Se estudian las estrategias familiares de supervivencia y el ciclo de vida familiar, las formas de socialización para el trabajo como dinámicas sociales que inciden de manera definitiva y desigual en las estructuras de oportunidades de mujeres y hombres y, por ende, en la reproducción o transformación de las relaciones de género.

En América Latina, como en el resto del mundo hasta hace poco, las investigaciones sobre trabajo femenino que se inscriben dentro del enfoque de la debilidad –identificado por Elda Guerra– son las más numerosas. Su objetivo principal ha sido hacer visible la desigualdad y propugnar políticas públicas destinadas a corregirlas. Si examinamos la presencia de los estudios de género y trabajo en los dos primeros congresos latinoamericanos de sociología del trabajo, puede observarse un incremento significativo: se pasa de un grupo de trabajo dedicado al tema en el primer congreso a tres en el segundo. En este último, sobre un total cercano a trescientas ponencias, sesenta y dos (21 %) se inscribieron en el campo de los estudios de género y trabajo, y cerca de la mitad fueron presentadas en paneles centrales o grupos de trabajo no dedicados al debate de género. Esto revela un aumento importante en el número de investigaciones, una diversificación de los problemas analizados y una creciente legitimidad del mismo.

Globalización, división internacional del trabajo y división sexual del trabajo

Aunque la globalización, como lo señala Boaventura de Sousa Santos (1997), no es una sino son varias y no solo tiene dimensiones económicas sino también sociales, políticas y culturales,

me referiré fundamentalmente a las primeras. A nivel económico, el proceso de globalización se caracteriza por la internacionalización y transnacionalización de las economías, a partir del desarrollo de una red cada vez más compleja de intercambios entre países a nivel financiero, productivo, comercial y de comunicaciones. Este incremento de los intercambios internacionales que dieron lugar a lo que se llamó en la década del setenta “el nuevo orden económico mundial” y que hoy conocemos como globalización, se presenta como un proceso en el cual las compañías transnacionales y entidades como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial adquieren un protagonismo sin precedentes en los destinos económicos (sociales, políticos y culturales) de los países, limitando la capacidad de acción de los Estados nacionales. Para América Latina, la globalización está asociada con los procesos de apertura económica y de ajuste estructural exigidos por el FMI a raíz de la crisis de la deuda y por los posteriores esfuerzos de integración de mercados regionales.

Este proceso de globalización liderado por los capitales internacionales ha tenido consecuencias distintas y contradictorias para los trabajadores según pertenezcan a los países centrales o periféricos y ha generado nuevas segmentaciones entre trabajadores en un mismo país. Estos efectos han sido analizados desde distintas perspectivas. Algunos autores enfatizan la pérdida de derechos de los trabajadores y los atropellos a la democracia. Charles Tilly (1995) señala que:

La globalización incentiva la proletarianización y la creciente desigualdad a escala mundial, y puede hacer lo mismo dentro de la jurisdicción de los Estados nacionales. Si el trabajo no encuentra los medios para organizarse efectivamente a la misma escala que lo hace el capital internacional, una conquista

de nuestra era –la democratización incompleta, empero, muchas veces sustancial– corre el riesgo de verse atropellada por las nuevas oligarquías del capital (citado en Abreu, 1995, p. 80).

Otros autores, como Wallerstein (1995, citado en Abreu, 1995), diferencian a los trabajadores de los países centrales de los periféricos señalando cómo los primeros pueden ser vistos más que como víctimas, como colaboradores de los Estados declinantes interesados en mantener la explotación internacional. En sentido contrario, puede observarse cómo ciertos procesos que están minando los derechos de los trabajadores en los países centrales pueden estar favoreciendo el ingreso de trabajadores al mercado de trabajo formal capitalista moderno en los países en desarrollo. La recomposición de las clases sociales a nivel nacional e internacional y la creación de nuevas diferenciaciones sociales no pueden analizarse de manera simplista oponiendo países centrales y periféricos, economías desarrolladas y subdesarrolladas. Las interrelaciones son complejas y no todos los beneficiarios ni todos los perjudicados se encuentran del mismo lado.

Como lo destaca Lourdes Benería (1995), el problema del género está poco presente en este debate, a pesar de que la globalización coincide con un proceso internacional de feminización de la fuerza de trabajo. Dos tipos de procesos han sido analizados por investigadoras feministas para poner en evidencia cómo la división internacional del trabajo en el marco de la globalización se articula con una división sexual y una división entre países que ubica a ciertos sectores de trabajadoras del tercer mundo en segmentos desventajosos del mercado laboral. El primero es el de las zonas de industrialización para la exportación, y el segundo, el del trabajo industrial a domicilio integrado a cadenas internacionales de subcontratación.

El primer ejemplo de la feminización de la fuerza de trabajo está relacionado con el desarrollo de estrategias de industrialización para la exportación que se pusieron en marcha en varios países en la década del setenta. La nueva división internacional del trabajo que se va configurando entonces se caracteriza por una reestructuración industrial que traslada a los países con mano de obra abundante y barata la realización de procesos manufactureros intensivos en mano de obra. La apertura del comercio internacional y la explosión de nuevos productos y de nuevas tecnologías crean un sistema de manufactura global, al cual se integran de manera desigual los países en desarrollo. Estas estrategias de industrialización para la exportación tienen antecedentes en la década del cincuenta, cuando se establecen en Puerto Rico las primeras Zonas de Producción para la Exportación, ejemplo que es seguido durante las dos décadas siguientes por numerosos países en América Latina, el Caribe y Asia: México, El Salvador, República Dominicana, Corea, Filipinas, Taiwán, Pakistán, Sri Lanka, China (Fernández-Kelly, 1989). En América Latina, el programa de maquiladoras en la frontera norte mexicana, que llega a emplear cerca del 10 % de la fuerza de trabajo del país, es el caso más estudiado y ha sido erigido como modelo de estrategia de industrialización para los países latinoamericanos.

Susan Tiano (1994) revisa las investigaciones sobre el trabajo de la mujer en la industria maquiladora mexicana e identifica dos grandes enfoques interpretativos: el primero sería la tesis de la explotación que insiste sobre las condiciones de trabajo desfavorables que experimentan las mujeres: empleos inestables y mal remunerados, segregación ocupacional entre trabajos femeninos no calificados y masculinos calificados, tareas femeninas monótonas y repetitivas, controles arbitrarios y sexistas, malas condiciones ambientales, dificultades para sindicalizarse...

Por otra parte, las mujeres –hijas de familia solteras o jefas de hogar– se vinculan al mercado laboral respondiendo a necesidades de sus familias afectadas por el desempleo masculino y raras veces obedecen a búsquedas de autonomía individual. Este tipo de interpretación ha sido el más frecuente, adelantado por autoras como Patricia Fernández-Kelly (1983a, 1983b, 1989, 1994), Lourdes Benería (1994) o Helen I. Safa (1991, 1994, 1995). A este enfoque se opone la tesis de la integración, defendida por autores como Stoddard (1987) o Lim (1990), quienes sostienen que el trabajo en la industria maquiladora representa una mejora sustantiva con respecto a las condiciones de empleo accesibles a las mujeres en México, y que les proporciona recursos económicos y psicológicos para negociar mejor con los hombres en el hogar. De hecho, la mayoría de las investigaciones recientes hacen interpretaciones matizadas que rescatan aspectos progresivos de la incorporación de las mujeres a este tipo de empleos en el campo de las ideologías de género y las relaciones de poder y autoridad en la familia. El estudio comparativo de experiencias como la de Puerto Rico, Cuba y República Dominicana (Safa, 1991 y 1995) permite cuestionar la validez de interpretaciones unívocas sobre estos fenómenos. Si bien se hace evidente la presencia de estrategias empresariales que buscan reducir costos mediante el empleo de mujeres, las dinámicas particulares en cada caso varían de acuerdo con factores como las características del mercado de trabajo local para ambos sexos, el tipo de sindicalización, el grado de protección estatal, los patrones familiares y reproductivos. Por otra parte, en el caso mexicano, la industria maquiladora de segunda generación presenta características diferentes a las que fueron estudiadas y denunciadas en sus primeras modalidades. Se trata de una industria más heterogénea que incluye sectores industriales en expansión, con tecnología de punta, nuevos

países inversionistas (como Japón), que contrata a un personal más calificado y en forma creciente a personal masculino, ofrece mejores niveles salariales y prestacionales... Si bien las mujeres siguen empleadas en su mayoría en sectores tradicionales, como confecciones en donde las formas de empleo y trabajo no han mejorado significativamente, se han abierto algunas alternativas de empleo calificado para ellas en el sector de autopartes (Carrillo, 1989; Kopinak, 1995). Aunque los niveles de calificación y productividad han mejorado, los salarios no se han incrementado significativamente y ha prosperado un nuevo tipo de sindicalismo subordinado o transparente, con escasa capacidad negociadora (Quintero Ramírez, 1990).

El segundo ejemplo de las modalidades de incorporación de las mujeres a la industria en el marco de la nueva división internacional del trabajo es el trabajo a domicilio, integrado a cadenas internacionales de subcontratación que lo ubican como su eslabón más débil. Lourdes Benería y Marta Roldán (1992), en una investigación ya clásica, reconstruyen las cadenas de subcontratación a trabajadoras a domicilio en ciudad de México que articulan a corporaciones multinacionales en países centrales con empresas y talleres nacionales. Otros estudios realizados en Brasil (Abreu, 1993), Colombia (Gladden, 1994), México (Peña Saint-Martin, 1994) coinciden en señalar las condiciones precarias de trabajo de estas mujeres, sometidas a pagos a destajo, extensas jornadas laborales, sin seguridad social y sin ninguna estabilidad en el empleo. Son una muestra extrema de la flexibilización y precarización del empleo y uno de los ejemplos que más directamente revela las articulaciones entre los sectores dinámicos y competitivos de la economía con las modalidades más precarias e informales de trabajo.

El “nuevo paradigma productivo”: flexibilidad laboral y segmentación del mercado de trabajo

Buena parte de los debates actuales de la sociología del trabajo giran en torno a la crisis del modelo fordista en dos grandes ámbitos: por una parte, la crisis del estado de bienestar en los países industrializados y la entronización del mercado como instrumento básico de regulación social y, por otra parte, el surgimiento de un nuevo sistema industrial que se basaría en la integración de tareas, el empleo de una mano de obra calificada, la formación de redes de subcontratación entre empresas con base en relaciones horizontales y cooperativas. Como lo señalan Leite y Aparecido da Silva (1994), este sistema –llamado especialización flexible por Piore y Sabel (1984), producción ligera por Womack, Jones y Roos (1992), sistema-red por Hoffman y Kaplinsky (1988)– se caracterizaría “por la superación de la organización fordista del proceso de trabajo y su sustitución por una nueva forma de organización basada en la implicación de los trabajadores en los objetivos empresariales”. Leite y Aparecido Da Silva (1994) hacen una lectura crítica de estas teorías, mostrando cómo estos autores generalizan abusivamente al conjunto de la economía tendencias observadas en algunos sectores muy particulares como la industria automotriz. Su enfoque, excesivamente optimista, se limita a considerar aspectos técnicos y económicos, ignorando los factores políticos, sociales y culturales, y minimizando los problemas sociales que le acompañan. Las investigaciones de los últimos años han mostrado la inexistencia de un nuevo patrón productivo único y universal al documentar una gran variedad de experiencias en función del país, el sector o la empresa, en donde se combinan taylorismo y especialización flexible. Uno de los temas que domina en los discursos apologéticos del nuevo

modelo es el tema de la flexibilidad, considerada como la panacea del mismo. Como lo han señalado numerosos críticos, la flexibilidad remite a diferentes dimensiones. El análisis de Elson (1995) incluye las siguientes:

- Flexibilidad en la forma de producción, con alteración de la división técnica del trabajo.
- Flexibilidad en la estructura organizacional de las empresas, con redes de subcontratación y sociedades entre firmas.
- Flexibilidad en el mercado de trabajo, con crecientes desregulaciones y alteraciones en los contratos, costumbres y prácticas que organizan el mercado de trabajo, que facilitan la contratación y el despido de trabajadores.

De acuerdo con esta autora, estos tres tipos de flexibilidad generarían un aumento en la flexibilidad funcional y se obtendría así mayor flexibilidad en la definición de tareas; en la flexibilidad numérica, tanto en número de trabajadores como en horas de trabajo (turnos y total de horas trabajadas); y en la flexibilidad financiera, es decir, mayor flexibilidad en los costos del trabajo a través de la minimización de los costos fijos (Abreu, 1995). La flexibilidad ha sido analizada por algunos autores como el eje de un nuevo esquema de dominación y de distribución del poder (Appay, 18-23 de Julio de 1994) y de desestructuración de la clase obrera (Bilbao, 1992). La flexibilidad positiva asociada con cooperación, calificación y autonomía en el trabajo es indisociable de la flexibilidad negativa a nivel de la contratación. La cooperación de los trabajadores con los nuevos esquemas de producción está estrechamente relacionada con el efecto disciplinador que tiene su nueva vulnerabilidad contractual. Dentro de esta perspectiva crítica, se cuestionan los análisis en términos de crecimiento

económico y competitividad que remiten a la categoría de costos necesarios, fenómenos como el desempleo o la precarización del empleo, y se asume, al contrario, que estos dos constituyen procesos centrales de la reestructuración de la economía y del trabajo. La precariedad parece transformarse en la forma normal del empleo en el futuro. Si examinamos estos fenómenos desde la óptica de las relaciones de género, se hace evidente que las modificaciones en el proceso productivo y en el mercado de trabajo no tienen las mismas consecuencias para hombres y mujeres, como tampoco tienen efectos homogéneos para todas las categorías de trabajadores y trabajadoras.

En esta parte, me referiré a la noción de flexibilidad del empleo. Danièle Kergoat (1992) afirma que la flexibilización tiene distintos significados para hombres y mujeres, pues mientras para los hombres puede implicar en muchos casos una reprofesionalización del trabajo con integración de funciones, para las mujeres significa en general precarización de las formas de contratación y empleo. Para Margaret Maruani (1988), la línea de división entre los sexos en el mercado de trabajo pasa cada vez más por las formas de empleo; el acceso al empleo y la capacidad de mantenerse en el mercado de trabajo constituiría una de las líneas de fractura esenciales entre hombres y mujeres. Uno de los datos que a primera vista requiere alguna explicación es la correspondencia entre la flexibilización y precarización del empleo y la creciente participación femenina en el mercado de trabajo. Desde finales de la década del setenta, se observa tanto en los países industrializados como en los no industrializados un incremento sostenido de la tasa de participación femenina. Pero este incremento de la participación se produce en medio de una sobrerrepresentación de las mujeres en los empleos precarios. Según datos para el Mercado Común Europeo, el 70 % de

los nuevos puestos de trabajo creados entre 1985 y 1992, considerados descalificados, se encuentran en el sector servicios, en tiempo parcial y ocupados por mujeres. En 1990, el 22 % del total de nuevos puestos de trabajo creados en Inglaterra son a tiempo parcial; el 87 % de ellos son desempeñados por mujeres (Da Silva Blass, 1997). Para América Latina, el índice de crecimiento de la PEA por sexo entre 1970 y 1990 es del 251,7 % para las mujeres, y del 168,4 % para los hombres, pero en la mayoría de los países, las tasas de desempleo para las mujeres son superiores a las de los hombres (Valdes y Gomariz, 1995).

En Colombia, las estadísticas también tienden a confirmar la coincidencia entre una mayor participación de las mujeres y una precarización del empleo femenino. Es así como las mujeres pasan de representar el 38 % de la PEA en 1986 al 42 % en 1996, pero presentan las tasas más altas de desempleo: en 1994, son el 60 % de los desocupados. Por otra parte, el incremento de la contratación temporal en la industria manufacturera –evidente entre 1985 y 1991, período en el cual aumenta del 6,1 % al 13,4 % del personal total– afecta en forma superior a las mujeres. Para estas, el porcentaje de empleo temporal pasa del 7,5 % en 1985 al 18 % en 1991. Si se compara la participación en el empleo manufacturero y en el empleo temporal, es clara la sobrerrepresentación de las mujeres en esta última categoría, sobrerrepresentación que tiende a aumentar. En 1985, las mujeres ocupan el 32 % del empleo en la industria manufacturera, pero son el 37,6 % de los trabajadores temporales; en 1991 su participación en el empleo aumenta al 33,4 % y su participación en el empleo temporal al 44,8 %. Estas cifras globales no dan cuenta de la diversidad de situaciones en distintos sectores de la producción ya que no en todos se produce una feminización y una precarización simultáneas del empleo. En algunos casos la reestructuración productiva genera procesos

inversos de desplazamiento de la mano de obra femenina en sectores como la industria textil y electrónica así como en la industria maquiladora, como ocurre en el caso mexicano (Elson, 1995, citada por Abreu, 1995). Los procesos de globalización y apertura económica, si bien han introducido nuevas diferenciaciones entre los trabajadores, no han transformado la tradicional segregación horizontal que concentra a las mujeres en los servicios —especialmente los servicios personales y el servicio doméstico— y en el caso de la industria en sectores considerados femeninos como las confecciones. Los estudios latinoamericanos de los últimos años (Valdes y Gomariz, 1995; Abreu, 1995; Arriagada, 1994, entre otros) coinciden en señalar algunas tendencias del mercado laboral en los ochenta y los noventa, como son el aumento sostenido de la participación femenina, una distribución desigual de hombres y mujeres en la estructura ocupacional, una creciente vinculación de las mujeres al empleo asalariado, con ingresos claramente inferiores a los masculinos a pesar del incremento visible del nivel educativo de las mujeres que alcanza o supera al de los hombres. Los procesos de globalización y la reestructuración productiva se producen en el marco de segmentaciones laborales preexistentes que pueden ser reforzadas o transformadas por las nuevas formas de trabajo.

La noción de segmentación o segregación laboral requiere algunas precisiones y se hace indispensable evitar la idea de una separación tajante entre grupos ocupacionales. Dolors Comas d'Argemir (1995) distingue dos tipos de segregación laboral: una segregación horizontal presente cuando “determinado grupo de personas se concentra mayoritariamente en un número relativamente pequeño de ocupaciones y se encuentra total o parcialmente ausente de las demás” (p. 57), y una segregación vertical cuando la “concentración de determinados grupos se produce

en los niveles ocupacionales inferiores, en tanto que otros se reparten por todas las categorías o se sitúan solo en las superiores” (p. 57). La segregación laboral nunca es absoluta y solo puede hablarse de tendencias y de grados de segregación. Por otra parte, esta no es en general el resultado de restricciones explícitas o de formas abiertas de discriminación, sino que responde a un conjunto de factores que derivan de los valores sociales, las expectativas y capacidades de las trabajadoras, las características ocupacionales y la lógica laboral. A nivel conceptual, la segmentación laboral según el género, la raza o la etnia remite a las interrelaciones entre los procesos culturales y sociales de construcción de la diferencia y los procesos económicos y sociales de asignación de las personas a las distintas ocupaciones que componen el mercado laboral.

Las creencias y estereotipos sobre el carácter humano y sus diferencias se incorporan a la lógica laboral como uno de sus elementos constitutivos. No se trata de factores añadidos, sino que se hallan en el corazón mismo del sistema, contribuyendo a reproducirlo como un sistema segmentado y jerarquizado (Comas d’Argemir, 1995, p. 64).

Es importante recordar que el empleo en América Latina se compone en porcentajes muy altos de ocupaciones informales. A comienzos de los noventa, dos de cada cinco mujeres ocupadas en las zonas urbanas lo hacían en empleos por cuenta propia, como familiares no remuneradas de baja calificación o como empleadas domésticas, con importantes diferencias según los países (Valdes y Gomariz, 1995). Por otra parte, el trabajo de una muy alta proporción de mujeres se desenvuelve en un contexto doméstico. Así lo señala Abreu para el Brasil al sumar las empleadas

domésticas, las trabajadoras a domicilio y las que se emplean en pequeños negocios en domicilios ajenos (1995). Esto produce una configuración particular de la segmentación por género del mercado laboral en América Latina. De este modo, las nuevas líneas de demarcación que separan a los hombres con contratación permanente de los hombres y las mujeres con contratación temporal y que afectan a la población asalariada se suman a las anteriores, que diferencian a las mujeres subempleadas a domicilio de los hombres trabajadores independientes, microempresarios o asalariados.

La reorganización del trabajo en la empresa: el debate sobre el enriquecimiento del trabajo y la construcción social de las calificaciones

El supuesto enriquecimiento del trabajo que traerían consigo las nuevas formas de producción no es una realidad sino para un núcleo reducido de trabajadores, como lo han puesto en evidencia investigaciones recientes. Wood (1989, citada por Leite y Aparecido Da Silva, 1994) señala cómo la reestructuración productiva significa un trabajo más rico y cualificado para los hombres, al tiempo que se degradan las condiciones de trabajo de las mujeres, “las cuales estarían sufriendo intensificación en los ritmos, rutinización de las tareas, descualificación y aumento de control” (p. 13). Según el Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos de Francia, la proporción de mujeres que trabajan en líneas de montaje ha aumentado, mientras que la de hombres ha disminuido. Del mismo modo, va creciendo la proporción de mujeres asalariadas sometidas a ritmos de trabajo impuestos mientras decrece en el caso de los hombres (Volkof, 1991, citado en Leite y Aparecido Da Silva, 1994). Los nuevos

modelos productivos suponen una redefinición de las cualificaciones y habilidades requeridas por los trabajadores, y le otorgan importancia a la responsabilidad directa del obrero con la calidad, a su capacidad de comunicación, facilidad para el trabajo en grupo, flexibilidad en el trato con las personas. A pesar de que estas habilidades han caracterizado comportamientos considerados como típicamente femeninos, ello no ha repercutido en un mayor reconocimiento y remuneración para las mujeres (Hola y Todaro, 1992). En un nivel discursivo, lo femenino ha sido integrado en forma creciente, y ha llegado a hablarse, por ejemplo, de una gerencia andrógina, pero esto no ha transformado significativamente la división sexual del trabajo en las empresas, ni la subvaloración del trabajo femenino en los distintos niveles. La caracterización del trabajo femenino como simple y descualificado sigue generando discriminación, al no considerar las habilidades caracterizadas como naturales en las mujeres, como la “atención, concentración, destreza manual, ni la formación como el nivel de escolaridad, en general más alto entre las mujeres que entre los hombres” (Hirata y Kergoat, 1987, citada por Leite y Aparecido Da Silva, 1994).

En América Latina se han realizado estudios de empresas en distintos países y ramas industriales –alimentos, textiles, artes gráficas, metalurgia, química, electrónica– buscando evaluar los efectos de los procesos de modernización organizacional y reestructuración productiva sobre las trabajadoras. Estos estudios de caso han puesto el énfasis en el análisis de las estrategias empresariales hacia la mano de obra femenina en términos de reclutamiento, desplazamiento o expulsión, definición de la calificación del trabajo femenino y masculino, segmentación de género de los puestos de trabajo, políticas de recursos humanos y estereotipos de género de los empleadores (Roldán, 1993, 1994, 1995; Lovesio,

1993, 22-26 de noviembre de 1993; López et al., 1992; Holzmann da Silva y Rubini, 1993; Bustos, 1994; Hernández, 1994; Abramo, 1995). Sus resultados indican la escasa repercusión de los procesos de reorganización productiva sobre los salarios, las calificaciones, las oportunidades de promoción y capacitación formal de las mujeres, aun de aquellas que han desarrollado habilidades polivalentes y nuevas destrezas comunicativas. Las estrategias de las empresas varían considerablemente en los distintos sectores, desde el reclutamiento de mano de obra femenina nueva, sin antecedentes industriales, que pueda ser incorporada a la producción con bajos salarios y en condiciones contractuales precarias, hasta la introducción de innovaciones tecnológicas que incorporen a las mujeres en condiciones de relativa marginalidad, con pocas posibilidades de recalificación y desembocando en ocasiones en expulsión de la mano de obra femenina.

Marta Roldán (1993, 1994, 1995) examina el impacto de tecnologías blandas como los sistemas “Justo a Tiempo” y “Control Total de Calidad” sobre hombres y mujeres en el caso de la industria argentina de autopartes, electrónica, metalúrgica liviana y del plástico. Sus investigaciones le permiten identificar la configuración progresiva de una clase obrera polivalente, mayoritariamente masculina, segmentada entre “un centro masculino (con mayor estabilidad laboral y a cargo de tareas que exigen un nivel más alto de capacitación técnica) y periferias masculinas y femeninas multifuncionales” (Roldán, 1995, p. 27). Buscando trascender el nivel descriptivo de muchos estudios que analizan la división genérica del trabajo en las empresas y el impacto del cambio técnico sobre ésta, Roldán critica el enfoque que ha predominado en los estudios feministas de este tipo. Estos tienden a feminizar la tesis de Braverman sobre la descalificación progresiva del trabajo en tiempos del capitalismo monopolista, lo cual

se traduce en un análisis unívoco que concluye sobre la inevitable descalificación del trabajo femenino. Retomando a Edwards, Roldán propone una visión de la empresa como terreno disputado, como contexto crucial de construcción y renegociación genérica (1993, p. 45). Destaca la naturaleza política de las relaciones entre capital y trabajo, y entre hombres y mujeres en las empresas, relaciones de poder y resistencia que configuran una diversidad de opciones en contextos particulares. La calificación del trabajo, el reconocimiento o no de saberes, destrezas y habilidades como calificaciones resulta en buena medida de relaciones de fuerza entre los actores sociales en la empresa y en el mercado. Roldán propone volver a un análisis de los procesos de trabajo en términos de unidad entre producción y valorización, y le otorga un lugar central al concepto de *control* entendido según la definición de Edwards (1979) como “modalidades de regulación compuestas por el conjunto de recompensas y sanciones que facilita la cooperación y la exigencia de cumplimiento de las tareas asignadas” (1993, p. 67). Este control incluye distintos mecanismos generizados –diferenciados y diferenciadores según el género–, desde dimensiones materiales como el control corporizado en las tecnologías físicas hasta dimensiones simbólicas dentro de las cuales se encuentran las ideologías de género. Roldán llama la atención sobre la necesidad de considerar factores externos a la empresa –el marco institucional, la acción del Estado y el tipo de gobierno, la evolución de la economía, el sistema de relaciones industriales– que afectan el ejercicio interno del control. En su investigación, destaca la presencia de mecanismos de control basados en la manipulación de la angustia de los trabajadores ante la crisis económica y el desempleo, o ante la carencia de defensa sindical. Estos se utilizan con mayor frecuencia en los sectores industriales en crisis que ponen en marcha sistemas “Justo a Tiempo” buscando salir de ella.

La crisis del modelo fordista de proveedor y el problema de la reproducción de la fuerza de trabajo y el trabajo doméstico en un contexto posfordista

Una de las dimensiones del agotamiento o sustitución del modelo fordista que ha sido poco estudiada es la que atañe a la crisis del modelo de proveedor masculino. Hay que recordar que la política particular de Ford en su fábrica de Detroit incluye la preocupación por la reproducción de la fuerza de trabajo. De allí que su programa de salarios altos –el famoso salario de cinco dólares diario–, que implantó en la segunda década de este siglo y que superaba los niveles salariales de la época, iba dirigido exclusivamente a los hombres para estimular el incremento de su productividad y lo acompañaban un conjunto de exigencias sobre el uso del mismo. Los obreros debían observar un comportamiento moral fuera de la fábrica, limitando el consumo de alcohol, y sus familias empezaron a ser objeto de vigilancia por parte de la empresa. El llamado modelo fordista está indisolublemente ligado a una noción implícita del obrero normal, entendido como varón proveedor y padre de familia, siendo su complemento obligado la mujer ama de casa. Sobre este esquema se montan los sistemas de seguridad social, los discursos sindicales y buena parte de sus lógicas reivindicativas que incluyen la defensa del salario familiar. El modelo otorga a las mujeres un lugar periférico en el mercado de trabajo y actúa como un fuerte legitimador de la noción del salario femenino como complementario, noción cuya persistencia explica en buena medida los desniveles salariales entre hombres y mujeres. El modelo impone una norma familiar y excluye, entre otras, las opciones de pareja no heterosexuales. María Patricia Fernández-Kelly (1994) sostiene la tesis de que el orden económico que reposaba sobre el modelo de trabajador varón

proveedor y el corolario de la mujer como encargada del trabajo doméstico, ha sido transformado por la globalización económica durante las últimas tres décadas. De acuerdo con su tesis, la concentración de la producción industrial en los países centrales desde el siglo XIX y el incremento correlativo de los salarios reales, resultado de la movilización de los trabajadores –fundamentalmente varones–, condujeron a una crisis de rentabilidad que estimuló el cambio tecnológico y la relocalización industrial. El traslado de segmentos de la producción a países subdesarrollados permitió a los empleadores aprovechar los enormes diferenciales salariales y limitar el alza de salarios en los países desarrollados. El mismo fenómeno ayudó a los inversionistas a evitar las tarifas sindicales y los salarios comparativamente altos de los países desarrollados y obtener beneficios derivados del empleo de mano de obra poco costosa en los países subdesarrollados. Numerosos gobiernos de Asia, América Latina y el Caribe proporcionaron incentivos para desarrollar zonas de industria para la exportación y maquiladoras en las cuales millones de trabajadores, fundamentalmente mujeres, ensamblaron productos para el mercado mundial. Desde este punto de vista, la globalización y la feminización de la fuerza de trabajo industrial tuvieron efectos de redisciplinamiento de la fuerza de trabajo en una gran escala.

A pesar de su creciente importancia como trabajadoras remuneradas, las mujeres siguen asumiendo la mayoría de las tareas del hogar, especialmente en el cuidado de los niños. La redefinición de los roles de género ocurre en un contexto con pocas evidencias de que los hombres hayan aumentado su participación en el trabajo doméstico. La transformación de las percepciones culturales sobre la obligación exclusiva de las mujeres de encargarse del trabajo doméstico está relacionada con transformaciones en la producción que tienden a atomizar la fuerza de trabajo.

El cambio se dirige hacia una comprensión colectiva de que cada persona, hombre o mujer, debe asegurar su propio mantenimiento. Los análisis sobre el impacto de la crisis en las estrategias familiares en América Latina (Beneria, 1992; González de la Rocha, 1994; Arriagada, 1994) confirman que el deterioro de los ingresos masculinos redundará en una intensificación del trabajo doméstico de las mujeres y una prolongación de las jornadas dedicadas a esas tareas. En ese sentido, la caída de los salarios y el creciente desempleo no solamente obligan a multiplicar los proveedores en el hogar sino que este último debe suplir bienes y servicios que las familias adquirirían anteriormente en el mercado. De acuerdo con González de la Rocha (1994), la familia se convierte en un amortiguador de la protesta social al limitar los efectos negativos de la crisis mediante una intensificación del trabajo remunerado y no remunerado de los miembros de la familia, en particular de las mujeres y los niños. La individualización de la fuerza de trabajo con base en las nuevas definiciones de género comportó la promesa para las mujeres de una independencia económica y personal, así como de una mayor igualdad entre los sexos. Pero, como lo indica el caso de la industria maquiladora, la creciente igualdad entre hombres y mujeres parece ser la resultante de un deterioro de las condiciones de trabajo de los hombres y no solamente de una mejora en las condiciones de las mujeres. El trabajo remunerado se ha convertido en una necesidad para las mujeres, pero no va acompañado ni del acceso a un salario de proveedora ni de una reducción de su trabajo doméstico. La desregulación laboral y el creciente abandono de responsabilidades con respecto a la reproducción de los trabajadores por parte de las empresas y del Estado tienden a convertir en norma para la mayoría de los trabajadores lo que fueron las condiciones propias del trabajo femenino y de otros sectores sociales discriminados desde el siglo pasado.

Algunas perspectivas

El equivalente al sindicalismo fordista en América Latina fue el que se constituyó en los países con procesos de industrialización por sustitución de importaciones más exitosos, como Argentina, México o Brasil. La negociación colectiva y el protagonismo sindical en relación con el Estado generaron un “control sobre el puesto de trabajo”, de acuerdo con Bilbao (1993), para algunos sectores de trabajadores. En Colombia, este tipo de sindicalismo se desarrolló en el Estado y en algunas grandes empresas. El obrero fabril, de sexo masculino, blanco, y la lucha salarial *strictu sensu* constituyeron el modelo básico que orientó la acción sindical en América Latina, de espaldas a un mundo donde el trabajo informal, los servicios, el trabajo femenino, infantil, la diversidad racial y étnica han sido primordiales (Godinho Delgado, 1995). Marta Roldán considera que el esquema fordista de sindicalismo ofrecía un marco más propicio para la participación equitativa de las mujeres. El sistema de convenciones colectivas por rama que existía en Argentina antes de las reformas, por ejemplo, garantizaba una distribución de ingresos mínimos y un grado elevado de homogeneidad social. Según Roldán, esta homogeneidad, a pesar de las desigualdades genéricas, otorgaba verosimilitud a las demandas feministas de igual remuneración por igual trabajo o por trabajo de igual valor (1995). Esto puede ser cierto para un sector minoritario de trabajadoras asalariadas estables, pero excluye a un inmenso contingente de mujeres cuyas formas de trabajo no coinciden con el modelo asalariado fordista: asalariadas en condiciones precarias, trabajadoras a domicilio, trabajadoras por cuenta propia, empleadas domésticas. De este modo resulta paradójico que la feminización de las condiciones de empleo de la mayoría de los trabajadores que ha disuelto la base social

tradicional del sindicalismo lo obligue hoy a replantear sus formas de acción, su filosofía y sus objetivos sociales, económicos y políticos, para tratar de incluir la diversidad de problemáticas laborales existentes, y entre estas, las de las mujeres.

Orientar la acción reivindicativa, sindical y política hacia la equidad de género en el trabajo implica analizar simultáneamente el trabajo asalariado y el doméstico, y ampliar el concepto de trabajo y de trabajador y trabajadora, problematizando el modelo general de productor y trabajador encarnado en el obrero fabril, profesional, asalariado y masculino. De acuerdo con Kergoat, el esfuerzo debe dirigirse a “restablecer las conexiones entre lo que había sido separado hasta aquí, a través de una definición más extensiva de trabajo”, a partir de la cual, el trabajo doméstico y las particularidades del trabajo asalariado de las mujeres no sean más “excepciones a un modelo supuestamente general” (Hirata y Kergoat, 1987, citado en Da Silva Blass, 1997, p. 66). Especulando sobre el futuro a partir de las tendencias observables especialmente en Europa, Elda Guerra (1988) retoma a Gallino para imaginar algunos escenarios: uno de ellos, hiperliberal, en el cual podrían coincidir una ruptura de la segregación por sexo y una disminución de la cantidad de trabajo disponible con una polarización creciente entre un área restringida del mercado de trabajo que comprende las profesiones de alta calificación y un área más extensa de malos trabajos por los cuales compiten trabajadores y trabajadoras que transitan entre ocupaciones marginales, descalificadas y el desempleo. Se trataría de una eliminación de la segregación de género dentro de una jerarquía social rígidamente establecida. Otro escenario posible es la ampliación de las tendencias actuales: una mayor penalización de las mujeres ante la reducción de la demanda de trabajo, que las concentre en los trabajos de tiempo parcial y acentúe así la discriminación sexual.

Esto puede coexistir con una tendencia a la reclasificación en términos de utilidad y prestigio social de las profesiones en las que aumenta la presencia femenina. En este caso, se acentuaría la segregación de género en los trabajos poco calificados y se avanzaría hacia una mayor equidad de género en los trabajos calificados y profesionales. La tercera alternativa, que rescataría la existencia de identidades laborales sexualmente connotadas, implica una revaluación social de los trabajos realizados por las mujeres para la reproducción de las condiciones cotidianas de existencia. Esto significaría una ampliación del concepto de trabajo para incluir “el complejo de actividades productivas y reproductivas desarrolladas en el mercado, en la economía informal, en la economía doméstica y familiar” (Guerra, 1988, p. 13). Esto implicaría redistribuir la actividad laboral y replantear una cultura del trabajo o, mejor, del obrar humano, que comprenda también la experiencia femenina. En un ejercicio de imaginación política que se inscribe dentro de los esfuerzos de intelectuales de izquierda norteamericanos por darle contenido a la idea de democracia radical, Nancy Fraser (1997), en contravía con el desmonte de los estados de bienestar, propone el modelo de *cuidador universal* como alternativa al *proveedor masculino* que caracterizó al fordismo. Según Fraser, este utópico modelo sería el único capaz de romper con la inequidad de género en todos los ámbitos. Se trata de hacer que los actuales patrones de vida de las mujeres, que combinan la actividad de proveedoras con las de cuidado,¹ con grandes dificultades y esfuerzos, se conviertan en la norma para todos... De este modo se promueve simultáneamente la participación equitativa de las mujeres en

1 Nancy Fraser incluye dentro de las actividades de cuidado las actividades domésticas de mantenimiento del hogar y preparación de alimentos, el cuidado de los niños, los ancianos, los enfermos...

la sociedad civil y en la política, y la participación masculina en el ámbito doméstico, socialmente revaluado. Los puestos de trabajo estarían diseñados para empleados que son también cuidadores. En esta transformación, la acción del Estado es fundamental pues este sería el encargado de dismantelar la oposición genérica entre proveedor y cuidador, de subvertir de esta manera la división sexual del trabajo y reducir la importancia del género como principio estructurante de la organización social.

Bibliografía

- Abramo, Laís (1995). Políticas de recursos humanos y modernización productiva. En Rosalba Todaro y Regina Rodríguez (eds.), *El trabajo de las mujeres en el tiempo global* (pp. 41-78). Santiago de Chile: Isis Internacional y CEM.
- Abreu, Alice (1993). Trabalho a domicílio e relações de gênero: as costureiras externas no Rio de Janeiro. En Alice Abreu y Bila Sorj (comps.), *O trabalho invisível. Estudos sobre trabalhadoras a domicílio no Brasil* (pp. 43-61). Brasil: Rio Fundo.
- Abreu, Alice (1995). América Latina: Globalización, género y trabajo. En Rosalba Todaro y Regina Rodríguez (eds.), *El trabajo de las mujeres en el tiempo global* (pp. 79-92). Santiago de Chile: Isis Internacional y CEM.
- Appay, Béatrice (18-23 de julio de 1994). Social Precarisation and Strategic Power. *XIIIth World Congress of Sociology*. Bielefield, Alemania.
- Arriagada, Irma (1997). Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo. En *IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia, vol. 1* (pp. 7-44).
- Arriagada, Irma (1994). Transformaciones del trabajo femenino urbano. *Revista de la Cepal*, (53), 91-110.

- Beneria, Lourdes (27-29 de febrero de 1992). Aprender de América Latina: Luchas de mujeres por la subsistencia [conferencia]. UCLA. Los Ángeles, Estados Unidos.
- Beneria, Lourdes (1994). La globalización de la economía y el trabajo de las mujeres. En Beatriz Bustos y Germán Palacio (comps.), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates en la década de los noventa* (pp. 49-76). México: Universidad de Guadalajara e Ilsa.
- Beneria, Lourdes (1995). Toward a greater integration of gender in economics. *World Development*, 23(11), 1839-1851.
- Beneria, Lourdes y Roldán, Marta (1992). *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*. México: El Colegio de México y FCE.
- Bilbao, Andrés (1993). *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*. Madrid: Trotta y Fundación 1.º de Mayo.
- Bustos, Beatriz (1994). *Mujeres, hogar e industria en el suroeste de Colombia*. México: Universidad de Guadalajara.
- Carrillo, Jorge (comp.) (1989). *Reestructuración industrial. Maquiladoras en la frontera México-Estados Unidos*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Comas d'Argemir, Dolors (1995). *Trabajo, género, cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*. Icaria: Institut Català d'Antropologia.
- Da Silva Blass, Leila M. (1995). Género y Trabajo: trayectorias de una problemática. *Sociología del Trabajo*, (25), 55-70.
- De Barbieri, Teresita (1996). Certezas y malentendidos sobre la categoría género. En Laura Guzmán Stein y Gilda Pacheco Oreamuno (comps.), *Estudios básicos de derechos humanos iv* (pp. 47-84). San José: IIDH, ASDI, Comisión de la Unión Europea.

- De Sousa Santos, Boaventura (1997). Hacia una concepción multicultural de los derechos humanos. *Análisis Político*, (31), 3-16.
- Edwards, Richard (1979). *Contested Terrain. The Transformation of Work in The Twentieth Century*. Londres: Heineman.
- Elson, Diane (1995). Appraising Recent Developments in the World Market for Nimble Fingers: Accumulation. Regulation, Organisation. En Amrita Chhachhi y Renée Pittin (eds.), *Confronting State, Capital and Patriarchy: Women Organizing the Process of Industrialisation*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Fernández-Kelly, María Patricia (1983a). Mexican Border Industrialization, Female Labor Force Participation and Migration. En June Nash y María Patricia Fernandez-Kelly (eds.), *Women, Men, and the International Division Of Labor*. Nueva York: State University of New York Press.
- Fernández-Kelly, María Patricia (1983b). *For we are sold, I and my people. Women and Industry in Mexico's Frontier*. Nueva York: USA State University of New York.
- Fernández-Kelly, María Patricia (1989). Industrias para la exportación y costos sociales: Asia y frontera México-Estados Unidos. En Jorge Carrillo (comp.), *Reestructuración industrial. Maquiladoras en la frontera México-Estados Unidos* (pp. 125-182). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Fernández-Kelly, María Patricia (1994). *Political Economy and Gender In Latin America: The Emerging Dilemmas*. Washington: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Fraser, Nancy (1997). *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Bogotá: Siglo del Hombre, Universidad de los Andes.
- Gladden, Kathleen (1994). La reestructuración industrial, el subcontrato y la incorporación de la fuerza de trabajo femenina

- en Colombia. En Beatriz Bustos y Germán Palacio (comps.), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates en la década de los noventa* (pp. 171-192). México: Universidad de Guadalajara, Ilsa.
- Godinho Delgado, María Berenice (1995). Sindicalismo latino-americano: o difícil diálogo entre mulheres e homens. En Maria Silva Portella de Castro y Achim Wachendorfer (coords.), *Sindicalismo latinoamericano: entre la renovación y la resignación* (pp. 149-160). Caracas: Nueva sociedad, Ildes-Fes.
- González de la Rocha, Mercedes (1994). Grupos domésticos de Guadalajara. Análisis diacrónico de su organización antes y durante la crisis económica. En Beatriz Bustos y Germán Palacio (comps.), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates en la década de los noventa* (pp. 295-311). México: Universidad de Guadalajara, Ilsa.
- Guerra, Elda (1988). El trabajo de las mujeres: modelos interpretativos para comprender el presente e imaginar el futuro. *Sociología del Trabajo*, (3), 3- 15.
- Hernández, Helena de la Paz. Mujer, industria y región. Las obreras del dulce en Tlajomulco de Zúñiga, Jalisco. En Beatriz Bustos y Germán Palacio (comps.), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates en la década de los noventa* (pp. 215-240). México: Universidad de Guadalajara, Ilsa.
- Hoffman, Kurt y Kaplinsky, Raphael (1988). *Driving Force: The Global Re-structuring of Technology, Labour and Investment in the Automobile and Components Industries*. Londres: Westview Press.
- Hola, Eugenia y Todaro, Rosalba (1993). La reproducción de la discriminación en la empresa moderna. En Nea filgueira (comp), *Mujeres y trabajo en América Latina* (pp. 119-164). Madrid: Grecmu-Iepala.

- Kergoat, Danièle (1992). Les absentes de l'histoire. En Guy-Patrick Azémar (org.), *Ouvriers, ouvrières. Un continent morcelé et silencieux*. París: Autrement.
- Hirata, Helena y Kergoat, Danièle (1987). Rapports sociaux de sexe et psychopathologie du travail. En Christophe Dejours (dir.), *Plaisir et souffrance dans le travail*. París: Cnrs.
- Kopinak, Kathryn (1995). Gender as a Vehicle for the Subordination of Women Maquiladora Workers in Mexico. *Latin American Perspectives*, 22(1), 30-48.
- Lamas, Marta (1999). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género. *Papeles de Población*, 5(21), 147-178.
- Leite, Marcia de Paula y Aparecido Da Silva, Roque (1994). La Sociología del Trabajo frente a la reestructuración productiva: una discusión teórica. *Sociología del Trabajo*, (25), 3-28.
- Lim, Linda (1983). Capitalism, Imperialism, and Patriarchy: The Dilemma of Third World Women Workers in Multinational Factories. En June Nash y María Patricia Fernández-Kelly (eds.), *Women, Men, and the International Division of Labor* (pp. 70-91). Albany: State University of New York Press.
- López, Luz et al. (1992). *Un mar de mujeres: trabajadoras en la industria de la pesca*. Montevideo: Greemu, Trilce.
- Lovesio, Beatriz (1993). Las trampas del sexo. En Nea Filgueira (comp), *Mujeres y trabajo en América Latina* (pp. 165-196). Madrid: Greemu-Iepala.
- Lovesio, Beatriz (22-26 de noviembre de 1993). "Ventajas comparativas" de las mujeres ante el proceso de reconversión productiva [ponencia]. *Ier Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México.
- Maruani, Margaret (1988). Sociología del empleo: una investigación en las fronteras de la empresa. *Sociología del Trabajo*, (4), 67-79.

- Peña Saint Martin, Florencia (1994). El trabajo industrial domiciliario. Reflexiones a partir de un estudio de caso en Mérida, Yucatán. En Beatriz Bustos y Germán Palacio (comps.), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates en la década de los noventa* (pp. 193-213). México: Universidad de Guadalajara, Ilsa.
- Piore, Michael y Sabel, Charles (1984). *The Second Industrial Divide*. Nueva York: Basic Book.
- Quintero Ramírez, Cirila (1990). *La sindicalización en las maquiladoras tijuanaenses*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Roldan, Marta (1993). Nuevos desafíos a la teoría y práctica de la investigación sociológica feminista en la década de los noventa. En Nea Filgueira (comp.), *Mujeres y trabajo en América Latina* (pp. 27-80). Madrid: Greemu-Iepala.
- Roldan, Marta (1994). Un debate pendiente: Reconversión industrial, desregulación y nuevos procesos de trabajo “flexibles” en el contexto latinoamericano de los 90. ¿Hacia una perspectiva sensible al género? En Beatriz Bustos y Germán Palacio (comps.), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates en la década de los noventa* (pp. 101-137). México: Universidad de Guadalajara, Ilsa.
- Roldan, Marta (1995). Nuevos procesos de trabajo y jerarquías de género en los 90. En Rosalba Todaro y Regina Rodríguez (eds.), *El trabajo de las mujeres en el tiempo global* (pp. 11-40). Santiago de Chile: Isis Internacional y CEM.
- Holzmann da Silva, Lorena y Rubini, Elida (1993). Inovações na organização do processo de trabalho e relações de gênero. Um estudo de caso [ponencia]. *Ier Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México.

- Safa, Helen (1991). Women and Industrialization in the Caribbean. En Sharon Stitcher y Jane L. Parpart (eds.), *Women, Employment and the Family in the International Division of Labor* (pp. 72-97). Filadelfia: Temple University Press.
- Safa, Helen (1994). La mujer en América Latina: el impacto del cambio socioeconómico. En Beatriz Bustos y Germán Palacio (comps.), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates en la década de los noventa* (pp. 49-76). México: Universidad de Guadalajara, Ilsa.
- Safa, Helen (1995). Reestructuración económica y subordinación de género. En Rosalba Todaro y Regina Rodríguez (eds.), *El trabajo de las mujeres en el tiempo global* (pp. 161-181). Santiago de Chile: Isis Internacional y CEM.
- Scott, Joan (1990). El género, una categoría útil para el análisis histórico. En James Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y Género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea* (pp. 23-58). Valencia: Alfons el Magnánim.
- Stoddard, Ellwyn (1987). *Maquila: Assembly Plants in Northern Mexico*. El Paso: Texas Western.
- Tiano, Susan (1994). *Patriarchy On the Line. Labor, Gender, And Ideology in The Mexican Maquila Industry*. Filadelfia: Temple University Press.
- Tilly, Charles (1995). Scholarly Controversy: Global Flows of Labor and Capital. Globalization Threatens Labor's Rights. *International Labor and Working Class History*, (47).
- Valdes, Teresa y Gomariz, Enrique (coords.) (1995). *Mujeres latinoamericanas en cifras. Tomo comparativo*. Chile: Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos Sociales de España y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Flacso.

- Volkof, Serge (1991). As pesquisas francesas sobre as condições de trabalho: dos métodos ao resultado. *Revista Brasileira de Saúde Ocupacional*, 19(74), 80-98.
- Wallerstein, Immanuel (1995). Scholarly Controversy: Global Flows of Labor and Capital. Globalization Threatens Labor's Rights. *International Labor and Working Class History*, (47).
- Wood, Stephen (1989). The Transformation of Work. En Stephen Wood (comp.), *The Transformation of Work?* Londres: Unwin Hyman.
- Womack, James; Jones, Daniel y Roos, Daniel (1992). *A máquina que mudou o mundo*. Rio de Janeiro: Campus.

Mujeres, trabajo y tecnología en tiempos globalizados*

Globalización y economía global

Como ha sido señalado, el término “globalización” remite de manera confusa a dos tipos de discurso: por una parte, a las diversas y concurrentes descripciones e interpretaciones adelantadas desde las ciencias sociales, las cuales privilegian dimensiones particulares de algunos fenómenos de carácter mundial –económicos, políticos, culturales–; y por otra parte, a una retórica vaga, de corte neoliberal, que exalta la globalización como un proceso necesario, que obedece a “leyes” del desarrollo tecnológico o del progreso económico.

En términos generales, “globalización” hace referencia a un conjunto de cambios de distinto orden que han sufrido las sociedades y la economía mundial durante las cuatro últimas décadas. En primer lugar, la ampliación del mercado mundial y la intensificación de la interdependencia de las economías nacionales, fenómenos económicos que están a su vez asociados con la formación de instituciones de regulación de las relaciones internacionales, en sus diversas dimensiones. El período de la

* Publicado como *Mujeres, trabajo y tecnología en tiempos globalizados. Cuadernos del CES No. 5*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2004.

globalización está claramente asociado con un incremento de la pobreza y la desigualdad social como tendencia mundial y con la polarización de las sociedades que tienden a excluir a contingentes crecientes de la población. Sin duda, también se generan procesos de integración contradictorios, especialmente en el ámbito de las comunicaciones.

La constitución de un nuevo “orden mundial” se presenta como un proceso conflictivo en el cual participan múltiples agentes: a) los Estados nacionales, que siguen siendo actores importantes a los que se suman las instituciones políticas y económicas regionales; b) las instituciones multilaterales regulatorias, que representan de manera desigual los intereses de las distintas naciones –Naciones Unidas, OIT, OMS, OMC–; c) las corporaciones multinacionales; d) los movimientos sociales y ONG internacionalistas.

A nivel económico, si bien es cierto que el mercado capitalista internacional conoce una primera fase de expansión en el siglo XIX y comienzos del XX, el proceso que se vive desde finales de la década de los sesenta alcanza magnitudes y niveles nunca antes vistos. La intensificación de los intercambios e interconexiones internacionales ha sido liderada por el mercado financiero, seguido por la transnacionalización de la producción y la liberalización del comercio de bienes y servicios. De acuerdo con Castells, una economía global es ante todo una economía capaz de funcionar como unidad en tiempo real a escala planetaria:

Si bien el modo de producción capitalista se caracteriza por su expansión incesante y su esfuerzo sin descanso por correr los límites de tiempo y espacio, solamente a finales del siglo XX la economía mundial puede volverse realmente global, gracias a la nueva infraestructura proporcionada por las

tecnologías de la información y la comunicación. [...] Por primera vez en la historia, el capital se administra día y noche en mercados financieros que operan en tiempo real: transacciones que representan millares de dólares se efectúan en pocos segundos en los circuitos electrónicos del mundo entero (Castells, 1998, p. 121).¹

No obstante, el mismo Castells advierte que no es posible hablar aún de una economía planetaria: aunque la economía global incide directa o indirectamente sobre los medios de existencia de toda la humanidad, no incluye en su funcionamiento todos los procesos económicos del planeta ni todos los territorios, ni todas las personas. A su funcionamiento y estructura reales solo conciernen segmentos de las estructuras económicas, los países y las regiones, de acuerdo con una desigual división internacional del trabajo.

La transformación de las relaciones internacionales que conlleva este “nuevo orden económico mundial” incluye una injerencia creciente de las compañías transnacionales y de entidades como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio en los destinos de los países, que limita la capacidad de acción de los estados nacionales. Sin embargo, la apertura de mercados y la desregulación económica y laboral no son posibles sin la intervención activa de los Estados: la expansión del mercado es en buena medida el resultado de la acción de estos últimos, como lo recuerda Beneria (24-27 de septiembre de 1998) retomando a Polanyi.

¹ Traducción de Luz Gabriela Arango. Todas las citas de textos de idiomas diferentes del español en el presente volumen son traducciones de la autora, a menos que se indique lo contrario.

Las mujeres latinoamericanas en la división internacional del trabajo

Para América Latina, la globalización se asocia con los procesos de apertura económica y de ajuste estructural exigidos por el FMI a raíz de la crisis de la deuda en la década de los ochenta y con los posteriores esfuerzos de integración de mercados regionales. Significó también la revisión del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, en pro de un modelo de economías de exportación. Las políticas de ajuste estructural se basaron –y lo siguen haciendo– en una reestructuración económica profunda que comprende períodos de austeridad para la gran mayoría de la población, con consecuencias diferenciadas para los trabajadores de acuerdo con su ubicación laboral y sus características sociales en términos de género, etnia, edad. Queda claro que los sectores más pobres pagan los costos más elevados del ajuste. A lo largo de este proceso, la “inserción” de América Latina en la economía mundial ha sido muy desigual según los países y su participación como región en la constitución de formas de regulación internacional ha estado sometida a la política norteamericana. La hegemonía –actualmente cuestionada– de una ideología “neoliberal” sirvió para legitimar el desmonte de los estados de bienestar y de las medidas proteccionistas en los países en posiciones dominadas. La deuda externa ha actuado como el gran obstáculo para el desarrollo económico y como excusa para adelantar severos ajustes fiscales con costos sociales incalculables en los países dominados.

Si bien en los inicios el problema de género estaba poco presente en estos debates, en el último lustro se ha escrito considerablemente sobre las dimensiones de género de la globalización, la cual coincide con un incremento sostenido de la participación

femenina en el mercado laboral y la industria. Antes de abordar el impacto de la globalización económica sobre el trabajo de las mujeres, presentaré los rasgos principales del modelo de industrialización por sustitución de importaciones que la antecedió y sus consecuencias en la división sexual del trabajo.

El modelo de desarrollo para América Latina con base en la industrialización por sustitución de importaciones ha sido asimilado en algunos aspectos al llamado “fordismo”, en la medida en que comparten algunos supuestos, de los cuales solo mencionaré aquellos que tienen especial incidencia en las relaciones de género: un modelo de producción masiva dirigida al mercado interno en grandes unidades productivas y con una organización del trabajo basada en los principios tayloristas de división y especialización del trabajo; un estado de bienestar con un sistema de seguridad social orientado a socializar los costos de reproducción de la fuerza de trabajo en materia de salud, educación, capacitación y retiro; relaciones laborales basadas en grandes convenciones colectivas y en la sindicalización de amplios contingentes de trabajadores. Es indudable que este modelo logró desarrollos muy desiguales en los distintos países latinoamericanos y aún en aquellos en que conoció su máxima realización como Argentina, Brasil o México, siempre quedaron excluidos de sus beneficios porcentajes muy elevados de la población.

¿Qué significó este modelo para las relaciones de género?

En lo que respecta a la participación de las mujeres en la industrialización y en el mercado laboral, es interesante observar cómo la aplicación del modelo de industrialización por sustitución de importaciones generó un desplazamiento progresivo de las mujeres de la industria, las cuales se habían incorporado en

altas proporciones a los primeros esfuerzos fabriles de finales del siglo XIX y comienzos del XX. A lo largo de la década de los cincuenta, la participación femenina en la industria, y especialmente en la gran industria moderna, se reduce en muchos países, quedando confinada a los segmentos más artesanales, a la pequeña y mediana industria, o a sectores considerados femeninos como las confecciones. Las mujeres se vinculan fundamentalmente al comercio, los servicios y el sector informal.

Una clara segmentación de género caracteriza entonces el mercado laboral, diferenciando los sectores feminizados en los cuales el trabajo corresponde a una extensión de las tareas domésticas y familiares: servicios personales, actividades de cuidado de niños, ancianos, enfermos, tareas manuales segmentadas, minuciosas y repetitivas en la industria, oficios de limpieza y aseo en todos los sectores de la producción, profesiones técnicas y universitarias femeninas en las áreas de la educación y la salud. Esta segmentación horizontal, que diferencia, aunque de manera raras veces tajante, las áreas de trabajo propias de los hombres y de las mujeres, va acompañada de una desigualdad flagrante en las remuneraciones y el reconocimiento social atribuidos a unas y otras. La segmentación laboral de género se reproduce a niveles microsociales en las características de los puestos de trabajo individuales que se asignan a hombres y mujeres en sectores aparentemente mixtos. Por otra parte, a la segmentación horizontal se añade una segmentación vertical del mercado laboral que concentra a las mujeres en los puestos inferiores e impone barreras para su acceso a los altos niveles de las jerarquías laborales.

La segregación laboral nunca es absoluta y solo puede hablarse de tendencias y de grados de segregación. A nivel conceptual, la segmentación laboral según el género, la raza o la etnia remite a las interrelaciones entre los procesos culturales y sociales de

construcción de la diferencia y los procesos económicos y sociales de asignación de las personas a las distintas ocupaciones que componen el mercado laboral. Esta segregación del mercado laboral se apoya en una división sexual del trabajo que distingue producción y reproducción, trabajo productivo y trabajo doméstico. Siguiendo la tradición inaugurada en el siglo XIX, cuando la economía política convirtió el trabajo doméstico en disposición innata propia del sexo femenino por prescripción de la naturaleza y lo excluyó de la economía y de las estadísticas nacionales, las múltiples actividades de las mujeres en el hogar para garantizar la reproducción biológica, cotidiana y social de la fuerza de trabajo son consideradas exteriores a la economía.

El llamado modelo “fordista” está indisolublemente ligado a una noción implícita del trabajador “normal”, entendido como varón proveedor y padre de familia; con su complemento obligado, la mujer ama de casa –eventualmente asalariada complementaria. Sobre este esquema se montan los sistemas de seguridad social, la legislación laboral, los discursos sindicales y buena parte de sus lógicas reivindicativas que incluyeron la defensa del salario familiar. El modelo impone una nueva norma familiar y otorga a las mujeres un lugar periférico en el mercado de trabajo que actúa como un fuerte legitimador de la noción del salario femenino como complementario.

A pesar de la creciente unificación del mercado capitalista mundial que se produce a partir de la década de los setenta, el mercado de trabajo no se unifica a nivel mundial. Según lo señala Castells, si bien los mercados de trabajo no son globales, el trabajo sí constituye un recurso global, al menos en tres sentidos: 1) las empresas pueden escoger en qué lugar del planeta se implantan para encontrar la mano de obra que necesitan (barata, calificada o no, disciplinada...); 2) pueden atraer personal altamente

calificado proveniente de cualquier lugar propiciando la conocida fuga de cerebros; 3) por su propia iniciativa y en busca de mejores condiciones de trabajo, o huyendo de la pobreza, la guerra o la persecución, las y los trabajadores de numerosos países se desplazan hacia las economías aparentemente más prometedoras.

Destacaré dos tipos de procesos que han sido analizados por investigadoras feministas para poner en evidencia las interrelaciones entre la división internacional y la división sexual del trabajo que ubica a ciertos sectores de trabajadoras del “tercer mundo” en segmentos desventajosos del mercado laboral. El primero es el de las zonas de industrialización para la exportación y el segundo el del trabajo industrial a domicilio integrado a cadenas internacionales de subcontratación. El primer ejemplo de la feminización de la fuerza de trabajo está relacionado con el desarrollo de estrategias de industrialización para la exportación que se pusieron en marcha en varios países en la década de los setenta. La nueva división internacional del trabajo que se va configurando entonces se caracteriza por una reestructuración industrial que traslada a los países con mano de obra abundante y barata la realización de procesos manufactureros intensivos en mano de obra. La apertura del comercio internacional y la explosión de nuevos productos y tecnologías crean un “sistema de manufactura global”, al cual se integran de manera desigual los países en desarrollo. Estas estrategias de industrialización para la exportación tienen antecedentes en la década de los cincuenta, cuando se establecen en Puerto Rico las primeras zonas de producción para la exportación, ejemplo que es seguido durante las dos décadas siguientes por numerosos países en América Latina, el Caribe y Asia. En América Latina, el programa de maquiladoras en la frontera norte mexicana que emplea más del 10 % de la fuerza de trabajo del país es el caso más estudiado y ha sido

erigido como modelo de estrategia de industrialización para los países latinoamericanos.

En relación con esta forma de vinculación laboral de las mujeres, existen divergencias en las interpretaciones. En el caso mexicano, de acuerdo con un balance realizado por Tiano (1994) predomina la “tesis de la explotación”, que insiste sobre las condiciones de trabajo desfavorables que experimentan las trabajadoras de las maquilas: empleos inestables y mal remunerados, segregación ocupacional, tareas monótonas y repetitivas, controles arbitrarios y sexistas, malas condiciones ambientales, dificultades para sindicalizarse... Este tipo de interpretación ha sido adelantado por autoras como Fernández-Kelly (1983a, 1983b, 1989, 1994), Benería (1994) o Safa (1991, 1995, 6-8 de septiembre de 2001). A este enfoque se opone la “tesis de la integración”, defendida por autores como Stoddard (1987) y Lim (1983), quienes sostienen que el trabajo en la industria maquiladora representa una mejora sustantiva con respecto a las condiciones de empleo accesibles a las mujeres en México, y que les proporciona recursos económicos y psicológicos para negociar mejor con los hombres en el hogar. Interpretaciones matizadas rescatan aspectos progresivos de la incorporación de las mujeres a este tipo de empleos en el campo de las ideologías de género y las relaciones de poder y autoridad en la familia. Sin embargo, al comparar estas condiciones de trabajo con las de la clase obrera masculina “central”, se observan indudables desventajas en términos salariales y de derechos laborales en general.

El estudio comparativo de experiencias como la de Puerto Rico y República Dominicana² confirma la presencia de estrate-

² Ver Safa, 1991, 1995 y 6-8 de septiembre de 2001.

gias empresariales que buscan reducir costos mediante el empleo de mujeres. Las repercusiones de estas estrategias sobre las dinámicas de género particulares varían de acuerdo con las características del mercado de trabajo local para ambos sexos, el tipo de sindicalización, el grado de protección estatal, los patrones familiares y reproductivos... Por otra parte, en el caso mexicano, la industria maquiladora de “segunda generación”, más heterogénea que la primera, con sectores industriales en expansión, tecnología de punta y nuevos países inversionistas como el Japón, contrata a un personal más calificado y en forma creciente a personal masculino y ofrece mejores niveles salariales y prestacionales. Si bien las mujeres siguen empleadas en su mayoría en sectores tradicionales como confecciones, en donde las formas de empleo y trabajo no han mejorado significativamente, se han abierto algunas alternativas de empleo calificado para ellas en el sector de autopartes (Carrillo, 1989; Kopinak, 1995).

El segundo ejemplo de las modalidades de incorporación de las mujeres a la industria en el marco de la nueva división internacional del trabajo es el trabajo a domicilio, integrado a cadenas internacionales de subcontratación que lo ubican como su eslabón más débil. Beneria y Roldán (1992), en una investigación ya clásica, reconstruyen las cadenas de subcontratación que articulan a corporaciones multinacionales en países centrales con empresas y talleres nacionales y trabajadoras a domicilio en ciudad de México. Otros estudios realizados en Brasil (Abreu, 1993), Colombia (Gladden, 1994), México (Peña Saint Martin, 1994) coinciden en señalar las condiciones precarias de trabajo de estas mujeres, sometidas a pagos a destajo, extensas jornadas laborales, sin seguridad social y sin ninguna estabilidad en el empleo. Son una muestra extrema de la flexibilización y precarización del empleo y uno de los ejemplos que más directamente revela

las articulaciones entre los sectores dinámicos y competitivos de la economía con las modalidades más precarias e informales de trabajo.

En la última década, los cambios en las dinámicas de la economía global han afectado de manera creciente a otras categorías de trabajadores y trabajadoras –profesionales y técnicos. La “manufactura global” ha sido seguida por la “oficina global” y la fragmentación y subcontratación de los procesos de administración, mercadeo y comunicación en las empresas. Ejemplo de esto son los nuevos “centros de llamadas” que prestan servicio al cliente, en los cuales un personal mayoritariamente joven y femenino responde desde Bangkok o Guadalajara a las solicitudes de usuarios ubicados en París o Nueva York.

El “nuevo paradigma productivo”: flexibilidad laboral y precarización

Los defensores de la globalización, entendida como integración mundial económica inevitable, han difundido la idea de un desarrollo tecnológico lineal e ineluctable, que va transformando de manera progresiva las condiciones de trabajo. El trabajo se volvería complejo, la “sociedad del conocimiento” exigiría una mano de obra altamente calificada, las formas de organización se caracterizarían por la flexibilidad y la cooperación, el “trabajo alienado” asociado con el taylorismo desaparecería... Si bien es verdad que algunos sectores de la economía han conocido un elevado desarrollo tecnológico y que el procesamiento de la información por medios cada vez más sofisticados se ha convertido en un elemento central de numerosos procesos productivos, el panorama real del trabajo en el mundo señala una gran desigualdad en las condiciones de empleo, trabajo, ingresos, calificación

y reconocimiento social de las actividades que realizan las grandes mayorías. La flexibilidad es uno de los temas que pretende dar cuenta de las nuevas formas del trabajo: en sus aspectos “positivos” tiene que ver con la plasticidad que generarían las nuevas tecnologías y formas administrativas pero esto solo concierne a algunos sectores en los “polos” minoritarios de trabajo calificado. La flexibilidad del trabajo que han experimentado las grandes mayorías es una flexibilidad “negativa” marcada por la inestabilidad, la precariedad de los contratos, la reducción de los ingresos y la protección social.

En América Latina se han realizado estudios de empresa en distintos países y ramas industriales –alimentos, textiles, artes gráficas, metalurgia, química, electrónica– buscando evaluar el impacto de los procesos de modernización organizacional y reestructuración productiva sobre las trabajadoras. El énfasis ha estado en: análisis de las estrategias empresariales con respecto a la mano de obra femenina, en términos de reclutamiento, desplazamiento y/o expulsión; definición de la calificación del trabajo femenino y masculino; segmentación de género de los puestos de trabajo; políticas de recursos humanos y estereotipos de género de los empleadores.³ Si bien muchas mujeres han debido tornarse polivalentes dentro de estos sistemas combinados de taylorismo y producción flexible, ello no ha repercutido en incrementos salariales ni en oportunidades de promoción y capacitación formal. Las estrategias de las empresas varían considerablemente entre uno y otro sector y van desde la búsqueda de mano de obra “nueva”, lejos de los centros industriales, que pueda ser incorporada a la producción con bajas calificaciones y salarios, en condiciones

3 Entre muchos trabajos, menciono los de Roldán (1993 y 1995), Arango (1998), Lovesio (22-26 de noviembre de 1993).

contractuales precarias, hasta la introducción de innovaciones tecnológicas que incorporan a las mujeres en condiciones de relativa marginalidad, limitando las posibilidades de recalificación de su trabajo y conduciendo en algunos casos a procesos de expulsión de fuerza de trabajo femenina. Marta Roldán examina el impacto de “tecnologías blandas”, como los sistemas “Justo a Tiempo” y “Control Total de Calidad” sobre hombres y mujeres e identifica formas de flexibilidad diferenciadas para uno y otro sexo. En términos generales, los procesos en curso estarían dando lugar a la formación de una clase obrera “polivalente” mayoritariamente masculina, segmentada entre un “centro masculino (con mayor estabilidad laboral y a cargo de tareas que exigen un nivel más alto de capacitación técnica) y periferias masculinas y femeninas multifuncionales”.

Es importante recordar que el empleo en América Latina se compone en porcentajes muy altos de ocupaciones informales. A comienzos de los noventa, dos de cada cinco mujeres ocupadas en las zonas urbanas lo hacían en empleos por cuenta propia, como familiares no remunerados de baja calificación o como empleadas domésticas, con importantes diferencias según los países (Valdés y Gomariz, 1995). Por otra parte, el trabajo de una proporción muy alta de mujeres se desenvuelve en un contexto doméstico, como lo señala Abreu (1993) para el Brasil, sumando las empleadas domésticas, las trabajadoras a domicilio y las que se emplean en pequeños negocios en domicilios ajenos. Esto produce una configuración particular de la segmentación por género del mercado laboral en América Latina. De este modo, las nuevas líneas de demarcación que separan a los hombres con contratación permanente de las mujeres con contratación temporal y que afectan a la población asalariada, se suman a las anteriores líneas de fractura que diferencian a las mujeres subempleadas a

domicilio de los hombres trabajadores independientes, microempresarios o asalariados.

Las crecientes flexibilización y precarización del empleo coinciden con un incremento sostenido de la participación femenina en el mercado de trabajo desde finales de la década de los setenta, tanto en los países industrializados como en los no industrializados. Este incremento se produce en medio de una sobrerrepresentación de las mujeres en los empleos precarios. Entre 1960 y 1990, el número de mujeres económicamente activas en diecinueve países de América Latina pasó de 18 millones a 57 millones, más que triplicándose, mientras el número de hombres económicamente activos no alcanzó a duplicarse. Hacia comienzos de los noventa, a pesar del incremento de la participación femenina, la distribución de las mujeres en la estructura ocupacional difiere considerablemente de la masculina: el perfil típico del empleo de las mujeres incluye un alto porcentaje de ocupadas en los servicios (entre 60 % y 80 %), seguido de un porcentaje bastante menor en la industria (entre 15 % y 25 %) y una fracción mínima en la agricultura o el sector primario (Valdés y Gomariz, 1995).

Con respecto a las categorías de ocupación, si bien a comienzos de los noventa la mayoría de la población activa de ambos sexos era asalariada (alrededor del 70 %), en el nuevo siglo la tendencia se revierte y en países como Colombia el empleo informal y por cuenta propia vuelve a aumentar.⁴ En las cabeceras, la proporción de obreros y empleados desciende del 62 % al 50 % entre 1992 y 2001. En 2001, las asalariadas constituyen el 46 % de las mujeres ocupadas y las trabajadoras por cuenta propia son el

⁴ Este análisis se basa en datos de la Encuesta Nacional de Hogares (Observatorio de Coyuntura Socioeconómica [OCSE], 2002).

35 %. Una diferencia importante entre hombres y mujeres es la presencia significativa de mujeres empleadas domésticas.

El deterioro de las condiciones de empleo asalariado debido al aumento del empleo temporal y de tiempo parcial se ve claramente en las cifras: el porcentaje de trabajadores y trabajadoras temporales aumenta de manera sostenida a lo largo de la década de los noventa en todas las ramas y para ambos sexos. Entre 1991 y 2000, el porcentaje de temporales se incrementó en 10 puntos o más en todos los sectores, salvo en los servicios financieros. La mayor participación económica de las mujeres va acompañada por mayores tasas de desempleo femenino. Las desigualdades sociales y las inequidades de género se hacen especialmente evidentes al comparar los ingresos. En Colombia, en las cabeceras, en 2001 la proporción de mujeres con ingresos inferiores al salario mínimo era muy superior a la de hombres (cerca del 60 % versus cerca del 40 %). En el resto del país, alrededor del 90 % las mujeres y del 80 % de los hombres ganaba menos de un salario mínimo.

La crisis del modelo de proveedor y el problema de la reproducción

Fernández-Kelly (1994) sostiene la tesis de que el orden económico que reposaba sobre el modelo de trabajador varón proveedor y el corolario de la mujer como encargada del trabajo doméstico ha sido transformado por la globalización económica durante las últimas tres décadas. De acuerdo con su tesis, la concentración de la producción industrial en los países centrales desde el siglo XIX y la movilización de los trabajadores hicieron posible un incremento sostenido de los salarios reales, fundamentalmente masculinos. Este aumento de los salarios habría ocasionado una crisis

de rentabilidad que estimuló el cambio tecnológico y la relocalización industrial. El traslado de segmentos de la producción a países subdesarrollados que acompaña al “nuevo orden económico” en la década de los setenta permitió a los empleadores aprovechar los enormes diferenciales salariales y frenar el alza de salarios en los países desarrollados. El mismo fenómeno ayudó a los inversionistas a evitar las tarifas sindicales y los salarios comparativamente altos de los países desarrollados y obtener beneficios derivados del empleo de mano de obra poco costosa en los países subdesarrollados. Desde este punto de vista, la globalización y la feminización de la fuerza de trabajo industrial tuvieron efectos de contención salarial y disciplinamiento de la fuerza de trabajo en una gran escala. En términos de Castells (1998), el nuevo modelo de producción y de gestión global organiza simultáneamente la integración del trabajo y la desintegración de los trabajadores.

Una de las dimensiones del agotamiento o sustitución del modelo “fordista” que ha sido menos estudiada es la que atañe a la crisis del modelo de proveedor masculino. A pesar de su creciente importancia como trabajadoras remuneradas, las mujeres siguen asumiendo la mayoría de las tareas del hogar. La redefinición de los roles de género ocurre en un contexto con pocas evidencias de que los hombres hayan aumentado su participación en el trabajo doméstico. Los análisis sobre el impacto de la crisis en las estrategias familiares en América Latina (González de la Rocha, 1994 y 1997; Arriagada, 1997) confirman que el deterioro de los ingresos masculinos redundó en una intensificación del trabajo doméstico de las mujeres y una prolongación de las jornadas dedicadas a esas tareas. En ese sentido, la caída de los salarios y el creciente desempleo no solamente obligan a multiplicar los proveedores en el hogar sino que este último debe suplir bienes y servicios que las familias adquirirían anteriormente en el mercado.

De acuerdo con González de la Rocha, la familia se convierte en un amortiguador de la protesta social al limitar los efectos negativos de la crisis mediante una intensificación del trabajo remunerado y no remunerado de los miembros de la familia, en particular de las mujeres y los niños. Muchos de los análisis sobre el impacto de la crisis en las estrategias familiares de sectores populares latinoamericanos coinciden en afirmar que el deterioro de los ingresos masculinos redundará en una intensificación del trabajo doméstico de las mujeres y una prolongación de las jornadas dedicadas a esas tareas. Algunos estudios cualitativos sobre la masculinidad en sectores populares urbanos (Viveros, 2002; Pineda, 2000; Puyana y Mosquera, 2001; Gutmann, 2000) dan cuenta sin embargo de transformaciones que apuntan hacia una transformación, aunque limitada, de la participación de los varones en el ámbito doméstico.

Las economistas feministas han señalado la importancia del trabajo de reproducción social que permanece invisible, excluido de las cuentas nacionales y no remunerado. Elson (1995) habla de dos economías:

una economía en la que las personas reciben un salario por producir cosas que se venden en los mercados o que se financian a través de los impuestos. Esta es la economía de los bienes, la que todo el mundo considera “la economía” propiamente dicha, y por otro lado tenemos la economía oculta, invisible, la economía del cuidado.

Existen lazos estrechos entre estas dos economías, de los cuales la economía oficial no es consciente. Se han señalado los efectos sociales inequitativos que tiene el mantenimiento del trabajo doméstico en manos de las mujeres y los menores. Uno de ellos es

el subsidio a la producción de mercado y a la acumulación de capital que se realiza mediante la transferencia de valor de la economía de la casa a la economía de mercado. El trabajo doméstico contribuye a abaratar los costos de reproducción de la fuerza de trabajo y a amortiguar la pérdida de poder adquisitivo de los salarios en tiempos de crisis mientras la presencia de una mano de obra femenina abundante en los hogares ejerce un “efecto depresor” sobre los salarios. Un segundo efecto es la inequidad en las oportunidades de mujeres y hombres para acceder a los mercados laborales y permanecer en ellos. Las extensas jornadas de trabajo que deben cumplir las mujeres sumando trabajo doméstico y no remunerado limitan considerablemente sus posibilidades de acceder a los sectores más dinámicos, a obtener empleos de tiempo completo y mejorar su capacitación y nivel de ingresos, situación que se agrava para las mujeres jefas de hogar, cuyo número tiende a aumentar considerablemente en América Latina (Campillo, 1998).

Por otra parte, no se ha destacado lo suficiente el carácter sexualmente discriminatorio del desmonte del estado de bienestar y de la reducción de los precarios estados latinoamericanos. En términos de Bourdieu (2002), la “mano izquierda del Estado”, constituida por las y los trabajadores, profesionales y técnicos de las áreas de la salud, educación, cultura y protección social, ha sido la más afectada por las políticas neoliberales. No por azar se trata en su inmensa mayoría de mujeres que desarrollan en el ámbito público las actividades de cuidado. Paradójicamente, el Estado no considera necesario socializar servicios de la esfera doméstica mientras exista el trabajo no pagado de las mujeres en el hogar y tiende, al contrario, a transferir algunas de sus funciones privatizando actividades de servicios y delegándolas a organizaciones de la sociedad civil que acuden al trabajo voluntario y altruista de mujeres y otros miembros de las comunidades.

La individualización de la fuerza de trabajo con base en las nuevas definiciones de género comportó la promesa para las mujeres de una independencia económica y personal, así como de una mayor igualdad entre los sexos. En realidad, el trabajo remunerado se ha convertido en una necesidad para las mujeres pero no va acompañado del acceso a un salario de proveedora ni a un salario “para la vida y la independencia”, como fue la consigna de las obreras sindicalistas francesas en el siglo XIX.

Mujeres y nuevas tecnologías

Las profundas inequidades en la división internacional y la división sexual del trabajo que acompañan el desarrollo de la economía global se caracterizan igualmente por una ampliación de la brecha tecnológica entre países y sectores de la población.

En la cultura occidental, manejar la última tecnología es una actividad altamente valorada y mitificada. Los saberes técnicos reconocidos constituyen una importante fuente de poder para los hombres y a pesar de las desigualdades de clase que subordinan, por ejemplo, el saber técnico del obrero de industria al del ingeniero, cualquiera que sea la forma de definir la relación entre masculinidad y tecnología; las mujeres aparecen como poco aptas para los propósitos tecnológicos. En contra de estas creencias dominantes, a partir de la década de 1980 se desarrolla una crítica feminista a la tecnología, particularmente en la academia anglosajona. De manera análoga a su reflexión anterior sobre la ciencia, las feministas se interrogan sobre el carácter *generizado* o sexuado de la tecnología y afirman que la tecnología occidental está profundamente implicada en el proyecto masculino de dominación y control sobre las mujeres y la naturaleza.

Autoras como Cockburn ampliaron la perspectiva de la teoría del proceso de trabajo, desarrollada en la década de los setenta por autores como Braverman. Este critica el determinismo tecnológico e identifica como motor del cambio técnico, las relaciones capital- trabajo y la búsqueda deliberada del capital de descalificar y eliminar trabajo humano, mostrando que las invenciones técnicas no se desarrollan inexorablemente, sino que son un elemento central en la batalla por el control de la producción. La crítica feminista señaló las interrelaciones entre la explotación capitalista y la dominación sexual, analizando la exclusión de las mujeres de la tecnología como una consecuencia de la división sexual del trabajo y de la dominación masculina sobre los oficios calificados. De este modo, puso en evidencia cómo la tecnología industrial, desde sus orígenes, refleja el poder masculino tanto como la dominación capitalista.

La cultura masculina de la tecnología resulta fundamental para entender la forma cómo la división sexual del trabajo sigue reproduciéndose en la actualidad. Al asegurar el control sobre tecnologías clave, los hombres les niegan a las mujeres la experiencia práctica de la cual depende la innovación. Segregadas en el trabajo y relegadas a la esfera privada de la casa, las experiencias de las mujeres han sido restringidas de manera severa y asimismo su inventiva tecnológica. La profunda alienación de las mujeres frente a la tecnología es explicada en términos de construcción histórica y cultural de la tecnología como masculina.

En los últimos años, una nueva sociología de la tecnología se ha interesado por el estudio de la innovación, el desarrollo, la estabilización y difusión de artefactos específicos. Estas investigaciones confirman empíricamente que la tecnología no es solamente el producto de imperativos técnicos racionales, sino que hay escogencias políticas incrustadas en el diseño y selección

de la misma. Las tecnologías resultan de una serie de decisiones específicas tomadas por grupos particulares, en lugares particulares, en períodos particulares, para sus propios propósitos. El cambio tecnológico es un proceso sujeto a luchas por el control por parte de diferentes grupos. Depende, por lo tanto, de la distribución del poder en una sociedad. Sin embargo, muy poca atención se ha prestado a la manera cómo los objetos tecnológicos pueden ser definidos por el juego de intereses de género. Al igual que en el debate sobre el proceso de trabajo, la sociología de la tecnología se ha concentrado casi exclusivamente en las relaciones asalariadas de producción, especialmente en las primeras etapas de desarrollo del producto. Al hacerlo, han ignorado las esferas de la reproducción, el consumo y el trabajo no pagado que se realiza en los hogares.

Como lo señala Castells, la revolución informática que brindó el soporte para la expansión de un nuevo modelo de desarrollo capitalista a nivel global fue el resultado de una formidable concentración geográfica de centros de investigación, instituciones universitarias, empresas de tecnología avanzada, redes de proveedores de bienes y servicios anexos, y redes financieras. El ejemplo de Valley, consolidado a mediados de los setenta, se presenta como el nuevo paradigma de innovación colectiva. La informática ha sido analizada como un tipo completamente nuevo de tecnología. Por varias razones, difiere de las ingenierías tradicionales y parecía contener el potencial de romper los moldes de la división sexual del trabajo. La socióloga australiana Wajcman (1991) argumenta que esta tecnología podría haber sido una tecnología apropiada para las mujeres en la medida en que es limpia, sedentaria, con tareas rutinarias, detalle, precisión, dedos ágiles. Wajcman recuerda que las primeras programadoras fueron mujeres. En efecto, entre 1940 y 1950, a causa de la guerra,

numerosas mujeres fueron comprometidas en actividades de programación, codificación y operación de las máquinas. Las chicas ENIAC (*Electronic Numerical Integrator and Calculator*) programaron el primer computador. En la medida en que la programación fue inicialmente considerada como un trabajo de oficina tedioso y de bajo estatus, fue asignado a las mujeres. A medida que el reconocimiento de las complejas habilidades y el valor de la programación fueron aumentando, empezó a ser considerada como un trabajo masculino, creativo, intelectual y exigente.

La evidencia reciente sobre la existencia de una brecha de género en el acceso a los computadores en la escuela señala que ya nuestra cultura ha definido a los computadores como predominantemente masculinos. Wajcman parte de la idea de que, si bien las culturas del trabajo tienen sus propias dinámicas, también son el resultado de procesos culturales que ocurren por fuera del ámbito de la producción. Las tecnologías, como las personas, ya están sexuadas cuando llegan al lugar de trabajo. Apoyada en investigaciones adelantadas en Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia, Wajcman se interesa por dos niveles de socialización primaria que van preparando el terreno: la escuela y la casa. El sistema educativo reproduce y produce desigualdades de género a pesar de los programas de igualdad de oportunidades. En Gran Bretaña, por ejemplo, el número de mujeres que estudian ciencias de la computación ha venido bajando (de 28 % en 1978 a 13 % en 1986). En Estados Unidos, el número de mujeres informáticas pasó de 39 % en 1986 a 20 % en 1977, cuando son más del 44 % de los ingenieros.

Paradójicamente, esta reducción en varios países parece estar asociada con la introducción de computadores en las escuelas. Al parecer, es allí donde las niñas *aprenden* rápidamente que los computadores son para los niños. En efecto, en las escuelas,

los computadores han sido relacionados con cosas científicas y matemáticas, temas tradicionalmente masculinos. Los computadores son vistos como parte del campo de la maquinaria y las matemáticas, una combinación intimidante para las niñas. De hecho, aunque las niñas estén interesadas en los computadores, les resulta difícil porque los niños, de manera activa y agresiva, se apropian del tiempo de computación, y generalmente hay pocos computadores en las escuelas. El acoso a las niñas continúa en la educación superior, en donde puede tomar la forma de mensajes obscenos por Internet. Este acoso puede ser tan insoportable que, en el caso de MIT, las mujeres estudiantes de ciencias de la computación decidieron organizar un comité para defenderse de los ataques de sus compañeros.

Si esto es lo que ocurre en la escuela, en la casa las cosas no son más equitativas. Muchos niños desarrollan su interés por la tecnología de la información en sus casas estimulados por juguetes claramente sexados. Cuando llegan a la escuela, la mayoría de los varones ya ha experimentado con videojuegos. El computador y los videojuegos se incorporan como nuevas tecnologías a un espacio doméstico sexualmente codificado. La tecnología doméstica está organizada de acuerdo con una clara división del trabajo y el ocio: la externa a la casa, como el carro, corresponden al esposo, mientras a las mujeres les toca la tecnología de la cocina y la limpieza. El control sobre las tecnologías de entretenimiento es generalmente masculino. Los computadores se inscriben en ese orden sexado: hay una tendencia a que el computador sea comprado para los hijos varones. Una investigación de la Comisión por la Igualdad de Oportunidades de Gran Bretaña, realizada en 1985, mostró que en las casas en las cuales había un computador, la posibilidad de que los niños varones lo usaran era trece veces más alta que la de las niñas. Es más, solo el 4 % de

los computadores era usado por las madres, lo cual significa que el modelo de mujer encarnado por la madre reproducía la idea de la escasa aptitud femenina para la tecnología. De este modo, la nueva tecnología entra en el molde de una subcultura masculina ya existente.

El análisis de un fenómeno ligado al desarrollo de los computadores y la informática, como es Internet, resulta ilustrativo. Bonder (2002) realiza un balance que busca articular los debates liderados por las feministas norteamericanas con la realidad latinoamericana. La autora señala cómo Internet opera como un símbolo del futuro de la sociedad pero todavía sabemos muy poco sobre el tipo de cambios que conlleva. Algunas cifras señalan un uso básicamente comercial: en 2000 más del 60 % de los portales eran comerciales. Por otra parte, en cuanto a las expectativas sobre la participación ciudadana que Internet facilitaría, las evidencias todavía no permiten ser muy optimistas. Hasta ahora Internet es fundamentalmente un transmisor de información y su contribución a la llamada “sociedad del conocimiento” es marginal. Por otra parte, sus beneficios están distribuidos de manera inequitativa. El conocimiento del inglés es un factor de exclusión ya que más 80 % de las páginas son en ese idioma. Hacia fines de 1995, había aproximadamente 9 millones de usuarios de Internet en el mundo; en 2000 se alcanzan los 350 millones. Las cifras para América Latina indican que el índice de crecimiento de usuarios de la red es el más elevado del mundo. La encuesta “Mujeres Latinas en Internet”, de enero de 2000, indicaba que las usuarias latinoamericanas constituían una pequeña élite: eran mayoritariamente mujeres de 22 a 35 años con estudios superiores; había tantas casadas como solteras, en promedio dedicaban cinco horas semanales a la red y más de la mitad se conectaba desde su casa. La mayoría navegaba por diversión y en

segundo lugar, por trabajo. En los últimos años, el acceso creciente de jóvenes y adolescentes de ambos sexos a Internet debe haber modificado estas cifras.

Desde finales de la década de los ochenta, algunas investigadoras feministas se interesaron en la detección y análisis de los códigos de género en el espacio virtual, de lo cual resultaron dos enfoques contrapuestos. Por una parte, están quienes presuponen que la comunicación *en línea*, por sus características intrínsecas de mayor horizontalidad, menor control e invisibilización de los cuerpos, es más igualitaria y favorece la expresión de los grupos marginados y las mujeres. Por otra parte, están quienes aseguran que la interacción en línea no difiere mucho de lo que ocurre en la sociedad: los varones dominan la comunicación y sus comportamientos lingüísticos recrean los que se han registrado *off line* (inician y finalizan las discusiones en los grupos mixtos, plantean sus opiniones como si fueran hechos comprobados, pueden ser autoritarios y usar un lenguaje vulgar; confrontan las opiniones de los demás ostentando desafío, humor y sarcasmo...). Las mujeres tienden a enviar mensajes más personales, a atenuar y justificar sus afirmaciones, a disculparse, agradecer, apreciar y tomar en cuenta a sus interlocutores; les molesta que se violen las reglas y evitan abordar temas controvertidos. El estudio de Scott (1998) sobre el contenido visual y discursivo de publicaciones electrónicas alternativas producidas por mujeres y grupos de autogestión femeninos (*e-zine*) permite señalar algunas formas marginales de resistencia cultural de mujeres feministas en línea, mediante la creación de un espacio propio en la red, la experimentación en el lenguaje, el tratamiento de temas marginados y la provocación estética.

El ciberfeminismo aparece como una de las corrientes feministas más originales de los últimos años. Es una corriente fluida

y abierta, que no está definida por consenso. Quienes participan en ella han emprendido una búsqueda teórica y política basada en el reconocimiento de que los computadores y el ciberespacio son componentes ineludibles de nuestro entorno social. Se preocupan por explorar las interrelaciones entre el género, el cuerpo, la sexualidad, la cultura y la tecnología y promueven la experimentación con esta última para generar confrontación y cambio. Incursionan en varios mundos tecnológicos: la reproducción de CD-ROM, la creación de portales en Internet y de comunidades electrónicas, la inteligencia artificial: todo ello de manera todavía nómada, espontánea y anárquica.

La psiquiatra y gurú de la informática Sherry Turkle (1984) teoriza acerca de las relaciones entre el ciberespacio y la construcción y despliegue de las subjetividades en la posmodernidad. Sostiene que los computadores no son una nueva herramienta de la modernidad y que no tienen la misma lógica de las herramientas anteriores (utilidad, análisis, abstracción, racionalidad). Los define como objetos posmodernos, propios de una cultura de la simulación. La comunicación en línea permite jugar desde múltiples identidades o posiciones subjetivas y la misma estructura lógica de los procesos tecnológicos abre posibilidades para reflexionar sobre cómo está constituida la identidad. Haraway (1997) es precursora en el planteamiento del concepto de *cyborg*. De acuerdo con esta teórica, la expansión e imbricación de las tecnologías, tanto de comunicación como la biotecnología, con nuestro cuerpo biológico, nos habría convertido en *cyborgs*, entidades que combinan elementos físicos y cognitivos tanto de los humanos como de las máquinas. El *cyborg* no se refiere únicamente a la *realidad* del impacto de la tecnología sobre los cuerpos y mentes de los humanos; sino que pretende actuar como un *mito político irónico* para la teoría feminista, mito que recuerde que la

concepción de humanidad y de sujeto elaborada por la modernidad ha sido reemplazada por otra. La nueva cultura tecnológica supone una ruptura con los viejos dualismos del pensamiento occidental. Haraway invita a una acción política radical que libere al movimiento de mujeres de la búsqueda de la similitud y unidad. Exalta la celebración de la diversidad, tanto entre las mujeres como en la subjetividad individual. Se trata de ejercer una resistencia cultural mediante la producción de contranarrativas.

Las principales críticas a Haraway tienen que ver con su excesivo relativismo y con las debilidades de su propuesta política. El ciberespacio no es más que una pequeña parte de este mundo tecnológico, la producción de *hardware* y *software* son elementos claves así como las instituciones que entrenan a quienes diseñan estos productos. Su proyecto corre el riesgo de olvidar las enormes desigualdades en las posibilidades y condiciones de vida entre las *mujeres cyborgs*. Como afirma Marisa Belausteguigoitia Rius: “el cyborg no es generalmente la persona sentada frente a la computadora preguntándose sobre el poder de mirar desde otro lado, el cyborg es la *otra*, despachando hamburguesas y hablando el *lenguaje cyborg de Mc Donalds*” (1999, p. 35).

Algunas perspectivas

Para concluir, luego de este vuelo por el ciberespacio, quisiera aterrizar sobre ese menospreciado trabajo de cuidado que realizan millones de mujeres en el mundo en condiciones cada vez más difíciles. Las mediciones parciales que se han hecho en esta dirección han sido tan impactantes que organismos internacionales como el PNUD han tenido dificultades para encontrar formas de evaluar y reconocer la contribución del trabajo no monetizado sin generar cambios radicales. En efecto, para 1996, este

organismo de Naciones Unidas proponía un estimativo de la contribución de la economía no monetizada generada por el trabajo en los hogares, a nivel mundial, del orden de 16 billones de dólares, es decir, un 70 % del valor total del producto bruto oficial del mundo estimado en 23 billones (PNUD, 1995, p. 110, citado en Campillo, 1998). De estos 16 billones, 11 billones correspondían a aportes realizados por las mujeres en actividades ignoradas por las estadísticas oficiales. Los sistemas de cuentas nacionales promovidos por las Naciones Unidas y el Fondo Monetario Internacional no incluyen directrices ni elementos metodológicos para medir las actividades no remuneradas. El sistema de cuentas nacionales de Naciones Unidas y su aplicación en los países han dejado por fuera precisamente los objetivos sociales y valores conectados con la reproducción de toda la humanidad, esto es, las condiciones de vida de mujeres, niños y niñas, el mantenimiento de los recursos naturales y los costos del deterioro ambiental.

Beneria (24-27 de septiembre de 1998) trae a colación la discusión sobre el tipo de racionalidad que ha servido de sustento a la teoría económica neoclásica, basada en la búsqueda de beneficio, que excluyó otros tipos de comportamiento como la reciprocidad, la redistribución o el altruismo. Apoyándose en el análisis de Polanyi (1957) sobre la expansión del mercado como construcción social en los países europeos durante el siglo XIX y la primera parte del XX, Beneria plantea la necesidad de complementar o reemplazar los supuestos de los modelos económicos neoclásicos con modelos de conducta alternativos y transformadores. Retoma la crítica a la economía clásica que desde Smith considera que la búsqueda del interés individual a través del mercado conduce a una asignación eficiente de los recursos, favorable al bienestar colectivo. El discurso triunfalista del mercado que ha acompañado la globalización ha dado nuevo impulso al culto

a la productividad, la eficiencia y el crecimiento económico, y ha exaltado así la conducta individualista y competitiva y la aceptación tácita de las nuevas desigualdades económicas y sociales. Beneria se pregunta si los comportamientos de las mujeres, tradicionalmente asociados con el cuidado de otros, la solidaridad o el altruismo pueden constituir un tipo alternativo de conducta o si, al contrario, la inserción creciente de las mujeres en la economía de mercado ha transformado sus modos de actuar hacia una racionalidad económica similar a la masculina.

Sin pretender atribuir a las mujeres comportamientos altruistas por naturaleza, Beneria recoge los planteamientos de un número importante de economistas feministas que han mostrado con múltiples ejemplos la existencia de conductas económicas que contradicen abiertamente los postulados neoclásicos, una buena parte de las cuales proviene de las mujeres. Tal como Polanyi puso en evidencia las tendencias disruptivas del mercado y el sometimiento de la sociedad a la economía, Beneria llama la atención sobre las agudas contradicciones sociales que ha generado esta nueva etapa de expansión del mercado. Reafirma la necesidad de situar la actividad económica al servicio del desarrollo humano y de pensar la productividad y la eficiencia solo desde el punto en que contribuyen a aumentar el bienestar colectivo:

Esto significa, por ejemplo, que las cuestiones relacionadas con la distribución, la igualdad, la ética, la dignidad humana, el medio ambiente, y la misma naturaleza de la felicidad individual, desarrollo humano y cambio social tienen que ser centrales en nuestras agendas. Este proyecto también requiere la transformación de nuestros esquemas teóricos y la reconceptualización de los modelos convencionales y sus implicaciones prácticas.

Bibliografía

- Abreu, Alice (1993). Trabajo a domicilio e relações de gênero: as costureiras externas no Rio de Janeiro. En Alice Abreu y Bila Sorj (comps.), *O trabalho invisível. Estudos sobre trabalhadores a domicilio no Brasil* (pp. 43-61). Brasil: Rio Fundo.
- Arango, Luz Gabriela (1998). Del paternalismo al terror de mercado. Género, reestructuración productiva y relaciones laborales en la industria textil". En Luz Gabriela Arango et al., *Mujeres, hombres y cambio social*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Arriagada, Irma (1997). Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo. En *IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia, vol. 1* (pp. 7-44).
- Belausteguigoitia Rius, Marisa (1999). Crossing borders: from crystal to tennis shoes. En: Wendy Harcourt (ed.), *Women@Internet: Creating New Culture in Cyberpace*. Londres: Zed Books.
- Beneria, Lourdes (27-29 de febrero de 1992). Aprender de América Latina: Luchas de mujeres por la subsistencia [conferencia]. *UCLA*. Los Ángeles, Estados Unidos.
- Beneria, Lourdes (1994). La globalización de la economía y el trabajo de las mujeres. En Beatriz Bustos y Germán Palacio (comps.), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates en la década de los noventa* (pp. 49-76). México: Universidad de Guadalajara e Ilsa.
- Beneria, Lourdes (1995). Toward a greater integration of gender in economics. *World Development*, 23(11), 1839-1851.
- Beneria, Lourdes (24-27 de septiembre de 1998). Karl Polanyi, la construcción del mercado global y la "diferencia" de género [conferencia]. *LASA*. Chicago, Estados Unidos.

- Beneria, Lourdes y Roldán, Marta (1992). *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*. México: El Colegio de México y FCE.
- Bonder, Gloria (2002). *Las nuevas tecnologías de información y las mujeres: reflexiones necesarias*. Santiago de Chile: CEPAL, ECLAC, Naciones Unidas.
- Bourdieu, Pierre (2002). La mano izquierda y la mano derecha del Estado. *Revista Colombiana de Educación*, (42).
- Campillo, Fabiola (1998). El trabajo doméstico no remunerado en la economía. En Departamento Nacional de Planeación y Agencia Cooperativa Técnica Alemana, *Macroeconomía, Género y Estado* (pp. 99-125). Bogotá: Tercer Mundo.
- Carrillo, Jorge (comp.) (1989). *Reestructuración industrial. Maquiladoras en la frontera México-Estados Unidos*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Castells, Manuel (1998). *La société en réseaux, vol. I, L'ère de l'information*. Paris : Fayard
- Elson, Diane (1995). Alternative Visions. En Network Women in Development Europe (ed.), *Towards Alternative Economics from a European Perspective*. Bruselas.
- Fernández-Kelly, María Patricia (1989). Industrias para la exportación y costos sociales: Asia y frontera México-Estados Unidos. En Jorge Carrillo (comp.), *Reestructuración industrial. Maquiladoras en la frontera México-Estados Unidos* (pp. 125-182). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Fernández-Kelly, María Patricia (1983a). Mexican Border Industrialization, Female Labor Force Participation and Migration. En June Nash y María Patricia Fernández-Kelly (eds.), *Women, men, and the international Division of Labor* (pp. 205-223). Albany: State University of New York Press.

- Fernández-Kelly, María Patricia (1983b). *For We Are Sold, I and My People. Women and Industry in Mexico's Frontier*. New York: State University of New York.
- Fernández-Kelly, María Patricia (1994). *Political Economy and Gender in Latin America: The Emerging Dilemmas*. Woodrow: Wilson International Center for Scholars.
- Gladden, Kathleen (1994). La reestructuración industrial, el subcontrato y la incorporación de la fuerza de trabajo femenina en Colombia. En Beatriz Bustos y Germán Palacio (comps.), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates en la década de los noventa* (pp. 171-192). México. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Ilsa.
- González de la Rocha, Mercedes (1997). Hogares de jefatura femenina en México: reflexiones sobre las distintas configuraciones familiares. En *IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia: Familia, Trabajo y Género. Universidad Externado de Colombia*. Bogotá.
- González de la Rocha, Mercedes (1994). Grupos domésticos de Guadalajara. Análisis diacrónico de su organización antes y durante la crisis económica. En Beatriz Bustos y Germán Palacio (comps.), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates en la década de los noventa* (pp. 195-311). México. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Ilsa.
- Gutmann, Matthew (2000). *Ser hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón*. México: El Colegio de México.
- Haraway, Donna (1997). *Modest_Witness@Second_Millennium. FemaleMan@_Meets_Onco Mouse: Feminism and Technoscience*. New York: Routledge.
- Kopinak, Kathryn (1995). Gender as a vehicle for the subordination of women maquiladora workers in Mexico. *Latin American Perspectives*, 22(1), 30-48.

- Lim, Linda (1983). Capitalism, imperialism, and patriarchy: the dilemma of third world women workers in multinational factories. En June Nash y María Patricia Fernández-Kelly (eds.), *Women, men, and the international Division of Labor* (pp. 70-91). Albany: State University of New York Press.
- Lovesio, Beatriz (22-26 de noviembre de 1993). Ventajas comparativas de las mujeres ante el proceso de reconversión productiva [ponencia]. *1er Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México.
- Observatorio de Coyuntura Socioeconómica [OCSE] (2002). *Encuesta Nacional de Hogares. Boletín No. 14*. Universidad Nacional de Colombia, Unicef.
- Peña Saint Martin, Florencia (1994). El trabajo industrial domiciliario. Reflexiones a partir de un estudio de caso en Mérida, Yucatán. En Beatriz Bustos y Germán Palacio (comps.), *El trabajo femenino en América Latina. Los debates en la década de los noventa* (pp. 193-213). México. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Ilsa.
- Pineda, Javier (2000). Masculinidad y desarrollo. El caso de los compañeros de las mujeres cabeza de hogar. En Ángela Inés Robledo y Yolanda Puyana Villamizar (comps.), *Ética: masculinidades y feminidades*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Polanyi, Karl (1957). *The Great Transformation*. Boston: Beacon Press.
- Puyana, Yolanda y Mosquera, Claudia (2001). *Cambios en las representaciones sociales de paternidad y maternidad: el caso de Bogotá. Informe final de investigación*. Bogotá: Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo, Universidad Nacional de Colombia y Colciencias.
- Quintero, Cirila (1990). *La sindicalización en las maquiladoras tijuaneñas*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

- Roldán, Marta (1995). Nuevos procesos de trabajo y jerarquías de género en los 90. En Rosalba Todaro y Regina Rodríguez (eds.), *El trabajo de las mujeres en el tiempo global* (pp. 11-40). Santiago de Chile: Isis Internacional y CEM.
- Roldán, Marta (1993). Nuevos desafíos a la teoría y práctica de la investigación sociológica feminista en la década de los noventa. En Nea Filgueira (comp.), *Mujeres y trabajo en América Latina* (pp. 27-80). Madrid: Greemu-Iepala.
- Safa, Helen (1991). Women and Industrialization in the Caribbean. En Sharon Stichter y Jane L. Parpart (eds.), *Women, Employment and the Family in the International Division of Labor* (pp. 72-97). Filadelfia: Temple University Press.
- Safa, Helen (1995). Reestructuración económica y subordinación de género. En Rosalba Todaro y Regina Rodríguez (eds.), *El trabajo de las mujeres en el tiempo global* (pp. 161-181). Santiago de Chile: Isis Internacional y CEM.
- Safa, Helen (6-8 de septiembre de 2001). Women and Globalization: lessons from the Dominican Republic. *XXIII International Congress of the Latin American Studies Association*. Washington, Estados Unidos.
- Stoddard, Ellwyn (1987). *Maquila: Assembly plants in northern Mexico*. El Paso: Texas Western.
- Tiano, Susan (1994). *Patriarchy on the line. Labor, gender, and ideology in the Mexican Maquila Industry*. Filadelfia: Temple University Press.
- Turkle, Sherry (1984). *The Second Self: Computers and the Human Spirit*. Londres: Granada.
- Valdés, Teresa y Gomariz, Enrique (coords.) (1995). *Mujeres Latinoamericanas en Cifras. Tomo Comparativo*. Santiago de Chile: Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos Sociales de España y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Flacso.

- Viveros, Mara (2002). *De quebradores y Cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: Fundación Ford; Profamilia Colombia; Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Wajcman, Judy (1991). *Feminism confronts technology*. Pensilvania: The Pennsylvania State University Press, University Park.

Género e identidades profesionales

Perfiles sociales de las ejecutivas latinoamericanas. El caso colombiano: el surgimiento de una nueva generación*

La participación de las mujeres en la fuerza de trabajo y en el desarrollo se ha convertido en los últimos años en tema de creciente reflexión teórica y análisis empírico. Las prioridades que plantea la realidad social de nuestros países han determinado muy justamente un interés primordial por las mujeres más desfavorecidas. Sin embargo, las mujeres profesionales que han estado accediendo en la última década a puestos importantes en la administración de las empresas y del Estado constituyen probablemente la “punta del *iceberg*” de transformaciones económicas, sociales y culturales protagonizadas por las mujeres en la región. Es por esto que el proyecto “La mujer en la gerencia en América

* Publicado en Luz Gabriela Arango, Mara Viveros y Rosa Bernal (comps.), *Mujeres ejecutivas: dilemas comunes, alternativas individuales*, Santa Fe de Bogotá, Ediciones Uniandes / Ecoe Ediciones, 1995. En el desarrollo de esta investigación participaron María Cristina Hoyos de la Universidad de los Andes de Bogotá; Gabriela Torres de Marín, María Ruth Patiño y María Cecilia Castrillón de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín; Luz Angela Castaño de Coruniversitaria de Ibagué y María Isabel Pinto, Patricia Patiño y Ximena Sasiain de Uribe de la Universidad Autónoma de Bucaramanga. Zandra Pedraza dirigió la investigación cuantitativa en Bogotá y coordinó su desarrollo a nivel nacional. La fase final de la investigación cuantitativa en Colombia fue dirigida por Luz Gabriela Arango quien realizó el análisis e interpretación de los resultados.

Latina” se interesó por conocer las características de su participación y acceso a puestos directivos, sus trayectorias profesionales, su origen familiar, la relación entre su éxito laboral y sus opciones familiares.

No solo se pretendía abordar un grupo social poco estudiado desde el punto de vista de sus estrategias de vida y carrera, sino también contribuir a desarrollar el análisis de la articulación entre género y clase social. ¿En qué medida la posición subordinada de la mujer en la sociedad tiende a esfumarse en los estratos más altos o en qué medida opera con otros parámetros? ¿Es posible hablar de discriminación en el caso de las mujeres ejecutivas? Y de ser así, ¿cómo se manifiesta ésta? ¿Existe, real o potencialmente, un sujeto femenino colectivo que atraviese las distintas categorías sociales o es solo una construcción teórica surgida de los deseos de quienes idealizan la identidad de género? ¿Juegan las mujeres ejecutivas un rol innovador en la transformación de la realidad social: en sus organizaciones, sus familias o en la comunidad en la cual se desempeñan? ¿Qué tan amplio es el impacto social de los cambios que están protagonizando estas mujeres, notorios en el campo de la educación y del mercado de trabajo?

Esta investigación no permite por supuesto resolver ninguno de estos interrogantes. Solo se espera que la información que aporta y el análisis que se hace contribuyan a reformularlos y a abrir perspectivas de investigación más precisas y circunscritas.

Los resultados aquí analizados provienen de una encuesta a empresas y a mujeres ejecutivas llevada a cabo en Bogotá, Medellín, Bucaramanga e Ibagué entre 1989 y 1991. Más que obtener una muestra representativa del universo empresarial del país o de cada ciudad en particular, se pretendía obtener una selección amplia y variada de “grandes empresas” en los distintos sectores económicos. El punto de referencia para ello fue el listado

de las quinientas empresas más grandes del país que proporciona anualmente la Confederación Colombiana de Cámaras de Comercio, que las clasifica según sus activos. El listado que sirvió de base fue el correspondiente a 1987, publicado en 1988 (Confecámaras, 1988). A partir de este, se estableció una lista exhaustiva de las empresas más grandes en cuatro ciudades: Bogotá y Medellín como ciudades con un importante desarrollo empresarial, y Bucaramanga e Ibagué, como ciudades intermedias que podían ayudar a contrastar los progresos en las formas de acceso de las mujeres a cargos directivos en relación con distintos procesos de desarrollo empresarial.

Tabla 1. Empresas y ejecutivas encuestadas

	Bogotá	Medellín	Bucaramanga	Ibagué	Total
Empresas	310	95	116	32	553
%	56	17	21	6	100
Ejecutivas	653	224	71	39	987
%	66	23	7	4	100

Las 553 empresas encuestadas, de las cuales más de la mitad se encuentra en Bogotá, no constituyen una muestra representativa de un subsector del universo empresarial nacional ni regional. Por lo tanto, no pueden ser consideradas sino como una selección de un número significativo de empresas, escogidas entre las más grandes del país. El análisis sobre la participación cuantitativa de las mujeres en los distintos niveles de la gerencia debe ser apreciado como un simple indicador (y no como prueba) de las tendencias que se pueden observar en este campo.

De igual modo, las 987 mujeres ejecutivas encuestadas, localizadas en los cinco primeros niveles de las empresas de la muestra, tampoco constituyen una muestra representativa y su comportamiento solo puede ser analizado como revelador de tendencias. En este caso, como en el de las empresas, la validez de la investigación para detectarlas reside en el número significativo de encuestas efectuadas y en los criterios generales de selección, más que en una representatividad estadística.

Participación de las mujeres en las empresas

La Encuesta de Hogares del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) para junio de 1991 proporciona un panorama de la participación de la mujer en el empleo en tres de las ciudades incluidas en esta investigación (Bogotá, Medellín y Bucaramanga). La observación de estos datos permite señalar la presencia de algunas constantes en los patrones de empleo femenino en las tres ciudades, a pesar de las diferencias en sus estructuras económicas.

En todas ellas, la rama de los servicios concentra la mayor proporción de fuerza de trabajo femenina (entre el 38 y el 40 %); la industria ocupa el segundo o el tercer lugar, con porcentajes que oscilan entre el 21 y el 26 %; el comercio se sitúa igualmente entre el segundo y el tercer lugar, ocupando del 24 al 30 % de la PEA¹ femenina. Finalmente, el sector financiero reúne del 4 al 8 % de las mujeres empleadas. En todas las ciudades, estos cuatro sectores reunidos ocupan más del 95 % de la fuerza de trabajo femenina.

1 Población económicamente activa.

Tabla 2. Número de mujeres empleadas por rama de actividad y ciudad

Ciudad	Industria	Comercio	Finanzas	Servicio	Total PEA
Bogotá	186.306	228.551	74.490	341.531	864.981
Medellín	63.834	58.659	17.562	94.008	242.752
Bucaramanga	25.985	35.304	4427	46.461	114.984
Total	276.125	322.514	96.479	482.000	1.222.717

Las mujeres representan entre el 40 % (Bogotá) y el 44 % (Bucaramanga) de la población ocupada en las cuatro ciudades. Las cuatro ramas en las cuales se concentra su actividad presentan porcentajes de participación femenina de entre el 38 y el 54 %. Los servicios poseen los porcentajes más altos, superiores al 50 % en todas las ciudades. El comercio en Bogotá y Bucaramanga también presenta elevados porcentajes (47 %). La industria más feminizada es la de Bucaramanga, lo cual puede corresponder a un patrón de industrialización típico de la región e igual ocurre con su sector financiero. La mayor participación femenina en la población ocupada en esta ciudad coincide con una feminización superior de las distintas ramas.

Tabla 3. Participación femenina en el empleo por rama de actividad y ciudad

Ciudad	Industria	Comercio	Finanzas	Servicios	Población ocupada
Bogotá	38 %	46 %	39 %	54 %	39,9 %
Medellín	41 %	39 %	39 %	54 %	40,5 %
B/manga	46 %	47 %	42 %	50 %	43,7 %

En ciudades como Bogotá o Medellín, el sector financiero está proporcionando empleo a volúmenes crecientes de trabajadoras. En 1991 la PEA femenina en esta rama sumaba para Bogotá, Medellín, Cali y Bucaramanga un total de 110.030 mujeres, de las cuales el 68 % se concentraba en Bogotá.

En resumen, si bien la estructura ocupacional en estas cuatro ciudades sigue concentrando a numerosas mujeres en empleos informales dentro de los cuales se destaca el servicio doméstico, la proporción de trabajadoras asalariadas es importante, especialmente en el sector financiero, la industria y el comercio. Entre el 37 y el 54 % de la PEA ocupada en estas ramas, en las cuatro ciudades mencionadas, está constituida por mujeres.

Al estudiar la distribución de hombres y mujeres según su posición ocupacional detectamos algunas desigualdades que señalan la mayor precariedad del empleo femenino. Las mujeres se concentran en mayor proporción que los hombres en el sector de los servicios, en las categorías de trabajadores por cuenta propia y de familiares sin remuneración, al tiempo que se hallan mucho menos representadas que aquellos en la categoría de empleadores. ¿Qué ocurre en los niveles directivos? ¿En qué medida la participación de la mujer en la fuerza de trabajo repercute en un acceso equitativo a los niveles directivos? ¿Representan las “grandes empresas” un sector que ofrece perspectivas más igualitarias que el mercado de trabajo en su conjunto? ¿En ellas se agrava, se reduce o toma otra forma el marginamiento de la mujer?

Los datos que arroja la encuesta señalan una participación de la mujer en los niveles superiores de la administración muy inferior a su participación dentro de la fuerza de trabajo. En las dos principales ciudades, la diferencia es notoria en los dos niveles superiores en donde las mujeres a en las empresas medianas y pequeñas de Bucaramanga. En el primer nivel, esta última duplica a

Medellín y triplica a Bogotá. Medellín presenta las proporciones más altas en los dos primeros niveles.

Tabla 4. Mujeres en las empresas por niveles y ciudad†

Nivel	Bogotá	Medellín	Bucaramanga	Total
1	25	17	29	71
2	169	135	71	375
3	549	222	137	908
4	1.017	327	69	1413
Total	1760	701	306	2767

† Número de funcionarias reportadas por las empresas

Tabla 5. Mujeres en las empresas por niveles y ciudad

Nivel	Bogotá	Medellín	B/manga
1	7,0 %	10,7 %	23,7 %
2	13,3 %	23,7 %	26,9 %
3	20,3 %	24,2 %	38,3 %
4	23,7 %	23,6 %	37,0 %

La participación de la mujer aumenta a medida que se descien- de en las jerarquías de la administración. Bucaramanga conserva porcentajes significativamente superiores a los de las otras ciuda- des, al tiempo que las diferencias entre Medellín y Bogotá se ate- núan hacia la base de la pirámide.

En Bogotá y Medellín el sector industrial presenta las meno- res tasas de participación femenina en los dos primeros niveles. La participación más alta se encontró en Medellín con cinco mu- jeres entre los cincuenta y seis funcionarios reportados en ese ni- vel. Es importante señalar que en Medellín, el número promedio de ejecutivas en el principal cargo directivo es de 1,6, mientras

en Bogotá es de 1,1. Es posible que la mayor presencia femenina en la dirección de las empresas industriales de Medellín esté relacionada con una mayor proporción de cuerpos colectivos en la dirección de las compañías, lo cual aumentaría las probabilidades de que una mujer llegue a este nivel. En la investigación paralela que se hizo en Venezuela, se comprobó que de las tres mujeres detectadas en el primer nivel, dos pertenecían a un organismo colectivo (Acevedo, 1992, p. 6).

En Bucaramanga, el elevado porcentaje de mujeres encontrado en el primer nivel (24 %) puede estar relacionado con el hecho de que se trata de empresas medianas y pequeñas así como a características propias de los patrones de industrialización.

Para comparar la participación de las mujeres en los primeros niveles de la administración, en las distintas ramas de actividad económica, solo consideraremos los casos de Bogotá y Medellín, ya que la diferenciación por sectores no resulta pertinente para las demás ciudades, debido al número limitado de empresas encuestadas.

En Bogotá, la mayor participación de la mujer en niveles directivos se encuentra en el sector de servicios, seguido por el financiero. En Medellín, la muestra incluye muy pocas empresas de servicios y comerciales. Allí se observa la mayor participación de la mujer en el sector financiero, seguido por el de la industria.

En todas las ramas de actividad, la participación de la mujer es superior en Medellín. En el sector financiero, las mujeres representan el 13 % de los ejecutivos en el primer nivel, mientras en Bogotá son el 8 %. En ambas ciudades, a medida que se desciende en la escala jerárquica, aumenta la participación femenina, conservándose porcentajes significativamente superiores en Medellín. En el segundo nivel, las empresas financieras de Medellín tienen un 29 % de mujeres y las de Bogotá solo 13,6 %. En tercero y cuarto niveles, la participación de la mujer en Medellín

umenta significativamente y alcanzan el 41 y el 44 %, proporciones que superan incluso la tasa señalada para la PEA del sector financiero en la ciudad, que es del 39 %, mientras que en Bogotá estos porcentajes son respectivamente del 25,5 y el 37,4 %.

En la industria, las diferencias entre las dos ciudades también son importantes: la presencia de mujeres en el nivel más alto apenas alcanza el 1 % en Bogotá, pero es del 8 % en Medellín. En el segundo nivel, asciende en Bogotá al 8 %, mientras en Medellín alcanza el 22 %. La distancia se reduce en los dos siguientes niveles.

En el caso de Bogotá, el sector servicios posee las mayores tasas de participación femenina en los tres primeros niveles: las mujeres constituyen el 18 % de los funcionarios de primer nivel y el 29 % de los de segundo. La comparación global de la participación femenina por niveles entre el sector público y el privado revela una mejor ubicación de la mujer en el sector público, superior a la encontrada en el sector financiero en Medellín.

Las diferencias encontradas entre Bogotá y Medellín en la industria y el sector financiero son importantes y suscitan interrogantes. No es posible explicar la mayor participación de la mujer en el primer nivel en Medellín exclusivamente por la mayor presencia de cuerpos colectivos en la dirección de las empresas, ya que esta se repite en los siguientes niveles. ¿La cultura empresarial antioqueña ha sido más favorable en los últimos años a la incorporación de mujeres en niveles directivos? ¿O acaso las profesionales antioqueñas han sido más exitosas en sus estrategias de ascenso?

Es evidente que la participación de las mujeres en los niveles directivos en los distintos sectores de la producción no puede ser discutida exclusivamente a partir de una representatividad derivada de su participación en la composición global de la fuerza de trabajo. De forma inmediata se contraponen argumentos como que no existe una oferta suficiente de mujeres que posean

las características requeridas para llegar a puestos directivos o que el proceso de ascenso de las mujeres en los niveles jerárquicos está en curso y debe señalar en los próximos años progresos continuos en la medida en que las nuevas generaciones de mujeres profesionales se abran paso en las organizaciones.

No obstante, sin que exista información suficiente para identificar en la gerencia colombiana y latinoamericana obstáculos invisibles para el ascenso de las mujeres a partir de ciertos niveles, las experiencias de numerosas mujeres permiten señalar frustraciones en sus carreras, derivadas claramente de la imposibilidad de traspasar ciertos límites jerárquicos a pesar de tener el perfil profesional requerido. En la base de muchas decisiones de retiro de las organizaciones, se encuentran frustraciones de esta naturaleza. Pero tanto hombres como mujeres se ven enfrentados a ellas por diversos motivos: son numerosos los aspirantes y pocos los elegidos. La pregunta es si en el caso de las mujeres, la condición sexual constituye un factor que disminuye sus oportunidades de ser parte de los elegidos.

Para realizar investigaciones que profundicen en este aspecto es importante comparar las opciones de ascenso de hombres y mujeres ejecutivos con perfiles profesionales similares, pero también es fundamental considerar en el análisis otras variables extraprofesionales que pueden matizar el impacto de la variable sexo, tales como el origen social, las redes de apoyo, la presencia de subculturas regionales, políticas, académicas o de otra índole en las organizaciones.

Más que la afirmación del carácter masculino de las culturas gerenciales, interesa afinar la visión de la distribución de lo masculino y lo femenino en la administración media y superior. Es posible preguntarse si la división sexual del trabajo gerencial que puede encontrarse en niveles medios, en donde por ejemplo, las mujeres

tienden a desempeñarse como jefes de personal, de relaciones industriales o de bienestar social en las empresas, con claras referencias a los atributos femeninos del cuidado de las personas, tiende a esfumarse a medida que se asciende en la jerarquía. O interrogarse también sobre las líneas de promoción que conducen a un cargo de primer nivel: ¿están siguiendo las mujeres estas líneas de ascenso o los cargos que marcan las etapas de sus carreras profesionales conducen a puestos terminales de tercer nivel?

También es legítimo preguntarse si la mayor dinámica de apertura al ingreso de mujeres que se observa en el sector financiero, el sector público y los servicios no está obedeciendo a una nueva especialización sexual del trabajo. Y si no ocurrirá, como en muchos de los procesos de feminización de ciertas profesiones u oficios, una desvalorización comparativa de las áreas en donde se ubican las mujeres. ¿Cómo analizar entonces las jerarquías internas en el sector financiero y la participación diferenciada de las mujeres en las corporaciones de ahorro y en los bancos?

Una nueva generación de mujeres profesionales

El perfil social de las ejecutivas encuestadas expresa cambios fundamentales en la oferta de mujeres profesionales en el mercado laboral colombiano, producto de transformaciones sociales importantes sucedidas en los últimos veinte años, como la expansión de la educación secundaria y superior, el ingreso masivo de las mujeres de clase media a las universidades y los cambios generales en sus actitudes frente a la sexualidad, la fecundidad y el matrimonio. La comparación por ciudades permite identificar la presencia de una nueva generación de ejecutivas en Bogotá, Medellín y Bucaramanga, proceso que no se percibe aún con la misma fuerza en Ibagué.

En las primeras, encontramos una mayoría de ejecutivas jóvenes, con estudios universitarios o de posgrado, especializadas en áreas administrativas o económicas, solteras o casadas sin hijos; y en Ibagué, aunque también tienen niveles educativos elevados, son un poco mayores y se encuentra una proporción superior de casadas, viudas y separadas.

La edad

En Bogotá el 58 % de las ejecutivas tiene menos de 34 años, en Medellín este porcentaje es un poco menor (52 %). Las mujeres encuestadas en Bucaramanga son aún más jóvenes, con un 63 % menor de 34 años, mientras las ejecutivas de Ibagué se concentran, en menor proporción, que en las franjas de edad más jóvenes: allí, solo el 45 % tiene menos de 34 años.

En Bucaramanga, solo una de cada diez ejecutivas tiene más de 40 años. En Bogotá y Medellín, casi dos de cada diez superan esa edad, mientras en Ibagué el 35 % de las ejecutivas pasa de los 40 años.

Tabla 6. Edad de las ejecutivas

Edad	Bogotá	Medellín	B/manga	Ibagué
20-24	2,7 %	3,2 %	1,4 %	0 %
25-29	23,8 %	24,2 %	31,0 %	18,4 %
30-34	31,7 %	25,2 %	31,0 %	26,3 %
35-39	23,8 %	26,4 %	26,8 %	21,1 %
40-44	11,2 %	15,4 %	7,0 %	18,4 %
45-49	4,1 %	3,3 %	2,8 %	13,2 %
más de 50	2,7 %	2,3 %	0 %	2,6 %
Total	100 %	100 %	100 %	100 %
Número de ejecutivas	646	222	71	38

En Bogotá, la comparación entre el sector público y el privado permite destacar algunas diferencias significativas. El fenómeno para el sector privado, en donde el 64 % de las ejecutivas tiene menos de 34 años y el 32 % menos de 29, es realmente sorprendente. Al parecer, una nueva generación de mujeres profesionales ha encontrado espacio en las empresas privadas mientras en el sector público no se observa el mismo dinamismo.

El análisis de la composición por edades de las mujeres en la población económicamente activa de Bogotá en las ramas de actividad más significativas para el empleo femenino permite destacar el comportamiento del sector financiero, que presenta la mayor participación de mujeres jóvenes. En efecto, allí el 40 % tiene entre 20 y 29 años; y el 84 %, entre 20 y 39 años, y ocupan cargos administrativos de responsabilidad como también una creciente masa de trabajos no calificados.

El nivel educativo

En todas las ciudades las ejecutivas poseen altos niveles educativos: entre el 90 y el 96 % tiene estudios universitarios. Las mayores diferencias se observan al comparar la proporción de mujeres con posgrado: Bogotá se destaca por el más alto porcentaje. Allí, casi el 38 % de las ejecutivas afirma haber realizado estudios posteriores al pregrado. Estos incluyen todo tipo de especializaciones de duración variada y también posgrados académicos reconocidos, como maestrías o doctorados.

Le sigue Medellín donde prácticamente una de cada cuatro ejecutivas tiene estudios de posgrado. La proporción es mucho más baja en Bucaramanga e Ibagué, con el 17 y el 15 % respectivamente.

Tabla 7. Máximo nivel educativo alcanzado de las ejecutivas

	Bogotá	Medellín	Bucaramanga	Ibagué
Primaria	0,1 %	0 %	1,4 %	0 %
Secundaria	1,0 %	4,0 %	0 %	2,6 %
Técnica	4,5 %	5,4 %	2,8 %	7,6 %
Universitaria	56,6 %	67,9 %	78,9 %	74,4 %
Posgrado	37,8 %	22,7 %	16,9 %	15,4 %
Total	100 %	100 %	100 %	100 %
Número de ejecutivas	653	224	71	39

En Bogotá, en el sector público, las mujeres tienen especializaciones de posgrado en proporciones muy superiores a las del sector privado: mientras seis de cada diez ejecutivas de este sector declara haber realizado algún tipo de especialización, menos de tres de cada diez afirman lo mismo en el sector privado. Esto puede estar relacionado no solo con la menor juventud de las administradoras públicas, que habrían tenido más tiempo para avanzar en sus estudios, sino probablemente con una valoración social distinta de las especializaciones en este sector.

Por otra parte, resulta significativo observar las diferencias en el área profesional de estas ejecutivas. Mientras en el sector público, la mitad de las ejecutivas se formó en el área de sociales y humanidades, con una presencia importante de profesionales del derecho, en el sector privado el 46 % tiene una formación académica en el área de las ciencias económicas y administrativas. Esto puede estar reflejando la búsqueda de profesionales con una mayor especialización técnica en el sector privado, lo cual permitiría explicar también la apertura a jóvenes profesionales probablemente formadas en disciplinas relativamente nuevas en el país, como la administración de empresas. Estas dos áreas

califican en ambos sectores a cerca de las tres cuartas partes de las mujeres.

En Bogotá se observa la mayor proporción de ejecutivas con formación en áreas económicas y administrativas y en sociales y humanidades (son el 77 %), seguida por Bucaramanga (73 %), Medellín (69 %) e Ibagué (63 %); pero el peso de una y otra área varía en las diferentes ciudades, observándose en todas una mayor proporción de ejecutivas formadas en áreas económicas y administrativas que en sociales y humanidades. El mayor peso de la formación en ciencias sociales y humanidades se encuentra en Bogotá, probablemente debido a la presencia importante de administradoras públicas.

También resulta interesante comparar la presencia de formación en ciencias naturales y técnicas la cual incluye una proporción importante de ingenierías, destacándose este perfil en las ejecutivas de Medellín. Allí, una de cada cinco tiene ese tipo de formación, presentando el perfil más “técnico” de todas con un 60 % de mujeres formadas en áreas económicas y administrativas o naturales y exactas.

Elsy Bonilla (1992) señala un cambio, a partir de la década de los sesenta, en el comportamiento de las mujeres con respecto al área del conocimiento hacia la cual se orientan cuando tienden a incursionar en carreras distintas a las consideradas tradicionalmente como femeninas. En 1975, las mujeres representan el 40 % del alumnado universitario; son el 50 % en disciplinas como el derecho, las ciencias sociales y políticas; el 30 % en economía, administración y contabilidad, áreas en donde su participación seguirá incrementándose en las décadas siguientes. La incursión de las mujeres en carreras “claramente articuladas con los sectores más dinámicos de la sociedad, tales como la economía y la ingeniería” (Bonilla, 1992, p. 51) también va tomando impulso

y revela cambios significativos entre 1974 y 1986: un porcentaje creciente de mujeres se orienta hacia carreras administrativas (eran el 9 % en 1974 y llegan al 29 % en 1986) y hacia ingenierías y afines (representaban el 3,7 % en 1974 y son el 7,5 % en 1986). Simultáneamente, disminuye la proporción de mujeres que se dirigen hacia disciplinas como el derecho, las ciencias sociales y las humanidades; el total de estas tres áreas agrupaba al 21 % de las universitarias en 1974 y en 1986 solo reúne al 12,4 %. Sin embargo, la tercera parte de la población universitaria femenina sigue orientándose hacia las ciencias de la educación, área tradicionalmente femenina (Bonilla, 1992).

Los cambios de orientación en las carreras seleccionadas están asociados con cambios en la actitud de las mujeres hacia la vinculación laboral y se aprecia un esfuerzo por “rentabilizar” la inversión académica hacia una posición más favorable en el mercado de trabajo.

El estado civil

El estado civil de las ejecutivas define perfiles que diferencian claramente a Bogotá y Medellín de Ibagué. Los porcentajes más altos de mujeres casadas se encuentran en Ibagué, en donde constituyen más de la mitad de las ejecutivas encuestadas, mientras en Medellín, que posee la proporción más baja, cuatro de cada diez son casadas. En Medellín se encuentra el porcentaje más alto de solteras (48,4 %) y el más bajo de separadas o divorciadas (7,6 %). Se destaca en forma peculiar la situación de las ejecutivas de Ibagué, en donde se encuentran los porcentajes más altos de separadas o divorciadas y de viudas, lo cual configura un perfil propio, muy distinto al que predomina en las dos principales ciudades. Mientras en Medellín y Bogotá parece destacarse

la presencia de ejecutivas jóvenes con altos niveles educativos y un porcentaje importante de solteras, en Ibagué encontramos mujeres de mediana edad, casadas, viudas o separadas. Podría tratarse de mujeres que llegaron a la administración por vías distintas, con trayectorias y expectativas profesionales y familiares diferenciadas.

Tabla 8. Estado civil de las ejecutivas

	Bogotá	Medellín	B/manga	Ibagué
Soltera	40,2 %	48,4 %	45,1 %	21,1 %
Casada	44,5 %	41,3 %	45,1 %	55,3 %
Unión libre	1,5 %	1,3 %	1,4 %	0 %
Divorciada	1,3 %	0,4 %	1,4 %	2,6 %
Separada	10,2 %	7,3 %	7,0 %	10,5 %
Viuda	2,3 %	1,3 %	0 %	10,5 %
Total	100 %	100 %	100 %	100 %
Número de ejecutivas	653	223	71	38

Uno puede preguntarse si la presencia de mujeres separadas entre las ejecutivas, es similar a la que se encuentra dentro de la población femenina entre los 20 y los 59 años. Las cifras de la Encuesta de Hogares indican proporciones importantes de mujeres separadas y divorciadas, encontrándose solamente en Bogotá proporciones superiores entre las ejecutivas que entre la población femenina total. En Medellín el porcentaje de ejecutivas separadas y divorciadas es relativamente inferior al que se encuentra en la población total.

El estudio de Lucero Zamudio y Norma Rubiano (1991) sobre las separaciones conyugales en Colombia indica un incremento muy importante de la separación conyugal en el país a partir de la década de los setenta. Revela cómo más de la cuarta parte de la

población alguna vez unida (27,8 %) también se ha separado alguna vez. En 1984, los separados en el momento de la encuesta representaban el 9,7 % de la población mayor de 12 años y el 20 % de la población alguna vez unida. El estudio destaca diferencias regionales y por estrato social, y revela cómo en Bogotá las mujeres alguna vez separadas representaban en 1984 el 32,7 % de las mujeres alguna vez unidas. Las mujeres permanecen separadas en mayor proporción que los hombres en todos los estratos, pero el porcentaje de mujeres separadas disminuye en la medida en que el estrato es más alto. En el estrato alto las mujeres representan el 13 %, y en el estrato medio alto el 18 % de la población femenina alguna vez unida.

Las proporciones encontradas entre las ejecutivas parecen insertarse claramente dentro de las tendencias observadas en el comportamiento conyugal de la población urbana del país. Parece además comprensible que la proporción de mujeres separadas pertenecientes a los estratos alto y medio alto sea mayor entre aquellas que están vinculadas a la actividad laboral.

Al cruzar el estado civil de estas mujeres con su edad, se observan tendencias esperadas como el incremento de la proporción de mujeres alguna vez unidas (suma de casadas, viudas, separadas, divorciadas y en unión libre) al aumentar la edad. En Bogotá, esto es visible tanto en el sector público como en el privado. Sin embargo, en ambos sectores, se conserva una proporción significativa de solteras en todas las edades: el 24 % de las ejecutivas entre los 40 y 44 años, en el sector público, y el 36 %, en el privado. Esta situación contrasta con los datos sobre población femenina en Bogotá, en donde, de acuerdo con la Encuesta de Hogares de junio de 1991, solo el 16 % de las mujeres entre los 30 y los 39 años, y el 9 % entre los 40 y los 49 años, son solteras. ¿Quiere decir esto que las mujeres ejecutivas o las profesionales

que tienen actualmente más de 40 años de edad han desarrollado alternativas de soltería que no se encuentran en otros sectores de la población femenina? Y de ser así, ¿qué tan libre ha sido esta escogencia? O al contrario, ¿es la deserción profesional de las ejecutivas a raíz del matrimonio o la maternidad la que explica el peso relativamente superior de las solteras en esas edades? En Medellín y Bucaramanga también se observan proporciones importantes de mujeres solteras después de los 35 años.

El origen regional

Aunque más de la mitad de las ejecutivas de Bogotá proviene de la misma ciudad, esta atrae a una proporción significativa de mujeres de otros departamentos. Medellín exhibe, entre tanto, un elevado regionalismo reclutando cerca del 80 % de sus ejecutivas en Medellín y el 90 % en el departamento de Antioquia. Las empresas de Bucaramanga también seleccionan a la mayoría de sus ejecutivas en la capital del departamento y en los departamentos aledaños, mientras Ibagué capta algunos desplazamientos de mujeres desde la capital del país.

¿Son las ejecutivas un sector de mujeres profesionales especialmente estratégicas en sus alternativas de empleo? ¿En qué se diferencian de otras profesionales surgidas, como ellas, de los cambios sociales señalados? ¿Se encuentra una mayor proporción de mujeres de origen social medio alto y alto entre las ejecutivas? ¿Qué factores están determinando su orientación vocacional? Aclarar algunas de las especificidades que caracterizan a esta nueva generación de ejecutivas también requiere investigaciones comparativas sobre los perfiles ocupacionales de mujeres universitarias formadas en otras profesiones y orientadas hacia otros campos laborales.

Ubicación profesional

La encuesta a mujeres ejecutivas incluía una pregunta sobre sus ingresos salariales anuales, a partir de lo cual se elaboró una escala de siete rangos salariales, equivalente aproximadamente a múltiplos del salario mínimo legal, incluyendo prestaciones. De este modo, el primer rango salarial se sitúa entre cuatro y seis salarios mínimos, el segundo entre seis y ocho y así sucesivamente.

Al comparar la distribución de las ejecutivas en los siete rangos salariales, en las distintas ciudades, se observan diferencias significativas. El caso de Medellín presenta una estructura piramidal y una concentración del 82 % de las ejecutivas en los dos rangos salariales inferiores, situación que contrasta con las demás ciudades ya que ni siquiera en Bucaramanga se observa una concentración tan alta de mujeres en los niveles salariales inferiores. En esta ciudad, en efecto, el 60 % de las ejecutivas se encuentra en los dos rangos salariales inferiores. Mientras en Medellín ninguna de las ejecutivas encuestadas declara percibir el equivalente a más de catorce salarios mínimos, en Bucaramanga se encuentra un 3 %. Así mismo, en Medellín solo el 6 % de las ejecutivas encuestadas gana entre diez y catorce salarios mínimos mientras en Bucaramanga el 20 % lo hace. La evaluación de las diferencias salariales entre Medellín y las otras ciudades plantea dudas. Por una parte, la observación de la situación salarial aparentemente desventajosa para las ejecutivas de Medellín se deriva de la información proporcionada por la encuesta a mujeres y contrasta con la información proveniente de la encuesta a las empresas que señala una participación superior de la mujer en los primeros niveles de las empresas en esta ciudad. Es posible que los salarios nominales sean inferiores en Medellín a los que puedan encontrarse en Bogotá y afecten tanto a hombres como a

mujeres en los distintos niveles. Es igualmente probable que esta inferioridad nominal sea compensada en la realidad por mecanismos de salario indirecto.

La edad constituye un factor determinante de la ubicación salarial de las ejecutivas en Medellín, Bogotá y Bucaramanga. El caso de Medellín presenta una vez más rasgos peculiares debido a su gran regularidad. Al analizar por edades la pirámide salarial se observa una progresión continua que conduce a las ejecutivas a una mejor distribución en las distintas categorías salariales a medida que se sube en los rangos de edad, hasta los 44 años. A partir de ahí, parece alcanzarse un tope y se produce una regresión salarial para las escasas ejecutivas encuestadas que tienen más de 50 años (cinco casos).

En Bogotá, la edad también constituye un factor determinante en la ubicación salarial de las ejecutivas tanto en el sector público como en el privado. Cerca del 84 % de las mujeres entre los 25 y los 29 años se concentra en los tres niveles salariales más bajos. A medida que aumenta la edad, disminuye la proporción de mujeres situadas en los dos niveles inferiores, mientras el tercer nivel reúne en todas las edades a cerca de una tercera parte de las ejecutivas (en términos de 1992, esto equivaldría a salarios entre los \$480.000 y los \$650.000 aproximadamente). El acceso a los mejores salarios concierne particularmente a ejecutivas entre los 30 y los 44 años, pero se destaca claramente en ambos sectores la mejor ubicación de las mujeres entre los 35 y los 39 años, que parece ser la “edad de oro” de las ejecutivas. En esa edad, el 37 % de las ejecutivas del sector público y el 44 % del privado ganan más de diez salarios mínimos. De estas, el 15 % recibe más de catorce salarios mínimos (más de \$900.000 en términos de 1992) y una de cada diez, más de dieciséis salarios mínimos. No es posible deducir de estos datos la existencia de un proceso de

descalificación progresiva de la mujer en el trabajo a partir de cierta edad, como ha sido señalado en otros sectores de ocupación, debido a que la mayoría de las ejecutivas son muy jóvenes y a que la presencia femenina en estos cargos es relativamente reciente. Probablemente, la encuesta revela más bien un proceso de relevo generacional y de cambio en los patrones de empleo de las mujeres en este sector.

Tabla 9. Niveles salariales de las ejecutivas

	Bogotá	Medellín	Bucaramanga	Ibagué
Nivel 1 4 a 6 SM	19,5 %	53,4 %	30,3 %	23,6 %
Nivel 2 6 a 8 SM	16,5 %	27,6 %	30,3 %	13,2 %
Nivel 3 8 a 10 SM	31,0 %	12,7 %	15,9 %	34,2 %
Nivel 4 10 a 12 SM	15,2 %	3,6 %	17,3 %	7,9 %
Nivel 5 12 a 14 SM	8,6 %	2,3 %	2,9 %	13,2 %
Nivel 6 14 a 16 SM	3,1 %	0 %	0 %	5,3 %
Nivel 7 más de 16 SM	5,8 %	0 %	2,9 %	2,6 %
Total	100 %	100 %	100 %	100 %
Número de ejecutivas	635	221	70	38

Podemos preguntarnos sobre la incidencia de otros factores en la ubicación salarial de las mujeres: ¿Qué repercusiones tienen los estudios de posgrado en el aumento del nivel salarial? Considerando que la mayor diferenciación de estas ejecutivas la establece

la presencia o no de especializaciones y posgrados, la encuesta revela un efecto limitado de estos sobre el incremento salarial en todas las ciudades, salvo en Medellín. En efecto, en esta última, si nos remitimos a la visibilidad de los efectos de edad, antigüedad y especializaciones, podría plantearse la hipótesis de que las empresas antioqueñas, en particular las de la industria manufacturera que dominan en la muestra, tienen establecidos mecanismos de mejoramiento salarial más transparentes que los que se observan en las demás ciudades.

En Bogotá, contrariamente a lo que podría esperarse, las diferencias entre las mujeres con o sin posgrado no son mayores en el sector público. La escasa valoración de las especializaciones en este contexto no es de extrañar, considerando su proliferación y carácter desigual. La simple acreditación de un título posuniversitario no parece constituir un elemento esencial para el ascenso en el sector público. Tal vez se haya convertido, en cambio, en un requisito mínimo, considerando la elevada presencia de posgrados entre estas ejecutivas.

En el sector privado, el efecto de los estudios posuniversitarios sobre la ubicación salarial de las mujeres es mucho más visible. Puede pensarse que los posgrados que realizan las mujeres en el sector privado están más orientados hacia una calificación profesional concreta, reconocida por las empresas en la medida en que afectan directamente el desempeño.

Sin embargo, estas diferencias pueden estar revelando la presencia simultánea de criterios de ascenso en las organizaciones y estrategias de carrera entre las ejecutivas que distinguen claramente al sector público del privado, pero también pueden estar reflejando ritmos diferenciados en el proceso general de devaluación de los diplomas universitarios. En efecto, en su estudio *La mujer colombiana en la universidad y en el mundo del trabajo*, Elssy

Bonilla menciona los resultados de Ocampo sobre la devaluación creciente de la educación universitaria que cada día ofrece menores garantías de acceso a una ubicación favorable en el mercado de trabajo. Según las cifras de Ocampo (1986) la proporción de profesionales que gana menos de cinco salarios mínimos (de 1985) ha aumentado sistemáticamente desde 1976, pasando del 60 % en ese año, al 74 % en 1985.

Al examinar la incidencia de la experiencia laboral en el nivel salarial, se destaca una vez más la mayor transparencia del caso antioqueño, en donde la creciente experiencia va asociada a un incremento salarial progresivo, observable hasta los 39 años.

En las cuatro ciudades, la observación de la relación entre el estado civil y el nivel salarial de las mujeres revela una ubicación desfavorable de las ejecutivas solteras, en la medida en que éstas se concentran en mayor proporción, que las otras, en los niveles salariales inferiores. La situación comparativamente desventajosa de las solteras está relacionada sin duda con la mayor juventud y la menor experiencia profesional de una mayoría de ellas.

En forma análoga, la mejor ubicación de las casadas podría explicarse parcialmente por su mayor edad y experiencia profesional. El comportamiento de las ejecutivas separadas y/o divorciadas presenta peculiaridades en Bogotá y difiere en el sector público y en el privado; se observa una situación sensiblemente mejor entre las administradoras públicas. La investigación de Rosa Bernal (1989) sobre mujeres ejecutivas realizada en 1983 señalaba una mejor situación salarial para este grupo. Las separadas tendían a exigir más altos salarios y a negociar mejor sus propias promociones profesionales, obligadas a responder casi totalmente por el mantenimiento económico de sus hogares. Este tipo de estrategias no puede explicar las ventajas salariales presentadas por el grupo de separadas en el sector público en donde

la estipulación de los salarios no obedece a negociaciones individuales, como es el caso del sector privado (el 31 % gana más de doce salarios mínimos, mientras solo el 20 % de las casadas alcanza esos niveles). En este caso se trataría de estrategias de promoción jerárquica más que de negociación salarial. En el sector privado de Bogotá y en Medellín se observan ligeras diferencias en la ubicación salarial que se orientan en la misma dirección aunque no en forma tan perceptible como entre las ejecutivas del sector público. En Bucaramanga e Ibagué, la proporción de mujeres en esas circunstancias es demasiado baja para alcanzar a mostrar tendencias similares.

La interpretación planteada por Rosa Bernal y aparentemente confirmada por los datos de nuestras encuestas tiene implicaciones importantes para el análisis de los determinantes de la ubicación comparativamente desfavorable de la mujer en el mundo laboral y específicamente en el caso de estas profesionales de mediano y alto nivel. Por una parte, se identifica una estrategia de las mujeres en busca de mejores salarios que niega algunos de los supuestos sobre la ausencia de comportamientos “activos” de las mujeres en este campo. Por otra, esta estrategia surge de una percepción discriminatoria de las capacidades de las mujeres, en la medida en que el mayor reconocimiento salarial estaría relacionado una vez más con su estatus doméstico. Habría que explorar por qué, al parecer, las mujeres encontrarían argumentos legítimos para negociar mejores salarios en las necesidades derivadas de su rol materno pero experimentarían dificultades para defender el reconocimiento de una calificación o de una competencia laboral que se traduzca en términos de remuneración.

¿Nuevas estrategias de carrera?

La investigación exploró algunos indicadores que permitieran aproximarse a una caracterización de las carreras profesionales de las mujeres. La edad de ingreso al trabajo permite diferenciar las carreras profesionales de las mujeres. Una gran parte de las ejecutivas en todas las ciudades inicia su actividad laboral antes de los 24 años. El porcentaje más alto se encuentra en Bogotá, en donde siete de cada diez ejecutivas entrevistadas empezó a trabajar antes de los 24 años, y el más bajo se encuentra en Ibagué, en donde el 45 % sigue ese mismo patrón. El 67 % de las ejecutivas bumanguesas y el 62 % de las antioqueñas se inician en la actividad laboral en esa etapa de la vida. Esto significa que muchas de estas mujeres, de las cuales la inmensa mayoría ha alcanzado niveles de estudios universitarios y de posgrado, trabajó y estudió simultáneamente durante una etapa importante de su carrera; lo cual indica cambios fundamentales en la relación de las mujeres con su carrera y una actitud estratégica temprana de ubicación en el mercado laboral.

Tabla 10. Edad de ingreso a la actividad profesional

Edad	Bogotá	Medellín	Bucaramanga	Ibagué
Menos de 19 años	13,2 %	15,6 %	21,1 %	5,4 %
20-24	60,0 %	46,9 %	45,6 %	40,6 %
25-29	21,6 %	30,2 %	24,5 %	37,8 %
30-34	4,0 %	4,7 %	7,0 %	8,1 %
35-39	0,8 %	2,1 %	1,8 %	8,1 %
Total	100 %	100 %	100 %	100 %
Número de ejecutivas	590	192	57	37

Las ejecutivas de las grandes ciudades parecen presentar patrones de carrera que se inician cada vez más temprano mientras en ciudades de provincia como Ibagué, todavía una proporción significativa de las ejecutivas se inicia en la actividad laboral después de los 30 y los 35 años.

El estado civil no parece incidir en un inicio tardío de la carrera profesional. En Medellín y Bogotá, la distribución por edades del ingreso a la actividad laboral es muy similar para el conjunto de las ejecutivas que para las casadas. En Bucaramanga e Ibagué hay indicios de que, para numerosas mujeres, el matrimonio no solo no incide en un acceso tardío al empleo, sino que, al contrario, es un factor asociado con el ingreso temprano al trabajo. En Bucaramanga, el 34,6 % de las ejecutivas casadas empieza a trabajar antes de los 19 años, mientras el porcentaje equivalente para el total de ejecutivas en esta ciudad es del 21 %; en Ibagué, un porcentaje ligeramente superior de casadas al del total ingresa al trabajo antes de los 24 años.

Estas observaciones sugieren la presencia de estrategias de pareja que demandan el trabajo de la mujer desde los inicios de la vida matrimonial.

La interrupción de la carrera profesional afecta a un porcentaje significativo de mujeres que oscila entre el 11 % en Bucaramanga y el 33 % en Ibagué. En Medellín, una de cada cinco ejecutivas ha visto interrumpida su carrera laboral y en Bogotá, el 22 % en del sector privado y el 29 % en el público.

Tabla 11. Edad de ingreso a la actividad profesional de ejecutivas casadas

Edad	Bogotá	Medellín	Bucaramanga	Ibagué
Menos de 19 años	15,6 %	16,9 %	34,6 %	4,7 %
20-24	60,3 %	43,6 %	23,2 %	42,9 %
25-29	19,3 %	30,4 %	26,9 %	42,9 %
30-34	3,4 %	6,5 %	11,5 %	0 %
35-39	1,4 %	2,6 %	3,8 %	9,5 %
Total	100 %	100 %	100 %	100 %
Número de ejecutivas	269	83	26	21

El estado civil está relacionado con la interrupción de carrera, pues se observa un mayor porcentaje de mujeres casadas, separadas y/o divorciadas que han interrumpido su carrera. En todas las ciudades, menos en Bucaramanga, las tasas de interrupción de carrera son más elevadas entre las casadas que en el conjunto de las ejecutivas. Pero la interrupción de carrera afecta aún más a las mujeres separadas y/o divorciadas. Es probable que en este caso, la diferencia que aporta el estado de separadas y/o divorciadas con respecto a las casadas, no es una más alta proporción de mujeres que abandonen la carrera profesional por motivos familiares, de dedicación a la maternidad y al hogar, sino que la separación constituye una experiencia que aumenta las posibilidades de reinserción en la vida laboral. Por ello, habría una mayor proporción de mujeres separadas que casadas que han interrumpido el trabajo y han retornado a él, ya que estas son las que capta la investigación. Es obvio que las casadas que desertaron definitivamente de la actividad laboral no están presentes en la muestra. La maternidad también aparece como un factor asociado con una mayor interrupción de carrera.

Mientras en ciudades como Bogotá o Ibagué las ejecutivas solteras tienen estudios de posgrado en mayor proporción que las casadas, en Medellín el estado civil no parece estar relacionado con posibilidades diferenciadas de realizar estudios de especialización. Para Bogotá, la investigación señala relaciones distintas entre el estado civil y el nivel educativo de las mujeres en el sector público y en el privado. Mientras en el primero se observa una menor proporción de mujeres casadas con estudios de posgrado (el 71 % de las solteras y el 53 % de las casadas los tienen), en el privado la proporción de mujeres con posgrado es similar entre las casadas y las solteras. Puede pensarse que la tendencia de las administradoras públicas a realizar especializaciones y posgrados se manifiesta con mayor fuerza entre las solteras, quienes tienen mayor disponibilidad para hacerlo. En el sector privado, la mayor juventud de las ejecutivas puede explicar parcialmente la escasa diferenciación de los niveles educativos entre solteras y casadas.

En efecto, las ejecutivas del sector privado se encuentran en un momento de sus carreras profesional y familiar en el que todavía no han definido aspectos que puedan diferenciarlas fuertemente, como son la maternidad y la crianza de los hijos, pero muchas de ellas ya han definido prioridades buscando tempranamente una mayor especialización. En su investigación sobre la identidad de las mujeres ejecutivas, Rosa Bernal (1989) identifica patrones que distinguen muy claramente a las solteras de las casadas, una vez que han transcurrido etapas decisivas que permiten configurar estilos de vida, prioridades en la manera de manejar las relaciones familiares y laborales. Puede, entonces, definirse un “estilo” de ejecutivas solteras que construyen su vida teniendo como eje el trabajo y las satisfacciones personales, con una identidad que hace énfasis en la autonomía y la independencia.

Es posible que algunas ejecutivas solteras que han pasado los 30 años, especialmente numerosas en el sector público, hayan tenido tiempo de consolidar una forma de vida célibe similar a la descrita anteriormente. Esto puede explicar parcialmente la inversión superior de esfuerzos en la formación académica y la carrera profesional.

Los resultados revelan cómo la gran mayoría de las mujeres tiene una percepción de su éxito profesional relacionado básicamente con su formación académica. Esto es especialmente cierto para las ejecutivas de Bogotá, donde el 90 % de las administradoras en el sector público, y el 85 % en el privado señalan la educación como el primer factor para su éxito profesional. El 81 % de las ejecutivas en Medellín, el 82 % en Ibagué y el 76 % en Bucaramanga afirman lo mismo. Esto es válido en todas las edades, pero tiende a relativizarse al aumentar la edad, donde se abre el campo a factores como la especialización técnica y la capacidad administrativa. Las buenas relaciones interpersonales son mencionadas en mayor proporción en Ibagué y Bucaramanga que en Bogotá y Medellín, donde probablemente el concepto “técnico” del éxito profesional de las mujeres está más arraigado. Esto se ve confirmado al estudiar los factores considerados como determinantes del éxito, en segundo lugar por las ejecutivas. En Bogotá, la especialización técnica y la capacidad administrativa, dos conceptos igualmente “neutros” y “técnicos”, ocupan más del 60 % de las respuestas. En Medellín son identificados por el 55 % de las mujeres, y las buenas relaciones interpersonales aparecen señaladas con un peso significativo (18 %) al lado de otros factores no muy profesionales como la apariencia o las amistades personales. En Bucaramanga e Ibagué, la presencia de estos factores es aún mayor.

El énfasis que ponen las ejecutivas más jóvenes en la formación académica contrasta con las carreras profesionales de una proporción significativa de las mujeres de la generación anterior, determinadas por factores de éxito que dependían menos de los estudios formales. Muchas de las ejecutivas de la anterior generación se iniciaron por vías no profesionales, generaron especialidades en el desarrollo de la actividad misma y recorrieron varias áreas dentro de la organización.

Cerca de la mitad de las ejecutivas señala la presencia de una persona determinante para su éxito profesional y, en general, identifican en primer lugar a su jefe inmediato, seguido del esposo, los padres y familiares, y algún amigo. En Ibagué, el esposo ocupa el primer lugar dentro de las personas que apoyan el éxito profesional de estas mujeres. Aquí resulta interesante señalar cómo el tipo de apoyo brindado por una u otra persona difiere sustancialmente y se evidencia una de las dificultades mayores en las carreras profesionales de las mujeres que carecen de “padrinos” efectivos en las organizaciones que estimulen su ascenso y su desarrollo profesional, estímulo entendido en términos profesionales y no clientelistas. El jefe inmediato puede jugar un papel muy cercano al del llamado “mentor” señalado en la literatura anglosajona (Morrison y Von Glinow, 1990), pero cuando las ejecutivas mencionan a esposos, padres, amigos y familiares se refieren probablemente a apoyos de orden mucho más moral, a esos estímulos que necesitan las mujeres para enfrentar el mundo laboral y afirmar su autoestima como profesionales, más que a apoyos estratégicos para el desarrollo efectivo de su carrera.

Ante la pregunta sobre la experiencia de algún tipo de discriminación sexual, la mayoría de las ejecutivas respondieron (en porcentajes que van del 73 % al 90 %) no haber sufrido ningún tipo de discriminación. Curiosamente, las ejecutivas antioqueñas

son quienes identifican en mayor proporción la presencia de factores discriminatorios. Es muy probable que el concepto mismo de discriminación sexual suscite resistencias en el medio colombiano. En países que cuentan con una larga tradición de lucha antidiscriminatoria no solo con un contenido de género sino también de raza y etnia, el término es de uso corriente, pero este no es el caso colombiano. En Bogotá, las ejecutivas que dicen haber experimentado formas de discriminación sexual en su carrera identifican factores que se ponderan en forma distinta entre las ejecutivas del sector público y las del privado. Las primeras señalan en primer lugar menores oportunidades laborales (58 %) seguidas por menores promociones y un menor nivel salarial. Las segundas, en cambio, identifican en primer lugar el menor nivel salarial (34 %) y en segundo lugar las menores promociones y oportunidades. En Medellín, en donde, como vimos, los niveles salariales son significativamente inferiores a los de Bogotá, las mujeres también señalan como principal manifestación de la discriminación sexual la presencia de menores niveles salariales (36 %) y una de cada tres identifica además un factor que no aparece con el mismo peso en Bogotá: la subestimación de sus capacidades. Esto reflejaría factores de insatisfacción de las ejecutivas frente a condiciones de trabajo que no son tan equitativas como quisieran, insatisfacción que seguramente no encuentra fácilmente una expresión.

Las ejecutivas manifiestan una percepción muy positiva de sus capacidades personales y de su inserción en el mundo laboral. Muy pocas identifican obstáculos organizacionales para el desarrollo de su carrera. En las empresas privadas, las mujeres cuentan con mayor flexibilidad en el manejo de sus horarios de trabajo y mayores oportunidades para realizar viajes. Probablemente para la mayoría de estas ejecutivas, el hecho de

encontrarse ubicadas en cargos administrativos de responsabilidad siendo aún muy jóvenes, contribuye a generar una percepción muy positiva de sus capacidades y de las posibilidades que les ofrece el mundo laboral. Para ellas, el éxito parece depender exclusivamente de su esfuerzo, capacidad y habilidad personales. Es su reto hacia el futuro y es comprensible que los balances negativos, en caso de darse, se produzcan en etapas posteriores de la vida.

En el estudio ya mencionado, Elssy Bonilla destaca la percepción de las estudiantes universitarias colombianas, en particular las de las universidades privadas, sobre las oportunidades laborales abiertas a las mujeres, con resultados que concuerdan con la actitud de las ejecutivas, en la medida en que las estudiantes consideran que las oportunidades laborales son iguales para hombres y mujeres. Parecería que las jóvenes, tanto estudiantes como ejecutivas, tienen una percepción fuertemente individualizada de sus capacidades y oportunidades. La estrategia de desarrollo que han asumido, centrada en el fortalecimiento de su autoestima y en la ausencia de reconocimiento de factores discriminatorios o desventajosos hacia las mujeres, no solo es posible por la situación comparativamente privilegiada de este sector de la población femenina, sino que resulta sin duda una estrategia adecuada para ubicarse favorablemente en el medio.

Mientras la nueva generación de mujeres profesionales ingresa en la actividad laboral con una gran confianza en sus capacidades y con la seguridad de que el éxito profesional no puede ser sino el efecto esperado de su desempeño profesional, la generación anterior de mujeres ejecutivas parece también sentirse satisfecha de haber abierto una brecha y logrado penetrar en un espacio tradicionalmente vedado a las mujeres. Esta visión sesgadamente optimista resulta no solo del hecho de haber encuestado

a mujeres ubicadas dentro de las organizaciones y, por lo tanto, en alguna medida exitosas, sino también del carácter reciente del ingreso masivo de las mujeres a la administración. Sin pesimismo gratuitos, no sobra recordar que numerosos investigadores anglosajones se esfuerzan por entender los mecanismos que configuran los llamados “techos de vidrio” que siguen enfrentando las mujeres en la administración en países con una larga trayectoria en busca de la equidad profesional (Morrisson y Von Glinow, 1990; Arthur, Hall y Lawrence, 1989).

¿Hacia nuevas estrategias de pareja?

Las ejecutivas bogotanas escogen cónyuges con características similares a las suyas en cuanto al origen regional y el nivel educativo, pero esta tendencia está más acentuada entre las mujeres del sector privado.

En Medellín, conservando las tendencias regionalistas, las ejecutivas también escogen esposos que en un 90 % provienen de la región y en un 84 % vienen de capitales de departamento, en su mayoría de Medellín. Las ejecutivas bumanguesas tienen cónyuges cuyo origen regional se asemeja al suyo: en su gran mayoría provienen de la región central pero una proporción superior de maridos nació en capitales de departamento. Los esposos de las ejecutivas de Ibagué, como ellas, también son originarios de la región central y de Bogotá fundamentalmente, pero la proporción de cónyuges de Bogotá es superior.

Las diferencias de edad también tienden a disminuir y se observa una creciente homologación entre cónyuges. En Bogotá, esta tendencia es mucho más visible entre las ejecutivas del sector privado, que manifiestan en numerosos aspectos comportamientos que podríamos caracterizar como más modernos.

La tendencia al matrimonio entre “pares” también está presente si observamos el nivel educativo de los cónyuges. En proporciones similares a las ejecutivas, los compañeros de las que están o han estado unidas, tienen estudios universitarios o de posgrado. Es interesante anotar cómo las mujeres con estudios de posgrado tienen compañeros que han hecho especializaciones en mayor proporción que las otras. En Bogotá, seis de cada diez mujeres con posgrados tienen maridos con el mismo nivel de educación. Esto significa igualmente que cuatro de cada diez mujeres con posgrado superan el nivel educativo de sus esposos, situación que hasta hace poco no era tolerada fácilmente por los hombres.

¿Qué repercusiones tendrá esta creciente “homologación” de las características de los cónyuges en la definición de estrategias de pareja que definan formas más equitativas de articulación entre la realización profesional de cada uno de ellos y el desarrollo de la familia? Una tesis reciente de psicología (Samper, 1992) que compara las trayectorias profesionales de estudiantes egresados de la Facultad de Administración de la Universidad de los Andes, entre 1980 y 1989, revela una tendencia muy marcada al matrimonio entre “pares”, con edades, profesiones y niveles educativos similares. El estudio señala igualmente diferencias desventajosas para las mujeres en sus trayectorias profesionales: estas se inician en niveles más bajos en los organigramas de las empresas y con salarios inferiores. Considerando que se trata de una población muy homogénea en cuanto al origen regional y familiar y al estrato socioeconómico, las diferencias observadas remiten a políticas implícitamente discriminatorias de las organizaciones hacia las mujeres.

Pero probablemente esas diferencias también están relacionadas con la ausencia de estrategias de pareja equitativas y, por lo tanto, con la ausencia de un comportamiento de hombres y

mujeres que sea lo suficientemente transformador. ¿El patrón de un salario masculino superior también es interiorizado por las parejas? ¿En qué medida ese patrón sostiene una división de roles que sigue definiendo prioridades distintas para uno y otro cónyuge? Confirmarían estas hipótesis el hecho de que la interrupción de carrera, si bien afecta en proporciones similares a hombres y mujeres (cerca del 22 %), se debe a estudios o viajes en el caso de los primeros, y a la crianza de los hijos en el caso de las segundas. Al parecer, en el caso de los egresados de la Facultad de Administración, el “equilibrio” de la pareja reposa aún en buena medida sobre una “estrategia” que da prioridad al éxito profesional del marido y, aunque también considera el de la mujer, este está sujeto a aplazamientos para atender las necesidades familiares.

Sin embargo, en la mayoría de los hogares de las ejecutivas de nuestra encuesta, el sostenimiento de la ubicación socioeconómica de la familia depende definitivamente del aporte conjunto de los cónyuges. Así parece indicarlo el uso del salario de las mujeres ejecutivas: en Bogotá y Medellín, cerca del 75 % de las casadas destina en primer lugar su salario al mantenimiento parcial o total del hogar y solo un 13 % lo dedica a gastos personales. En cambio, el 24 % de las ejecutivas de Ibagué y el 31 % de las bumanquesas destinan su salario, en primer lugar, a gastos personales.

Si comparamos el uso del ingreso según el estado civil, se observa cómo la primera destinación del ingreso define las mayores diferencias entre las mujeres. En un extremo están las solteras, con el uso más personal del ingreso: el 75 % de las ejecutivas solteras de Ibagué, el 63 % en Bucaramanga y el 40 % en Medellín destinan su salario, en primer lugar, a sus gastos personales. Y en el otro, las separadas, divorciadas y viudas, que, con el peso de sus obligaciones familiares, destina entre el 50 y el 66 % de su salario al sostenimiento total del hogar.

En Medellín, la mitad de las ejecutivas solteras dedica sus ingresos en primer lugar al mantenimiento parcial o total del hogar o a ayudar a sus padres, mientras en Bucaramanga y en Ibagué, solo el 28 y el 25 % de las solteras, respectivamente, asume ese tipo de obligaciones.

El perfil de carrera de las ejecutivas solteras podría entonces corresponder a patrones distintos que diferencian al sector público del privado en Bogotá, y a ciudades como Ibagué y Bucaramanga de los patrones predominantes en Bogotá y Medellín. En unos, las necesidades económicas de sectores en busca de estabilidad o ascenso social primarían, mientras en el segundo se trataría en mayor proporción de jóvenes de origen medio alto o alto que trabajan para adelantar proyectos personales y disfrutan del apoyo de sus familias de origen. Si miramos el segundo y el tercer destino del salario de las ejecutivas solteras, se confirman las diferencias, ya que la posibilidad de destinarlo parcialmente a gastos que pueden considerarse “superfluos”, como la recreación y los viajes o las inversiones a largo plazo, es superior para las solteras del sector privado de Bucaramanga y de Ibagué.

Las ejecutivas casadas entrevistadas por Rosa Bernal en 1980 manifestaban una identidad en donde la vida familiar y afectiva, y en particular los hijos, ocupaban el lugar central dentro de sus prioridades existenciales. Las jóvenes ejecutivas de estas nuevas generaciones, en su inmensa mayoría, no han definido aún opciones frente a la maternidad y resulta difícil saber si lo harán dentro de los mismos patrones de sus predecesoras. Sin embargo, la encuesta permite identificar algunos signos de cambios importantes en los comportamientos de las mujeres ejecutivas frente a la maternidad y en la manera como esta afecta su trayectoria profesional.

A pesar de que tanto en Bogotá como en Medellín y Bucaramanga más de la mitad de las mujeres ha tenido alguna unión, solo el 18 % en Bogotá, el 17 % en Medellín y el 15 % en Bucaramanga son madres. En Ibagué, donde el perfil de las ejecutivas encuestadas difiere notoriamente y se encuentra una proporción sustancialmente superior de mujeres alguna vez unidas (79 %), algo más de la mitad de las ejecutivas tiene hijos.

Es indudable que la juventud de las ejecutivas de las tres primeras ciudades explica parcialmente la menor incidencia de uniones y de maternidad. Pero aun así, estos porcentajes resultan muy bajos y pueden presagiar opciones de vida centradas en el desarrollo profesional que excluyan la maternidad; o anunciar la aparición de nuevos patrones de maternidad tardía. Como lo señala Carmen Elisa Flórez (1990), las condiciones urbanas de empleo generan una creciente “incompatibilidad de roles, centrada en la interacción entre las funciones de madre y mujer trabajadora”, que aumenta con el nivel educativo. Estas incompatibilidades tienen un significado cualitativamente distinto para categorías de mujeres situadas en estratos sociales y condiciones de empleo diferenciadas. Es así como la trayectoria laboral y familiar de numerosas asalariadas urbanas está determinada por coerciones que provienen de la actividad laboral como de las exigencias familiares, de manera que difícilmente se puede hablar de opciones libres frente a la fecundidad o el modo de vivir la maternidad.

En el caso de las mujeres profesionales que construyen una carrera, resulta más plausible hablar de opciones de vida como escogencias con un mayor contenido estratégico.

Mientras en Bogotá el 75 % de las madres empleadas en el sector público y el 80 % en el privado estaban casadas o en unión libre en el momento de la encuesta, y el 5 % eran madres solteras,

en Medellín el 85 % estaba casada o en unión libre y no se reportó ningún caso de madre soltera.

Por su parte, nueve de las once madres de Bucaramanga estaban casadas, una en unión libre y una separada. En Ibagué trece de las veintiuna madres estaban casadas, una era madre soltera, cuatro separadas o divorciadas y tres viudas.

El madresolterismo aparece como un fenómeno poco frecuente en estas categorías de mujeres. Completamente ausente en Medellín, tiene una baja presencia en Bogotá, en donde ocurre de manera generalizada en sectores populares.

En todas las ciudades la proporción de mujeres cuyo hijo mayor tiene menos de tres años es muy reducida. ¿Es la crianza un factor importante de deserción laboral de las mujeres ejecutivas o un factor de postergación del inicio de la carrera profesional? ¿Las madres ejecutivas actualmente empleadas tuvieron su primer hijo antes de iniciar su carrera profesional o interrumpieron su carrera a raíz de la crianza? Dentro de las tendencias que se han ido consolidando en algunos países europeos como Francia, Suecia o Inglaterra (Belle, 1991; Serdjénian, 1988; Rapoport y Moss, 1989), la maternidad tiende a generar cada vez menos interrupciones en las trayectorias profesionales de las mujeres. Sin embargo, la etapa de la crianza conserva alguna incidencia, aunque su efecto tiende a circunscribirse a períodos cada vez más cortos en la vida de las mujeres.

Los patrones de edad para iniciarse en la maternidad señalan el período de los 25 a los 29 años como el privilegiado para tener el primer hijo: cerca de la mitad de las madres bogotanas y cuatro de cada diez madres antioqueñas lo tuvieron a esa edad. El 30 % de las madres bogotanas y el 25 % de las antioqueñas tienen su primer hijo antes de los 24 años. La maternidad después de los 30 concierne a un porcentaje superior de madres ejecutivas

en Medellín, en donde representan el 34 % de las mujeres encuestadas (trece casos), mientras en Bogotá encontramos veintiuna mujeres en esta situación, lo que equivale al 18 % de las madres encuestadas. Los comportamientos de estas mujeres pueden estar anunciando cambios en los patrones de acceso a la maternidad, siguiendo tendencias que se han verificado en otros países entre estas categorías de mujeres: la reducción del número de hijos y la postergación de la edad de nacimiento del primero.

La comparación de la situación de las ejecutivas de Bogotá y Medellín con las de Bucaramanga e Ibagué sugiere la hipótesis de que los patrones de maternidad y fecundidad de las mujeres profesionales en ciudades intermedias siguen pautas más tradicionales. En Ibagué y en Bucaramanga solo encontramos una mujer que hubiera tenido su primer hijo después de los 30 años. El 67 % de las madres en Ibagué y el 46 % en Bucaramanga tuvieron su primer hijo antes de los 24 años. Es indudable que aquí intervienen diferencias generacionales y otras relacionadas con un cierto retraso en la modernización de los patrones familiares en las ciudades de provincia. Es evidente que el número tan reducido de madres ejecutivas encuestadas impide cualquier tipo de razonamiento estadístico y solo utilizaremos estos resultados para adelantar algunas hipótesis.

Estas madres ejecutivas, ¿se diferencian mucho del conjunto de las ejecutivas? ¿Cómo ha afectado la maternidad su carrera profesional? Como lo habíamos señalado, la primera diferencia es una mayor interrupción de carrera, especialmente importante entre las madres ejecutivas encuestadas en Medellín (el 46 % de ellas ha interrumpido su carrera). En general, las madres ejecutivas presentan porcentajes más altos de interrupción de carrera que las casadas pero apenas ligeramente superiores a los encontrados entre las separadas y divorciadas. Es importante recordar

en este punto la observación que hacíamos con respecto a las divorciadas y separadas, y es que el matrimonio y la maternidad siguen siendo un factor de deserción laboral mientras la separación y el divorcio constituyen, al contrario, un factor de retorno al trabajo.

Los niveles educativos de las madres ejecutivas en Bogotá son muy similares al del conjunto de las ejecutivas, con un porcentaje ligeramente menor de madres con posgrado en el sector público y ligeramente superior en el privado. Aparentemente, la maternidad no constituye en sí misma un obstáculo para que las mujeres profesionales adelanten estudios de posgrado. El problema, como para otras mujeres, no es tanto el hecho mismo de la maternidad como el momento en que se realiza y su relación con la carrera educativa y su trayectoria laboral. Los patrones de postergación de la edad de acceso a la maternidad, que parecen tender a generalizarse entre estas profesionales, significarán que la maternidad llegará una vez que las mujeres hayan alcanzado sus metas educativas.

Tabla 12. Edad de las madres ejecutivas al nacimiento del primer hijo

Edad	Bogotá	Medellín	Bucaramanga	Ibagué
Menos de 19	3,5 %	0 %	9,1 %	9,5 %
20 - 24	33,1 %	26,3 %	36,4 %	57,1 %
25 - 29	46,9 %	39,5 %	45,4 %	28,6 %
30 - 34	13,9 %	31,6 %	9,1 %	4,8 %
Más de 34	2,6 %	2,6 %	0 %	0 %
Total	100 %	100 %	100 %	100 %
Número de ejecutivas	115	38	11	21

La ubicación salarial de las madres ejecutivas no permite identificar efectos negativos de la maternidad. En Bogotá, las madres del sector privado presentan una mejor ubicación salarial que el conjunto de las ejecutivas. En el sector público, las madres presentan niveles salariales solo ligeramente inferiores al total de las mujeres del sector.

En Medellín, las madres ejecutivas están menos concentradas en el primer rango salarial y ligeramente mejor representadas en los niveles 4 y 5. En Bucaramanga e Ibagué, al igual que en Bogotá y Medellín, la relativamente mejor ubicación de las madres ejecutivas se debe sin duda a su mayor edad y a su consiguiente experiencia laboral, factores que están directamente relacionados con una mejor ubicación salarial.

La investigación no permite detectar un efecto realmente significativo de la maternidad sobre la carrera de las mujeres ejecutivas. Sin embargo, el efecto mayor parece radicar no tanto en las desventajas profesionales de las madres ejecutivas como en la decisión aparente de numerosas mujeres profesionales de aplazar indefinidamente la maternidad, con la posibilidad de que renuncien a ella definitivamente.

En un momento en que el sistema educativo está lanzando al mercado del trabajo a numerosas mujeres formalmente capacitadas, con crecientes necesidades económicas y profesionales, las exigencias de una carrera exitosa en niveles altos de la administración, actúan para que muchas de ellas construyan estrategias que eliminen lo que ha sido considerado hasta el momento como el principal *handicap* para el éxito profesional de las mujeres: la maternidad. El problema no radica en la opción de no maternidad, perfectamente legítima, sino en la libertad de opción y la incompatibilidad que a largo plazo se sanciona entre los roles parentales y el desempeño exitoso en las altas esferas de la

administración. Mientras las mujeres sean las únicas confrontadas con esos *hard choices* entre trabajo, carrera y maternidad, analizados por Kathleen Gerson (1985), estaremos lejos de una igualdad de oportunidades en la gerencia.

Perspectivas

Más que presentar conclusiones, el objetivo de esta investigación era formular algunas preguntas, suscitar reflexiones nuevas, revivir algunas no tan nuevas y abrir perspectivas de investigación. El carácter reciente de la preocupación por este sector de población desde las ciencias sociales interesadas en la mujer, así como la escasa preocupación por las mujeres desde la perspectiva de las ciencias de la administración en América Latina hacen que esta confluencia constituya, en muchos aspectos, apenas un primer paso.

Estamos conscientes del carácter aún ampliamente exploratorio de esta investigación. Sin embargo, de sus resultados se derivan algunas hipótesis que pueden señalar rumbos de investigación sugestivos. Queremos formular algunas perspectivas.

Aunque esta nueva generación de ejecutivas se inscribe en el marco de cambios sociales que la superan y le atañen al igual que a otros sectores sociales, parece surgir con perfiles propios. Desde la escogencia de la carrera universitaria, la precocidad de su ingreso al campo laboral y la prolongación de sus estudios universitarios en especializaciones y posgrados, están mostrando comportamientos estratégicos hacia el empleo y la promoción profesional que se distinguen de la relación que anteriormente mantenían con el empleo las mujeres de sectores medios y altos. ¿Se deberá esto a cambios en el nivel de vida de estos sectores que requieren de la contribución económica de las mujeres o a la

expresión de nuevas aspiraciones profesionales de estas últimas? Sin duda ambos factores están presentes.

Si en el terreno laboral estas mujeres están manifestando actitudes positivas con base en la confianza en sus capacidades formales y personales y en que el mercado de trabajo sancionará con equidad estas capacidades, ¿bastaarán estos comportamientos para que en los próximos años se ubiquen en proporciones crecientes en niveles decisorios de las organizaciones y con salarios cada vez más equitativos? ¿O subsistirán resistencias en las culturas masculinas de la gerencia, que actúen como obstáculos invisibles? ¿Se conservará una división sexual del trabajo en la administración, caracterizada por una especialización de las mujeres en las áreas y profesiones menos rentables, con un débil acceso a los niveles superiores?

Enlazando con lo anterior, observamos cómo muchas de estas mujeres se unen con una también nueva generación de ejecutivos, probablemente aún más estratégicos que ellas mismas. ¿Esta alianza matrimonial repercutirá en alianzas laborales que propicien la equidad entre los sexos? ¿O se construirá sobre parámetros que reproduzcan la primacía masculina en el terreno laboral y la exclusividad femenina del desgarramiento entre la vida familiar y laboral?

Surgen interrogantes sobre el impacto que puede tener la creciente presencia de mujeres en cargos ejecutivos en el surgimiento de nuevos estilos de gerencia en las organizaciones que permitan un manejo más equilibrado entre la vida familiar y laboral. ¿En qué medida las mujeres podrán protagonizar, o tal vez ya lo estén haciendo, cambios en estos estilos de dirección orientados a reevaluar el papel de la vida familiar en la vida de hombres y mujeres ejecutivos? Los patrones que aparecen hasta el momento no parecen señalar un papel innovador activo de

las mujeres en este sentido. Tanto en sus estrategias personales como en sus trayectorias laborales, todo parece indicar que, por el momento, las mujeres han asumido los retos que les plantean las organizaciones, respetando las reglas del juego vigentes en éstas, pero con pocos efectos transformadores. Los estilos de vida de las mujeres profesionales han cambiado en la medida en que el papel que ocupan el trabajo, la educación, la carrera, la maternidad y la familia en la organización cotidiana y cronológica de la existencia se ha modificado sustancialmente, pero no tenemos evidencias del impacto que estos cambios nos puedan estar generando en las organizaciones.

Pero no solo resulta legítimo interrogarse sobre los cambios que el ingreso de las mujeres a las altas esferas de la administración pueda generar en los estilos de vida de los ejecutivos, también lo es preguntarse si el hecho de que las mujeres se estén desempeñando en puestos claves para la definición de políticas de personal y de bienestar social puede generar transformaciones en los contenidos de conceptos como el de calidad de vida de los trabajadores. ¿Para las mujeres que ocupan estos cargos está presente el propósito de crear condiciones reales de equidad para los hombres y mujeres que les están subordinados? Y si lo está, ¿qué prioridad tiene? No resulta superfluo recordar que, en el contexto latinoamericano, buena parte del éxito de las mujeres profesionales y ejecutivas reposa sobre el trabajo de una proporción importantísima de mujeres cuya única alternativa laboral reside en el servicio doméstico. En un contexto en donde la ausencia de responsabilidad y solidaridad social se mide en cifras de mortalidad infantil y de pobreza absoluta, la noción de calidad de vida es un privilegio. ¿Qué papel juegan las mujeres ejecutivas en la democratización del concepto, al menos dentro de sus organizaciones?

Finalmente, si en esta investigación nos hemos aproximado a mujeres que pueden considerarse exitosas o en vía de serlo, ya que se encuentran en el mercado del trabajo con posibilidades abiertas, al parecer, de construir trayectorias profesionales ascendentes, no tenemos ninguna medida de la proporción de los fracasos femeninos ni de sus causas. ¿A qué mujeres afecta la deserción laboral? ¿Cómo se experimenta y a qué alternativas de vida conduce? ¿Podemos cuantificar las inversiones en formación universitaria desperdiciadas, los recursos humanos desaprovechados para sí mismas, para las organizaciones y la sociedad? ¿Constituyen las mujeres profesionales un grupo particularmente afectado por esta situación o gozan, al contrario, de ventajas comparativas? ¿En qué medida el soporte histórico de la identidad femenina, constituido por el hogar y la maternidad, representa una tabla de salvación para categorías de mujeres que fracasan por diversos motivos en el campo laboral, tabla de salvación a la que no tienen acceso sus colegas masculinos?

Preguntas como estas no solo dan una idea de las múltiples problemáticas asociadas con el tema de la mujer en la administración, sino que están mostrando lo poco que se ha explorado este campo en América Latina.

Bibliografía

- Acevedo, Rexene Hanes de (1992). *La mujer en la gerencia en América Latina. Estudio de Venezuela* [Informe final]. Caracas: Universidad de los Andes.
- Arthur, Michael B.; Hall Douglas T. y Lawrence, S. Barbara (eds.) (1989). *Handbook of Career Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Bernal, Rosa (1989). *Mujeres ejecutivas: identidad y desarrollo de mujeres profesionales colombianas: estudio de la punta del iceberg*. Bogotá: Facultad de Administración de la Universidad de los Andes.
- Bonilla, Elssy (1992). La mujer colombiana en la universidad y en el mundo del trabajo. *Proyecto principal de educación en América Latina y el Caribe*, (29), 44-69. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000094453>
- Confecámaras (1988). *Las 500 empresas más grandes de Colombia*. Bogotá.
- Gallos, Joan V. (1989). Exploring Women's Development: Implications for Career Theory, Practice, and Research. En Michael B. Arthur, Douglas T. Hall y Barbara S. Laurence (eds.), *Handbook of Career Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gerson, Kathleen (1985). *Hard Choices. How Women Decide about Work, Career, and Motherhood*. Berkeley: University of California Press.
- Morrisson, Ann y Von Glinow, Mary Ann (1990). Women and Minorities in Management. *American Psychologist*, 45(2), 200-208.
- Rapoport, Rhona y Moss, Peter (1989). *Exploring Ways of Integrating Men and Women as equals at Work* [Informe]. Fundación Ford.
- Samper, Ana Milena (1992). *Ubicación y desarrollo de carrera de los administradores de empresa egresados de la Universidad de los Andes* [Tesis]. Universidad de los Andes.
- Serdjénian, Evelyne (1988). *L'égalité des chances ou les enjeux de la mixité*. París: Les Editions d'Organisation.
- Zamudio, Lucero y Rubiano, Norma (1991). *Las separaciones conyugales en Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Itinerarios profesionales y calendarios familiares: mujeres y hombres en la gerencia pública en Colombia*

En este artículo presentamos algunos de los resultados de una investigación reciente sobre las “carreras” de los funcionarios públicos en Colombia, buscando analizar sus itinerarios profesionales en relación con su trayectoria social e identificar las desigualdades de género que las afectan. Introducimos el artículo con una breve revisión de las discusiones recientes sobre los conceptos de *carrera* y *trayectoria laboral* y sobre los aportes de los estudios de género a esta temática, para luego presentar algunos resultados de la investigación sobre funcionarios públicos colombianos. Para ello, caracterizamos sus trayectorias laborales, destacamos algunas percepciones de los funcionarios sobre su trabajo en el sector público y analizamos las diferencias de género que intervienen en estos niveles. Señalamos igualmente algunas tendencias de cambio en las carreras de funcionarios de distintos grupos de edad y examinamos las interrelaciones y asincronismos entre familia y trabajo que inciden en la configuración de las trayectorias.

* En coautoría con Mara Viveros (profesora de la Universidad Externado de Colombia e investigadora del Programa de Estudios de Género, Mujer y Desarrollo de la Universidad Nacional). Publicado en *Revista Colombiana de Sociología*, 3(1), 1996.

Teorías de carrera, trayectorias laborales y enfoque biográfico

Con ocasión de un balance sobre las *teorías de carrera* en la tradición norteamericana, Michael Arthur, Douglas T. Hall y Barbara S. Lawrence (1989) revisan el uso del concepto de *carrera*, el cual ha sido utilizado para abordar las historias laborales de las personas a partir de distintas perspectivas. Los usos de esta categoría van desde los enfoques psicológicos que buscan analizar los procesos de adaptación laboral a lo largo de la vida (Holland, 1973) hasta las perspectivas económicas que estudian el capital humano y su incremento mediante la educación y la experiencia (Becker, 1975), pasando por las interpretaciones sociológicas sobre los roles laborales en las organizaciones (Glaser, 1968). Arthur, Hall y Lawrence proponen una definición de *carrera* que integre algunas dimensiones transdisciplinarias, describiéndola como “la secuencia evolutiva de las experiencias de trabajo de una persona a lo largo del tiempo”, entendiendo el trabajo en un sentido amplio que incluye un conjunto de interrelaciones a nivel individual, organizacional y social. La noción de *carrera* se refiere, por lo tanto a la interacción entre individuo y sociedad. Relaciona factores “internos” de la persona, como sus procesos psicológicos de desarrollo e identidad, y factores “externos”, como su posición social (Arthur, Hall y Lawrence, 1989:8). De esta definición amplia del concepto de *carrera* se desprende para estos autores una clasificación de las *teorías de carrera*. De este modo, identifican cuatro enfoques en las teorías de carrera: el primero es sociológico y se refiere a los determinantes de la clase social sobre la configuración de las trayectorias profesionales (Blau y Duncan, 1967; Chinoy, 1955); el segundo es psicológico y se interesa por relacionar las diferencias en las características de las personas y sus

implicaciones ocupacionales (Holland, 1973; Strong, 1943). El tercero tiene una perspectiva psicosociológica y se preocupa por identificar las etapas de las carreras y su relación con escogencias ocupacionales y de desarrollo psicológico (Crites, 1981; Dalton y Thompson, 1986; Super, 1957). Finalmente, mencionan un cuarto tipo de teoría de carrera, que utiliza un enfoque psicológico sobre el desarrollo adulto y busca poner en relación la carrera con otras áreas importantes de la vida (Levinson, 1978; Vaillant, 1977).

Para estos autores, el objeto *carrera* se presta particularmente bien para una discusión transdisciplinaria, en la medida en que trabaja a nivel del individuo y de las instituciones sociales, lo cual exige yuxtaponer conceptos psicológicos y sociológicos, como *identidad* y *rol*. El primero describe la forma cómo las personas se ven a sí mismas y cómo perciben y experimentan el trabajo, mientras el segundo se refiere al conjunto de comportamientos sociales esperados e incorpora, por lo tanto, la manera como el trabajo es definido por las instituciones. La carrera incluye de este modo dimensiones subjetivas y objetivas del trabajo, en sus relaciones espacio-temporales. En la discusión transdisciplinaria suscitada por el concepto de *carrera* participan otras disciplinas distintas a la psicología y la sociología, como la antropología, la economía, la historia, la geografía, las ciencias políticas y la sociolingüística.

Frente a esta definición de *carrera* que recoge la herencia anglosajona en todas sus vertientes, también se han desarrollado, en interrelación no siempre explícita con las anteriores, los estudios sobre trayectorias laborales e historias de vida en Europa y particularmente en Francia. La sociología del trabajo, constituida inicialmente como estudio de la “situación de trabajo” (Tripiet, 1991, citado en Terrail, 1995, p. 130), se ve afectada a partir de la década del setenta por tres debates que desplazarán su atención de la situación de trabajo hacia el actor. El primer debate surge de los

estudios sobre la movilidad social y su impacto sociológico, así como de los avances en los estudios sobre las relaciones sociales entre los sexos; unos y otros obligan a examinar factores extralaborales que inciden en el trabajo, como la experiencia biográfica o la vida familiar. El segundo debate nace de la permanencia de la crisis económica y busca relacionar la situación de trabajo y la situación de empleo con interrogantes sobre la incidencia del “estatus de empleo” sobre la identidad social de las personas o sobre la dependencia de la situación de trabajo con respecto a las perspectivas de carrera y la posibilidad de insertarse en una cadena de empleo. El tercer debate se concreta en torno a la distinción entre el trabajo prescrito y el trabajo real, el cual, aun en las condiciones de taylorismo extremo, siempre contiene una buena dosis de iniciativa de los asalariados. En su estudio sobre las trayectorias laborales de obreros colombianos, Rainer Dombois define las posibilidades de este método para analizar la interacción entre dinámicas estructurales y decisiones individuales, ya que, por una parte, permite conocer las oportunidades de las personas para cambiar su situación laboral a lo largo de su vida, entender la situación actual en relación con el contexto de las condiciones sociales y los antecedentes laborales de los trabajadores, reconstruir el proceso de asignación de personas a posiciones sociales y el papel que en ello juegan las instituciones de educación y formación. Por otra parte, las trayectorias laborales proporcionan información sobre las decisiones y selecciones de los trabajadores, su capacidad de interpretar y aprovechar las oportunidades o de desarrollar estrategias de empleo (1993, pp. 228-229).

En cuanto al método de las historias de vida, este revive en Europa, en la década del setenta, los aportes de la Escuela de Chicago, siendo Daniel Bertaux (1976, 1980) uno de sus principales promotores al lado de autores como Franco Ferrarotti (1983) en

Italia o Paul Thompson (1980a y 1980b) en Inglaterra. Durante la década del ochenta, el llamado “enfoque biográfico” se difunde como una moda irrefrenable. Charlotte Heinritz y Angela Ramsteadt, en una revisión sobre el uso de este enfoque en Francia realizada en 1991, destacan el estudio de grupos profesionales y de culturas de grupos y clases sociales entre los temas más frecuentemente abordados desde esta perspectiva. Los grandes ejes de la discusión sobre las particularidades del método biográfico concuerdan en muchos casos con los términos del debate norteamericano sobre la carrera: la relación individuo-sociedad, el estudio simultáneo de condiciones objetivas y subjetivas de la acción, la incorporación de una dimensión espacio-temporal, la aproximación inter o transdisciplinaria al objeto. Muchos de los sociólogos europeos interesados por este enfoque, incluyendo al mismo Bertaux, han explorado las fuentes anglosajonas, especialmente de la psicología y la psicología social, rompiendo parcialmente el aislamiento crónico de estas dos disciplinas y, sobre todo, de estas dos tradiciones académicas “nacionales”.

Los aportes de la perspectiva de género al estudio de las carreras y las trayectorias sociales

En el desarrollo de las teorías de carrera en la tradición anglosajona, la crítica feminista a los estudios sobre desarrollo adulto obliga a revisar muchos de los supuestos de autores como Erickson (1968) y Levinson (1978). Siguiendo la crítica de Carol Gilligan (1982) a Kohlberg, Joan Gallos (1989) destaca cómo es posible leer las “anomalías” o “deficiencias” adjudicadas a las mujeres por las teorías de desarrollo adulto como una insuficiencia de las teorías y no de las mujeres. La crítica feminista se orienta entonces a señalar diferencias fundamentales en la construcción de la

identidad femenina con respecto a la masculina, retomando las reflexiones de Chodorow y Gilligan: las mujeres se autoafirmarían a través de las relaciones con otras personas mientras los hombres lo harían, de manera opuesta, mediante la separación y la autonomía, como resultado de la relación radicalmente distinta de las niñas y los niños con la madre. De estas aproximaciones, Gallos saca una importante conclusión para el análisis de las carreras femeninas: estas no pueden entenderse sin tener en cuenta la doble inserción de las mujeres en la familia y el trabajo, y la construcción problemática de su identidad en torno a estos dos ejes.

Sekaran y Hall (1989), desarrollando esta idea, proponen una aproximación psicosociológica para analizar las interrelaciones entre familia y trabajo en el caso, cada vez más generalizado, de las *parejas de doble carrera*.¹ Apoyándose en las teorías de desarrollo adulto, diferenciadas para uno y otro sexo, proponen el concepto de *asincronismo*, el cual les permite poner en relación a las personas y a las instituciones sociales: en primer lugar, la carrera profesional de cada cónyuge es puesta en relación (de sincronía o asincronía según coincidan o no) con las pautas socialmente definidas para su profesión o actividad en particular; en segundo lugar, la carrera de cada cónyuge es puesta en relación con la de su pareja como forma de identificar desequilibrios entre la trayectoria profesional del hombre y la mujer; finalmente, la carrera familiar de la pareja (el número de hijos y el momento en que los tienen) es comparada con los patrones sociales que definen el

¹ Este concepto, acuñado por Rapoport y Rapoport (1969), se refiere a las parejas en donde uno y otro cónyuge desarrollan una carrera profesional. Inicialmente se aplicó a sectores medios profesionales pero posteriormente se hizo extensivo a parejas de trabajadores no profesionales (Hall y Hall, 1980; Sekaran y Hall, 1989).

ciclo de vida “normal” en un determinado grupo social. El concepto de *asincronismo* ofrece posibilidades analíticas aplicables a parejas de trabajadores de cualquier grupo social.

En el campo de la sociología del trabajo, por otros caminos se llega a una conclusión análoga a la de Gallos: el trabajo de las mujeres en general y sus trayectorias profesionales en particular no pueden entenderse sin considerar las interrelaciones entre familia y trabajo. A partir de la década del setenta, la sociología del trabajo es objeto de duras críticas desde el campo de la sociología de las relaciones sociales entre los sexos.² Se destacan entre las teóricas francesas Danièle Kergoat, Margareth Maruani, Helena Hirata, Isabelle Bertaux-Wiame. En un artículo publicado en 1988, Isabelle Bertaux-Wiame, Cristina Borderías y Adele Pesce explican de este modo las interrelaciones entre familia y trabajo en las trayectorias sociales de las mujeres:

Estas dos esferas son abordadas a menudo en los estudios como dos campos bien separados aun cuando los enfoques sugieran posibles interferencias o se refieran a la articulación de lo familiar y lo profesional. Ahora bien, si la inscripción de las mujeres es doble, de ello no se sigue necesariamente una doble relación con cada una de las esferas, relación que se construiría con una relativa independencia una de otra. Más que sobre un doble análisis en los dos campos, nuestra interrogación se refiere a la relación entre ambos y más aún a la relación global que las mujeres mantienen con estos dos campos (p. 72).

2 En la década del ochenta, aceptando la propuesta anglosajona, este campo cambia su denominación por el de “estudios de género” o “sociología de las relaciones de género”.

Recientemente, desde una perspectiva de género más amplia, la problematización de las trayectorias sociales como inserción simultánea, complementaria y/o contradictoria en el campo familiar y profesional se extiende al análisis de las trayectorias masculinas (Battagliola et al., 1991). Esto obliga a buscar una mayor articulación entre la sociología del trabajo y la sociología de la familia, que incorpore el análisis de los roles masculino y femenino, el ciclo de vida familiar, las redes familiares de apoyo, las negociaciones conyugales, las restricciones, coacciones y dominaciones internas a la familia, para dar cuenta de la construcción diferenciada de las trayectorias sociales de hombres y mujeres en relación con las lógicas de la división social del trabajo entre los sexos y las generaciones.

Carreras de hombres y mujeres en la alta función pública en Colombia

El interés por estudiar la diferenciación de género en la construcción de las trayectorias sociales de los altos funcionarios públicos colombianos surgió de interrogantes que quedaron planteados por una investigación anterior sobre las mujeres ejecutivas. Entre 1989 y 1991, se realizó en la Universidad de los Andes una investigación sobre la participación de las mujeres en la gerencia, recurriendo a dos perspectivas complementarias: la primera buscaba identificar el perfil social y profesional de las mujeres que ocupaban cargos ejecutivos en las grandes empresas y establecer su grado de participación en los distintos niveles jerárquicos, mientras la segunda perspectiva exploraba sus alternativas individuales para conciliar la vida familiar y laboral (Arango, Viveiros y Bernal, 1995). Esta investigación se inscribía en continuidad con algunos estudios sobre esta categoría social y ocupacional

–los *ejecutivos*– que habían explorado, desde la óptica de la psicología del desarrollo adulto, las etapas en la vida adulta de mujeres y hombres, en relación con la construcción de su identidad o con las etapas y crisis en el matrimonio.³

Los resultados de este estudio mostraron una participación femenina decreciente a medida que se ascendía hacia niveles superiores de la administración y una baja presencia de las mujeres en la cúpula de las organizaciones, a pesar de sus elevadas calificaciones formales. Por otra parte, el análisis comparativo de investigaciones similares realizadas en Venezuela y Chile en el marco del mismo proyecto⁴ permitió establecer numerosas similitudes entre países, tanto en las características globales de la participación femenina en los niveles superiores de la administración como en los perfiles sociales y profesionales de las ejecutivas. No obstante, el análisis exclusivo de la situación de las mujeres, sin una referencia comparativa a las condiciones de inserción profesional y familiar de los hombres, impidió adelantar conclusiones sobre la diferenciación de género y las inequidades presentes en este grupo social. Por otra parte, el carácter global de la encuesta no permitió distinguir las modalidades de inserción de las mujeres en la gerencia en sectores tan disímiles como el financiero, industrial, comercial o de servicios, o entre el sector público y el privado (se observó una mayor participación femenina en el sector público y en el financiero). Finalmente, quedaron interrogantes sobre los procesos diacrónicos de construcción de

3 Entre estos se cuentan la tesis doctoral y otros trabajos de Rosa Bernal (1984, 1989), las investigaciones de Enrique Ogliastri (1982, 1986).

4 El proyecto “La mujer en la gerencia en América Latina” se desarrolló en la Universidad de los Andes, con financiación de la Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional.

las trayectorias sociales y profesionales así como sobre las dinámicas internas a las organizaciones, incluyendo el análisis de sus culturas y subculturas laborales y gerenciales.

Buscando profundizar en las diferencias de género en el acceso a los niveles directivos de la administración pública, adelantamos un estudio sobre las carreras de mujeres y hombres que ocupaban altos puestos públicos en el Estado colombiano en 1993,⁵ durante la presidencia de César Gaviria. Nos propusimos caracterizar y comparar las trayectorias laborales de estos funcionarios, buscando detectar diferencias e inequidades en los ritmos de ascenso, la ubicación dentro de la estructura del poder ejecutivo, la movilidad por cargo y entidad de mujeres y hombres. Uno de los enfoques sobre la discriminación de género en las organizaciones y en el mercado de trabajo se refiere a la segmentación vertical y horizontal (Hola y Todaro, 1993; Abramo, 1993) que establece una distribución de hombres y mujeres en puestos de trabajo “femeninos” o “masculinos”, relativamente excluyentes, y unas oportunidades de promoción y ascenso desventajosas para las mujeres. De acuerdo con algunos teóricos norteamericanos de la discriminación, en las organizaciones existirían obstáculos de diversa índole (acceso diferenciado a las reglas ocultas del juego y a las redes informales de poder, prejuicios de quienes seleccionan y promueven, reproducción homosocial y “homosexual” del grupo de poder, entre otros) que dificultan el ascenso de las mujeres y las minorías étnicas más allá de ciertos umbrales o “techos de vidrio” (Morrisson y Van Glinow, 1990). En algunos países, la

5 La investigación se realizó con el apoyo de la Red Iberoamericana de Instituciones de Formación e Investigación en Gerencia Pública, del Programa Universidad y Gestión Pública de la Universidad de los Andes y de la Fundación Ford.

mayor presencia de mujeres en niveles directivos en el sector público en comparación con la empresa privada ha sido explicada por la estructura burocrática de la función pública y la existencia de una carrera administrativa con reglas objetivas que neutralizarían algunos efectos discriminatorios (Herculano dos Santos, 1982; Bayes, 1991). En el sector público colombiano se combinan la carrera administrativa que regula el acceso y el ascenso de los funcionarios hasta niveles medios superiores y el libre nombramiento y remoción para los niveles más altos de la administración. El análisis de las inequidades de género en las carreras de los altos funcionarios públicos en Colombia plantea la necesidad de evaluar el efecto de estos dos esquemas de promoción sobre las trayectorias de las mujeres.

En acuerdo con una definición amplia de *carrera*⁶ no solamente nos interesaba caracterizar y comparar los itinerarios profesionales de los altos funcionarios públicos, identificando las diferencias de género que los afectan, sino también analizarlos en el contexto de una trayectoria social que se inicia con la familia de origen y se desarrolla mediante una articulación particular entre distintos itinerarios: educativo, familiar, laboral, geográfico, político. Nos interesamos en particular por algunos factores previos o paralelos al desarrollo de la trayectoria profesional que pudieran significar ventajas o desventajas comparativas para mujeres y hombres. En ese sentido, nos referimos al *capital social y cultural de base* como a aquellas características sociales de la familia que podían constituir un bagaje para el ingreso y promoción en el sector público (nivel educativo de los padres, presencia

6 Si bien recurrimos a una noción amplia de carrera, nos mantuvimos dentro de un enfoque sociológico, que incluye dimensiones subjetivas pero no desde una perspectiva psicológica.

de una mayor o menor tradición familiar de vinculación al sector público, formas de socialización de mujeres y hombres). Asimismo estudiamos el *capital educativo* de los funcionarios, refiriéndonos no solamente al nivel educativo alcanzado sino al área de formación, las instituciones y lugares en donde realizaron los distintos niveles de estudio y el momento de su trayectoria en que obtuvieron los diversos diplomas. También abordamos el *capital político y asociativo* de los gerentes públicos, incorporando datos sobre sus afinidades y afiliaciones partidistas, así como su participación en asociaciones, como posibles apoyos para el acceso al Estado o para su promoción dentro de él.

Por otra parte, examinamos las articulaciones entre familia y trabajo, buscando observar y comparar las interrelaciones entre estos dos ámbitos tanto para las mujeres como para los hombres, con el fin de evaluar el impacto diferenciado de los eventos familiares y las etapas del ciclo de vida sobre las carreras de los funcionarios de uno y otro sexo. Para ello, consideramos las interrelaciones entre los itinerarios familiar, laboral y educativo, buscando establecer las diferencias en la organización secuencial de los eventos de uno y otro calendario (familiar, laboral y educativo) en la vida de las mujeres y los hombres e interpretar sus lógicas subyacentes (Godard, 1990).

En todos los anteriores aspectos, incorporamos dimensiones subjetivas de las trayectorias laborales, analizando las experiencias de los funcionarios, su percepción de la función pública, la visión de sí mismos al interior de este sector y del papel que jugaron en el contexto del proceso de modernización del Estado impulsado durante la administración Gaviria. Igualmente analizamos datos sobre sus motivaciones para acceder a los cargos, sus opiniones sobre los factores de éxito en las trayectorias públicas y nos interesamos por las percepciones de mujeres y hombres

sobre las tensiones entre familia y trabajo, las estrategias de pareja, los conflictos y prioridades entre una y otra área de la vida.⁷

Además de las diferencias de género, buscamos identificar los cambios en los perfiles de trayectoria de funcionarios pertenecientes a tres grupos de edad: los que tenían menos de 35 años, entre 36 y 45 años o más de 45 años en el momento de la encuesta. La definición de estos tres grupos etarios obedeció a una “hipótesis generacional” con respecto al grupo intermedio, el cual habría vivido su experiencia universitaria en un período marcado por el auge de los movimientos sociales –y particularmente estudiantiles–, lo que pudo tener un impacto sobre sus trayectorias profesionales y sobre el sentido atribuido a su vinculación al sector público, lo que lo diferenciaría de los otros dos grupos, cuya socialización universitaria ocurrió en coyunturas distintas (a este grupo intermedio pertenece el mismo presidente Gaviria). Sin embargo, el límite de edad es un tanto arbitrario, ya que supone una regularidad en las cronologías individuales y en las edades en que se accede a la universidad, lo cual no es necesariamente cierto. Por ello, lo utilizamos a título indicativo para explorar algunas tendencias en la transformación de los perfiles

7 El grueso de la información fue obtenida mediante la aplicación de una encuesta autodiligenciada a 244 funcionarios del poder ejecutivo (ubicados en cargos de nivel directivo, asesor y ejecutivo, excluyendo los cargos inferiores a la jefatura de división) entre noviembre de 1993 y marzo de 1994. El cuestionario fue enviado por correo a 1475 funcionarios incluidos en los listados proporcionados por cincuenta entidades públicas nacionales de la rama ejecutiva (Presidencia de la República, nueve ministerios, cinco departamentos administrativos, cinco superintendencias, veinticuatro establecimientos públicos y seis empresas comerciales e industriales del Estado) que respondieron a una solicitud que hicimos ante setenta y cinco entidades. Esta información fue complementada con treinta y seis entrevistas a una muestra de estos funcionarios.

generacionales de estos funcionarios. El análisis de la información se hizo comparando de manera separada el comportamiento de hombres y mujeres y el de los distintos grupos de edad. Este tipo de análisis buscaba responder a las preocupaciones originales de la investigación, poniendo en evidencia la diferenciación de los perfiles de los funcionarios por género y grupo de edad. Sin embargo, no establecimos análisis cruzados que incluyeran los dos ejes diferenciadores simultáneamente porque ello exigía una excesiva fragmentación de la muestra. Como ocurre en todo estudio que busca establecer perfiles, los grandes rasgos opacan comportamientos menos frecuentes así como las trayectorias singulares a las cuales nos aproximamos mediante el análisis de las entrevistas.

En este artículo, comentaremos algunos resultados en torno a la construcción de las trayectorias laborales de hombres y mujeres y a las interrelaciones entre familia y trabajo, y omitiremos el análisis del capital familiar, educativo, político y asociativo de los funcionarios. Del mismo modo, introduciremos con menor detalle las diferencias observables entre grupos de edad y nos concentraremos en las desigualdades de género.

Los itinerarios profesionales de los funcionarios

De los 244 funcionarios encuestados, el 67 % son hombres y el 33 % son mujeres: se conserva la misma proporcionalidad observada en el listado de 1475 funcionarios que sirvió de universo. La participación femenina en la muestra es ligeramente inferior en el nivel asesor: las mujeres son el 34 % de los funcionarios de nivel directivo, el 30 % de los asesores y el 35 % de los ejecutivos. Los funcionarios se distribuyen en los tres grupos de edad de manera desigual: el grupo menos representado corresponde a los

mayores de 45 años (25 %), mientras los otros dos grupos participan en forma similar (37 % y 38 %), lo que confirma la presencia importante de funcionarios jóvenes en cargos directivos durante la administración Gaviria. Si se examina la distribución de hombres y mujeres en los distintos grupos de edad, se observa que las mujeres se ubican en mayor proporción que los hombres en la generación intermedia: el 43 % de las mujeres se encuentra en el grupo de 36 a 45 años, el 35 % tiene menos de 35 años y solamente el 22 % tiene más de 45 años. Entre los hombres, la distribución entre los distintos grupos de edad es más pareja: el 36 % se encuentra en el grupo de edad intermedia mientras el 38 % tiene menos de 35 años y el 26 % más de 45.

Por otra parte, resulta interesante observar la distribución por edades de los funcionarios de distinto nivel jerárquico ya que salta a la vista la mayor juventud de los asesores, de los cuales el 60 % tiene menos de 35 años, mientras los ejecutivos presentan el perfil de mayor edad, con un 30 % mayor de 45 años y solamente un 30 % menor de 35 años. Entre los directivos, los contemporáneos del presidente Gaviria son el grupo de edad más representado (41 %), es decir, el que corresponde a la generación intermedia.

En términos globales, se observan perfiles de trayectorias profesionales caracterizados por un inicio laboral cercano en el tiempo a la obtención del grado universitario (antes o inmediatamente después). La edad promedio de ingreso al primer cargo de tiempo completo es de 24 años y la edad promedio de ingreso al sector público es de 27 años. Para más de la mitad de los funcionarios, el punto de partida de su trayectoria pública es un cargo de libre nombramiento y remoción mientras el resto se inicia por carrera administrativa. Cerca de la mitad ingresa al Estado en el nivel "profesional" (cuarto nivel jerárquico en la clasificación de la administración pública) en todo tipo de entidades y

se desempeñan en áreas diversas como finanzas, sistemas, producción, manejo de recursos humanos, docencia o alta gerencia, siendo la administración general y la investigación las más mencionadas. El cargo que señalan como determinante⁸ en su trayectoria y el último cargo público se ubican de manera creciente en niveles directivos y son casi en su totalidad de libre nombramiento y remoción. A medida que avanzan en sus trayectorias, los funcionarios tienden a ocupar cargos con un contenido creciente de labores administrativas y de alta gerencia.

Estas carreras se desarrollan en una alta proporción dentro del sector público, alternadas en muchos casos con actividades en la empresa privada: el 71 % de los cargos ocupados por estos funcionarios a lo largo de sus trayectorias se ubica en la administración pública. Algo menos de la mitad de los funcionarios conoce uno o dos períodos de inactividad originados en estudios o en cortas etapas de desempleo debidas a relevos políticos. Presentan además una alta movilidad en los cargos, con un promedio de dos años y medio de permanencia, movilidad que se acelera a medida que avanzan en la trayectoria y tienen acceso a cargos de mayor prestigio y poder, en donde tiende a reducirse la estabilidad. También hay una elevada movilidad entre entidades ya que la permanencia promedio en una misma entidad es apenas superior a la permanencia en el cargo (2,93 años). En promedio, un

8 En el cuestionario, captamos información sobre tres cargos que pudieran representar hitos en la trayectoria laboral: el primer cargo público, un cargo elegido por los encuestados como “determinante” en el desarrollo de sus carreras y el cargo que ocupaban en el momento de la encuesta. Adicionalmente, se hicieron preguntas sobre el número total de cargos ocupados y de entidades en las cuales habían trabajado, su ubicación en el sector público o privado, y se hizo un seguimiento año por año a los cargos ocupados durante los diez últimos años de trayectoria.

funcionario ocupa 1,27 cargos por entidad. En contraste, la movilidad geográfica y entre las distintas ramas del poder público es baja: una alta proporción de las trayectorias se desarrolla en Bogotá y en el poder ejecutivo. A medida que se avanza en la trayectoria, aumenta también la centralidad política y geográfica: más del 80 % de los cargos de los diez últimos años del itinerario se sitúan en Bogotá.

Se observan dos grandes patrones de ascenso: uno que se inicia en los niveles superiores de la administración pública, en cargos de libre nombramiento y remoción y se desarrolla escalando posiciones dentro de ese mismo segmento ocupacional o transitando entre cargos de similar nivel jerárquico pero cualitativamente diferenciados, alternando puestos en el sector público con cargos de nivel semejante en la empresa privada. El segundo patrón corresponde a trayectorias que revelan una mayor distancia jerárquica entre el primer cargo y el último; en estos casos, los funcionarios empiezan una carrera administrativa que en un determinado momento traspasa el límite que la separa de los cargos superiores de libre nombramiento y remoción. A partir de ese momento, sus trayectorias se parecen a las del primer patrón. Esto no excluye posibles “descensos” jerárquicos en uno y otro patrón de carrera, como se capta a través de las entrevistas, pero entre el primer cargo público y el último hay indudablemente un proceso de ascenso aunque no sea necesariamente lineal.

Algunos cambios generacionales

La división entre los grupos de edad es una opción analítica que puede generar la imagen de unas diferencias tajantes y de identidades relativamente consistentes para uno u otro grupo de edad. La realidad corresponde más a una transformación progresiva de

algunos rasgos y a una combinación de perfiles dentro de cada grupo de edad, con el predominio de unos sobre otros. Hemos querido poner el énfasis en las características que diferencian a los grupos, para luego tratar de entender cuáles pueden derivarse de transformaciones sociales más amplias y cuáles provienen de cambios en la selección de las élites administrativas.

Los funcionarios mayores de 45 años tienen itinerarios profesionales más centrados en el sector público y presentan una menor movilidad en los diferentes cargos y entidades que los otros grupos de edad, aunque tienen una mayor movilidad geográfica. Sus trayectorias se caracterizan por una proporción de cargos directivos superior a la que se encuentra en los otros dos grupos. Estos funcionarios inician su historia laboral más tardíamente que los otros pero se vinculan más tempranamente al sector público: para ellos, la opción de una trayectoria pública se define rápidamente. Se incorporan al Estado en cargos de nivel directivo en mayor proporción que los otros y están más presentes que ellos en empresas industriales y comerciales del Estado. Señalan en mayor proporción la docencia como área de desempeño. Se trata de un grupo menos especializado, que ascendió jerárquicamente, acercándose a los centros de poder entre uno y otro cargo. Podemos identificar por lo menos dos perfiles: el más frecuente parece ser el de funcionarios con perfil partidista, cuya trayectoria se construye siguiendo pautas probablemente más clientelistas, dedicados a labores administrativas y gerenciales en entidades diversas. El otro perfil corresponde a los altos empleados oficiales en empresas industriales y comerciales del Estado que hacen carrera pasando de un perfil técnico a uno cada vez más gerencial. Estos dos tipos de itinerario no son excluyentes y pueden combinarse como lo observamos en los testimonios: una carrera que se inicia en una empresa industrial y

comercial del Estado, yendo de lo técnico a lo gerencial, puede dar paso a una segunda etapa de la trayectoria, de perfil más político en entidades centrales del poder ejecutivo. Inversamente, una trayectoria política y clientelista puede desembocar en una carrera gerencial en una empresa comercial e industrial del Estado. Como ejemplos de estas trayectorias, tenemos el caso de un ministro que inicia su trayectoria en el sector público en la escala más baja a nivel profesional hasta llegar a ser vicepresidente de una gran empresa industrial del Estado, de donde pasa a un ministerio. Otro alto funcionario de este grupo de edad conoce una primera etapa de su carrera en el sector público caracterizada por interrupciones y períodos de desempleo, en razón de los cambios políticos, hasta que logra vincularse a una empresa industrial del Estado, en donde hace carrera, pasando de ser responsable del área jurídica a ocupar una vicepresidencia.

Curiosamente, aunque muchos de los funcionarios de este grupo de edad vienen de trayectorias tradicionales clientelistas, son quienes esgrimen con mayor énfasis argumentos a favor de la introducción de un manejo del sector público de acuerdo con las reglas –idealizadas– de las empresas privadas y se oponen vehementemente al clientelismo y la corrupción.

En el grupo de edad intermedio que corresponde a aquel que vivió la experiencia universitaria en el contexto de los movimientos sociales y estudiantiles de la década del setenta, se encuentran trayectorias laborales con un perfil transitorio entre el perfil político de los mayores de 45 años y el perfil tecnocrático de los menores de 35 años. Manifiestan una mayor movilidad que los mayores pero una menor movilidad que los menores en los distintos cargos y entidades: sus trayectorias transcurren en mayor proporción en el sector público y en cargos de nivel directivo que las de los menores, pero ocurre la inversa si se les

compara con los mayores de 45 años. Presentan también especificidades que no se inscriben dentro de tendencias de cambio progresivo: inician su carrera laboral y se vinculan al sector público más tardíamente que los otros dos grupos e interrumpen más que estos su carrera. Aunque muchas de estas trayectorias están buscando una “normalización”, entendida como adecuación a la norma, la etapa “rebelde” universitaria alcanzó a distorsionar el perfil de sus itinerarios y los diferenció tanto de los mayores como de los menores.

Los testimonios confirman una inserción más crítica en los procesos de reforma del Estado, en los cuales participan de manera pragmática, buscando sin embargo “salvar” algunas de sus convicciones pasadas. Aun en aquellos funcionarios que analizan su experiencia izquierdista universitaria en términos de “sarampión” pasajero y esgrimen una visión tecnocrática de su papel en el Estado, la preocupación social no desaparece totalmente, al menos de su discurso. Entre las críticas al proceso de modernización del Estado, identifican problemas del proceso mismo, de la manera como fue implementado y diseñado, y se diferencian de las reflexiones de los funcionarios más jóvenes, para quienes las dificultades de la reforma podrían leerse en última instancia como el desajuste entre un “programa bueno” y una “gente mala”. Las observaciones de algunos funcionarios del grupo de edad intermedio se refieren a dificultades surgidas de la orientación excesivamente tecnocrática del proceso, el diseño general que no considera las particularidades de las entidades o el uso de la reestructuración para fortalecer poderes personales en algunas instituciones.

Por ejemplo, una funcionaria del grupo de edad intermedio, jefa de departamento en un ministerio, critica la actitud tecnocrática, la falta de experiencia y compromiso de los jóvenes funcionarios nombrados por Gaviria, así como la falta de prioridad

otorgada al manejo del impacto social de las políticas. Esta funcionaria observa fuertes diferencias generacionales entre los jóvenes tecnócratas que ocupan altos cargos públicos y su generación, que caracteriza como una “generación doliente” que pasó del rechazo total al sistema a buscar cambios desde adentro con un enorme esfuerzo personal y profesional.

Por su parte, los itinerarios laborales de los menores de 35 años presentan un perfil que contrasta con el de los mayores: con una alta movilidad en los cargos y entidades, una menor proporción de cargos directivos y una mayor presencia en puestos de nivel asesor, sus trayectorias están menos centradas en el sector público pero más centralizadas en Bogotá. Inician su trayectoria laboral más temprano e ingresan al sector público en promedio dos años y medio después, como lo hicieron los mayores de 45 años. Ingresan al Estado a través de todo tipo de entidades y acceden a cargos de nivel directivo más rápido que los otros dos grupos. Se desempeñan más que estos en una diversidad de áreas técnicas en donde se destacan sistemas y finanzas y menos en labores administrativas y gerenciales. Estos jóvenes presentan una movilidad en los cargos y entidades superior a la de los funcionarios de mayor edad, quienes permanecían mayor tiempo en los cargos al inicio de sus trayectorias. Esto remite probablemente a un cambio en el perfil de carrera entre las nuevas generaciones: los más jóvenes acceden más tempranamente a cargos de libre nombramiento y remoción en los que permanecen poco tiempo debido a las rápidas oportunidades de ascenso que se les ofrecen. Estas tienen que ver sin duda con la demanda de jóvenes técnicos muy calificados, creada por la política de modernización del Estado elaborada por la administración Gaviria.

Un ejemplo de este tipo de trayectoria es el de un secretario general de un ministerio que llega a su cargo después de una

corta permanencia en un puesto diplomático o el de un consejero presidencial que se inicia en el sector público como asesor del despacho presidencial gracias a sus nexos con un funcionario allegado al presidente Gaviria. Durante esta administración, conoce una fulgurante promoción y ocupa cargos de creciente importancia. Otro ejemplo es el de la secretaria general de un ministerio que llega a este puesto luego de una rápida y ascendente trayectoria en el sector público, pocos años después de haberse graduado.

Estos funcionarios son quienes apoyan de manera más incondicional la reforma gavirista, como lo muestra la opinión de la joven secretaria general de un ministerio:

Yo soy defensora absoluta de todos los proyectos de este gobierno. Es que me parece muy importante la decisión de pensar que el Estado es ineficiente, que el Estado es corrupto, que el Estado es inmoral. Reconocerlo y cambiarlo todo, me parece genial. Hay un problema, que es simplificar trámites, es el primer paso, porque ahora si sacamos nuevas cosas, simplificamos, nosotros creamos cosas que supuestamente deberían estar simplificadas pero viene todo el nuevo proceso, que es el más complicado, que es luchar contra la mentalidad de la gente.

Las diferencias de género en las carreras

Nuestra investigación no pretendía identificar estadísticamente las correlaciones existentes entre algunos factores como el origen familiar, el nivel educativo, la orientación profesional, la militancia política, el tipo de vinculación con la empresa privada o las

características del primer cargo público, por ejemplo, y la rapidez en el ascenso o el acceso a cargos de mayor prestigio o poder, lo cual hubiera requerido otras hipótesis y otra metodología. Nuestros objetivos eran más modestos: describir y comparar las trayectorias profesionales de hombres y mujeres y de funcionarios de tres grupos de edad, con el fin de identificar los rasgos generales de sus perfiles, a partir del estudio de los itinerarios sociales de un número reducido de funcionarios.

Al comparar los grandes rasgos de las trayectorias de las mujeres y las de los hombres, se encuentra que las primeras se inscriben dentro del perfil global de los itinerarios que describimos anteriormente, pero muestran algunas particularidades que remiten a desventajas objetivas. En este grupo ocupacional, la promoción y el ascenso están asociados con una alta movilidad entre cargos y entidades. En este contexto, las mujeres presentan una menor movilidad que los hombres en múltiples aspectos: transitan menos que estos entre el sector público y el privado, y cambian con menor frecuencia de cargo y de entidad. En efecto, por una parte, las historias laborales de las mujeres se desarrollan en mayor proporción que las de los hombres dentro del sector público: mientras el 68 % de los cargos de tiempo completo ocupados por los hombres a lo largo de su trayectoria pertenecen al sector público, esto es así para el 79 % de los cargos que ocupan las mujeres. Por otra parte, las mujeres presentan una menor movilidad entre las distintas entidades y cargos. Las carreras en una sola entidad son la excepción pero son más frecuentes entre las mujeres que entre los hombres: solamente el 8 % de los hombres y el 13 % de las mujeres hacen carrera en una misma entidad. Las trayectorias de las mujeres, cuya duración promedio es de 12,2 años se desarrollan en 3,87 entidades distintas en promedio, mientras las trayectorias masculinas tienen en promedio seis meses más

de duración pero transcurren en un número bastante superior de entidades (4,51).

En todos los cargos estudiados, menos en el último, las mujeres presentan promedios de permanencia superiores a los masculinos. Las diferencias son mayores al inicio de la trayectoria: en el primer cargo público, las mujeres permanecen en promedio un año más que los hombres. En el cargo considerado determinante, esta diferencia se atenúa y pasa a ser de 0,5 para invertirse la relación en el último cargo público. Confirmando esta tendencia, se observa una diferencia mayor en el promedio de años de permanencia en el cargo a lo largo de todo el itinerario laboral que en el transcurso de los diez últimos años de recorrido. De 0,4 años, se reduce a 0,1. Es decir que, si bien tanto la movilidad de las trayectorias femeninas como de las masculinas tiende a acelerarse a medida que avanzan en el tiempo, las mujeres presentan ritmos de ascenso más lentos. Las diferencias entre unos y otras tienden a reducirse con el tiempo.

Tabla 1. Promedio de permanencia en los cargos de tiempo completo por sexo

	Mujeres	Hombres	Total
Total trayectoria	2,8	2,4	2,5
Últimos diez años	2,4	2,3	2,3
Primer cargo público	3,7	2,7	3
Cargo determinante	3,5	3	3,1
Actual cargo público	1,5	2	1,8

Las mujeres se inician en puestos de menor nivel jerárquico y tardan más que los hombres en acceder a cargos de nivel directivo,

pero al ascender en el sector público una proporción importante de mujeres tiende a alejarse de las entidades centrales: el efecto de promoción jerárquica se ve relativamente neutralizado por un desplazamiento hacia entidades periféricas en términos de poder político o económico (de ministerios hacia establecimientos públicos). Lamentablemente, en la encuesta no diferenciamos las entidades públicas en función de su carácter más “social”, político o económico, lo cual hubiera permitido evaluar si las mujeres tienden a concentrarse en los ministerios sociales (Educación, Salud, Trabajo) o están poco presentes en los ministerios política o económicamente más estratégicos (Hacienda, Comercio Exterior, Desarrollo).

Los itinerarios de las mujeres siguen un proceso menos intenso al observado en las trayectorias masculinas hacia un desempeño con un contenido cada vez más gerencial: al avanzar en su trayectoria, una proporción superior de mujeres sigue dedicada a labores de administración general y de investigación. En este sentido, es importante aclarar que si bien las mujeres alcanzan cargos clasificados como de nivel directivo, estos son muy heterogéneos en términos de poder o prestigio. En muchos casos, se trata de cargos política o económicamente menos estratégicos, a los cuales se puede acceder después de una trayectoria de ascenso lento y progresivo, cargos de mayor perfil técnico que ofrecen una mayor estabilidad. Mientras los cargos más altos, ocupados en su mayoría por hombres –durante la administración Gaviria, solamente el 8 % de los ministros y el 9 % de los viceministros nombrados durante todo el período fueron mujeres–,⁹ en la medida en que son más estratégicos y visibles, con una cuota

9 Datos de la Consejería Presidencial para la Política Social (PNR), 1994.

superior de poder, son objeto de una mayor competencia y generan una elevada rotación. En la cúpula del Poder Ejecutivo, el carácter político del cargo lo hace depender menos de la competencia técnica, asegurada por el equipo de apoyo, y permite un gran intercambio entre funcionarios en la cima de entidades muy diversas. Las mujeres permanecen más ligadas a una competencia técnica que limita su movilidad entre entidades muy disímiles y, en general, participan poco en la cima de las organizaciones del Estado.

Entre las mujeres mayores de 45 años, observamos algunos ejemplos de trayectorias lentas y progresivas, como el de una alta funcionaria del Ministerio de Salud que permaneció quince años en el Servicio de Salud de Bogotá, en donde ascendió de auxiliar de enfermería a la dirección de un hospital. O el itinerario de una jefa de departamento de otro ministerio, quien ocupa puestos intermedios en diversas entidades del Estado, en función de los apoyos que le brindan sus sucesivos jefes, conoce algunos períodos de desempleo y después de trabajar quince años en el sector público, incursiona de manera poco exitosa en un negocio de finca raíz y regresa al Estado buscando completar veinte años de antigüedad para poder obtener su jubilación.

Las prácticas, experiencias y percepciones de las mujeres muestran con cierta recurrencia estrategias de inserción en el sector público con base en la afirmación de una neutralidad técnica, al margen de los intereses políticos de partido. Los testimonios revelan la dificultad para insertarse en el mundo público buscando mantenerse al margen de las disputas políticas o de las negociaciones micropolíticas que deben enfrentar en las entidades. Las mujeres, más que los hombres, parecen querer refugiarse en esta neutralidad, buscando permanecer ajenas al mundo “corrupto” de la política. Hay un cierto idealismo que choca con

la realidad del sector y las obliga a realizar un aprendizaje que puede seguir distintos caminos. Mientras algunas pagan con su empleo el costo de oponerse a manejos corruptos o clientelistas, otras desarrollan habilidades en el manejo de relaciones políticas partidistas o micropolíticas y hay quienes aprenden a utilizar políticamente su competencia técnica, logrando ganarse una posición de autoridad a partir de su saber profesional.

Yo seguía con mi carreta que la técnica es lo que debe predominar y de cierta manera mi función es técnica [...] Después me di cuenta que yo me había equivocado porque este país también hay que manejarlo desde el punto de vista político. Yo nunca pude comulgar con eso y me estrellé muchas veces [...] Era la visita permanente de todos los congresistas allá a pedir cosas, se podía negociar todo y eso iba totalmente en contra de lo que yo pensaba. Ahora en este momento me doy cuenta que esto es un manejo que hay que dar y que uno no se puede estrellar de frente contra algo porque no logra nada. Hay que saberlo manejar para que sea lo menos dañino posible (Jefa de división de un departamento administrativo nacional, menor de 35 años).

El área mía es muy técnica, cuando cambiaban de ministro yo siempre le decía a la gente: “Hablen de una manera que nadie los entienda”. Eso quiere decir que usted sabe y él no. Me tocó estar arriba negociando para que no nos tocaran en cuestiones de trabajo, yo estaba protegiendo lo que estábamos haciendo. Yo digo que esto es una forma de hacer política. [...] Finalmente, no hay que ser fanático frente a nada, hay que estar discutiendo las cosas perfectamente pero estar aceptando las reglas del juego. Es un trabajo de reacomodación

permanente y entonces uno aprende que tiene un núcleo de ideas y de principios pero la manera como va enfrentando las cosas deja de ser emotiva, se vuelve más objetiva, más pragmática. Siempre ha sido un aprendizaje violento trabajar con el Estado (Jefa de unidad en un departamento administrativo, grupo de edad intermedio).

En contraste, las dificultades de los hombres con respecto al sector público, provienen más de una comparación desventajosa de este último con el privado, en términos de eficiencia, y es más frecuente escucharlos quejarse de los obstáculos burocráticos, de la inercia de los mandos medios, de la falta de continuidad en los cargos para poder adelantar proyectos que puedan ser evaluados con justicia. El hecho de que existan algunas preocupaciones más frecuentes entre los funcionarios de uno u otro sexo no quiere decir que existan formas “femeninas” –opuestas a las “masculinas”– de insertarse en el sector público. Hay muchos factores comunes en las formas de participación de hombres y mujeres pero hay dificultades específicas de las mujeres que tienen que ver con un proceso de socialización distinto al de los hombres y con la necesidad de adaptarse a un entorno laboral construido según otros parámetros. La capacidad de modificar este entorno laboral dependerá de una presencia más importante de las mujeres en los distintos niveles jerárquicos y de una voluntad de transformación y de búsqueda consciente de equidad de género. Los estudios realizados sobre mujeres profesionales en las organizaciones señalan un comportamiento inicial de adaptación e imitación de los modelos vigentes (Hola y Todaro, 1994). A medida que las mujeres participan de manera creciente en las organizaciones, se van modificando los valores, las normas y las subculturas laborales, y se van incorporando de manera diversa y conflictiva las

diferencias y desigualdades de género (Belle, 1991). El estudio de las culturas organizacionales, laborales y gerenciales en la administración pública permitirá entender mejor la génesis de los malestares de las mujeres profesionales y su especificidad de género.

Los asincronismos entre familia y trabajo: un problema de género

Uno de los objetivos de la investigación era aproximarnos de manera más global a las trayectorias sociales de los funcionarios, entendiendo que los calendarios profesionales y familiares no pueden comprenderse sin tener en cuenta las articulaciones entre la vida profesional y la vida familiar de los altos funcionarios públicos y las implicaciones que tienen la una sobre la otra. Es aquí donde se juegan las grandes desigualdades entre hombres y mujeres.

Ocho de cada diez funcionarios/as han estado casados/as o en unión libre y en el momento de la encuesta, uno de cada siete estaba separado/a o divorciado/a, mientras solamente una quinta parte estaba soltero/a. Comparando los datos por sexo, llama la atención el alto porcentaje de mujeres separadas (25 %), en relación a la proporción de hombres en la misma situación (9 %). Al respecto, el estudio sobre ejecutivas colombianas (Arango, Viveiros y Bernal, 1995) muestra proporciones similares de mujeres separadas o divorciadas en el sector público, mientras estos porcentajes son menores en el sector privado, lo cual puede estar relacionado con la mayor edad de las mujeres ejecutivas en el sector público. La elevada presencia de mujeres separadas o divorciadas en estos grupos profesionales tiene que ver con la dificultad para conciliar las exigencias laborales y las ambiciones profesionales con matrimonios construidos sobre esquemas tradicionales

e inequitativos. La capacidad de generar ingresos y los cambios en los valores sobre los roles genéricos permite que estas mujeres actúen con mayor libertad para disolver uniones insatisfactorias.

El porcentaje de solteras es también mayor entre las mujeres que entre los hombres (31 % vs. 17 %), lo cual coincide con las características encontradas para las ejecutivas de las grandes empresas colombianas, en donde el 40 % de las encuestadas en Bogotá eran solteras (Arango, 1995). La soltería, como situación de mayor disponibilidad para el trabajo, permite a las mujeres “adaptarse” a las demandas de una carrera en la alta función pública, definida en términos “masculinos”, es decir, para profesionales que tienen quien se ocupe por ellos de la familia y lo doméstico. Numerosas mujeres aplazan temporal o definitivamente el matrimonio y la maternidad para poder desarrollar una carrera gerencial en el Estado. Entrevistamos algunas mujeres en los distintos grupos de edad, que desarrollan alternativas de soltería, en donde el trabajo ocupa un lugar central y el desarrollo personal se construye en múltiples formas. Es el caso de una exsecretaria general de un departamento administrativo nacional, mayor de 45 años, quien considera que su trabajo ha sido su vida, o el de una alta funcionaria de un departamento administrativo nacional, de la generación intermedia, quien analiza su actual soltería como un costo que pagaron algunas mujeres de su generación, que se dejaron “tentar por la ambición profesional”.

Sin embargo el 44 % de las funcionarias públicas encuestadas son casadas y deben desarrollar múltiples estrategias para hacer compatibles sus funciones familiares y profesionales. Los funcionarios encuestados se casan en edades que corresponden en general a los calendarios sociales, con muy pocos matrimonios “tardíos” y/o “precoces” y escogen cónyuges dentro de su mismo grupo social, con edad, ocupación y nivel educativo similares a

los suyos. Pero las mujeres escogen cónyuges más homógamos que los hombres, algunos de los cuales se casan con mujeres de menor nivel educativo que ellos y/o dedicadas al hogar.

Los hijos afectan de manera claramente desigual a hombres y mujeres. Mientras el 75 % de los funcionarios encuestados tiene hijos, el porcentaje de mujeres con hijos es menor y ellas conforman familias más pequeñas: uno de cada cuatro hombres tiene tres o más hijos pero solamente una de cada seis mujeres se encuentra en esa situación. Además las mujeres tienen con menor frecuencia hijos en etapa de crianza, lo que indica que la maternidad y la crianza afectan la carrera de las mujeres, mientras no ocurre lo mismo con la paternidad. Por otra parte, la maternidad también afecta las oportunidades de realizar estudios de posgrado: hay una menor proporción de funcionarias con posgrado entre las que tienen hijos que en el total de mujeres encuestadas, mientras esta diferencia no se observa entre los hombres, para quienes la paternidad no parece representar un obstáculo para incrementar su capital educativo.

El orden secuencial en que se realizan eventos ubicados en dimensiones distintas del calendario vital (familiar, educativo, laboral) expresa diferentes lógicas y racionalidades en la construcción de las carreras y señala el predominio de una u otra área de la vida en las diversas etapas. El orden secuencial mencionado está relacionado con este tipo de preguntas: ¿qué ocurre primero: el matrimonio o el grado universitario?, ¿el primer empleo o el nacimiento del primer hijo? Este ordenamiento no obedece a escogencias libres de los individuos o las parejas, sino que está relacionado con patrones sociales y con estructuras de oportunidades distintas para hombres y mujeres en los diversos momentos de su ciclo de vida. La forma como se ordenan algunos eventos importantes en los calendarios laboral, familiar y educativo de

los funcionarios indica la construcción de historias de vida cuyo eje parece ser la trayectoria laboral a la cual se someten las otras dimensiones de la existencia: obtienen el título de pregrado antes de casarse, trabajan de tiempo completo e inician estudios de posgrado antes de tener el primer hijo, esperan tres años en promedio después de casarse para tener su primer hijo.

No obstante, estas tendencias generales esconden importantes diferencias entre hombres y mujeres. Aunque un porcentaje importante de mujeres sigue un comportamiento similar al masculino, existe una proporción más alta de mujeres que observa patrones que remiten a una racionalidad de la vida menos centrada en el calendario profesional. En efecto, más mujeres que hombres se casan antes de graduarse en la universidad o tienen su primer hijo antes de trabajar de tiempo completo; menos mujeres que hombres inician estudios de posgrado antes de casarse o de tener su primer hijo. Estas formas de articulación entre el calendario laboral, familiar y educativo que presentan las trayectorias sociales de algunas mujeres redundan en el “atraso” de su itinerario laboral y educativo con respecto a los patrones masculinos, y se produce una “asincronía” entre la carrera de la mujer y la del hombre (Sekaran y Hall, 1989). Las mujeres que quieren avanzar a la par que los hombres en sus carreras no pueden adoptar las mismas secuencias masculinas de eventos familiares, educativos y laborales, sino que se ven obligadas a someter aún más que ellos el calendario familiar a las exigencias del itinerario profesional: se casan más tarde o no lo hacen, tienen menos hijos, los tienen más tardíamente, se separan más que los hombres y/o se vuelven a unir en menor proporción que aquellos.

Estas desigualdades entre hombres y mujeres están directamente asociadas con arreglos de pareja que siguen siendo ampliamente inequitativos. Examinando la información consignada en las entrevistas, podemos explorar algunos de los conflictos y

arreglos de pareja dirigidos a manejar las relaciones entre familia y trabajo. Aunque la mayoría de los funcionarios entrevistados ha conformado parejas en donde ambos cónyuges tienen una carrera profesional, en muchos casos en el sector público, subsisten algunas parejas de corte muy tradicional en que la mujer se dedica exclusivamente al cuidado del hogar y a los hijos. Es el caso de un ministro del grupo de mayor edad, quien considera que “realizar una actividad profesional intensiva como esta, necesita de una familia comprensiva que entienda amorosamente lo que se está haciendo. Ya que yo he visto romperse relaciones por estas situaciones”.

Dentro de las parejas de cónyuges profesionales existen diversos arreglos e interferencias entre familia y trabajo, y se observan diferencias en las percepciones de hombres y mujeres. Encontramos varios casos de funcionarias divorciadas que explican su ruptura matrimonial por conflictos generados por su implicación profesional. Inversamente, los hombres explican sus separaciones conyugales por las dificultades de sus esposas para aceptar las exigencias de un puesto directivo. Así le sucedió al director de un instituto descentralizado, perteneciente al grupo de edad intermedio, quien comenta que su primer matrimonio fracasó, entre otras razones, por “las costumbres alcohólicas de la vida social asociada a su cargo”. Para obviar ese tipo de problemas, se casó por segunda vez con una mujer profesional que ha adecuado “su mundo laboral para poder conservar más tiempo de dedicación a su hogar y a sus hijos”, ya que “los hombres están más presionados que las mujeres a cumplir con esas obligaciones sociales”.

Existen varios casos de funcionarios cuyos cónyuges también trabajan en el sector público, lo que manifiesta una gran homoga-mia. En el caso de las parejas con hijos y alguna trayectoria, a pesar de que tanto el hombre como la mujer desarrollan una carrera profesional, en general son las mujeres quienes buscan la

manera de conciliar su rol materno y su trabajo, limitan sus posibilidades de ascenso y demoran el acceso a cargos de alta responsabilidad y prestigio. Mientras los hombres viven esta situación como algo inevitable o natural, las mujeres sienten un mayor peso sobre sus hombros.

Como experiencias masculinas, tenemos el caso del director de un instituto descentralizado, del grupo de edad intermedio, quien siente que ha estado alejado de sus hijos ya que su esposa se ha ocupado más de ellos a pesar de su trabajo. El afirma que no vive esto como un costo personal para él ni para su esposa, sino como una “inversión” para poder brindarles a sus hijos un mejor futuro. También es el caso del vicepresidente de una empresa industrial del Estado, mayor de 45 años, quien afirma que los hijos no fueron un problema en su matrimonio porque su esposa hizo pausas en su trabajo para estar con ellos.

En contraste con esta percepción optimista de los hombres, para quienes no fue problema que su esposa tuviera que adecuar su carrera a las necesidades de la familia y los hijos, todas las mujeres que vivieron experiencias semejantes, manifiestan sus dificultades y su sentimiento de inequidad. No obstante, todas reivindican la trascendencia de la experiencia de la maternidad en sus vidas. Así le ocurre a una alta funcionaria de un ministerio, del grupo de edad intermedio, quien considera que la crianza de sus hijos retrasó su carrera profesional, lo cual representó una “enorme carga” para ella, quien decidió darles prioridad a sus hijos. Afirma también que sus diez años de matrimonio han representado un proceso lento y difícil para conseguir una participación equitativa de su esposo en las tareas domésticas. Algunas parejas funcionan sin problema mientras no hay hijos, pero una vez que llegan las negociaciones se complican y puede romperse una armonía de varios años.

Entre los funcionarios más jóvenes se encuentran algunos arreglos de pareja que expresan cambios aún muy limitados en la distribución de roles en el hogar: si bien se da una participación de los hombres en algunas obligaciones domésticas, el cuidado de los hijos sigue siendo responsabilidad casi exclusiva de las mujeres. Un secretario general de un ministerio evalúa en su desventaja la distribución de las tareas domésticas en su pareja pero considera que la maternidad, en cambio, es una tarea que compete a su esposa. De igual modo, un consejero presidencial dice experimentar con gran intensidad la paternidad y haber tratado de evitar que su vida pública interfiera con su vida familiar. Sin embargo, aunque afirma que las mujeres y los hombres tienen la misma dificultad para conciliar su vida laboral y familiar, considera que las mujeres tienen una carga adicional, una “responsabilidad cultural” de ser madres y amas de casa.

Excepcionalmente se dan arreglos de pareja en donde se produce una inversión de papeles (reportamos un caso): el esposo hace el mayor esfuerzo en el cuidado de los hijos y del hogar mientras la joven funcionaria le da prioridad a su carrera, sin limitarse en cuanto a las exigencias de tiempo y disponibilidad para su trabajo.

Conclusiones

En este artículo examinamos las diferencias de género en las trayectorias laborales de altos funcionarios públicos colombianos desde una perspectiva sociológica. Pusimos en evidencia diferencias en las trayectorias laborales de mujeres y hombres que remiten a desventajas comparativas para las mujeres en la medida en que sus carreras presentan inicios en niveles inferiores de la pirámide ocupacional, ritmos de ascenso más lentos, acceso limitado

a los cargos de mayor prestigio y poder, menor movilidad en cargos y entidades, menores oportunidades de acceso a puestos directivos en el sector privado. Estas desigualdades se producen a pesar de que las mujeres presentan perfiles educativos similares a los masculinos, conformaciones universitarias de pregrado en las mismas áreas –Ingeniería, Economía y Derecho fundamentalmente– y con estudios de posgrado en proporciones semejantes a los hombres (70 %).¹⁰

Los factores que explican estas inequidades son múltiples y complejos e intervienen en distintos niveles tal como lo han señalado los estudios sobre la discriminación de género en el trabajo (Roldán, 1993; Abramo, 1993; Morrisson y Van Glinow; 1990; Belle, 1991; Maruani y Nicole-Drancourt, 1989). Uno de los factores mencionados con mayor frecuencia es la división genérica del trabajo que se manifiesta horizontal y verticalmente. La primera se refiere a la especialización de los puestos de trabajo en función de su carácter “femenino” o “masculino”, con una menor valoración en términos de prestigio, poder y salario para los puestos considerados “femeninos”. Poner en evidencia la existencia de una división genérica del trabajo en el sector público colombiano y establecer el nivel de “segregación ocupacional” que genera requiere un examen detallado de la participación de las mujeres en los distintos tipos de entidades públicas, los cargos que más frecuentemente ocupan, las tareas que desempeñan y sus niveles de salario, posibilidades que están por fuera de los

10 Se observa únicamente una ligera desventaja para las mujeres en el tipo de posgrado, ya que se encuentra una mayor proporción de hombres con maestría (36 % de los hombres vs. 22 % de las mujeres con postgrados tienen maestrías) mientras las mujeres tienden a realizar fundamentalmente especializaciones (56 % de las funcionarias con posgrado vs. 39 % de los hombres).

alcances de este estudio. La división genérica del trabajo en términos verticales hace referencia a la participación de las mujeres en los distintos niveles jerárquicos y sus posibilidades de ascenso. En este estudio hemos aportado información sobre las desigualdades en las oportunidades de promoción y ascenso de las mujeres pero hace falta un estudio detallado de su participación en los distintos niveles jerárquicos de la función pública, con base en una clasificación fina de los cargos que tome en consideración su grado de poder político y económico.

Sin embargo, si bien el estudio de la división genérica del trabajo ayuda a poner en evidencia las manifestaciones más flagrantes de las inequidades de género, no da cuenta de las dinámicas que contribuyen a reproducirlas o transformarlas. Estas intervienen en varias instancias. Una de ellas es la dimensión cultural y simbólica que opera en el ámbito de las empresas generando representaciones sobre lo masculino y lo femenino que guían las decisiones de los distintos actores sociales: los empleadores y jefes, las mujeres mismas, sus colegas y subalternos. El estudio de algunas dimensiones subjetivas de la participación laboral de las mujeres y los hombres en la gerencia pública permite identificar factores que contribuyen a reproducir la discriminación de género: uno de ellos es el contraste entre los valores profesionales de muchas mujeres que confían en la técnica y en el reconocimiento meritocrático de sus competencias y la realidad del universo laboral en el Estado (pero no solamente allí), en donde operan relaciones de poder e influencias políticas y clientelistas que ellas no manejan. Algunos autores han interpretado estos contrastes como diferencias culturales (Morrisson y Van Glinow, 1990) entre las culturas domésticas y familiares y las culturas laborales; otros como Norma Fuller (1995) han profundizado en las ambivalencias que relacionan lo público y lo privado en las sociedades

patriarcales latinas, asociadas con reglas morales distintas en uno y otro ámbito, las cuales, sin embargo, operan de manera compleja y articulada. Es un tema que amerita estudios más detallados: ¿cómo se forman estos valores?, ¿qué papel juega la formación universitaria y cómo se explica que hombres y mujeres pasen por esta experiencia con una percepción y una capacidad de adaptación y transformación de las dimensiones políticas y profesionales del mundo del trabajo radicalmente distintas?, ¿cómo se construye la socialización de las mujeres en el trabajo y de qué manera incorpora o destruye los valores adquiridos en sus socializaciones anteriores?

Finalmente, uno de los factores de mayor incidencia en la reproducción y transformación de las inequidades de género en el trabajo es sin duda la interrelación entre familia y trabajo. El estudio sobre funcionarios públicos pone en evidencia las grandes diferencias que se juegan en este terreno para hombres y mujeres, tanto en sus dimensiones objetivas –sincrónicas y diacrónicas–, como en los aspectos subjetivos que atañen a la percepción de la familia, la maternidad y los arreglos de pareja. En términos interpretativos y discursivos, es importante hacer énfasis no tanto en las “desventajas” de las mujeres –lo cual contribuye a fortalecer la imagen de estas como trabajadoras “marginales”, “problemáticas”, “diferentes” con respecto al modelo masculino de trabajador (en este caso, alto funcionario público)– como en poner en evidencia las “ventajas” de los hombres y los prerrequisitos sociales (fundamentalmente el trabajo de numerosas mujeres detrás de ellos: madres, esposas, secretarías, empleadas domésticas), que les permiten desarrollarse laboralmente. Es igualmente importante resaltar las “deficiencias” en el desarrollo personal, familiar y afectivo de los hombres que genera el esquema dominante de articulación entre familia y trabajo. Sekaran y Hall (1989),

apoyados en los estudios de desarrollo adulto diferenciados por género, revelan también los asincronismos masculinos frente al calendario familiar y la búsqueda, tardía y generalmente frustrada, de muchos hombres de acercarse a sus hijos cuando estos están en la adolescencia y quieren, al contrario, un distanciamiento con respecto a sus padres.

Bibliografía

- Abramo, Laís (8-12 de marzo de 1993). Repercusiones de la reconversión productiva y del cambio tecnológico sobre el empleo y las condiciones de trabajo de la mujer. *Seminario Tripartito Latinoamericano*. Santiago de Chile, Chile.
- Arango, Luz Gabriela; Viveros, Mara y Bernal, Rosa (comps.) (1995). *Mujeres ejecutivas: dilemas comunes, alternativas individuales*. Bogotá: Uniandes, Ecoe.
- Arthur, Michael; Hall, Douglas y Lawrence, Barbara (1989). Generating new directions in career theory: the case for a transdisciplinary approach. En Michael Arthur, Douglas Hall y Barbara Lawrence (eds.), *Handbook of Career Theory* (pp. 7-26). Cambridge: Cambridge University Press.
- Battagliola, Françoise et al. (1991). *Dire sa vie entre travail et famille*. París: CNRS- IRESCO.
- Bayes, Jane (ed.) (1991). *Women and Public Administration. International Perspectives*. Philadelphia: Haworth Press.
- Becker, Gary S. (1975). *Human Capital*. Nueva York: Columbia University Press.
- Belle, Françoise (1991). *Être femme et cadre*. París: L'Harmattan.
- Bernal, Rosa (1984). *Self, Family and Work in the lives of Colombian professional women* [Tesis de doctorado]. Harvard University.

- Bernal, Rosa (1989). *Mujeres ejecutivas. Identidad y desarrollo de mujeres profesionales colombianas: estudio de la punta del iceberg*. Bogotá: Facultad de Administración, Universidad de los Andes.
- Bertaux, Daniel (1976). *Histoires de vie ou récits de pratiques? Méthodologie de l'approche biographique en sociologie*. París: Rapport CORDES.
- Bertaux, Daniel (1980). L'approche biographique: sa validité méthodologique, ses potentialités. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 69, 197-225.
- Bertaux-Wiame, Isabelle; Borderías, Cristina y Pesce, Adele (1988). Trabajo e identidad femenina: una comparación internacional sobre la producción de las trayectorias sociales de las mujeres en España, Francia e Italia. *Revista Sociología del Trabajo*, (3), 71-90.
- Blau, Peter M. y Duncan, Otis (1967). *The American Occupational Structure*. Nueva York: Wiley.
- Chinoy, Ely (1955). *Automobile Workers and the American Dream*. Nueva York: Doubleday.
- Consejería Presidencial para la Política Social [PNR] (1994). *Informe Nacional de Colombia preparado para la Conferencia Mundial sobre la Mujer*. Pekín.
- Crites, John O. (1981). *Career Counseling: Models, Methods and Materials*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Dalton, Gene W. y Thompson, Paul H. (1986). *Novations: Strategies for Career Management*. Glenview: Scott Foresman.
- Dombois, Rainer (1993). ... Un trabajo sin prestigio: situaciones laborales y trayectorias de obreros en la industria colombiana. En Rainer Dombois y Carmen López (eds.), *Cambio técnico, empleo y trabajo en Colombia*. Bogotá: Fescol.
- Erickson, Erik (1968). *Identity: Youth and Crisis*. Nueva York: Norton.

- Ferrarotti, Franco (1983). *Histoire et histoires de vie. La méthode de biographique dans les sciences sociales*. París: Librairie des Méridiens.
- Fuller, Norma (1995). Entorno a la polaridad marianismo-machismo. En Luz Gabriela Arango, Magdalena León y Mara Viveros (comps.), *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino* (pp. 241-264). Bogotá: Tercer Mundo, Unian-des, Universidad Nacional.
- Gallos, Joan (1989). Exploring's development. En Michael Arthur, Douglas Hall y Barbara Lawrence (eds.), *Handbook of Career Theory* (pp. 110-132). Cambridge: Cambridge University Press.
- Gilligan, Carol (1985). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Glaser, Barney G. (ed.) (1968). *Organizational Careers; A Sourcebook for Theory*. Chicago: Aldine.
- Godard Francis (1990). *La famille. Affaire de générations*. París: PUF.
- Hall, Douglas T. y Hall, Francine S. (1980). Stress and the two-career couple. En Cary Cooper y Roy Payne (eds), *Current Concerns in Occupational Stress* (pp. 246-266). Nueva York: Wiley.
- Heinritz, Charlotte y Rammstedt, Angela (1991). L'approche biographique en France. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, xci, 331-370.
- Herculano dos Santos, Selene S.C. (1982). A mulher de Formação Universitária em algumas empresas estatais. En Fundação Carlos Chagas, *Trabalhadoras do Brasil*. São Paulo: Editora Brasiliense.
- Hola, Eugenia y Todaro, Rosalba (1993). La reproducción de la discriminación en la empresa moderna. En Nea Filgueira (comp.), *Mujeres y Trabajo en América Latina* (pp. 119-164). Montevideo: GRECMU.

- Holland, John L. (1973). *Making Vocational Choices: A Theory of Careers*, Englewood Cliffs. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Levinson, Daniel J. (1978). *The Seasons of a Man's Life*. Nueva York: Knopf.
- Maruani, Margaret y Nicole-Drancourt, Chantal (1989). *Au labeur des dames. Métiers masculins, emplois féminins*. París: Syros.
- Morrisson, Ann y Van Glinow, Mary Ann (1990). Women and Minorities in Management. *American Psychologist*, 45(2), 200-208.
- Ogliastri, Enrique (1982). A study on career and adult development [conferencia]. *Sloan School, MIT*. Cambridge, Estados Unidos.
- Ogliastri, Enrique (1986). *Etapas y crisis en el matrimonio de ejecutivos*. Bogotá: Facultad de Administración, Universidad de los Andes.
- Rapoport, Rhona y Rapoport, Robert (1969). The dual-career family: a variant pattern and social change. *Human Relations*, 22(1), 3-30.
- Roldán, Marta (1993). Nuevos desafíos a la teoría y práctica de la investigación sociológica feminista en la década de los noventa. En Nea Filgueira (comp.), *Mujeres y Trabajo en América Latina* (pp. 27-81). Montevideo: GRECMU.
- Sekaran, Uma y Hall, Douglas (1989). Asynchronism in dual-career and family linkages. En Michael Arthur, Douglas Hall y Barbara Lawrence (eds.), *Handbook of Career Theory* (pp. 159-180). Cambridge: Cambridge University Press.
- Strong, Eduard Kellog Jr. (1943). *Vocational Interests of Men and Women*. Stanford: Stanford University Press.
- Super, Donald E. (1957). *The Psychology of Careers*. Nueva York: Harper and Row.
- Terrail, Jean-Pierre (1995). *La dynamique des générations. Activité individuelle et changement social (1968/1993)*. París: L'Harmattan.

- Thompson, Paul (1980a). Les histoires de vie et l'analyse du changement social. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, *lxix*.
- Thompson, Paul (1980b). The New Oral History in France. *Oral History*, *8*(1), 14-20.
- Vaillant, George E. (1977). *Adaptation to Life*. Boston: Little Brown.

Parte II.
Sociología, Educación
y juventud

El canon de la sociología

¿Tiene sexo la sociología? Consideraciones en torno a la categoría género*

Mediante el título de esta conferencia buscaba, además de atraer o provocar, adelantar una reflexión, necesariamente incompleta, en torno a algunos de los problemas que relacionan la sociología y el sexo. He construido el texto en torno a tres grandes conjuntos de preocupaciones presentes en la ya no tan corta historia de crítica feminista a las ciencias sociales y de formulaciones teóricas para analizar las relaciones sociales entre los sexos. El primero de ellos se pregunta si la sociología como disciplina hace distinciones de sexo entre quienes la practican, si se organiza internamente según jerarquías que distinguen a los sexos, si podemos caracterizarla como una ciencia masculina, femenina o neutra. En esta ocasión, abordaré solamente una de las dimensiones posibles en este conjunto de preguntas: la construcción histórica de un canon masculino de la disciplina y presentaré a Marianne Weber como ejemplo de socióloga fundadora excluida de dicho canon.

Un segundo conjunto de preguntas se refiere al estatuto teórico que tiene el “sexo” en la sociología. ¿Es una variable,

* Conferencia inaugural en la viii promoción de la Maestría de Sociología de la Universidad del Valle, marzo 18 de 2005. Publicada en *Revista Sociedad y Economía*, (8), 2005.

una categoría de análisis, una noción de sentido común, un dato biológico? ¿Cómo se relaciona con la categoría género y qué estatuto tiene en las teorías sociológicas? Para abordar estas preguntas, me referiré a la escuela feminista materialista francesa y en particular a dos de sus autoras más destacadas, Christine Delphy y Colette Guillaumin, para mostrar cómo producen alternativas teóricas que se inspiran y cuestionan, a la vez, teorías sociológicas centrales. Ampliaré esta presentación identificando algunas de las tensiones entre esta escuela francesa y autoras anglosajonas.

Finalmente, podemos igualmente preguntarnos si las condiciones de validez científica de la sociología consideran el sexo o la posición en el orden de género como una característica de las y los sociólogos que incide en su objetividad. En este punto, me referiré a la propuesta de “objetividad fuerte” planteada por Sandra Harding, la cual se ubica dentro de las corrientes epistemológicas que defienden el carácter socialmente situado del conocimiento y definen a partir de allí nuevos criterios de validez. Presentaré igualmente el caso del pensamiento feminista negro como ejemplo de conocimiento situado capaz de interpelar las categorías centrales de las ciencias sociales y de las teorías feministas.

Con ello pretendo fundamentalmente proponer una manera de abordar una problemática muy compleja y significativa para las ciencias sociales y adelantar un trabajo personal de sistematización de inquietudes, propósitos y deseos surgidos a lo largo de mi experiencia en el campo de la sociología y en el desarrollo de los estudios de género en el país, y en particular dentro de la Universidad Nacional de Colombia. Agradezco a Fernando Urrea y a los colegas de la Maestría de Sociología de la Universidad del Valle, la oportunidad de someter a la discusión esta reflexión.

La construcción histórica de un canon masculino

Política de género y política de conocimiento

Por diversas razones, las sociólogas feministas norteamericanas han tenido el interés y la posibilidad de adelantar un proyecto consistente de crítica feminista de las ciencias sociales. Desde la década del setenta emprendieron la tarea de rescatar el papel de las mujeres en la historia de la disciplina, tanto en sus primeros desarrollos como en las innovaciones teóricas y metodológicas posteriores, y han puesto en evidencia los dispositivos de poder masculino en las universidades y las luchas de las académicas por sortearlos. Entre muchos otros,¹ resulta revelador el trabajo de Patricia Madoo Lengermann y Jill Niebrugge-Brantley (1998), quienes rescatan las biografías y contribuciones científicas de quince sociólogas fundadoras, activas entre 1830 y 1930 y excluidas de la construcción masculina de la historia de la disciplina. Entre las autoras rescatadas del olvido, incluyen pensadoras inglesas como Harriet Martineau y Beatrice Potter Webb, la alemana Marianne Weber, sociólogas de la escuela de Chicago como Florence Kelley y Edith Abbot, y pensadoras afroamericanas como Anna Julia Cooper.

En su introducción, las autoras aclaran que estas mujeres no fueron “invisibles” sino literalmente “borradas” (“*written out*”) de la historia. Mientras la invisibilidad sugiere que no fueron percibidas y que su presencia no fue considerada significativa, el haber

1 Existen numerosos trabajos, especialmente en el campo de la crítica feminista a la sociología de las ciencias. En relación con la experiencia académica de las sociólogas feministas en décadas recientes menciono dos libros: el de Laslett y Thorne (1997), *Feminist Sociology. Life histories of a movement*, y el de Goetting y Fenstermaker (1995), *Individual Voices, Collective Visions: Fifty Years of Women in Sociology*.

sido borradas de la historia indica que alguna vez fueron percibidas como parte de una comunidad académica pero posteriormente fueron eliminadas de sus registros. Este es el caso de las quince sociólogas seleccionadas. Todas ellas fueron figuras públicas reconocidas en su época en ámbitos que superaban los límites de la disciplina que contribuyeron a crear. Su trabajo fue relevante para las ciencias sociales; produjeron teoría social y practicaron la sociología en los mismos tiempos y espacios que los varones fundadores. Todas actuaron como parte de una comunidad sociológica en la medida en que llenaron al menos uno de los siguientes requisitos: ser miembro de una asociación nacional de sociología, publicar desde enfoques explícitamente relacionados con principios sociológicos, autoidentificarse como sociólogas y ser reconocidas como tales por sus contemporáneos. Estas mujeres sabían que hacían parte de un movimiento más amplio que buscaba crear una ciencia de la sociedad y tenían su propio sentido de lo que esa ciencia debía ser. Para la mayoría de ellas, se trataba de un proyecto de crítica social en el cual la investigación y la teoría debían concentrarse en la descripción, el análisis y la superación de la injusticia social.

A pesar de su trabajo en la sociología y la teoría social, y de su visibilidad para sus contemporáneos, estas fundadoras desaparecieron como presencia significativa de la historia de la sociología. Algunas sobrevivieron en posiciones marginales: Harriett Martineau es recordada como traductora de Comte; Marianne Weber, como biógrafa de su esposo, y las sociólogas de la escuela de Chicago, como trabajadoras sociales y reformadoras. Su exclusión de la historia de la disciplina puede ser entendida como resultado de una serie de procesos de poder que incluyen la atribución o negación de autoridad. Lengermann y Niebrugge-Brantley argumentan que este proceso se explica por una particular articulación

entre la “política de género” y la “política de conocimiento” que se va imponiendo en la disciplina, específicamente en la academia norteamericana dominante. En relación con la política de género, las autoras afirman que la exclusión de las fundadoras se explica básicamente por la débil autoridad de las mujeres en una cultura masculina. Para ello, se apoyan en la teoría fenomenológica de Alfred Schutz (1967, 1973), según la cual la capacidad de conocer a otra persona se adquiere en una situación de relación cara a cara en la cual una conciencia reconoce al otro como humano. Las fundadoras fueron conscientes de cómo eran percibidas en la relación cara a cara. Martineau (1836), por ejemplo, escribía en su introducción a *Society in America*: “Se me ha mencionado frecuentemente que ser una mujer era una desventaja para hacer investigación social”. Si bien tuvieron presencias individuales fuertes, fueron percibidas por sus asociados varones a través del velo del privilegio masculino, como mujeres con menos autoridad que ellos.

Siguiendo a Schutz, cuando ya no están presentes físicamente, los individuos permanecen en la conciencia de los otros a través de construcciones mentales o tipificaciones y se convierten en “predecesores”. Con el tiempo, el predecesor es recordado cada vez más a través de artefactos –cosas que la persona hizo o escribió, cosas que otros hicieron o escribieron sobre ella. En una profesión académica como la sociología, los artefactos decisivos para tipificar a los predecesores son sus escritos, que se vuelven parte del canon. Los de las mujeres no fueron incluidos por los hombres que dominaban la disciplina.

Una de las maneras en que una disciplina o profesión socializa a sus nuevos miembros es contando su historia como balance de sus textos, descubrimientos, pensadores e ideas

autorizados –el “canon” de la disciplina. La historia que los sociólogos se cuentan a sí mismos importa porque reafirma ante el narrador y la audiencia un sentido de identidad: quienes son los sociólogos, qué hacen los sociólogos; qué aspectos de la vida social examinan los sociólogos (Halbwachs, 1992, citado por Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998, p. 2).

En la eliminación de las mujeres de la historia de la disciplina no solamente operó la “política de género” sino también la “política de conocimiento”, que se vuelve hegemónica en la academia norteamericana. La marginación de las mujeres fundadoras producida por la política de género es acelerada por el desenlace que tiene el debate sobre los propósitos de la sociología y el papel social del sociólogo. Este debate había enfrentado dos posiciones opuestas descritas la una en términos de “objetividad” y la otra de “compromiso”. Durante el período comprendido entre 1890 y 1947, las elites sociológicas académicas llegan al consenso de que el papel apropiado para el sociólogo era el compromiso intelectual con el rigor científico, la neutralidad valorativa y la abstracción formal. Este consenso deslegitimaba el trabajo de las mujeres fundadoras y de muchos hombres que practicaron una posición alternativa en defensa de una sociología comprometida, crítica y activista. Las autoras documentan este proceso revisando artículos publicados en el *American Journal of Sociology* y en otras publicaciones similares aparecidas entre 1895 y 1947 en Estados Unidos. Muestran cómo entre 1890 y 1940 ninguna mujer obtuvo cargos directivos en los departamentos de sociología ni en la *American Sociological Society*, y cómo los artículos escritos por mujeres aceptados en las revistas más prestigiosas como el *American Journal of Sociology* y la *American Sociological Review* representaron menos del 10 % de todos los artículos publicados.

La tendencia hacia el cientificismo en las ciencias sociales académicas fue temporalmente frenada en períodos reformistas de la sociedad mayor. Así, entre 1890 y 1915, las luchas sociales de trabajadores, grupos inmigrantes, afroamericanos, segmentos educados de la clase media y la primera ola del movimiento feminista, favorecieron la producción sociológica de las mujeres. Algo semejante ocurrió en las décadas de 1960 y 1970 con el impacto de las luchas por los derechos civiles de los negros, el movimiento contra la guerra de Vietnam y la segunda ola feminista. Pero la tendencia dominante hacia el cientificismo en la sociología académica fue estimulada por una orientación conservadora general de la sociedad y la política norteamericanas. Hacia mediados de los años treinta, la narrativa de la sociología sobre sí misma sufrió una reescritura que marginó a muchos pensadores varones y a las mujeres fundadoras. Esta reelaboración de la memoria intelectual de la disciplina legitimó la combinación de la teoría estructural-funcionalista y la investigación en grandes encuestas desarrolladas por Parsons en Harvard, Merton y Lazarsfeld en Columbia, combinación que ofrecía una teoría y una metodología formales, universalizadas y valorativamente neutras: “la tríada capitolina” de la que habla Bourdieu (2001).

Como bien lo subrayan las autoras, su propio trabajo de recuperación de parte de la historia de las mujeres en la sociología fue posible por la acción feminista colectiva dentro de la disciplina a partir de la década del setenta, con hitos como el surgimiento del grupo Sociologists for Women in Society en 1971, la creación de la sección sobre sexo y género en la Asociación Norteamericana de Sociología (ASA) en 1972, la creación de la revista *Gender & Society* en 1986 o la organización de la sección de ASA sobre Raza, Clase y Género en 1996, entre otros.

El ejemplo de Marianne Weber

A título de ejemplo y considerando la importante influencia de Max Weber en la enseñanza de la sociología en Colombia, quiero presentar una perspectiva general sobre el papel de Marianne Weber como socióloga, basada en el trabajo de Lengermann y Niebrugge-Brantley, cuyo descubrimiento me resultó especialmente revelador. Hay que decir que la obra sociológica de Marianne Weber se encuentra fundamentalmente en alemán y que incluso la traducción al inglés resulta muy restringida. La sociología de Marianne Weber, quien escribe entre 1890 y 1920, es influida por tres ejes del pensamiento social alemán: una ideología de género basada en una masculinidad sensual y agresiva y una feminidad espiritual y domesticada; la primera ola importante de organización y pensamiento feminista, y la formulación de una sociología comprensiva por parte de varones liberales como Max Weber y Georg Simmel. Luego de publicar en 1907 su monumental obra *Matrimonio, maternidad y ley*, Marianne Weber fue considerada una líder intelectual del movimiento feminista liberal. Aunque rechazó las afirmaciones tradicionales esencialistas sobre las diferencias fundamentales entre la naturaleza masculina y femenina, Marianne Weber sostuvo que la configuración de género del trabajo humano les daba a las mujeres como grupo la responsabilidad primaria de producir, reproducir y enriquecer la vida humana al nivel de la cotidianidad. Marianne Weber también participó en una vertiente feminista en la configuración crítica alemana conocida como “el movimiento erótico”, surgido de los círculos artísticos e intelectuales alrededor de Múnich, el cual cuestionaba la doble moral sexual y reivindicaba una revolución en las costumbres sexuales de mujeres y hombres. El feminismo erótico defendía la experimentación sexual,

el desmantelamiento de la monogamia, la liberación de mujeres y hombres por el amor libre, la exploración homoerótica y la crítica a la heterosexualidad.

La sociología de Marianne Weber es una sociología centrada en la mujer tanto por sus temas de estudio como por su perspectiva. Su trabajo se plantea como una reacción a algunas ideas presentes en los círculos masculinos de las ciencias sociales que conocía íntimamente; en particular, el supuesto de que las afirmaciones que se hicieran sobre el actor social eran válidas para hombres y mujeres o que las mujeres no eran lo suficientemente significativas como para merecer un análisis separado. Marianne Weber basa su sociología feminista en su experiencia como mujer en un mundo dominado por hombres y como respuesta al discurso sobre este mundo elaborado por una sociología igualmente dominada por hombres. Enfoca su crítica en dos áreas primarias e interrelacionadas de la experiencia femenina: el matrimonio y el trabajo, y en la manera como la armonía social se construye a expensas de la autonomía de la mujer. Marianne Weber muestra cómo las vidas de las mujeres están estructuradas por instituciones dominadas por los hombres como el derecho, la religión y la economía; por un contexto histórico forjado por una serie de acontecimientos masculinos, y por análisis masculinos de estas instituciones y acontecimientos. Su sociología se compromete explícitamente con las teorías de Georg Simmel e implícitamente con las de su esposo, Max. No escribe desde una posición de neutralidad valorativa, sino de defensa de cambios en pro de una mayor igualdad entre hombres y mujeres.

Buena parte de su obra, incluyendo su trabajo mayor *Matrimonio, maternidad y ley* (1907), está orientada a analizar histórica y estructuralmente la institución matrimonial. El aspecto más agudo de su análisis es la identificación de las dinámicas

microsociales del matrimonio como negociación compleja entre poder e intimidad, en la cual el dinero, el trabajo de la mujer y la sexualidad son asuntos decisivos. Resulta interesante resaltar el papel de la ética protestante en su análisis histórico del matrimonio, que contrasta y complementa el célebre trabajo de su esposo. Para Marianne Weber, la ética protestante estimula la demanda de autonomía de las mujeres al afirmar que cada persona, hombre o mujer, es moralmente independiente y solo debe rendir cuentas ante Dios:

En las comunidades religiosas del Nuevo Mundo animadas por el espíritu puritano, la idea de la igualdad religiosa de la mujer empezó a ser tomada en serio por primera vez... La libertad de conciencia, madre de todos los derechos personales del individuo, estuvo también, del otro lado del océano, en el origen de los derechos de las mujeres (Weber, 1997 [1919], p. 31, en Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998, p. 205).

Analiza las dinámicas microsociales de la relación marital y señala cómo el patriarcado, al darle al marido la autoridad para tomar decisiones, afecta la integridad de la relación matrimonial y destruye las posibilidades de intimidad. En la mayoría de los matrimonios, la esposa es económicamente dependiente del marido y esta relación de subordinación erosiona el sentido de adultez moral de la mujer:

La esposa se ve obligada a rogarle al marido y a halagarlo para satisfacer sus necesidades personales... Como toda persona mantenida en condición de dependencia... adopta las armas de los débiles y trata de conseguir sus propósitos con todo tipo de rodeos... Cuánta desfiguración generan esos

trucos de esclava que aún utiliza nuestro sexo para obtener con disimulo de un “amo y señor”, muchas de las cosas que necesitamos para nuestra vida (Weber, 1997 [1919], pp. 43-44, en Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998, p. 206)

La revisión histórica de Marianne Weber la lleva a concluir que la adquisición más reciente de autonomía en el matrimonio resulta de las nuevas condiciones industriales que remueven el control personal del esposo y empujan a la mujer hacia la esfera pública como trabajadora. Su teoría sobre el trabajo de la mujer se inscribe dentro de un diálogo crítico con Georg Simmel. Este último responde al debate sobre el papel de la mujer en la sociedad introduciendo una sociología de género que permanecerá ignorada por los historiadores de la disciplina hasta que el feminismo de finales del siglo XX devuelva a los académicos varones hacia las fuentes masculinas clásicas en busca de la faltante “cuestión de la mujer”. Simmel superpone su teoría del género en su clásica y fundamental distinción entre *cultura objetiva* y *cultura personal*: la primera designa los objetos y textos suprapersonales, que trascienden y moldean la existencia social individual, como la tecnología, el arte, la ciencia, el lenguaje, la religión, el derecho, el dinero, el sistema moral (Coser, 1977); la segunda designa la realización psíquica individual de un sentido del significado de la existencia. De acuerdo con Simmel, la cultura objetiva sería un medio alienante que consume la energía masculina y separa a los varones de la totalidad de la cultura personal, mientras que las mujeres tendrían una altísima capacidad para realizar el “alma bella” de la cultura personal, el proyecto más importante de la humanidad. Las mujeres serían superiores a los hombres en este sentido, pero mantendrían un lugar secundario y distante en la construcción de la cultura objetiva.

Marianne Weber responde inicialmente a Simmel con el argumento de que mujeres y hombres tienen capacidades iguales para trabajar. En varios de sus ensayos, la socióloga muestra la participación de las mujeres en la cultura objetiva y la diversidad de su contribución en la agricultura, la industria, las profesiones, la educación y la política. Pero afirma que el trabajo cultural de las mujeres cubre no solamente la cultura personal y la cultura objetiva, sino también una tercera esfera de trabajo, la producción de la vida cotidiana, que relaciona los dos polos anteriores de manera esencial para la continuidad social y el desarrollo individual. Las mujeres trabajan con objetivos prácticos concretos para mediar y traducir los productos de la cultura objetiva a un entorno utilizable por los individuos en la vida diaria. Este continente oculto del trabajo de las mujeres sería el puente –y hasta cierto punto la solución a la tensión que identifica Simmel– entre la cultura objetiva y la cultura personal.

La contribución de Marianne Weber a la sociología reside en el modo en que modifica nuestra comprensión de las teorías de Max Weber y Georg Simmel. La socióloga trabajó dentro de un conjunto de conceptos y temas que consideramos propios del pensamiento de Weber y Simmel y que ella misma les atribuye. Adopta su metodología, que privilegia el análisis de los casos históricos específicos y la aproximación a los sujetos humanos desde el sentido de su acción. Sin embargo, introduce una fractura crítica y feminista en estos discursos al traer a colación la pregunta por las mujeres. En su crítica a la sociología de Simmel, revela claramente, por ejemplo, cómo la desesperanza filosófica de Simmel en torno al dinero como reificación cultural es un lujo de aquellos que tienen un acceso fácil y no problemático a este. Rechaza la tesis de que los hombres sean por naturaleza menos hábiles que las mujeres para hacer el trabajo de cultura personal y

que sean las trágicas víctimas de su genio para la cultura objetiva. Al explorar el vasto continente medio del trabajo cultural de las mujeres para producir la vida cotidiana, nos muestra cómo esa clase privilegiada de varones puede reflexionar sobre la tragedia de la alienación de la cultura objetiva porque mantiene su capacidad de pensar sobre el sentido de la vida gracias al trabajo cultural cotidiano de las mujeres.

La relación de la sociología de Marianne Weber con la de su esposo es más elusivamente crítica. Cuando ella hace la pregunta por las mujeres a la sociología de Max, no encuentra respuesta: las mujeres no están, ni positiva ni negativamente en su sociología. El asunto de la mujer es más marginal en Weber que en los textos clásicos y más conservadores de Durkheim o en el sentimentalismo liberal de Simmel. En su ensayo “Autoridad y autonomía en el matrimonio”,² citado previamente, Marianne Weber critica el análisis del poder y la dominación desde la perspectiva del dominante y plantea el problema del punto de vista del subordinado que experimenta el poder como control sobre su propia voluntad. En este y otros ensayos, Marianne Weber describe al subordinado como no necesariamente complaciente con la dominación. El o la subordinada debe encontrar formas de sobrevivir como subjetividad con voluntad en condiciones de dominación, utilizando los poderes del débil. Por otra parte, su análisis sobre la historia de la religión en la sociedad occidental revela que la sociología de Max, incluyendo su exploración del protestantismo y las sectas puritanas, solo se interesa por sus consecuencias en aquellas instituciones determinantes en la vida de los varones y deja sin explorar sus profundas consecuencias sobre las mujeres.

² Escrito en 1912 y publicado originalmente en 1919 en su libro *Frauenfragen und Frauengedanken* (*Preguntas y pensamientos de mujeres*).

Marianne Weber muestra cómo la preservación de la dominación patriarcal entre los sexos en la más íntima y cotidiana de las relaciones humanas –el matrimonio– es el hecho vergonzoso en las celebraciones que la ciencia y la filosofía hacen de la expansión de los derechos democráticos en las sociedades occidentales, considerados como una evidencia en la sociología de Max.

La sociología de Marianne Weber también está construida sobre la comprensión de las diferencias entre mujeres que resultan de la clase, la educación, la edad y la ideología y reconoce de manera consistente diferencias categóricas entre ellas. La autora es consciente del privilegio particular de mujeres como ella y estima que este implica responsabilidades específicas. No pretende ser “valorativamente neutra” en sus análisis: toma partido por las mujeres. Su voz personalizada revela que los escritos de Max Weber y Georg Simmel, presentados como la voz abstracta de la teoría pura, fueron también los postulados de personas con género, clase, y especificidad biográfica.

Teoría feminista y sociología del género: algunos debates

Muchas de las sociólogas fundadoras eliminadas de la historia de la disciplina se interesaron por construir categorías de análisis e interpretaciones sobre las relaciones sociales entre los sexos que anticiparon los desarrollos de las teóricas feministas a partir de la década del setenta. La llamada “segunda ola” del movimiento feminista tuvo una fuerte incidencia en el mundo académico, inspirada no en las fundadoras ignoradas sino en trabajos pioneros como los de Simone de Beauvoir en la década del cincuenta o Margaret Mead en la década del sesenta. Más de cincuenta años de producción teórica y de análisis empírico permite contar en la actualidad con un cuerpo vasto y sólido de teorías y enfoques que

van desde perspectivas liberales apoyadas en una visión de la sociedad marcada por los procesos de modernización, modernidad e individualización hasta enfoques que enfatizan la dominación y la explotación como estructurantes de lo social, pasando por abordajes culturalistas que le dan preeminencia al universo simbólico. En esa medida, resulta imposible dar cuenta de las múltiples teorías que existen sobre el género o las relaciones sociales entre los sexos ni de su evolución a lo largo de los años. Como otras teorías que en su momento fueron emergentes y desafiaron las posiciones dominantes, la crítica feminista se desarrolló en el interior de las ciencias sociales, utilizando y criticando los enfoques, conceptos y teorías existentes. En la historia de las teorías feministas se suelen reconocer dos vías complementarias y muchas veces contradictorias en la construcción de estas arquitecturas conceptuales e interpretativas: una crítica interna a las disciplinas y una elaboración inter o transdisciplinaria, procesos estrechamente imbricados.

En esta presentación, voy a referirme a una corriente poco conocida en nuestro medio, la escuela feminista materialista francesa. No lo hago solamente con el objetivo de difundir su propuesta, sino porque esta encuentra una fuerte inspiración en la sociología marxista y en el estructuralismo, lo cual permite visualizar cómo una teoría crítica feminista puede tomar como punto de partida las teorías sociológicas –y de las ciencias sociales en general– existentes y trabajar “con” y “contra” estas. Mencionaré específicamente a Christine Delphy y a Collette Guillaumin, cuyas teorías sobre la explotación económica de las mujeres y la apropiación material de las mismas proponen un sistema de interpretación holista de las relaciones sociales entre los sexos. Estos enfoques contrastan en varios aspectos con los desarrollos anglosajones en torno a la categoría género, algunos de los cuales abordaré.

El enfoque materialista

En su obra *El enemigo principal*, publicada en 1970, Christine Delphy propone un análisis materialista de la opresión de las mujeres en el capitalismo. Su método parte de las condiciones materiales en las que vive un grupo o categoría, llámese clase obrera, mujeres, negros... La opresión de las mujeres es específica, no porque las mujeres sean específicas sino porque es un tipo de dominación singular. Es un caso particular del fenómeno general de la dominación, no más particular que cualquier otro (Delphy, 2001, p. 46). Se basa en el supuesto de que toda relación de dominación u opresión es arbitraria, es decir, socialmente construida, y en que un análisis materialista de la sociedad es fundamental para la comprensión de todas las opresiones.

Toda distribución de riquezas y de poder reposa sobre una *convención social*, por lo tanto humana, convención que es incorporada en el derecho y la costumbre, pero también en otras numerosas instituciones y procedimientos: son *relaciones sociales materiales*. El materialismo no es otra cosa que la primacía acordada a esas relaciones (Delphy, 2001, p. 24)

El método materialista de Delphy es también estructuralista en la medida en que considera el conjunto antes que las partes. De este modo lo privado y lo público, por ejemplo, conforman un sistema de oposición: ninguno de los dos tiene sentido sin el otro. Su análisis implica privilegiar la relación entre ambos. El grupo de las mujeres y el grupo de los hombres están en relaciones de dominación del mismo orden que el grupo de los negros y el de los blancos. Son grupos definidos ante todo porque uno oprime al otro. Si lo que define a los grupos es su situación relativa

en relación con el otro, esto se explica por los beneficios que uno de los grupos obtiene por esta situación. Influida por el paradigma marxista de la lucha de clases y la extorsión del trabajo, Delphy busca esos beneficios del lado de la explotación económica y propone el concepto de *modo de producción doméstico*, que explota el trabajo doméstico no pagado de las mujeres.

Se trataba de buscar las bases materiales de la opresión de las mujeres en las condiciones de producción a las que están sometidas, y por producción entiendo la producción de su propia vida, es decir, la manera de ganársela; y al mismo tiempo, encontrar una base explícitamente social de la subordinación de un “sexo” al otro (Delphy, 2001, p. 296).

Encontré algo común a las mujeres y es una explotación material; se puede decir que la opresión de las mujeres comporta la explotación material; es sin duda necesario pero no suficiente para explicar el lado universal de la distinción hombres-mujeres, el hecho de que sirva para todo (Delphy, 2001, p. 59).

Delphy argumenta que esta explotación reposa sobre la posición de la mujer dentro de la institución familiar como dependiente del jefe de familia. Utiliza la teoría marxista para analizar la opresión de las mujeres y con ello también critica las limitaciones de esta teoría, en particular su indiferencia hacia la división sexual del trabajo, considerada no problemática y aceptada como natural. El reconocimiento de la existencia del patriarcado revela que la “clase obrera” descrita por los marxistas y caracterizada como “teóricamente asexuada” es sexuada y no solo de manera empírica y contingente.

“Una de las paradojas del feminismo materialista es que tiene que pensar con el método de Marx contra las conclusiones de Marx, paradoja muy frecuente en la historia de las ideas” (Delphy, 2001, p. 296). “Yo acentúo aquello que en el marxismo es compatible con la revuelta de las mujeres; no derramaría ni una lágrima por el marxismo si hubiera que abandonarlo porque se revela inútil para analizar la opresión” (Delphy, 2001, p. 129).

La autora afirma que los intereses presentes en el análisis marxista explican su incapacidad para entender la opresión de las mujeres. A los marxistas solo les interesaba destacar la sobreexplotación del trabajo de las mujeres en el mercado pero no en la familia porque no querían ver que los beneficiarios en este último caso eran los hombres: esposos, padres, hijos. El trabajo doméstico es un caso de trabajo de autoconsumo propio de un tipo de economía campesina, en la cual se produce en parte para el mercado y en parte para el propio consumo. Es un tipo de producción que se podría llevar al mercado, pero que se escoge consumir y en esa medida, es una actividad tan productiva como las otras. Lo que realmente define el trabajo doméstico es la relación estructural de explotación institucionalizada en el matrimonio:

Son las mujeres como esposas y en el marco de esta relación quienes no son remunerables, no es el tipo de tareas que hacen [...] Es el matrimonio el que nos hace salir de la productividad, del mercado; no hay que mirar las tareas, hay que mirar las relaciones de producción (Delphy, 2001, p. 69)

Así como para entender la explotación de los obreros no basta con identificar la cantidad de trabajo extorsionada, sino también la relación de dependencia y miseria que la acompañan, en el caso de las mujeres es fundamental poner en evidencia sus condiciones

de sujeción. Para responder a quienes se inquietan por la relación amorosa entre los sexos, Delphy nos recuerda cómo con frecuencia en el análisis feminista la reivindicación de la igualdad o la afirmación de que las mujeres estaban oprimidas se hicieron en nombre de la relación amorosa entre los sexos, no en su contra. En el siglo XIX, las feministas anglosajonas y francesas – al igual que Marianne Weber – protestaban contra la dependencia conyugal de las mujeres, no solo en nombre de la libertad y la dignidad sino porque era imposible que hubiese sentimientos auténticos entre dos personas cuando una de ellas controlaba absolutamente a la otra.

El debate sexo/género

Christine Delphy inscribe su trabajo no solo en relación con la teoría marxista sino con otros desarrollos de las ciencias sociales que desembocan en la categoría género, categoría que la autora adopta a partir de 1976, entendida como “sexo social”. En 1963, Margaret Mead afirma que la división de los rasgos del carácter humano en dos (mitad mujeres, mitad hombres), establecida por la mayoría de las sociedades, es arbitraria. La noción de *roles de sexo* utilizada por Mead será desarrollada en las décadas posteriores, lo cual permite dar un paso hacia la desnaturalización; el siguiente será el cuestionamiento de la visión de armonía y complementariedad de estos roles. El concepto de *género*, heredero directo de los *roles de sexo*, es utilizado por Ann Oakley en 1972 en uno de los primeros trabajos consagrados explícitamente al tema, *Sex, Gender and Society*. Oakley define el sexo como diferencias biológicas entre machos y hembras, mientras que el género, “cuestión de cultura”, hace referencia a la clasificación de lo masculino y lo femenino y reúne *todas las diferencias observadas*

entre hombres y mujeres, roles y representaciones culturales. El género incluye todo lo que es variable y socialmente determinado: la variabilidad es la prueba de su condicionamiento social.

Señala Delphy cómo con el concepto de *género* tres cosas se vuelven posibles: a) un solo concepto reúne el conjunto de aquellas diferencias entre los sexos que se presentan como sociales y arbitrarias, b) su singular (el género) permite desplazar el énfasis sobre las partes hacia el principio de separación, c) la idea de jerarquía queda claramente anclada a este concepto. Sin embargo, se sigue pensando el género como una dicotomía social determinada por una dicotomía natural. Los análisis feministas buscan dar cuenta de las diferencias y desigualdades sociales que se establecen en torno al sexo pero no se preguntan por qué el sexo da lugar a diferenciaciones sociales. Desde esas perspectivas, el sexo antecede cronológica o lógicamente al género: es pensado como causa o explicación del mismo.

Delphy critica este razonamiento y propone repensar la relación sexo/género planteando la idea de la anterioridad lógica del género con relación al sexo. Este último no sería más que un marcador de la división social que sirve para reconocer e identificar a las dominadas y los dominantes. Es un signo que adquiere valor simbólico y resulta de un acto social de reducción hasta obtener una clasificación dicotómica. A partir de su reflexión sobre el trabajo doméstico, la autora demuestra cómo el punto de partida es la relación de dominación y el conjunto de los mecanismos sociales que producen el sometimiento de una categoría de personas a otra, o más exactamente la “creación de categorías de personas”. De este modo, invierte el razonamiento habitual que va de las “diferencias naturales” a la división sexual del trabajo y finalmente a la jerarquización.

Concluí que el género no tenía un sustrato físico –más exactamente que lo que es físico (y cuya existencia no está puesta en cuestión) no es el sustrato del género. Que al contrario, era el género el que creaba el sexo: dicho de otro modo, el que daba sentido a rasgos físicos que, al igual que el resto del universo físico, no poseía sentido intrínseco (Delphy, 2001, p. 27).

Para Delphy los términos *género*, *opresión de las mujeres* y *patriarcado* son intercambiables pues los considera aspectos de un mismo fenómeno. El término *opresión* tuvo un valor simbólico importante en los años 1970; expresaba la rebelión de un grupo social. El *patriarcado* designa el sistema de opresión de las mujeres y tiene un sentido analítico al expresar que se trata de un sistema y no de una serie de hechos fortuitos lamentables. El *género* es el sistema de división jerárquica de la humanidad en dos mitades desiguales (la jerarquía es un rasgo tan importante como la división). El *patriarcado* es un concepto más global y cerrado, mientras que *género* denota un proceso.

Cuando escribió *El enemigo principal*, Delphy no sabía dónde ubicar las explotaciones que no provenían del trabajo, opresiones como la violación, el constreñimiento a la heterosexualidad y la reproducción. A partir de 1984, la autora se refiere al género como comprensión del sexo como construcción social y sistema jerárquico y dicotómico, resultado de varios sistemas de opresión, uno de los cuales es la explotación económica. Renuncia a la búsqueda de una causa única y al igual que otras feministas materialistas anglosajonas, como Walby o McKinnon, propone una interacción entre diversas estructuras cuya articulación jerarquizada debe poder establecerse.

Una postura radical antidiferencialista

La postura teórica antinaturalista y estructuralista de Delphy se corresponde con una visión antidiferencialista con fuertes consecuencias políticas. Estima que “la diferencia” ha operado como argumento mediante el cual se justifica la desigualdad entre los grupos. Las diferencias son creadas precisamente para constituir grupos y luego se presentan como “descubiertas”, como hechos exteriores a la acción de la sociedad. Esas diferencias son jerárquicas y el tratamiento diferencial no es recíproco. Los diferentes son siempre los otros: las mujeres, las y los negros, etc. La jerarquía no aparece cuando grupos ya existentes entran en relación, sino que es la misma relación de dominación la que constituye los grupos y su diferencia. Los grupos son creados como grupos y como dominados o dominantes en el mismo momento y por el mismo movimiento.

La reivindicación de “igualdad en la diferencia” contra la cual se rebelaba Simone de Beauvoir en la década de 1960 es igualmente criticada por Delphy para quien el llamado “feminismo de la diferencia” es una corriente contraproducente. Las feministas diferencialistas esperan que las mujeres sean valoradas “como mujeres”, lo cual supone que para tener derecho a ese “respeto” y a esa “valoración” los individuos deben mantenerse dentro de los límites de lo que se reconoce como específico de su grupo. De este modo se niega al individuo del grupo dominado, “específico”, su singularidad individual. La creencia en la diferencia sexual está tan anclada en la conciencia que desborda el ámbito del género y afecta la percepción del mundo y la capacidad de percibirlo. Se vuelve una cosmogonía, revela su rostro religioso, como si la diferencia entre los sexos fuera lo único que da sentido al mundo. Afirmar la autora:

El esencialismo, el diferencialismo, la neofeminidad –como quiera que se llamen las tendencias que piden desde hace siglo y medio *la igualdad dentro de la diferencia*– no son solamente absurdos desde el punto de vista del análisis; son peligrosas por lo que han producido y siguen produciendo en el plano político (Delphy 2001, p. 41).

Las políticas de muchos Estados recogen esta pretensión y en lugar de buscar la igualdad persiguen la equidad: un proyecto que Delphy ubica a medio camino entre la igualdad y la equivalencia (igualdad en la diferencia). De este modo, ningún campo de actividad queda formalmente restringido para las mujeres, pero no se hace nada para acabar con la explotación del trabajo doméstico. La maternidad es uno de los aspectos de esta ideología de género con mayor resonancia entre las mujeres:

Pareciera que existe una comunidad de intereses entre la sociedad patriarcal, que quiere seguir cosechando los beneficios de la explotación de las mujeres, y la mayoría de estas, que están dispuestas a aceptar esta explotación a cambio de un papel menor pero reconocido –el de madres– y las satisfacciones afectivas de la maternidad (Delphy, 2001, p. 33).

La apropiación material de la individualidad corporal: la propuesta radical de Colette Guillaumin

En su libro *Sexo, raza y práctica de poder: la idea de Naturaleza* (1992), Colette Guillaumin propone un análisis de la opresión de las mujeres en términos de relaciones de apropiación de la clase de las mujeres por la clase de los hombres, en una analogía con

las relaciones de esclavización. Su enfoque también se ubica desde una perspectiva materialista y radical, y realiza una fuerte crítica a las limitaciones de la teoría marxista para dar cuenta de la explotación de las mujeres. Mediante la idea de *apropiación material de la individualidad corporal* de las mujeres por los hombres, podemos decir que resuelve de manera unificada y totalizante la interrelación entre explotación económica y sexual que planteaba Delphy.

El punto de partida de Guillaumin es la observación de un hecho material –la relación de poder mediante la cual una clase de sexo (los hombres) se apropia de la otra (las mujeres)– y de un hecho ideológico –la idea de “naturaleza” que daría cuenta de lo que son las mujeres. El enfoque materialista es claro en la medida en que el hecho ideológico está subordinado al hecho material, no constituye una categoría empírica autónoma. Hecho material y efecto ideológico son las dos caras de un mismo fenómeno. La relación de apropiación o acaparamiento de la individualidad es un tipo de dominación más amplia, lógica e históricamente anterior a la explotación de la fuerza de trabajo del proletario en el capitalismo en la medida en que, como en el sistema de esclavitud de plantación, se produce una apropiación física directa. En ella, la unidad material productora de fuerza de trabajo, es decir la persona, es apropiada en su individualidad corporal y no solamente en su fuerza de trabajo.

Esta apropiación material se expresa concretamente en aspectos como la apropiación del tiempo, la apropiación de los productos del cuerpo, la obligación sexual, la carga física de los miembros inválidos del grupo y la carga física de los miembros válidos de sexo masculino. La obligación sexual toma dos formas principales de uso físico sexual de las mujeres: la primera mediante el contrato matrimonial, no monetario y la segunda mediante el contrato monetario de la prostitución. En este último

interviene una medida de tiempo y dinero que impone límites, mientras una mujer apropiada por su esposo no puede disponer de su cuerpo. En cuanto a la carga física de los miembros del grupo, en ella la dominación sexual reduce a la mujer al estado de herramienta cuya instrumentalidad se aplica fundamentalmente a otros seres humanos. Socialmente, estas tareas se efectúan en el marco de una apropiación física directa en las familias y en otras instituciones sociales: así, por ejemplo, la Iglesia católica absorbe a mujeres que destina gratuitamente (a cambio de su mantenimiento) a cuidar a otros en hospicios, hospitales e internados, cosa que no ocurre con las órdenes religiosas masculinas. Afirma Guillaumin que las monjas, al igual que las prostitutas, representan “el colmo de la feminidad” o, si se quiere, una feminidad “extrema”. Unas encarnan la obligación sexual; las otras, la carga física del cuidado de otras personas.

La apropiación de la individualidad material de las mujeres tiene efectos dramáticos sobre su existencia: el mantenimiento material de otros cuerpos significa una presencia constante, una vida cuyo tiempo es totalmente absorbido por el cara a cara con los bebés, los niños o el marido. Pero el estar ligada materialmente a individualidades físicas es también una realidad mental. La individualidad es una frágil conquista negada con frecuencia a una clase completa a la que se le exige que se diluya, material y concretamente, en otras individualidades: “la privación de individualidad es la secuela o la cara escondida de la apropiación material de la individualidad [...] disloca la frágil emergencia del sujeto” (Guillaumin, 1992, p. 31)

La explotación económica del trabajo doméstico de las mujeres se explica por la relación de apropiación: su gratuidad pone en evidencia que es un trabajo considerado “no remunerable” porque no resulta de la venta de la fuerza de trabajo por un

individuo libre, sino de la apropiación global de la esposa por el marido. Guillaumin destaca, no obstante, algunas contradicciones entre la apropiación colectiva de la clase de las mujeres por la clase de los hombres y su apropiación individual. El matrimonio solo es la superficie institucional y contractual de una relación generalizada, la expresión restrictiva de una relación, pero no es la relación misma. El matrimonio también contradice esa relación y la limita al restringir el uso colectivo de una mujer y trasladarlo a un solo individuo. Una segunda contradicción se da entre la apropiación de las mujeres por parte de los hombres y su reapropiación por ellas mismas mediante su existencia objetiva de sujeto social que puede vender su fuerza de trabajo.

El discurso de la Naturaleza como efecto ideológico de la apropiación material

Esta relación social de dominación mediante la apropiación material del cuerpo produce una interpretación “material” de las prácticas. Según Guillaumin, la faz ideológica y discursiva de la relación convierte a las unidades materiales apropiadas –en este caso, las mujeres– en *cosas en el pensamiento mismo*. El objeto de la apropiación es expulsado “fuera” de las relaciones sociales e inscrito en una pura materialidad:

En la relación social de apropiación, siendo *la individualidad material física el objeto de la relación*, esta se encuentra en el centro de las preocupaciones que acompañan esta relación. Esta relación de poder, tal vez el más absoluto que pueda existir, la pertenencia física (directa o mediante la apropiación de los productos), conlleva la creencia en que un substrato corporal motiva esta relación, ella misma material-corporal, y

que de alguna manera, es su “causa”. El dominio material sobre el individuo humano induce una cosificación del objeto apropiado (Guillaumin, 1992, p. 50).

En las relaciones entre las clases de sexo, las dominadas son “cosas” en el pensamiento, como lo revela el discurso sobre la sexualidad de las mujeres, su inteligencia o su llamada intuición. En relación con la sexualidad, una fracción de la clase de mujeres está consagrada exclusivamente a funciones sexuales: las prostitutas son la sexualidad y solo eso. Son objetivadas como sexo. Por otra parte, a las mujeres se les atribuye inteligencia específica que es una inteligencia de cosa. Alejadas de la especulación intelectual, consideradas ilógicas, su inteligencia es descrita como “práctica”, orientada hacia el mundo de las cosas. Finalmente, la llamada intuición específicamente “femenina” clasifica a las mujeres como expresión de los movimientos de la pura materia. Las mujeres saben lo que saben sin razón, no tienen que comprender ni poner en uso la razón. Su saber es una propiedad directa de la materia de que están hechas (Guillaumin, 1992, p. 54)

La antigua idea aristotélica de naturaleza, dice Guillaumin, expresaba una concepción finalista de los fenómenos sociales: un esclavo está hecho para hacer lo que hace, una mujer para obedecer. La idea de naturaleza se confundía con la de “función”. La idea moderna de naturaleza se desarrolló de manera concomitante con las ciencias llamadas de la materia y de la naturaleza. Esta aporta algunas modificaciones a la visión aristotélica. A la idea original de finalidad del objeto le añade la de determinismo interno del mismo. El objeto era considerado fisiológicamente organizado –y no solo anatómicamente– para ocupar el lugar que le corresponde *como grupo*. Esta programación interna era su propia justificación en virtud de la creencia en una Naturaleza

personificada y teleológica. A partir del siglo XVIII este naturalismo adquirió rasgos cada vez más complejos, hoy apoyados en códigos genéticos, biología molecular y demás. Pero el fin del geocentrismo no significó la desaparición de la finalidad metafísica: “Es la idea singular de que las acciones de un *grupo* humano, de una *clase*, son ‘naturales’; que son independientes de las relaciones sociales, que preexisten a toda historia, a todas las condiciones concretas determinadas” (Guillaumin, 1992, p. 57).

Guillaumin explora qué ocurre con los dominantes en esta visión naturalista y logra poner en evidencia algunas contradicciones lógicas allí presentes: todos los humanos son naturales, pero algunos son más naturales que otros. La imputación de que las mujeres somos “naturales” se expresa en un discurso de una gran simplicidad: si las mujeres son dominadas es porque son diferentes, tienen un cerebro más pequeño, hormonas distintas... ¿Pero diferentes de qué? No se es diferente en sí mismo, se es diferente de alguien, de algo. Sin embargo, si es verdad que las mujeres son diferentes de los hombres, los hombres en cambio no son diferentes. Los hombres son. Los hombres no se diferencian de nada. La autora subraya que no existe realmente el género gramatical masculino, al menos en su lengua, el francés. No existe lo masculino porque lo general basta para los hombres: de hecho, hay un general y un femenino, un humano y una hembra. Y destaca con fina ironía:

A los hombres no les interesa encontrarse como género (los machos), ya que son una clase dominante; no les interesa encontrarse denotados por una característica anatómica, ellos que son *los hombres*. Hombre no quiere decir macho, quiere decir especie humana. ¿Por qué diablos tendrían ellos que ser, como *las mujeres*, solo una fracción de la especie? Prefieren ser todo, es muy comprensible (Guillaumin, 1992, p. 65).

En un primer momento, los grupos dominantes no se atribuyen a sí mismos una naturaleza. Pueden llegar a desarrollar “éticas científicas”, tanto liberales triunfantes como nazis, de que algunos grupos tienen un derecho de dominación por excelencia debido a sus cualidades y sus capacidades innatas de todo tipo, pero no por ello abandonan el sentimiento de que no se confunden con la Naturaleza, sino que justamente sus capacidades innatas les dan la posibilidad de trascender las determinaciones internas. La naturaleza les da la inteligencia que les permite comprender y dominar hasta cierto punto a la Naturaleza.

Algunos contrastes entre la escuela materialista francesa y teorías feministas anglosajonas

El campo de las teorías feministas, aun cuando ocupa una posición crítica en el campo más amplio de las ciencias sociales, está igualmente sometido a luchas por la legitimidad científica. En un conjunto de sistemas de pensamiento que asumen que no existe una teoría que sea social ni políticamente neutra, la relación con los movimientos feministas también interviene en los procesos de legitimación. Si es posible pensar que la “nación” como delimitación territorial, jurídica, cultural y simbólica define fronteras que inciden en la construcción de escuelas de pensamiento diferenciadas, también es posible afirmar que las oposiciones entre naciones o culturas nacionales hacen parte de las clasificaciones jerarquizadas que suprimen las particularidades internas a cada grupo así construido y son inseparables de relaciones jerárquicas. Es así como Christine Delphy (2001) se defiende de la invención del “*French Feminism*” por parte de las angloamericanas y les reprocha el acto imperialista de objetivar al feminismo francés reduciéndolo a un conjunto de autoras que según ella no se

destacan precisamente por su feminismo, como Helène Cixous, Julia Kristeva o Luce Irigaray. Sin embargo, su propia argumentación no escapa totalmente al reduccionismo al hablar de “las angloamericanas” sin diferenciar corrientes de pensamiento ni autoras en singular o al referirse a “la compulsión angloamericana de unificar a *los franceses*, de homogeneizarlos y negarles toda individualidad”, compulsión que los habría llevado a crear escuelas de pensamiento totalmente nuevas, comparando autores que no pueden ser comparados: “el constructivismo social de Foucault jamás podría combinarse, ni con la ayuda de los Marines, con el esencialismo de Lacan” (Delphy, 2001, p. 349).

El reproche principal que Delphy les hace a las angloamericanas es su creencia implícita en la *diferencia sexual* –y en algunos casos, su defensa de la misma. La *diferencia sexual* nunca definida se convierte en objeto místico que confunde el sexo anatómico, la identidad de género, los roles sexuales, la actividad sexual, la orientación sexual... En el detalle de su argumentación, Delphy sí distingue corrientes y autoras, y separa a la “escuela de la diferencia” de otras corrientes, posestructuralistas o constructivistas, con las cuales tiene mayor afinidad pero cuyas contradicciones pone en evidencia. Ubica el trabajo de autoras “angloamericanas” como Linda Alcoff, Nancy Fraser, Judith Butler, Joan Scott, Jane Flax o Linda Nicholson como perspectivas críticas importantes ante las posturas esencialistas del feminismo de la diferencia. Sin embargo, considera que su comprensión del género como construcción social no es lo suficientemente coherente. En ella dominaría o subyacería la percepción errónea sobre lo socialmente construido como algo no sólido, sobreimpuesto, de lo cual sería fácil liberarse, percepción que no solo revela un desprecio ingenuo por los mecanismos sociales, sino que oculta una creencia implícita en la existencia de una “naturaleza humana” que subyacería al artificio social.

El diálogo y las luchas conceptuales y políticas entre las feministas francesas y anglosajonas tienen una larga y compleja historia que no ha sido reconstruida plenamente. Centrarse en las oposiciones nacionales no es la mejor manera de delinear la discusión, ya que son otras diferencias teóricas y políticas no nacionales las que permiten dar cuenta de esta evolución. De hecho, Judith Butler, se apoya en autoras francesas como la clásica Simone de Beauvoir y la teórica lesbiana vanguardista Monique Wittig, formada en el feminismo materialista francés, para defender la idea del cuerpo como campo de posibilidades culturales a la vez recibidas y reinterpretadas (Butler, 1990). Como Wittig y Delphy, Butler une indisociablemente el género con la naturalización de la heterosexualidad: las categorías *hombre* y *mujer* incluyen la norma heterosexual. Por eso, Wittig afirmará que una lesbiana no es una mujer y buscará reconstruir literariamente el cuerpo lesbiano como cuerpo erógeno en el cual las marcas del sexo y el género como dominación cultural desaparecen. Butler y Wittig buscan destruir desde adentro la lógica binaria del sexo, categoría finalmente equivalente al género, acudiendo a la estrategia foucaultiana de subversión de los opuestos binarios mediante la proliferación de las diferencias y de las configuraciones de poder que les son inseparables. Pero mientras Wittig (2001) privilegia lo que podríamos denominar el “cimarronaje” de las lesbianas, su autoubicación como fugitivas del régimen político heterosexual, Butler opta por la renegociación cotidiana del contrato social que es indisociablemente un contrato sexual. Butler reafirma su desafío a las posiciones feministas que sostienen que la diferencia sexual es irreductible, haciendo un llamado a la “invención radical” y otorgándole una gran capacidad performativa al lenguaje y a las luchas simbólicas para modificar las relaciones materiales. No sin contradicciones con lo anterior, Butler (2000) defiende la idea de que el género y la heterosexualidad normativa

constituyen un mecanismo social de regulación que hace parte del modo de producción. En la medida en que los sexos naturalizados funcionan para asegurar la pareja heterosexual como estructura sagrada de la sexualidad, contribuyen a perpetuar el parentesco, los títulos legales y económicos, las prácticas que delimitan quien será una persona reconocida. De este modo, la regulación sexual define un modo de producción del sujeto. Valdría la pena examinar con cuidado las posibles inconsistencias entre esta visión holista del modo de producción y la concepción de sujeto como productor/a y transformador/a del género que defiende Butler. Basta resaltar por el momento que Wittig, Butler y Delphy coinciden en la lucha por una sociedad en la cual las categorías *hombre* y *mujer* dejen de operar, pero se diferencian en la forma de concebir esa posibilidad.

La perspectiva materialista de Delphy o Guillaumin, a pesar de su gran consistencia lógica y sociológica, así como su capacidad heurística para revelar dimensiones estructurales ocultas de la dominación masculina, resulta insuficiente para dar cuenta tanto de la experiencia subjetiva de las dominadas y de los dominantes como de los procesos que contribuyen a modificar este sistema de dominación. No basta la explicación de Delphy, por ejemplo, sobre la capacidad de ciertas feministas –entre las cuales se incluye– de considerar el carácter no necesario del género como resultado del hecho de que “las subjetividades están construidas no solamente por las coherencias, sino también por las contradicciones de las culturas y las sociedades” (Delphy, 2001, p. 337). Hay una brecha por llenar entre “las cosas de la lógica y la lógica de las cosas” para poder dar cuenta cabalmente de las relaciones entre sujeto y estructura.³

3 Valga la advertencia de que esta anotación se refiere a la propuesta teórica de la autora tal como está recogida en *El enemigo principal*, reeditado en 2001, y no contempla otras dimensiones puntuales de su obra.

La aproximación histórica y posestructuralista de Joan W. Scott ofrece otras posibilidades. En la introducción a su libro *Gender and the Politics of History* (1988) Scott aclara su concepción del género que define como *saber* –en el sentido de Foucault– acerca de la diferencia sexual. El saber alude a la comprensión que producen las culturas y sociedades sobre las relaciones humanas y, en este caso, sobre las relaciones entre mujeres y hombres. Es producido de manera compleja en el marco de entramados epistémicos que tienen una historia relativamente autónoma. Sus usos y significados son objeto de cuestionamientos políticos y son los medios mediante los cuales se construyen las relaciones de poder, dominación y subordinación. El conocimiento o el saber no solo se refieren a ideas, sino también a instituciones y estructuras, prácticas cotidianas, ritos especializados, es decir, a las relaciones sociales en general. El saber es una forma de ordenar el mundo: no es anterior a la organización social pero es inseparable de esta. El género es la organización social de la diferencia sexual, lo cual no significa que el género refleje simplemente diferencias físicas naturales y fijas entre hombres y mujeres. El género, aclara Scott, es el saber que establece significados para diferencias corporales. Estos significados varían a través de las culturas, grupos sociales, y a través del tiempo, ya que nada en el cuerpo, ni siquiera los órganos reproductivos femeninos, determina de manera unívoca la forma de estas divisiones sociales.

Scott se ubica en relación con su disciplina, la historia, dentro de la cual pretende cuestionar la visión tradicional de los historiadores varones, los cuales, al asumir que las mujeres tenían características inherentes e identidades objetivas distintas a las de los hombres y que estas generaban necesidades e intereses distintos, trataron la diferencia sexual como un fenómeno “natural” y no como un fenómeno histórico. En su búsqueda de una epistemología que soporte una política y una historia feministas

más radicales, Scott se aproxima a la teoría posestructuralista y a los aportes específicos de Foucault y Derrida. Estas teorías ofrecen una perspectiva analítica que permite preguntarse *cómo* las jerarquías de género son construidas y legitimadas, haciendo referencia a procesos y no a orígenes, a múltiples causas, a retórica y discursos y no a ideología o conciencia, sin abandonar el interés por las estructuras y las instituciones. La concepción del poder y las relaciones sociales que sostiene Scott se distingue claramente del enfoque materialista de las feministas francesas. Para responder a la pregunta sobre cuáles intereses están en juego en el control o cuestionamiento de los significados, Scott se orienta hacia la idea de interés relativo, contextual, producido discursivamente. Este “interés” no es inherente al actor o a su posición estructural, sino que es producido discursivamente. De este modo, la experiencia no es vista como circunstancias objetivas que condicionan la identidad ni la identidad como sentido de sí mismo determinado objetivamente por necesidades e intereses. La política no es la toma de conciencia colectiva de sujetos individuales situados de manera similar, sino el proceso mediante el cual determinados juegos de poder y conocimiento constituyen identidad y experiencia. Scott insiste en examinar el género concretamente y en su contexto, considerándolo como un fenómeno histórico, producido, reproducido y transformado en diferentes situaciones y a lo largo del tiempo.

Por otra parte, la deconstrucción permite hacer del análisis crítico del pasado y el presente una operación continua en la cual la historiadora puede interpretar el mundo al tiempo que trata de cambiarlo puesto que socava la pretensión de neutralidad del historiador o de presentar una historia como si fuera completa, universal y objetivamente determinada. Si los significados son construidos a través de exclusiones, tenemos que reconocer y tomar nuestras responsabilidades ante las exclusiones de nuestro

propio proyecto. Esta aproximación reflexiva, autocrítica, vuelve evidente el estatus particular de todo conocimiento histórico así como el papel activo del historiador y la historiadora como productores de conocimiento situado.

Conocimiento situado y reflexividad feminista

La crítica feminista a la sociología, bien sea como denuncia de la exclusión de las mujeres de la historia y el canon de la disciplina o como cuestionamiento a teorías del mundo social con pretensión universalista que ignoran la realidad de las mujeres y de las relaciones entre los sexos, es necesariamente una crítica epistemológica. Vimos cómo Marianne Weber explicaba las limitaciones de los análisis de Simmel por su posición de clase y su privilegio masculino. En esa misma dirección, feministas contemporáneas como Dorothy E. Smith, Sandra Harding o Patricia Hill Collins han desarrollado una crítica epistemológica feminista que se inscribe en la corriente conocida como “conocimiento situado”. La historia y la sociología de la ciencia han contribuido a develar las condiciones sociales de producción del conocimiento científico, las relaciones de poder y los intereses materiales y simbólicos que la atraviesan. Sin embargo, algunos de esos esfuerzos han conservado –a pesar de las críticas formales– la ilusión de un sujeto que mediante un uso adecuado de la razón reflexiva puede objetivar las limitaciones de su propio punto de vista y posición. El caso de Pierre Bourdieu, sociólogo cuyos trabajos y propuesta sociológica considero especialmente inspiradores, es revelador de las contradicciones y las dificultades para realizar una objetivación de su posición de sujeto objetivante. A pesar de su agudeza para poner en evidencia las luchas entre los diversos puntos de vista que estructuran el campo científico y en particular el

campo sociológico y a pesar de haber escrito un brillante análisis sobre la dominación masculina, es incapaz de ver los sesgos que introduce en su ejercicio sociológico su posición dominante en el orden de género, su posición masculina. En su último trabajo, *Ciencia de la ciencia y reflexividad* (2001), ignora olímpicamente la crítica feminista a la ciencia occidental. Es indudable que, salvo contadas excepciones, el sujeto objetivante no puede, mediante el simple o complejo ejercicio de la razón reflexiva, dar cuenta de todas las condiciones sociales que orientan y limitan su quehacer científico. Han sido las críticas de las y los dominados, de las mujeres, las y los colonizados, las y los racializados las que históricamente han forzado a las y los científicos a reconocer algunos de los sesgos que condicionan su tarea y han revelado su carácter clasista, etnocéntrico, androcéntrico, racista, homofóbico, etc.

La propuesta de “objetividad fuerte” de Sandra Harding

A lo largo de dos décadas, algunas feministas, especialmente angloamericanas, han desarrollado una discusión compleja acerca de la objetividad y con otros movimientos sociales han llegado a la conclusión de que es deseable y posible hacer realidad un conocimiento socialmente situado. Para lograrlo, las y los epistemólogos del “punto de vista” proponen “empezar a pensar desde las vidas marginadas” y “tomar la vida cotidiana como problemática”:

Las teorías del punto de vista argumentan que pensar a partir de las vidas de las personas marginadas, empezar en esas ubicaciones determinadas y objetivas en cualquier orden social permitirá esclarecer cuestiones críticas que no surgirían a partir de ideas provenientes de las vidas de los grupos dominantes (Harding, 2004, p. 128).

Harding considera que estas bases son necesarias pero no suficientes para garantizar una maximización de la objetividad. Las teorías del conocimiento situado no pretenden originar problemáticas humanas universales, sino un conocimiento cuyos fundamentos están saturados de vida social e histórica. Rechazan la ilusión occidental de que el conocimiento humano pueda borrar las huellas que revelan su proceso de producción y afirman que las concepciones convencionales del método científico preparan a los científicos para eliminar relativamente de los resultados de la investigación aquellos intereses y valores sociales que difieren de la comunidad científica. Pero el método científico no provee reglas, procedimientos ni técnicas que permitan identificar o eliminar los intereses sociales compartidos por los científicos. La “epistemología del punto de vista” no solo reconoce el carácter socialmente situado del conocimiento, sino que además lo transforma en un recurso científico sistemático y accesible.

Harding aborda un punto importante que se relaciona con las críticas de las feministas materialistas francesas al diferencialismo norteamericano, y es el papel de “lo femenino” en la crítica feminista. Sin duda, las vidas de las mujeres que constituyen el punto de partida del conocimiento feminista están moldeadas por las reglas de la feminidad y en ese sentido expresan una “cultura femenina”. La mayoría de los escritos feministas son ambivalentes en cuanto al valor de la feminidad, que critican en la medida en que es definida como parte de un proyecto conceptual destinado a exaltar la masculinidad. Harding identifica con justeza, a mi modo de ver, una de las ambivalencias más significativas en el proyecto científico feminista, marcado por la crítica al orden de género y a la feminidad que este produce, al tiempo que denuncia la injusta devaluación de las vidas de las mujeres:

El pensamiento feminista se ve obligado a “hablar como” y a nombre de la noción que critica y trata de dismantelar –las mujeres. En la naturaleza contradictoria de este proyecto reside tanto su mayor desafío como la fuente de su gran creatividad... (Harding, 2004, p. 130).

Aunque la epistemología del punto de vista rechaza la idea de un conocimiento universal, no por ello defiende una postura relativista, según la cual solo podría haber historias locales. Se opone a la idea de que todas las situaciones sociales proporcionan recursos igualmente útiles para conocer el mundo y que todas plantean límites igualmente fuertes al conocimiento. En oposición al sujeto de conocimiento tradicional de las ciencias sociales, cultural e históricamente desencarnado, separado de sus “objetos”, los cuales sí estarían determinados espacial y temporalmente, las teorías del conocimiento situado proponen un sujeto objetivante encarnado y visible, socialmente ubicado, que no es fundamentalmente distinto de sus “objetos” de conocimiento. Se asume una simetría causal en el sentido de que el mismo tipo de fuerzas sociales que moldea a los objetos de conocimiento también moldea a los conocedores y su proyecto científico.

Desde una perspectiva feminista, los sujetos/agentes de conocimiento son múltiples, heterogéneas y frecuentemente contradictorias. Las mujeres no son las únicas que pueden generar conocimiento liberador o feminista. Así como las mujeres feministas no nacen sino que se hacen, los hombres también pueden aprender a asumir su responsabilidad histórica por la posición social desde la cual hablan. Harding propone un programa de “objetividad fuerte” que requiere que sujeto y “objeto” de conocimiento estén ubicados en el mismo plano crítico y causal. Requiere, por lo tanto, una fuerte reflexividad: el sujeto de

conocimiento, es decir, el individuo y la comunidad socialmente ubicados, al igual que sus creencias no explicitadas, deben ser considerados como parte del objeto de conocimiento. Pero el estudio más crítico posible de los científicos y de su comunidad solo puede hacerse desde la perspectiva de quienes han sido marginados por esas comunidades. Esto exige que las y los científicos y sus comunidades se integren en proyectos democráticos. El programa de reflexividad fuerte es un recurso para la objetividad, pero no existe una sola manera legítima de conceptualizar la objetividad como no la hay para conceptualizar la democracia, la libertad o la ciencia. La noción de objetividad tiene historias políticas e intelectuales valiosas; al transformarse en “objetividad fuerte” conserva aspectos centrales de las concepciones que la antecedieron. Con ello Harding se sitúa a sí misma y a su crítica en el interior del campo de las ciencias sociales.

***El punto de vista de la “extranjera adentro”:
el pensamiento de las feministas negras⁴***

La crítica de las mujeres negras a las ciencias sociales y a las teorías feministas confirma el carácter situado del conocimiento, los límites inherentes a toda visión científica del mundo social y las potencialidades inscritas en los puntos de vista marginados. Patricia Hill Collins (2004), socióloga negra norteamericana, argumenta que muchas intelectuales negras han hecho un uso creativo de su marginalidad en las ciencias sociales, para producir un pensamiento que refleja un punto de vista particular sobre sí mismas, la familia y la sociedad. La posición de “extranjeras adentro” remite históricamente al lugar que el sistema esclavista

4 La expresión en inglés es “outsider within” (Hill Collins, 2004)

y racista norteamericano dio a las mujeres negras, como empleadas domésticas y niñeras, en la intimidad de las familias blancas. Esto les habría permitido ver a las elites blancas desde perspectivas muy distintas a las de sus esposos negros y a las de los mismos grupos blancos.

El pensamiento feminista negro está conformado por las ideas producidas por mujeres negras que definen un punto de vista de y para las mujeres negras. Supone la existencia de cierta percepción común a las mujeres negras como grupo, pero también considera que la diversidad de clase, región, edad y orientación sexual que condiciona sus vidas individuales genera diversas expresiones de esos temas comunes. No existe ninguna plataforma feminista negra a partir de la cual se pueda medir la “corrección” de una pensadora particular ni debería haberla.

Uno de los temas importantes del pensamiento feminista negro es el de autodefinición y autovaloración de las mujeres negras. La autodefinición implica cuestionar las imágenes estereotípicas de las mujeres afroamericanas, mientras que la autovaloración enfatiza el contenido de las autodefiniciones. La insistencia en la autodefinición, la autovaloración y la necesidad de un análisis centrado en su experiencia es una forma de resistir a la deshumanización de los sistemas de dominación y a la devaluación de la subjetividad. La preocupación de las mujeres negras por crear sus propios estándares para evaluar la feminidad afroamericana y sus creaciones concierne a un amplio rango de obras literarias y científicas. Un segundo aspecto de la crítica feminista negra es el interés por la naturaleza imbricada de la raza, el género y la opresión de clase. La experiencia de las mujeres negras en la intersección de múltiples estructuras de dominación favorece una visión más clara de su propia subordinación, ya que, a diferencia de las mujeres blancas, no tienen la ilusión de que su

blancura anule su subordinación como mujeres y, a diferencia de los hombres negros, no pueden apelar a su condición de varones para neutralizar el estigma de ser negras. Barbara Smith afirma que “el concepto de simultaneidad de la opresión es el quid de la comprensión que tiene el feminismo negro de la realidad política y... es una de las contribuciones ideológicas más significativas del pensamiento feminista negro” (Hill Collins, 2004, p. 109)

Como lo expresa bell hooks, el pensamiento dualista es el “componente ideológico central de todos los sistemas de dominación en la sociedad occidental” (1984, p. 29). Hill Collins se refiere a “la construcción de una diferencia dicotómica de oposición” que clasifica a las personas en términos de diferencia entre unas y otras, diferencia que no es complementaria sino que supone jerarquía, dominación y subordinación. La relación entre la conciencia de la gente oprimida y las acciones que realizan para tratar con estructuras opresivas es más compleja de lo que propone la teoría social que presupone la existencia de un ajuste entre conciencia y actividad. Las experiencias de las mujeres negras sugieren que se conformaron a los roles prescritos hacia afuera pero se opusieron a ellos de manera encubierta y desarrollaron una acción racional al respecto.

Hill Collins propone una evaluación del significado sociológico del pensamiento feminista negro a partir de la combinación de ciertos paradigmas de la sociología con el estatus de “extranjeras de adentro”. Las sociólogas negras se someten a una socialización sociológica y buscan adquirir las habilidades internas de pensamiento y acción acordes con la visión de la disciplina, pero para ellas convertirse en sociólogas “*insiders*” supone aceptar el punto de vista dominante en la disciplina, determinado por la posición hegemónica de los hombres blancos, el cual les devuelve una imagen autodevaluante. Por esto, muchas de ellas se han

apoyado en sus raíces en la cultura de autodefinición y autovaloración para asumir una postura crítica hacia la empresa sociológica en su totalidad, cuestionando las omisiones y distorsiones acerca de las mujeres afroamericanas en los paradigmas sociológicos y afirmando su condición de sujetos para la sociología: “La respuesta de las investigadoras feministas negras ha sido situar las voces de las mujeres negras en el centro del análisis, estudiar a las personas y así, reafirmar la subjetividad e intencionalidad humanas” (Hill Collins, 2004, p. 120).

Si bien es cierto que las mujeres negras no son las únicas forasteras adentro, sí son un caso extremo y su experiencia puede servir de ejemplo a otros, ya que su posición las sensibiliza hacia patrones más difíciles de establecer para los *insiders*. La tensión generada por la posición de extranjeras adentro puede resolverse de distintas maneras: abandonando la sociología y adoptando plenamente una posición de *outsiders*, suprimiendo su diferencia y tratando de pensar como *insiders* o conservando la tensión creativa de su posición y promoviendo la institucionalización de su punto de vista. Hill Collins defiende esta última posición, ya que en el mejor de los casos, el estatus de *outsider within* ofrece a quienes lo detentan un poderoso balance entre las fortalezas de su entrenamiento sociológico y la riqueza de sus experiencias personales y culturales (Hill Collins, 2004, p. 122).

Para terminar

Como lo señalé en la presentación, los tres conjuntos de problemas y reflexiones que he abordado en esta conferencia solo constituyen un fragmento dentro del vasto y complejo campo de elaboración académica y política que los estudios de género y la crítica feminista protagonizan desde y con las ciencias sociales

hace más de cincuenta años. He considerado enfoques que provienen exclusivamente de academias y movimientos sociales que comparten el privilegio de situarse en países “centrales”, es decir, dominantes en numerosos aspectos de la división internacional de todos los trabajos, a pesar de sus jerarquías y diferencias internas, tanto las “nacionales” como aquellas que remiten a las desigualdades de género, raza, clase y orientación sexual que los atraviesan y construyen. Como propuestas emergentes en su momento, algunas ya institucionalizadas en nichos universitarios, desafiaron creativamente los paradigmas dominantes y fueron a su vez desafiadas por nuevas críticas, como lo ilustra el caso del feminismo negro. Durante los últimos veinte años han sido numerosos y significativos los aportes que las críticas provenientes de otras y otros agentes académicos, sociales y políticos –como las feministas latinoamericanas, asiáticas y africanas– ubicados en posiciones marginales en relación con las academias “centrales” han hecho a las teorías de la dominación y a sus implicaciones prácticas.⁵ Espero haber mostrado que las interrogaciones y propuestas teóricas, políticas y metodológicas feministas no se limitan a hacer visible un continente enorme de las relaciones sociales que complementarían el inmenso continente explorado previamente por los varones que han dominado la disciplina, sino que sus planteamientos conciernen, cuestionan y modifican el conjunto de las ciencias sociales y de sus paradigmas dominantes, y enriquecen particularmente las teorías generales sobre la dominación como fenómeno social.

5 Ver, entre otros, el libro, *Género, mujeres y saberes en América Latina*, que publicará próximamente la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre (2001). *Science de la science et reflexivité*. París: Raisons d'Agir.
- Butler, Judith (1990). Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Wittig y Foucault. En Seyla Benhabib y Drucila Cornell (comps.), *Teoría Feminista y Teoría Crítica* (pp. 193-211). Valencia: Alfons el Magnánim.
- Butler, Judith (2000). El marxismo y lo meramente cultural. *New Left Review*, (2), 109-122.
- Coser, Lewis (1977). Georg Simmel's Neglected Contributions to the Sociology of Women. *Signs*, 2, 869-876.
- Delphy, Christine (2001). *L'Ennemi Principal . Vol. 2. Penser le genre*. París: Syllepse.
- Goetting, Ann y Fenstermaker, Sarah (eds.) (1995). *Individual Voices, Collective Visions: Fifty Years of Women in Sociology*. Filadelfia: Temple University Press.
- Guillauminm Colette (1992). *Sexe, Race et Pratique du Pouvoir: l'idée de Nature*. París: Côté-femmes.
- Halbawcks, Maurice (1992). *On Collective Memory*. Chicago: University of Chicago Press.
- Harding, Sandra (2004), Rethinking Standpoint Epistemology: What Is "Strong Objectivity?". En Sandra Harding (ed.), *The Feminist Standpoint. Theory Reader. Intellectual & Political Controversies* (pp. 127-140). Nueva York: Routledge.
- Hill Collins, Patricia (2000 [1990]). *Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Nueva York: Routledge.
- Hill Collins, Patricia (2004). Learning from the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminist Thought. En Sandra Harding (ed.), *The Feminist Standpoint. Theory*

- Reader. Intellectual & Political Controversies* (pp. 103-126). Nueva York: Routledge.
- hooks, bell (1984). *Feminist Theory: From Margin to Center*. Boston: South End.
- Laslett, Barbara y Thorne, Barrie (eds.) (1997). *Feminist Sociology. Life histories of a movement*. Nueva Jersey: Rutgers University Press.
- Lengermann, Patricia Madoo y Niebrugge-Brantley, Jill (1998). *The Women Founders. Sociology and social theory 1830-1930*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Martineau, Harriet (1836). *Society in America. Vol. 1*. Nueva York: Saunders and Otley.
- Martineau, Harriet (1837). *Society in America. Vol. 2*. Nueva York: Saunders and Otley.
- Oakley, Ann (1972). *Sex, Gender and Society*. Nueva York: Harper & Row.
- Scott, Joan Wallach (1999). *Gender and the Politics of History*. Nueva York: Columbia University Press.
- Schutz, Alfred (1967). *The Phenomenology of the Social World*. Evanston: Northwestern University Press.
- Schutz, Alfred (1973). *Collected Papers I: The problem of Social Reality*. La Haya: Martinus Nijhoff.
- Serrano, José (2007) "De cómo lo abyecto se transforma en agenciamiento político... y sus riesgos". En Luz Gabriela Arango y Yolanda Puyana (comps.), *Género, mujeres y saberes en América Latina*. (pp. 239-258). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Weber, Marianne (1907). *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung*. Tubinga: J. C. B. Mohr.

Weber, Marianne (1997 [1919]). Authority and Autonomy in Marriage. *Selections from Marianne Weber's Reflections on Women and Women's Issues* (pp. 27-41) [Inédito].

Wittig, Monique (2001). *La Pensée straight*. Paris: Balland.

A la sombra de los padres fundadores de la sociología*

En este aspecto, nuestra sociología está muy lejos de lo que debería ser. Solo hemos hecho una sociología de los hombres y no una de las mujeres o de los dos sexos.

Marcel Mauss (1931)

Pues bueno, a mí me pareció tenaz, por ejemplo, que no se referenciaran sociólogas mujeres. Casi todos los autores que vemos son hombres; casi nunca se nombran sociólogas, y eso me puso a pensar.

(Viviana, estudiante de sociología)

La idea de que el mundo académico está regido por la igualdad y la meritocracia hace parte de las creencias compartidas que definen la universidad. Sin embargo, bajo este aparente consenso se ocultan representaciones sexuadas sobre las profesiones más

* Publicado en Luz Gabriela Arango y Mara Viveros (eds.), *El género, una categoría útil para las ciencias sociales*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2011.

adecuadas para mujeres y hombres y sobre la existencia de habilidades intelectuales y cognitivas diferenciadas entre los sexos.

La sociología es probablemente una de las ciencias sociales que proyecta una imagen más masculina. Entre las anécdotas del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia se encuentra un episodio revelador, ocurrido hace algunos años cuando. Con el fin de promocionar la maestría de Sociología, se diseñó un afiche con los retratos de una docena de varones ilustres, entre los cuales se encontraban reconocidos fundadores de la disciplina como Max Weber y Émile Durkheim, al lado de quienes impulsaron el desarrollo de la sociología en Colombia y, en particular, en la Universidad Nacional, como Orlando Fals Borda y Camilo Torres. La idea del afiche y las reacciones o, más bien, la ausencia de reacciones frente a él revelaba el carácter de evidencia compartida que tenía el origen exclusivamente masculino de la disciplina para las profesoras y los profesores del departamento. Que la sociología y sus grandes teorías fueran obra de varones no ameritaba ni siquiera ser enunciado, mucho menos considerado problemático.

En un artículo anterior¹ abordé las relaciones entre el género y la sociología desde tres perspectivas: la primera se preguntaba si la sociología como disciplina hace distinciones de género entre quienes la practican, si se organiza internamente según jerarquías que distinguen a los sexos, si podemos caracterizarla como ciencia “masculina”, “femenina” o “neutra”. La segunda abordaba el estatuto teórico, la ubicación central o periférica de las categorías “sexo” y “género” en la sociología, y la tercera exploraba el

1 Ver “¿Tiene sexo la sociología? Consideraciones en torno a la categoría género”, en el presente volumen.

problema de las condiciones de validez científica y objetividad de esta disciplina y su relación con el androcentrismo.

En el presente artículo, me sitúo desde la primera perspectiva, con énfasis en la construcción históricamente androcéntrica del canon de la disciplina y su persistencia en la enseñanza de la sociología en la actualidad; y establezco algunos puentes entre esta realidad y los modos diferenciados en que mujeres y hombres construyen una identidad profesional, a partir de las experiencias de estudiantes de sociología de la Universidad Nacional de Colombia.

La construcción masculina del canon de la sociología

Críticas feministas a la ciencia y la tecnología

Las críticas feministas al conocimiento científico tienen una larga historia en Occidente. Haciendo un balance de esta crítica, la socióloga australiana Judy Wajcman (1991, 2006) destaca cómo, a partir de la década de 1970, las mujeres científicas cuestionaron el monopolio masculino sobre la producción, las instituciones y el reconocimiento del trabajo científico, y cómo las investigaciones adelantadas con esa perspectiva permitieron acopiar evidencia considerable sobre el acceso limitado de las mujeres a las instituciones científicas y sobre su estatus subordinado en estas profesiones, lo que permitió identificar barreras estructurales asociadas con la discriminación en el empleo, con el tipo de socialización en la familia y con las características de la educación escolar que aleja a las niñas de las matemáticas y las ciencias.

Estos cuestionamientos se sitúan en continuidad con los movimientos políticos radicales de los años sesenta y setenta, que adelantaron una crítica de la ciencia, de sus usos y abusos, desde un análisis de inspiración marxista sobre el carácter clasista de la

ciencia y sus relaciones con los métodos capitalistas de producción. Estos estudios cuestionaron el carácter universal y neutro de las verdades científicas, y pusieron en evidencia que la ciencia es, ante todo, un conjunto de relaciones sociales que están atravesadas por el poder y la dominación. De ahí surgió una nueva política feminista, en relación con la ciencia, que volvió a examinar la *revolución científica* de los siglos XVI y XVII, para mostrar que la ciencia está basada originalmente en los proyectos masculinos de razón y objetividad (Fox Keller, 1991 [1985]; Harding, 1996 [1993]). Las oposiciones conceptuales presentes en el pensamiento científico occidental, que oponen cultura y naturaleza, mente y cuerpo, razón y emoción, objetividad y subjetividad, público y privado, fueron analizadas como androcéntricas. Esto significa que la ciencia está basada en una experiencia masculina particular que se considera universal y que excluye y subordina a otras experiencias y otros modos de conocimiento.

Las críticas feministas a la ciencia pueden asociarse, al menos parcialmente, con las distintas corrientes de este pensamiento: mientras que el feminismo liberal postuló que era posible superar el sexismo y el androcentrismo de la ciencia mediante una aplicación más rigurosa de las normas científicas existentes, el feminismo cultural, que surge hacia la década de 1970, exaltó la femineidad, celebró la diferencia y los atributos y modos de conocimiento que serían propios de las mujeres. Wajcman señala algunos problemas importantes en estos últimos enfoques, que considera esencialistas, ya que afirmarían identidades fijas y unificadas y desconocerían que los valores femeninos se originan en la subordinación histórica de las mujeres.

En las últimas décadas, la crítica feminista de las ciencias sociales se enriqueció considerablemente con la producción de nuevas corrientes, que cuestionaron desde dentro sus prácticas

políticas y su pensamiento teórico. Los feminismos negros, de color, tercermundistas, poscoloniales, indígenas y lesbianos, entre otras tendencias, renuevan la crítica al eurocentrismo dominante en la teoría social contemporánea y cuestionan la pretensión universalista de buena parte de la conceptualización y el discurso político feminista occidental, que ignoran la especificidad de la experiencia en que se fundan: la de mujeres blancas, de clase media, heterosexuales y del “Norte” (Curiel, 2007; Viveros, 2007). Uno de sus aportes principales se sitúa en las dimensiones epistemológicas y políticas de las ciencias sociales, con su contribución a desarrollar la llamada “epistemología del punto de vista”, que defiende el carácter situado del conocimiento científico.

La crítica del *black feminism* a las ciencias sociales y a las teorías feministas subraya los límites inherentes a toda visión científica del mundo social y las potencialidades inscritas en los puntos de vista marginados, en este caso, el de las mujeres negras, desde su experiencia de la dominación. Patricia Hill Collins (2004) revela cómo las intelectuales negras han utilizado creativamente su marginalidad en las ciencias sociales para producir un pensamiento que refleja un punto de vista particular sobre sí mismas, la familia y la sociedad. La posición que caracterizaría a las pensadoras afrodescendientes en las ciencias sociales remite históricamente al lugar que el sistema esclavista y racista norteamericano dio a las mujeres negras, como empleadas domésticas y niñeras en la intimidad de las familias blancas. Esto les permitió desarrollar una mirada particular hacia las élites blancas. Potencialidades críticas análogas son destacadas por pensadoras como Gloria Anzaldúa, quien hace referencia a la posición fronteriza, “entre dos”, que estimula el desarrollo de un pensamiento creativamente “mestizo”, capaz de cuestionar el pretendido universalismo del punto de vista dominante.

En relación con la sociología, Hill Collins acude a la imagen de las “extranjerías adentro” (*outsiders within*) para explicar el significado del pensamiento feminista negro en esta disciplina. Las sociólogas negras, en su socialización disciplinar, adquieren las habilidades y formas de pensamiento propias de este campo. Para ellas, sin embargo, convertirse en sociólogas “*insiders*” supone aceptar el punto de vista dominante en la disciplina, determinado por la posición hegemónica de los hombres blancos, lo cual les devuelve una imagen autodevaluante. En esta situación, muchas sociólogas negras buscaron apoyo en sus raíces culturales para asumir una postura crítica ante la empresa sociológica en su totalidad y cuestionar las omisiones y distorsiones acerca de las mujeres afroamericanas en los paradigmas sociológicos; afirmaron de esta manera su condición de sujetos para la sociología. La respuesta de las investigadoras feministas negras ha sido situar las voces de las mujeres negras en el centro del análisis, estudiar a las personas y, así, reafirmar la subjetividad e intencionalidad humanas (Hill Collins, 2004, p. 120).

La experiencia de las sociólogas afroamericanas nos remite a otros grupos oprimidos que se resisten a pensarse con lógicas impuestas que legitiman su marginalización o exclusión: mujeres, indígenas, clases populares, minorías sexuales.

Las profesiones y disciplinas como campos de lucha

Las disciplinas científicas están estrechamente asociadas con la idea de profesión, puesto que dicha idea remite a un tipo de saber cuya especialización es favorecida por el desarrollo de la ciencia y la tecnología, desarrollo sobre el cual, a su vez, incide. El estudio de las profesiones, de sus agentes, instituciones y dinámicas contribuye a la comprensión de la ciencia y la tecnología como

prácticas históricas y complejas, como relaciones sociales, y no simplemente como sistemas de conocimiento. La profesión corresponde a un tipo especializado de trabajo que goza de reconocimiento social y se caracteriza por una formación prolongada de nivel superior, un cuerpo unificado de conocimientos y un conjunto de instituciones que aseguran y regulan su producción y reproducción, así como el acceso restringido a la profesión y las condiciones de su ejercicio. Las profesiones constituyen “campos” en el sentido de Pierre Bourdieu (1984), ya que en ellas compiten agentes dotados de calificaciones reconocidas que comparten la creencia en el valor de la profesión y luchan por el monopolio de la definición legítima o dominante de esta. Aunque este enfoque no incluye una crítica al carácter androcéntrico, etnocéntrico y clasista de las disciplinas, abre esta posibilidad al concebir las profesiones como redes históricamente configuradas de relaciones de poder y competencia, cuyo acceso es restringido y objeto de lucha. La constitución de las profesiones como campos exclusivos se hizo excluyendo tanto a los sectores populares y sus saberes como a las mujeres, y se produjo históricamente dentro de relaciones de poder en la modernidad colonial (Quijano, 2000).

Ahora bien, teniendo en cuenta que las profesiones definen su identidad y su prestigio mediante las luchas de frontera con otras profesiones, es claro que muchas de ellas construyeron una posición dominante con base en su carácter masculino y luego de haber establecido diferencias simbólicas nítidas con profesiones afines consideradas femeninas. Las luchas simbólicas toman forma a través de estrategias que tienden a limitar la democratización –de clase, raza, sexo– de las profesiones. Las luchas de las mujeres por transformar la división sexual del trabajo, accediendo a las profesiones y oficios tradicionalmente masculinos, no son suficientes para modificar la relación de fuerzas simbólica

entre los sexos. Mientras los grupos sociales desfavorecidos desarrollan prácticas orientadas estratégicamente hacia la apropiación de los bienes materiales y simbólicos exclusivos de ciertas categorías de varones, estos, a su vez, “trabajan” para generar nuevas distancias y terrenos de exclusividad.

En su objetivación del campo científico y del campo sociológico, Bourdieu se sitúa en el “Norte”, en las luchas de autoridad y legitimidad que enfrentan a la sociología francesa con la sociología norteamericana dominante. En contraste, la sociología en América Latina se desarrolla por medio de procesos contradictorios y simultáneos de subordinación a la sociología europea y norteamericana, y de afirmación de una producción científica propia. En cada país se configuran, con distintos ritmos y desiguales niveles de autonomía y autoridad, campos sociológicos nacionales en los que diversos actores (docentes, investigadores e investigadoras, dirigentes académicos, estudiantes) compiten para establecer la “definición legítima” de la sociología.

El relato de los orígenes y las sociólogas fundadoras

De las dieciséis acepciones del término “canon” que propone el diccionario de la Real Academia Española (2000), al menos tres pueden relacionarse directamente con la idea del canon de una disciplina:

1. Regla o precepto. | 2. Decisión o regla establecida en algún concilio de la Iglesia católica sobre el dogma o la disciplina. |
3. Catálogo de los libros tenidos por la Iglesia católica u otra confesión religiosa como auténticamente sagrados.

En efecto, el canon de una disciplina establece los textos, las autoras y los autores considerados “auténticamente sagrados”, es decir, reconocidos como legítimos. Con ello, identifica asimismo las concepciones de la disciplina, los criterios de verdad y las teorías consideradas válidas. Como lo señaló Maurice Halbwachs, el canon es un factor esencial en la identidad de una disciplina y de quienes se dedican a ella:

Una de las maneras en que una disciplina o profesión socializa a sus nuevos miembros es contando su historia como balance de sus textos, descubrimientos, pensadores e ideas autorizados –el “canon” de la disciplina. La historia que los sociólogos se cuentan a sí mismos importa porque reafirma ante el narrador y la audiencia un sentido de identidad: quiénes son los sociólogos, qué hacen los sociólogos; qué aspectos de la vida social examinan los sociólogos (citado en Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998, p. 2)

El canon establece una frontera, más o menos rígida o difusa, entre lo legítimo y autorizado y lo no legítimo. Al tiempo que selecciona, también excluye, desautoriza, estigmatiza u oculta. En términos de Pierre Bourdieu, el canon de una disciplina sería la objetivación de relaciones de poder entre agentes que se disputan el monopolio de la definición legítima de la disciplina. El canon no obedece a un principio trascendental o universal, sino a luchas académicas y políticas entre agentes que han sido autorizados también a través de luchas históricas. Para establecer relaciones entre el canon de la sociología y las mujeres es posible formular distintas preguntas: ¿están presentes las mujeres en la elaboración del canon de la sociología?, ¿hay mujeres en la lista de pensadores legítimos de la disciplina?, ¿participan mujeres en las disputas por la definición legítima de la sociología?

En la academia norteamericana hay que destacar el trabajo de Patricia Madoo Lengermann y Jill Niebrugge-Brantley por su labor histórica y su incidencia en el reconocimiento institucional de la contribución de las mujeres a la disciplina. Como directoras de la sección de Historia de la Sociología de la Asociación Norteamericana de Sociología (ASA), en el 2004 lograron que la inglesa Harriet Martineau (1802-1876) fuera reconocida como primera mujer socióloga; además consiguieron que se creara en su honor la Sociedad Sociológica Harriet Martineau, así como un premio de ensayo. Son autoras del capítulo sobre teoría feminista contemporánea incluido en uno de los manuales de sociología más difundidos (Ritzer, 1993) y de un texto que recoge las biografías y contribuciones científicas de quince sociólogas fundadoras, activas entre 1830 y 1930 (Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1998).

Estas sociólogas norteamericanas participan, como agentes autorizadas, en las disputas actuales sobre la historia de la disciplina y sus autores canónicos. Desde la década de 1970 adelantan una activa crítica al carácter androcéntrico de la sociología, a partir de un trabajo de rescate histórico de la vida y la obra de algunas de las mujeres contemporáneas de los llamados “padres fundadores”. Lengermann y Niebrugge-Brantley sostienen que las sociólogas fundadoras no fueron “invisibles”, sino literalmente “borradas” (“*written out*”) de la historia. Mientras la invisibilidad sugiere que no fueron percibidas y que su presencia no fue considerada significativa, haber sido borradas de la historia indica que alguna vez fueron percibidas como parte de una comunidad académica, pero posteriormente fueron eliminadas de sus registros. Este sería el caso de las quince sociólogas seleccionadas en su publicación: todas ellas fueron figuras públicas reconocidas en su época en ámbitos que superaban los límites de la disciplina que contribuyeron a crear; su trabajo fue relevante para las

ciencias sociales, produjeron teoría social y practicaron la sociología en los mismos tiempos y espacios que los varones fundadores. Estas mujeres hacían parte de un movimiento más amplio que buscaba crear una ciencia de la sociedad, y tenían su propio sentido de lo que esa ciencia debía ser. Para la mayoría de ellas, afirman las autoras, se trataba de un proyecto de crítica social, en el cual la investigación y la teoría debían concentrarse en la descripción, el análisis y la superación de la injusticia social.

A pesar de su trabajo en la sociología y la teoría social y de su visibilidad para sus contemporáneos, estas fundadoras desaparecieron como presencia significativa de la historia oficial de la sociología. Algunas sobrevivieron en posiciones marginales: Harriet Martineau es recordada como traductora de Comte; Marianne Weber, como biógrafa de su esposo, y las sociólogas de la escuela de Chicago, como trabajadoras sociales y reformadoras. Lengermann y Niebrugge-Brantley argumentan que su exclusión de la historia de la disciplina puede ser entendida como resultado de una serie de procesos de poder que incluyen la atribución o negación de autoridad. Estos suponen una particular articulación entre la “política de género” y la “política de conocimiento” que se va imponiendo en la academia norteamericana dominante.

En relación con la política de género, las autoras afirman que la exclusión de las fundadoras se explica básicamente por la débil autoridad de las mujeres en una cultura masculina. Se apoyan en la teoría fenomenológica de Alfred Schütz, según la cual la capacidad de conocer a otra persona se adquiere en una situación de relación cara a cara, en la cual una conciencia reconoce al otro como humano. Las fundadoras fueron conscientes de cómo eran percibidas en la relación cara a cara. Martineau, por ejemplo, escribe en su introducción a *Society in America* (1836-1837): “Se me ha mencionado frecuentemente que ser una mujer era una

desventaja para hacer investigación social”. Si bien tuvieron presencias individuales fuertes, fueron percibidas por sus asociados varones a través del velo del privilegio masculino, como mujeres con menos autoridad que ellos.

Siguiendo a Schütz, cuando ya no están presentes físicamente, los individuos permanecen en la conciencia de los otros a través de construcciones mentales o tipificaciones, y se convierten en “predecesores”. Con el tiempo, el predecesor (o la predecesora) es recordado cada vez más a través de artefactos, de cosas que la persona hizo o escribió, cosas que otros hicieron o escribieron sobre ella. En una profesión académica como la sociología, los artefactos decisivos para tipificar a los predecesores son sus escritos, que se vuelven parte del canon. Los escritos de las mujeres no fueron incluidos por los hombres que dominaban la disciplina.

En la eliminación de las mujeres de la historia de la disciplina operó no solo la “política de género”, sino también la “política de conocimiento”, que se volvería hegemónica en la academia norteamericana. La marginación de las mujeres fundadoras producida por la política de género es acelerada por el desenlace que tiene el debate sobre los propósitos y la función social de la sociología. Este debate enfrentaría a dos posiciones que oponían “objetividad” y “compromiso”. Durante el periodo comprendido entre 1890 y 1947, la definición legítima dominante que se impone en la academia norteamericana establece que la práctica sociológica debe estar regida por el rigor científico, la neutralidad valorativa y la abstracción formal. El consenso de las élites académicas en torno a esta postura deslegitimó el trabajo de las mujeres fundadoras y de muchos hombres que tenían una posición alternativa en defensa de una sociología comprometida, crítica y activista.

Lengermann y Niebrugge-Brantley documentan este proceso revisando artículos difundidos en el *American Journal of Sociology*

y en publicaciones similares aparecidas entre 1895 y 1947 en Estados Unidos. Muestran cómo entre 1890 y 1940 ninguna mujer obtuvo cargos directivos en los departamentos de sociología ni en la American Sociological Society, y cómo los artículos escritos por mujeres aceptados en las revistas más prestigiosas, como el *American Journal of Sociology* y la *American Sociological Review*, representaron menos del 10 % de todos los artículos publicados. Sin embargo, la tendencia al cientificismo en las ciencias sociales sería temporalmente contrarrestada durante periodos de reformismo social. Así, entre 1890 y 1915, las luchas sociales de trabajadores, grupos inmigrantes, afroamericanos, segmentos educados de la clase media y la primera ola del movimiento feminista favorecieron la producción sociológica de las mujeres. Algo semejante ocurriría en las décadas de 1960 y 1970 con el impacto de las luchas por los derechos civiles de los negros, del movimiento contra la guerra de Vietnam y la segunda ola feminista. Pero hacia mediados de la década de 1930, la tendencia dominante hacia el cientificismo se impondría en la sociología académica, generando una reescritura de la narrativa de la disciplina sobre sí misma que marginaría a muchos pensadores varones y a las mujeres fundadoras.

Como bien lo subrayan Lengermann y Niebrugge-Brantley, su propio trabajo de recuperación de una parte de la historia de las mujeres en la sociología fue posible por la acción feminista colectiva dentro de la disciplina, a partir de la década del setenta, con hitos como el surgimiento del grupo Sociologists for Women in Society en 1971, la creación de la sección sobre sexo y género en la *American Sociological Association* (ASA) en 1972, la creación de la revista *Gender & Society* en 1986 o la organización de la sección de la ASA sobre Raza, Clase y Género en 1996.

Entre las sociólogas fundadoras rescatadas del olvido, se encuentra Marianne Weber, esposa de Max Weber, figura central

entre los clásicos de la disciplina y probablemente uno de los autores de mayor influencia en la enseñanza de la sociología en Colombia. Como profesora de teoría sociológica en el departamento de sociología de la Universidad Nacional de Colombia, he tenido bajo mi responsabilidad cursos dedicados a Max Weber, y durante varios años los dicté sin tener ningún conocimiento de la producción sociológica de Marianne Weber, a quien descubrí a través del libro de Lengermann y Niebrugge-Brantley. Posteriormente, tuve la oportunidad de leer las primeras traducciones al español de tres de sus ensayos, que fueron publicados en una compilación que prologué.²

Entre estas sociólogas fundadoras, todas ellas interesantes figuras, cabe destacar el papel de Anna Julia Cooper e Ida B. Wells-Barnett, actualmente reconocidas como pioneras y fundadoras de la sociología feminista negra. El descubrimiento de la existencia de estas sociólogas fundadoras llevó a que algunas docentes y estudiantes tuviéramos una conciencia más clara del carácter masculino de la teoría sociológica que enseñamos en nuestro departamento, lo que ha generado reclamos, nuevas preguntas e interés por conocer la crítica y la teoría feministas. Hubo quienes encontraron allí explicaciones al malestar que habían experimentado sin lograr expresarlo, ante el desfase entre su identidad como sociólogas mujeres y la no siempre sutil misoginia que encontraron en las clases o en las discusiones con colegas.

2 Agradezco a Sonia Muñoz y a Pedro Quintín, editores de una exquisita colección, la oportunidad y el privilegio de leer estas traducciones pioneras de la obra de Marianne Weber. El libro de Weber se titula *La mujer y la cultura moderna. Tres ensayos* (2007) y fue traducido por Antje Mertel de Mejía. Incluye los ensayos: “Profesión y matrimonio”, “La participación de la mujer en la ciencia” y “La mujer y la cultura objetiva”.

Género e identidad profesional en el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia

La historia del departamento

Las sociólogas y los sociólogos colombianos se han preocupado por reconstruir la historia de la disciplina, caracterizar las etapas de su desarrollo, definir las orientaciones deseables y los pronósticos para el futuro. Estas reconstrucciones revelan sin duda las experiencias y posiciones diversas que ocupan sus autores en la historia del campo de la sociología en el país. Revisando algunas versiones de esta historia, es posible destacar hitos y periodos sobre los cuales hay un relativo consenso en cuanto a su delimitación temporal; esto no ocurre con la interpretación que los distintos autores hacen de aquellos. El hito que marca el surgimiento de la sociología como profesión es la creación en 1959 del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia como dependencia de la Facultad de Ciencias Económicas. El desarrollo inicial del departamento contó con el liderazgo de Orlando Fals Borda³ y de Camilo Torres Restrepo.⁴ Los otros

3 Orlando Fals Borda (1925-2008), sociólogo colombiano formado en Estados Unidos, impulsó la fundación del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia en 1958. Este se transforma en 1961 en la primera Facultad de Sociología de América Latina de la que Fals será decano hasta 1966. A lo largo de su trayectoria, buscó articular la investigación sociológica con el compromiso político y social, objetivo que se cristalizó, entre otras cosas, en su método de investigación participativa, Investigación Acción Participación (IAP), reconocido internacionalmente. Autor de múltiples investigaciones sobre el campesinado, el desarrollo regional, la violencia, los movimientos sociales y la desigualdad social en Colombia, promovió una ciencia social propia, liberada del colonialismo intelectual.

4 Camilo Torres Restrepo (1929-1966), sacerdote católico y sociólogo colombiano, formado en Lovaina, Bélgica. Fue capellán de la Universidad Nacional de Colombia y profesor en la Facultad de Sociología. Su compromiso

profesores provenían de carreras afines que se habían desarrollado anteriormente, como Antropología, Derecho y Filosofía; había también sociólogos colombianos formados en el exterior, así como profesores visitantes venidos de Europa, Estados Unidos y América Latina.

En 1961 se crea la Facultad de Sociología como entidad independiente, y en 1962 nace la Asociación Colombiana de Sociología por iniciativa de profesores de la Universidad Nacional. En 1964, la facultad organiza el *Programa Latinoamericano* de Estudios para el *Desarrollo* (Pledes), como el primer programa de posgrado de sociología en el país (Segura Escobar y Camacho Guizado, 1999). A finales de la década del sesenta, múltiples factores de orden externo e interno a la institución se conjugan para producir una crisis que desemboca en una nueva etapa en el contexto del Frente Nacional. Gabriel Restrepo (2002) destaca la muerte de Camilo Torres como el hecho decisivo. Fals Borda se retira de la universidad, que culmina un proceso de transformación con la creación de la Facultad de Ciencias, en 1964, y de Ciencias Humanas, en 1966. El nuevo periodo se inicia en 1969 con una reforma liderada por dos profesores formados en la Escuela Normal Superior: el historiador Darío Mesa y el geógrafo Ernesto Guhl. Este busca responder a un prolongado movimiento estudiantil y define una nueva orientación hacia una sociología “científica, nacional y política” (Restrepo y Restrepo, 1997).

Existen diversas interpretaciones sobre el primer periodo de la historia de la sociología. Algunos profesores del Departamento

social con los pobres lo llevó a promover la teología de la liberación, a participar en diversos movimientos políticos y finalmente, a abandonar el trabajo docente para vincularse a la lucha armada en el Ejército de Liberación Nacional, en el que muere en combate.

de Sociología evalúan negativamente la primera etapa y definen la validez y actualidad de la reforma de 1968 (Pérez, 2001). Otros señalan la distancia entre los ideales de la reforma y las condiciones reales del momento, caracterizadas por la pérdida de casi todo el apoyo financiero, el retiro de la mayoría de los docentes formados en el exterior y la vinculación de jóvenes egresados como profesores, al tiempo que los conflictos que caracterizaron la historia del país durante esa década se vivían de manera magnificada dentro de la universidad (Restrepo y Restrepo, 1997). La perspectiva de Parra Sandoval (1993), desde “la diáspora”, difiere de las anteriores. De acuerdo con esta, durante la década del sesenta la sociología experimenta una dinámica de institucionalización que culmina con la creación del posgrado, pero el cierre de este interrumpe tal proceso y se inicia, en opinión del autor, un periodo de desinstitucionalización. Con la crisis del paradigma norteamericano, aparecen otras formas de entender el trabajo sociológico, como la Investigación Acción Participación (IAP) y la sociología de la dependencia, pero la coexistencia de distintas corrientes resulta imposible en esos años.

A finales de la década del setenta se produce lo que Restrepo y Restrepo califican como el resurgimiento de la sociología, el cual se extiende a lo largo de la década de los años ochenta. Durante este periodo, la disciplina conoce un crecimiento más orgánico, estimulado por el papel que desempeña el Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES). La última etapa, que se extiende a lo largo de la década de los años noventa hasta llegar a hoy, es percibida por los analistas como un periodo de desafíos e incertidumbres, debido tanto a los cambios sociales que agudizan la violencia y el empobrecimiento, como a las transformaciones que experimentan las ciencias sociales y el hecho de que las fronteras son cada vez más difusas entre las disciplinas.

Aunque numerosas mujeres han participado en el desarrollo de la sociología en Colombia, esta participación no ha sido estudiada, ni se ha adelantado una reflexión sistemática sobre el género en la enseñanza y en el ejercicio profesional de esta disciplina. El énfasis político de la carrera a partir de la reforma de 1968 sancionó una jerarquía en relación con el valor de los temas dignos de ser estudiados. Como lo señala Uricoechea (2001, p. 25), el énfasis en la sociología comprometida tuvo como una de sus consecuencias el abandono a los antropólogos de temas como la religiosidad, la sexualidad, lo simbólico, y propició así una orientación “machista”, según la cual “la realidad eminente y que merece ser conocida casi con exclusión de cualquier otra es aquella asociada con el mundo del poder y lo público”. Restrepo (2002) examina en detalle, con admiración y empatía las experiencias, las búsquedas y los aportes de un número considerable de varones y sus discípulos, de modo que la historia y la tradición de la disciplina queda escrita en clave masculina. En los últimos años, Restrepo se interesa por los aportes de las mujeres en la creación del departamento y destaca el papel de María Cristina Salazar. Reconoce así mismo el desarrollo de los estudios de género y familia, impulsados en buena medida por sociólogas. Sin embargo, la experiencia de las mujeres no ha sido todavía incluida en el relato oficial de los orígenes y de los hitos que marcaron la historia de la disciplina.

El papel prometeico que algunos hombres políticos colombianos asignaron a los sociólogos en el siglo XIX como agentes de la modernización cede el lugar a nuevas representaciones, modelos e ideales sobre los profesionales de la sociología, que van surgiendo a medida que la disciplina se desarrolla y se proyecta. Uno de los ideales profesionales que conserva mayor fuerza en la actualidad es el que encarna el fundador del departamento,

el recientemente fallecido profesor Orlando Fals Borda, quien sigue siendo considerado una figura de gran carisma para la mayoría del estudiantado. Desde su propuesta de Investigación Acción Participación expresa un ideal de sociólogo comprometido directamente con el cambio social y político del país y con la producción de un pensamiento propio, latinoamericano.

En contraste con este ideal, también encontramos una dicotomía que pretende dar cuenta de una diferenciación central de la identidad profesional en la sociología: la que opone la “disciplina” a la “profesión”. Una ilustración de esta visión está expresada en el discurso del profesor Uricoechea (2001), con ocasión de la celebración de los cuarenta años de esta carrera en la Universidad Nacional de Colombia. El profesor se refiere a los dos componentes de la sociología: de un lado, el saber disciplinario, que corresponde en forma típico-ideal a la práctica sociológica en el mundo académico, orientada a desarrollar el conocimiento de la realidad social; del otro lado, el saber profesional dirigido al mercado de trabajo extrauniversitario. Uricoechea afirma que el sociólogo académico vive *para* la sociología y el profesional vive *de* la sociología. Este último no tendría oportunidad para el ocio digno y creativo que favorece la estilización estética, ni contaría con la fortuna ni los privilegios del sociólogo académico. Por su parte, Restrepo (2002, p. 35) intenta superar la oposición entre un ejercicio “sagrado” y otro “profano” de la sociología, e insiste sobre su diversidad. No obstante, distingue entre una sociología académica, “guardiana de la tradición sociológica ejercida como disciplina distinta y distintiva”, y un ejercicio profesional, caracterizado por la diversidad de estilos y lo que él llama las “tentaciones centrífugas de la sociología”.

Si bien es cierto que la participación de las mujeres en la construcción de la disciplina no ha sido todavía objeto de una

investigación sistemática, es importante resaltar el papel que, en los últimos quince años, hemos jugado las sociólogas docentes o egresadas del programa de la Universidad Nacional en la creación y el desarrollo de la Escuela de Estudios de Género de la universidad. La consolidación de este espacio institucional, el reconocimiento internacional de la legitimidad del campo de los estudios de género, la creciente visibilidad de los movimientos por los derechos sexuales, las demandas e inquietudes de un público juvenil con nuevas sensibilidades e identidades han tenido efectos sobre los programas de la Facultad de Ciencias Humanas, incluido el programa de Sociología (Puyana, 2007; Wills Obregón, 2007). Sin duda, el discurso de género ha ganado un *droit de cité* (“derecho de ciudadanía”) en el ámbito universitario, y si bien aún no se ha logrado incorporar una crítica sistemática del carácter androcéntrico de las teorías sociológicas, sí se ha ampliado la oferta de asignaturas relacionadas con las teorías feministas y el género, mientras un número creciente de estudiantes orienta sus trabajos de grado y sus opciones de posgrado hacia estas temáticas.

Género y desigualdad social en la construcción de la identidad profesional

Mis inquietudes como docente por las experiencias y los sentidos que las alumnas y los alumnos le dan a la formación sociológica me llevaron, entre el 2002 y el 2004, a dirigir la investigación “Universidad, Movilidad Social y Cultura: Trayectorias Sociales, Género e Identidad en Estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia”. En ella se compararon las experiencias de estudiantes de sociología y de ingeniería de sistemas de la Universidad Nacional en aspectos como su escogencia profesional, los proyectos familiares y personales de movilidad social, la construcción

de una identidad profesional a lo largo de sus estudios y la experiencia juvenil; esto permitió identificar algunos de los condicionantes sociales y, en especial, las variaciones que introducen el género y el origen social.⁵ Como complemento de esta primera investigación, entre el 2006 y el 2008 adelanté el proyecto “Condición Estudiantil, Desigualdades Sociales y Culturas Académicas”,⁶ gracias al cual se profundizó en el proceso de inserción y socialización del estudiantado en las carreras mencionadas.⁷ La investigación buscó ahondar en las características de la condición estudiantil, en los modos como el estudiantado se apropia de

5 La investigación se llevó a cabo en el Centro de Estudios Sociales de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, con el apoyo de Colciencias y la participación de Oscar Quintero e Ivonne Paola Mendoza, asistentes de investigación. Realizamos una encuesta a estudiantes de últimos semestres de las dos carreras escogidas, con el fin de obtener información sobre sus características sociodemográficas, su familia de origen y su trayectoria escolar. Se encuestaron 179 estudiantes, cien en ingeniería de sistemas y setenta y nueve en sociología, que corresponden al 67 % de la población identificada, constituida por las/os estudiantes que estaban adelantando su proyecto de grado en cualquiera de las modalidades vigentes en sus respectivos departamentos, o cursando el último semestre de materias. A partir de los resultados de la encuesta, seleccionamos una muestra de treinta y dos estudiantes (dieciséis de cada carrera: ocho hombres y ocho mujeres), a quienes entrevisté personalmente para profundizar en su experiencia individual frente a la escogencia de carrera, la trayectoria universitaria y su proyecto de vida. Los resultados detallados de la investigación se encuentran en el libro de mi autoría *Jóvenes en la universidad: género, clase e identidad profesional* (2006).

6 La investigación fue financiada por la División de Investigaciones de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. En ella trabajaron como asistentes Carmen Cecilia Vásquez, entonces estudiante de Antropología, y Gabriel Tolosa e Irene Parra, estudiantes en ese momento de Sociología de la misma universidad.

7 Esta investigación buscó profundizar en aspectos problemáticos surgidos del proyecto de la primera investigación citada en este apartado, la cual se adelantó entre el 2002 y el 2004.

su formación, desarrolla tácticas y sentidos en sus esfuerzos por sobrevivir o sobresalir a lo largo del proceso académico. Se estudió, asimismo, la experiencia juvenil, entendida como el disfrute de una moratoria social y como una disponibilidad temporal y una apertura a la exploración de la autonomía en diversos ámbitos. Las dos dimensiones fueron abordadas teniendo en cuenta las desigualdades de clase y de género. En esta última parte del artículo utilizaré los resultados de estas investigaciones para identificar algunos de los modos en que el género está presente en la construcción de una identidad profesional entre el estudiantado de la Universidad Nacional de Colombia en estos inicios del siglo XXI.⁸

Selección y escogencia de carrera

En Colombia, la participación de las mujeres en la matrícula de pregrado de Sociología ha crecido significativamente en los últimos años, como ocurre en las ciencias sociales en general. En la actualidad existen trece programas en el país, ocho de los cuales son ofrecidos por universidades públicas, mientras los cinco restantes se distribuyen entre universidades privadas religiosas y universidades privadas laicas.⁹ La demanda de cupos en los pro-

8 Me referiré a las y los estudiantes entrevistados en la primera investigación como primera generación (1G), y a los entrevistados en la segunda, como segunda generación (2G).

9 Estos datos provienen del informe elaborado por Gabriel Tolosa e Irene Parra en el marco del proyecto de investigación “Condición Estudiantil, Desigualdades Sociales y Culturas Académicas”, con base en la información suministrada por el Ministerio de Educación Nacional a través del Observatorio Laboral para la Educación, que recogen las cifras de aspirantes, admitidos, matriculados y graduados en las carreras de sociología del país entre los años 2001 y 2006.

gramas de Sociología fluctuó entre 2600 y 3800 aspirantes entre el año 2001 y el 2006, con una participación femenina de alrededor del 60 %. La matrícula pasó de 1460 estudiantes en el año 2001 a 2624 en el 2006, con una participación femenina del orden del 56 %. En la Universidad Nacional de Colombia, en los últimos años, la participación de las mujeres en la matrícula se ha situado por debajo del promedio nacional, fenómeno que está relacionado con el elevado nivel de selección del examen de admisión. La tasa de absorción –es decir, el porcentaje de admitidos en relación con los aspirantes– se ha reducido ante el aumento de la demanda por cupos y las mujeres resultan excluidas en mayor proporción que los varones.

En sociología, las tasas de absorción se redujeron entre el año 2000 y el 2006, pasando respectivamente del 15 % al 10 % para las mujeres, y del 25 % al 22 % para los varones. Esto significa que, si bien las mujeres representan más de la mitad de los aspirantes, los varones tienen un 10 % más de probabilidades de ser admitidos. En el 2006, las mujeres representaban el 34 % de la población matriculada en el programa. Este proceso de selección trae como consecuencia que el perfil sociodemográfico de las estudiantes de sociología difiera un poco del de sus colegas varones: ellas son más jóvenes, provienen en mayor proporción de sectores medios y poseen trayectorias escolares más exitosas, adelantadas por muchas en colegios privados, femeninos y religiosos.

Si examinamos las razones que aducen las y los estudiantes para escoger esta carrera, encontramos un panorama diverso que se organizó en torno a cuatro modos de acceso a la carrera. Un primer modo concierne a las “herederas” y los “herederos”: jóvenes con padres o madres profesionales, en su mayoría, de las ciencias sociales, dotados de un capital cultural escolar y familiar importante, con disposiciones claras hacia la actividad académica

y el trabajo intelectual, y asociados en diversos grados con una preocupación por los problemas sociales.

Desde siempre me gustó la sociología, y no fue una elección difícil porque estudié en un colegio que le da mucho énfasis a las ciencias humanas. Siempre me gustaron mucho las ciencias humanas, y al momento de escoger empecé a investigar cuál de todas las carreras que se centran en las ciencias humanas me gustaba más. Y me decidí por la sociología. Era un colegio que pregonaba mucho una conciencia cultural y social de las cosas (Silvia, 2G).

Un segundo modo o grupo reúne a jóvenes “comprometidos”, de origen medio y popular, con inquietudes políticas de izquierda, a veces con experiencias de liderazgo comunitario o escolar, que escogen la carrera en busca de herramientas para la acción social o política. Generalmente, el capital cultural, familiar y escolar es menor al del primer grupo. El tercer grupo corresponde a estudiantes de “buena voluntad cultural”,¹⁰ que provienen de familias con un capital cultural y económico medio o bajo, pero que le tienen un gran aprecio a la cultura académica. En el cuarto grupo están los estudiantes “sobrevivientes”,¹¹ que son generalmente de origen popular y tienen desventajas académicas, sociales y económicas frente a los otros grupos. Algunos entraron a la carrera de sociología después de haber intentado infructuosamente

10 Expresión que utiliza Bourdieu en su obra *La distinction* (1979) para referirse a la admiración por la cultura legítima o dominante de las clases medias o pequeño burguesas.

11 Retomo la expresión de Ana Paula Barbosa Leite Bastos en su tesis de maestría *Herdeiros ou sobreviventes: mobilidade social no ensino superior no Rio de Janeiro* (2004).

ingresar a otras carreras de la Universidad Nacional. En la práctica, estos modos de acceso a la carrera se combinan.

En el caso de Jenny, cuando salió del colegio no sabía qué hacer y entró a estudiar matemáticas en la Universidad Distrital Francisco José de Caldas por recomendación de su hermana. Pero se dio cuenta de que eso no era lo suyo. Se presentó tres veces a la Universidad Nacional hasta que pasó. Escogió Sociología pensando que esta carrera podía servirle para el trabajo en comunidad, ya que había estado vinculada a actividades pastorales:

Yo creo que siempre estuve como muy metida en procesos sociales, pero más de tipo parroquial, de tipo pastoral, y pues, de todos modos, yo creo que todo ese trabajo con la gente, aun ahorita, considero que fue lo que me dio la clave más fuerte para escoger. No sé; yo pensaba siempre entre Trabajo Social y Sociología, pero se me hacía, desde mi percepción todavía muy ajena a lo que es la carrera, que la sociología tenía un poquito más ahí... de seriedad, de disciplina, de caché, por decirlo así (Jenny, 1G).

Entre quienes señalan su interés por el conocimiento de la realidad social, este nunca está separado de una preocupación práctica, como el trabajo en comunidades, la contribución en la solución de los problemas del país o el compromiso político. Algunos estudiantes de buen desempeño académico buscan diferenciarse, “salir del montón”, no seguir las opciones comunes en su medio social; llama la atención la determinación de seguir estos estudios a pesar de la resistencia de sus familias. Está el caso de Felipe, quien desde el colegio apreciaba las clases de Sociales, Filosofía e Historia, aunque era bueno en todo. Inicialmente, se inclinaba hacia la filosofía, pero se dio cuenta de que la sociología le abría un campo profesional más amplio:

Tuve una figura muy importante en décimo y once: fue mi profesor de Filosofía. [...] Entonces charlábamos mucho sobre filosofía, y yo normalmente me inclinaba mucho a estudiar filosofía y a pensar y toda esta cosa. Pero empecé a investigar y me di cuenta que la sociología daba más herramientas, un poco, herramientas más prácticas; y pensar en estudiar filosofía implicaba ser profesor, para mí, en esa época. Y dije: no, pues la filosofía como que no tanto; entonces metámonos a Sociología, que permite un campo profesional más amplio (Felipe, 1G).

División sexual del trabajo académico

En Sociología, así como en el mundo universitario en general, subsisten representaciones que oponen dedicación e inteligencia, juicio y brillantez, dicotomías asociadas a concepciones meritocráticas que transmutan los privilegios o las ventajas socioculturales en méritos o dones personales (Bourdieu y Passeron, 1964). Esta oposición sitúa a las mujeres y a las cualidades femeninas del lado del juicio y la dedicación, y a los hombres y a lo masculino, del lado de la inteligencia y la brillantez. Los relatos estudiantiles y profesoriales expresan la percepción de que las mujeres tienden a tener hábitos más metódicos y a ser más disciplinadas y cumplidas que sus compañeros varones.

Si bien las mujeres son vistas como personas más juiciosas, muchas de ellas comparten la idea de que los varones tienen mayor liderazgo intelectual. Algunas se refirieron a un liderazgo masculino en los debates tanto académicos como políticos, así como a una baja participación de las mujeres en clase. “El debate rara vez era femenino; era masculino”, dice Gabriela. De acuerdo

con la percepción de Jenny, los hombres hablaban más en la carrera. Ella piensa que estos tienen más capacidad analítica que las mujeres o, al menos, que ella, y por eso se hizo “a su sombra”, para salir adelante en sus estudios; pero afirma que el contacto con ellos fue difícil al comienzo. Jenny cuenta que antes pensaba que era desventajoso ser mujer, pero después se dio cuenta de que había mujeres muy capaces entre sus compañeras. Vicky piensa que los hombres participan más porque son menos inhibidos:

Sí, es muy notable que los que más participan siempre son hombres, y los mejores promedios son los de los hombres, pues con la gente que yo venía, eran dos mujeres frente a cinco. Además, sí creo que hay una inhibición al hablar en público, por ejemplo. Tienen más facilidad ellos. Uno como que tiembla más y se sonroja. Eso creo frente a la seguridad de argumentar algo, porque, igual, puede ser que en lo escrito uno puede igualar, pero en otras cosas creo que se dificulta (Vicky, 1G).

Del lado de los varones, hay que decir que, a pesar del carácter mixto de la carrera, algunos se relacionaron solamente con otros varones a lo largo de sus estudios, y aducen que no encontraron la misma disposición hacia el debate teórico o político entre las mujeres:

Yo noto, profesora, que al menos los estudiantes tenemos más pasión por la carrera [...] pues esos requisitos los he encontrado más en hombres que en mujeres, o sea, yo disfruto mucho hablar de textos que he leído, cosas que no encuentro en las mujeres, y créame que lo he buscado mucho, una y otra vez, pero en realidad no he encontrado una mujer –no

en el sentido sentimental, por supuesto— con la que uno pueda conversar de cosas que a mí me gustan; no sé, ese tipo de discusión sí lo encontré en hombres (Carlos, 1G).

En medio de estas opiniones sobre las diferencias entre los sexos, también existen percepciones que destacan la igualdad académica entre mujeres y hombres:

Acá hay como mucha igualdad, por ejemplo: hay hombres inteligentes que no se dedican mucho, pero también hay mujeres que son muy dedicadas y otras que son muy vagas, que tampoco se dedican nada; hay hombres que solamente leen, pero no participan; hay mujeres también así. Hay como mucha igualdad... (Angélica, 2G).

Género e identidad profesional

A lo largo de sus estudios, mediante un proceso personal muchas veces solitario, estas y estos jóvenes fueron adaptándose a la carrera, seleccionando los aspectos que mejor correspondían a sus capacidades y gustos, construyendo una idea e, incluso, un ideal de sociólogo o socióloga. Las opciones son diversas y pueden combinarse: vocación de servicio, ambición intelectual, trabajo comunitario, investigación aplicada a políticas públicas, docencia, crítica social, reflexividad, etc. En esta construcción de identidad, tenemos un proceso de apropiación y resignificación de los mensajes explícitos e implícitos emitidos por las distintas instancias y los agentes del Departamento de Sociología sobre el carácter de la disciplina: el plan curricular, los programas de los cursos, las pedagogías y los contenidos de estos, las prácticas y las

obras de los docentes, las formas de evaluación y calificación, los procesos burocráticos. Es importante señalar que no se trata de una evolución progresiva, sino que el proceso va acompañado de momentos críticos que pueden significar el abandono de la carrera. El contexto en que se desenvuelve la socialización académica de nuestros entrevistados, especialmente en la segunda generación, está marcado por la implementación conflictiva de reformas que afectan a la Universidad Nacional en su conjunto. Pero probablemente, por fortuna para estas promociones, el debate estudiantil ha sido amplio y ha favorecido una reflexión colectiva.

La adopción de una definición de la disciplina y la construcción de una identidad profesional resultan tareas difíciles para la gran mayoría, por la ausencia de referencias claras y concretas sobre lo que significa el ejercicio profesional de la sociología. Como resultado de los valores que se han vuelto dominantes en la universidad en los últimos años, la investigación aparece en casi todos los relatos como el ideal práctico más valorado. Existe, sin embargo, un desfase entre esta retórica y las probabilidades efectivas de que el estudiantado participe en procesos de investigación durante su carrera, en las condiciones reales de la investigación social en la universidad. Como lo expresa uno de los entrevistados: es un “sueño” ser investigador.

La investigación se combina, entonces, con otras referencias fundamentales en la construcción de una identidad profesional. Por una parte, tenemos las y los estudiantes que se ubican prioritariamente desde lo que podríamos llamar la “intervención social”, el trabajo en comunidades o en organismos no gubernamentales, con un claro énfasis en el carácter “práctico” de la sociología, con ambiciones teóricas moderadas. En general, no se ven en actividades académicas como la docencia, pero sí en la investigación aplicada. Las mujeres tienden a

ubicarse en mayor proporción en este polo, así como algunos de los varones de origen social más desfavorecido. Esto puede estar expresando una mayor afinidad con lo “útil” y una distancia con la especulación teórica.

Por otra parte, algunos varones expresan un ideal de sociólogo muy ligado a la actividad política, bien sea desde un papel de intelectual que participa en el debate público, bien sea como activistas en partidos políticos de izquierda o como reformadores dentro del Estado. Aunque es cierto que los valores estudiantiles asociados con una sensibilidad política de izquierda, como la crítica social y el compromiso con los sectores oprimidos o la denuncia pública, hacen parte de un patrimonio que defiende y comparte una proporción importante de estudiantes, estos ideales aparecen ligados a un liderazgo fundamentalmente masculino.

Sin embargo, es importante señalar que la reflexión sobre el género desarrollada en la universidad en los últimos años, en particular en la Facultad de Ciencias Humanas y en los cursos ofrecidos por las docentes de la Escuela de Estudios de Género, ha tenido sus efectos. Entre estos, se encuentra el reclamo de Viviana por la ausencia de referencias a sociólogas mujeres, así como la “saturación” de Germán con el tema de género:

Pues bueno, a mí me pareció tenaz, por ejemplo, que no se referenciaran sociólogas mujeres. Casi todos los autores que vemos son hombres; casi nunca se nombran sociólogas, y eso me puso a pensar. Una vez estábamos hablando con mis compañeros de por qué no referencian sociólogas. ¿No hay sociólogas importantes? (Viviana, 2G).

Se ha superado mucho ese problema de género; la presión es que las mujeres cada vez más se inclinan por los temas del género, entonces son más feministas y chocantes con su cuento de que hay que defender el género, que antes que las bolas que le para uno. Entonces yo creo que en género no hay problema (Germán, 2G).

Conclusiones

En este artículo utilicé la categoría *género* para mostrar el carácter androcéntrico de la sociología, desde dos perspectivas: la construcción del canon y la formación de la identidad profesional en los procesos de formación universitaria.

Por una parte, el saber sociológico dominante y reconocido como legítimo fue producido por varones, y la autoridad sociológica fue históricamente otorgada solo a un número reducido de hombres, lo que se tradujo en un canon exclusivamente masculino. Este monopolio masculino y eurocéntrico de la definición legítima de la disciplina fue el resultado de luchas entre distintos agentes sociales que participaron en el surgimiento y la consolidación de la sociología occidental desde el siglo XIX. Las mujeres no estuvieron ausentes en este proceso y, aunque no fueron numerosas en los orígenes de la disciplina, produjeron teoría, análisis social y concepciones de la sociología, pero sus perspectivas fueron silenciadas o marginadas durante varias décadas.

Por otra parte, las luchas en el campo de la sociología, al igual que en otras disciplinas y profesiones, están relacionadas con luchas sociales más amplias y con las reivindicaciones de distintos grupos oprimidos. Así, las luchas de clases, anticapitalistas y anticolonialistas, incidieron en el desarrollo de la sociología en

los países del Sur y, en particular, en América Latina. En el departamento de sociología de la Universidad Nacional de Colombia se impuso, durante muchos años, una perspectiva que reconocía el canon androcéntrico y eurocéntrico, lo cual consagró como clásicos imprescindibles a Max Weber, Émile Durkheim, Karl Marx y Talcott Parsons. Sin embargo, esta hegemonía ha sido disputada por concepciones críticas que han buscado producir un “conocimiento propio”, como la Investigación Acción Participación, ideada por Orlando Fals Borda. La historia del pensamiento sociológico en Colombia ha estado atravesada por disputas teóricas, epistemológicas y políticas que se articulan históricamente de manera diversa, con representaciones que oponen saber universal y saber local, liberalismo y socialismo, desarrollismo y anticolonialismo, neutralidad valorativa y compromiso social, entre otros conceptos.

Al igual que en la vertiente hegemónica del pensamiento sociológico, en América Latina y, específicamente, en Colombia la producción de las mujeres y la crítica feminista han estado presentes con escaso reconocimiento. Solo en las dos últimas décadas, el auge y la institucionalización de los estudios de género en las universidades norteamericanas, inicialmente, y luego en las latinoamericanas y europeas han favorecido una creciente visibilidad de este pensamiento. Las reflexiones consignadas en este artículo se inscriben en este nuevo contexto y pretenden contribuir en la incipiente tarea de desestabilizar el canon, incorporando la producción sociológica de las mujeres, tanto de aquellas que fueron excluidas de la historia oficial de la sociología dominante como de las autoras latinoamericanas y colombianas.

Los procesos anteriores inciden en los modos en que las y los estudiantes de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia elaboran su identidad profesional. Sus experiencias permiten poner en evidencia la permanencia sutil de dicotomías asociadas

con representaciones de género. Si no podemos decir que la definición dominante de la sociología es claramente masculina, por lo menos resulta evidente que las diferentes definiciones en juego están atravesadas por jerarquías que no son ajenas al género. La oposición entre una sociología teórica, científica y una sociología práctica, aplicada, más cercana al trabajo social, se inscribe dentro de dicotomías construidas históricamente. La teoría o el “elevado” pensamiento abstracto han sido construidos como masculinos en la historia de la filosofía occidental. La obra de Le Doeuff (1998) contiene un análisis detallado de este proceso y de cómo las mujeres fueron aceptadas en la periferia de la comunidad de filósofos, siempre y cuando se limitaran a ser discípulas de ilustres varones, sin la pretensión de ocupar su lugar. La división sexual de los procesos de conocimiento en Occidente colocó del lado de lo masculino la invención, la creación, la producción de conocimiento, y del femenino, la reproducción de este.

La sociología “comprometida” también está permeada por el género, y es posible identificar un polo “político”, masculino, de mayor prestigio, y un polo de “intervención social”, femenino, cercano al trabajo social, que goza de un menor estatus. Tanto el campo político como el campo científico se constituyeron históricamente bajo la hegemonía masculina. Las mujeres lograron difícilmente acceder a esos campos, y, una vez dentro, en proporciones numéricas minoritarias, se convirtieron en “recién llegadas” en búsqueda del reconocimiento de su legitimidad y autoridad. Los relatos de las y los estudiantes muestran cómo algunas jóvenes se ubican en una posición periférica, descartan la idea de convertirse en académicas o intelectuales y prefieren pensarse por fuera de estos campos, en la acción comunitaria, que es menos prestigiosa y competitiva. Algo similar ocurre con estudiantes varones de escaso capital cultural.

En la actualidad, el canon y las formas de enseñanza de la sociología en Colombia están siendo activamente cuestionados por parte de las y los estudiantes, movidos a apropiarse de su proyecto profesional, en un contexto de creciente flexibilidad e incertidumbre laboral. La llamada “tercera ola” del feminismo, con su crítica antirracista y anticolonialista, al igual que los nuevos movimientos sociales antiglobalización, indígenas, ecologistas y de diversidad sexual, entre otros, les proporcionan a estas nuevas generaciones de estudiantes, herramientas y estímulos para situarse dentro y fuera del campo de la sociología, y para participar en las luchas por la redefinición legítima de la disciplina y de sus fronteras.

Bibliografía

- Arango, Luz Gabriela (2006). *Jóvenes en la universidad: género, clase e identidad profesional*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Nacional de Colombia.
- Barbosa Leite Bastos, Ana Paula (2004). *Herdeiros ou sobreviventes: mobilidade social no ensino superior no Rio de Janeiro* (Tesis de maestría). Universidade Federal do Rio de Janeiro.
- Bourdieu, Pierre (1979). *La distinción*. París: Les Éditions de Minuit.
- Bourdieu, Pierre (1984). *Homo Academicus*. París: Les Éditions de Minuit.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude (1964). *Les Héritiers, les étudiants et la culture*. París: Les Éditions de Minuit.
- Curiel, Ochy (2007). Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista. *Nómadas*, 26, 92-101.
- Fox Keller, Evelyn (1991 [1985]). *Reflexiones sobre ciencia y género*. Valencia: Alfons El Magnànim.

- Harding, Sandra (1996 [1993]). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- Hill Collins, Patricia (2004). Learning From the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminism Thought. En Sandra Harding (ed.), *The Feminist Standpoint Theory Reader*. Nueva York: Routledge.
- Le Doeuff, Michèle (1998). *Le sexe du savoir*. París: Flammarion.
- Lengermann, Patricia Madoo y Niebrugge-Brantley, Jill. (1998). *The Women Founders: Sociology and Social Theory, 1830-1930*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Martineau, Harriet (1836-1837). *Society in America. Vol. 1*. Nueva York: Saunders and Otley.
- Mauss, Marcel (1931). La cohésion sociale dans les sociétés polysegmentaires. *Bulletin de l'Institut français de sociologie*, I, 49-68.
- Parra Sandoval, Rodrigo (1993). La sociología en Colombia, 1959-1969. En Colciencias, *Historia social de la ciencia en Colombia. Tomo 9* (pp. 63-94). Bogotá.
- Pérez, Eduardo (2001). La sociología en la perspectiva del desarrollo nacional colombiano. *Revista Colombiana de Sociología*, 6(1), 27-36.
- Puyana, Yolanda (2007). Los estudios de mujer y género en la Universidad Nacional de Colombia. En Luz Gabriela Arango y Yolanda Puyana (comps.), *Género, mujeres y saberes en América Latina: entre el movimiento social, la academia y el Estado* (pp. 115-151). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Quijano, Aníbal (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (pp. 201-246). Buenos Aires: Clacso.
- Real Academia Española (2000). *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa.

- Restrepo, Gabriel (2002). *Peregrinación en pos de omega: sociología y sociedad en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Restrepo, Gabriel y Restrepo, Olga (1997). Balance doble de treinta años de historia. En William Ramírez (ed.), *La sociología en Colombia. Estado Académico* (pp. 3-67). Bogotá: Asociación Colombiana de Sociología.
- Ritzer, George (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. México: McGraw Hill.
- Segura Escobar, Nora y Camacho Guizado, Álvaro (1999). En los cuarenta años de la sociología colombiana. *Revista de Estudios Sociales*, 4.
- Uricoechea, Fernando (2001). La sociología en Colombia: vocación, disciplina, profesión e historia. *Revista Colombiana de Sociología*, 6(1), 17-25.
- Viveros, Mara (2007). De diferencia y diferencias. Algunos debates desde las teorías feministas y de género. En Luz Gabriela Arango y Yolanda Puyana (comps.), *Género, mujeres y saberes en América Latina: entre el movimiento social, la academia y el Estado* (pp. 175-190). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Wajcman, Judy (1991). *Feminism Confronts Technology*. Pensilvania: Pennsylvania State University Press.
- Wajcman, Judy (2006). *El tecnofeminismo*. Madrid: Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia, Instituto de la Mujer.
- Weber, Marianne (2007). *La mujer y la cultura moderna. Tres ensayos*. Cali: Fundación Editorial Archivos del Índice.
- Wills Obregón, María Emma (2007). *Inclusión sin representación. La irrupción política de las mujeres en Colombia 1970-2000*. Bogotá: Norma.

**Las desigualdades
de género en la
educación superior:
una aproximación
interseccional**

Jóvenes sociólogos/as e ingenieros/as de sistemas en la Universidad Nacional de Colombia: origen de clase e identidad social*

El acceso a la universidad: trayectorias sociales y escolares

Con el desarrollo desaforado de los establecimientos privados de educación superior en Colombia a partir de la década del setenta, la participación de la universidad pública en la matrícula universitaria se redujo de forma considerable. La Universidad Nacional de Colombia, que tenía una participación del 27 % en la matrícula universitaria de pregrado del país en 1960, en 1996 apenas alcanzó el 4 %. En el año 2002 la Universidad Nacional contaba con once facultades, cuarenta y nueve programas de pregrado y 136 programas de posgrado entre especializaciones, maestrías y doctorados; tenía 3212 profesores a nivel nacional y 2207 en Bogotá, once centros de investigación, 113 grupos de investigación y veintidós grupos promisorios avalados por Colciencias (Oficina Nacional de Planeación, 2001). Factores como el carácter público de la universidad, sus bajos costos, el buen nivel académico y el reconocimiento como una de las mejores del país hacen que la demanda de cupos sea muy alta. Para el segundo semestre de

* Publicado en Luz Gabriela Arango, *Jóvenes en la universidad: género, clase e identidad profesional*, Bogotá, Siglo del Hombre / Universidad Nacional de Colombia, 2006.

2001 la Universidad Nacional contaba con 37.070 estudiantes matriculados en sus seis sedes. En la sede de Bogotá este número correspondía a 23.173 estudiantes. Para pregrado, en 1980 la cifra de inscritos –aspirantes a ingresar a la Universidad– era de 42.953, y en 2001 fue de 97.158. El número de admitidos/as en 1980 fue de 5811, y en 2001, de 9531, hecho que quiere decir que solo cerca del 9 % de los estudiantes inscritos/as son admitidos/as. Para 2001 hubo 3377 graduados en pregrado y 739 en posgrado (Oficina Nacional de Planeación, 2001).

Entre 1997 y 2001 la distribución por sexo de las y los estudiantes señala una tendencia decreciente en el porcentaje de mujeres que se matricularon. Mientras que en 1997 el 43 % de las y los matriculados eran mujeres, en 2001 solo fueron el 38 % (Oficina Nacional de Planeación, 2001). Esto coloca a la Universidad Nacional en contravía de las tendencias nacionales e internacionales de incremento continuo de la participación de las mujeres en la educación superior, fenómeno cuyas causas habría que explorar.

Tabla 1. Datos comparados de las dos carreras

	Ingeniería de Sistemas	Sociología
Año de creación	1978	1959
Duración de estudios	10 semestres	8 semestres
Porcentaje de mujeres	17 %	42 %
Número de egresados	1392	508
Número de profesores	46	25
Tiempo promedio de la carrera	7 años	8 años

Fuente: datos obtenidos de los documentos de autoevaluación de cada una de las carreras con cifras actualizadas hasta el año 2001.

En cuanto a las carreras que nos interesan en esta investigación, la evolución de la Ingeniería de Sistemas en el país muestra que para 1992 existían treinta y cuatro programas, mientras que en 1996 existían setenta y ocho, hecho que indica un crecimiento de 129,4 % en cuatro años. En el caso de la carrera de Sociología, en el año 2002 existían diecisiete programas registrados en el Instituto Colombiano de Fomento a la Educación Superior (ICFES). La carrera de Ingeniería de Sistemas de la Universidad Nacional, a pesar de llevar menos años en la formación de profesionales, tiene 2,7 veces más egresados que la carrera de Sociología.

En el primer semestre del año 2000 la matrícula de Ingeniería de Sistemas representaba el 19 % de toda la matrícula de ingenierías y ocupaba el tercer lugar después de Ingeniería Civil y Química, cada una con alrededor del 20 %. A su vez, Sociología representaba el 11 % de la matrícula de ciencias humanas y ocupaba el tercer lugar junto con antropología después de Filología e idiomas (26 %) y Psicología (18 %). Durante la última década, Ingeniería de Sistemas ha sido uno de los programas con mayor demanda en la Universidad Nacional después de medicina. Entre 1999 y 2004 cerca del 30 % de las y los aspirantes a ingresar a la Universidad Nacional a ese programa eran mujeres, pero solo representaban entre el 11 % y el 16 % de los admitidos. En el año 2004 las mujeres eran el 16,5 % de las y los matriculados en Ingeniería de Sistemas, porcentaje inferior al de otros programas de la misma facultad con mayor participación femenina (como Ingeniería Química, con 41 %; Ingeniería Agrícola, con 34 %, o Ingeniería Industrial, con 30 %), y superior al de programas casi exclusivamente masculinos (como Ingeniería Mecánica

e Ingeniería Mecatrónica, con solo 8 % de mujeres).¹ Para el segundo semestre de 2001, las y los estudiantes matriculados en pregrado en Ingeniería de Sistemas eran 117, y en Sociología, 418.

Los anteriores datos muestran que las y los estudiantes² que interesan a esta investigación constituyen un grupo que ha pasado por varios procesos de selección social. Estas y estos estudiantes hacen parte de la minoría de jóvenes que en el país accede a la educación superior, y dentro de esta, a la universidad pública. Hacen parte del 10 % en promedio de las y los numerosas/os aspirantes a ingresar a la Universidad Nacional que fueron admitidos. Sin embargo, esta última selección señala una diferencia muy importante entre Sociología e Ingeniería de Sistemas, puesto que el nivel de selección es mucho más alto en esta última. En 1995 esta ingeniería tuvo una tasa de absorción del 6,6 % (268 admitidos sobre 4052 inscritos), que fue la más baja dentro de la Facultad de Ingeniería. Para este mismo año, Sociología tuvo una tasa de absorción del 69 % (ochenta y nueve admitidos sobre 129 inscritos), una de las más altas de la facultad de Ciencias Humanas (Oficina Nacional de Planeación, 2000). Entre 1996 y 2000 las tasas de absorción disminuyeron para ambas carreras y su posición se mantuvo en cada una de las facultades.

Al examinar las diferencias por sexo, podemos decir que las mujeres que ingresan a Ingeniería de Sistemas constituyen un grupo todavía más selecto, en la medida en que hacen parte de la minoría de mujeres que escoge este tipo de carrera. El 47 % de

1 Datos suministrados por la Dirección Nacional de Admisiones, cálculos de la Oficina Nacional de Planeación, noviembre 2004.

2 Encuestamos a 179 estudiantes (cien en Ingeniería de Sistemas y setenta y nueve en Sociología), que corresponden al 67 % de la población identificada, constituida por las y los estudiantes que estaban adelantando su proyecto de grado o cursando el último semestre de materias.

las y los encuestados en Sociología y el 28 % en Ingeniería de Sistemas son mujeres. Estos estudiantes no solo lograron ingresar a la universidad, sino que se mantuvieron en ella y avanzaron en sus estudios hasta encontrarse muy cerca de la culminación de su carrera en el momento de la encuesta. En esa medida, estaban a muy pocos pasos de ingresar en las estadísticas de las y los graduados en la Universidad Nacional, que corresponden aproximadamente al 38 % de los admitidos (Palacios, 2003).

De este modo, tenemos algunos indicadores generales que nos muestran a este grupo como el resultado de diversas selecciones positivas, al término de las cuales vinieron a hacer parte de las y los “incluidos” en la educación superior, la universidad pública, la Universidad Nacional y la carrera de ingeniería, mientras que otros –más numerosos– fueron excluidos. Esto es, sin duda, parte de la realidad. Sin embargo, el carácter “positivo” o “negativo” de una selección social siempre es relativo, pues depende del grupo de referencia y de las posiciones sociales con las que se le está comparando. Desde una perspectiva inversa, estos/as jóvenes no pudieron escoger una universidad privada de prestigio y muchos de ellos/as probablemente no pudieron ingresar a la carrera que más deseaban estudiar. Estos/as estudiantes tienen orígenes sociales diversos y, en esa medida, sus trayectorias personales incipientes pueden inscribirse dentro de la “trayectoria modal” de su clase social y sexo; o al contrario, pueden constituir una desviación más o menos fuerte “hacia arriba” o “hacia abajo” de la misma.

La investigación no nos permite comparar las trayectorias de las y los jóvenes con las de otros del mismo origen social. Para ello, habría que partir de la clase social de origen y diferenciar las trayectorias a que da lugar para poder identificar una “trayectoria” modal. Compararemos, en cambio, a unos/as jóvenes con

otros/as en función de su origen social y su sexo. Nos situamos, por lo tanto, en el punto de confluencia de diversas trayectorias sociales, en el que jóvenes con distintos recorridos por el espacio social coinciden en la Universidad Nacional al final de sus carreras. ¿Qué tan distintos son esos orígenes sociales? ¿Qué tanto difieren de acuerdo con la carrera escogida y el sexo?

Las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas³

El origen social

Una de las coordenadas que permite establecer la ubicación social de un agente en particular está dada por su posición en un espacio geográfico históricamente delimitado y jerarquizado. Esta ubicación define en buena medida las posibilidades de acceder a determinados bienes y servicios que se encuentran distribuidos de manera desigual dentro de un territorio político-administrativo concreto. Por ello, la mayor o menor cercanía a “la capital”, donde se concentran recursos de todo tipo, determina desigualdades en la estructura de oportunidades. El origen geográfico de los encuestados muestra una mayoría de estudiantes nacidos/as en Bogotá o en municipios aledaños (71 %). El resto proviene de otras ciudades y municipios o de capitales de departamentos. El 23 % nació en ciudades no capitales o municipios y solo el 6 % nació en una capital departamental distinta de Bogotá. Las diferencias por sexo no son significativas. La mayoría de los/as que nacieron fuera de Bogotá llegaron a la ciudad para iniciar estudios universitarios.

³ Una primera versión de este análisis fue publicado en la *Revista Colombiana de Sociología* (Arango, Quintero y Mendoza, 2004).

La familia de origen

El estado civil de los padres muestra una alta proporción de casados (59 %). El 20 % de los/as estudiantes encuestados/as era hijos/as de padres separados, y en el 15 % de los casos uno de los padres había fallecido. Predominan los hogares con tres hijos (37 %), seguidos por las familias con dos hijos (20 %). La proporción de hijos únicos no supera el 10 % y corresponde mayoritariamente a varones. Resulta interesante anotar la presencia de un 10 % de familias con más de seis hijos. Las diferencias por sexo no parecen muy relevantes, pero puede mencionarse que hay un porcentaje superior de padres casados en el caso de las mujeres.

Con el fin de tener indicios acerca del capital escolar familiar y sobre la posible competencia por el acceso a estudios universitarios entre los hijos, establecimos un *índice de acceso a la educación superior*,⁴ que mide el porcentaje de hijos mayores de 18 años que ha realizado estudios superiores. Para ello, es importante saber que el 74 % de las familias en Ingeniería de Sistemas cuenta con dos o más hijos mayores de 18 años. En este sentido, encontramos que el 79 % de estas familias tenía un índice igual a uno, lo que quiere decir que en ellas todos los hijos mayores de 18 años han cursado o están cursando estudios superiores. Esto significa que la mayoría de estos estudiantes proviene de familias que logran vincular a sus hijos a la educación superior y que, en general, nuestros/as encuestados/as no son la excepción entre sus hermanos/as.

4 Este índice corresponde a la división del número de hijos en la familia mayores de 18 años con estudios superiores sobre el número total de hijos mayores de 18 años.

El capital educativo de los padres y las madres

El capital educativo es una de las formas de riqueza y poder social que determinan diferencias en la posición de los agentes en el espacio social. Como otros capitales –económico o social–, el capital educativo es relativo y relacional. Para evaluar la movilidad social entre generaciones, por ejemplo, no basta con considerar los cambios morfológicos en términos de cantidad y calidad de estudios entre padres e hijos, sino que es necesario observar la posición relativa que agentes con determinado nivel educativo ocupan frente a otros grupos sociales. En este caso, si bien no podemos evaluar plenamente el cambio intergeneracional (puesto que nuestros/as encuestados/as aún no se han insertado en el mercado laboral), sí podemos comparar los puntos de partida en sus trayectorias sociales, a través del capital educativo de sus familias de origen.

Como lo señalamos en el primer capítulo, uno de los problemas que los estudios sobre movilidad social se plantean desde hace algunos años es la búsqueda de indicadores que tomen en cuenta las diferencias de género. Hasta hace poco, dichos estudios no tenían en cuenta a las mujeres, debido a la supuesta dificultad para clasificarlas socialmente de manera tan “unívoca” como a los hombres a partir de la actividad profesional.

La posición social del padre o el esposo, jefe de familia, definía la de la mujer. La creciente participación de las mujeres en el mercado laboral y las críticas feministas han obligado a replantear algunas preguntas. De acuerdo con estas preocupaciones, decidimos considerar los niveles educativos del padre y de la madre como elementos constitutivos del capital cultural de origen de las y los estudiantes. Los resultados confirman la importancia de tomarlos en consideración.

El nivel educativo de los padres señala que el 39 % de estos tiene estudios universitarios, el 23 % tiene estudios de bachillerato y el 16 % tiene estudios técnicos. Uno de cada cinco padres no supera el nivel de educación básica primaria.

Las madres presentan niveles de escolaridad inferiores a los niveles de los padres, en la medida en que solo el 23 % de ellas tiene estudios universitarios. Predominan las madres con estudios secundarios completos o incompletos (48 %). El 11 % de ellas tiene estudios técnicos y el 16 % no supera el nivel de primaria.

La primera constatación es que el capital cultural de origen de las y los estudiantes es bastante heterogéneo. Sin embargo, si comparamos el nivel educativo de ambos padres con el que tienen la población en edad de trabajar y la población ocupada del país, vemos que el perfil de los padres señala niveles educativos claramente superiores. En efecto, en el año 2001 solo el 11 % de los hombres y el 12 % de las mujeres en edad de trabajar tenían estudios superiores completos o incompletos, mientras que el 45 % de los hombres y el 42 % de las mujeres solo llegaban al nivel de primaria. Para el mismo año, los datos para la población ocupada mostraban que el 12 % de los hombres y el 19 % de las mujeres tenían estudios superiores y que el 48 % de los hombres y el 37 % de las mujeres no iban más allá del nivel de primaria (Arango, 2002).

Al comparar el nivel educativo de los padres de estudiantes de uno y otro sexo, resulta evidente que los padres y las madres de las mujeres tienen un nivel educativo superior al de los padres y las madres de los varones. En efecto, resalta el alto porcentaje de mujeres cuyas madres tiene estudios universitarios (36 % contra 18 % de las madres de los varones) –entre estas hay una proporción importante con estudios de posgrado (21 % contra 4 %)– o técnicos (18 % contra 8 % entre los hombres). Por el

contrario, el nivel educativo de las madres de los varones se concentra en estudios de bachillerato (56 % contra 29 % de las madres de las mujeres).

El perfil de los padres de hombres y mujeres señala ante todo una mayor proporción de padres con estudios universitarios entre las mujeres (53 % contra 33 % entre los varones). En cambio, los varones tienen en mayor proporción padres con estudios técnicos (21 % contra 4 % entre las mujeres). Además de lo anterior, el área de formación de los padres con estudios técnicos y superiores indica que mientras solo cuatro (11 %) de los padres de los varones tienen formación profesional en el área de estudios de sus hijos (en ingenierías, arquitectura, urbanismo y afines), entre los padres de las mujeres este porcentaje alcanza el 44 % (siete casos).

Las madres de las mujeres provienen fundamentalmente de dos tipos de formaciones: ciencias de la educación y estudios técnicos en secretariado, comercio y afines. Entre las madres de los varones también predominan las educadoras, pero en menor proporción, seguidas de las profesionales o técnicas en economía, administración, contaduría y afines. Resulta importante complementar esta información con el porcentaje de madres activas, que es superior en el caso de las mujeres (61 % contra 40 %).

Tabla 2. Familia de origen y capital educativo⁵

	Ingeniería de Sistemas	
	Hombres	Mujeres
Padres casados	57	64
Padres separados	19	21
Índice acceso ES = 1	80	75
Padres con ESU*	33	53
Padres con EST	21	4
Padres con solo EP	22	18
Madres con ESU	18	36
Madres con EST	8	18
Madres con solo EP	15	18
Madres activas	40	61

* ESU=educación superior universitaria, EP=educación primaria, EST=educación superior técnica.

Tenemos aquí algunos elementos que contribuyen a alimentar la hipótesis de una sobreselección relativa de las mujeres en Ingeniería de Sistemas, si se las compara con sus compañeros hombres. Podemos decir que las mujeres provienen en mayor proporción que los varones de hogares con padres ingenieros o similares y madres con estudios superiores y activas (especialmente educadoras). El grupo mayoritario de las estudiantes pertenece a familias relativamente seleccionadas por el nivel educativo de ambos padres, pero existe, como en el caso de los varones, un grupo más pequeño –cercano al 20 %– de jóvenes que provienen de familias de escaso capital cultural.

⁵ Porcentajes sobre el total de respuestas para cada sexo.

El capital económico de la familia de origen

Para aproximarnos a la idea de capital económico, recurrimos a indicadores como la ocupación del padre y de la madre, el estrato socioeconómico de su vivienda y las propiedades familiares. Renunciamos a tratar de evaluar los ingresos, por la dificultad para obtener datos confiables y la suspicacia que este tipo de preguntas podía generar entre los encuestados.

La ocupación de los padres señala una gran diversidad. El 39 % de los padres son comerciantes, transportadores, productores agrícolas u otros. Los padres asalariados, incluyendo los pensionados,⁶ son aproximadamente el 35 % del total. El 15 % son profesionales independientes, el 4 % son técnicos y el 6 % estaban desempleados.

Las madres activas de las y los estudiantes de Ingeniería son fundamentalmente asalariadas (28 %), hay muy pocas en actividades independientes en el comercio y otras ramas (15 %), una sola profesional independiente y una desempleada. Las diferencias por sexo son menores en relación con la ocupación de los padres, salvo la mayor presencia de padres pensionados y transportadores entre las mujeres, mientras que entre los varones son más numerosos los padres docentes, funcionarios públicos y técnicos. En cuanto a las madres, la gran diferencia está en el porcentaje de madres dedicadas al hogar (porcentaje muy superior entre los varones) y la presencia de una proporción relativamente alta de madres docentes entre las estudiantes (27 %).

⁶ Lamentablemente no solicitamos en la encuesta la actividad anterior de los padres pensionados, pero es alta la probabilidad de que fueran asalariados.

En Ingeniería de Sistemas, setenta y nueve estudiantes respondieron acerca del estrato socioeconómico⁷ de la vivienda del padre: 52 % era de estrato 3, 29 % era de estrato 2 y 15 % era de estrato 4. En el caso de las madres, el panorama no es muy diferente: de los/as noventa y seis encuestados/as que respondieron,⁸ el 55 % vive en estrato 3, 27 % vive en estrato 2 y 15 % vive en estrato 4. Esta ubicación residencial corresponde aproximadamente a sectores medios (estratos 3 y 4) y en un porcentaje significativo a sectores populares (estrato 2).

Si comparamos lo que sucede por sexo, surge una diferencia significativa entre mujeres y hombres. Teniendo en cuenta que la madre parece en este caso revelar mejor el estrato de la vivienda de la familia de origen en el momento de la encuesta, dado el número superior de respuestas, encontramos que un mayor porcentaje de mujeres tiene madres que viven en estrato 4 (22 % de las mujeres contra 13 % de los hombres) e, inversamente, que las madres de los varones viven en mayor proporción en estrato 2 (29 % de los hombres contra 22 % de las mujeres).

7 La estratificación socioeconómica elaborada por el Departamento Nacional de Planeación mide las características físicas de la vivienda y su entorno inmediato. El estrato y la zona, según el Departamento Administrativo de Planeación Distrital (DAPD), en Bogotá son los siguientes: estrato 1: zona de pobreza predominante, estrato 2: desarrollo progresivo consolidado, estrato 3: aporte principal en el desarrollo progresivo consolidado, estrato 4: zona generalizada residencial intermedia, estrato 5: zona vital residencial exclusiva, estrato 6: residencial exclusivo (Pérez, Laguado y Martínez, 2001).

8 La diferencia en el número de respuestas con respecto a la madre y al padre puede explicarse porque una proporción importante de los/as estudiantes no viven con el padre e ignoran, por lo tanto, el estrato socioeconómico de su vivienda.

Los datos sobre propiedades de la familia muestran que más del 80 % posee algún tipo de propiedad (fundamentalmente vivienda). El automóvil viene en segundo lugar y corresponde a una tercera parte de los padres. Hay una presencia significativa de negocios y fincas productivas como expresión de los perfiles ocupacionales de los padres y de su origen regional, mientras una de cada diez familias carece de propiedad. La información para las estudiantes indica que el 96 % de sus familias posee algún tipo de propiedad, en contraste con el 86 % de los varones de la misma carrera.

Tabla 3. Familia de origen y capital económico

	Ingeniería de Sistemas	
	Hombres	Mujeres
Vivienda madre estrato 3	55	55
Vivienda madre estrato 4 o 5	14	22
Vivienda madre estrato 2 o 1	30	22
Padre asalariado*	38	28
Padre independiente y otros	54	64
Madre asalariada	20	50
Madre independiente y otros	17	11
Alguna propiedad**	86	96

* Incluye pensionados

** Casa, apartamento, carro, negocio, vehículo o finca.

La trayectoria escolar

Las desigualdades escolares se manifiestan de diversas maneras. Por una parte, tenemos indicadores como el número de años de educación a los que se tiene acceso, el nivel educativo máximo alcanzado, el tipo de establecimientos y la calidad –y prestigio– de la educación obtenida. Por otra parte, hay factores como

el desempeño escolar, la relación entre edad y año escolar, la permanencia o las interrupciones y los cambios de plantel que pueden estar asociadas con desventajas sociales y escolares. A lo largo de la escolaridad básica y media se van produciendo nuevos procesos de selección escolar y social que determinan una ampliación –o al contrario, una reducción– de las estructuras de oportunidades y, por lo tanto, de las probabilidades de que los sujetos logren insertarse en el mercado laboral y consigan desplazarse favorablemente en el espacio social. En esta investigación tratamos de identificar los distintos tipos de itinerario escolar de las y los estudiantes, no solo para diferenciar los posibles recorridos que conducen a carreras como Sociología e Ingeniería de Sistemas en la Universidad Nacional, sino para ponderar las diferencias que en el momento de finalizar los estudios de pregrado podían observarse entre las y los estudiantes.

La educación secundaria

Un primer elemento tiene que ver con los ritmos del itinerario, el relativo retraso o adelanto de las y los estudiantes en relación con las normas sociales y escolares dominantes, es decir, la relación entre la edad y el nivel escolar alcanzado.

Tabla 4. Edad en el momento de la encuesta

	Ingeniería de Sistemas		
	Hombres (72 %)	Mujeres (28 %)	Total
Menos de 21 años	17	21	18
De 22 a 24 años	51	54	52
De 25 a 27 años	22	11	19
Más de 28 años	10	14	11
Promedio	24 años	24 años	24 años

En Ingeniería de Sistemas, hombres y mujeres tenían en promedio 24 años en el momento de la encuesta, pero había un porcentaje más alto de mujeres que no superaba esa edad (75 % contra 68 % de los varones). Es interesante notar que una de cada cinco mujeres tenía menos de 21 años. El 90 % de las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas finalizó su educación secundaria a los 17 años, todas/os se graduaron antes de los 19 años y más del 80 % permaneció en el mismo establecimiento a lo largo del bachillerato.

Tabla 5. Edad de graduación del colegio

	Ingeniería de Sistemas	
	Hombres	Mujeres
Menos de 17 años	89	90
Entre 18 y 19 años	11	10
Total	100	100

El perfil de los colegios de donde provienen señala diferencias notorias entre hombres y mujeres: mientras las estudiantes provienen en un alto porcentaje de colegios privados (61 %), la mayoría de los varones obtuvo su bachillerato en colegios públicos (76 %). Muy pocos estudiantes provienen de colegios bilingües. La mayoría de los/as estudiantes obtuvieron el título de bachiller académico (68 %), pero se observan algunas diferencias por sexo: las mujeres se graduaron en mayor proporción que los hombres en la modalidad de bachillerato académico (86 %), mientras que los varones vienen en un 61 % de esa modalidad y en un 27 % de bachillerato técnico. El 13 % de las estudiantes de Ingeniería de Sistemas viene de bachillerato comercial. Es necesario anotar que una proporción importante de las y los estudiantes –superior para las mujeres– se graduó en colegios no mixtos: el 54 % de las mujeres en colegios femeninos y el 36 % de los varones en

colegios masculinos. En relación con lo anterior, hay que decir que la proporción de mujeres que estudió en colegios religiosos es más alta que entre sus colegas varones (46 % de las mujeres contra 28 % de los hombres).

Tabla 6. Características del colegio

	Ingeniería de Sistemas	
	Hombres	Mujeres
Sector del colegio		
Público	39	76
Privado	61	24
Carácter del colegio		
Académico	86	61
Técnico	7	28
Comercial	7	6
Pedagógico		1
Mixto-no mixto		
Femenino	54	
Masculino		36
Mixto	46	60
Laico o religioso		
Religioso	46	28
Laico	25	44

El hecho de que las estudiantes de Ingeniería provengan en alta proporción de colegios privados, religiosos y femeninos puede apoyar la idea de una sobreselección social de las mismas, en el sentido de que el colegio religioso, femenino y privado se inscribe dentro de las opciones de sectores medios más solventes que aquellos que acuden a la educación pública. Pero podemos igualmente hablar de una sobreselección escolar de las y los estudiantes en general, más fuerte en el caso de las mujeres. Al hablar de

sobreselección escolar nos referimos a que se trata de jóvenes con un desempeño escolar superior al promedio: eso se hace evidente en algunos rasgos de su trayectoria educativa, como la limitada repitencia o retraso en su itinerario, dada la corta edad con la que se gradúa la mayoría o la permanencia en un mismo plantel. Pero también tiene que ver con la sobrerrepresentación de egresadas y egresados de colegios no mixtos y religiosos. En efecto, la proporción de colegios no mixtos se ha reducido en las últimas décadas –en el año 2000 solo el 5 % de los varones estaba en colegios masculinos y el 15 % de las niñas en colegios femeninos–,⁹ hecho que señala una considerable sobrerrepresentación de las egresadas y los egresados de este tipo de colegios entre nuestros encuestados.

Si acudimos a los resultados que obtienen los colegios en las pruebas del ICFES, podemos asociar esta sobrerrepresentación con mejores desempeños académicos, puesto que los colegios masculinos obtienen los mejores resultados, seguidos de los femeninos y, finalmente, de los mixtos. Entre 1981 y 1998 el porcentaje de colegios masculinos que obtenía resultados considerados “altos” en las categorías de rendimiento del ICFES pasó del 50 % al 67 %. Le seguían los colegios femeninos, de los que un 25 % obtenía resultados altos en 1981, porcentaje que subió al 45 % en 1998. El desempeño de los colegios mixtos aparecía muy por debajo –no hay que olvidar que son la mayoría de los colegios y bajo esta categoría se encubre una enorme heterogeneidad–: solo el 11 % de ellos obtenía resultados altos en 1981 y esto no mejoró en 1998 (ICFES, 1999).

9 Datos del ICFES, cálculos del Observatorio de Coyuntura Socioeconómica (Arango, 2002).

Lo anterior despierta inquietudes sobre el papel del desempeño matemático de las jóvenes y sobre las mayores posibilidades de desarrollo en esta área que los colegios femeninos pueden ofrecer a sus estudiantes. En efecto, estudios en varios países muestran que los ambientes escolares mixtos pueden no ser equitativos y que en ellos las profesoras y los profesores estimulan mucho más el desarrollo intelectual y científico de los varones, hecho que expresa implícitamente menores expectativas hacia el desempeño de las niñas en esas áreas (Duru-Bellat y Jarlegan, 2001; Estrada, 2001 y Rico de Alonso et al., 2002).

El itinerario universitario

La tasa bruta de escolaridad utilizada en Colombia desde hace unos años muestra la relación entre los alumnos matriculados en el nivel superior y la población entre los 18 y los 24 años, pero este rango de edad ya no corresponde a la realidad, puesto que la población que culmina los estudios secundarios y aspira a ingresar a la universidad es cada vez más joven. En este sentido, en los últimos años más del 60 % de la población admitida en la Universidad Nacional de Colombia es menor de 18 años (Oficina Nacional de Planeación, 2000). La edad de ingreso a la educación superior señala que el 76 % de las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas ingresa a más tardar a los 18 años, hecho que está asociado con su temprana graduación de bachillerato. Solo el 5 % ingresó a la educación superior después de los 21 años. La comparación por sexo muestra un porcentaje más alto de mujeres cuya edad de ingreso a la educación superior es inferior o igual a 18 años (89 % de las mujeres contra 71 % de los varones). Muy pocos estudiantes ingresan a la educación superior inmediatamente después de graduarse de bachillerato. La mayoría lo hace

entre uno y dos años después, mientras cerca del 17 % ingresa a la educación superior entre dos y cinco años después de su salida del colegio. Las mujeres tienden a entrar más rápidamente que los varones, hecho que está asociado con el servicio militar que deben prestar los hombres. Así, el 93 % de las mujeres y el 75 % de los varones en Ingeniería de Sistemas ingresa a la universidad máximo dos años después de haberse graduado como bachiller. La mayor precocidad o regularidad de los itinerarios escolares de las mujeres con respecto a los varones (que observamos en la secundaria) se conserva en la universidad.

El tiempo promedio de permanencia en la universidad es de 5,9 años para un plan de estudios de diez semestres. Las diferencias entre hombres y mujeres son menores y no se observan casos de interrupción prolongada de la carrera.

El desempeño académico, medido por la nota promedio obtenida a lo largo de la carrera, señala un rango que va de 3,2 a 4,2. El 14 % de las mujeres y el 19 % de los varones tienen un promedio inferior o igual a 3,5, el 75 % de las mujeres y el 67 % de los varones tienen el promedio entre 3,6 y 3,9, y el 11 % de las mujeres y de los hombres tienen el promedio superior o igual a 4,0. Si bien las diferencias entre hombres y mujeres son menores, se observan resultados levemente superiores por parte de las mujeres. Otro indicador de una mayor “regularidad” escolar es la escogencia temprana de la carrera y la concentración en esta: solo el 13 % de las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas ha emprendido otros estudios superiores, con pocas variaciones por sexo. Los varones han realizado estudios técnicos o tecnológicos, mientras las mujeres han adelantado otros estudios profesionales en áreas como matemáticas, tecnología hidráulica, física, ingeniería eléctrica, filosofía, química, ingeniería química y sistemas. Algunos hombres se han graduado como tecnólogos en Ingeniería

Hidroneumática, una mujer es maestra en Bellas Artes y tenemos un licenciado en Química.

A partir de la información anterior, diferenciamos tres grupos entre las y los estudiantes, de acuerdo con el capital cultural de origen, que expresa las desigualdades en el origen social más relevantes para esta investigación. En el primer grupo, de *promoción*, ubicamos a las y los estudiantes cuyos padres y madres no superaron el nivel de estudios secundarios; en el segundo grupo, de *reproducción*, ubicamos a aquellas/os cuyos padres –los dos– realizaron estudios superiores, universitarios o técnicos, y, finalmente, establecimos un grupo intermedio, *mixto*, con las y los estudiantes cuyos padres o madres –uno solo– tenía estudios superiores.

De este modo, las diferencias por sexo que encontramos a lo largo del análisis quedaron sintetizadas así: la proporción de mujeres en el grupo de mayor capital cultural de origen, el de *promoción*, duplica a la de los varones y sucede lo contrario con el grupo de menor capital cultural de origen. En el medio, en el grupo *mixto*, se encuentra una proporción similar e importante de estudiantes de ambos sexos.

Tabla 7. Tipología de movilidad social en Ingeniería de Sistemas

Sexo	Grupo promoción	Grupo reproducción	Grupo mixto	Total
Mujeres	25	32	43	100
Hombres	44	17	39	100
Total	39	21	40	100

Las y los estudiantes de Sociología

El origen social

Al igual que las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas, la mayoría de las y los estudiantes de Sociología (72 %) nació en Bogotá; el 16 % nació en otras ciudades o municipios y el 11 % en capitales de departamento (hay un porcentaje ligeramente superior de mujeres que nacieron en ciudades no capitales u otros municipios).

La familia de origen

El 45 % de las y los jóvenes tiene padres que están casados, el 28 % padres separados y en el 24 % de los casos uno de los padres falleció. No se observan mayores diferencias por sexo. La mitad de las familias tiene dos o tres hijos, una de cada diez tiene un hijo único y 14 % tiene más de seis hijos. Las mujeres provienen de familias más numerosas que las de los varones, hecho que puede estar relacionado con la mayor proporción de mujeres nacidas en ciudades no capitales o en otros municipios.

En Sociología hay un porcentaje más alto de familias con dos o más hijos mayores de 18 años que en ingeniería: son el 83 %, hecho que puede estar asociado con la mayor edad promedio de las y los estudiantes de Sociología en relación con las y los de Ingeniería de Sistemas. El 65 % de estas familias tiene un *índice de acceso a la educación superior* igual a uno, hecho que indica que todos los hijos y las hijas mayores de 18 años han cursado o están cursando estudios superiores. Esto significa, que para las dos terceras partes de los jóvenes, sus hermanos mayores de 18 años han tenido, como ellos, acceso a la educación superior, pero también significa que un tercio de las y los estudiantes tiene hermanos en edad de seguir estudios superiores que no han accedido a la universidad.

El capital educativo de los padres y las madres

El nivel educativo de los padres y las madres de las y los estudiantes de Sociología es un poco más bajo que el de los padres y las madres de las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas: el 34 % de los padres tiene estudios universitarios, el 23 % estudios de bachillerato y el 15 % estudios técnicos, mientras que el 23 % no supera el nivel de primaria.

Las mujeres tienen padres ligeramente más educados que los varones: el 38 % de estos tiene estudios universitarios y el 22 %, estudios técnicos, mientras que en el caso de los padres de los hombres los porcentajes respectivos son del 31 % y del 9 %.

En relación con las características educativas de la población en edad de trabajar, los padres y las madres de estos jóvenes constituyen un grupo más educado, aunque con menor ventaja que en el caso de los/as estudiantes de ingeniería. En cuanto a las madres, solo el 18 % tiene estudios superiores, mientras que el 25 % no supera el nivel de primaria. La mayoría de ellas tiene estudios secundarios (48 %) y el 8 % tiene estudios técnicos.

Al contrario de lo que ocurre con los padres, el nivel educativo de las madres muestra una mejor perspectiva en el caso de los varones: el 21 % de estas tiene estudios universitarios, en comparación con el 13 % de las madres de las mujeres. Inversamente, el 27 % de las madres de las mujeres y el 24 % de las madres de los varones no supera la educación primaria. Para ambos sexos, la mayoría de las madres se ubica en niveles de secundaria, pero es más alto este porcentaje entre los varones (50 % de los hombres contra 46 % de las mujeres).

El área de formación de los padres de las mujeres y de los varones presenta algunas diferencias. En el caso de los hombres, los padres con estudios en economía, administración, contaduría y

en ciencias sociales, derecho, ciencia política y afines representan el porcentaje más alto (cinco casos). Le siguen los padres ingenieros, arquitectos y similares y los técnicos en industria. En cuanto a las mujeres, predominan los padres técnicos en industria y afines, seguidos por los educadores y por los economistas, administradores y similares.

En cuanto a las madres, en primer lugar hay que resaltar que hay una proporción mayor de madres activas entre las mujeres que entre los hombres (62 % contra 53 %). La formación profesional de las madres presenta una mayor afinidad con las ciencias sociales en el caso de las mujeres: tres tienen estudios en ciencias sociales, derecho y ciencia política, humanidades y ciencias religiosas o ciencias de la educación, y dos tienen estudios en economía, administración y afines. Para los varones, tres madres son formadas en ciencias de la educación, dos en humanidades y ciencias religiosas y una en economía, administración y afines.

Tabla 8. Familia de origen y capital educativo

	Sociología	
	Hombres	Mujeres
Padres casados	40	51
Padres separados	29	27
Índice acceso ES	67	62
Padres con ESU*	31	38
Padres con EST	9	22
Padres con solo EP	26	19
Madres con ESU	21	13
Madres con EST	5	11
Madres con solo EP	24	27
Madres activas	53	62

* ESU=educación superior universitaria, EP=educación primaria, EST=educación superior técnica.

El capital económico de la familia de origen

Tal como ocurrió con las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas, la posición socioeconómica de los padres señala un porcentaje relativamente elevado de padres pensionados (24 %). El 45 % de los padres de las sociólogas y los sociólogos, incluyendo a los pensionados, son o fueron asalariados. El 33 % se divide entre comerciantes, transportadores, microempresarios y productores agrícolas. Solo el 7 % son profesionales independientes; el 5 %, técnicos o mecánicos, y el 3 % están desempleados.

Las y los estudiantes de Sociología tienen un porcentaje más alto de madres activas que sus compañeros y compañeras de Ingeniería: el 28 % son comerciantes, productoras agrícolas y otros; el 26 % son o han sido asalariadas (educadoras, empleadas administrativas o funcionarias) y solo hay una profesional independiente y una desempleada. Entre las mujeres hay una mayor proporción de padres docentes, transportadores y técnicos, mientras que entre los varones son más numerosos los padres comerciantes. En relación con las madres ocurre lo contrario: las mujeres tienen una proporción más alta de madres comerciantes y empleadas administrativas, y los varones, de madres docentes y pensionadas. Esto último está relacionado con el mayor nivel educativo de las madres de los varones.

Al igual que en Ingeniería de Sistemas, un número mayor de estudiantes respondió a la pregunta sobre el estrato de la vivienda de la madre: el 60 % vive en estrato 3, 16 % en estrato 4 y 15 % en estrato 2. En Sociología encontramos casos de estrato 6 (un padre y dos madres) y casos de vivienda rural (dos padres y una madre).

Tabla 9. Familia de origen y capital económico

	Sociología	
	Hombres	Mujeres
Vivienda madre estrato 3	58	63
Vivienda madre estrato 4 o 5	24	20
Vivienda madre estrato 2 o 1	18	14
Padre asalariado*	45	45
Padre independiente y otros	51	48
Madre asalariada	31	17
Madre independiente y otros	16	44
Alguna propiedad**	86	81

* Incluye pensionados

** Casa, apartamento, carro, negocio, vehículo o finca.

En comparación con los estudiantes de Ingeniería de Sistemas, en Sociología es menor la proporción de varones con madres que viven en los estratos más bajos, e, inversamente, hay un porcentaje superior de hombres con madres que residen en los estratos superiores. Es decir, el perfil económico de las familias de origen de los varones es más ventajoso en el caso de los estudiantes de Sociología. En cambio, el perfil económico de las estudiantes de Sociología es menos bueno que el de sus compañeras de Ingeniería de Sistemas. Los datos sobre propiedades de la familia muestran que, al igual que en Ingeniería de Sistemas, más del 80 % posee algún tipo de propiedad (fundamentalmente vivienda). El automóvil viene en segundo lugar y corresponde a la mitad de los padres en Sociología.

La trayectoria escolar

La educación secundaria

Los datos nos permiten señalar algunos contrastes importantes entre las y los estudiantes de las dos carreras: la edad en el momento de la encuesta muestra que las y los estudiantes de Sociología son un poco mayores que sus compañeros y compañeras de Ingeniería de Sistemas –el promedio de edad en el momento de la encuesta era de 25 años en Sociología y de 24 en Ingeniería de Sistemas–, a pesar de que el plan de estudios en Sociología tiene un año menos de duración. En Sociología el promedio de edad de los varones es dos años más alto que el de las mujeres (26 años para los hombres contra 24 años para las mujeres) y resalta especialmente el alto porcentaje de varones mayores de 28 años.

Tabla 10. Edad en el momento de la encuesta

	Sociología		
	Hombres (53 %)	Mujeres (47 %)	Total
Menos de 21 años	12	19	15
De 22 a 24 años	43	59.5	51
De 25 a 27 años	17	8	13
Más de 28 años	28	13.5	21
Promedio	26 años	24 años	25 años

El 61 % de los varones y el 72 % de las mujeres en Sociología finalizaron su educación secundaria a los 17 años (en menor proporción que las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas). Uno de cada diez varones se graduó como bachiller después de los 20 años. Las mujeres presentan mayor estabilidad que los varones, ya que el 78 % permaneció en el mismo plantel a lo largo de sus estudios de bachillerato, mientras que esto solo le ocurrió al 50 % de los varones.

Tabla 11. Edad de graduación del colegio

	Sociología	
	Mujeres	Hombres
Menos de 17 años	72	61
Entre 18 y 19 años	22	29
20 años y más	6	10
Total	100	100

En Sociología el 70 % de las mujeres y el 83 % de los varones terminaron su bachillerato en un colegio de Bogotá. El 45 % se graduó en colegios públicos y el resto en colegios privados. La alta participación de los colegios privados en Sociología corresponde, a grandes rasgos, a la procedencia de los estudiantes de la Universidad Nacional. Según las estadísticas oficiales de la institución, en los cuatro periodos de admisión (de 1999 y de 2000), en promedio el 50 % de los estudiantes admitidos provino de colegios privados y el 50 % restante se reparte entre colegios nacionales (18 %), departamentales (10 %), distritales (8 %), municipales (5 %) y cooperativos (2 %) (el 7 % restante no informó su procedencia) (Oficina Nacional de Planeación, 2000).

Como ocurre con las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas, en su mayoría las y los estudiantes de Sociología obtuvieron el bachillerato académico (71 %), pero se observan algunas diferencias por sexo: las mujeres se graduaron en mayor proporción que los hombres en bachilleratos académicos (76 % de las mujeres contra 67 % de los hombres), 12 % de los muchachos obtuvo el bachillerato técnico y 13 % de las mujeres el bachillerato comercial. Dos hombres y dos mujeres (5 %) validaron el bachillerato. También se encuentra una alta presencia de egresadas y egresados de colegios no mixtos, aunque menor que entre las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas: una de cada dos mujeres estudió en

colegios femeninos y uno de cada cuatro varones lo hizo en colegios masculinos. El 29 % de los varones y el 24 % de las mujeres estudiaron en colegios religiosos.

Tabla 12. Características del colegio

	Sociología	
	Mujeres	Hombres
Sector del colegio		
Público	45	45
Privado	55	55
Carácter del colegio		
Académico	76	67
Técnico		12
Comercial	13	5
Validación	5	5
Mixto-no mixto		
Femenino	49	
Masculino		23
Mixto	43	62
Laico o religioso		
Religioso	24	29
Laico	62	50

El itinerario universitario

La edad de ingreso a la educación superior de las y los estudiantes encuestados corrobora las diferencias que habíamos señalado en las trayectorias escolares en las dos carreras: solo el 52 % de los estudiantes de Sociología ingresó a la universidad máximo a los 18 años, hecho que está asociado con su graduación de bachillerato comparativamente más tardía. Se encontró, además, que

el 18 % ingresó a la educación superior después de los 21 años. La comparación por sexo muestra un porcentaje más alto de mujeres que de hombres cuya edad de ingreso a la educación superior es inferior o igual a 18 años (62 % contra 43 %), e, inversamente, una proporción superior de varones que ingresa después de los 21 años (26 % de los hombres contra 8 % de las mujeres). Solo el 4 % de las y los estudiantes ingresa a la universidad inmediatamente después de graduarse. Como sucede en Ingeniería de Sistemas, cerca del 70 % lo hace entre uno y dos años después y las mujeres tienden a entrar más rápido que los varones. El 84 % de las mujeres ingresa a la universidad máximo dos años después de haberse graduado como bachiller, mientras que eso ocurre para el 66 % de los muchachos. Es claro que las y los estudiantes de Sociología tardan más en terminar sus estudios que las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas, pero se observa una mayor regularidad entre las mujeres. Aunque la duración prevista de la carrera es de ocho semestres, el tiempo entre el inicio y la terminación del plan de estudios es en promedio de cinco años; y entre la terminación del plan de estudios y el grado se emplea un promedio de tres a cuatro años, lo que da como resultado que el tiempo total promedio en la carrera es de ocho a nueve años, desde el ingreso hasta la graduación (Departamento de Sociología, 2002). Entre los encuestados hay casos, todos varones, con más de diez años de permanencia en la Universidad Nacional.

En cuanto al desempeño académico, el promedio de la nota obtenida a lo largo de la carrera oscila entre 3,0 y 4,5. El 16 % de las mujeres y el 14 % de los varones tiene un promedio inferior o igual a 3,5, el 46 % de las mujeres y el 48 % de los varones tienen un promedio entre 3,6 y 3,9 y el 32 % de las mujeres y el 36 % de los varones tienen un promedio superior o igual a 4,0. Aunque

las diferencias por sexo no son mayores, los varones obtienen resultados ligeramente superiores.

Las y los estudiantes de Sociología que han adelantado otros estudios superiores son más numerosos que los de Ingeniería de Sistemas, ya que representan el 34 % del total; el porcentaje de varones es un poco más alto que el de mujeres (38 % de los hombres contra 30 % de las mujeres). Las carreras o estudios adelantados después de su grado de bachillerato señalan una mayor variedad en el caso de Sociología: tres estudiantes ingresaron a la Universidad Nacional por carreras distintas a Sociología (Antropología, Biología y Arquitectura). Entre las áreas que mencionan se encuentran diversas ingenierías, matemáticas, economía, filosofía, periodismo, comunicación social, derecho, ciencia política, administración policial, medicina y técnica industrial. Entre los títulos obtenidos se encuentran de carreras como Periodismo, licenciatura en Ciencias Sociales, Tecnicatura en Sistemas, Auxiliar Contable, Soldador, Mecánico Automotriz, entre otros.

Tabla 13. Tipología de movilidad social en Sociología

Sexo	Grupo promoción	Grupo reproducción	Grupo mixto	Total
Mujeres	34	17	49	100
Hombres	52,5	17,5	30	100
Total	44	17	39	100

En relación con la tipología de movilidad social que elaboramos, vemos que el grupo *reproducción* es pequeño en Sociología: solo el 17 % del total proviene de hogares donde el padre y la madre tienen estudios superiores. Este porcentaje es igual al que encontramos entre los hombres estudiantes de Ingeniería de Sistemas, lo que destaca aún más las particularidades de las mujeres que estudian esa carrera. Por otra parte, la proporción de muchachos

estudiantes de Sociología que proviene de hogares donde ni el padre ni la madre tuvieron acceso a estudios superiores es más alto que el de sus compañeras mujeres, pero también es superior al de los varones estudiantes de Ingeniería de Sistemas (un poco más de la mitad de los estudiantes varones se ubica allí). En contraste, prácticamente la mitad de las mujeres que estudian Sociología se sitúa en el grupo medio o *mixto*.

Significado del ingreso a la Universidad Nacional y proyecto de vida

Las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas

Las entrevistas individuales a un número seleccionado de las y los estudiantes permiten acercarse a las percepciones sobre el acceso a la Universidad Nacional de ellos y de sus familias. El ingreso a la Universidad Nacional tiene significados diversos que no se derivan mecánicamente de su posición social de origen, pero que se relaciona indudablemente con esta. La sobreselección social y escolar de las mujeres se hace evidente a través de sus relatos. Las siguientes son las principales características de los dieciséis entrevistados en Ingeniería de Sistemas.¹⁰ Los análisis que presento a continuación provienen de la información recogida en las entrevistas en profundidad a una muestra de treinta y dos estudiantes. Esta muestra resultó de una selección de encuestados/as que llenaran las siguientes cuotas: dieciséis estudiantes de Sociología y dieciséis de Ingeniería de Sistemas; ocho mujeres y ocho hombres en cada una: tres del grupo *promoción*, tres del grupo *mixto* y dos del grupo *reproducción*.

¹⁰ Los nombres son ficticios.

Tabla 14. Grupo *promoción* de Ingeniería de Sistemas

Nombre	Edad	Formación del padre	Formación de la madre	Tipo de colegio donde se graduó
Alex	23	Bachillerato incompleto	Bachillerato incompleto	Privado, académico y mixto
Roberto	21	Primaria incompleta	Bachillerato incompleto	Público, técnico y mixto
Ismael	23	Bachiller	Bachiller	Privado, académico, religioso y masculino
Sofía	23	Primaria incompleta	Secundaria incompleta	Público, académico y mixto
Elisa	22	Bachiller	Primaria incompleta	Semioficial, técnico, religioso y femenino
Elsa	25	Primaria incompleta	Primaria incompleta	Público, mixto y académico

Tabla 15. Grupo *mixto* de Ingeniería de Sistemas

Nombre	Edad	Formación del padre	Formación de la madre	Tipo de colegio donde se graduó
Lucía	23	Ingeniero civil	Bachiller	Privado, académico y mixto
Rosario	23	Secundaria incompleta	Educadora	Privado, académico y mixto
Diana	24	Técnico	Bachiller	Privado, académico, mixto y religioso
Mauricio	21	Educador	Bachiller	Privado, académico y mixto
Fernando	22	Administrador de empresas	Secundaria incompleta	Público, técnico y mixto
Alberto	23	Técnico en máquinas-herramientas	Secundaria incompleta	Público, masculino y técnico

Tabla 16. Grupo *reproducción* de Ingeniería de Sistemas

Nombre	Edad	Formación del padre	Formación de la madre	Tipo de colegio donde se graduó
Johana	21	Ingeniero eléctrico	Educadora	Privado, académico, religioso y femenino
Helena	23	Educador	Educadora	Privado, académico, religioso y femenino
José	23	Ingeniero electrónico	Socióloga	Público, académico y mixto
Julián	22	Biólogo	Educadora	Público, académico, técnico y mixto

El significado del ingreso a la universidad

“Les cambió la vida”

En un primer grupo, por la afinidad en sus experiencias y reflexiones y su ubicación social menos favorable, incluí a Elsa y Mauricio, que ingresaron a la Universidad Nacional gracias a la política de vinculación de jóvenes de municipios pobres (la primera está en el grupo *promoción* y el segundo en el *mixto*), y a Elisa y Roberto del grupo *promoción*.

Elsa y Mauricio provienen de Nariño, de distintos municipios, y coinciden en señalar que “la llegada” del formulario de inscripción y su posterior admisión a la Universidad Nacional “les cambió la vida”. Para Elsa, esto significó “que sí había futuro”. Mauricio dice que pudo estudiar en la Nacional porque se ganó un formulario; de lo contrario se hubiera quedado en su tierra trabajando, como la mayoría de sus compañeros, o hubiera ingresado a la policía, como quería inicialmente.

Elisa, por su parte, tuvo aspiraciones que estaban por encima de las de su familia: sus padres no esperaban que estudiara en la

universidad y no la apoyaron mucho en ese empeño. Hoy, cuando está a punto de terminar, sus padres están orgullosos, pero nunca se lo han expresado directamente. Ella se costeó inicialmente sus estudios y después obtuvo un préstamo-beca en la Universidad Nacional:

Para mí fue difícil, porque yo siempre he querido lo más alto, mientras que para mi mamá no era así. Cuando yo entré, ella dijo: “¡ay!, qué va a entrar a la universidad, eso es para ricos”. Desde que entré yo me la pago. Yo me pagué los dos primeros semestres. Después de eso me tocó pedir el préstamo. Mi papá no me pasa. [...] No me han ayudado, pero como sea he conseguido. Económicamente no me apoyan, y al comienzo no fue que me dieran mucho apoyo moral, o sea, ellos consideraban que como uno era del sur entonces debía quedarse como empleado y no más (Elisa).

En cuanto a Roberto, sus papás “no tienen estudio”, y por eso siempre pensaron que el estudio era para su hijo. Los dos lo han apoyado mucho, pero especialmente su mamá luchó porque él fuera profesional. El papá de Roberto tiene una microempresa de construcción y quería que Roberto estudiara algo que se pudiera aplicar a la microempresa, por eso le hubiera gustado que se centrara más en el área de la ingeniería mecánica, en la maquinaria. Los papás pensaban en algo práctico, que tuviera salida en el mercado laboral:

De todas formas algo tenía que hacer, según ellos algo práctico y que estuviera bien posicionado en el mercado laboral. Me imagino que ellos también se preocupan porque uno quede bien respaldado económicamente en el futuro (Roberto).

La mayoría de los padres ha apoyado económicamente a sus hijos a lo largo de la carrera, pero muchos estudiantes han conseguido préstamos-beca en la universidad o han tenido que trabajar. Roberto es la excepción en este grupo y es consciente de que ha podido hacer lo que quiere gracias a que sus padres le han dado prioridad a sus necesidades o deseos. Piensa que a veces ha tendido a abusar:

Siempre ha sido prioridad lo que yo quiera hacer o lo que yo tenga que hacer. A veces uno también se pasa. [...] Conocen mi genio, y si yo no tengo o entiendo bien las cosas, me pongo de mal genio, entonces ellos hacen lo máximo para que yo lo tenga. Desde el colegio me apoyan económicamente, hasta mis compañeros me lo han dicho. Para qué, pero sí, [...] yo hago lo que quiero, o sea, desde que yo me gradué del colegio mantengo mis cosas solo (Roberto).

En alguna medida, todos ellos se sienten en deuda con sus familias y quieren devolverles el apoyo que les dieron, incluso Elisa, que les agradece a sus padres el esfuerzo que hicieron por ella, aunque no hubieran creído mucho en el proyecto educativo. A Roberto le gustaría mucho que sus papás pudieran dejar de trabajar, le gustaría conseguir trabajo y que ellos pudieran descansar. También le gustaría llevarlos a pasear, porque ellos no conocen “ni siquiera Cartagena”:

Por mí, después de trabajar, que ellos no trabajen. Me imagino que es otra utopía completa. De pronto cuando uno consigue trabajo ellos podrán descansar o se podrán sentir más liberados de la carga que uno les está dando. Pero eso es lo que todo el mundo puede decir, o sea, todo el mundo tiene a sus padres también. Todo tiene su trabajo, eso también debe ser la gracia de la vida, conseguir las cosas (Roberto).

La universidad pública era la única opción

En un segundo grupo, con mayor capital cultural, tenemos a Alex y Sofía del grupo *promoción*, a Diana, Fernando y Alberto del grupo *mixto* y a Helena y Julián del grupo *reproducción*. Son jóvenes en cuyas familias había una mayor disposición hacia la educación superior, pero sin la solvencia que poseen los que seleccionamos en el grupo más favorecido. En estas familias hay otros profesionales y en muchos casos vínculos previos directos con la Universidad Nacional.

El padre de Alex trabajaba en la Universidad Nacional. Alex estudió en el colegio de la universidad y cuenta cómo en su familia todos se alegraron mucho cuando resultó seleccionado en el examen de admisión. Siempre lo apoyaron económicamente y no necesitó trabajar cuando su papá se fue de la casa, pues siguió ayudándolo con el estudio. Para su familia ha sido muy importante que los hijos sean profesionales.

A pesar de salir de un colegio técnico, Alberto tenía claro que quería hacer estudios superiores, y el apoyo de sus papás fue fundamental. Las únicas opciones eran universidades públicas como la Nacional o la Distrital. El papá de Alberto hacía mantenimiento a los equipos de odontología de la Universidad Nacional, y Alberto lo había acompañado alguna vez. Alberto tenía muchas expectativas frente a la Nacional, expectativas que se cumplieron a cabalidad. Él piensa que es la mejor universidad del país, no solo por la formación profesional, sino por la formación como persona:

Básicamente, me tocó presentarme a las dos públicas, la Nacional y la Distrital, o sea, esas eran mis primeras opciones, y las otras eran las que menos cobrarán. O sea, ni modo de

pensar en Los Andes, ni modo de pensar en la Javeriana, [...] pues estuve tanteando en todas, pero es que pagar una carrera en una universidad de un nivel alto, privado, era medio difícil para nosotros [...] A la Distrital, gracias a Dios, como tenía un buen ICFES, pasé, y aquí en la Nacional ya llegué tranquilo, porque sabía que tenía una universidad por lo menos. Entonces pude presentar mi examen con más calma, sin el afán de que si no paso aquí no estudio. Y ya, pues a mí me salió (Alberto).

Para su papá significó mucho el grado de Alberto y el hecho de que siguiera estudiando. Fue el primer hijo en terminar una carrera universitaria:

Entonces ven como ese afán mío por seguir subiendo y subiendo, y en cierta manera ellos se sienten orgullosos de haber formado a alguien así, porque las bases son de ellos, ¿no? Como que ese amor por el estudio también tiene que venir de la casa de alguna manera, esa preocupación de “bueno, ¿qué hubo? ¿Cómo va? ¿Ya hizo las tareas? Bueno, ¿cómo va en el colegio?”. Para ellos significó muchísimo, y creo que es uno de los momentos más felices que yo pude haberles dado (Alberto).

En el caso de Diana, su mamá inicialmente no quería que ella entrara a la Nacional, y le disgustó que no hubiera pasado en la Universidad de los Andes. Diana piensa que afortunadamente no pasó en los Andes, pues le hubiera tocado cambiarse de universidad por los costos. Su mamá no quería que ella entrara a la Nacional “por las piedras y eso...”. Pero luego la familia la apoyó. Ella es la única de la familia que estudió ingeniería. Su mamá no es

profesional, sus padres están separados y su papá es administrador. Las dos hermanas mayores de Diana ya se casaron y las dos hicieron estudios superiores: una es psicóloga y la otra, administradora de empresas.

La madre y la tía de Fernando han hecho un esfuerzo grande para que él estudie sin necesidad de trabajar durante la carrera, y esperan que se gradúe pronto y empiece a ayudar con los gastos de la casa:

Se avecina una urgencia económica, porque ahorita nos vamos a cambiar de casa: antes estábamos en arriendo. Ahora nos metimos en una casa, entonces eso acarrea una serie de gastos tremendos, y pues entonces ahí están poniendo las expectativas en mí. “Ya ahorita se va a graduar, ahora nos puede empezar a ayudar con la casa”. Pues sí, yo quiero hacerlo, y siento la necesidad de hacerlo, porque va a ser un bien para mí y para toda mi familia (Fernando).

La Universidad Nacional: de las buenas, la más económica

Finalmente, tenemos el grupo más solvente, en el que se encuentran Ismael, José, Lucía, Johana y Rosario. En sus familias el ingreso de sus hijos/as a la universidad era algo evidente; en algunas, incluso, el ingreso a la Nacional se presenta como una “tradicción familiar” (generalmente hay varios ingenieros en la familia, en dos casos se trata del padre). La Universidad Nacional aparece como una buena opción entre otras alternativas de universidades privadas prestigiosas.

Ismael fue ubicado en el grupo *promoción*, puesto que si bien ninguno de sus padres tiene estudios universitarios, algunos

aspectos fundamentales de sus condiciones familiares lo diferencian de los de su grupo. Aunque no ingresaron a la universidad, padre y madre son bachilleres y tienen una buena situación económica (son dueños de una fábrica de calzado). Sus hermanos mayores estudian en universidades privadas: Ismael y su hermano gemelo fueron los primeros que pasaron a la Universidad Nacional, hecho que representó un orgullo grande para sus padres, especialmente para el papá, que siempre soñó con que todos sus hijos fueran ingenieros. En la familia hay tíos profesionales y artistas y han tenido una cultura política de izquierda.

En once me presenté. Me decidí por sistemas. Presenté el ICFES, me fue superbien: saqué 370 (en esa época era sobre 400), y ya con ese puntaje en la Javeriana me dijeron que me aceptaban de una, sin entrevista ni nada, incluso en Los Andes también me dijeron que me aceptaban. Pero bueno, yo dije “vamos a esperar a ver qué”. Me presenté a la Nacional y se me hizo muy complicado el examen, y pensaba que no iba a pasar. Pero pasamos. Pasamos mi hermano, pasé yo y pasó el amigo que le comenté. Para mi papá eso fue una felicidad muy grande. Él nos dice que fue la felicidad más grande que ha tenido: ver que íbamos a pasar, incluso porque económicamente también es difícil pagar una universidad privada. Mis hermanos están en la universidad, porque somos cinco en la casa. El mayor no es hijo de mi mamá, es hijo solamente de mi papá, pero él vivió con nosotros siempre. Ellos ya estaban en la universidad, y seguíamos mi hermano y yo. Entonces el costo de cuatro universidades es muy distinto (Ismael).

En todas estas familias había relaciones cercanas con la Universidad Nacional: el padre de José es docente allí y José estudió en

el colegio de la universidad. En las familias de Johana y de Lucía estudiar en la Nacional era una “tradicción familiar”. El padre de Johana es ingeniero eléctrico y el de Lucía es ingeniero civil. En la familia de Johana había muchos ingenieros eléctricos. A ella también le interesaban las ingenierías, pues había sido muy buena en física y en matemáticas en el colegio. También era tradición en su casa estudiar en la Universidad Nacional. Ella quiso innovar y decidió estudiar algo distinto a ingeniería eléctrica. Escogió la Nacional por razones de calidad y económicas. También quiere empezar a liberar a su familia de la carga que ella ha representado.

Rosario tiene muchos ingenieros en su familia: tiene cinco tíos ingenieros por el lado de su mamá y ella siempre fue “la niña pila”. A los dos meses de entrar a la Nacional, sus tíos le compraron un computador. Su mamá y su hermana también la han apoyado mucho. Su papá no vive con ellas, nunca han vivido con él. Él está muy orgulloso de ella, pero no juega ningún papel importante en su vida. En la familia de su papá no hay ingenieros como en la de su mamá, entonces él siente mucho respeto por eso, y tiene un alto concepto de su hija ingeniera:

Mi papito, no, nada, pues es que nunca vivimos con él. Él está como allá. Él a veces me consigue cositas que hacer, “que le tengo un trabajito”, o no sé qué, entonces me está presionando para que le pase una hoja de vida. Pero no tengo ganas, por lo que te digo. Aquí me siento bien, y me parece que mientras no me gradúe, aquí estoy bien. Ya cuando me gradúe, empezaré a mirar. Pero no, él no, o sea, no, como un cerito, casi no. [...] Está orgulloso de que sea tan juiciosa, tan inteligente, o sea, él me tiene en un concepto muy halagador, porque sí, o sea, mientras en la casa de mi mamá hay

ingenieros y todo, en la casa de mi papá no. Entonces, o sea, tengo una prima que es monja y, o sea, nada que ver. Entonces ser una ingeniera de la Nacional se mira con respeto, entonces por ese lado me hace sentir muy bien (Rosario).

El proyecto de vida de las y los jóvenes versus el de los padres

Podemos decir que los proyectos de la mayoría de las y los jóvenes en Ingeniería de Sistemas –en términos de inserción social e ideal de familia– se inscriben dentro de opciones convencionales de ascenso social: se busca subir en la escala social y para ello se acepta la idea dominante de que la educación y una familia integrada son requisitos fundamentales, idea que se asocia con el mejoramiento de las condiciones económicas. Los cambios con respecto a las familias de origen se relacionan fundamentalmente con el desarrollo de nuevas aspiraciones en términos de ascenso social –“querer progresar”– y del lugar que ocupa la educación en estos proyectos. La posibilidad de viajar al exterior o seguir estudios de posgrado y el momento –más o menos lejano– en que dichas aspiraciones pueden hacerse realidad marcan diferencias importantes en las expectativas subjetivas de las y los jóvenes. Tiende a operar el acomodamiento de las expectativas subjetivas a las posibilidades objetivas del que habla Bourdieu (1980).

A nivel laboral, podemos diferenciar tres tipos de aspiraciones: ser empresarios/as, hacer carrera en grandes empresas y ser profesor/a universitario/a. Es interesante destacar el compromiso social y los propósitos altruistas que manifiestan algunas de las mujeres.

Responderles a los padres

Las y los jóvenes de origen menos favorecido se encuentran más atados al proyecto de sus familias. Antes de individualizar sus propias aspiraciones y proyectos, sienten el deber de retribuir el apoyo que han recibido y de contribuir a mejorar la situación económica de sus padres y hermanos. Para la mayoría está presente con relativa urgencia la necesidad de trabajar, para liberar a sus familias de la carga que representan o para colaborar en los proyectos familiares de mejoramiento del nivel de vida. Una de las grandes diferencias entre ellos surge de la experiencia laboral previa. En este grupo, los que no han tenido empleos fuera de la universidad manifiestan bastante incertidumbre frente a la posibilidad de conseguir el trabajo al que aspiran. Esto puede estar asociado con su falta de “capital social”, es decir, de relaciones personales en el mundo del trabajo y las empresas. Por ejemplo, Elisa tiene grandes planes como empresaria, pero sabe que no podrá hacer nada si no consigue un capital. Para eso tiene que trabajar antes en empresas y cree que va a ser difícil:

Es difícil, porque de todos modos antes de tener la empresa uno tiene que tener un capital para empezar. Uno va a tener que salir y buscar trabajo, y en este campo va a ser difícil, porque acá uno siempre mira que los clasificados dicen “graduado y con dos años de experiencia”, y quieren que se cumplan las dos cosas. Es difícil salir y buscar trabajo, y además que me va a tocar, porque yo tengo lo del préstamo. Tengo que buscar trabajo rápido, como sea, así sea un trabajo que no tenga que ver con la carrera. Lo importante es que pueda pagar lo del préstamo y que pueda colocar la empresa, porque después de que coloque la empresa, eso ya es poder personal (Elisa).

Roberto tiene temor de no lograr responder a sus propias expectativas y a las de sus padres. Él espera mucho de sí mismo y piensa que sus padres también. Le da un poco de angustia pensar que tal vez las cosas no se den como él quiere. “Como todo el mundo”, él sueña con independizarse, con tener carro y apartamento, tener su propio dinero, pero las cosas toman tiempo y trabajo:

Yo pienso que deben esperar mucho de mí. Es más, yo espero mucho de mí, y hay veces me da miedo no cumplirlo. Que no se le cumplan a uno las cosas de inmediato debe dar duro. Tocaré esperar a ver qué, [...] pues yo creo que todos soñamos también con eso, todo el mundo, yo también, no sé, tener carro y apartamento, no sé cuánta plata. Pero no, eso no, cercano no lo veo. Todo tiene su proceso, pero es como el ideal, de todas formas (Roberto).

Roberto también sueña, como Elisa, con tener su propia empresa. Él es hijo de un microempresario y aprecia lo que su padre ha logrado, a pesar de no tener mucha educación. Su ideal es tener una empresa de *software* o de electrónica. Le gustaría gerenciar, que las cosas sean suyas, “ir a los mercados”, conocer más gente, poder aplicar lo que aprendió. La expectativa de su padre de que la carrera de su hijo sirviera en su microempresa no se ha cumplido, ya que sus padres no entienden para qué sirve el computador ni cómo una máquina tan pequeña puede costar más que una máquina-herramienta:

Él no ha estudiado y tiene una empresa de construcción, entonces él no le ve la utilidad. La vez que compré el computador, yo fui el que me endeudé. Ellos dijeron que si me podían ayudar, me daban para el computador. Ellos me han ayudado

a pagar, pero de igual forma, cuando miran un aparato, digámoslo así, tan pequeño y que vale más que la máquina de herramienta, dicen “¿y qué hace?” “No, mami, gastar luz y teléfono cuando me conecto a Internet” (Roberto).

Mauricio no tuvo que trabajar durante su carrera. Su papá le daba lo necesario, pero recientemente tuvo que trabajar, y le ha gustado mucho. Le gusta aprender y ganar su plata. El trabajo le ha hecho descuidar un poco el estudio, pero espera iniciar la tesis el siguiente semestre y graduarse. Espera que el trabajo le alcance para todo, pues para algo debe servirle “haberse matado” estudiando. Ahora que va a terminar, ha pensado volver a Nariño, pero cree que no tiene mucho futuro allá en su profesión:

He estado pensando en devolverme a Nariño. Pero pensando bien las cosas no, no hay mucho futuro para nosotros por allá, o sea, sería estancarse. No hay posibilidades de actualizar o estar a la vanguardia de la tecnología. Eso cambia prácticamente todos los días. Entonces, por ese lado, sí me tocaría quedarme por acá (Mauricio).

Aportarle al país

El sueño de Elisa tiene un componente altruista en consonancia con las dificultades que encuentran las y los estudiantes de Ingeniería de Sistemas para vincularse al mercado de trabajo de su profesión durante sus estudios:

Mi ideal es mi empresa, que sea algo grande, que sea una empresa grande y que a partir de esa empresa se creen otras. En

esas empresas se podría contratar gente de acá, darles la posibilidad de que puedan aplicar eso en otro ámbito. Me gustaría mucho dar trabajo a la gente de acá (Elisa).

Julián y Helena, del grupo *mixto*, tienen sueños empresariales un poco lejanos, pues apenas empiezan a trabajar y sienten que es difícil. A Helena también le gustaría poder aportarle al país. Pienso que se necesita mucha tecnología para la mediana y pequeña empresa. Le gustaría aportar en ese campo, ayudar a planear y a crear empleo. Se imagina teniendo “una empresita” en el futuro, viviendo en Colombia, con todos los problemas. Pero, mientras tanto, quiere viajar, aprender más cosas:

A mí me gustaría muchísimo aportarle al país. Ahora la situación está complicada, pero me gustaría hacer lo posible mientras tanto, mientras yo aprendo lo que se le puede aportar al país. Me gustaría algún día viajar, aprender más cosas, ver cómo hacen las cosas en otras partes y ver cómo se pueden aplicar aquí. Pero es un objetivo. Si yo algún día me voy, es a aprender, no más. Sí, porque el país es lo único que uno tiene, y si uno le puede ayudar con tecnología, chévere para que pueda progresar. Yo creo que se puede (Helena).

La educación como valor

Cuando las y los entrevistados del primer grupo piensan en la familia que quisieran formar en el futuro, además de la aspiración a tener mejores condiciones materiales de vida, se destaca un elemento fundamental: la relación con la educación. Muchos de ellos/as le dan especial importancia a este aspecto. Para Elsa y

para Roberto la educación, y en particular el acceso a la universidad, representa cambios en la forma de ser y de relacionarse dentro de la misma familia. Para los dos, la educación “abre la mente” y permite superar o transformar aspectos negativos en las relaciones familiares que conocieron. Para Elsa y su esposo, que es también de origen rural, la familia es muy importante. Ellos han tratado de constituir una familia distinta, fomentando la confianza en la relación con su hija y dándole importancia a la educación:

En la familia que nosotros estamos formando la educación es fundamental, al igual que la confianza de la niña, que ya tiene cinco años. Que ella nos cuente todo, nos diga, que ella opine, que ella decida. Eso le hemos dado (Elsa).

Uno de los motivos por los que Roberto sigue estudiando es que no quiere repetir algunas cosas de su padre, como el hecho de que tomaba mucho en algunas épocas y “le daba mala vida” a su mamá. Él piensa que la educación ayuda a “abrir más la mente”. Por su parte, Elisa quiere suplir muchas carencias que tuvo en su casa. Imagina su vida futura definitivamente distinta a la de sus padres: ellos no aspiran a mejorar, sino que creen que “uno tiene que quedarse ahí”, no “mirar hacia arriba”. Elisa quiere que sus hijos sean desde pequeños muy competitivos, inculcárselo a través del deporte, que puedan “probarse a sí mismos”. Su familia no ha sido muy estable. Su padre no vive con ellas, pues tiene otra familia. Ella quiere una familia más estable y con sentido de superación.

Seguir estudiando, viajar...

En el segundo grupo, casi todos los y las jóvenes tienen proyectos de largo plazo, sueños o ideales que perciben como relativamente

posibles. Algunos de ellos son continuar sus estudios y viajar al exterior a estudiar, a trabajar o a vivir. Pero el futuro laboral inmediato es incierto para la mayoría, aun entre los que estaban empleados en el momento de la entrevista. Para todos, encontrar un buen trabajo es requisito necesario para poder enfocar otras posibilidades de estudio o de creación de empresa. Salir del país también puede ser una alternativa, en caso de que las opciones de trabajo no resulten buenas en Colombia.

Sofía está vinculada hace tiempo a un trabajo relativamente estable. Eso le da una base para pensar en estudiar lo antes posible. No quiere dejar pasar mucho tiempo antes de ponerse a hacer una maestría. Pero ante todo le gustaría viajar, estudiar un tiempo en el exterior y conocer otras culturas. Para Sofía graduarse es muy importante, pues ha luchado mucho por eso: ya lleva siete años en la universidad. Para su familia también es muy importante, porque ella sería la primera graduada de la universidad. Ella se siente con responsabilidad hacia sus hermanas/os. Quiere que ellos también puedan estudiar, hecho que requiere que consigan trabajo para pagarse los estudios:

De pronto por la niña, lograr conseguirle un trabajo, para que empiece a estudiar, darle esa oportunidad. Ya después que ella se las arregle como pueda, pero sí darle el trabajo, conseguirle el trabajo o poder conseguirle un cupo en la universidad, de pronto con mis jefes. [...] Y con mi hermano, hablarle y decirle, porque él trabaja, ya tiene los medios. Cuando yo estudiaba, en los pueblitos cercanos no había ningún instituto ni nada de eso para estudiar, solo era aquí lo más cercano. Pero ya en Tocancipá, en Chocontá, pueblos cercanos, sí hay universidades dictando programas (Sofía).

Alex quiere poder ascender en una buena empresa, y por eso espera estudiar y complementar su formación para competir en el mercado laboral con los egresados de la Universidad de los Andes:

Lo que hace uno casi siempre, si quiere complementarse, es salir y hacer un estudio, una especialización. Es importante, pero me parece también importante ser bueno en la parte técnica o trabajar un tiempo en la parte técnica, para lograr subir. [...] Entonces sí me parece bueno trabajar en esto, pero siempre pensando en cómo ascender, y para ascender, la parte gerencial es importantísima (Alex).

Fernando aspira a estudiar otra carrera más adelante. Le gustaría estudiar ingeniería electrónica, pero para eso necesita alcanzar una buena estabilidad económica y haber cumplido algunas metas, como pagar la casa para la familia, para su mamá:

A mí me gustaría estudiar ingeniería electrónica también. En las materias que hablaban de electrónica en la universidad yo no fui muy bueno, no sé por qué. No les metía mucho la ficha, pero siempre me ha gustado el cuento. Ahora hay un primo que está estudiando ingeniería electrónica y a mí me gusta ver todo lo que hace. Pero ya toca cuando se hayan cumplido primero unas metas, lo de la casa, tener un poco más de estabilidad económica, como para poder hacerlo con más facilidad. Pero sí tengo interés de ponerme a estudiar, de seguir estudiando, no ahora, pero sí más adelante (Fernando).

Tener una familia unida

Sus ideales familiares expresan el proyecto de ascenso social con distintos énfasis: la expectativa de mejorar las condiciones económicas está siempre presente (estrechamente ligada en algunos casos a la familia de origen, al menos en la etapa inicial de su historia como profesionales). Para Alberto, a la inversa, la expectativa de mejorar sus condiciones económicas está unida a su proyecto como padre. El valor de la educación está presente al igual que ciertos valores de superación, aspiraciones a ascender en la escala social. Los que provienen de familias con padres separados, como Diana o Fernando, expresan deseos de tener familias unidas y la necesidad de llenar algunos requisitos antes de ser padres. Para Alberto, la estabilidad laboral es muy importante, sobre todo por su hijo. La idea es que pueda tener una educación bilingüe desde pequeño.

Los proyectos de pareja se inscriben en las metas de mejoramiento social. Para ello se requiere la contribución económica de los dos miembros de la pareja. Alberto, por ejemplo, piensa que el proyecto familiar que está construyendo con su compañera es distinto al de sus papás, sobre todo por la educación y porque cambian las relaciones entre los sexos:

Sí es diferente, y es diferente porque yo creo que las culturas han cambiado y han evolucionado mucho. Antes era el hombre el que tenía que salir a conseguir la plata y la mujer era el apoyo en la casa. Ahora se da lo contrario. Yo vengo a la universidad y me devuelvo por mi hijo y ella es la que sale y trabaja y estudiamos ambos. Antes era muy difícil que una mujer casada estudiara. Ahora son mayores las posibilidades que ellas tienen. Entonces sí como que cambia la perspectiva que tiene uno del núcleo familiar básico que uno está formando (Alberto).

Sofía también cree que su vida en el futuro será distinta a la de sus padres, porque ella tuvo oportunidades que ellos no tuvieron. No sabe si se casará. Pensaría bastante casarse, porque está acostumbrada a hacer lo que quiere, pero sí le gustaría tener hijos, aunque sea como madre soltera. Ella cree que podría tener un hijo cuando tenga cómo darle comodidades y ofrecerle las oportunidades que ella cree que debe tener un hijo.

Diana por ahora quiere desarrollarse sola con su pareja. Pienso casarse, pero los hijos todavía “no los tiene presupuestados”. Le gustan los hogares de sus hermanas, porque son muy unidos:

Me gustan los hogares de mis hermanas. Pienso casarme. Los hijos todavía no los tengo presupuestados. Supongo que vendrán. Pero por ahora me gustaría desarrollarme yo sola, o sea, con la ayuda de la persona que está a mi lado. Pero eso también es a largo plazo, yo creo que por ahí dos años y medio, tres años. El hogar de mis hermanas me gusta. Tienen sus peleas y sus cosas, pero es un hogar unido. Tienen un hijo y entre los dos salen adelante. Ambos son profesionales, son dos parejas diferentes. A unos les ha tocado más duro que a otros, pero en general siempre están muy unidos (Diana).

Confianza y tiempo por delante

En el grupo con mayor capital encontramos proyectos más abiertos, con menos presiones de tiempo y exigencias económicas. Estos jóvenes cuentan con mayores posibilidades de pensar en sí mismos y de seguir explorando. Sus ideales de vida y trabajo señalan búsquedas lúdicas. Esperan poder construir estilos de vida poco coercitivos en términos del manejo del tiempo y de la

variedad de las actividades. Varios de ellos desearían ser profesores universitarios en el futuro, pues perciben ese tipo de vida como más libre y variado. Todos rechazan la idea de trabajar en una oficina en largas jornadas frente a un computador.

Aunque está trabajando, Rosario no tiene presiones económicas en su casa. En lo inmediato quiere entrar a hacer la maestría en Telecomunicaciones en la Universidad Nacional, seguir trabajando y buscar algo mejor. Rosario es muy optimista frente a sus posibilidades y tiene una actitud bastante positiva. A más largo plazo, “a futuro, muy a futuro”, le gustaría seguir estudiando, hacer un doctorado, viajar y conocer:

Tengo muchas ganas de hacer esa maestría en la universidad. La idea es seguir trabajando, y con la maestría encima vamos a ver qué sale, pues obviamente aquí no nací y aquí no me toca quedarme. ¿Las expectativas? Pues no sé. Salir a buscar mercados. El mercado me llama. Pero lo que te decía al comienzo. Las telecomunicaciones son tan “primíparas” aquí en Colombia, que si uno arranca por ahí, tiene mucho que hacer. Esas son mis expectativas a mediano y corto plazo (Rosario).

Lucía, por ahora, quiere viajar, conocer. Le gustaría ir al Reino Unido. No sabe muy bien por qué –le gusta la cultura, el cine, Londres y la empresa de telecomunicaciones de Irlanda. Tampoco tiene planes muy definidos. Puede quedarse a trabajar, estar un rato no más o de pronto quedarse a vivir.

A Johana le gusta la gerencia y la planeación estratégica. Ella quiere desarrollar su carrera también en ese ámbito. Por eso, el trabajo que tiene actualmente le parece algo monótono, muy técnico. Ella quiere hacer un MBA, ojalá en el exterior, pero para eso tiene que trabajar antes, pues es muy costoso.

Ser profesor/a universitario/a: un ideal de vida relajada

A Rosario le parece que la vida de un profesor de la universidad es muy agradable, sin horarios, sin presiones:

A mí se me hace que la vida de un profesor de la universidad es muy rica, porque es la forma que uno tiene de decirle a los chiquitos “mire, yo sé todo esto y les puedo ayudar, les puedo enseñar”, y sin horarios, sin presiones. Esa es una idea. También investigadora, que me paguen por estudiar. O no sé, encarrilarme. O sea, yo no me veo como en una empresa, como gerente. Pues no sé, lo veo complicado ahorita, por lo que estoy empezando. Pero yo no me veo en una oficina catorce horas sentada al frente de un computador. No, no me parece. Entonces, sí, estudiar y salir y conocer. Eso me parece más interesante (Rosario).

El compromiso de Ismael con sus padres es fundamentalmente moral y afectivo. Quiere darles el gusto de verlo graduarse. Si bien inicialmente quiere trabajar en empresas, para adquirir experiencia, no le atrae en absoluto la rutina de trabajo que tienen la mayoría de los ingenieros. La vida de los docentes universitarios, en cambio, le parece agradable. No le gusta mucho eso de trabajar y trabajar, olvidándose de uno, eso le parece “jartísimo”:

Bueno, yo, por ahora, trabajar y coger un poco de experiencia. Me gustaría mucho hacer un posgrado o una especialización en el exterior. Vivir en otra parte una temporada, en otro país, me parecería espectacular. [...] Me gustaría mucho lo que te digo, ser profesor universitario, dedicarse a la docencia me parece rico. Que la vida de uno se convierte en ir a

trabajar y trabajar es difícil, es “jartísimo”. Uno se olvida hasta de uno. Yo pienso que un profesor tiene una vida muy relajada y muy bonita. Chévere una vida así, que uno pudiera también dedicarse a uno, a aprender cosas. Eso de solo trabajar y trabajar y volver a trabajar me parece muy difícil. Yo creo que no aguantaría eso por mucho tiempo (Ismael).

José no se ha preocupado por su futuro o por el trabajo. Nunca ha tenido que pensar en eso, porque todo se lo han solucionado sus papás. Tampoco se ha preocupado porque su formación sirva para encontrar empleo, porque lo que se aprende es a aprender, y eso es lo que tendrá que hacer en cualquier empleo:

Primero, por mi forma de ser, que es un tanto irresponsable, no en el sentido de presentar o no un trabajo, sino en no preocuparme por el futuro y esas cosas. Yo sé que en mi casa nunca ha habido necesidad de trabajar. [...] A uno no lo preparan para un empleo. Seguro que en el empleo al que uno entra no va a saber qué hacer. Yo sé que uno tiene la capacidad de aprender rápido. Entonces eso es: ¿para qué preocuparse por algo que yo no sé? (José).

Si le tocara trabajar, lo único que le gustaría es la docencia, poder seguir en la universidad y que le paguen por estudiar. No quiere para nada trabajar pegado a un computador:

A mí no me importa que paguen tres millones, cinco millones. Pero de 7 a 5 todos los días y uno ahí pegado a una consola con los ojos cuadrados y que cuando uno se dé cuenta ya está es esperando la pensión, no (si es que no lo echan antes) (José).

Autonomía y familias menos machistas

Los proyectos familiares de estos muchachos y muchachas también se ubican en un futuro distante. Las mujeres expresan búsquedas de autonomía y libertad y algunas esperan formar una pareja menos machista que la de sus padres. Dentro de una perspectiva libre e individualista, Rosario y Lucía divergen en principio: mientras la primera quiere vivir sola con sus perros, a Lucía le parece divertido tener hijos y quiere tener mínimo dos:

Comprarle un apartamento a mi mamá, bien centradito, bien ubicadito, donde ella viva con mi hermana o con quien ella quiera, y para mí, comprarme un apartamento y vivir. Lo que te decía al comienzo, me encantan los perros, entonces yo me imagino mi vida con un San Bernardo así de grande y un labrador así de grande. Adoro los perros pura sangre, de esos espectaculares. Me imagino así: llegar del trabajo y que dos monstruos se me boten encima. Yo no me imagino en una oficina sentada. Tampoco me imagino “¡mi amor, no hay pañal!”, no. No sé por qué, pero a mí los niños casi no me gustan. Yo no me imagino en el plan de mamá. No creo en el matrimonio, entonces no me imagino esa ceremonia. Simplemente, “yo te quiero, tú me quieres, compartamos”, me parece bien, pero muy en el plan de cada uno en su trabajo y lleguen del trabajo cansados, duerman y vuelvan y al trabajo, o sea, yo no me imagino casera. No es para mí, y cuidar niños y la lora, no, no, no (Rosario).

La familia de Johana es “un poco machista”, sobre todo el papá, que ha sido muy protector. A sus papás les ha dado muy duro que ella y su hermana estudien y se hayan vuelto independientes.

Johana quiere vivir un tiempo sola, aprender a defenderse con su sostenimiento cotidiano, quitarles a sus papás la carga de mantenerla y, cuando tenga plata, ayudarlos también económicamente:

No, yo sí creo que sería un poquito diferente, en el sentido de que, aunque mi familia siempre ha sido una buena familia, nosotros no tenemos grandes problemas ni nada. Pero de todas maneras uno siempre dice “yo no sería como mis papás”, y yo siento que en cierta forma no lo soy. Como la universidad a mí me cambió muchísimo y mi familia es un poquito machista, eso ha dificultado que nosotras las mujeres de la casa podamos sobresalir, pero en este momento lo estoy haciendo (Johana).

Ismael se sitúa en continuidad con su familia, en términos de valores como de estilo de vida. Su familia ha tenido una orientación de izquierda, con preocupaciones culturales y artísticas y ha existido una relación muy amistosa entre padres e hijos. Le encantaría ser padre y tener una familia como la de sus padres, tener una compañera o esposa que tenga intereses de algún tipo, “una persona con la cual entenderse, con la cual hablar”. No se siente machista, pero cree que hay roles distintos en la familia y le gusta mucho que se ocupen de su comida, de la ropa, etc. Si le tocara cocinar, lo haría, pero piensa que “por cuestiones de la naturaleza” hay cosas que hace más un sexo que el otro, sin que nada le esté vedado a ninguno.

Por su parte, José no le ve ningún sentido a casarse y mucho menos a tener hijos. El matrimonio y los hijos “lo aterran”: no entiende por qué la gente se casa, si eso nunca funciona, y tener hijos le parece terrible. Si no es capaz de responder por sí mismo, menos por otro. Claro que no sabe si más adelante quiera tener pareja para no estar solo, cuando sus papás ya no estén.

Las y los estudiantes de Sociología

Tabla 17. Grupo *promoción* de Sociología

Nombre	Edad	Formación del padre	Formación de la madre	Tipo de colegio donde se graduó
Luis	22	Bachiller	Bachiller	Público, comercial y mixto
Diego	25	Secundaria incompleta	Bachiller	Privado, académico, religioso y masculino
Miguel	24	Secundaria incompleta	Primaria completa	Público, académico y mixto
Vicky	22	Primaria incompleta	Primaria incompleta	Público, académico y femenino
Jenny	22	Primaria completa	Primaria incompleta	Público, académico y femenino
Catalina	21	Secundaria incompleta	Secundaria incompleta	Privado, académico, religioso y femenino

Tabla 18. Grupo *mixto* de Sociología

Nombre	Edad	Formación del padre	Formación de la madre	Tipo de colegio donde se graduó
Lina	23	Bachiller	Abogada	Público, académico y mixto
Gabriela	22	Técnico mecánico	Bachiller	Privado, académico, religioso y femenino
Ana	22	Contador	Bachiller	Privado, académico y mixto
Felipe	23	Ingeniero industrial	Primaria completa	Privado, académico, religioso y masculino
Álvaro	23	Administrado agropecuario	Bachiller	Cooperativo, comercial y mixto
Antonio	22	Contador	Bachiller	Privado, técnico, religioso y masculino

Tabla 19. Grupo *reproducción de Sociología*

Nombre	Edad	Formación del padre	Formación de la madre	Tipo de colegio donde se graduó
Laura	21	Veterinario	Psicóloga	Privado, académico y mixto
Amelia	23	Economista	Administradora de empresas	Privado, académico, religioso y femenino
Federico	23	Abogado	Psicóloga	Público, académico y mixto
Carlos	22	Abogado	Enfermera	Privado, académico, religioso y masculino

El sentido del ingreso a la universidad

El ingreso a la Universidad Nacional: motivo de orgullo para la familia

Como sucede en Ingeniería de Sistemas, el acceso a la universidad, y en particular a la Universidad Nacional, tiene significados diferentes en los distintos grupos sociales. Para aquellos que provienen de familias con menor capital cultural, llegar a la Universidad Nacional representa un logro muy importante. Aunque ninguno de los padres o madres de las y los jóvenes del grupo *promoción* alcanzó a hacer estudios superiores, hay diferencias en el nivel educativo que pueden tener repercusiones en las opciones de sus hijos e hijas. Vicky, Jenny y Miguel tienen los padres con menor nivel educativo, ya que ninguno de ellos es bachiller. Los padres de Vicky no completaron la primaria, mientras que en el caso de Jenny solo el padre lo logró. El padre de Miguel inició estudios secundarios y la madre terminó la primaria. Luis tiene los padres más educados del grupo (los dos son bachilleres),

le sigue Diego (cuya madre es bachiller y el padre no terminó la secundaria) y Catalina (en cuyo caso papá y mamá hicieron estudios secundarios incompletos). Catalina se diferencia de los demás porque sus padres son empresarios y tienen capital económico, hecho que le ha permitido una experiencia universitaria más tranquila y libre.

Estas familias aspiran a que los hijos entren a la universidad, pero ello no parece una opción fácilmente alcanzable. No todos los hijos lo logran, y por eso las y los entrevistados son en algunos casos los primeros o los únicos en ingresar a la universidad.

Si la posibilidad de acceder a la educación superior es remota, entrar a la Universidad Nacional, ser seleccionado/a en el examen de admisión (en el que participan miles de jóvenes) resulta aún más excepcional. Esto explica el orgullo de los padres.

Todos mis hermanos –somos cinco– se presentaron a la universidad. Ninguno pasó. Yo fui el último que hice el intento, y pasé. [...] Lógicamente, los padres se sienten orgullosos. Además, salir de la Nacional, pues no lo consigue cualquier persona. [...] La Universidad tiene buena imagen en todo nivel. Lo digo porque yo tuve la experiencia de trabajar en el Centro Nacional de Consultoría, y nosotros hicimos una encuesta sobre universidades, y la Universidad Nacional quedó entre las tres primeras universidades. Siempre estaba entre las primeras. [...] Entonces uno se llena de orgullo (Miguel).

La preocupación de los papás de uno, además la ilusión de que los hijos estudien en la universidad, como ellos no lo hicieron, siempre estaba. Lo otro es que era un asunto familiar cuál hijo era el que llegaba primero a la universidad. La sorpresa con mi hermana y conmigo, que siempre fuimos los

niños medio pilos, medio decentes, medio calmados, no sé, era como cierta idea de que íbamos a hacer algo muy grande. Por ejemplo, mi hermana entró a estudiar medicina (Diego).

Estos/as jóvenes, egresados/as en su mayoría de colegios públicos, recuerdan que la Universidad Nacional era objeto de gran admiración en el colegio, pero no se les motivaba a presentarse. El ingreso a la Universidad Nacional era visto como una alternativa difícil, que no estaba a su alcance. Por eso, para muchos el ingreso a la universidad significó una ampliación considerable de su mundo social:

Yo nunca había salido de mi familia y todo lo que conocía era el mundo familiar y un poquito más allá, el mundo del barrio y no más. [...] La universidad es como una oportunidad para empezar a ver un poquito más allá (Jenny).

Sociología: una opción extraña

Así como la mayoría de los padres comparte el orgullo de que sus hijos/as hayan ingresado a la Universidad Nacional, también les es común una cierta desconfianza frente a la carrera que escogieron, desconocida para casi todos. Sin embargo, los padres terminan aceptando la extraña profesión que escogieron sus hijos:

Pues al principio mi mamá me decía “¿mijo, usted por qué no estudió otra cosa?” “No, mamá, yo voy a seguir la Sociología, me gusta. Igual, cualquier carrera, desde que uno trabaje y se sienta bien, da plata, y el hecho no es ganar mucho, sino que uno se sienta bien con el trabajo que está realizando”. Pues bueno, eso me lo repetía cada ratito. Al final ellos entendieron (Miguel).

Catalina tiene padres relativamente solventes a pesar de su bajo capital educativo: su padre es empresario transportador.

Mi papá y mi mamá provienen de un pueblo que se llama Moniquirá (Boyacá). Ellos se vinieron a vivir a Bogotá y empezaron a trabajar. Ellos han trabajado en muchas cosas. Tuvieron un restaurante, porque ellos llegaron acá sin nada. [...] Yo no había nacido. Fueron mis hermanos los que vivieron unas cosas: vivir en inquilinatos. [...] Ellos no tuvieron opción de terminar el bachillerato. Les ha tocado trabajar siempre muy duro. [...] En mi casa me dijeron “¿y para qué va a estudiar eso? Estudie algo que tenga más salida” (Catalina).

A pesar de sus dudas sobre la carrera, el esfuerzo de los padres para apoyar a sus hijos es, en general, grande y constante, con muchas dificultades para algunos. Los papás de Diego se endeudaron para pagarles los estudios a él y a su hermana.

El otro año tengo que estar haciendo algo, lo que sea. He pensado en trabajos de medio tiempo, de mensajero, de visitador médico, lo que sea, pero que a uno le paguen. Desgraciadamente, mis condiciones no han mejorado, pues la situación de la casa no es la mejor realmente. Entonces llega el momento en que uno tiene que vérselas por sí mismo como sea. Porque digamos que a uno como que la familia lo protegió en eso del “no se preocupe tanto por la plata, nosotros trabajamos”, pero llega un punto en que somos dos personas estudiando una carrera. Mis papás son pensionados, entonces eso es complicado. Tocó endeudarse para estudiar. Entonces ya uno tiene que empezar más bien a solventar las deudas que se adquirieron (Diego).

Entrar a la universidad: una aspiración que no se discute

En el grupo *mixto*, salvo en el hogar de Lina, en el que la madre es la profesional de la pareja, en es el padre quien ha realizado estudios superiores completos, mientras que la madre es bachiller en cinco casos y solo en uno alcanza la primaria completa.

Las profesiones de los padres no parecen relacionarse directamente con la orientación de sus hijos hacia la Sociología: hay dos contadores, un ingeniero industrial, un administrador agropecuario y un técnico mecánico. La madre profesional tiene una carrera más afín con las ciencias sociales: es abogada. En este grupo es mayor el número de egresados/as de colegios privados que en el anterior: solo Lina proviene de un colegio público de otra ciudad. Una mujer y dos hombres estudiaron en colegios religiosos.

La primera diferencia que se percibe en los relatos de los jóvenes del grupo *mixto* con respecto al grupo anterior es que el acceso a la universidad es una aspiración que no se discute. No se escoge tanto entre trabajo y estudio como entre distintas universidades. Para la mayoría de las familias, las universidades privadas están descartadas, y entre las públicas, la Nacional es la mejor opción. En este grupo es interesante destacar cómo para cuatro de los entrevistados la Sociología fue una alternativa bastante clara: todos se presentaron a la Universidad Nacional a esa carrera y pasaron en el primer intento.

Las y los entrevistados del grupo *promoción* que presentan rasgos parecidos al grupo *mixto* cuentan con algunas ventajas comparativas en sus familias de origen: tienen familiares cercanos con título profesional, generalmente tíos. Luis tiene un tío ingeniero de sistemas, Diego un tío médico, Vicky tiene tíos médicos y militares, varios de ellos tienen hermanos que también están en la

universidad. Luis es el único que ingresó directamente (en el primer intento) a la Nacional y a Sociología, mientras Diego se pudo permitir el lujo de estudiar tres semestres de Ingeniería Electrónica en una universidad privada y luego tres de Arquitectura en la Universidad Nacional antes de presentarse a Sociología.

Una carrera inquietante

Para muchos de los padres y de las madres de estos alumnos y alumnas, la Sociología no es una carrera tan desconocida como lo era en las familias del primer grupo. Incluso tienen estereotipos negativos sobre ella, porque creen que ofrece pocas salidas en el mercado laboral o porque se la considera incluso peligrosa y se la asocia con “tira piedras” o guerrilla. Aunque en su mayoría estos padres apoyan económicamente a sus hijos, todas las mujeres del grupo tuvieron que trabajar para ayudar a pagar sus estudios. Gabriela y Lina coinciden en señalar que ganaron respeto y tranquilidad en sus casas cuando vieron que podían generar ingresos como estudiantes de Sociología.

En séptimo semestre conseguí trabajo en el Campo de Acción Institucional de Espacio y Territorio. Ahí aumentó el sueldo. ¡Chévere! Eso fue un aliciente para mi familia y para mí misma, pues demostró que yo podía conseguir buenos trabajos como socióloga. [...] Mi familia dijo “ah, bueno, listo, por lo menos no nos va a pedir, o sea, no se va a morir de hambre cuando salga de Sociología” (Lina).

Ana y Lina estudiaron Sociología en la Nacional a pesar de la poca acogida por parte de sus padres. Al padre de Ana no le gustó que esta escogiera Sociología, de modo que entró a la

Nacional y tuvo que trabajar a lo largo de la carrera para ayudarse económicamente:

La única opción que yo tenía era una universidad pública. Mi papá ya había dicho qué era lo que yo debía estudiar. Bueno, si yo no iba a estudiar una de esas carreras, algo de lo que él quería, pues no me iba a ayudar, ¿cierto? (Ana).

Para Lina, el asunto fundamental era salir de Boyacá. La Universidad Nacional de Bogotá le permitió alejarse de su medio y abrirse a otros horizontes. Se presentó a Sociología “a escondidas” de su familia:

Yo no quería estudiar en Tunja. [...] Yo tenía que salir de Boyacá, porque, ¡mente abierta!, uno tiene que conocer otras cosas. [...] En ese tiempo habían cogido a una niña de acá, estudiante de Sociología, de la guerrilla, y habían matado a los investigadores Mario y Elsa. Entonces mi familia dijo “¿cómo se va a meter en eso?” [...] Cuando pasé, fue tenaz. En mi casa casi no me dejan estudiar. Pero no, luché y listo, entré a estudiar Sociología (Lina).

En cambio, el ingreso de Álvaro y Antonio a la Nacional no fue directo. Los padres de Álvaro no tenían con qué pagar una universidad privada y le costó trabajo entrar a la Universidad Nacional. Antes de ingresar a Sociología se presentó sin éxito a Ingeniería de Sistemas y a Medicina. Antonio, por su parte, también hizo dos intentos previos en la Nacional, a Psicología, pero solo logró pasar cuando se presentó a Sociología. Entre tanto, había iniciado una licenciatura en Electrónica en la Universidad Pedagógica, carrera que siguió adelantando simultáneamente.

Una escogencia libre

En el grupo *reproducción*, los cuatro jóvenes tienen madre y padre profesionales. Entre las madres hay dos psicólogas, una administradora de empresas y una enfermera. Dos de los padres son abogados, uno es economista y el otro veterinario.

Aunque no todas las familias poseen una situación económica solvente y algunas se habían visto afectadas por la crisis económica que vivía el país, los relatos de estos jóvenes tienen un componente común: la idea de libertad. Esta se asocia con cierta “distancia con la necesidad”, nunca demasiada, pero sí mayor que la de los jóvenes de los otros grupos.

Todos y todas contemplaron la opción de las universidades privadas, pues no las consideraban por fuera de sus posibilidades.

El colegio en el que estudiaron señala algunas diferencias importantes que tienen que ver con las preferencias políticas e ideológicas de las familias. Así, Laura estudió en un colegio privado, laico y mixto, muy “relajado”. Amelia y Carlos estudiaron en colegios privados, religiosos, femenino y masculino, respectivamente. Federico estudió en un colegio público y mixto. Todos hicieron el bachillerato académico. El peso que va tomando la preferencia política o ideológica es también una señal de “distancia con la necesidad”: no se estudia en el colegio en que se puede, sino en el que se escoge, dentro de un margen amplio de posibilidades económicas.

La escogencia de la carrera y de la universidad es vista como una elección libre, respetada y apoyada por los padres. Laura, por ejemplo, describe a sus padres como “muy libres y tranquilos”. Su madre, psicóloga, se ha mostrado interesada por su carrera:

En mi casa siempre han sido muy tranquilos, muy “escojan lo que ustedes quieran, lo que de verdad les gusta”. Además, porque ellos también fueron muy libres en ese tipo de decisiones, ellos han sido muy tranquilos. A veces sí me molestan y dicen que me voy a morir de hambre, [...] pero siempre me han apoyado, han estado muy pendientes. Me dicen “mira, vi tal curso, vi tal posgrado, vi tal conferencia”. Con mi mamá nos sentamos a conversar. Le gusta leer lo que yo escribo y comentarlo (Laura).

Amelia ha contado con el apoyo total de su familia, en especial con el de su padre –economista– para estudiar primero Derecho y luego para cambiar a Sociología. Este apoyo no ha sido solo económico y afectivo, sino también en cuanto a la actitud y “apertura” hacia sus amigos. Amelia goza de mucha libertad en su casa. Sus padres están dispuestos a seguir apoyándola si quiere seguir estudiando otra carrera:

Yo pensé en eso precisamente, porque mi papá me dijo que sí, que aprovechara a estudiar ahora, que aprovechara mientras ellos estuvieran vivos y me pudieran ayudar con eso. Por eso pensé en otra carrera (Amelia).

En el entorno social de Carlos lo usual era que se privilegiara carreras como Ingeniería o Economía y que se estudiara en universidades privadas. Por diversas razones, en ese momento de su vida Carlos no quería seguir ese camino. Sus padres han sido bastante liberales y lo apoyaron en su decisión:

Yo no quería acomodarme o ser de ese modo de ser [...] que eran las ingenierías y la economía y ese tipo de cosas, más

por las personas que por el contenido de las carreras mismas. [...] En alguna forma mi entorno tenía mucho más que ver con las universidades privadas y con lo que se movía en ellas. [...] Mis papás han sido muy liberales en ese sentido, pues nos han apoyado mucho. [...] Nos dan muchos consejos, y creo que ellos piensan que uno mismo es quien debe tomar las decisiones de su vida y que debe hacer lo que quiera. Ellos están convencidos de que eso es así. [...] Ellos piensan que yo elegí eso y que eso es lo que yo quiero hacer y ya (Carlos).

Los padres de Federico son profesores y eso influyó en su escogencia de las ciencias sociales. Él se presentó inicialmente a Psicología a la Universidad Católica, donde había estudiado su madre, y a la Universidad de los Andes a Antropología. La opción por la Universidad Nacional correspondió a una preferencia ideológica suya. En el colegio público donde hizo su bachillerato tuvo la oportunidad de estar en espacios políticos de izquierda. Allí surgió su visión de lo público. En ese momento, los costos económicos solo influyeron de manera secundaria para escoger la Nacional, pero luego la situación económica de la familia empeoró:

Yo estudié en colegio público casi todo el bachillerato, excepto un año, y era un colegio público donde tuve la oportunidad de estar en contacto con espacios políticos de izquierda y en algunos casos cercanos a la universidad muy indirectamente. Entonces creo que tenía una visión de lo público, en ese sentido, como algo que estaba acorde con mis preferencias, preferencias políticas e ideológicas. Pero más secundariamente lo de los costos, a pesar de que era un factor deficitario de fondo, porque no hubiera podido pagar una privada (Federico).

El proyecto de vida de las y los jóvenes versus el de sus padres

Entre las y los estudiantes de Sociología, los proyectos de vida de las y los jóvenes se diferencian de acuerdo con el grado de continuidad o ruptura que presentan con respecto al de sus padres/madres. En términos generales, podemos decir que en los extremos la continuidad es mayor –en el grupo *promoción* y en el grupo *reproducción*–, mientras que en el medio hay mayores rupturas en las expectativas de las y los jóvenes en relación con sus padres/madres.

Continuidades: la centralidad de la familia

Entre las y los jóvenes de origen social menos favorecido, la continuidad que Miguel, Jenny y Catalina sienten con respecto a su familia de origen se refiere a ciertos valores familiares. Perciben sus estudios como parte de un esfuerzo familiar en el que quieren participar no solo como beneficiarios. Sus sueños y aspiraciones futuras incluyen a los padres y miembros de la familia y rescatan ciertos valores tradicionales como la solidaridad, la unión de los padres y la responsabilidad hacia los hijos:

Yo valoro mucho que ellos estén juntos y estén tan pendientes de nosotros y sean como tan..., como le digo, como tan buenos, es decir, porque ellos tienen unos principios muy claros, y a pesar de todo, a pesar de la crisis económica, a pesar de muchas cosas, se mantienen ahí. Es lo que han tratado de enseñarnos. Yo pienso que yo tendría una vida basada en muchos de esos principios, aunque no en otros (Jenny).

La familia ocupa un lugar muy importante en la vida de Miguel: es la que le da, en buena medida, sentido a su carrera y a sus proyectos:

Es un compromiso que tengo con mi papá, porque, primero que todo, él es pensionado de aquí, él trabajó en servicios generales. [...] Más porque él tiene un sentido de pertenencia con la universidad. Él, que es pensionado de aquí, le gustaría tener un hijo graduado de aquí. Yo creo que esa es una de las metas que quiero alcanzar y una de las primeras razones por las que yo quiero graduarme. [...] Lo que yo voy a hacer es también pensando en ellos, como le decía antes. Igual, si yo entro ahora a trabajar es, aparte de tener mis cosas, es también para apoyarlos a ellos y, en cierto modo, devolverles todo lo que me han dado. [...] Creo que tengo que hacer muchas cosas antes, digamos, con mi familia y conmigo (Miguel).

Aunque piensa que sus papás son muy tradicionales y él no, quiere que su futura familia se parezca a la que sus padres conformaron.

Catalina se encuentra por el momento comprometida con su padre y su empresa familiar, que representa también para ella una seguridad hacia el futuro. En su caso, la continuidad con la familia también está ligada con lazos afectivos, pero juega un papel importante el patrimonio, al contrario de lo que ocurre con sus compañeros. Muy hacia el futuro, cuando tenga unos 30 años, dice, quiere casarse y tener una familia tradicional.

Nuevas necesidades culturales

A pesar de las continuidades, el paso por la universidad ha despertado en todos ellos nuevas necesidades y aspiraciones, fundamentalmente culturales, que antes no tenían. Tarde o temprano, quieren viajar y seguir estudiando. Las aspiraciones varían de acuerdo con lo que se considera posible:

Es como una mirada más global sobre las cosas, sobre la vida misma, es un poquito no reducirse a ciertas cosas, no dejarse llevar tanto por, suena feo, pero por el consumo y cosas de ese tipo, ¿no? Yo creo que eso también lo vive uno acá, con la gente con la que trata, con la que comparte más, ¿no? Uno encuentra gustos muy comunes, y no sé, cosas culturales que difícilmente encuentro yo en la casa. El mismo tipo de música que se escucha, yo creo que eso influye también, aunque yo trato de ser como muy abierta a eso. Mi familia es muy importante para mí, y yo no quiero como cortar con eso (Jenny).

Pero también hay jóvenes en este grupo que coinciden con los del grupo *mixto* en la aspiración a una forma de vida muy distinta a la de sus padres. Esto parece ligado al grado de individualización que alcanzan los/as jóvenes, a sus posibilidades y a sus intereses y capacidades para desarrollar proyectos independientes de los proyectos familiares. Intervienen sin duda factores diversos como la naturaleza y fuerza de los lazos familiares, el lugar que ocupan los/as jóvenes entre sus hermanos/as, el grado de responsabilidad que sienten hacia sus progenitores y sus búsquedas emancipatorias (en relación con su opresión por la edad, por el género o por la clase). Pero también influye la relación que establecen los/las jóvenes con la carrera y la manera como asimilan la visión crítica del mundo que suscitan los planteamientos de la Sociología.

Uno de los síntomas del esfuerzo por superar las coerciones de su grupo social de origen se relaciona con el trabajo. Son varios/as los/as entrevistados/as que manifiestan distancias frente a la relación de sus padres/madres con el trabajo y su excesivo sacrificio. Aunque agradecen el esfuerzo de sus progenitores/as, no desean reproducir su abnegación, sus vidas dedicadas al trabajo y

a la familia. En esto coinciden hombres y mujeres, pero con diferencias que no son despreciables.

Así, Vicky, Luis y Diego imaginan su vida futura muy distinta a la de sus padres/madres. Vicky se distancia de la relación de sus padres/madres con el trabajo, de su excesivo sacrificio, y aspira a un trabajo que le guste y no sea esclavizante:

Sí quiero trabajar y una vida diferente a la de mis papas. Quiero viajar. Esa es una de mis expectativas más grandes. Sí, algo totalmente diferente, no solo de mis papás, sino del resto de mi familia. [...] Por ejemplo, mi papá es una persona que siempre nos ha apoyado, pero no es una persona que vea que hay que estudiar otra cosa, [...] muy dedicado al trabajo y todo el día pensando en qué vamos a comer al otro día, y yo creo que soy diferente, porque me he tranquilizado mucho, también porque he trabajado. Pero sí, quiero que sea diferente a la de ellos (Vicky).

Probablemente, no sea casual que Diego y Luis, que contaban con el mayor capital educativo en su familia de origen, sean los más atraídos por la acumulación de capital cultural y quienes proyecten versiones singulares de un estilo de vida “intelectual”. Tanto Luis como Diego incluyen difícilmente en su futuro algo parecido a un matrimonio o una vida de pareja estable y convencional. Para Luis, esto es un efecto de la sociología, que “extermina cualquier sueño familiar”:

No sé, eso sí, la sociología extermina cualquier sueño familiar o colectivo. Es terrible, es terrible la sociología por eso, porque uno siente que la sociología se le va metiendo a uno en la vida personal, en la vida privada, en la vida íntima y

en la psiquis y termina desilusionándose de muchos escenarios. Si antes mi visión sobre la familia era complicada, ahora es aún más compleja y me da pavor. [...] Es terrible decirlo. Como cuando uno analiza a los profesores y habla y escucha los comentarios. La típica vida de sociólogos. Si tienen uno o dos hijos es muchísimo, y si alguno está casado, es un bicho raro en extinción. Entonces como que los escenarios de vida familiar o de vida en pareja son muy tormentosos, muy difíciles y como que no son viables (Luis).

Búsquedas de autonomía femenina

En el grupo *mixto*, los proyectos de vida de las tres mujeres tienen en común la búsqueda de autonomía, que las distancia de sus experiencias familiares.

Lina proviene de una familia boyacense, que ella califica de machista y patriarcal. Aunque su madre no sigue el modelo tradicional, puesto que no se casó, hizo una carrera y se graduó como abogada después de haber tenido a sus hijos, y según Lina “no tenía mucho espíritu de familia”, Lina se diferencia de ella porque le da prioridad a su realización profesional:

Me veo diferente a ella, porque, empezando, yo no veo la vida sin uno realizarse profesionalmente, sin entregarse a algo, o sea, a alguna pasión. No me veo con hijos. No, eso es una responsabilidad que no quiero asumir. Ni con esposo ni con compañero. De pronto relación de noviazgo, con casa aparte. Además por mí misma, por lo que yo quiero hacer, que es viajar. Si todo me sale bien, si me aburro o me sale algo mejor, me voy. No estar siempre en un mismo sitio (Lina).

Ana también expresa una distancia con respecto a sus padres y a la vida que escogieron y que ella no desea repetir, marcada por la rutina (en el caso de su padre) y tal vez por la frustración de sueños y proyectos personales (en el caso de su madre, antigua *hippie*). Ahora que se gradúa, la expectativa de Ana es poder independizarse, y hacia adelante no quiere ni pareja estable ni hijos que la limiten.

Mi mamá era *hippie*, entonces mi mamá es toda tranquila. [...] Yo, por ejemplo, no me imagino parecida a mi mamá, en el sentido de estar jugando a la loca. Yo creo que ella tuvo un proyecto de vida, se casó súper joven y cuando reaccionó ya tenía un hijo. Yo pienso que ella no quiso esta vida, o sea, como que no quiso la vida de estar casada, tener unos hijos, etc., etc. Pero se dio cuenta tarde. Y mi papá no sé si está satisfecho con su vida, pero igual es como muy tranquilo. Nunca reniega ni nada de eso. Pero yo tampoco quisiera parecerme a mi papá, como en tener una vida tan estática: todos los días levantarse a la misma hora, ir a trabajar a la misma parte, trabajar haciendo la misma cosa, devolverse a la misma hora, etc., etc. Yo no quiero eso (Ana).

A diferencia de sus colegas varones, el rechazo a un proyecto familiar convencional no resulta de las exigencias de la Sociología, sino de su búsqueda de autonomía como mujeres. Gabriela es la única que quiere ser madre. Tiene compromisos y presiones para trabajar y colaborar con la casa, “por ser la hija mayor y la primera profesional”. Tal vez por esto ha tratado de conciliar sus búsquedas personales con sus responsabilidades. Así como ha pasado la carrera administrando la tensión entre la familia, el estudio y el trabajo, así mismo se proyecta en el futuro con la necesidad de

seguir luchando para poder cumplir con sus metas como profesional y madre. Hacia adelante, ve con optimismo e incertidumbre su futuro laboral como socióloga: hay oportunidades, pero son trabajos inestables. También es consciente de que no es fácil ser una mujer profesional: “toca lucharla un poquito más”.

No al trabajo abnegado

Por su parte, todos los varones elaboran proyectos de vida singulares que se diferencian de la vida de sus padres. Para Felipe y Álvaro ello no significa rupturas radicales con el estilo de vida familiar, mientras que a Antonio la sociología le plantea interrogantes existenciales bastante complejos. Felipe y Álvaro han contado con un apoyo familiar amplio y han podido dedicarse al estudio con bastante concentración. Felipe piensa que su vida futura será muy distinta a la de su padre, porque este es un trabajador abnegado, sacrificado por la familia, y Felipe no quiere serlo. Tiene metas profesionales ambiciosas, como hacer una maestría y un doctorado:

Él es el típico trabajador abnegado, que lleva su cuota mensual a la casa, con ese sacrificio por los hijos, pero que piensa muy poquito en él mismo. En cambio yo no. [...] En mi familia yo siempre he sido muy autónomo, el más autónomo de todos mis hermanos, siendo el menor. [...] Todas las decisiones se toman así: “pues si usted ve que es lo mejor, es su vida y nosotros lo apoyamos” (Felipe).

Para Antonio, la sociología, su carrera principal –pues también estudia electrónica– y con la que se identifica, ha significado una transformación radical de su visión del mundo y su forma de

habitarlo, transformación que vive con bastante angustia. La sociología “tiene la culpa” de que él se haga hoy tantas preguntas, de que haya perdido la ingenuidad de la gente “normal” y de que tenga tantas dificultades para tomar decisiones:

Pues sí, para mí eso fue, eso ha sido la sociología. Es el saber de un mundo como fuera del mundo normal, de lo que la gente vive y vive normalmente, pero que nunca se pregunta. Uno como que mira detrás de ellos, qué es lo que hay detrás de todo esto. Y entonces eso le causa a uno cierta angustia. [...] Ese es el problema que le veo a la sociología. Eso es en el fondo como esas cosas del psicoanálisis. Uno es un poco masoquista por dentro, entonces a uno como que le sigue llamando la atención y sigue estando ahí, y sigue buscando ahí, así se decepcione uno cada vez más del mundo (Antonio).

Para Álvaro, la sociología también transforma las perspectivas familiares: el matrimonio y los hijos ya no son una meta evidente. Él, por el momento, los tiene muy aplazados:

Inicialmente, antes de entrar a estudiar, había que casarse, el matrimonio antes de los treinta, tres hijos, casa, carro y beca, y ahora como que es distinto y ya como que uno comienza a aplazar esa meta de familia. Por lo menos, personalmente, yo pienso como aplazarla. Veo que tengo otros intereses ahora y que puedo dejarlo para después. [...] Primero tengo otro tipo de objetivos. Obviamente, una familia numerosa no. También el matrimonio ya me parece que es bien complicado. [...] El tipo de formación que uno tiene en la carrera lo vuelve a uno crítico con muchas cosas, lo vuelve analítico en todos los aspectos (Álvaro).

Lo mejor de ambos mundos

En contraste, entre los/as jóvenes del grupo *reproducción* encontramos una gran continuidad con los estilos de vida de sus padres, con algunos deslizamientos que no representan grandes rupturas. De alguna manera, tratan de conciliar lo mejor de ambos mundos: las comodidades y la libertad que les confiere su posición de clase y la satisfacción intelectual y simbólica que les ofrece la carrera como posibilidad de tener una visión crítica sobre el mundo. Son opciones individualistas, muy centradas sobre sí mismos/as. Los hombres manifiestan ambiciones profesionales y políticas más grandes que las mujeres, pero no parecen tener las mismas “angustias existenciales” del grupo anterior. Las mujeres, por su parte, tampoco parecen experimentar la misma necesidad de cambio y autonomía que las anteriores. Teniendo en cuenta que son hijas de madres profesionales, parecen sentirse más cerca del estilo de vida de sus madres, que se distancia del modelo del ama de casa.

Laura no quiere perder en su futuro adulto las comodidades y oportunidades que ha tenido de hacer lo que le gusta. En esa medida, espera que su opción por la sociología le permita a la vez “vivir bien” y ser crítica. Por eso piensa continuar sus estudios y hacer un posgrado en el exterior:

Siempre he tenido lo que he necesitado. Tal vez sin muchos lujos, pero siempre he vivido bien, he comido bien, me he vestido bien, he estudiado, he podido hacer muchas cosas que de pronto mucha gente no puede hacer, como ir mucho a cine o salir mucho a veces, ¿no? [...] He podido viajar, he podido salir del país, entonces a mí sí me gustaría continuar así. No me gustaría ser “ricachona”, pero sí me gustaría tener un

buen nivel de vida y, digamos, un poco asegurado. [...] Pues no sé, es que en mi familia somos tres, de clase media. ¿Difícil, no?, porque mi papá, con tres hijos, trabajador independiente, y mi mamá sin trabajo. [...] Yo había pensado en una beca o en un préstamo beca o algo así. Claro que mi papá me dice que él hace lo posible por darme un posgrado, pero yo creo que es muy difícil. [...] También otra posibilidad que había pensado era trabajar y luego sí irme a estudiar, que me parece más difícil, porque a veces uno ya se queda trabajando y trabajando y a veces deja el estudio de lado. Pero sí siento a veces responsabilidades con ellos, porque es muy complicado tener tres hijos y tener que encargarse de todo (Laura).

Con respecto a su futura familia, dice que no transformaría en nada el modelo de sus padres. Tampoco tiene grandes diferencias ideológicas con ellos. Piensa que son muy conscientes de lo que pasa en el país, aunque con el tiempo tiendan a ser menos críticos. Considera que su familia también es aguerrida, luchadora. Su madre es en muchas cosas un ejemplo: hizo su carrera de psicología ya casada y con hijos y se la costeó con pequeños trabajos. En su casa siempre experimentó la igualdad entre mujeres y hombres. Al igual que su madre, no le gustaría dedicarse a ser ama de casa:

Eso de ser ama de casa me aterra, pero me aterra sobremedida. Mi hermano dice que mi mamá y yo somos las dos amas de casa, porque yo coso y ayudo a servir la comida y hago cosas. Pero ya en mi vida adulta, después de haber terminado la carrera y tener trabajo, no me gustaría dedicarme a ser ama de casa, porque me parecería muy triste hacer una carrera para uno quedarse en la casa para hacer oficio, además porque yo creo que uno lo puede manejar, si uno tiene una

pareja, pues la casa es cosa de los dos, no de una sola persona. [...] Mi mamá también odia ser ama de casa. [...] Nosotros siempre hemos tenido empleada, entonces [...] yo siempre he vivido en un ambiente en el que la mujer es muy importante, o sea, es tan importante como el hombre. [...] Yo la verdad no me he acercado mucho al machismo. No sé, como que eso siempre ha sido una cosa que no me ha afectado mucho (Laura).

Políticamente, Carlos se diferencia de su padre, a quien considera conservador y doctrinario, mientras él se ubica dentro de corrientes de izquierda democrática. Esa es la mayor diferencia con respecto a sus padres, ya que también aspira en el futuro a tener una familia convencional. Las posiciones críticas de izquierda de Federico no se producen en ruptura con su familia, puesto que este reconoce una afinidad política con su madre. Al contrario de los otros entrevistados de este grupo –que en el momento de la entrevista conservaban una situación económica y familiar relativamente estable–, la familia de Federico pasaba por dificultades. Ello influye probablemente en sus expectativas hacia el futuro, sobre sus deseos de independizarse del proyecto económico familiar y sobre la incertidumbre simultánea sobre su propio futuro laboral. En este aspecto, la coherencia ideológica de Federico podía representarle costos que esperaba no fueran demasiado altos.

Conclusiones

Nos hemos aproximado a las trayectorias sociales y escolares de las y los jóvenes que ingresaron a la Universidad Nacional a dos carreras cuyas particularidades revelan, por una parte, las posibilidades determinadas por su origen social y escolar y, por otra parte, condicionan sus posibilidades futuras de inserción social.

La comparación del origen social y las trayectorias escolares de las y los jóvenes de las dos carreras permite señalar grandes similitudes: en su mayoría provienen de familias de sectores medios, más educadas que el promedio de la población colombiana, y en menor proporción se trata de jóvenes de origen popular que acceden excepcionalmente a la universidad. Observamos, sin embargo, diferencias significativas en la manera como se combinan origen social y género en la selección de estas/os jóvenes y que se pueden resumir así: en Ingeniería de Sistemas encontramos varones medianamente seleccionados en cuanto a su origen social y altamente seleccionados en lo escolar y mujeres altamente seleccionadas tanto en lo social como en lo escolar (todo ello en términos relativos a las características generales de los/as mismos/as encuestados/as), mientras que en Sociología encontramos varones menos seleccionados en lo social y en lo escolar y mujeres medianamente seleccionadas en lo social y en lo escolar. En cada carrera, el perfil social de origen de las mujeres presenta ventajas frente al de sus compañeros varones en términos de capital cultural y de capital económico. Mientras las mujeres en Ingeniería de Sistemas constituyen un caso atípico de sobreselección (al acceder en pequeña proporción a una carrera asociada con los varones), en el otro polo encontramos a los hombres de Sociología, con una baja selección escolar y social en una carrera con una elevada presencia femenina.

Tabla 20. Selección social y selección escolar

	Selección social	Selección escolar
Mujeres de Ingeniería de Sistemas	Alta	Alta
Hombres de Ingeniería de Sistemas	Media	Alta
Mujeres de Sociología	Media	Media
Hombres de Sociología	Baja	Baja

Estas diferencias de selección tienen que ver con las diferencias de prestigio académico y social de las dos carreras, que se manifiestan en la disparidad en el número de aspirantes que se presentan. La Ingeniería de Sistemas aparece dotada del prestigio de la competencia técnica en tecnologías de punta y es objeto de expectativas muy positivas en relación con el acceso a buenos empleos, mientras que la Sociología suscita más incertidumbres. Los datos de la encuesta mostraron la sobreselección social y escolar de la mayoría de las mujeres estudiantes de Ingeniería de Sistemas. Es importante resaltar el papel de las madres en las carreras de estas jóvenes. En este sentido, la encuesta mostró cómo la sobreselección de las estudiantes de Ingeniería de Sistemas se relacionaba con la presencia de madres más educadas y más activas que las madres de los varones. De manera similar, las madres de las estudiantes de Sociología, aunque menos educadas, se distinguían de las de sus compañeros por su mayor actividad. La presencia de madres educadoras también parece asociada con la “autorización” para que algunos varones estudien Sociología, mientras que la presencia de padres o tíos ingenieros influye en la escogencia de Ingeniería de Sistemas por parte de muchas mujeres. En cambio, para que un muchacho escoja Ingeniería de Sistemas no parece necesitar ni una madre activa ni un padre ingeniero.

La posibilidad de establecer con mayor claridad la posición que ocupan las y los estudiantes de Sociología e Ingeniería de Sistemas de la Universidad Nacional en el espacio social requiere tener una aproximación a la posición de la Universidad Nacional en el campo de los estudios superiores en Colombia. Para ello, haría falta establecer empíricamente los capitales o poderes académicos que operan con mayor eficacia en el sistema educativo colombiano y que definen las jerarquías de poder y prestigio en su

interior. También sería indispensable realizar estudios empíricos sobre las relaciones entre las distintas instituciones y formaciones en el campo de la educación superior y el conjunto de las clases y poderes sociales. De manera hipotética, podemos suponer que la combinación de capitales propiamente académicos (como la capacidad investigativa, la calificación y la productividad del profesorado y el reconocimiento nacional e internacional) y capitales sociales (como el origen social de estudiantes, profesores y directivas o la capacidad de la institución de ubicar a sus egresadas y egresados en el mercado de trabajo) definen la posición relativa de las instituciones y formaciones.

En esa medida, podemos decir que la Universidad Nacional se sitúa dentro de las instituciones dominantes en relación con la mayoría de los capitales académicos vigentes y desarrolla estrategias de competencia con otras universidades públicas y privadas por el prestigio académico. Estas luchas por la acumulación de capitales académicos y por su reconocimiento toman formas particulares para cada tipo de carrera. En cambio, en relación con los capitales sociales, que son igualmente eficaces en la definición de la posición de poder relativo de las instituciones de educación superior, podemos pensar que la Universidad Nacional se ubica en una posición media, tanto por el origen social de sus profesores, directivas y estudiantes como por la ubicación de sus egresadas y egresados en las esferas de poder económico, social y político. Esto, sin duda, requiere una comprobación, pero hay indicios claros del deterioro de la ubicación de las y los egresados de la Universidad Nacional en relación con los campos de poder político y económico. En la investigación que realizamos con Mara Viveros sobre altos funcionarios públicos del gobierno central durante la administración del presidente Gaviria, en la que comparamos las trayectorias sociales y educativas de 250

funcionarias y funcionarios, fue evidente que la generación de mayor edad había sido formada en su mayoría en la Universidad Nacional, pero las y los funcionarios de las generaciones intermedia y más joven provenían, en su mayoría, de universidades privadas prestigiosas.¹¹

La lucha por defender el valor de los capitales académicos sobre los capitales sociales ha sido la estrategia de la Universidad Nacional para asumir el difícil reto de ser a la vez una institución educativa pública, democrática y académicamente prestigiosa. Esta es probablemente la única estrategia posible, pero es sin duda un reto difícil.

El análisis del caso francés que he tenido como referencia y punto de comparación permite señalar algunas diferencias muy importantes. La primera es que si bien la universidad colombiana ha conocido una expansión considerable, estamos lejos de tener una universidad “de masas” como la francesa, a la que tiene acceso casi el 80 % de los bachilleres. La segunda es que las jerarquías que atraviesan el sistema de educación superior francés y que oponen las facultades universitarias a las grandes escuelas no encuentra ninguna correspondencia en el caso colombiano. La separación francesa es posible en el marco de una educación básica y superior pública, sometida a controles de calidad relativamente homogéneos, con mecanismos de selección académicos que indirectamente contribuyen a conservar las desigualdades sociales. En Colombia, en cambio, las desigualdades frente a la universidad no necesitan mecanismos tan sutiles como los franceses. La educación básica es terriblemente desigual, el acceso a la universidad es restringido y la posibilidad de ingresar a instituciones y

11 “Itinerarios profesionales y calendarios familiares: mujeres y hombres en la gerencia pública en Colombia”, presente en este volumen.

carreras académicamente respetables lo es aún más y depende de manera sustancial de la posición económica de las y los estudiantes. Por eso, los/las estudiantes de Ingeniería de Sistemas suman la satisfacción de haber sido admitidos/as a la Universidad Nacional con la de haber sido aceptados/as en Ingeniería de Sistemas, mientras algunos/as de las y los estudiantes de Sociología responden a las dudas de sus padres/madres frente a la carrera que escogieron, enfatizando el hecho de que entraron a la Universidad Nacional y de que lo importante es tener una profesión, así sea Sociología.

Los datos de la encuesta y de las entrevistas mostraron la sobreselección social y escolar de la mayoría de las mujeres estudiantes de Ingeniería de Sistemas. Si comparamos esta situación con las interpretaciones adelantadas por las sociólogas francesas para explicar las escogencias atípicas de carrera por parte de las mujeres, podemos destacar que se trata de una sobreselección relativa. Tal como lo muestran los relatos, el carácter masculino socialmente atribuido a la ingeniería sigue pesando para incrementar el prestigio que tiene esta opción para muchas de las estudiantes, sus familiares y amigos. Paradójicamente, la ganancia simbólica básica que obtienen las jóvenes por haber sido aceptadas y haber estudiado exitosamente una carrera “masculina” les permite una mayor libertad (diversidad de opciones) en su relación con la carrera y la manera como enfocan su aplicación. En cuanto a los varones que estudian Ingeniería de Sistemas, estos responden fundamentalmente a una selección escolar, dadas las exigencias matemáticas básicas comparativamente altas que deben llenar, pero sus características sociales revelan un origen menos selectivo que el de sus compañeras de estudio. En términos de género, la escogencia de una ingeniería aparece como “natural” para los varones relativamente buenos estudiantes. En esa

medida, se inscriben dentro de los mandatos del orden de género, fomentados por el sistema escolar. En contraste con la relativa libertad de las mujeres, en especial de aquellas que tiene una mejor posición económica y cultural, es posible observar mayores exigencias a los varones por parte de sus familias (y de ellos mismos) en relación con lo que se espera logren con la carrera. Los jóvenes, sobre todo los menos provistos de capital social, económico y cultural, expresan mayores ansiedades y dudas frente a su futuro laboral y frente a sus logros como profesionales.

En cuanto a las y los estudiantes de Sociología, para la minoría de hombres más seleccionados social y escolarmente se trata de una opción poco conforme a las expectativas sociales (en términos de clase y de género) y corresponde a escogencias individuales transgresoras, motivadas en general por convicciones políticas y morales. Estos jóvenes desarrollan “estrategias de compensación” que les permitan incrementar el prestigio académico y el potencial laboral de la carrera que escogieron y buscan prolongar sus estudios mediante maestrías y doctorados en la misma disciplina o en disciplinas afines. Pero la mayoría de los varones estudiantes de Sociología, poco provistos de capital cultural, social y económico de origen, se enfrentan a la dificultad de administrar una carrera incierta en la que muchos desembocaron como única forma de acceder a la universidad. Al no poder contar con la posibilidad de continuar estudios de posgrado, sus estrategias de compensación se orientan a buscar el mejor desempeño académico posible (aliándose en algunos casos con compañera/os más solventes académica y socialmente) o a complementar sus estudios con formaciones paralelas en ámbitos ajenos a la Sociología. Estos contrastes de clase se encuentran de manera semejante entre las mujeres, con la diferencia de que ellas son objeto de menores expectativas de parte de sus familias

en relación con sus logros profesionales y económicos, hecho que puede significar que cuenten con menos apoyo para desarrollar estrategias de compensación y proseguir sus estudios. En ese sentido, vimos cómo las mujeres que entrevistamos en el grupo *mixto* contaron con un apoyo familiar limitado y tuvieron que trabajar para ayudar a costear sus estudios.

La relación de las y los jóvenes con el proyecto de movilidad social de sus familias de origen señala diferencias en las que intervienen las distinciones de clase, género y carrera. En las dos carreras, los jóvenes mejor provistos de capital familiar de origen gozan de mayor libertad para adelantar proyectos individuales, en la medida en que sus familias los apoyan y no les exigen un compromiso económico con ellas, como sucede entre las y los jóvenes menos favorecidos, con mayor intensidad para los varones, y entre ellos, para los estudiantes de Ingeniería de Sistemas, en quienes sus familias parecen haber puesto grandes expectativas. Resulta interesante destacar los cambios en la relación con el trabajo que plantea la mayoría de estos jóvenes en comparación con la experiencia de sus padres. El trabajo abnegado o la vida dedicada al trabajo no hacen parte de los valores de ninguno de estos jóvenes, ni siquiera de aquellos que tienen un gran compromiso con sus familias de origen y grandes expectativas de “progresar”. El trabajo y la profesión deben permitir satisfacciones individuales y una vida con espacios y tiempos para el desarrollo personal. Las tensiones entre las aspiraciones a obtener una mejor posición social y económica que sus padres (que parece requerir grandes esfuerzos) y a conseguir una vida que se pueda disfrutar, se manifiestan entre las y los ingenieros mediante el temor a la “compudependencia”, a las largas jornadas de trabajo de oficina, y mediante la idealización del trabajo docente universitario como alternativa para conciliar esas aspiraciones.

Los proyectos de las mujeres, en especial de las estudiantes de Sociología del grupo *mixto*, presentan las mayores rupturas con el orden de género en términos de familia, maternidad y relaciones de pareja. En la “zona media” encontramos mujeres que se presentan a sí mismas como “luchadoras”, que expresan aspiraciones emancipatorias en diversos terrenos (autonomía económica, libertad sexual, “cuarto propio”, reciprocidad en las relaciones de pareja o rechazo al matrimonio o a la maternidad). En este grupo social, hombres y mujeres buscan romper con el modelo de trabajador abnegado o sacrificado que encarnan los padres. Estos jóvenes esperan conseguir satisfacciones materiales y simbólicas de su trabajo (prestigio, reconocimiento o el placer de viajar o de acceder a otros consumos culturales). El “estilo de vida” del sociólogo o la socióloga es para muchos un interrogante. Este estilo de vida es sin duda distinto al de sus padres, pues se elabora a través del ejemplo de sus profesores o de sus autores preferidos. La eventual conciliación entre la vocación crítica de la sociología y la inserción social del sociólogo o la socióloga es un enigma que puede generar mucha ansiedad. La posibilidad de constituir una familia es uno de los puntos más frágiles.

En los dos polos del espacio social, las transformaciones esperadas en las relaciones de género en las familias, es decir, en la división sexual del trabajo, son menos significativas que en el grupo *mixto* o medio: hombres y mujeres aspiran a tener familias similares a sus familias de origen. En cuanto a las y los jóvenes más privilegiados, al provenir de hogares donde padre y madre son profesionales, la expectativa de que la mujer accediera a la educación superior y tuviera una carrera ya ha sido cumplida por las madres. Algunas hijas se ven tan poco amas de casa como sus madres, pero se observan algunas diferencias con respecto a

la maternidad, que pueden ser la expresión del deseo y de la posibilidad de prolongar la condición juvenil.

Las y los jóvenes estudiantes de Ingeniería de Sistemas buscan construir familias que respondan al modelo dominante en la clase media, esto es, parejas de doble carrera, con proyectos racionales de mejoramiento económico, familias unidas y estables que esperan invertir en la educación de los/as hijos/as, para que estos puedan competir en el futuro. Aunque las jóvenes ingenieras rompen con las normas tradicionales al optar por una carrera “masculina”, la mayoría conserva una visión convencional en relación con la familia y la maternidad. En contraste, el rechazo a proyectos de maternidad y pareja por parte de los estudiantes de Sociología de origen “medio”, además de otras búsquedas, también puede estar expresando la toma de distancia frente a sus familias de origen, que no las apoyaron. Las rupturas y dudas manifestadas por algunos varones estudiantes de Sociología frente a su futuro familiar o de pareja está asociado a la necesidad de concentrar energías en el proyecto profesional –el que encarna la mayor incertidumbre– antes de pensar en construir un proyecto familiar.

Bibliografía

- Arango, Luz Gabriela (2002). ¿Equidad de género, equidad social? Una mirada desde la educación y el trabajo. *Observatorio de Coyuntura Socioeconómica*, (14).
- Arango, Luz Gabriela; Quintero, Oscar Alejandro y Mendoza, Ivonne Paola (2004). Género y origen social en el acceso a la Universidad Nacional: trayectorias de estudiantes de sociología e ingeniería de Sistemas. *Revista Colombiana de Sociología*, (22), 87-110.

- Arango, Luz Gabriela y Viveros, Mara (1996). Itinerarios profesionales y calendarios familiares: mujeres y hombres en la gerencia pública en Colombia. *Revista Colombiana de Sociología*, 3(1), 25-52.
- Bourdieu, Pierre (1980). *Le sens pratique*. París: Les Éditions de Minuit
- Departamento de Sociología (2002). Proceso de Autoevaluación [informe].
- Duru-Bellat, Marie y Jarlegan, Annette (2001). Garçons et filies a l'école primaire et dans le secondaire. En Thierry Bloss (dir.), *La dialectique des rapports hommes-femmes* (pp. 73-88). Paris: PUF.
- Estrada, Ángela María (2001). Los fragmentos del calidoscopio. Una propuesta teórico-metodológica para el análisis cualitativo de las relaciones de género en la escuela. *Nómadas*, (14), 10-22.
- Instituto Colombiano de Fomento a la Educación Superior [ICFES] (1999). *Informe de tendencias de rendimiento del examen del ICFES, 1987-1991 y 1998. Cálculos del Observatorio de Coyuntura Socioeconómica*. Bogotá: CID, Universidad Nacional de Colombia
- Instituto Colombiano de Fomento a la Educación Superior [ICFES] (2002). <https://www.icfes.gov.co/>
- Oficina Nacional de Planeación (2000). *Estadísticas e indicadores de la Universidad Nacional De Colombia*, (4).
- Oficina Nacional de Planeación (2001). *Estadísticas e indicadores de la Universidad Nacional De Colombia*, (5-6).
- Palacios, Marco (2003). *Hacia la innovación institucional en la Universidad Nacional de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Pérez, Héspes; Laguado, Arturo y Martínez, Adriana (2001). Perfil socioeconómico de los estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia. *Estadísticas e indicadores de la Universidad Nacional De Colombia*, (5-6).
- Rico de Alonso, Ana et al. (2002). *Calidad y equidad en el aula. Una mirada desde el género*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana y Alcaldía Mayor de Bogotá.

Las mujeres en Ingeniería de Sistemas: escogencias, selección y negociación del carácter sexuado de la profesión*

La idea de que el mundo académico está regido por la igualdad y la meritocracia forma parte de las creencias compartidas que definen la universidad. Sin embargo, bajo este aparente consenso se ocultan representaciones sexuadas sobre las profesiones más adecuadas para mujeres y hombres y sobre la existencia de habilidades intelectuales y cognitivas diferenciadas entre los sexos. Una de las áreas profesionales que se presenta como más masculina es la de las ingenierías, con diferencias entre sus especialidades que tienden a situar como más reacias a la incorporación de mujeres aquellas que ostentan una asociación más estrecha con el dominio de tecnologías “duras”.

En este capítulo propongo algunas reflexiones sobre los modos como actúa el género en la construcción y negociación del carácter sexuado de esta profesión. Entiendo el *género* como categoría analítica que permite identificar configuraciones específicas de relaciones materiales y simbólicas entre los sexos, que inciden entre sí sin determinarse de manera mecánica. Entre estas relaciones se encuentran diversas modalidades de división

* Publicado en Araceli Mingo (coord.), *Desasosiegos. Relaciones de género en la educación*, México, Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación, 2010.

sexual del trabajo en correspondencia más o menos problemática con representaciones de lo masculino y lo femenino. En estas relaciones intervienen agentes individuales cuyas subjetividades, identidades y *habitus* (Bourdieu, 1979, 1998) han sido condicionados por una experiencia sexuada del mundo social. También intervienen instituciones en las que se han objetivado relaciones históricas de poder entre los sexos. Mi punto de partida es la experiencia, considerada atípica, transgresora o, simplemente minoritaria, de las mujeres en una carrera masculina, Ingeniería de Sistemas, en el caso de la principal universidad pública de Colombia: la Universidad Nacional.

El artículo está organizado en dos partes: en la primera examino algunos de los procesos objetivos y subjetivos de selección social y escolar para acceder a esta carrera en la Universidad Nacional de Colombia, a partir de los aportes de la sociología feminista francesa; en la segunda analizo algunas prácticas y representaciones mediante las cuales los/as estudiantes construyen una identidad profesional a lo largo de su formación, redefinen o cuestionan el carácter masculino de esta especialidad. Las siguientes reflexiones se apoyan en la investigación “Universidad, movilidad social y cultura: trayectorias sociales, género e identidad entre estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia”, realizada en 2001-2002 en el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional.¹

1 La investigación se propuso estudiar los procesos de construcción de una identidad profesional y su relación con el género, la clase social y la condición juvenil, por parte de los/as estudiantes de últimos semestres de las carreras de Sociología e Ingeniería de Sistemas de dicha universidad. Además de una encuesta a 179 estudiantes destinada a conocer las características sociodemográficas y algunos elementos de sus trayectorias sociales, se adelantó un análisis cualitativo a partir de entrevistas en profundidad a treinta y

Escuela, género y reproducción social: aportes de la sociología francesa

Una cosa está clara: el papel de la escuela no puede reducirse a una simple correa de reproducción; si una socialización sexuada tiene lugar allí, también es un espacio en el cual la dominación masculina parece más difícil de justificar; y si la escuela prepara para asumir roles sociales, también puede ser utilizada para prepararse para escapar a estos.

(Duru-Bellat y Jarlegan, 2001, p. 88)

La sociología de la educación francesa ha sido una de las más interesadas en la relación entre escuela y desigualdad social. A partir de la década de 1960, los trabajos de Bourdieu, Passeron, Establet y Baudelot construyeron la llamada “escuela francesa de la reproducción”. En un balance de la evolución de la sociología de la educación en Francia, la socióloga Catherine Marry (2001) muestra cómo, solo en la década de 1980, la desigualdad de género adquiere importancia y se relativiza el primado absoluto de la dominación de clase. Los trabajos de Passeron, de De Singly y de Percheron cuestionan el carácter lineal y unívoco de las determinaciones de clase. También se producen contribuciones importantes de mujeres a la investigación sobre las desigualdades

dos estudiantes (dieciséis de cada carrera, ocho hombres y ocho mujeres). Actuaron como asistentes de investigación Ivonne Paola Mendoza y Oscar Quintero, estudiantes de sociología. La investigación contó con el apoyo de Colciencias y los resultados fueron publicados (Arango, 2006). Ver el artículo “Jóvenes sociólogos/as e ingenieros/as de sistemas en la Universidad Nacional de Colombia: origen de clase e identidad social”, en el presente volumen.

de género en la escuela. Investigadoras como Duru-Bellat, Jarlegan, Marry, Daune-Richard, Ferrand o Imbert abordan las escogencias de las niñas en la escuela buscando superar los enfoques reductores de la dominación masculina que suprimirían toda autonomía del agente social. Marie Duru-Bellat y Annette Jarlegan (2001) rechazan la idea de que las mujeres sean las víctimas del sistema escolar de manera unívoca. Aunque existe una segregación horizontal y vertical de la participación de las mujeres en el sistema escolar, la esperanza de escolarización de las niñas en Francia es superior a la de los niños. Las autoras se interesan por las trayectorias escolares de niños y niñas para tratar de explicar cómo se construyen las diferencias entre ambos, en términos del nivel alcanzado y de sus modalidades cotidianas. Destacan el papel de los padres y las madres al manifestar expectativas diferenciadas hacia el desempeño escolar de niños y niñas, que son reforzadas por los maestros en la escuela primaria. Estas expectativas operan como profecías autocumplidas: se espera de los niños un mejor desempeño matemático mientras que a las niñas se les considera más juiciosas y aplicadas, pero con menores potencialidades intelectuales y científicas.

Las niñas que logran, a pesar de esto, desarrollar un buen nivel de matemáticas, tienden a autoseleccionarse y se orientan en menor proporción que los varones hacia la opción científica al finalizar el bachillerato, lo que va en contra de la lógica del sistema escolar francés, que considera normal que todo estudiante cuyo nivel escolar lo permita debe orientarse hacia la opción científica. Las niñas parecen querer conservar otras opciones. La hipótesis de Duru-Bellat y Jarlegan es que la imagen del futuro define sus elecciones. La excelencia escolar obedece a un código de género que le enseña a cada quien a mantener su lugar y constituye, por lo tanto, un código de buena conducta entre los sexos. Las

niñas tienen “buenas razones” para ser relativamente modestas y conformes en sus escogencias escolares, pero el determinismo de la socialización no es absoluto, y estas pueden cambiar de forma considerable si cambia el contexto. La adaptación del *habitus* al contexto se realiza con un telón de fondo global, en el que juegan un papel importante la evolución del mercado de trabajo, de la familia y de la imagen de los roles sociales de sexo, todo ello conjugado con una creciente individuación, cuyos efectos son inciertos.

Otros trabajos se interesan por las situaciones atípicas y los éxitos improbables, como los de las niñas en orientaciones masculinas. Estos trabajos se inscriben dentro de una ampliación crítica de las teorías de la reproducción, en la medida en que no subestiman los mecanismos de imposición de la dominación masculina y la reproducción de las herencias sociales, pero le prestan mayor atención al juego de actores, a su movilización en torno al éxito escolar o social y a la apropiación de sus herencias. En un trabajo sobre las escasas mujeres que escogen formaciones altamente selectivas en las áreas de ciencia y tecnología, Ferrand, Imbert y Marry (1996) proponen una hipótesis novedosa frente al hecho de que un número creciente de mujeres siga estudios prolongados y acceda a las grandes escuelas –las instituciones más prestigiosas, dentro del sistema de educación superior francés– pero con una menor participación en las opciones matemáticas. La subrepresentación de las mujeres en los ámbitos científicos y técnicos varía mucho según las disciplinas: es especialmente fuerte y constante en matemáticas y física y aún más fuerte en las especialidades industriales de la enseñanza técnica secundaria y superior (mecánica, electricidad), pero es menor en química e informática y tiende a desaparecer en biología y agronomía.

Al examinar de manera comparativa la selección escolar, las autoras constataron que el grado de excelencia de las niñas es al

menos equivalente al de los niños. La lógica escolar de la excelencia, a pesar del prejuicio desfavorable hacia las mujeres, estimula a los mejores estudiantes a orientarse hacia estudios prestigiosos, hecho que permite que algunas mujeres también lo hagan con el estímulo de los profesores. Podría pensarse que el éxito paradójico de las mujeres está relacionado con una forma de excelencia escolar más polivalente que la de los varones. En cuanto a las normalistas y politécnicas, la familiaridad con un ambiente científico en el hogar y la presencia de mujeres científicas facilitaron su escogencia profesional. Esta ampliación de las posibilidades se ve favorecida por cierta indiferenciación de las estrategias educativas de los padres en relación con el sexo de sus hijos. Las familias esperan que el rendimiento de los diplomas escolares de sus hijas no solo se dé en el mercado del matrimonio sino también en el mercado de trabajo, pero las niñas están menos presionadas por sus padres para que tengan éxito social. Esta libertad se expresa en una mayor flexibilidad frente a los resultados escolares: la elección depende menos de la excelencia escolar y del valor social de las disciplinas que de su interés personal en determinada disciplina.

Daune-Richard y Marry (1990) exploran el caso de las niñas de sectores menos favorecidos que escogen opciones que transgreden las normas de género. Las autoras analizan las trayectorias sociales de una cohorte de niñas inscritas en primer o segundo año de preparación de diplomas técnicos, durante los años 1985 y 1986, en especialidades en las que las mujeres no representaban más de 2 % a 8 % de los efectivos. Las autoras interpretan estas trayectorias como resultado de una combinación compleja y a veces contradictoria de lógicas sociales. Por *lógicas sociales* Daune-Richard y Marry (1990) entienden los encadenamientos de prácticas y de representaciones relacionadas

con apuestas o luchas sociales específicas de clasificación social a partir de la profesión, de éxito o relegación en el sistema escolar o de dominación o subordinación entre hombres y mujeres. Estas apuestas son sociales, ya que trascienden las trayectorias individuales. Cada individuo es portador de estas apuestas macrosociales (como heredero o heredera), pero también como actor que combina de modo específico, en función de su historia individual, su posición en cada una de estas relaciones sociales.

La comparación de las trayectorias atípicas femeninas con las trayectorias típicas de los varones supone una inversión del punto de vista habitual, que tiende a interpretar las primeras a partir de interrogantes formulados sobre las segundas. Las autoras analizan las regularidades observables en las trayectorias atípicas y su coherencia global más allá de sus contradicciones internas. La investigación de Marry y Daune-Richard revela cómo la movilidad socioprofesional es un asunto importante para las familias de estas jóvenes. El análisis permite distinguir cuatro tipos de trayectorias familiares que combinan *movilidad* (cambios de posición social de padre o madre) y *movilización* (esfuerzo de los padres y las madres porque sus hijas asciendan socialmente mediante la educación). La trayectoria escolar de estas niñas revela un perfil de “científicas”, ya que mencionan las matemáticas y a veces la física como sus materias preferidas. En esto, estas mujeres se parecen a sus compañeros, pero se distinguen de ellos por el carácter excepcional de este tipo de itinerario para una niña. La orientación hacia la técnica rara vez aparece asociada con un gusto por el contenido de la formación y menos por los oficios para los cuales prepara. El conocimiento de las opciones técnicas es muy limitado y algunas de estas jóvenes no tuvieron mucha conciencia del carácter masculino de estos estudios, y se sorprendieron al encontrarse solas en medio de tantos hombres.

Los resultados conducen a matizar la hipótesis de una escogencia de ruptura consciente. Al analizar la lógica de género en las familias, la división sexual del trabajo, los proyectos explícitos del padre y de la madre y la forma como las niñas se reapropian estas herencias, las autoras encontraron un conjunto de posturas continuas que van de la herencia al desafío. Un hecho impactante es que todas las jovencitas ocupaban, en diversos grados, el puesto de “niños fallidos” en sus familias de origen, bien sea porque no tuvieron hermanos varones o porque estos no respondieron a las expectativas familiares. La búsqueda de movilidad social es la constante, pero la trasgresión de las normas de género se limita, en general, a la formación y el empleo: muy pocas jóvenes están dispuestas a transgredirlas en el ámbito de lo doméstico y la maternidad. Ciertas configuraciones familiares parecen facilitar el surgimiento de proyectos atípicos y su puesta en marcha al menor costo individual.

A propósito de la ingeniería, Marry (1989) señala la forma en que se estaría trivializando el acceso de las jóvenes a este territorio masculino, entendiéndose por esto la tendencia a la disminución del carácter excepcional de la presencia de las mujeres en las formaciones y en los empleos científicos de nivel superior. Asimismo, tiende a perderse la especificidad de las características familiares, escolares y profesionales de estas mujeres con respecto de las de sus homólogos masculinos y con respecto de otras mujeres formadas y empleadas en niveles superiores, pero en ámbitos feminizados. Esta trivialización quizás resulte de efectos positivos favorecidos por las transformaciones estructurales que se dieron en la escuela, en la empresa y en la familia desde comienzos de 1970. Francia es uno de los países europeos en donde más progresó la participación femenina en estas profesiones a pesar de no contar con políticas específicas para tal efecto. La

introducción de la educación mixta en todos los niveles, el lugar creciente que ocupan las matemáticas en la selección de la élite escolar (en la que las niñas están bien representadas), el cuestionamiento del modelo taylorista en las empresas, el retroceso de la inactividad profesional y la fecundidad de las madres, hijas y esposas de mandos medios y altos son aspectos de las transformaciones estructurales que tienden a autorizar el acceso de las mujeres a ciertos segmentos del grupo de los ingenieros.

El análisis de la progresión de las mujeres en el espacio jerarquizado de las escuelas de ingenieros en los últimos quince años revela a la vez la especificidad de las escuelas en las que fue más notoria y la ausencia de una relación lineal entre esta feminización y un movimiento de devaluación o depreciación de los títulos dispensados (Marry, 1989, p. 305). Marry descubre que las jóvenes tienden a concentrarse en el “centro” del campo de las escuelas de ingeniería, pero se ubican en poca proporción en los extremos, bien sea el extremo más prestigioso de las grandes escuelas parisinas o, a la inversa, el de las pequeñas escuelas que reclutan jóvenes de origen popular con formación técnica. Esta autora sostiene que no parece posible establecer una relación lineal entre la feminización relativa de las especialidades o ramas de estudio, la evolución de sus efectivos y su devaluación en el mercado. Se trataría, más bien, de un efecto de cambios ocurridos en las representaciones de las fronteras entre lo masculino y lo femenino.

Marry (1989, p. 326) concluye que la incursión reciente de las mujeres en el territorio masculino de los ingenieros puede analizarse como el resultado del juego conjugado y frecuentemente involuntario de la transformación de las lógicas que operan en tres instancias de socialización de los individuos: la lógica de la selección de la élite escolar en las distintas opciones y especialidades

del aparato educativo, la lógica de la socialización profesional de los asalariados calificados o la de los modos de articulación de sus trayectorias escolares y sociales (con su distribución en las jerarquías de los empleos y las funciones) y la lógica de los destinos sexuados en la familia (sobre todo en las familias de los mandos medios y altos).

El género en la selección social y escolar en Ingeniería de Sistemas en la Universidad Nacional de Colombia

El desarrollo de la educación superior en Colombia a partir de la segunda mitad del siglo xx posee tres características que nos interesan particularmente: una gran inequidad social, la expansión de la educación privada en detrimento de la pública y una amplia participación de las mujeres. La inequidad social se expresa en una baja cobertura en relación con el promedio latinoamericano -20 % y 25 %, respectivamente (Departamento Nacional de Planeación [DNP], 2007) en 2002-, cobertura claramente diferenciada según la posición económica ya que, para el quintil de ingreso más rico, la cobertura bruta llegaba a 73 % en 2003, mientras que para el quintil más pobre solo alcanzaba 7 % (Pinto Segura, 2007). Por otra parte, cabe señalar que mientras en 1960 las universidades públicas concentraban 59 % de la matrícula universitaria de pregrado, en 1996 esta participación había descendido a 37 % (Oficina Nacional de Planeación, 1999) y en 2006, solo eran públicas 29 % de las instituciones de educación superior.

En este contexto, la Universidad Nacional de Colombia, la más importante institución pública del país, pasó de una participación de 27 % en la matrícula universitaria de pregrado en 1960, a 4 % en 1996. Actualmente, las tasas de absorción en esta

universidad oscilan alrededor del 8 %. Una de las características de mayor impacto en la expansión de la educación superior en Colombia es el crecimiento de la participación de las mujeres en la matrícula a partir de la década de 1970. De 23 % en 1965 pasó a 36 % en 1975, luego a 49 % en 1985 y a partir de 1990 se ubica alrededor de 52 por ciento.

A lo largo de este proceso, la división sexual de las profesiones ha ido modificándose pero subsisten áreas de conocimiento y carreras con una participación mayoritaria de un solo sexo. En las ciencias de la salud y las ciencias de la educación, en 2002, las mujeres representan alrededor de 70 % de la matrícula e, inversamente, en el área de las ingenierías, arquitectura y afines, la presencia femenina se ubica alrededor de 30 % (Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior [ICFES], 2002).

En la Universidad Nacional de Colombia, la participación de las mujeres en la matrícula es inferior al promedio nacional: en 1997 solo era de 43 %, lo que puede relacionarse con el peso que tienen carreras masculinas como las ingenierías en la matrícula total de la universidad. Resulta un poco más difícil explicar por qué, en contraste con las tendencias generales de la educación superior, la participación femenina ha disminuido y se sitúa alrededor de 38 % a partir de 2001. Todo parece indicar que, al incrementarse el nivel de selección en el ingreso a la Universidad Nacional, dado el aumento del número de aspirantes en relación con el número de admitidos, las mujeres son excluidas en mayor proporción que los varones. Así, en 2005 la participación femenina entre los aspirantes a ingresar a la sede Bogotá fue de 53 % pero las mujeres solo representaron 39 % de los admitidos; la tasa de absorción masculina (9,2 %) casi duplicó a la femenina (5,3 %). Esta subrepresentación de las mujeres entre quienes son admitidos se encuentra con variaciones en todas las áreas del

conocimiento, fenómeno que nos lleva a preguntarnos por las características del examen de admisión a la universidad² y por su relación con las desigualdades de género (escolares, sociales, familiares) que se construyen a lo largo de la educación básica y media.

Tenemos así que las mujeres que ingresan a la Universidad Nacional son más seleccionadas que los varones y esto es especialmente cierto en la carrera de Ingeniería de Sistemas que interesa a este estudio. Creada en 1978, Ingeniería de Sistemas ha sido uno de los programas con mayor demanda en esta universidad en los últimos diez años. Entre 1999 y 2004, cerca de 30 % de sus aspirantes eran mujeres, pero estas solo representaban entre 11 % y 16 % de los admitidos. En 2004, las mujeres eran 16,5 % de la matrícula en Ingeniería de Sistemas. En ese mismo año, Ingeniería Mecánica e Ingeniería Mecatrónica presentaban la más baja participación femenina (8 %)³ mientras Ingeniería Química (41 %), Ingeniería Agrícola (34 %) e Ingeniería Industrial (30 %) tenían las tasas más altas. En Colombia, según datos del Ministerio de Educación, entre 1990 y 2004, la participación de las mujeres en el total de solicitudes para adelantar estudios en el área de ingeniería, arquitectura, urbanismo y afines se mantiene alrededor de 18 %, en tanto que la proporción de mujeres entre los matriculados en esta misma área alcanzó 20 % en el periodo 1996-1999 y bajó a 18,7 % entre 2000 y 2004 (Correa, 2005).

2 La Universidad Nacional aplica un examen propio para seleccionar a sus admitidos. La mayoría de las otras universidades, tanto públicas como privadas, se rigen por los resultados del examen de Estado a los bachilleres (IC-FES, 2002).

3 Datos suministrados por la Dirección Nacional de Admisiones, cálculos de la Oficina Nacional de Planeación, noviembre 2004.

Los/as estudiantes de Ingeniería de Sistemas que se entrevistaron para esta investigación provienen en su mayoría de familias de sectores medios, más educadas que el promedio de la población colombiana, y en menor proporción se trata de jóvenes de origen popular que acceden excepcionalmente a la universidad. Observamos, sin embargo, diferencias significativas en la manera en que se combinan origen social y género en la selección de estos jóvenes. Los datos de la encuesta aplicada en este estudio, así como las entrevistas realizadas, mostraron la sobreselección social y escolar de la mayoría de las estudiantes de Ingeniería de Sistemas. Estas tienen padres y madres con más altos niveles educativos, provienen en mayor proporción de colegios privados, femeninos y religiosos, siguen itinerarios escolares más regulares y estables, terminan a edades más tempranas el bachillerato, ingresan más jóvenes a la universidad y una vez allí, interrumpen menos sus estudios. Es importante resaltar el papel de las madres en las carreras de estas jóvenes. En este sentido, la encuesta mostró cómo la selección de las estudiantes de Ingeniería de Sistemas se relacionaba con la presencia de madres más educadas y activas que las madres de los varones. La presencia de padres o tíos ingenieros también influye en la elección de esta carrera por parte de muchas mujeres. En cambio, para que un muchacho escoja Ingeniería de Sistemas no parece necesitar una madre activa ni un padre ingeniero. Los varones responden fundamentalmente a una selección escolar, dadas las exigencias matemáticas básicas comparativamente altas que deben llenar, pero sus características sociales revelan un origen menos selectivo que el de sus compañeras de estudio. Optar por una ingeniería aparece como natural para los varones relativamente buenos estudiantes. En esa medida, se inscriben dentro de los mandatos del orden de género fomentados por el sistema escolar.

La relación de los/as jóvenes con el proyecto de movilidad social de sus familias de origen señala diferencias en las que interviene las distinciones de clase y género. En contraste con la relativa libertad de las mujeres, en especial de aquellas que tienen una mejor posición económica y cultural, es posible observar mayores exigencias a los varones por parte de sus familias (y de sí mismos) en relación con lo que se espera logren con la carrera. Los jóvenes mejor provistos de capital familiar de origen gozan de mayor libertad para adelantar proyectos individuales, en la medida en que sus familias los apoyan y no les exigen un compromiso económico con ellas, como sucede entre los/as jóvenes menos favorecidos/as, con mayor intensidad para los varones, en quienes sus familias parecen haber puesto grandes expectativas. Los menos provistos de capital social, económico y cultural expresan mayores ansiedades y dudas frente a su futuro laboral y a sus logros como profesionales.

Las respuestas de estos/as jóvenes sobre su vida futura en comparación con la de sus padres, revelan que la mayoría busca construir familias que respondan al modelo dominante en la clase media educada, esto es, parejas de doble carrera, con proyectos racionales de mejoramiento económico, familias unidas y estables que esperan invertir en la educación de sus descendientes para que estos puedan competir en el futuro. Aunque las jóvenes ingenieras rompen con las normas tradicionales al optar por una carrera “masculina”, casi todas conservan una visión convencional en relación con la familia y la maternidad.

Si comparamos esta situación con las interpretaciones adelantadas por las sociólogas francesas para explicar las escogencias atípicas de carrera por parte de las mujeres, podemos destacar varios aspectos. En primer lugar, el hecho de que cerca del 30 % de los aspirantes a ingresar a Ingeniería de Sistemas en la

Universidad Nacional sean mujeres indica una tendencia a la “trivialización” en el sentido usado por Marry: para un número creciente de jovencitas de sectores medios y populares, la ingeniería es una alternativa profesional. No obstante, sigue operando una relativa sobreselección escolar y social de las mujeres en relación con los hombres, visible en el grupo de admitidas que logran culminar su carrera. Como en los casos estudiados por las sociólogas francesas mencionadas, las mujeres, especialmente las que tienen un origen social más favorecido, gozan de menor presión familiar y de mayor libertad para definir sus elecciones profesionales y laborales. En general, la opción profesional atípica de estas jóvenes no va acompañada de rupturas con el orden de género en el ámbito familiar, aspecto en el que predominan ideales familiares bastante convencionales.

El carácter masculino de las ingenierías

La dificultad del estudio de los mundos masculinos reside en que la masculinidad reina pero en un silencio que es la señal de una operación constantemente renovada de mantenimiento de las mujeres a distancia.

(Cohen, 2002, p. 91)

Las ingenierías son profesiones que proyectan una arraigada imagen masculina y gozan de un alto reconocimiento en nuestras sociedades por su relación con la tecnología y el desarrollo técnico. De acuerdo con la socióloga australiana Judy Wajcman (1991, 2006), la ingeniería es un ejemplo de cultura masculina que se encuentra en los límites entre el trabajo físico e intelectual

pero mantiene fuertes elementos del dualismo mente/cuerpo. Las dicotomías entre ciencia y sensualidad, entre lo duro y lo blando, las cosas y las personas son elementos centrales en la construcción de esta profesión y se inscriben dentro de sistemas de símbolos más amplios, que identifican *mujer* y *naturaleza* y oponen *razón* y *emoción*, asociaciones que juegan un importante papel en la construcción de la inferioridad de las mujeres.

Catherine Marry (2004) nos recuerda que el origen de la palabra *ingénieur* se remonta a la Edad Media, pero su denominación moderna emerge en el siglo XVI y se afirma en el XVIII con la creación de las primeras “grandes escuelas” en Francia. El ingeniero era el oficial y matemático que sabía aplicar los principios de la geometría al arte de la guerra y de sus maquinaciones, más tarde a los puentes y calzadas, artes todas que aseguraban los poderes del príncipe y luego los del Estado republicano. Las escuelas de ingenieros reclutaron por años a varones de clases altas y medias y contribuyeron a construir el carácter masculino de la ingeniería como un hecho natural e incuestionable. Berner (2002) sostiene que la identidad del ingeniero se construyó históricamente siguiendo una lógica sexuada, por medio de las prácticas cotidianas, la organización institucional y las representaciones simbólicas propias de determinados medios sociales.

En Colombia, la Escuela Nacional de Minas, modelo en la formación del ingeniero durante un siglo (Mayor, 1984), presenta semejanzas y contrastes sugestivos con el Instituto Real de Tecnología de Suecia, analizado por Berner. La comparación permite destacar rasgos comunes en el ideal del ingeniero de finales del siglo XIX e inicios del XX que remiten a modelos de masculinidad. El ejemplo sueco es una variante particular de un modelo europeo de ingeniero, mientras que la Escuela Nacional de Minas constituye una variante –histórica y singular– de este mismo

modelo, inicialmente europeo, especialmente francés y luego, norteamericanizado, trasplantado a Colombia.

En su libro *Dreams of development: Colombia's National School of Mines and Its Engineers 1887-1970*, ampliamente inspirado en el trabajo de Mayor pero en el cual introduce interrogantes relativas al género, Pamela Murray (1997) muestra cómo el egresado de la Escuela encarnaba un ideal masculino, el del ingeniero prometeico, agente del progreso y el desarrollo. Esta imagen estaba inspirada parcialmente en el ingeniero-sociólogo Herbert Spencer, por su visión positivista de la sumisión de la naturaleza y los seres humanos a leyes científicas. De acuerdo con Tulio Ospina, primer rector de la Escuela Nacional de Minas, los latinoamericanos debían emular el carácter anglosajón que había forjado tanta riqueza y cuyas cualidades eran para él el orden, la energía, la constancia. El modelo de ingeniero que promovió en sus inicios la Escuela Nacional de Minas combinaba elementos del ideal del burgués *gentleman* y práctico –que pretendía reemplazar el antiguo ideal del hidalgo– con una ideología regionalista que elogiaba a la “raza” antioqueña y al papel que Antioquia y la Escuela de Minas debían jugar en el desarrollo del país. La Escuela buscaba formar a un hombre de organización, autodisciplinado pero también con dedicación y valentía para enfrentar las dificultades prácticas, aptitudes que se desarrollaban en los trabajos de campo durante la formación. Tulio Ospina advertía que aquellos que sufrían de “nerviosismo femenino” no podrían cumplir con las exigencias de la profesión y la escuela: nunca serían ingenieros viriles.

A finales de la década de 1940 aumentó el ingreso de estudiantes de sectores medios emergentes a la Facultad Nacional de Minas, pero la feminización del estudiantado fue muy lenta y limitada: en 1965 se graduó apenas la cuarta mujer ingeniera. Entre 1965 y

1979, el número de mujeres que terminó el programa se multiplicó por 25, pasando de 0,8 % a 19,8 % del total de egresados.

Informática, hackers y género

El carácter masculino de las ingenierías se construyó en las ingenierías clásicas y posteriormente se redefinió para muchas de sus nuevas ramas, algunas de las cuales admitieron en mayor proporción que otras a las mujeres. La ingeniería de sistemas, en particular, surgió internacionalmente como una disciplina ligada al avance tecnológico propiciado por la Segunda Guerra Mundial y el periodo de posguerra. En Colombia, en la década de 1960, apareció de una manera formal como rama especializada y profesional (Pérez, 1983).

Algunas teóricas feministas han analizado la ingeniería de sistemas y computación como un tipo completamente nuevo de tecnología, diferente de las ingenierías tradicionales y que anunciaba rupturas frente al dominio masculino en estas profesiones. La socióloga australiana Judy Wajcman (1991, 2006) argumenta que esta tecnología podría haberse desarrollado, hipotéticamente, siguiendo tres posibles patrones de división sexual del trabajo: neutral en cuanto al género, sin diferenciaciones básicas entre usuarios hombres y mujeres; también podría haber sido una tecnología apropiada para las mujeres en la medida en que es limpia, sedentaria, con tareas rutinarias, detalle, precisión, dedos ágiles... Sin embargo, las investigaciones han señalado que nuestra cultura le ha otorgado un signo masculino.

Para explorar el proceso de construcción cultural de la computación como actividad masculina, Wajcman parte de la idea de que si bien las culturas del trabajo tienen sus propias dinámicas, también son el resultado de procesos culturales que ocurren

por fuera del trabajo. Apoyada en investigaciones adelantadas en Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia, Wajcman se interesa por dos niveles de socialización primaria que van preparando el terreno: la escuela y la casa. El sistema educativo reproduce y produce desigualdades de género a pesar de los programas de igualdad de oportunidades. En Gran Bretaña, por ejemplo, el número de niñas que estudiaban ciencias de la computación bajó durante la década de 1980 (de 28 % en 1978 a 13 % en 1986). Isabelle Collet (2001) proporciona cifras en ese mismo sentido para Francia, en donde las mujeres ingresaron con fuerza en la profesión pero, al parecer, encontraron obstáculos en el mercado para avanzar en sus carreras.

En las escuelas las niñas aprenden rápidamente que los ordenadores son para los varones y han sido relacionados con cosas científicas y matemáticas, temas tradicionalmente masculinos. Aunque es generalmente reconocido que la habilidad en matemáticas no es un indicador de la aptitud para la computación, todavía se tiene en cuenta para acceder a estos cursos. Las computadoras son vistas como parte del campo de la maquinaria y las matemáticas, una combinación intimidante para las niñas, y cuando ellas están interesadas en esta área, les resulta difícil acceder a estas porque los varones, de manera activa y agresiva, se apropian del tiempo de computación. El acoso a las niñas continúa en la educación superior, en donde puede tomar la forma de mensajes obscenos por internet como ocurrió en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), en donde las mujeres estudiantes de Ciencias de la Computación tuvieron que organizar un comité para defenderse de los ataques de sus compañeros (Wajcman, 1991).

En la casa las cosas no son más equitativas. La computadora y los videojuegos se incorporan como nuevas tecnologías a un

espacio doméstico sexualmente codificado. La tecnología doméstica está organizada de acuerdo con una clara división del trabajo y el ocio: la externa a la casa, como el carro, corresponde al esposo, mientras a las mujeres les toca la tecnología de la cocina y la limpieza. El control sobre las tecnologías de entretenimiento es generalmente masculino. Las computadoras se inscriben en ese orden sexuado: hay una tendencia a que el “micro” sea comprado para los varones. Una investigación de la Comisión por la Igualdad de Oportunidades de Gran Bretaña, realizada en 1985, mostró que en las casas en las cuales había una computadora, la posibilidad de que los niños varones lo usaran era trece veces más alta, mientras que solo 4 % de dichos aparatos era usado por las madres, lo cual reproducía la idea de la escasa aptitud de las mujeres para la tecnología (Wajcman, 1991).

Por otra parte, varios estudios han mostrado cómo los videojuegos son hechos para atraer a los varones, con relatos de guerra y aventuras. Las niñas, especialmente las que provienen de sectores más desfavorecidos, tienen menos oportunidad de acercarse a estos y a las computadoras porque su tiempo libre es menor, ya que participan en las tareas de la casa. Los varones, en cambio, aprenden de sus padres que tienen el derecho a concentrarse en la computadora si lo desean, y olvidarse del entorno doméstico. Además, las actividades extracurriculares de las niñas son mucho más reducidas que las de los varones. Incluso, hasta hace poco, estos salían a jugar maquinitas, antecesoras de los videojuegos. De este modo, la nueva tecnología entra en el molde de una subcultura masculina ya existente.

Isabelle Collet (3-6 de Julio de 2002) rastrea el tipo ideal *informático* que habita en el imaginario social, para lo cual analiza los estereotipos presentes en la literatura de ciencia ficción más popular a partir de la revisión de cien relatos. El informático

encubre muchas realidades distintas: es el que “hace” informática, término ambiguo, neologismo construido por P. Dreyfus en 1962 a partir de las palabras *información* y *automático*. En informática, existe una *nobleza de espada* y una *nobleza de toga*. Esta última es la informática de gestión. Allí se encuentran informáticos que consideran que la suya es una profesión como otra, generalmente lucrativa. La gran mayoría de los informáticos trabaja en la gestión: bases de datos, informática bancaria, administración... En cambio, la nobleza de espada la conforman los informáticos científicos o industriales. Se ocupan de la imagen, de la informática aplicada a las matemáticas o la física, de la seguridad informática. Entre estos se encuentran los apasionados de la programación conocidos como *hackers*. Los informáticos de espada son los más cercanos a la técnica y la máquina. Según los hallazgos de Collet, el informático es un hombre joven, poco sociable, a quien solo le apasiona el *hack*, es decir, la programación en sistemas, redes, la codificación y la piratería... Al *hacker* no le importa el éxito profesional: le gusta su lugar como programador mientras lo dejen trabajar en paz. Convencido de que pertenece a la raza de los verdaderos informáticos, no busca el reconocimiento sino de sus pares. El hacker encarna una cultura masculina y toda la fuerza del mito informático: es el que controla ese formidable instrumento de poder que es la computadora.

Más acá del mito del informático, Nicolas Auray (2002) estudia las formas de *sociabilidad informática* y la diferencia sexual. Como otros autores, parte de la constatación de que el uso de pantallas digitales es muy desigual entre hombres y mujeres. La difusión de las computadoras, paradójicamente, refuerza la división entre los sexos cuando se supone que debilita las jerarquías y flexibiliza las organizaciones. Auray distingue tres corrientes interpretativas: algunos estudios analizan la subrepresentación de

las mujeres en las carreras profesionales de informática y señalan como principal factor explicativo la selección escolar. Un segundo grupo de trabajos estudia la deserción de las niñas de los lugares de socialización juvenil en los productos informáticos: la preocupación heurística se dirige hacia los contextos de aprendizaje y las dinámicas sociales de utilización. Algunos autores se refieren a que las niñas son excluidas debido al papel central que juegan los iniciadores y a la dificultad que ellas encuentran para movilizar una red personal de mentores. Otras explicaciones aluden a la construcción social del usuario prescrito por el artefacto: los juegos de video exigen señales de agresividad como disparar, matar o combatir. Una tercera perspectiva destaca el contenido cultural de los artefactos marcado por estereotipos sexuales que generan rechazo en las niñas: los personajes femeninos son representados como objetos sexuales, en posturas de sumisión, con físico de lolita y mirada cándida o como *femmes fatales* astutas... Todo esto despierta miedos y angustias entre las niñas, que son la contrapartida de la exaltación de los valores masculinos. Estos trabajos contribuyeron a generalizar la problemática de la *reticencia*, término de Sherry Turkle (1998) para concebir la relación de las mujeres con la informática. Según Turkle, aun las estudiantes más competentes manifiestan distancia con el estilo dominante de practicar la informática; no quieren ser identificadas con los “enamorados de la computadora”. Las mujeres ejercerían una resistencia a la cultura de los fanáticos de la computadora que enfatizan la programación estructurada como única aproximación.

Hacia una identidad profesional sexuada en Ingeniería de Sistemas

En relación con las dimensiones subjetivas de la inserción en el programa de Ingeniería de Sistemas y la construcción de una

identidad profesional, un aspecto importante de la investigación era conocer los motivos que llevaron a los/as estudiantes a escoger esta carrera. Las entrevistas en profundidad los invitaban a hacer un balance de sus estudios, en un momento en que todos/as se encontraban a pocos meses de culminarlos. Al explorar algunos antecedentes familiares en relación con la técnica y la ingeniería, no necesariamente mencionados como causas directas por los/as estudiantes, es interesante anotar que de nuestros/as dieciséis entrevistados/as, solo cuatro (dos mujeres y dos hombres) tenían padres ingenieros o técnicos en máquinas y herramientas. De las cinco madres de la muestra que tenían estudios profesionales, cuatro eran licenciadas en educación y una era socióloga, ninguna madre era ingeniera o técnica, de modo que la relación relativamente directa que encontramos en ciertas familias con la ingeniería proviene de adultos hombres: el padre o los tíos. Otra relación con la ingeniería o la técnica proviene de la experiencia de los progenitores en empresas industriales. Dos de los varones tenían padres empresarios que les brindaron oportunidades prácticas de familiarizarse con las máquinas, uno de ellos *cacharreando*⁴ tempranamente con las computadoras. El tercer antecedente técnico está en la educación secundaria, mediante el acceso a un bachillerato técnico, que concierne a cuatro varones y una mujer.

Escogencia de carrera

Entre los motivos que señalan los varones para estudiar Ingeniería de Sistemas, el más frecuente es el gusto o interés temprano

4 *Cacharrear* y *cacharreo* son expresiones que se refieren a la manipulación técnica exploratoria, no profesional, de un aparato o máquina.

por las computadoras que puede haberse desarrollado en el colegio, especialmente en los colegios técnicos y con el tiempo en la oportunidad de manipular un ordenador en la casa o empresa familiar. Algunos dudaron entre la Ingeniería de Sistemas y la Electrónica y su elección por la primera se relaciona con la ausencia de una carrera de Ingeniería Electrónica en la Universidad Nacional en ese momento. De manera secundaria, la escogencia se atribuye a consideraciones relativas al futuro de la carrera y la posibilidad de encontrar un buen empleo. Entre los hombres también hay quienes llegaron menos convencidos y de manera indirecta a la carrera en cuestión.

En el caso de las mujeres, en tres de las familias había ingenieros —eléctricos, electrónicos o de sistemas. Algunas descartaron otras opciones antes de decidirse por Ingeniería de Sistemas y una decidió cambiar un poco la “tradicción familiar” de estudiar ingeniería eléctrica. En la decisión intervino la valoración del futuro laboral, la posibilidad de estudiar en la Universidad Nacional, el hecho de que fueran buenas en matemáticas y una actitud positiva hacia la tecnología y el desarrollo tecnológico. Rosario supo de Ingeniería de Sistemas por su tío ingeniero, quien le enseñó a manejar la computadora:

Eso fue hace como quince años... de los primeros computadores, él lo compró y me decía: venga m'ija, no le tenga miedo, esto se hace así... el típico temor de todo el mundo a un computador... Entonces él me vivía diciendo, no, pues al final eso es una máquina, eso no muerde y si lo daña, pues lo daña, no hay nada que hacer... Entonces como que me iba abriendo, como que fresca, eso no es tan complicado. Entonces sí, pues por ese lado, más o menos por el cuento de los computadores, que hay que ser medio matemático y eso, más o menos era mi idea.

Las mujeres tuvieron una mayor dificultad para escoger su carrera que los varones. El hecho de que muchas de ellas fueran buenas estudiantes, con intereses en muy diversas materias influyó sin duda. Probablemente también el hecho de que, como mujeres, no experimentaran la misma presión familiar, escolar y social hacia la ingeniería que podían sentir los muchachos. Aunque muchas parecen identificarse sin mayor problema con una ingeniería y una opción tecnológica, otras dudaron entre otras carreras más tradicionalmente aceptadas para las mujeres, como psicología, administración, arquitectura, odontología, medicina:

Pues si uno cuando es buen estudiante, me acuerdo que los psicólogos del colegio estaban asustados porque a mí me interesaban muchas cosas, me interesaban como tres carreras que eran totalmente opuestas, me interesaba la Biología Marina, porque me encanta el mar; me gustaba la Odontología, yo no sé por qué, y me interesaba la Ingeniería de Sistemas [...] Él es [profesor] de los cálculos, de los últimos cursos entonces él como que vio en mí también esa orientación a los sistemas y yo la verdad estaba en una confusión, yo no sabía por qué meterme [Helena].

A pesar de haber sido buenos/as estudiantes en sus colegios, la mayoría enfrenta dificultades con las matemáticas y la física durante los primeros semestres. Poveda Ramos señala cómo la enseñanza de la ingeniería en Colombia, durante la primera mitad del siglo xx, estuvo marcada por una elevada exigencia académica en los estudios de ciencias básicas, especialmente de matemáticas y física. Esto establecía mecanismos de selección bastante rígidos. Solamente en los años sesenta las universidades empezaron a graduar matemáticos y licenciados en matemáticas, de modo que, hasta entonces, las matemáticas se enseñaban en las facultades

de ingeniería y los profesores de matemáticas eran ingenieros. En el documento de autoevaluación del programa de Ingeniería de Sistemas de la Universidad Nacional se señala una dificultad grande en la identificación de su objeto de estudio y de su pertinencia social, debido al ritmo vertiginoso de la profesión, que abarca tanto a instituciones educativas como a estudiantes de bachillerato y universidad, a quienes se les da “una imagen sobre las posibilidades y el futuro del ejercicio profesional bastante confusa y a veces contradictoria” (Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior y Asociación Colombiana de Facultades de Ingeniería, 1997, p. 14). Los autores del informe explican lo anterior por las características comunes de los distintos currículos de Ingeniería de Sistemas en el país, en la mayoría de los cuales se establece un alto porcentaje de matemáticas y físicas, lo cual se convierte en una “tortura académica” para los estudiantes.

A pesar de las dificultades iniciales, la mayoría de los estudiantes va descubriendo con agrado que la Ingeniería de Sistemas es mucho más que computadoras:

La Ingeniería de Sistemas que al principio se cree, y como la mayoría de las personas lo deben tener conceptualizado, está dirigido a los computadores, no, yo creo que la parte de computadores está dirigida para la Ingeniería Electrónica. El computador es un medio para nosotros, poder materializar toda la abstracción que tenemos del medio, y eso, y en vista de que tiene un gran poder de manejo de información y velocidad, entonces se acude a esa herramienta [...] Pero los sistemas van más enfocados al análisis de las variables, del entorno, de la empresa, de un objeto que uno quiera y que acudimos al computador para poder relacionar eso de una mejor forma y mostrar un producto [Julián].

En la segunda mitad de la carrera los estudiantes se van “perfilando” al ir conociendo las distintas áreas de desarrollo de la Ingeniería de Sistemas. La relación con la programación, la electrónica y la gerencia va a señalar algunas diferencias de género. Es así como algunas mujeres experimentan una dificultad poco frecuente entre los varones frente a la programación. La experiencia de Helena con la programación y con la electrónica ayuda a entender mejor las dificultades de algunas mujeres en esta área. Inicialmente, Helena dudaba en estudiar ingeniería porque no quería “pasarse la vida sentada frente a un computador”, quería tener contacto con las personas. Helena también tuvo dificultades con la electrónica pero con la ayuda de unos amigos terminó volviéndose “una dura” en la materia.

En contraste, Elsa, Lucía y Helena tienen una orientación más “técnica”. Les gustan los sistemas operativos, hacen programación, les gusta la investigación. A Lucía le atraía la administración desde un comienzo pero primó su gusto por la tecnología de vanguardia y por las “ciencias de la computación”. Entre las preferencias de las mujeres, se destaca claramente un interés por el área gerencial que solo encontramos en uno de los muchachos entrevistados. Esta preferencia está asociada con la preocupación por tener contacto con la gente, el rechazo o temor a quedarse encerradas frente a una computadora, la búsqueda de aplicaciones prácticas en el mundo concreto de las empresas:

En el primer semestre nosotros tenemos una materia que se llama Introducción a la ingeniería y esa materia afortunadamente me tocó con un buen ingeniero, el ingeniero le explicaba a uno cuál era la historia de la ingeniería [...] Luego él le explicaba a uno, le mostraba las ramas en las que uno se podía desempeñar, la auditoría, el desarrollo de *software*, el

apoyo a las empresas, la transferencia tecnológica y ya, yo dije esto me gusta, sobre todo esta parte porque a mí me gusta la administración de empresas y cuando yo vi que eso se puede, que yo podía migrar muy fácilmente allá, estar en los dos campos moviéndome, eso fue lo que más me motivó a seguir y me gustó y es lo que pienso salir a hacer [Sofía].

Las “disputas de género” en Ingeniería de Sistemas

Las percepciones del estudiantado de Ingeniería de Sistemas sobre las relaciones entre los sexos son bastante diversas. Aunque la participación de las mujeres en esta carrera en la Universidad Nacional es del orden de 17 %, numerosas personas, especialmente varones, tenían la sensación de que las mujeres no representaban más de 10 %. Varios de ellos recuerdan incluso haber hecho la cuenta cuando entraron. Otros son más optimistas y perciben una buena participación de las mujeres. En el mismo sentido, hay un contraste llamativo entre las percepciones y los datos de la encuesta y es que, aunque no existe mayor diferencia en el tiempo que llevan hombres y mujeres en la universidad ni en el promedio de notas, algunos varones tienen la percepción de que las mujeres se demoran más y les cuesta más trabajo la carrera. Algunas de las percepciones comunes de los varones sobre las mujeres parecen ser que las mujeres se interesan por los temas de gestión y administración, que son muy juiciosas, muy estudiosas, que no les gusta la programación ni lo técnico.

Es importante aclarar que este tema fue introducido en la entrevista aunque causara resistencias. Algunos muchachos respondieron prudentemente, tratando de conciliar su deseo de responder honestamente a las preguntas y el temor a parecer

“machistas” ante una profesora de ciencias humanas, especialista en temas de género. Roberto tiene la percepción más “catastrófica” desde nuestro punto de vista. De acuerdo con esta, las mujeres que entraron eran muy poquitas y las dos terceras partes no pudieron con la carrera. Roberto compensa su observación inicial asegurando que él se entiende muy bien con las cuatro que quedan. Se refiere entonces a ciertas condiciones que les son desfavorables a las mujeres a pesar de sus capacidades, en las cuales los hombres y los profesores tienen alguna responsabilidad. Aunque ha visto que las mujeres son muy capaces y también cacharrean, se imagina que “la gente” espera que sea un ingeniero y no una ingeniera. Piensa que es más difícil para ellas.

Algunos, como Julián y Mauricio, se relacionaron muy poco con las mujeres durante la carrera. A Mauricio le parece que a las mujeres no les gusta mucho la parte de la tecnología de computadoras, pero se relacionó con muy pocas mujeres. Julián tuvo la posibilidad de trabajar con mujeres pero “no se respondió al perfil”. Ismael señala que, durante su experiencia en la carrera le dio la impresión de que las mujeres no eran tan buenas técnicamente; les resultaba difícil hacer programación de computadoras. Encuentra una explicación objetiva a este problema: posiblemente porque nunca lo cacharrearon a tal artefacto.

La opinión de Alberto es un poco distinta a la de sus colegas varones en la medida en que estima que hay una buena participación femenina, y si bien coincide con la idea de que las mujeres se orientan más hacia la gerencia que hacia la programación, invierte la valoración de esta oposición e identifica gerencia con “pensar” y programación con “cacharreo”. Las mujeres “se orientan más hacia líneas como de gestión, como que sea de menos cacharreo y más de pensar”.

La aparente preferencia de las mujeres por la gerencia o su poca inclinación por la programación aparece de manera recurrente entre las mismas mujeres. Mientras algunas se limitan a constatar el hecho como una simple diferencia en las preferencias, otras han reflexionado un poco más sobre el asunto y han intentado enfrentarlo de manera práctica o conceptual. Rosario coincide en afirmar que a las mujeres no les gusta la parte técnica e incluso llega a admitir como una verdad indiscutible ese hecho, aparentemente validado por la generalidad de la percepción:

En Sistemas se nota mucho, y sí es así, o sea, las mujeres de Sistemas, como yo, no nos gusta la parte técnica, o sea, para que una mujer programe, son muy poquitas y todos los ingenieros lo saben, ¿sí?, entonces hasta los de aquí nos dicen, no pues usted sabe y la mayoría de viejas no sabe, eso es indiscutible, a las mujeres no nos gusta meternos en el cuento técnico y eso.

Del mismo modo, Sofía piensa que la proporción de mujeres en Ingeniería de Sistemas es más equilibrada que en otras ingenierías. Ella nunca sintió que hubiera discriminación pero sí algunas diferencias entre hombres y mujeres, pues a los primeros les gusta más desarrollar e instalar redes y a muy pocos les llama la atención la gerencia. A pesar de la coincidencia con la opinión de los varones, se observa un matiz interesante y es que las mujeres destacan el poco interés o disposición de los varones para la gerencia. Las mujeres equilibran un poco las carencias: si a las mujeres no les gusta mucho la programación, a los hombres les gusta aún menos la gerencia. Esto es argumentado de manera más reflexiva por Lucía y Elisa. Lucía analiza la aparente desventaja de las mujeres frente a los hombres en el área de programación: las

habilidades de las mujeres tienen que ver con una etapa importante del proceso de sistematización e involucran aspectos relacionales, lo que Lucía llama “inteligencia social”:

Quizás uno coja cosas más, pues es un área donde uno tiene campo que es en análisis y diseño de cosas, de ciertos sistemas de información, en donde todo el tiempo uno tiene que interactuar mucho con la gente para consultar qué cosas entran o qué cosas salen de un sistema, entonces uno dice, listo, las fortalezas de las mujeres es hacer ese tipo de cosas... Primero, saber hablar con una persona, saber quién está, en dónde y esas cosas; segundo, tomar toda la información que a uno le dan y poder organizarla lógicamente en cada uno de los componentes del sistema. Y en donde entrarían los hombres es a coger cada uno de esos componentes del sistema y volverlos software [...] Entonces en este momento uno piensa que es una desventaja, pero yo pienso que después va a ser una ventaja. Son diferencias. Diferencias nada más.

Elisa, más sensible que otras al “machismo” en Ingeniería de Sistemas, cuenta cómo lo experimentó cuando esperaban que ella digitara o prestara los apuntes mientras ellos “pensaban”. Pero se dio cuenta de que, finalmente, la preferencia de las mujeres por el análisis es una ventaja que hay que saber mostrar: “el análisis está encima de la programación”. Helena enfrentó de manera práctica la supuesta desventaja de las mujeres en el área técnica y el cacharreo, y se dedicó a superarla. En electrónica, por ejemplo, aprendió a “coger el cable y pelarlo” despertando la admiración de sus compañeros. Johana no solamente se esfuerza por desarrollar su capacidad “técnica”, sino que explica objetivamente la dificultad de las mujeres por el hecho de que los hombres

no las dejan hacer las cosas y algunos profesores las tratan con mayor dureza en los controles:

Entonces es como una carrera un poquito difícil en ese aspecto para las mujeres, porque pues uno como que no se halla, si la mayoría [de los hombres] tienen como más seguridad en lo que quieren hacer [...] porque, por ejemplo, la amiga que yo te digo, ella no programa pero nada, y a estas alturas de la vida uno pues no es que sea un experto, pero uno ya debe conocer más o menos... No es porque uno no pueda ni quiera, sino porque se hace con un grupo y los hombres hacen todo y uno se queda como en el aire, como que no lo dejan hacer nada. [Un profesor hace preguntas difíciles] de la línea de electrónica precisamente, entonces a uno le da rabia, porque pues uno sí sabe, pero lógicamente uno se asusta, porque el señor como supone que uno no hizo nada, entonces le hace las preguntas más difíciles.

Helena opina que Colombia es un país muy machista y los hombres piensan que las mujeres no son capaces de hacer nada y ellos se encargan de hacer las cosas. Ella les ha demostrado que sí es capaz y se quedan callados. Pero ella no lo hace por competir, sino que su objetivo es “poder darle lo mejor a la sociedad”. Helena está orgullosa de competir con éxito con los varones pero compensa, sin calcularlo, esta *igualación* o identificación con los hombres (que amenaza su feminidad) defendiendo el altruismo (ese sí femenino) que está en el fondo de su actitud. Rosario, en contraste, hace un elogio espontáneo de la supuesta superioridad moral de los varones. Aunque se adjudica a sí misma los defectos propios de las mujeres (“las mujeres somos...”), también se distancia de “las mujeres” al afirmar su preferencia por trabajar con varones:

Creo que por allá en Civil se verán cuatro y en Mecánica se verán tres, Sistemas tiene hartas, bueno no sé Industrial, las nuevas cómo serán, esas sí no las conozco. Pero no, al final es muy rico trabajar con hombres, a mí me encanta trabajar con hombres porque los hombres, primero como personas, me parecen que son maravillosos, son más abiertos, son más sinceros, más limpios de corazón, no tienen tanto metederos por allá en la cabeza que las mujeres nos inventamos, y segundo son como más abiertos, o sea, generalizando, ¿no?, pero a ellos no les molesta explicarte, enseñarte, arrastrarte, lo que sea, las mujeres somos como más, o sea, más quieto ahí, mantenga su espacio, es lo que yo sé, usted no tiene por qué saberlo, me parece...

Reflexiones finales

La interpretación de las experiencias y relatos de los/as estudiantes de Ingeniería de Sistemas de la Universidad Nacional, a la luz de los debates sobre género, ciencia y tecnología, y en particular, sobre género e ingenierías, permite destacar algunos aspectos. A pesar de que la Ingeniería de Sistemas lleva el sello dominante de ser una profesión masculina, este carácter está siendo cuestionado activamente por las mujeres que deciden convertirse en profesionales en tal especialidad. El carácter masculino de la carrera se expresa, por una parte, en la presencia ampliamente mayoritaria de varones en la misma, resultado de mecanismos sociales de selección y exclusión. Por otra parte, el carácter masculino de la profesión no corresponde a un discurso explícito que la sustente o legitime sino que es creado y recreado sutilmente a través de las prácticas pedagógicas y las estrategias no conscientes de diversos

actores –estudiantes y profesores– por construir, reafirmar y confirmar la mayor habilidad de los varones para esta profesión y las dificultades de las mujeres para desempeñarla a cabalidad.

Los relatos de los/as estudiantes muestran, por una parte, cómo muchos de los varones participan en la construcción del carácter masculino de esta ingeniería por varios medios: tienden a reducir la presencia numérica femenina –ven menos mujeres de las que realmente hay–, no se interesan por ellas –solo tienen amigos hombres y hay quienes descubren con sorpresa que las mujeres son personas como ellos–, menosprecian su desempeño académico –consideran que les da mucho trabajo la carrera– o, al contrario, admiran con condescendencia su “juicio” –las mujeres tienen que trabajar mucho para compensar su falta de talento–, las ayudan caballerosamente a realizar las tareas que a ellos más les gustan –manipular la computadora, programar. Indudablemente, no se trata de atribuirles a los varones intenciones machivélicas, me refiero a “estrategias inconscientes” en el sentido de Bourdieu, a la activación de un “sentido práctico” orientado a defender sus posiciones y a mantener una distancia simbólica que preserve la supremacía masculina, en este caso, en el control técnico. No todos los varones actúan de la misma manera, lo cual dependerá de su propia posición frente a la profesión y su propia orientación como ingenieros o futuros ingenieros. Mientras algunos se afirman asertivamente como ingenieros de sistemas con dominio pleno y “duro” de su profesión, otros sienten fuertes dudas sobre sus competencias y algunos desarrollan perspectivas profesionales atípicas, más cercanas a las de las mujeres, orientadas hacia la docencia o la investigación. Ello está relacionado, sin duda, con la posición más o menos dominante que ocupan en función de la distribución desigual de las ventajas académicas y sociales de los estudiantes.

Por otra parte, si bien las mujeres participan activamente en la afirmación de su competencia en esta profesión y en la valoración de sus mayores habilidades en el análisis, sus prácticas no son pura resistencia. Muchas se adhieren a la construcción dominante de la profesión y se orientan hacia una forma “menor” o “blanda” de ser ingenieras de sistemas. La oposición entre programación y análisis, así como la que encontramos entre la competencia técnica y la gerencial, revelan las ambivalencias de estas disputas porque, si la gerencia aparece como una posibilidad legítima de desempeñar la profesión en el caso de las mujeres, implícitamente se entiende que quien no hace programación no es un ingeniero en el sentido pleno del término. Implícitamente, “está bien” –desde el punto de vista dominante– que las mujeres no lo sean, ya que el papel de encarnar al “verdadero ingeniero de sistemas” se le deja a los varones.

El rechazo manifiesto de las mujeres al modelo del ingeniero “esclavo del computador” recuerda las observaciones de Turkle (1998) sobre el *hacker* como el arquetipo del informático. Podemos pensar que la defensa vehemente que hacen las mujeres de un ejercicio profesional en contacto con la gente, radicalmente distinto al encierro frente a la máquina, es también una manera de defender su feminidad frente a las amenazas de “virilización” que conlleva la incursión de una mujer en una profesión masculina.

Otra de las ambivalencias que enfrentan se refiere a la ganancia simbólica que obtienen por el hecho mismo de desempeñarse en una profesión considerada masculina. Esto condiciona su interés en que la profesión siga siendo relativamente cerrada a las mujeres, expresada en el gusto por trabajar con hombres que algunas defienden, lo cual les permite mantener su propia excepcionalidad. El carácter masculino de la Ingeniería de Sistemas o más bien, la construcción de versiones “duras” y “blandas” del ejercicio de la profesión –forma recurrente de abrir una profesión

a los grupos dominados conservando las distancias con los dominantes– no se realiza únicamente en la universidad. Buena parte del trabajo ha sido realizado previamente en ámbitos como la familia, la escuela, los grupos de pares o los medios masivos, y otra parte se reafirmará o transformará posteriormente en el mercado de trabajo. De ahí la necesidad de profundizar en la investigación de las experiencias previas de estos/as estudiantes y en el desarrollo de sus trayectorias profesionales.

Bibliografía

- Arango, Luz Gabriela (2006). *Jóvenes en la universidad. Género, clase e identidad profesional*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Nacional de Colombia.
- Auray, Nicolas (2002). Sociabilité informatique et différence sexuelle. En Danielle Chabaud-Rychter y Delphine Gardey (eds.), *L'engendrement des choses. Des hommes, des femmes et des techniques* (pp. 123-148). París: Éditions des Archives Contemporaines.
- Berner, Boel (2002). L'ingénieur ou le génie du mâle : masculinité et enseignement technique au tournant du xxe siècle. En Danielle Chabaud-Rychter y Delphine Gardey (eds.), *L'engendrement des choses. Des hommes, des femmes et des techniques* (pp. 157-172). París: Éditions des Archives Contemporaines.
- Bourdieu, Pierre (1979). *La distinction*. París: Les Éditions de Minuit.
- Bourdieu, Pierre (1998). *La domination masculine*. París: Seuil.
- Cohen, Yves (2002). Raison hiérarchique, raison sexuelle, raison ethnique. En Danielle Chabaud-Rychter y Delphine Gardey (eds.), *L'engendrement des choses. Des hommes, des femmes et des techniques* (pp. 89-95). París: Éditions des Archives Contemporaines.

- Collet, Isabelle (2001). Informatique et science-fiction. Quelques clés pour comprendre l'absence des femmes. En Association des enseignants et chercheurs en sciences de l'éducation (ed.), *Actes du 4e Congrès International de la Recherche en Education et en Formation*. Lille: Université Lille, Université Charles-de-Gaulle.
- Collet, Isabelle (3-6 de Julio de 2002). Femmes et informatique - 100% compatibles ? [ponencia]. *6ème Biennale de l'éducation et de la formation*. París, Francia. <http://www.inrp.fr/biennale/6biennale/Contrib/affich.php?&mode=long&NUM=114>
- Correa Olarte, María Eugenia (2005). *La feminización de la educación superior y las implicaciones en el mercado laboral y los centros de decisión política*. Bogotá: Instituto Internacional de la Unesco para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (IESALC), TM Editores, Universidad La Gran Colombia.
- Daune-Richard, Anne Marie y Marry, Catherine (1990). Autres histoires de transfuges ? Le cas de jeunes filles inscrites dans des formations "masculines" de BTS et de DUT industriels. *Formation et emploi*, (29), 35-50.
- Departamento de Ingeniería de Sistemas [DIS] (2001), *Autoevaluación Programa de Ingeniería de Sistemas*. Bogotá: Facultad de Ingeniería-Universidad Nacional de Colombia.
- Departamento Nacional de Planeación [DNP] (2007). <http://www.dnp.gov.co>
- Duru-Bellat, Marie y Jarlegan, Annette (2001). Garçons et filles à l'école primaire et dans le secondaire. En Thierry Blöss (ed.), *La dialectique des rapports hommes-femmes* (pp. 73-88). París: PUF.
- Ferrand, Michèle; Imbert, Françoise y Marry, Catherine (1996). Femmes et sciences : Une équation improbable? L'exemple des normaliennes scientifiques et des polytechniciennes. *Formation et emploi*, (55), 3-18.

- Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior [ICFES] (2002). *Estadísticas de la educación superior. Resumen anual*. Bogotá.
- Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior y Asociación Colombiana de Facultades de Ingeniería (1997). *Actualización y modernización del currículo en Ingeniería de Sistemas*. Bogotá.
- Marry, Catherine (1989). Femmes ingénieurs : une (ir)résistible ascension? *Information sur les Sciences Sociales*, 28(2), 291-344.
- Marry, Catherine (2001). Filles et garçons à l'école : du discours muet aux controverses des années 1990. En Jacqueline Laufer, Catherine Marry y Margaret Maruani (eds.), *Masculin-féminin : questions pour les sciences de l'homme* (pp. 25-42). París: PUF.
- Marry, Catherine (2004). *Les femmes ingénieurs. Une révolution respectueuse*. París: Belin.
- Mayor Mora, Alberto (1984). *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Murray, Pamela (1997). *Dreams of Development. Colombia's National School of Mines and Its Engineers, 1887-1970*. Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- Oficina Nacional de Planeación (1999). *Estadísticas e indicadores de la Universidad Nacional De Colombia*, (3).
- Oficina Nacional de Planeación (2001). *Estadísticas e indicadores de la Universidad Nacional De Colombia*, (5-6).
- Pérez, Alfonso (1983). La Ingeniería de Sistemas y la informática en Colombia. *Revista Sistemas*, (14), 15-20.
- Pinto Segura, Mirtha (coord.) (2007). *Cuestión de supervivencia. Graduación, deserción y rezago en la Universidad Nacional de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Dirección Nacional de Bienestar Universitario.

- Poveda Ramos, Gabriel (1993). *Ingeniería e historia de las técnicas*. Vol. 2. Bogotá: Colciencias.
- Turkle, Sherry (1998). Computational Reticense. En Cheris Kramarae (ed.), *Technology and Women Voices: Keeping in Touch* (pp. 39-60). Nueva York: Routledge.
- Wajcman, Judy (1991). *Feminism Confronts Technology*. Pensilvania: The Pennsylvania State University Press.
- Wajcman, Judy (2006). *El tecnofeminismo*. Madrid: Cátedra, Universitat de Valencia, Instituto de la Mujer.

Juventud y espacios de socialización

Estatus adolescente y valores asociados con la maternidad y la sexualidad en sectores populares de Bogotá*

En los últimos años, la sexualidad adolescente ha sido objeto de creciente preocupación por parte de demógrafos, educadores y estadistas. Las causas de la maternidad precoz y las prácticas anti-conceptivas en esta población constituyen, en general, el centro de sus interrogantes. Interesados por una aproximación distinta a la problemática adolescente y consciente de que las experiencias de vida, sexualidad y maternidad difieren sustancialmente para adolescentes situados en distintos sectores sociales, optamos por un estudio cualitativo de las prácticas y representaciones de los jóvenes de sectores populares urbanos. El objetivo esencial era detectar la influencia de distintos agentes y espacios de socialización (familia, colegio, grupo de pares) en la configuración de determinadas experiencias frente a la sexualidad e identificar la formación de valores nuevos o la reafirmación de valores tradicionales frente a los roles sexuales, la sexualidad y la familia.¹ Para

* Publicado en Anne-Claire Defossez, Didier Fassin y Mara Viveros (eds.), *Mujeres de los Andes: condiciones de vida y salud*, Lima, Institut français d'études andines, 2016.

¹ El contenido completo de los resultados de la investigación se encuentra en el informe *Socialización, adolescencia e identidad de género en sectores populares urbanos*, Bogotá, Proyecto Colcultura-Icetex, Programa de Becas Francisco de Paula Santander, 1991.

ello realizamos veintiocho entrevistas en profundidad, catorce a varones y catorce a jovencitas de barrios populares de Bogotá, destinadas a recoger las trayectorias familiar, escolar, laboral y erótico-afectiva de los jóvenes y a conocer sus aspiraciones para el futuro, con el fin de identificar los valores y patrones culturales que los animan.²

En el curso de la investigación se evidenció el papel fundamental de la escolarización en la modificación de los patrones culturales de los adolescentes frente a los roles sexuales. La escolaridad no solo pretende difundir valores más igualitarios y liberales, aspecto que desde hace algunos años ha despertado el interés de estudiosos de las actitudes frente a la planificación (Atkin, 6-10 de noviembre de 1989; Rosero, 6-10 de noviembre de 1989; Morris, 6-10 de noviembre de 1989, entre otros), sino que además genera cambios en las estrategias de las familias de sectores populares y transforma paulatinamente muchas pautas de socialización, aspecto que ha sido menos considerado que el anterior. Igualmente, produce formas de sociabilidad mixta de pares, con un gran potencial transformador de los patrones culturales de los jóvenes.

Deseamos abordar en estas líneas, las dinámicas y las contradicciones que surgen de la acción combinada de estas tres dimensiones de la escolaridad (entendida como eje de una estrategia familiar, como generadora de una sociabilidad mixta de pares y como difusora ambigua de valores igualitarios y liberales frente a la sexualidad) y la manera en que se expresan en los valores y aspiraciones de los adolescentes frente a la sexualidad y la maternidad.

2 Se desarrolló una metodología de análisis del material biográfico, combinando técnicas de análisis de contenido, el método de Bertaux sobre la "representación" del objeto (1980) y técnicas para el estudio de los valores y las aspiraciones empleadas por Chombart de Lauwe (1976).

Escolarización y estrategias familiares

Aunque los adolescentes seleccionados provienen de cuatro barrios de zonas urbanas consideradas “marginadas” de Bogotá, las características socioeconómicas, culturales y comunitarias, la relación con el resto de la urbe, el tipo de violencia y delincuencia callejera de los barrios varían sensiblemente, lo cual produce condiciones de vida diferenciadas que inciden en las formas de socialización de los jóvenes. Los barrios con mayor concentración de pobreza se sitúan respectivamente en los cerros del nororiente de la ciudad, cerca de una zona de extracción de arena y material de canteras, y en la zona periférica del municipio de Bosa. En el nororiente, la población está conformada en su mayoría por inmigrantes del altiplano cundiboyacense; mientras en la zona de Bosa, el origen regional es más heterogéneo y el proceso de arraigo en la urbe bogotana parece estar más consolidado. Son barrios en donde la dispersión familiar, la unión de hecho, el abandono paterno, la jefatura femenina y la violencia intrafamiliar son frecuentes. La baja escolarización de los jóvenes parece caracterizar a ambos barrios y genera, sin embargo, alternativas distintas en cada uno de ellos. Si bien en los dos barrios proliferan los adolescentes desempleados y desertores del sistema escolar, en el nororiente se encuentran con más frecuencia patrones precoces de ingreso en la edad adulta, pues los jóvenes adquieren tempranamente compromisos familiares y laborales (Salazar, 1990). El trabajo en construcción y en las areneras, para los varones, el servicio doméstico y el trabajo en jardines infantiles, para las mujeres, son las alternativas más frecuentes.

Otro de los barrios se sitúa en el centro oriente de la ciudad, zona caracterizada por una gran concentración poblacional, de poblamiento más antiguo, con altos niveles de delincuencia y

violencia juvenil. Estos barrios son muy heterogéneos pero debido a las condiciones difíciles de acceso a ciertos sectores juveniles, nos limitamos a entrevistar a jóvenes relativamente integrados en proyectos escolares y afectados tangencialmente por la violencia o la delincuencia en el barrio.

El último barrio se sitúa dentro de la zona periférica Rincón-Suba, en el noroccidente de la ciudad. A pesar de que esta zona también ha conocido un proceso de incremento de la pobreza, la delincuencia y la violencia, el barrio que allí seleccionamos es el que posee, al contrario, las mejores condiciones tanto socioeconómicas como de integración familiar y escolar de los adolescentes.

Es importante señalar, en aras de establecer algunas de las limitaciones y especificidades del estudio, que la muestra seleccionada se interesó en mayor proporción por jóvenes vinculados a algún proceso de escolarización secundaria, no necesariamente exitosa, quienes constituyen el 70 % de los casos.

En busca de un análisis de la heterogeneidad de situaciones familiares que nos permitiera diferenciar las formas de socialización de los jóvenes, caracterizamos dos tipos de estrategias con base en un criterio: la mayor o menor capacidad de la familia para implementar un proyecto consistente de escolarización secundaria de sus hijos. Se evidenció que ello determina consecuencias significativamente distintas en cuanto a las formas de socialización de los adolescentes, la percepción de la maternidad y la sexualidad.

Existe sin duda un “umbral” de pobreza, un nivel de precariedad de la existencia, por debajo del cual la simple aspiración a la educación secundaria de los hijos resulta impensable. No solo influye el nivel de ingresos, sino que elementos como la estabilidad del empleo u ocupación, la mayor o menor movilidad espacial, el manejo más o menos “racional” de los ingresos, la integración

familiar en torno al proyecto, los recursos culturales y psicoafectivos de los padres para lograr la colaboración de los hijos en dicho proyecto son también decisivos.

Cuando las familias no logran superar el “umbral” que separa una “estrategia de supervivencia” de una “estrategia de movilidad social”, con base en un proyecto de escolarización prolongada de los hijos, la maternidad constituye para las mujeres el rito de paso por la excelencia –violento y doloroso en mayor o menor grado– entre la infancia y la edad adulta. Sexualidad y procreación aparecen ligadas indisolublemente. La primera experiencia sexual no constituye necesariamente un abuso, pero inscribe automáticamente la relación dentro de parámetros de desigualdad culturalmente vigentes, tolerados y determinados en gran medida por las condiciones precarias de existencia. El embarazo es en general su consecuencia inmediata y de este se deriva la definición de un “destino” para la mujer, madresolterismo, unión inestable sujeta a continuos abandonos, unión estable dentro de parámetros de violencia y dominio masculino, excepcionalmente una unión estable sin violencia. Existe cierta dosis de fatalismo en este destino cultural que las mujeres excluidas de otras alternativas de vida experimentan casi sistemáticamente.

Tradicionalmente, las mujeres en sectores populares no conocen una etapa de la vida semejante a la adolescencia escolar. Para ellas, la socialización familiar en el trabajo doméstico y/o productivo, la sumisión a la autoridad y muchas veces la violencia y el maltrato masculino de hermanos, padre, padrastros o tíos dan paso sin transición a una adultez definida por la maternidad y las obligaciones que de ella se derivan, dentro de una gama limitada de alternativas de vida. Al comparar el efecto de la actividad sexual y la procreación en las trayectorias de vida de mujeres y hombres de sectores populares, se evidencia la desigualdad de

las opciones sociales y se destaca la presencia de un *estatus juvenil popular*,³ reservado exclusivamente a los varones. Para ellos, en efecto, existe un corto período de transición entre la infancia y la edad adulta, caracterizado por cierta autonomía para manejar sus ingresos, una libertad de movimientos, el libre ejercicio de su sexualidad, la participación en sociabilidades exclusivamente masculinas y una relativa tolerancia social hacia la paternidad irresponsable. Nada semejante para las mujeres, quienes, una vez iniciadas sexualmente y, en general, rápidamente embarazadas, deben asumir integralmente la responsabilidad y la carga generada por esta situación independientemente de que cuenten o no con el apoyo de un compañero.

El caso de Celina es apenas un ejemplo: tuvo su primera relación sexual en el marco de un noviazgo fuertemente vigilado por la familia, en condiciones de abuso que le generan rechazo hacia su novio. Sin embargo, la familia, constituida por la madre, las tías y la abuela, actúa inmediatamente a favor del novio, que ofrece asumir la responsabilidad del embarazo de Celina e irse a vivir con ella. Se opera en este caso un desfase entre los sentimientos de Celina y las necesidades económicas y las pautas culturales imperantes en su medio. Para la familia, la seducción de Celina es un evento normal, que simplemente tenía que ocurrir y que señala el momento en que esta debe asumir responsabilidades adultas y de ser posible, retirarse de su hogar y formar una familia aparte. Muy pocos entienden la reacción de Celina e impera la idea de que debe sentirse satisfecha de que el muchacho “responda”:

3 Esta denominación es nuestra.

Entonces el muchacho me dijo que él había hecho el amor conmigo, que porque yo me había dejado, como que yo lo había llamado, pero que no fuera a decirle nada a mi mamá, que tranquila, que eso había pasado, pero que donde yo le dijera a mi mamá él no respondía. Y uno con ese miedo. Yo no le dije nada a mi mamá y así siguió pasando. Después de eso yo le cogí una bronca la tremenda porque como él abusó de mí, yo le cogí una rabia la tremenda [...] Empecé a tener mareos, resulta que estaba embarazada [...] En todo caso, le contaron a mi mamá y ya se armó la cuestión. Todos querían obligarme a que me fuera a vivir con él. Yo no quería [...] Una tía mía llegó y dijo que “ahora como está embarazada, entonces ahí sí que no sé cuánto, que se vaya a vivir con Jairo, que ese muchacho la quiere, que tiene buenas intenciones con usted”. Que yo era la que me estaba haciendo la rogada. Pero ella no sabía lo que yo sentía por dentro. No sabían nada, ni aún lo saben (Celina, 19 años, Bosa).

Las reacciones familiares que acompañan el embarazo de la joven pueden variar sensiblemente de acuerdo a parámetros culturales en donde el origen regional introduce diferencias significativas. En muchos casos, el padre manifiesta su desagrado con violencia y expulsa a la joven del hogar luego de maltratarla; en otros, la joven se va a vivir con el novio antes de quedar en embarazo, pero esto es menos frecuente. En todos ellos, queda claro que la maternidad señala el ingreso temprano de la mujer en un destino social y cultural que deja pocas opciones.

Por ello, la inserción de las jóvenes en un proyecto de escolaridad secundaria representa una transformación radical en los “destinos” femeninos y crea una etapa nueva en sus vidas, etapa de transición entre la infancia y la adultez, que adquiere sentido

para ella y su familia, con relación a un futuro que se imagina mejor. La concreción de una estrategia de movilidad social se sostiene sobre la construcción de un *estatus adolescente* (Galland, 1990) determinado por la inserción en el sistema de educación secundaria. Existe un consenso entre los sociólogos e historiadores preocupados por el análisis del fenómeno “adolescencia” para ubicar su origen en el proceso de expansión de la escolaridad secundaria en Occidente (Ariès, 1973, y muchos otros), el cual entra en un proceso de consolidación en el mundo desarrollado después de la Segunda Guerra Mundial (Galland, 1990), a lo largo de las décadas del cincuenta, sesenta y setenta. En Colombia, el estudio de la adolescencia desde un enfoque sociológico también ha considerado el origen social e histórico del fenómeno (Parra Sandoval, 1985; Jimeno, 1985).

La concreción del estatus adolescente, etapa de preparación para ingresar en un estatus adulto, requiere un aplazamiento en el ejercicio de funciones y responsabilidades como la sexualidad, la procreación o el trabajo. Para las mujeres, una escolaridad prolongada es condición mínima para acceder a un estatus mejor, debido a que la estructura del mercado de trabajo solo ofrece alternativas como el servicio doméstico para aquellas que carecen de educación secundaria. Otras alternativas de movilidad social, con base en una estrategia matrimonial o laboral, son muy improbables.

La maternidad sufre entonces un doble proceso de idealización y rechazo. La maternidad a edades tempranas, ahora considerada “precoz”, surge como una amenaza seria para la continuidad del proyecto escolar y de movilidad social. Los padres multiplican los recursos para ahuyentarla, con estrategias que van de las amenazas violentas de expulsión del hogar a las tácticas destinadas a convencer a las jóvenes de la importancia del

proyecto escolar, pasando por diversas advertencias sobre los peligros que encierra el contacto con los hombres:

Mi mami me ha dicho que tenga cuidado, que hoy en día hay hombres corrompidos que lo suben a uno al cielo y lo bajan. Eso es lo que dice... Con cualquier cuentico lo meten a uno y ya camine que sube al cielo conmigo y baja no se sabe cómo, que yo le doy todo, que mamita, que esto, que lo otro. Y en realidad hay muchos hombres que lo hacen por diversión y por distracción y ya para la mujer sería después complicadísimo. Porque ellos hacen de las suyas con uno y ellos no son los que van a sufrir sino es uno el que va a tener una carga. A la hora de la verdad que lo dejen a uno embarazado. Uno es el que va a tener una carga y ya ni modo de lamentarse. Si la vida lo pintó así o uno quiso eso, uno no se va a lamentar porque ¿ya para qué? (Mónica, 17 años, Rincón).

Maternidad y sexualidad siguen estrechamente relacionadas ante la ausencia de políticas claras y de éticas sociales integradas con respecto a la anticoncepción juvenil. Por ello, muchas jovencitas que asumen un proyecto escolar deciden posponer indefinidamente el ejercicio de su sexualidad. En la base de sus reflexiones identifican la sexualidad con el riesgo de la maternidad y a esta última como a una amenaza seria para su proyecto de estudios y movilidad social.

El contexto autoritario y represivo del sistema escolar, que castiga con la expulsión a las jóvenes embarazadas y difunde una educación sexual ambigua, en donde predominan los mensajes hostiles a la libertad sexual juvenil y especialmente femenina confirma estos temores. Algunas jóvenes con fuertes ambiciones

educativas y profesionales descartan la maternidad, incluso para un futuro no muy inmediato:

Muchas mujeres dicen que ser madre es sentirse realizada como mujer, de pronto para mí no. Yo creo que sentirme realizada como mujer es ser profesional, ser alguien en la vida, no depender de mi esposo, sino ser yo misma la que también colabore [...] Ser madre es algo que no me llama la atención tampoco, no me llama la atención de ninguna forma. Por ahora, lo único que espero es estudiar y nada más que estudiar y aprender un poco de la vida (Ana María, 16 años, centro oriente).

Otras aspiran a retardar en lo posible la experimentación sexual y la maternidad, que aparece como su consecuencia ineludible, para prolongar al máximo su estatus de adolescente escolar, demorar la llegada de responsabilidades adultas y ampliar sus expectativas futuras:

Yo tendré mis relaciones sexuales cuando esté más crecidita. Quien sabe, depende de cuando yo tenga mis posibilidades de pensar por mí misma, pues ahorita estoy joven y tengo que disfrutar mi vida. Es que ya lo he vivido en carne propia con unas amigas que tienen mi edad y ya tienen una niña y se ven muy amarradas [...] Entonces yo me doy cuenta de esas muchachas tan jóvenes que se involucran con esos nenes y yo me pongo a pensar y digo: ¡Son muy brutas! ¡No piensan! No tienen el mismo pensamiento que tengo yo, porque el día que yo piense una cosa de esas, estaré loca o quién sabe qué (Marina, 17 años, nororiente).

A medida que se difunde en sectores populares el estatus adolescente generado por la escolaridad secundaria, se pospone la edad de ingreso en un estatus adulto y prácticas que eran consideradas normales, como la maternidad a los 15 o 16 años, tienden a ser rechazadas. Es probable que en muchos casos el embarazo de la adolescente despierte reacciones más violentas en sus familias y genere mayores frustraciones en las jóvenes cuando interrumpe un proyecto escolar. El significado de la maternidad adolescente se transforma: ya no se trata de un rito de paso esperado hacia la edad adulta, sino que significa la frustración de un sueño, el fracaso de un proyecto familiar e individual, la reproducción de un “destino” que se quiere superar.

Identidad adolescente: estatus presente vs. estatus futuro

El estatus social de la adolescente se define por su integración dentro de un proyecto educativo que condiciona el desarrollo del presente con relación a una meta futura. El presente escolar, con sus privilegios, sacrificios, coerciones y dependencias, es el costo que hay que pagar para construir un futuro mejor. La vivencia de la escolaridad y sus limitaciones dependen entonces de la credibilidad que tenga para el joven el proyecto futuro. La tolerancia y/o adaptación del adolescente a un estatus social indefinido y dependiente como el suyo están directamente relacionadas con la viabilidad aparente del proyecto.

Pero ningún presente se puede vivir únicamente en función del futuro. La adolescencia escolar produce un nuevo presente, elaborado a partir de la vivencia compartida con otros adolescentes, partícipes de la misma definición social transitoria. La adolescencia se impone no solo como etapa de la vida entre la infancia y la edad adulta, etapa de preparación y aislamiento

social relativo, sino como un momento que adquiere sentido por sí mismo. La afirmación del adolescente con respecto a un proyecto futuro y la afirmación de una existencia adolescente presente, con formas de vida y valores propios que la distinguen de otras categorías, constituyen sin duda las dos caras de la identidad adolescente.

La inserción en el sistema escolar favorece la transformación de los valores juveniles frente a la sexualidad y la procreación hacia pautas más liberales y equitativas. Este proceso es fomentado en forma combinada por dos elementos básicos. En primer lugar, la sociabilidad mixta de pares que estimula la solidaridad, la comunicación y la reciprocidad entre los jóvenes de ambos sexos. En segundo lugar, la difusión, por parte de una institución escolar que les otorgue legitimidad, no solo de una información sobre la sexualidad y el uso de métodos de planificación, sino también de éticas liberales e igualitarias frente a la sexualidad y la reproducción.

Cuando hombres y mujeres se integran en una escolaridad mixta continua, con el énfasis puesto en el proyecto futuro, se crean las condiciones para una mayor equidad. Integrados a un estatus adolescente que exige postergar el ejercicio de funciones adultas como la sexualidad y, por ende, la procreación, hombres y mujeres se relacionan dentro de un estatus cuyas satisfacciones, limitaciones y dependencias comparten. Surgen entonces relaciones nuevas en sectores populares, como ciertas modalidades de amistad mixta. Muchos de los noviazgos que florecen en estas condiciones, voluntariamente despojados de contenidos eróticos, responden a necesidades de solidaridad, comunicación y afecto, producidas por la experiencia compartida:

En este momento tengo novio, llevamos como seis meses [...] Buscamos diálogo y una vez estuvimos hablando y nos dimos cuenta que teníamos muchas cosas en común, teníamos los mismos intereses a nivel de estudio. Él quería terminar sexto, tener una carrera y yo quería lo mismo [...] Yo me considero una persona descomplicada y que empiece con lo que dicen “melosiadera”, que “mi amor”, todas esas palabras, yo no sé. A mí no me gustan y pienso que a la edad que nosotros tenemos, que le digan a uno que “yo la quiero, la adoro”, eso para mí es mentira. En este momento eso no tiene nada que ver. Yo lo que busco en una situación de estas es que él aprenda un poquito de lo que yo pueda ofrecerle y viceversa (Ana María, 16 años, centro oriente).

Ahorita tengo otra novia, del otro salón. Llevamos tres meses. Esta relación ha sido mejor. Hablamos de lo que nos pasa en el colegio, en la casa. Yo le siento amor a ella, ella me quiere. Vive cerca pero casi no salimos porque ella no puede salir de la casa. Con ella cambia un poco el ritmo de la vida porque yo ya no voy a confiar solo en mi mami para contarle algo, sino voy a tener otra opinión. Hablamos de los problemas aquí en la casa, ella los sabe. Yo sé los problemas de ella (Wilmar, 15 años, centro oriente).

Para estos jóvenes, en acuerdo con los proyectos familiares y el estatus socialmente determinado del adolescente, la sexualidad y la procreación se sitúan en un futuro lejano, una vez se logre la meta educativa. El noviazgo equivale entonces a una relación de amistad deserotizada que contiene no obstante un potencial igualitario importante para el desarrollo futuro del noviazgo de mayor contenido sexual.

Sin embargo, el desarrollo de una sociabilidad mixta igualitaria debe enfrentar varios problemas en sectores populares. Entre menor sea el grado de integración escolar y de asimilación de un proyecto educativo como eje de la existencia, menor será el efecto homogeneizante de la sociabilidad escolar. En sectores poco integrados, la transferencia al sistema escolar de patrones culturales heredados que diferencian a hombres y mujeres tiende a segmentar las sociabilidades femeninas de las masculinas, aun en el interior de los colegios mixtos.

Entre adolescentes con un proyecto escolar poco consistente, la sexualidad se encuentra marcada en mayor medida por patrones tradicionales que prescriben un divorcio de lenguaje e intereses entre los jóvenes de uno y otro sexo. Nostálgicos del estatus juvenil popular, los varones buscan afirmar su virilidad, ejerciendo su sexualidad y relacionándose con las mujeres a partir de categorías tajantes que segregan a las jovencitas “loquitas” y “gaminas” que frecuentan a los varones, de las “sanas” y “juiciosas” que se dedican a estudiar. Aunque comparten complicidades en espacios de sociabilidad mixta, como el colegio, el barrio o la “rumba”, la “excesiva” amistad con los muchachos expone a muchas jovencitas al repudio de su grupo de edad, tanto por parte de las muchachas como de los varones:

A mí nunca me han gustado las niñas groseras, me fastidia eso. Les gusta hablarse con gamines. Un gamín les dice a ellas “adiós mamita” y ella contesta. A mí me fastidia mucho eso [...] Ella tenía la maña de pasarse el descanso con los sardinos, estar fregando y estar diciendo esos chistes groseros (Juliana, 16 años, Bosa).

Los muchachos son serios en eso, son muy quietos, pero a veces las peladas son fregadas, porque aquí hay muchas peladas, se dejan coger de todo el mundo y eso es feo. Es como rebajarse, es ya no tener una personalidad. Entonces los pelados, muchos aprovechan eso y las peladas también, porque se dejan, son bobas. Yo trato de escoger los amigos que no tengan nada de referencia al sexo. Que uno los tenga por amistad, porque lo entiendan a uno (Diana, 14 años, nororiente).

Tengo amigas diferentes. Puede que no se comporten muy bien, así sean locas o minitequeras, como dice mi mamá, yo me meto con ellas. Las minitequeras son más locas, no se la pasan en la casa. Rumbean cada ocho días, sábados y domingos. Se la pasan jugando *basketball* en la cancha y así. Están mucho afuera. De pronto algunas tienen relaciones sexuales [...] Yo tuve relaciones solo una vez, pero eso fue después de que habíamos terminado. Lo que pasa es que ella a ratos vuelve. Se volvió toda así como malita, entonces está disponible (Alfredo, 19 años, centro oriente).

La amistad de los muchachos con ellas no cuestiona la discriminación valorativa de que son objeto.

Algunos discursos difundidos por el sistema escolar y los medios de comunicación introducen nociones nuevas en torno a la sexualidad que la asimilan a un acto natural y placentero y la disocian de la procreación. Estos discursos han propiciado la eclosión de curiosidades en las adolescentes, que pueden mencionarse como elemento nuevo y potencialmente liberador, ya que representa una ruptura con la percepción tradicional que asocia la sexualidad con el abuso masculino.

A mí me gusta averiguar las cosas que ellas sienten. Por ahí hay una muchacha y con ella es que hablamos. Ella me cuenta cosas, me tiene confianza y a mí me da sensación de saber lo que sienten ellas al tener una experiencia, aunque ellas como que se me disgustan. Pero yo siento que en el fondo mío, yo quisiera saber todo eso, ¿qué sienten ellas al estar en esas cosas? Ellas como que me cuentan, como que enredadito. Lo último que me dicen es “ay, pues a lo último va a tocar que usted lo intente a ver qué es lo que siente, porque para contarle eso está muy cruel (Marina, 16 años, nororientado).

Cuando estas indagaciones femeninas van más allá de las preguntas de las amigas con experiencia –quienes en general son madres adolescentes, solteras o en unión–, la información deficiente sobre métodos de planificación y la ausencia de alternativas sociales para el ejercicio libre de la sexualidad femenina, exentas de connotaciones marginadoras, conducen a embarazos precoces:

Tengo otra amiga que tuvo una niña a los 13 años. Eso fue de una discoteca que pusieron aquí en el barrio, en el Codito. De ahí resultaron unas muchachas que están por ahí criando, que resultaron de esas iditas por allá. Eso dizque era [...] Lo que pasaba es que ella era muy loquita y a lo último no se dio ni cuenta de quién era el papá. Francamente, ella no sabía y hubo un muchacho que era novio de ella y era muy decente. Él dijo que él no sabía si había tenido relaciones con ella. El muchacho dijo que se iba a responsabilizar de eso, la apoyó en el embarazo y tuvo el nene (Marina, 16 años, nororientado).

La curiosidad sexual puede llevar a algunas jóvenes a aprovechar, como lo hacen los varones, alguna oportunidad ocasional de tener un contacto sexual, que en caso de embarazo, puede desembocar en alternativas de aborto:

Hay una compañera que nos llegó a contar que ella sí. Nos contó cómo había sido todo. Dijo que era primerazo, pero también dijo que ella no llegó a cuidarse ni nada. Fue para lo último, ya cuando íbamos a salir. Ella tenía miedo de que llegara a quedar embarazada, pero que iba a mirar a ver. O si no, que la mamá la ayudaba y ella abortaba, pero que ella no se pensaba encargar ahora con un niño. Yo digo que sería mal hecho, porque ella dice “eso pasó de un momento a otro. No tuvimos tiempo de decir, ‘vaya compre, vaya traiga, o póngase tal cosa” [...] Yo digo que eso ya es irresponsabilidad de ella. [...] Claro que ella iba de visita donde la tía. De un momento a otro encontró que el primo estaba solo. Ella debió haber pensado que podía quedar embarazada (Marta, 17 años, Bosa).

Si la experiencia mixta, la presencia de mensajes exaltadores de la sexualidad y el placer, la información recibida en el colegio, entre otros factores, estimulan en algunas jovencitas la búsqueda de una experimentación sexual, disociada no solo de la maternidad, sino incluso de una relación de pareja o de noviazgo, estas rara vez emplean métodos anticonceptivos. Si algunos muchachos transitan por el barrio con un preservativo en el bolsillo, “por si se presenta una oportunidad”, las jovencitas no pueden hacer lo mismo. El asumir una actitud planificadora por fuera de una relación de noviazgo que la legitime significa situarse de hecho en una categoría de mujeres “disponibles”:

Entonces digo en ese momento, uno llegar y decir, “voy a utilizar métodos anticonceptivos”, ¿a necesidad de qué?, digo yo, de llegar uno allá y prácticamente ofrecerle algo a otra persona que de pronto no llene los requisitos. No tendría sentido. Yo pienso que llegar a los anticonceptivos es estar uno completamente seguro de lo que va a hacer (Ana María, 16 años, centro oriente).

Las relaciones entre el grupo femenino y el grupo masculino, aun en el interior del grupo de pares, están sesgadas por la afirmación de identidades de género respaldadas por patrones culturales tradicionales de diferenciación entre los sexos. Estas dificultan la expresión de valores igualitarios ya que tiende a prevalecer la identidad de género sobre la identidad de pares. El fortalecimiento de la sociabilidad mixta de pares puede contrarrestar estas tendencias, pero, por el momento, las relaciones hombre/mujer a nivel individual y muy especialmente los noviazgos escolares son la vía más frecuente para una expresión más equitativa de las necesidades eróticas y afectivas de las jóvenes.

Sin embargo, aun en el marco de noviazgos de pares, con un buen entendimiento, la expresión de las necesidades sexuales y la búsqueda de alternativas de planificación no son evidentes. La sexualidad es el tema donde la comunicación entre los jóvenes presenta las mayores dificultades. La ambigüedad o la ausencia de mensajes éticos que caracterizan en general a la educación sexual difundida por el sistema escolar no contribuyen mucho a superarlas. Se produce en ocasiones un verdadero diálogo de sordos, en el que las jóvenes temen que sus compañeros las consideren “niñas fáciles” y estos, a su vez, temen que sus expectativas eróticas sean malentendidas por sus novias.

Con las sardinas ese es otro problema. A ellas se les hace raro que uno establezca algo verdaderamente serio. Porque la mayoría uno se las cuadra y es no más por goce, por el rato no más, no es algo serio. Yo tomo las cosas así, serio y esperando que las cosas, que por ahí no salga algo mal. Claro que tienen un mal concepto de todos los hombres porque dicen que todos son cortados con la misma tijera y eso está mal (Antonio, 20 años, Rincón).

Si para muchos varones la prueba de amor que le ofrecen a su novia, signo inequívoco de que la “respetan”, es abstenerse de solicitarle un contacto sexual, en otros casos la maternidad se convierte a su vez en la “prueba” que unos y otras ofrecen para garantizar la naturaleza de su relación amorosa, “purificándola” de contenidos eróticos puramente placenteros. Se difunde entonces una concepción romántica que asimila las relaciones sexuales a una prueba de amor y conduce a nuevas formas de madresolterismo y uniones precoces entre las adolescentes escolares, con un apoyo afectivo y económico del compañero, pero con un costo muy alto para el proyecto educativo y de promoción social de las jóvenes:

Él me propuso que tuviéramos relaciones y yo le dije que yo no quería. Pero él siguió insistiendo, yo le decía cada vez que no y que no, porque me daba miedo. Entonces un día me vine para la casa y me puse a pensar en la terraza. Entonces yo dije, “pues si él me quiere y yo lo quiero, pues vamos a hacerlo”. Y así fue. Al otro día él vino, me habló otra vez y yo le dije que sí, pero que lo que pasara él tenía que responder, no fue sino mandarme a hacer el examen y ya. Le conté y él me dijo que si, que él me ayudaba (Cristina, 15 años, centro oriente).

Como Cristina, otras adolescentes intentan conciliar sus deseos presentes de vivir plenamente sus relaciones afectivas sin desistir de su proyecto futuro educativo y profesional. El apoyo familiar y del compañero no alcanza, sin embargo, a compensar el esfuerzo que muchas invierten en estudiar, trabajar y criar a sus bebés de la mejor forma posible. Es muy probable que en una mayoría de casos, el frágil equilibrio entre futuro y presente se rompa y se sacrifiquen algunos sueños.

Los noviazgos “serios” como los ofrece Antonio, exclusivos y románticos, pero que incluyen un manejo discreto, igualitario y no riesgoso de las relaciones sexuales en la pareja, son aún la gran excepción.

Toda mujer piensa eso, que uno en un noviazgo va por otra cosa, ¡y no hay tal! Yo con mi novia también hablé de eso. A mí me parece que si uno la quiere no hay necesidad de que esté con ella, simplemente. Así uno esté con ella, uno la va a seguir queriendo lo mismo. A mí me parece que es la misma cuestión, eso no influye [...] Hemos estado, pero las cosas antes han mejorado, como que se ha estrechado un poco más la relación, nos hemos apegado un poquito más [...] Pues yo lo uso es como por evitarme problemas para mí y para la sardina, pero ¡hombre! Si se pudiera hacer sin preservativo, pues mejor. Ella no usa nada, siempre el que se ha preocupado por eso soy yo (Antonio, 20 años, Rincón).

Si bien es cierto que la educación secundaria mixta genera una dinámica, que a la larga, tiende a homogeneizar las experiencias masculinas y femeninas, al propiciar una igualdad de condiciones de hombres y mujeres frente al sistema educativo, los

efectos homogeneizantes⁴ de la experiencia escolar dependen en gran medida del equilibrio que se logre entre estatus presente y estatus futuro. La concreción de una sociabilidad mixta de pares igualitaria requiere la integración en un proyecto escolar en forma relativamente estable que permita una continuidad y una profundización de las relaciones entre los jóvenes. Las condiciones de inserción escolar que predominan en sectores populares, caracterizadas por el ingreso tardío, la repitencia, los cambios continuos de plantel, las deserciones temporales y el abandono precoz y definitivo dificultan el desarrollo de una escolaridad estable (Parra Sandoval, 1985; Ministerio de Educación Nacional, 1987). Esto se agrava con la pérdida de credibilidad del proyecto escolar como vía de acceso a un mejor estatus social.

Aspiraciones, sueños e ideales de maternidad y pareja

Las aspiraciones explícitas de las jóvenes sobre la familia, la maternidad y la pareja que desean construir en un futuro están estrechamente relacionadas con sus experiencias familiares de origen. Para aquellas criadas en condiciones de precariedad y violencia, con la ausencia de otras alternativas de vida, la expresión de las aspiraciones futuras rara vez supera la “corrección” de algunas de las carencias que experimentaron en su hogar. El

4 Cuando empleamos el término *homogeneización* nos estamos refiriendo estrictamente al estatus social asociado al sexo biológico, sin incursionar en el terreno de las diferencias de sensibilidad, expresión, emotividad, etc., aunque tenemos la firme convicción de que estas tienden a disociarse de la inscripción “genérica” del individuo y que liberan progresivamente un potencial de riquezas y diversidades individuales que se manifiestan en uno y otro sexo. Ver al respecto el concepto de *androgenización* de Elizabeth Baudin (1986).

anhelo de superar la violencia y las carencias afectivas y sobre todo económicas orienta las representaciones de la familia “ideal” dentro de parámetros “realistas”.

La aspiración al matrimonio católico aparece como el recurso para contrarrestar la inestabilidad familiar. La estabilidad económica es, a su vez, condición para evitar la violencia y preservar a la madre al lado de los hijos. Las adolescentes excluidas precozmente del sistema escolar aspiran como mínimo a tener un compañero que no las golpee y como máximo al matrimonio católico, la estabilidad económica y la dedicación al hogar y sus hijos, símbolos todos de un mejor estatus social. El número de hijos deseados se reduce en todos los casos:

He pensado en tener una familia. Dos niños me gustaría nada más porque es que ahora, como está de difícil darles buen estudio, vestirlos bien. El compañero que no domine mucho, que sea serio, que respete. A mí me gusta que las personas sean sinceras, no se burlen [...] A mí no me gusta que los hombres le peguen a las mujeres, a mí no me gustaría. Casi todos les pegan a las mujeres [...] Si se casa uno es mejor, casarse es mejor, porque dura más el matrimonio (Elsa, 17 años, nororiental).

A mí me gustaría ser ama de casa, porque de niña a mí me ha gustado un niño, siempre me entiendo bastante con un niño. Me gustaría tener dos hijos, digamos la parejita porque eso de tener hartos es muy aburrido. Lo aburren a uno mucho, lo cansan de gritar para allá, de gritar para allí, quejas del uno, quejas del otro. Si me casara, lo que él dijera, si me quiere de ama de casa, pues de ama de casa y si no, pues trabajaríamos juntos. Claro que en esto también la opinión de la mujer

cuenta. Me gustaría que mi compañero fuera comprensivo, detallista, que fuera de buen genio y no de mal genio, a tratarlo a uno a las patadas, como hoy en día se ven casos, matrimonios que llega el hombre a cascarle a la mujer sin saber por qué [...] Yo digo ojalá, si yo llegara a tener hijos nunca les llegara a cascar, para que después cuando grandecitos no dijeran: “ah, mi mamá me cascaba mucho por todo lo que yo hacía”. Y darles educación buena, enseñarles a ser personas de bien, cultos, respetuosos (Mónica, 17 años, Rincón).

Los ideales de cambio de estatus social están presentes en estas aspiraciones familiares que esperan conformarse a un modelo de familia de clase media, donde la mujer en el hogar se dedica a los hijos y el marido trabaja y “cumple” con sus obligaciones familiares. La reducción del número deseado de hijos tiene que ver con aspiraciones económicas, heredadas de sus padres y proyectadas en sus hijos, que buscan compensar sus propias carencias infantiles.

Las adolescentes concentradas en un proyecto de escolaridad prolongada manifiestan su deseo de posponer indefinidamente la conformación de una familia, una vez los requisitos de formación y empleo estén satisfechos. Surgen modelos familiares en donde las relaciones de pareja se van haciendo más equitativas. Mientras algunas aspiran a construir una familia en donde los roles segmentados pero supuestamente complementarios del hombre y la mujer aseguren el bienestar de la pareja y los hijos, otras conciben alternativas más igualitarias:

Espero primero estar más capacitada, porque yo he visto unos tíos míos que se llevan bien. No hay peleas, porque más que todo aquí las peleas son por lo económico. Ellos se llevan

bien, tienen un buen puesto, ganan bueno, tienen bien a los hijos y se han casado ya tarde, ya con bastante madurez se puede decir. Entonces me gustaría eso, tal vez llegar a desempeñar un buen cargo o en una buena parte trabajar, conseguir ahí mismo un compañero si lo he de conseguir (Marta, 17 años, Bosa).

A mí me gustaría conseguir un hombre que de verdad lo entendiera a uno, que lo comprendiera a uno como es y que lo aceptara a uno como es. Y me gustaría tener dos niños y que mi marido fuera bien conmigo. Lo que más es que me respetara como yo soy, lo que a mí me gusta. Porque seguro que yo no resistiría que a mí me impusieran algo, por ejemplo que no tengo que trabajar. No, yo no me aguanto. Me gustaría casarme católicamente (Patricia, 14 años, Rincón).

En el momento que yo diga me caso, me caso por la Iglesia y ese momento ya es porque estoy segura de que lo quiero, de que lo que yo quiero para mis hijos va a ser lo mejor [...] Hasta hoy he pensado que la persona ideal sería una persona que en el momento que uno diga me caso, sea una persona profesional, porque yo aspiro a eso, a ser una profesional. Que congeniemos un poco en las ideas, en la forma de ver las cosas (Ana María, 16 años, centro oriente).

Los ideales de pareja y de maternidad pueden ser bastante exigentes en la medida en que no solo requieren una situación económica favorable, sino también la satisfacción de necesidades de afecto, comunicación, respeto y fidelidad, dentro de concepciones románticas de pareja, exclusivistas y fusionales, que expresan sin duda la búsqueda de superar la desconfianza recíproca en que se desarrollan las relaciones entre los sexos.

Del mismo modo, el ejercicio de la maternidad busca compensar carencias infantiles, donde el amor de los padres hacia los hijos se expresa en darles educación, afecto y una situación económica favorable. Lo afectivo y lo económico aparecen siempre en estrecha relación.

El caso mío es que si yo traigo un niño aquí, tengo que ofrecerle más de lo que a mí me ofrecieron cuando niña. Entonces llegar y traerlo aquí a que tenga problemas o no pueda uno satisfacer su alimentación, su vestuario. El día que yo llegue a ser madre tengo que llenar a mi hijo completamente, que no le falte nada. Quiero lo mejor para él (Ana María, 16 años, centro oriente).

Pero si los ideales son elevados, lo más difícil es, a los ojos de las jovencitas, conseguir ese compañero soñado. De este modo, algunas adolescentes, al tiempo que manifiestan aspiraciones exigentes en cuanto a la pareja y la familia, y ante la imposibilidad aparente de realizarlas, imaginan alternativas que excluyan al varón o que, al menos, les permitan evitar la dependencia:

El madresolterismo sí me gustaría porque tal vez he visto matrimonios en que al principio se quieren mucho y después ya se disuelven totalmente, así haya niños, en matrimonio católico. Yo digo que me gustaría desempeñar una carrera, ejercer algún cargo, tener un buen empleo, y pues, a una persona que yo quiera, tener un niño de él. Ya si él no quiere responder que no responda pero que se desaparezca de mi vida y me deje mi niño o mi niña. Que yo, como ya estoy bien, en un buen puesto, criarla yo, que seamos amigas más que todo, no seamos así madre e hija sino amigas. También me

gustaría por ese lado porque no hay una persona que lo moleste a uno (Marta, 17 años, Bosa).

A mí no me gustaría así tener alguien, sino tal vez me gustaría ser como mi mami, que está con sus hijos, que no tiene que estar pendiente, como decía mi mami, me da mucha lacha: “que le va a lavar la ropa a un desconocido, que le va a tener que estar dando explicaciones a un desconocido, que va a tener que estar encargado de la cocina, estar cocinando”. No, un desastre. Yo he conocido grupos jóvenes, una pareja. Cada uno está en su cosa, en su rollo. De todas maneras hay comunicación, pero hay libertad. Pero no, de todas maneras no, me llama muy poco la atención (María Fernanda, 15 años, Rincón).

Muchas jovencitas escolares han integrado aspiraciones nuevas y no desean reproducir una pareja en donde el hombre las domine y recaiga sobre ellas el peso de la maternidad y los oficios domésticos. Algunas rechazan la maternidad claramente porque representa fuertes limitaciones a su independencia y aspiraciones:

La maternidad no, a mí no me gustaría. Tal vez como egoísmo, pero a mí no me gusta eso de tener que estar preocupado por alguien, tener que estar pendiente de alguien, más que de uno mismo. Tal vez más adelante. También uno piensa en los hijos porque de todas maneras uno solo no se va a quedar, pero eso yo lo veo por allá lejísimos (María Fernanda, 15 años, Rincón).

También algunas niñas sin escuela prefieren la soltería, básicamente como alternativa a la violencia masculina y la opresión de la condición femenina:

De grande quiero ser soltera como va a ser la señorita Sandra, tener novio, que lo respete y que lo respete uno también. Pero casarme sí no quiero, quiero ser soltera. Ahorita de chiquita digo, pero quien sabe de grande, no sé. Yo veo las mujeres que se casan y los hombres les pegan a las mujeres, les dan duro. Entonces yo no quiero eso, sufrir mi cuerpo, o como ha sufrido la señora Carmen. Le toca trabajar duro, cuidar niños y esto sí no quiero yo (Hilda, 13 años, nororiente).

Algunas adolescentes con una maternidad precoz se esfuerzan por conservar sus proyectos escolares y profesionales e invertir además en el hijo, nuevos sueños y aspiraciones. Aunque cuentan en muchos casos con el apoyo de un compañero y buscan construir una relación de pareja romántica, el costo de la maternidad las afecta exclusivamente a ellas. Presionadas como mujeres y como madres, invierten un esfuerzo enorme al intentar conciliar sus aspiraciones futuras y sus anhelos por habitar densamente el presente:

Me gustaría conseguir una casa bien bonita, tener de todo, poder darle a la niña de todo. Eso es lo que yo quiero, darle estudio que es lo más importante. No me gustaría casarme porque casarse es amarrarse ahí. En cambio así, como estamos ahorita es distinto. En caso de que él esté aburrido conmigo, cada uno coge su camino. Ahora quiero sacar a mi hija adelante y trabajar, voy a entrar a trabajar. Mi mamá me dijo que me cuidaba la beba. Yo voy a seguir viviendo acá mientras él viaja. Yo quiero volver a estudiar en el mismo colegio y estudiar todo el bachillerato porque así uno aprende más y puede ejercer una carrera. Me gustaría ir a la universidad también (Cristina, 15 años, centro oriente).

Tal vez la alternativa de Cristina, frecuente en sectores populares relativamente integrados en un proyecto escolar, es la que más se acerca a una búsqueda juvenil que cuestiona las pautas de inserción en la edad adulta. No solo no acepta el aplazamiento de experiencias fundamentales como una relación de pareja intensa, libre o igualitaria o la misma experiencia de la maternidad, sino que tampoco acepta pagar el costo que socialmente se le exige, a saber, el sacrificio de sus proyectos educativos y laborales. La solidaridad familiar y del compañero son fundamentales, así como el apoyo de su grupo de pares, pero resulta claro que esta opción está expresando necesidades nuevas que cuestionan el estatus adolescente escolar, con su cuota de aplazamientos y dependencias, así como el estatus subordinado de la mujer. Numerosos obstáculos culturales y educativos impiden la configuración, en estos sectores, de una sexualidad juvenil, libre y experimental, disociada de la maternidad y de la inserción en roles adultos.

La expansión de la escolaridad secundaria y del estatus adolescente que la acompaña está generando algunas dinámicas que tienden a introducir valores más igualitarios entre los sexos, a fomentar las aspiraciones autónomas de las mujeres y a disociar la sexualidad de la maternidad. Sin embargo, los factores que potencialmente favorecen estas tendencias están siendo contrarrestados por otros cuya importancia no es despreciable.

El estatus adolescente genera dos tendencias contradictorias que se manifiestan en forma peculiar en los sectores populares. Por una parte, le otorga un peso fundamental al futuro, como proyecto que exige sacrificios presentes. Para los varones significa ante todo limitar su autonomía económica y parte de su libertad sexual. Para las jovencitas, en cambio, el *estatus escolar* significa acceder a una nueva dignidad social sobre la base de la construcción de un futuro mejor y de la superación del “destino”

tradicional. Ello explica probablemente la mayor integración de las muchachas en el sistema escolar y su capacidad igualmente mayor de aceptar las coerciones y dependencias del estatus adolescente. En este sentido, las formas de inserción en el sistema escolar de hombres y mujeres pueden diferenciarse significativamente mientras no se alcance un nivel de integración sostenido en la escolaridad secundaria.

En esas condiciones, las sociabilidades y éticas masculinas y femeninas frente a la sexualidad y los roles sexuales difieren, resistiendo al efecto homogeneizante de la escolaridad. Para una mayoría de jovencitas inmersas en un proyecto educativo la maternidad y la sexualidad siguen estrechamente unidas y asociadas a un estatus femenino dependiente y subordinado. La búsqueda de superar su condición socioeconómica y su opresión de género las conduce a enfatizar en extremo el futuro a través del proyecto escolar y a “sacrificar” en alguna medida el presente con el aplazamiento indefinido del ejercicio de la sexualidad y la maternidad.

Pero la inserción escolar también genera una acentuación del presente, a partir de la sociabilidad de pares y de la diferenciación social de un grupo de edad que tarde o temprano siente la necesidad de afirmarse en su existencia actual. La afirmación de una identidad adolescente propia se manifiesta en el campo de la sexualidad y las relaciones entre los sexos por la aparición de éticas juveniles que seleccionan e incorporan elementos dentro de la multitud de discursos a su alcance sobre estos temas. El nivel de integración escolar, derivado tanto de la credibilidad del proyecto educativo como de los diversos recursos familiares para sostener una estrategia educativa, va a determinar formas de sociabilidad mixtas más o menos desarrolladas. De la calidad y profundidad de estas experiencias, del impacto emocional y existencial que tengan en el adolescente, va a depender la apropiación de valores igualitarios.

Sostenemos la hipótesis de que las relaciones de noviazgo, en el marco de una experiencia escolar continua y estable, constituyen uno de los ejes donde se producen nuevas éticas juveniles que cuestionan tanto el estatus adolescente con su cuota de dependencia y aplazamiento, como el estatus subordinado de la mujer. Los ideales románticos de pareja y maternidad que construyen los adolescentes expresan todos, a pesar de su variedad, una combinación de tres aspiraciones básicas: la necesidad de superar la pobreza, la búsqueda de equidad y confianza entre los sexos, la aspiración a una identidad juvenil afirmativa, sostenida sobre algo más que aplazamientos y prohibiciones. Las nuevas formas de madresolterismo, así como los escasos noviazgos en donde la sexualidad se expresa libre, equitativa y responsablemente constituyen manifestaciones de estas indagaciones juveniles.

Entre los extremos anteriores, toda una gama de comportamientos y aspiraciones busca algún equilibrio entre la experimentación del presente y la construcción del futuro. La multiplicidad de los discursos sobre los valores asociados con la sexualidad genera a su vez una multitud de alternativas entre los jóvenes. En condiciones de baja credibilidad del proyecto escolar, el énfasis puede situarse en la experimentación placentera y la libertad sexual presente, así sea en detrimento de las aspiraciones futuras de promoción económica y de equidad entre los sexos. La disociación entre sexualidad y maternidad se ve dificultada por la ausencia de legitimación de una ética sobre la libertad sexual juvenil, recíproca y responsable, que acompañe la información sobre métodos de planificación. Esto tiene consecuencias particularmente graves para numerosas jovencitas en busca de libertad sexual, a quienes conduce a una maternidad precoz que interrumpe su proyecto escolar, o las margina dentro de una

categoría social discriminatoria e inscribe sus vidas dentro de los parámetros tradicionales que se intentaba superar.

La maternidad aparece, simultánea o alternativamente, como una experiencia que se rechaza o se exalta. De hecho, inherente y fundadora del estatus subordinado de la mujer, pasa a materializar el fracaso de su proyecto de promoción social, al tiempo que es exaltada como el ideal que encarna la suma de sus aspiraciones familiares de ascenso social. En alternativas nuevas, el madresolterismo surge como acto de voluntad que busca conciliar presente y futuro, cuestionar dependencias y afirmar inagotables potenciales femeninos, o como aspiración ideal de realización plena y autosuficiente de la mujer, que prescinde voluntariamente de la presencia masculina.

Bibliografía

- Ariès, Philippe (1973). *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*. Paris: Seuil.
- Atkin, Lucille (6-10 de noviembre de 1989). El embarazo en la adolescencia en América Latina y el Caribe: causas y consecuencias psicosociales. *Conferencia Internacional sobre Fecundidad en Adolescentes en América Latina y el Caribe*. Oaxaca, México.
- Badinter, Élisabeth (1986). *L'un est l'autre. Des relations entre hommes et femmes*. Paris: Odile Jacob.
- Bertaux, Daniel (1980). L'approche biographique, sa validité méthodologique, ses potentialités. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, lxi, 197-225.
- Chombart de Lauwe, Paul-Henry et al. (1976). *Transformations de l'environnement, des aspirations et des valeurs*. Paris: CNRS.
- Galland, Olivier (1990). *Les jeunes*. Paris: La Découverte.

- Jimeno, Myriam (1982). *Diagnóstico nacional de la juventud colombiana*. Bogotá: Secretaría de Integración Popular, Presidencia de la República.
- Ministerio de Educación Nacional (1987). *Eficiencia interna básica secundaria y media vocacional 1978-1984*. Bogotá.
- Morris, Leo (6-10 de noviembre de 1989). Experiencia sexual y uso de anticonceptivos entre jóvenes adultos en América Latina. *Conferencia Internacional sobre Fecundidad en Adolescentes en América Latina y el Caribe*. Oaxaca, México.
- Parra Sandoval, Rodrigo (1985). *Ausencia de futuro. La juventud colombiana*. Bogotá: Plaza y Janés.
- Rosero, Luis (6-10 de noviembre de 1989). Sexo prematrimonial en Costa Rica: nivel, tendencias y determinantes individuales y contextuales. *Conferencia Internacional sobre Fecundidad en Adolescentes en América Latina y el Caribe*. Oaxaca, México.
- Salazar, María Cristina (1990). *Niños y jóvenes trabajadores*. Bogotá: Unicef, Universidad Nacional de Colombia.

Condición estudiantil y modos de ingreso a la sociedad adulta*

Regulación social y experiencias del tiempo

Los/as jóvenes como sujetos empíricos son heterogéneos: sus banderas pueden ser la ecología, la libertad sexual, la paz, los derechos humanos, la defensa de las tradiciones, la expansión de la conciencia, el *rock*, etc. Algunos/as jóvenes transitan entre el anonimato, el pragmatismo individualista, el hedonismo mercantil y el goce del consumo, mientras que muchos están excluidos de cualquier opción. A pesar de esta diversidad, nos dice Reguillo (2000), todos/as los/as jóvenes parecen compartir una idea precaria del futuro y una experiencia discontinua del tiempo. Los modos de reproducción del orden social cambiaron y las trayectorias sociales ya no son claras. Los mecanismos de integración en el mundo adulto se han hecho más complejos y diversos, pero también se han deteriorado. Para numerosos jóvenes, la vida se presenta bajo la forma de la incertidumbre. En las aproximaciones latinoamericanas al fenómeno juvenil ha predominado un enfoque cultural que, si bien reconoce el carácter socialmente construido de la categoría “joven” y la diversidad de las experiencias,

* Publicado en Luz Gabriela Arango, *Jóvenes en la universidad: género, clase e identidad profesional*, Bogotá, Siglo del Hombre / Universidad Nacional de Colombia, 2006.

prácticas y representaciones de jóvenes de distinto origen social, sexo o características étnico raciales, no les han dedicado mucha atención a los procesos de regulación social que construyen las edades, las trayectorias sociales y la experiencia del tiempo.

Bessin (1997) analizó los paradigmas de la regulación social y temporal en relación con los contextos sociales en que surgieron y sus modos de codificación sociológica. El tiempo, construido socialmente, está en la base de la regulación social. La forma como este es organizado y moldeado tiene efectos jerarquizantes en las relaciones sociales. Los usos de la edad constituyen un fenómeno particularmente pertinente de cronología social. La edad no es una realidad inmutable, sino el resultado de un modo de regulación social y temporal en una sociedad dada. La edad, al igual que el género, constituye una dimensión antropológica esencial sobre la que se fundan todas las sociedades.

Bessin distinguió dos paradigmas de la coordinación temporal que corresponden a dos concepciones de lo social (*Cronos* y *Kairos*) y constituyen además una doble dimensión de la experiencia del tiempo. El *Cronos* es el tiempo lineal, segmentado y calculable, definido por la sucesión de etapas. Es el tiempo objetivable, que se puede medir matemáticamente, tiempo único, oficial, estandarizado. El *Kairos*, en cambio, es la dimensión cualitativa del tiempo. El *Kairos* sugiere multiplicidad, simultaneidad, oportunidad, momento adecuado en el que se producen escogencias. Es el tiempo del sentido práctico que recuerda la dimensión sistémica, plural y contradictoria de toda actividad humana.

Estas dos dimensiones del tiempo corresponden a concepciones de lo social y a categorías sociológicas: la una tiende a ser taxonomista; la otra, praxeológica. La primera es sustancialista, razona en términos de afiliación de las personas u objetos a categorías de pertenencia y funciona por inferencia. Desde este

enfoque, las trayectorias vitales y las temporalidades individuales que jalonan el ciclo de vida son caracterizadas como sucesión de estatus a los que corresponden roles esperados y prescritos. El segundo enfoque es más constructivista y relacional. Es el campo de la “rítmica social”: no se trata de saber cómo es pensado o representado el tiempo, sino de entender su estructuración en la acción. Se trata de captar el “sentido práctico de la edad”. Dichas concepciones de lo social se relacionan con dos grandes modelos de regulación que remiten a su vez al antagonismo clásico en las teorías de la socialización entre estructura e interacción. Todas las instancias de regulación social incluyen la función de modular el tiempo: el sistema escolar es sin duda una de las que tiene mayor impacto sobre los itinerarios vitales. La concepción de la sociología clásica, de tradición durkheimiana, que postula la existencia previa de la sociedad en su unidad, entiende la socialización como interiorización de lo social por parte de los individuos. Esto da cuenta de un “régimen de regulación moderno”, que remite al principio de unicidad y universalidad y se inscribe en el *Cronos* como marco temporal previo y prescriptivo. El régimen de regulación moderno da paso a un modo de regulación posmoderno plurívoco, pero no abandona el recurso a principios generales válidos para todas las situaciones ni a categorías universales que servirían de referencia a las instituciones. Las normas temporales son construidas por los actores en la situación y en función de esta. Es el registro del *Kairos*.

Aunque el *Cronos* y el *Kairos* están presentes en todos los procesos de sincronización, el movimiento histórico de racionalización y cronologización, correspondiente al advenimiento de la época moderna y de la sociedad industrial, redujo en parte la dimensión *Kairos* de la experiencia del tiempo. Los procesos de racionalización suponen un doble movimiento: una ruptura con el

sentido práctico y una interiorización de esta racionalización en el dominio práctico. Con la industrialización y la construcción de los Estados nacionales, las conductas integraron una disciplina del tiempo correspondiente al régimen de regulación moderno. Las normas temporales, prescriptivas, formales y universales fueron en buena medida interiorizadas. El tiempo de trabajo asalariado se convirtió en el tiempo dominante alrededor del que se definen los otros cuantitativa y cualitativamente:

La institucionalización del trayecto de vida consistió en traducir elementos culturales de ese tiempo industrial en normas de edad que se nos imponen; la edad se convierte en un criterio de clasificación y de puesta en orden *natural* de la sociedad (Bessin, 1997, p. 31).

Las mutaciones sociales y económicas de las últimas décadas, que afectaron las esferas de la familia y el trabajo asalariado, y la individualización de las escogencias íntimas y familiares que las acompañan cuestionan la “cultura temporal industrial del *Cronos*”. Las incertidumbres ligadas a las transformaciones sociales favorecen una relación más flexible con el tiempo, generan trayectorias individuales que deben reajustarse sin cesar y hacen menos nítida la separación de las etapas de la vida.

La flexibilidad del tiempo obliga a reflexionar sobre los nuevos modos de regulación de los calendarios biográficos y a abandonar una perspectiva de la socialización concebida solo como construcción de un sujeto adulto. Bessin señala la necesidad de ir más allá de la constatación de una desinstitucionalización del curso de la vida para entender las mutaciones que están afectando “la institución biográfica”.

Los modos de transición a la edad adulta

La construcción de itinerarios vitales se enfrenta a la gestión de una pluralidad de tiempos sociales. Los actores tienden a participar más en la negociación de las normas temporales, pero las tendencias de esta flexibilización no conciernen de igual modo a todas las clases sociales. Una parte importante de la población permanece en el marco de desarrollos rígidos y cerrados en su trayectoria vital. Mientras los más frágiles padecen en general esas mutaciones, que aumentan su vulnerabilidad, los más favorecidos se benefician con el debilitamiento de las coerciones temporales y experimentan una mayor libertad y control sobre el tiempo.

Una de las manifestaciones de esta desinstitucionalización del curso vital es el debilitamiento de los ritos de paso que marcaban el cambio de una etapa de la vida a otra (Bessin, 2002). Los eventos que definían el paso de la infancia a la edad adulta, como el ingreso al mercado de trabajo, la autonomía residencial o el matrimonio, ya no se concentran en un tiempo corto. La forma lineal del proceso es reemplazada por la flexibilidad temporal caracterizada por la incertidumbre, la inestabilidad y la precariedad de las situaciones y compromisos. Al desmoronarse la sociedad asalariada, cuyos soportes sociales daban al individuo la seguridad de una protección y autonomía crecientes con la edad, las personas viven una incertidumbre generalizada sin que ello signifique la homogenización de las condiciones de acceso a la autonomía. Al contrario, las desigualdades sociales han aumentado y es posible distinguir, a la manera de Castel (1997 [1995]), *individuos por defecto* (los que quedaron por fuera de la protección y regulaciones de la sociedad asalariada) e *individuos por exceso* (desligados de lo social, cansados de ser ellos mismos). Esto repercute

sobre las formas de acceso a la edad adulta y al mundo del trabajo. La integración social ya no está asegurada y las y los jóvenes se instalan en una moratoria cada vez más prolongada que no los preserva de la precariedad y el desempleo. Aun aquellos que pueden continuar sus estudios se ven afectados y no siguen trayectorias lineales. Las trayectorias juveniles no se prestan a una lectura en términos de sucesión de etapas.

Bozon (2002) se interesa por las “primeras veces”, momentos que señalan pequeños cambios en la trayectoria de los jóvenes, y las compara con los antiguos ritos de paso. Los ritos formales (primera comunión, servicio militar o matrimonio), que tenían un valor de iniciación a la sociedad y al funcionamiento social, cedieron su lugar a una forma de transición muy distinta, más progresiva, basada en procedimientos informales, eventualmente reversibles.

Los ritos de paso caracterizan sociedades o segmentos sociales poco móviles, en los que los sujetos tienen pocas alternativas. Una sociedad en la que el acceso a la edad adulta está regulado por ritos de paso es una sociedad con poca movilidad, en la que la dominación material y simbólica de las generaciones adultas es clara y sin cuestionamiento, y en la que la dominación masculina deja poco lugar para la autonomía de las mujeres.

La juventud como periodo de transición durante el que toma forma la definición social del individuo presenta un alargamiento desde los años sesenta, cuando se amplió el acceso a la condición juvenil a distintas capas sociales.

Al tiempo que el periodo de paso a la edad adulta se alarga, las etapas de transición se multiplican, desincronizan y generan la desestandarización de las trayectorias juveniles. La transición juvenil ya no está estructurada por formas ritualizadas, sino que se organiza mediante procedimientos uniformes y administrativos, siguiendo el modelo de las trayectorias escolares.

Los numerosos ritos que puntean el trayecto hacia la edad adulta solo anuncian evoluciones parciales, reversibles, al contrario de los ritos de paso, que señalaban una conversión completa. La decadencia de los ritos de paso es el efecto de transformaciones más generales de las relaciones sociales. En las sociedades occidentales tienen que ver con un nuevo equilibrio de las relaciones entre generaciones, al disminuir el valor social acordado a la edad madura al tiempo que se valoriza un ideal de la juventud y se devalúan o vuelven obsoletas numerosas profesiones ejercidas por los padres. Los valores de la experiencia y el saber hacer de la madurez pierden valor mientras se desarrolla una retórica de la movilidad, de las capacidades de innovación y de la adaptación de la juventud. En la familia, cede el principio de autoridad y obediencia al padre, retrocede el control masculino sobre las mujeres y se amplían las zonas de autonomía femenina.

El fenómeno más importante, dice Bozon, es la masificación escolar, que convierte a toda una población adolescente en alumnos o estudiantes, identificados por los años o niveles escolares que cursan. El marco escolar produce la uniformización y la progresividad en las transiciones sin ritos muy marcados (“los ritmos dominan los ritos”).

La desincronización de las etapas de ingreso a la edad adulta hace que muchas etapas de maduración social sean superadas más rápido que otras: por ejemplo, la autonomía íntima o privada se obtiene antes que la independencia material. De esta manera, surge un periodo de latencia social, profesional, sexual y familiar. Por ello, la juventud es vista como una moratoria durante la cual las coordenadas sociales de los jóvenes quedarían en suspenso, esto es, serían relativamente indeterminadas. La primera relación sexual, el primer alojamiento independiente y otras pequeñas iniciaciones se convierten en múltiples ritos. Pero

estos nuevos ritos de juventud no inauguran la verdadera madurez social ni el ingreso a una fase de experimentación fecunda, sino periodos de latencia, de experimentación sin responsabilidad, de libertad controlada. Las y los jóvenes mantienen el estatus de individuo en transición, que ilustra lo que para Bozon constituye la ambigüedad contemporánea de la juventud, que no se vive como una construcción o progresión, sino como una disposición a adquirir atributos y a tener experiencias que, de manera fragmentada, con múltiples marchas hacia atrás, conducen hacia un objetivo cada vez más inasible. Esta etapa de vida difiere según las clases sociales y los sexos: solo en las clases medias y superiores una parte de los jóvenes conoce libertad experimental y autonomía residencial sin riesgos. La autonomía privada de las mujeres sigue siendo menos respetada que la de los varones, lo que explica que ellas sigan abandonando más temprano el domicilio paterno.

La condición estudiantil

Como vimos, la construcción social de la juventud como etapa de transición a la vida adulta o como moratoria social está estrechamente ligada a la expansión de la institución escolar. En los países industrializados, en los que la educación superior se ha masificado, la “condición juvenil” tiende a definirse a partir de la “condición estudiantil”. La experiencia e identidad juvenil de las y los jóvenes que acceden a la universidad está dominada por las especificidades de su experiencia y modos de vida como estudiantes. Si bien en la obra pionera de la sociología francesa en el estudio de la juventud universitaria, *Les Héritiers*, Bourdieu y Passeron (1964) descartaron la idea de pensar a los estudiantes universitarios como un grupo social definido por una identidad

e intereses comunes, su trabajo sirvió de punto de partida para el desarrollo de una verdadera sociología de los estudiantes, que se ha encargado de poner en evidencia la existencia de una condición estudiantil compartida por los estudiantes universitarios que no es homogénea y está atravesada por diferencias de clase, género, edad, culturas académicas e institucionales, etc.

Georges Felouzis (2001) propuso una aproximación sugestiva a la condición estudiantil en el contexto de la crisis que vivió la universidad francesa en los años noventa debido a la masificación del primer ciclo universitario, al que accede un porcentaje muy alto de bachilleres. La crisis de la universidad francesa estuvo ligada al proceso de democratización, que, como bien lo señala Felouzis, no significó que el acceso a la universidad se haya vuelto igual para todos, sino que el público universitario se diversificara.

La masificación de la universidad evoca un aumento demográfico y un lento proceso de ingreso de la cultura de masas en una institución más bien reservada a la élite social e intelectual hasta la década de los sesenta. Felouzis hizo un seguimiento a cincuenta estudiantes de primer ciclo para entender cómo se produce su adaptación a la sociedad universitaria, partiendo de la idea de que la universidad es una institución débil que no propone a los estudiantes verdaderos objetivos colectivos ni medios para alcanzarlos. El primer ciclo universitario opera como etapa de transición entre la enseñanza media y la universitaria. Durante el bachillerato, los jóvenes fueron definidos por su trayecto escolar, tanto en su aprendizaje como en la visión de sí mismos, pero en la universidad descubren un mundo en el que las metas nunca están claramente establecidas y los medios para lograrlo se dejan a la libre escogencia de cada uno.

Las relaciones con los profesores son imprecisas e inciertas, y algo similar ocurre con los compañeros: nadie depende de nadie.

Las y los estudiantes tienen rápidamente la impresión de que el desarrollo de los cursos no depende en absoluto de su cooperación y que un lazo muy débil los une a los otros y a la universidad. Ninguna norma les es impuesta: los valores universitarios parecen ser el *laissez-faire* y cada uno para sí.

La universidad se presenta como una institución débil porque los individuos se socializan “por defecto”, “a pesar” de la institución. Las y los estudiantes experimentan dudas e incertidumbres enormes que no se relacionan con su futuro laboral. Durante el primer ciclo se produce un desencanto y una toma de distancia con respecto a la universidad. Felouzis afirma que en la universidad, más que un proceso de socialización, tiene lugar un proceso de individuación. Los estudiantes se ven forzados a convertirse en los actores principales de su itinerario de aprendizaje, desarrollan nuevas formas de ser ellos mismos y definen sus escogencias a partir de sus recursos propios. Para ello, despliegan una imaginación práctica, una capacidad de innovar para responder a los problemas que les plantea el sistema. Como la mayoría no cuenta con los recursos necesarios para una acción racional con arreglo a fines, sus respuestas corresponden a una racionalidad práctica que Felouzis define como acción táctica, inspirado en Shafir y Tversky (1998). Esto significa que los y las estudiantes ponen en marcha una inteligencia práctica, pero no estrategias racionales:

La táctica se impone sobre la estrategia en la medida en que se trata de resolver concretamente problemas prácticos, perseguir metas múltiples, imprecisas y estrechamente dependientes de los acontecimientos (Felouzis, 2001, p. 34).

La acción táctica se ejerce en situaciones indeterminadas, con gran incertidumbre, y se construye en función de los medios y

no de los fines. Al contrario de la acción racional, el cálculo se centra en los medios: ¿cuáles escoger cuando ninguno está definido colectiva ni institucionalmente? La táctica se construye a partir de las situaciones particulares de cada uno e incluye sentimientos, afectos, improvisación, miedo de fracasar o temor a equivocarse. Es una acción preestratégica, en el sentido de que los actores trabajan para construir objetivos y conciben medios para alcanzarlos. La acción táctica crea, a partir de una situación de indeterminación, las condiciones para una acción estratégica. La ingeniosidad de la acción táctica se aplica, por lo tanto, a la escogencia de los medios para resolver un problema práctico en una situación de indeterminación en la que ningún objetivo ha sido definido. Para un estudiante, se trata de pasar una materia para que no lo eliminen, más que de formarse en el “espíritu jurídico”, por ejemplo. Su acción se organiza en torno a la selectividad de su carrera y a las situaciones que esta crea.

Los estudiantes movilizan estrategias de distinto tipo. Una de ellas es la “táctica de elección”, que consiste en abandonar un módulo o materia porque no están seguros de pasar, y guardar así tiempo y energía para otros más favorables. Otra es la “táctica de la apertura”, que busca dejar lo más abiertas posible las escogencias futuras. También está la “táctica del sacrificio”, de acuerdo con la cual las y los estudiantes distribuyen el esfuerzo entre las dos sesiones de examen final previstas en el sistema francés, no revisando sino algunos módulos en la primera sesión, o la “táctica de compensación”, más clásica, mediante la cual se trata de intentar ganar en los márgenes, compensando notas entre materias. La acción estratégica y racional también existe en el medio universitario, pero se da con mayor frecuencia después del primer ciclo.

Para los y las jóvenes entrevistados por Felouzis, el choque inicial con la realidad fue un punto común, una situación vivida

por todos al ingresar a la universidad. La imagen de la universidad estaba muy devaluada y muchos intentaron evitar el primer ciclo e ingresar al segmento prestigioso del sistema de educación superior francés: la educación cerrada de las escuelas preparatorias para las grandes escuelas o los institutos tecnológicos universitarios. La orientación en primer ciclo no es vivida por los estudiantes como una escogencia importante y definitiva, sino como una continuidad lógica del colegio. Sus expectativas hacia la universidad son similares a las que tenían hacia el colegio: esperaban que esta les proporcionara los medios para identificar los objetivos y el camino a seguir. Pero rápidamente se encuentran con algo muy distinto y experimentan una sensación de abandono: tienen la impresión de no existir ni para los profesores ni para la universidad. Además, las relaciones con los otros estudiantes son débiles, marcadas por el anonimato y el individualismo. De esta manera, las relaciones progresan con dificultad y son percibidas como superficiales:

La condición estudiantil puede verse como una paradoja. A la indeterminación de los objetivos y los medios se le añade la *obligación moral* de triunfar. En otras palabras, nada está realmente definido, pero cada uno siente que un fracaso, o aun las premisas de un fracaso, solo pueden devolverse a sí mismo y a su propia responsabilidad. [...] La idea de una condición estudiantil no significa que los individuos sean *pasivos* y que sufran simplemente su condición sin reaccionar. Todo lo contrario, a partir de su condición, desarrollan formas de acción, tanto desde el punto de vista de su reflexividad como de su práctica concreta (Felouzis, 2001, p. 74).

No obstante, la universidad sigue siendo un espacio normativo, pues una de sus funciones es diferenciar los/as “buenos/as” y los/as “menos buenos/as”, formar y seleccionar y otorgar diplomas. Esta paradoja juega en contra de los/as estudiantes: la organización es vaga y la institución débil, pero sus funciones no lo son. El mundo de los/as profesores/as es un mundo extraño para los/as estudiantes. Los/as profesores/as son juzgados por sus desempeños individuales y personales. En este sentido, todos/as reconocen una cierta admiración por los/as profesores/as que logran generar adhesión y pasión, pero las manifestaciones de desprecio de los/as profesores/as hacia los/as estudiantes producen resentimiento. Existe un cierto desprecio institucionalizado que los/as estudiantes interpretan como una manera de asustarlos/as o desmotivarlos/as. Ese desprecio genera la ruptura en la relación pedagógica, ya que los/as estudiantes tienen la sensación de ser víctimas de una injusticia, de ser negados/as en su existencia. Así, pues, lo que más afecta a los/as estudiantes es la evaluación de su trabajo.

Los/as estudiantes enfrentan esta realidad con tácticas que les permiten poco a poco personalizar sus objetivos y transformar las obligaciones funcionales de la universidad en metas personales. Para estudiar es necesario que los estudios tengan un sentido. Muchos/as estudiantes aceptan reducir ese sentido a las obligaciones funcionales de los exámenes y persuadirse de que eso es bueno para ellos/as. Otros/as deciden abandonar los estudios, cambiar de carrera o institución. En algunos casos, la repetición de materias favorece procesos de ajuste sobre sí mismos/as que les van dando la capacidad de administrar la libertad.

El éxito construye recorridos subjetivos, evoluciones personales con fuertes contrastes entre una carrera y otra, pero en todas tiene lugar un reajuste progresivo de sí:

La identidad estudiantil no es solo una *condición*. También es acción. Acción sobre sí y acción sobre el mundo, se ejerce inicialmente en un marco vago en el cual domina la incertidumbre, la duda y la indeterminación. Confrontados con un mundo de *exigencias sin coacciones*, los estudiantes descubren que las reglas del juego escolar cambiaron sin que ninguna otra regla sea explícitamente formulada. El descubrimiento de esa condición es entonces la de la necesidad de crear en sí y para sí las metas de su acción y los medios para alcanzarlas. [...] El *mundo objetivo* al cual se ven confrontados tiene la particularidad de ser incierto y de no proponer ninguna verdadera norma de comportamiento en términos del trabajo que deben hacer o de los *valores* que deben realizar. En esas condiciones, su sentimiento es de abandono. Y el conjunto de los procesos e itinerarios descritos pueden ser concebidos como respuestas a esta situación de abandono, incluso en los itinerarios exitosos cuyas consecuencias remiten siempre a un reajuste personal en función de una situación particular, ya tome la forma de una distanciamiento, de una afiliación o de una adaptación (Felouzis, 2001, p. 144).

Carreras estudiantiles... ¿hacia la emancipación?

Valérie Erlich (1998) abordó la condición estudiantil desde una perspectiva diferente a la de Felouzis, pero teniendo siempre como marco las transformaciones del público universitario francés en la década de los noventa.

Erlich se interesó por los modos de vida de las y los estudiantes universitarios, considerando sus múltiples pertenencias y estatus social (profesionales, escolares, residenciales, familiares y

matrimoniales). Si bien ya no existe una condición estudiantil tradicional, propia de la élite social y escolar fuertemente seleccionada y minoritaria, cuyo futuro estaba asegurado, los/as estudiantes conservan suficientes cosas en común: comparten el tiempo de sus estudios, un modo de vida y condiciones de existencia que los/as oponen a los/as no estudiantes de su misma edad.

Para Erlich, los/as estudiantes constituyen una categoría compleja que reúne individuos de diversos orígenes sociales, culturales y escolares, cuyos modos de vida se han diversificado y fragmentado durante los últimos años. La diversidad de la condición estudiantil tiene que ver con las opciones profesionales, el tipo de establecimiento y la ubicación de las universidades. La masificación de la universidad francesa se manifiesta en el incremento de la tasa de ingreso a la universidad entre 1983 y 1994, que pasó del 95 % al 99 % entre los/as estudiantes con bachillerato académico, del 58 % al 78 % entre los/as bachilleres técnicos y se ubicó en el 30 % para una modalidad relativamente reciente de bachillerato, el bachillerato profesional, orientado a preparar para el ingreso directo al mercado de trabajo. Estos dos últimos tipos de bachilleres son los que conforman los nuevos públicos universitarios y representan la cuarta parte de la población estudiantil (casi la mitad en los primeros ciclos).

Las mujeres representan el 57 % de los nuevos estudiantes. Los cambios en las orientaciones de los bachilleres hacia estudios universitarios prolongados modificaron el reclutamiento en las distintas disciplinas. Si bien el aumento del número de jóvenes diplomados/as redundó en la devaluación de algunos diplomas escolares, especialmente los más modestos, las personas con titulaciones universitarias siguen siendo las menos afectadas por la crisis y el desempleo.

Apoyada en una encuesta a tres mil estudiantes y en entrevistas a sesenta y siete estudiantes de la región de los Alpes Marítimos, Erlich estudió los procesos de socialización estudiantil y de adquisición progresiva de autonomía a lo largo de sus estudios. En relación con los estudios, se hizo evidente la búsqueda de realizar estudios prolongados con motivaciones relacionadas con distintos tipos de proyecto. Puede tratarse de un proyecto profesional que permita conseguir un buen empleo, de un proyecto intelectual definido por el interés por el contenido de los estudios o de un proyecto social motivado por el prestigio de la profesión o la formación. También existen proyectos escolares no afirmados como tales que buscan simplemente obtener un diploma y un capital escolar.

Al igual que Felouzis, Erlich destacó la dificultad manifestada por las y los estudiantes para adaptarse al ritmo y exigencias del sistema universitario y su insatisfacción con las relaciones y la comunicación entre estudiantes, con algunas diferencias de género: las jóvenes se quejaban de la organización, y los muchachos, de los contenidos. Los/as estudiantes de las facultades criticaban más a sus profesores/as, pues se sentían mal dirigidos y poco motivados.

Erlich observó dificultades al comienzo y al final de la carrera. El primer ciclo es el período de adaptación a la vida estudiantil. Una vez se entienden las reglas, las y los jóvenes se convierten en “verdaderos/as estudiantes” y empiezan a criticar la institución. Los grupos sociales superiores son los mejor integrados al sistema escolar. La autora distingue tres grupos: los/as hijos/as de empleados/as y de clases medias, que critican sobre todo los servicios (información, restaurante, biblioteca y administración) y tienen más dificultades pedagógicas; los/as hijos/as de obreros/as y agricultores/as, que tienen problemas de adaptación general (vida

estudiantil y tiempo libre, falta de sociabilidad y comunicación), y los/as hijos/as de categorías superiores, mejor integrados/as, que se encuentran alejados/as de este tipo de problemas.

Erlich diferenció cuatro tipos de relación con los estudios, de acuerdo con la etapa del ciclo universitario y la formación. En primer lugar, los/as estudiantes de los primeros ciclos universitarios en derecho, letras y ciencias experimentan poca coerción escolar, no tienen un marco integrador, y en ellos/as domina el individualismo y la distancia con los/as profesores/as. La ruptura con los métodos de enseñanza secundaria representa una prueba más o menos difícil. Las mujeres y los jóvenes de origen popular expresan dificultades en cuanto a sociabilidad y comunicación. Los/as estudiantes de segundo ciclo universitario están más adaptados/as, tienen relaciones con otros/as estudiantes y con profesores/as, y critican los contenidos y mecanismos institucionales. Esto es el resultado de un proceso de adaptación: el/la estudiante debe volverse miembro de la institución universitaria, aprendiendo el oficio de estudiante y superando positivamente su iniciación. Una vez que adquiere las normas y valores de la institución, queda doblemente afiliado, institucional e intelectualmente. Los/as estudiantes de formaciones selectivas profesionalizantes tienen horarios recargados y expresan dificultad para conciliar los estudios y la vida personal. Se desenvuelven en un marco de trabajo integrador y con espíritu comunitario. Finalmente, los/as estudiantes de medicina comparten el recargo del tiempo y ritmo de trabajo de los anteriores, pero prima el espíritu individualista, debido a los concursos de primer año. En este sentido, hay un débil sentimiento de integración con el lugar de estudio.

En cuanto a las condiciones de vida y las modalidades de ingreso a la vida adulta, Erlich descubrió con sorpresa la fuerte

dependencia familiar de los y las estudiantes: 79 % de los/as estudiantes son solteros/as y el 55 % viven con sus padres/madres. El 12 % están en unión libre, y el 4 % son casados/as.

Las familias representan un apoyo a lo largo de los estudios, aun cuando los/as jóvenes han abandonado el domicilio materno/paterno. Sus condiciones de vida están determinadas por las relaciones e intercambios con la familia de origen. Esta no solo brinda apoyo económico, sino también doméstico, escolar y moral, por lo que constituye un amortiguador, un “salvavidas protector” para los/as jóvenes.

Las mujeres son tan dependientes del domicilio familiar como los muchachos. Entre la convivencia con los padres/madres y la formación de una pareja hay una serie de estados intermedios. El trabajo remunerado ocupa un lugar importante en las experiencias juveniles, sea cual sea su origen social. El primer empleo antecede a la terminación de la escolaridad y el trabajo durante las vacaciones concierne a más de la mitad de las y los jóvenes, mientras que el 40 % trabaja todo el año. El trabajo remunerado aumenta con la edad. A partir de los 24 años los/as estudiantes empiezan a trabajar de forma permanente. El comportamiento de las mujeres no se diferencia mucho del de los muchachos. La gran diferencia en el trabajo estudiantil tiene que ver con la regularidad de las actividades, entre los que buscan remuneración “de verdad” y los que buscan un complemento financiero. Los empleos estudiantiles son atípicos: son trabajos de fin de semana, empleos asalariados de estudiantes o empleos asalariados temporales. Salvo para los/as estudiantes de formaciones en salud o deporte, cuyos empleos están relacionados con sus estudios, para los otros el trabajo remunerado no tiene nada que ver con su carrera. Los/as jóvenes buscan más una experiencia de vida activa que un entrenamiento profesional. El trabajo representa también

un compromiso moral con los padres/las madres, una participación en la financiación de los estudios.

La experiencia estudiantil se caracteriza por ser el tiempo de las relaciones de amistad. Los/as estudiantes frecuentan sobre todo a otros/as estudiantes, en general de la misma carrera. Las relaciones de sociabilidad amistosa se tejen en torno al núcleo estudiantil. Muy pocos/as estudiantes mezclan sus relaciones de la universidad con sus amigos/as de infancia o su pareja. Las mujeres diversifican más sus relaciones que los hombres. La vida de las y los estudiantes sigue muy ligada a distracciones y salidas. En este sentido, es la etapa de la vida en que las salidas son más frecuentes. El ocio alcanza en los/as estudiantes cerca de 15,6 horas promedio por semana, más que el tiempo dedicado a estudiar en casa o en la biblioteca. Los/as estudiantes salen entre semana, los viernes y sábados, a fiestas, cines y restaurantes. Las salidas nocturnas preferidas son a discotecas. Se observan diferencias de intensidad en las salidas de los/as estudiantes y diferencias de género: las salidas de los varones son más extrovertidas, mientras que las de las niñas son más cultas (cine, música o teatro).

El estatus social estudiantil se distingue claramente por su disponibilidad temporal. La jornada típica estudiantil no diferencia mucho entre semana y fin de semana. Aunque la condición estudiantil se caracteriza por la gran disponibilidad de tiempo, comparada con la de los activos, existen grandes disparidades entre estudiantes de acuerdo con la formación seguida.

Erlich llegó a la conclusión de que la vida estudiantil corresponde a un proceso de emancipación y autonomización, de independencia y establecimiento, que se va dando a través de las situaciones familiares, financieras, profesionales y sociales de los estudiantes. Además del origen social, existen factores importantes en la diferenciación de los estilos de vida de los/as jóvenes y su

manera de insertarse en la universidad. El género divide particularmente las prácticas escolares, culturales y recreativas. El tipo de estudios define condiciones de trabajo, tiempo libre y grados de integración social que inciden en estos procesos. La edad y la posición en el ciclo de vida y estudios son muy significativos y permiten entender numerosos aspectos de los modos de vida de los estudiantes. Erlich identificó acontecimientos claves que constituyen etapas de la emancipación familiar residencial, profesional y financiera, como la salida del domicilio familiar, la instalación progresiva en una vivienda independiente, la vida de pareja o la entrada en la vida profesional. La autora propone algunos perfiles típicos de carrera, ligados a las etapas de la vida estudiantil. El tipo juvenil corresponde a estudiantes aprendices, jóvenes que viven en familia y se encuentran en un proceso de adaptación moldeado por la experiencia escolar, la familia y el medio local que dominan sobre las normas y valores estudiantiles. Estos/as jóvenes tienen dificultades de sociabilidad y comunicación en la universidad y dependen económicamente de los padres. El/la estudiante aprendiz se caracteriza por un modo de vida estudiantil juvenil poco afirmado que se parece mucho al del colegial. El tipo de transición concierne a estudiantes en edades intermedias, entre 20 y 24 años, que viven en residencias universitarias, comparten apartamentos con amigos/as y viven independientes o en pareja. Son estudiantes en sentido pleno, que llevan una vida más autónoma con respecto a sus padres, pero su presupuesto todavía depende mucho de la ayuda familiar (o del Estado). Trabajan durante el año en empleos para estudiantes. Finalmente, está el tipo cultivado, que corresponde a estudiantes con más de 24 años que viven independientes o en pareja. Trabajan y reciben mayores ingresos, pero todavía es importante la ayuda de sus padres. La sociabilidad de pareja aumenta y disminuye la sociabilidad juvenil y

las salidas a bares y discotecas. En estos casos la carrera estudiantil es progresiva y marcada por etapas de autonomización.

Desigualdades de género en la transición juvenil y la condición estudiantil

Françoise Battagliola (2001) se interesa por las diferencias de género en la inserción en la edad adulta. Battagliola parte de la definición de la juventud como periodo de la vida marcado por una doble transición: del final de la escolaridad al mercado de trabajo y de la salida del domicilio familiar a la formación de una pareja o familia. La aprehensión de la secuencia biográfica de transición a la edad adulta supone poner en relación las temporalidades de los distintos itinerarios, las posiciones y los estatus ocupados simultánea o sucesivamente en los diferentes campos (escolar, familiar o laboral).

En Francia, como en la mayoría de los países, la prolongación de la escolaridad y la postergación del ingreso a la vida profesional constituyen hechos importantes de la segunda mitad del siglo xx. La entrada en la vida activa se hace más tarde, se vuelve más difícil y no ocurre inmediatamente después de la salida de la escuela. Las mujeres jóvenes tienen mayor dificultad que los varones para conseguir un primer empleo, a pesar de que las diferencias en los calendarios escolares y laborales de mujeres y hombres no son muy grandes. Algo similar ocurre en Colombia, donde el desempleo de mujeres jóvenes es el más alto y las diferencias de género en cuanto a escolaridad se han reducido en el marco de grandes desigualdades sociales.

Battagliola encontró que las grandes diferencias entre los sexos se dan en la constitución de la esfera privada autónoma. Aunque los acontecimientos de la vida privada ocurren más tarde que antes, las niñas siguen siendo más precoces que los varones. El

calendario para el nacimiento del primer hijo es el que más diferencias presenta, con una distancia de tres a cuatro años entre hombres y mujeres. Esto significa que la fase de inserción en el mundo adulto es menos larga para las niñas, es decir, que disfrutan de una juventud más corta. Esto ocurre en un contexto en el que los umbrales identificados han sido sustituidos por transiciones no ritualizadas, con fronteras más fluidas.

El proceso de salida de las niñas de la casa paterna y la conformación de una esfera privada independiente ya no se definen por el matrimonio, sino que toman la forma de itinerarios individualizados hechos de ensayos y errores en los que puede haber salidas y retornos a la familia de origen.

La edad para la autonomía residencial varía mucho. Aunque la edad promedio es de 20,8 años para hombres y mujeres, si solo se mide el acceso a un alojamiento independiente pagado por el o la joven, su cónyuge o la empresa, las edades promedio pasan a ser 21,9 para las mujeres y 23,9 para los hombres. Las y los estudiantes universitarios son los/as únicos/as que gozan de la combinación de un alojamiento independiente y la ayuda de los padres/madres. En este caso, las mujeres reciben más ayuda económica que los varones.

La vida de pareja no empieza con el matrimonio ni con la vida en común. La salida del domicilio paterno/materno y la instalación en pareja implica negociaciones con la familia. Claramente, las salidas de las mujeres son mucho más controladas que las de los muchachos. Los padres abordan de manera distinta la sexualidad de hijas e hijos. Algunos de los nuevos pequeños ritos de transición, como la obtención del pase de conducción, ocurren más tardíamente para las niñas. Las restricciones mayores de los padres a la independencia de las hijas van acompañadas de una menor implicación en su desarrollo escolar.

A pesar del ingreso masivo de las mujeres al mercado laboral, la vida en pareja y la maternidad antes de tener un empleo estable señalan grandes diferencias entre los sexos. En la generación nacida entre 1963 y 1967, el número de mujeres que constituyó una pareja antes de tener un empleo es tres veces más alto que el de hombres. Vivir en pareja es, sin embargo, un umbral menos determinante que el nacimiento del primer hijo. La vida en pareja antes de tener un empleo es una tendencia creciente que concierne a mujeres de diverso nivel educativo y a hombres que superaron el nivel del bachillerato. En cambio, tener un hijo antes del primer empleo es una realidad que atañe fundamentalmente a las mujeres con bajo nivel educativo y de origen popular. Una vez insertados/as profesionalmente, hombres y mujeres postergan indefinidamente el nacimiento de un/a hijo/a. La edad de la primera maternidad tiene un efecto más marcado sobre la probabilidad de que una mujer sea inactiva y su influencia es más fuerte que la del diploma y el origen social. Las mujeres de origen popular asocian tempranamente vida en pareja y maternidad, hecho que genera una tasa de inactividad alta.

En la investigación que realicé en 1990 sobre adolescentes de sectores populares de Bogotá (Arango, 1991) señalé que la pobreza, pero sobre todo la capacidad de las familias para implementar un proyecto consistente de escolarización secundaria de los hijos, determinaba grandes diferencias en las aspiraciones y oportunidades de los/as adolescentes, claramente diferenciadas por sexo. Cuando las familias no logran superar el umbral que separa una estrategia de supervivencia de una estrategia de movilidad social, con base en un proyecto de escolarización prolongada de los hijos, la maternidad constituye para las mujeres el rito de paso por excelencia hacia la edad adulta. Tradicionalmente, las mujeres en sectores populares no conocen una etapa de la vida semejante a

la adolescencia escolar. Para ellas, la socialización familiar en el trabajo doméstico y/o productivo, la sumisión a la autoridad y muchas veces la violencia y el maltrato masculino de hermanos, padres, padrastros o tíos dan paso sin transición a una adultez definida por la maternidad y las obligaciones que de ella se derivan, dentro de una gama limitada de alternativas de vida.

Al comparar el efecto de la actividad sexual y la procreación en las trayectorias de vida de mujeres y hombres de sectores populares se evidencia la desigualdad de las opciones sociales y se destaca la presencia de un “estatus juvenil popular” reservado a los varones. Para ellos, en efecto, existe un corto periodo de transición entre la infancia y la edad adulta, caracterizado por cierta autonomía para manejar sus ingresos, una mayor movilidad, el libre ejercicio de la sexualidad, la participación en sociabilidades masculinas y una relativa tolerancia social hacia la paternidad irresponsable (Arango, 1991, p. 267).

La expansión de la educación secundaria amplió el acceso al estatus adolescente (etapa previa a un estatus juvenil) para los jóvenes de origen popular, hecho que generó dos tendencias contradictorias. Otorgarle un peso fundamental al futuro como objetivo del proyecto escolar exige algunos sacrificios en el presente: para los varones significa ante todo limitar su autonomía económica y parte de su libertad sexual. Para las jovencitas, en cambio, significa acceder a una nueva dignidad social sobre la base de la construcción de un futuro mejor y de la superación de su destino tradicional. Ello explica la mayor integración de las muchachas en el sistema escolar y su mayor capacidad de aceptar las coerciones y dependencias del “estatus adolescente”.

La búsqueda de superar su condición socioeconómica y su opresión de género conduce a algunas mujeres a enfatizar en extremo el futuro a través del proyecto escolar y a sacrificar el

presente con el aplazamiento indefinido del ejercicio de la sexualidad y la maternidad. Pero la inserción escolar también genera una intensificación del presente, a partir de la sociabilidad de pares y de la diferenciación social de un grupo de edad que tarde o temprano siente la necesidad de afirmarse en su existencia actual. Una identidad adolescente propia se manifiesta en el campo de la sexualidad y las relaciones entre los sexos por la aparición de éticas juveniles que seleccionan e incorporan elementos dentro de la multitud de discursos a su alcance sobre estos temas.

En relación con la condición estudiantil universitaria, Erlich (2001) aborda las diferencias de género y trata de entender las particularidades de la condición estudiantil de las mujeres. Los nuevos públicos universitarios en Francia, sobre todo en los dos primeros ciclos, son mayoritariamente femeninos. En promedio, las niñas tienen hoy un mayor capital escolar que los varones, pero las mujeres siguen siendo las más afectadas por la devaluación de los diplomas escolares y por el desempleo. J. P. Terrail (1992) afirma que la sobreescolarización de las mujeres se produjo a mediados de los años cincuenta como una especie de precio a pagar para mantenerse en el mercado de trabajo. Dadas las desigualdades en el mercado de trabajo, las mujeres tienen aún más interés que los varones en seguir estudios prolongados. Desde mediados de la década de los sesenta, la certificación escolar implica para las niñas y sus familias unas apuestas tan importantes para su futuro que allí encuentran el estímulo para su sobremovilización, que explicaría su resistencia a los fracasos y repitencias.

Las estudiantes se relacionan con los estudios de manera distinta a los varones: son más estudiosas, más organizadas y disciplinadas, usan con mayor frecuencia agenda y horarios y son más asiduas que los estudiantes. Las jóvenes estructuran más la organización de su trabajo, cosa que puede estar relacionada con el

hecho de que las mujeres están en opciones literarias que requieren este tipo de trabajo. Al parecer, las mujeres en la universidad escogen una estrategia de concentración en el trabajo escolar como lo hicieron en la educación primaria y secundaria. Erlich interpreta parcialmente las escogencias de las jóvenes desde la dominación masculina y los *habitus* sexuales que determinan la anticipación del futuro y la imagen de los que les es asequible.

Las niñas estarían condenadas a proyectos profesionales más realistas, anticiparían sus dificultades en el mercado de trabajo y ayudarían de este modo a reproducirlas. Erlich señala que en el plano personal las jóvenes muestran una menor confianza en sí mismas que los varones y subestiman sus resultados y sus competencias. Los motivos con los que justifican su escogencia de carrera difieren entre hombres y mujeres. Mientras ellas buscan un trabajo interesante y estimulante intelectualmente, los varones destacan los atractivos materiales, financieros y organizan su profesión en torno a las nociones de carrera y promoción social. Las mujeres enfatizan las dimensiones altruistas de su formación, prefieren el sector público al privado, valoran la meritocracia, la igualdad de tratamiento y una carrera que pueda armonizarse con la vida familiar.

Frickey y Primon (2002), que se interesan por las diferencias de género en los métodos de estudio, consideran que el enfoque de la reproducción de Bourdieu tiende a subestimar los procesos internos del sistema escolar y a explicar las desigualdades escolares como transmutación de las inequidades sociales.

Al comparar las formas de trabajo de estudiantes de historia, economía y ciencias, Frickey y Primon constataron que si bien para la mayoría de los y las estudiantes estudiar en la universidad significa trabajar en el corto plazo, no planear ni prever, las mujeres parecen un poco mejor organizadas, pues hacen uso de una

agenda, planean las tareas de la semana y respetan los plazos. Al ingresar a la universidad, el nuevo problema que se les plantea a las y los estudiantes es la reconstitución del contexto escolar y del tiempo específico de estudio en otros espacios-tiempos como el universo doméstico y familiar. Al tener como marco el espacio privado, el trabajo personal es más fuerte entre las niñas, que están más dispuestas que los varones a imponerse una disciplina y a renunciar a otras actividades voluntariamente. De todos modos, el trabajo regular es propio de una minoría de estudiantes de ambos sexos. Frickey y Primon señalaron la importancia de considerar los procesos escolares como elemento explicativo de estas diferencias de comportamiento.

La socialización escolar diferenciada no se explica solo por la actualización en el campo escolar de los estereotipos sexuales, sino por la contribución directa de la acción pedagógica a la formación de las identidades sexuales. El currículo oculto en la acción pedagógica contribuye a producir *habitus* escolares sexuales como estructuras duraderas y transferibles que se objetivan en las prácticas de trabajo en la universidad. Confrontadas con un tratamiento desigual y con la dominación masculina en el espacio de clase, las niñas adoptan con frecuencia comportamientos aparentemente hiperconformistas que pueden ser entendidos como estrategias inconscientes de compensación.

Bibliografía

Arango, Luz Gabriela (1991). *Socialización, adolescencia e identidad de género en sectores populares urbanos*. Bogotá: Bogotá, Proyecto Colcultura-Icetex, Programa de Becas Francisco de Paula Santander.

- Battagliola, Françoise (2001). Les modes sexués d'entrée dans la vie. En Blóss, Thierry (dir.), *La dialectique des rapports hommes-femmes* (pp. 177-195). París: PUF.
- Bessin, Marc (1997). Les paradigmes de la synchronisation : le cas des calendriers biographiques. *Informations sur les Sciences Sociales*, 36(1), 15-39.
- Bessin, Marc (2002). Les transformations des rites de la jeunesse. *Agora (Débats/Jeunesses)*, (28), 13-20.
- Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude (1964). *Les Héritiers ; les étudiants et la culture*. París: Les Éditions de Minuit.
- Bozon, Michel (2002). Des rites de passage aux "premières fois", une expérimentation sans fins. *Agora (Débats/ Jeunesses)*, (28), 22-33.
- Castel, Robert (1997 [1995]). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Erlich, Valérie (1998). *Les nouveaux étudiants. Un groupe social en mutation*. París: Armand Colin.
- Felouzis, Georges (2001). *La condition étudiante. Sociologie des étudiants et de l'université*. París: PUF.
- Frickey, Alain y Primon, Jean-Luc (2002). Manières sexuées d'étudier en première année d'université. *Sociétés Contemporaines*, (48), 63-85.
- Reguillo, Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Bogotá: Norma.
- Shafir, Eldar y Tversky, Amos (1998). Penser dans l'incertain. Raisonner et choisir de façon non conséquentialiste. En Jean-Pierre Dupuy y Pierre Livet (dirs.), *Les limites de la rationalité*. París: La Découverte.
- Terrail, Jean-Pierre (1992). Réussite scolaire : la mobilisation des filies. *Sociétés Contemporaines*, (11-12), 53-89.

Parte III.
**El giro conceptual
del cuidado**

**Aperturas analíticas
e investigativas
de la noción de cuidado**

El trabajo de cuidado: ¿servidumbre, profesión o ingeniería emocional?*

El trabajo de cuidado: antecedentes, conceptos

La categoría *trabajo*, como todas las categorías de las ciencias sociales, tiene un carácter histórico. Su significado ha sido construido y transformado a lo largo del tiempo, ligado a las relaciones de lucha y poder entre distintos grupos sociales. Su definición “clásica” en la sociología del trabajo está asociada a la díada *capital/trabajo asalariado* (De la Garza, 2011), concepto típico-ideal que correspondió a una forma particular de trabajo erigida en norma universal por economistas, sociólogos e historiadores de la clase obrera. El concepto de *trabajo* ligado a la producción material y a las relaciones asalariadas ha recibido críticas desde diversos horizontes, al revelar su incapacidad para dar cuenta de las experiencias de numerosas personas, mujeres y hombres, en distintas latitudes.

Una de las fuentes más importantes en la crítica al concepto clásico de trabajo proviene del feminismo, que señaló el carácter androcéntrico de las categorías *trabajo* y *trabajador*, y reveló cómo una experiencia masculina específica fue convertida en

* Publicado en Luz Gabriela Arango y Pascale Molinier, *El trabajo y la ética del cuidado*, Medellín, La Carreta Social, 2011.

norma universal, lo cual desconoció e invisibilizó otras formas de trabajo, tanto de las mujeres como de otros grupos sociales. Esto tuvo como consecuencia que el trabajo de las mujeres y las mujeres como trabajadoras fueran clasificadas como no calificadas, imperfectas o problemáticas (Scott, 1993). Scott nos recuerda el carácter histórico y cambiante de la división sexual del trabajo y el modo complejo en que un conjunto de discursos, prácticas e intereses lograron objetivar, en los cuerpos, las ideas y las instituciones, concepciones del trabajo, los sexos, lo masculino y lo femenino que llegamos a considerar naturales y evidentes.

Varias décadas después de las primeras críticas feministas a esta categoría, la sociología del trabajo reconoce de manera creciente la necesidad de reconceptualizar el trabajo para incluir dimensiones culturales y subjetivas, aspectos como el trabajo inmaterial, el trabajo emocional, y redefinir los actores del proceso (De la Garza, 2011). Las modificaciones en el mundo del trabajo, particularmente la tercerización de las economías, la expansión de los servicios, el retroceso del trabajo industrial y el incremento sostenido del trabajo de las mujeres en el mercado han obligado a la sociología a replantear muchas de sus formulaciones, pero esto se hace frecuentemente desconociendo el aporte de la crítica feminista.

El *trabajo de cuidado* es una de las categorías que la crítica feminista ha producido en su esfuerzo por construir herramientas conceptuales adecuadas para entender las particularidades de una buena proporción del trabajo que realizan las mujeres. Esta categoría, cuya definición y alcances teóricos están en discusión, se ubica en la actualidad en la confluencia de varias corrientes. Por una parte, tenemos la tradición del pensamiento producido desde las ciencias sociales y la economía, enraizado en el concepto de *división sexual del trabajo*, en la que pueden identificarse tres grandes vertientes.

En primer lugar, las teorías sociológicas y antropológicas sobre la división sexual del trabajo, con debates sobre sus variaciones en sociedades no capitalistas, su carácter cultural y variable (Comas d'Argemir, 1995); las propuestas sociológicas materialistas en torno al modo de producción doméstico (Delphy, 2001) y la apropiación material de la individualidad corporal de las mujeres (Guillaumin, 1992); la ideología de la domesticidad y la naturalización del trabajo doméstico en la economía política (Scott, 1988). Numerosas investigaciones estudiaron la explotación del trabajo doméstico y reproductivo de las mujeres y las consecuencias de la división sexual del trabajo en su vinculación subordinada y desventajosa al mercado laboral.

En segundo lugar, tenemos la crítica feminista a la teoría económica, que derivó en el concepto de *economía del cuidado*, anclado en la discusión sobre las relaciones entre producción y reproducción. La economía del cuidado busca hacer visible y diferenciar de la economía de mercado un conjunto de trabajos y servicios no remunerados entre los cuales el trabajo doméstico de las mujeres ocupa un lugar importante (Campillo, 1998).

En tercer lugar, cabe destacar los desarrollos más recientes de las teorías sobre las intersecciones de género, clase, raza, etnia y sexualidad, impulsados por nuevas corrientes feministas como el *black feminism* o el feminismo tercermundista, que critican y complejizan la idea de *división sexual del trabajo*, poniendo en evidencia las relaciones de explotación del trabajo entre mujeres, la naturalización de la servidumbre de mujeres racializadas, tanto en el contexto específico latinoamericano como en la división internacional del trabajo de cuidado y las migraciones que la acompañan.

Una segunda tradición de pensamiento feminista ha desarrollado la idea de trabajo de cuidado desde la psicología y la filosofía moral. Podemos distinguir al menos dos vertientes.

La primera es la teoría de la ética del cuidado (“care”) que surge de los trabajos de Carol Gilligan,¹ categoría que ha sido retomada por las feministas norteamericanas para debatir sobre las características morales y emocionales del trabajo de las mujeres, especialmente del trabajo (remunerado y no remunerado) de cuidado de las personas en diversos ámbitos (crianza, educación básica, salud, asistencia social), cuestionando el punto de vista racionalista, individualista y competitivo del trabajo en el capitalismo y el mercado.

La segunda es el enfoque de la psicodinámica del trabajo (Molinier, 2003), que busca articular varias de las vertientes anteriores, debatiendo con las corrientes feministas norteamericanas en torno a la ética del cuidado para poner el acento en el trabajo, en las relaciones sociales y de poder en que se desenvuelve, en las condiciones materiales y culturales en las que surge y opera una ética del cuidado. Molinier define el trabajo de cuidado como conjunto de actividades que responden a las exigencias propias de las relaciones de dependencia. Para esta autora, cuidar de otro no es solo pensar en el otro, preocuparse intelectual o afectivamente por él, sino ante todo hacer algo, producir un trabajo que contribuye directamente a mantener o preservar la vida del otro (Molinier, 2005). La psicodinámica del trabajo estudia los mecanismos subjetivos que activan las mujeres para defenderse del sufrimiento que este tipo de trabajos puede generar.

Es bueno aclarar que los debates sobre justicia, ética y valores sociales también están presentes en las vertientes más sociológicas y económicas, con discusiones sobre el modelo de desarrollo

1 En particular de su obra *In a different voice* (1982), publicada en español como *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

y sobre la construcción de alternativas de ordenamiento social más justas (Beneria, 2005 [2003]; Fraser, 1997).

El trabajo de cuidado abarca por lo tanto un conjunto muy amplio y diverso de actividades. En esta reflexión propongo algunos lineamientos para abordar y diferenciar las distintas modalidades, experiencias y posiciones de los trabajos de cuidado.

En primer lugar, podemos diferenciar el trabajo de cuidado por las *actividades y tareas*. Podemos distinguir unas tareas más “nobles” que otras, es decir, tareas de mayor prestigio o respetabilidad social, como aquellas actividades que contribuyen a la reproducción de la vida y el bienestar de las personas, ligadas al cuidado directo de seres humanos (salud, educación, asistencia social), y unas tareas menos nobles e incluso “sucias”, relacionadas con el mantenimiento de las condiciones materiales de vida, los objetos y espacios de reproducción social (aseo, limpieza, alimentación).

La oposición entre tareas nobles y sucias se entrecruza con otras oposiciones, entre cuerpo y espíritu, pureza y contaminación, etc. Así, los trabajos de educación de las personas tienen más valor simbólico que los trabajos de cuidado del cuerpo y estos últimos pueden diferenciarse según las partes del cuerpo con las que se entra en contacto y el objetivo de este contacto (estético, curativo, sexual, higiénico), siendo el trabajo sexual estigmatizado en la escala moral de nuestras sociedades.

Podemos diferenciar también el trabajo de cuidado por las *relaciones sociales* en las cuales se enmarca: si se realiza en el ámbito privado de los hogares o en el ámbito público de las empresas privadas o las instituciones del Estado; si se hace en el hogar como parte de las tareas “naturales” de las mujeres o se adelanta en un contexto de relación servil o semiservil, de dependencia personal en el ámbito de relaciones de dominación de clase, raza, etnia,

edad o parentesco; si media un contrato directo entre cliente y cuidador/a o si interviene un tercero (empresa, institución) que controla las condiciones de realización y remuneración del trabajo y establece el compromiso con el cliente.

El trabajo de cuidado se diferencia asimismo por el *carácter remunerado o no* de las actividades. Aquí pueden operar de manera contradictoria una lógica económica y una lógica del don (del *care* propiamente) que puede hacer que la ausencia de reconocimiento monetario incremente el valor moral de ciertas tareas, que se realizarían por altruismo o vocación.

El trabajo de cuidado también se diferencia por las *calificaciones reconocidas* y por lo tanto, por el grado de profesionalismo e institucionalización alcanzados. En las profesiones de cuidado, las mujeres han librado fuertes batallas por el reconocimiento de los saberes y calificaciones propias de sus oficios, los procesos prolongados de aprendizaje y experiencia que requieren. La reducción del tamaño del Estado y la precarización del empleo afectó de manera aguda a estas profesiones y oficios. Las tareas “nobles” como el cuidado de niños son objeto de una retórica que reconoce su importancia social, pero las condiciones reales en que se realiza y los recursos asignados revelan dramáticamente el escaso valor que la sociedad otorga a estas actividades.

Finalmente, el trabajo de cuidado se diferencia por la *posición* que ocupan en el orden social (en términos de género, clase, raza, etnia, edad, sexualidad) tanto la cuidadora o el cuidador como el cliente o paciente. La división social, económica y moral del trabajo de cuidado es inseparable de las jerarquías y relaciones de dominación materiales y simbólicas. Así, algunos estudios han mostrado cómo los hombres en profesiones de cuidado feminizadas obtienen dividendos por su condición masculina (Williams, 1991; Hernández, 2000). El trabajo de cuidado también se

ha insertado en la economía global, y se han añadido así, a las desigualdades de género y a la división sexual e internacional del trabajo, nuevas asimetrías basadas en el origen nacional y en clasificaciones raciales y étnicas.

Las relaciones entre identidad, trabajo y género

En los debates recientes de la sociología del trabajo, la pregunta por la identidad de las y los actores laborales está asociada con el problema de la centralidad del trabajo como referente capaz de proporcionar sentidos subjetivos (individuales o colectivos) de manera estable y duradera. Existe un relativo consenso en rechazar las concepciones esencialistas de la identidad como dato estable de los sujetos y en pensarla como sentido de sí mismo construido reflexiva y narrativamente, que orienta y hace significativas las acciones (Dubar, 1996). La construcción de identidad relaciona a cada agente con distintos ámbitos de interacción y consigo mismo. Es un proceso histórico y situado, cambiante y contradictorio, de autorreconocimiento y legitimación institucional, de apropiación y resignificación de representaciones, valores y normas sociales.

La centralidad del trabajo en la construcción de una identidad y de una cierta seguridad ontológica no ha desaparecido. Se hace evidente negativamente, a través de los efectos subjetivos del desempleo y el trabajo precario (Becaria y López, 1996; Fierro, 2008). En América Latina, las investigaciones de Díaz, Stetcher y Godoy (2006) muestran el surgimiento de nuevos imaginarios laborales que conservan algunas continuidades con las representaciones tradicionales. Se destaca la permanencia de la centralidad del trabajo como referente de la identidad personal, pero también el debilitamiento del trabajo como espacio de construcción

de vínculos sociales y de proyectos colectivos, en un contexto de radicalización del proceso de individualización.

Mi aproximación se sitúa entre el enfoque de la reflexividad del sujeto contemporáneo, individuo forzado a elegir constantemente sus opciones, acciones e identificaciones (Giddens, 1995 [1991]) y la perspectiva constructivista genética de Bourdieu (1979), que pone en evidencia los condicionamientos asociados a distintas posiciones sociales. Las identificaciones posibles están circunscritas social y culturalmente y son inseparables de normas y jerarquías que distribuyen de manera desigual beneficios simbólicos, pero también se producen luchas simbólicas orientadas a invertir o redistribuir el honor de las distintas categorizaciones.

Este carácter múltiple, simultáneo y contradictorio de la construcción de identidades que hoy se reconoce a todos los agentes sociales, ha tenido una expresión particular en el caso de las mujeres. Me refiero a la “doble presencia” en la familia y en el mercado, al doble trabajo (doméstico y remunerado) con sus significados contradictorios, a las negociaciones y tensiones subjetivas que esta experiencia significó y aún significa para numerosas trabajadoras. El feminismo puso en evidencia la dimensión reguladora, normativa y política de las identidades pero también las resistencias que expresan frente al modelo masculino de trabajador. Sin embargo, la doble presencia y la doble identidad no eximen a las mujeres de vivir como “catástrofes” subjetivas la ausencia de un trabajo estable que proporcione referentes identitarios y dignidad social. Para las nuevas generaciones (Guzmán y Mauro, 2004), la identidad de género, y en particular la maternidad, no compensan subjetivamente la incertidumbre ligada al trabajo precario.

En el trabajo de cuidado, el problema de la identidad parte de la confusión entre identidad de género e identidad profesional.

Las construcciones de sentido en estos trabajos se ven atravesadas por los esfuerzos contradictorios por disociar, conciliar o superar estas dos identidades. En esta ponencia propongo tres ejes para abordar las relaciones entre identidad y trabajo de cuidado: la invisibilidad, la servidumbre y la profesionalización. Las dos primeras como condiciones sociales que obstaculizan la construcción de una identidad profesional en el trabajo de cuidado y la tercera como estrategia central para afirmarla. Para ello, me apoyo en una revisión parcial de investigaciones latinoamericanas, francesas y norteamericanas, con el propósito de contribuir al debate transdisciplinario y plantear preguntas para nuevas investigaciones.

La invisibilidad o la identidad negada

La invisibilidad del trabajo de cuidado está estrechamente ligada a la naturalización de estas actividades como propias de las mujeres, pero más que de un discurso sobre la espontaneidad de las tareas domésticas estamos hablando de un trabajo que hasta hace muy poco no era siquiera objeto de discurso. La invisibilidad alude al silencio, al no reconocimiento de numerosos trabajos realizados por las mujeres: el trabajo doméstico no remunerado en los hogares y especialmente el que realizan las mujeres en posiciones más vulnerables. El silencio conceptual de la teoría económica, la sociología del trabajo y las estadísticas oficiales en torno al trabajo doméstico significa el ocultamiento y la negación de todo valor social (económico y moral) a las horas de trabajo, al desgaste físico y mental, a las oportunidades perdidas para la educación y la promoción profesional de numerosas mujeres. Si en el ámbito público este trabajo no encuentra discursos que lo reconozcan, en las interacciones cotidianas en el ámbito doméstico tiende a

confundirse con los deberes, considerados evidentes, de las esposas y madres o, en el mejor de los casos, con la expresión del amor maternal o conyugal.

Otra dimensión de la invisibilidad del trabajo de cuidado es la que se puede revelar en las empresas cuando las mujeres son tratadas como trabajadoras en igualdad de condiciones con los hombres, ignorando su carga doméstica, que se convierte en una desventaja que puede ser vivida con vergüenza o culpa por las mujeres. La “doble presencia” de las mujeres en el ámbito laboral y familiar puede combinarse paradójicamente con una “doble negación”: en ese caso, cuando están en el espacio laboral, las mujeres se esfuerzan por actuar como si fueran trabajadoras sin obligaciones domésticas y familiares para no sufrir estigmatizaciones y cuando están en la casa, realizan las tareas de cuidado como si no tuvieran una extensa jornada laboral que cumplir por fuera.

La invisibilidad también se refiere al desconocimiento o a la escasa valoración de las competencias, saberes y habilidades incorporados por las mujeres en numerosos trabajos en el mercado. Las tareas, oficios y profesiones relacionados con el cuidado son especialmente afectados pues en ellos se ponen en acción saberes y competencias interpersonales y emocionales que no son reconocidas como tales. Veremos más adelante cómo esta es una de las preocupaciones mayores en los debates en torno al *care* y su empobrecimiento al pasar del ámbito privado al público. Como lo analiza Molinier (2005), la experiencia concreta del cuidado genera malestar por la invisibilidad que caracteriza su éxito ya que este debe borrarse como trabajo, anticipar la demanda, disimular los esfuerzos realizados para obtener el resultado. En esto reside el “saber-hacer discreto” que caracteriza al trabajo de cuidado, trabajo que solo se ve cuando falla.

La frontera abyecta de la servidumbre y la neoservidumbre

Si bien, al naturalizar estos saberes y prácticas en la feminidad, el género es fundamental para entender la invisibilidad del trabajo de cuidado, esta debe entenderse en estrecha articulación con relaciones de dominación de clase, raza, etnia y sexualidad que naturalizan la posición de ciertos grupos sociales como destinados a servir, mientras que otros se presentan como dignos de ser servidos. El pasado colonial y esclavista está presente en la configuración de nuevas formas de división internacional del trabajo de cuidado, en particular el trabajo doméstico y sexual.

Lautier (1996) nos recuerda cómo, durante siglos, en Occidente la idea de trabajo era inseparable del estatus social de quien lo realizaba. Los trabajos doméstico y esclavo fueron los modelos iniciales y solo a partir del siglo XVII surge el concepto de trabajo como categoría abstracta. El modelo del trabajo esclavo y servil es precisamente el que le sirve de referencia a feministas “materialistas” como Delphy (2001) y Guillaumin (1992) para conceptualizar el trabajo doméstico realizado por las mujeres en el espacio privado.

En los últimos años, en Europa surge el tema de los llamados “servicios de proximidad” como nuevos empleos que buscan responder a la creciente demanda de las familias de clase media de externalizar las tareas domésticas y el cuidado de niños, ancianos y enfermos ante la vinculación creciente de las mujeres al mercado laboral, en un contexto de retroceso de las funciones sociales del Estado (Parella, 2003). Exámenes cuidadosos de estos servicios de proximidad revelan que se componen mayoritariamente de puestos de trabajo intensivos en mano de obra, caracterizados por su baja calificación, precariedad y desvalorización social

y económica (Parella, 2003). Son realizados fundamentalmente por mujeres y, en las ocupaciones más precarias, predominan las trabajadoras inmigrantes de países del llamado tercer mundo. Saskia Sassen (2004) presenta un análisis planetario de esta nueva división internacional del trabajo y resalta la imbricación entre el surgimiento de “ciudades globales” en las que se concentran tecnologías de punta, servicios modernos y profesionales altamente calificados y los “circuitos de supervivencia” alimentados por migrantes del tercer mundo que buscan defenderse del empobrecimiento y encuentran en las ciudades globales empleos de baja calidad en servicios personales a esta nueva clase de profesionales.

En América Latina se produjo una rica literatura sobre el trabajo doméstico remunerado en las décadas de 1970 y 1980, a la cual no me referiré en este escrito. Recientemente se han renovado las problemáticas en torno a este empleo, no solo porque la promesa de que desaparecería con la modernización no se cumplió, sino porque, al contrario, se ha incrementado como fuente de empleo en condiciones que conservan rasgos serviles a pesar de los avances en la legislación del trabajo. Solo quiero resaltar la permanencia de una asociación estrecha entre empleo doméstico y dominación étnica y racial, puesto que el trabajo doméstico se presenta como una de las escasas alternativas de empleo para mujeres indígenas y afrodescendientes de sectores populares.

Es importante destacar cómo la neoservidumbre no solo atañe al trabajo de cuidado, sino que numerosos empleos, especialmente femeninos, adquieren rasgos serviles al incrementarse la vulnerabilidad y la dependencia personal en el contexto de desregulación y precariedad creciente. Es el caso de secretarías y jóvenes profesionales forzadas a realizar tareas adicionales relacionadas con la atención a la vida personal y familiar de sus jefes, incluyendo en ocasiones servicios sexuales (Fierro, 2008).

Luchas por la profesionalización y otras resistencias

Una de las estrategias más importantes de las trabajadoras en oficios de cuidado ha sido la búsqueda de una profesionalización. Esta permitiría disociar las competencias y saberes incorporados en los trabajos de cuidado de las cualidades naturales de las mujeres e identificarlos como calificaciones. La idea de *calificación*, central en la sociología del trabajo, es también una construcción social indisociable de relaciones de poder. Así lo ha sido en las reivindicaciones obreras por una remuneración justa y así sigue siendo en las luchas de las mujeres por el reconocimiento económico y moral de su trabajo.

Daune-Richard (1998) recuerda cómo, desde los orígenes de la sociología del trabajo francesa, la idea de *calificación* fue objeto de dos aproximaciones opuestas: una sustantivista, basada en el tiempo de formación (Friedmann), y una relativista y conflictiva (Naville), según la cual la calificación es un juicio social sobre la calidad de los trabajos y un proceso negociado de categorización. Este se traduce en clasificaciones en los sistemas de salarios:

sistemas de signos que, al utilizar el lenguaje universal del dinero, expresan la visibilidad y la invisibilidad de las competencias, su legitimidad, y al fin y al cabo, la verdad de los actores y de las relaciones de fuerza en la negociación (Daune-Richard, 1998, p. 55).

Como juicio social y relación de poder, las calificaciones pasan necesariamente por el filtro de las representaciones sociales, “las que diferencian el trabajo del no-trabajo, las tareas de los oficios y también aquellas que diferencian a los trabajadores entre sí” (Daune-Richard, 1998, p. 50). Por lo tanto, intervienen las

representaciones de lo masculino y lo femenino y del orden de los sexos. Una de las representaciones que históricamente opone los trabajos masculinos y los femeninos es la dicotomía jerárquica entre lo “técnico” y lo “relacional”. Los servicios se ubicarían del lado de lo relacional.

Los empleos domésticos: profesionalizar sin deshumanizar

La nueva denominación de los empleos domésticos como servicios de proximidad o servicios a las familias, su administración a través de instituciones del Estado y empresas privadas, abren la posibilidad de identificar y otorgar reconocimiento económico y moral a muchas de las habilidades y saberes adquiridos en la esfera privada de la familia y en el ejercicio de roles domésticos femeninos de atención a otros. Sin embargo, la profesionalización de los trabajos domésticos enfrenta varias dificultades. Como lo señalé anteriormente, la frontera con la servidumbre es aún porosa, especialmente en el caso de las trabajadoras domésticas internas, pero existen otras amenazas: la proletarización y la deshumanización.

En su cuidadoso estudio sobre los servicios de proximidad en España, Sonia Parella da cuenta de la jerarquización de esta oferta y muestra cómo se ha ido creando un nuevo proletariado de los servicios con una estructura ocupacional polarizada, altamente fragmentada y segmentada. Los servicios con la tasa de feminización más alta son los servicios domiciliarios de atención a las personas, que constituyen un verdadero gueto femenino. Las mujeres inmigrantes extracomunitarias ocupan los empleos más precarios, ante todo en el servicio doméstico, mientras que las mujeres autóctonas se distribuyen en un abanico más amplio, con alta presencia en sectores que requieren mayor nivel educativo, como sanidad y enseñanza. Una de las características de los

empleos en este sector es la escasa regulación de las condiciones laborales y de la profesionalización de las personas, la ausencia de una corresponsabilidad pública en su financiación y la escasa intervención del Estado en la creación de empleo de calidad, a pesar del reconocimiento de la función social que cumplen.

La regularización y la profesionalización de estos empleos han jugado un papel importante en las reivindicaciones de las organizaciones de trabajadoras y en algunas políticas públicas. Estas son vistas como necesarias para mejorar las condiciones laborales y para cambiar los imaginarios sobre el trabajo de cuidado. Sin embargo, el proceso de asalariamiento no basta para crear empleos de calidad y puede, al contrario, generar una proletarización de las empleadas domésticas sometidas a una “taylorización” de sus condiciones de trabajo.

En ese sentido, las investigaciones de Pierrette Hondagneu-Sotelo (2007 [2001]) resultan interesantes. Esta autora estudia las expectativas y sentidos subjetivos de las empleadas domésticas latinoamericanas y de sus empleadoras en California, frente al trabajo doméstico remunerado. Allí pone en evidencia las ambivalencias de las empleadoras, que esperan de sus empleadas un trabajo profesional y productivo de bajo costo que las exima de invertir tiempo y esfuerzo en mantener relaciones personales con ellas, pero simultáneamente aspiran a tener en la empleada doméstica una sustituta que piense por ellas lo que hay que hacer y que interprete sus estados de ánimo. De otro lado, las resistencias de las trabajadoras muestran diversas formas de luchar contra la recaída en la servidumbre, pero sin convertirse en proletarias, explotadas de manera racional e impersonal.

De acuerdo con la investigadora, las empleadoras norteamericanas ya no encajan en un modelo “maternalista” ni tampoco en uno despótico. Si bien algunas empleadoras, amas de casa,

pretenden aún ejercer un control “taylorista” sobre sus empleadas, estableciendo listas detalladas con las tareas que deben cumplir, prevalece una tensión central en la resistencia de las empleadoras a dar instrucciones específicas a las trabajadoras, que desembocan en frecuentes desencuentros entre las expectativas (no dichas) de las patronas y los resultados.

Por su parte, las empleadas domésticas expresan su necesidad de tener instrucciones claras por parte de las empleadoras, cuyas expectativas consideran ambiguas, y además se quejan de que estas aumentan las exigencias sin incrementar el salario. Muchas se sienten deprimidas y maltratadas ante relaciones de trabajo carentes de afecto y sienten que las ignoran como personas. Las niñas, más educadas, se sienten subestimadas y preferirían relaciones más personales, única forma para obtener respeto y conservar su identidad. En Los Ángeles, las empleadas domésticas latinoamericanas han organizado un sindicato, el CHIRLA, cuyas reivindicaciones principales apuntan a la dignidad, el respeto y el reconocimiento como profesionales por parte de la sociedad. Quieren empleadoras/es que se preocupen por ellas, buscan un cuidado y un reconocimiento bidireccionales. Esta es la alternativa que encuentran para superar el estigma de su oficio. Hondagneu-Sotelo tipifica las nuevas formas de gestión del trabajo doméstico remunerado como “personalismo”. Este es entendido como relación bilateral que involucra a dos seres humanos que se reconocen más allá de sus roles laborales.

Profesiones de cuidado: ¿trasladar la ética del cuidado al mercado?

La ética del cuidado es el punto de partida de numerosas investigaciones sobre profesiones femeninas. Deborah Stone (2000) se

interesa por las consecuencias que tiene sobre el trabajo de cuidado el trasladarlo del ámbito privado de las familias al ámbito público. Parte del supuesto de que el trabajo de cuidado proviene de la esfera privada, la intimidad, las relaciones personales y las emociones, y analiza qué ocurre cuando se traslada a la esfera pública del trabajo, la racionalidad, lo impersonal, del mercado y el Estado. En la esfera privada el cuidado se realizaría de manera espontánea, no regulada ni remunerada, por personas que tienen vínculos familiares, mientras que en la esfera pública el trabajo de cuidado es más formal y es realizado por personas que se piensan como profesionales o paraprofesionales y cuya principal ocupación y fuente de ingreso es cuidar a otros. Allí, el trabajo es controlado por organizaciones, asociaciones profesionales, empresas privadas, instituciones estatales y es regulado por normas en cuya definición poco intervienen las y los cuidadores.

Su consulta a profesionales del cuidado como enfermeras, terapeutas y trabajadoras sociales le permite destacar la vigencia de ideales del trabajo de cuidado que se inscriben dentro de una ética cuyo modelo se encuentra en la familia, vista como el reino de relaciones basadas en el afecto, la preocupación por el otro, la reciprocidad. Por ello es frecuente que las y los entrevistados manifiesten que su ideal profesional consiste en cuidar a sus clientes o pacientes como si se tratase de sus padres, hermanos o hijos.

Las y los cuidadores distinguen entre “hacer la tarea” y “cuidar”, entre trabajo físico y relación emocional, entre calidad técnica y valor moral del trabajo. A pesar de que las condiciones de trabajo generan obstáculos crecientes a estos ideales, al aumentar controles que enfatizan los aspectos técnicos y la productividad, ignorando las relaciones personales con los pacientes, las cuidadoras se resisten. Por ello, una parte importante del estrés en el trabajo de cuidado profesional proviene de la tensión entre los ideales y las prácticas.

Stone identifica varios puntos de tensión que surgen cuando el cuidado se vuelve público. Sugiere que las normas, ideas y reglas del trabajo de cuidado en la esfera pública son en alguna medida incompatibles con las normas, ideas y reglas del trabajo de cuidado en la esfera privada. Así, por ejemplo, las cuidadoras estiman que la conversación y sobre todo la escucha de los pacientes son parte importante del cuidado, pero la descripción racional de su trabajo que realizan las instituciones busca medir actividades que se vean y allí no caben la conversación ni la escucha.

En su investigación sobre las enfermeras del Instituto Nacional de Nutrición de México, Hedalid Tolentino Arellano (2007) encuentra ideales profesionales que combinan competencias técnico-profesionales, habilidades relacionales, destrezas afectivas y orientaciones éticas hacia la profesión, pero la cualidad más importante en los relatos de las enfermeras es el ser “humanitarias”. Para ellas, la preocupación por el bienestar humano es el valor más alto. El decálogo de las enfermeras comprende valores como el respeto, el cuidado, la integridad, el compromiso con la profesión y su entorno y con la vida de las personas. De allí resulta un sentido de identidad atravesado por una tensión entre el saber teórico y los saberes prácticos emocionales, considerados femeninos y aprendidos en la educación familiar pero asimismo reappropriados institucionalmente y regulados a través de un código de ética. Tolentino ve en el deber humanitario de las enfermeras y en su lenguaje neutro que habla de salud y enfermedad, un lenguaje de género y prácticas de género, en las que subyace una imagen maternal.

En un sentido similar, el trabajo de Virginie Sadock (2003) sobre las puericultoras desde el enfoque de la psicodinámica del trabajo pone en evidencia las defensas subjetivas y el trabajo emocional que realizan estas trabajadoras para soportar condiciones

laborales intensivas en guarderías masivas en donde están sometidas a una vigilancia constante y deben responder a la exigencia contradictoria de seguir el ritmo de trabajo impuesto y adaptarse a las necesidades cambiantes y singulares de los niños y niñas. El ideal materno que subyace a su oficio es trasmutado en “compasión” en el ámbito público y convertido en deber.

Servicios turísticos, estéticos, sexuales: resistiendo a la ingeniería del trabajo emocional

La expansión de los servicios personales que engloban una oferta amplia y variada de servicios de ocio (estéticos, turísticos, sexuales), algunos de los cuales se han transformado en verdaderas industrias, ha puesto en la discusión el tema del trabajo emocional como competencia y habilidad incorporada al trabajo de atención al cliente y requisito para el desarrollo exitoso del mismo. En este caso, al contrario de lo que ocurre en las profesiones de cuidado, en las que las cuidadoras reivindican el trabajo emocional como componente ético e identitario mediante el cual buscan contrarrestar la racionalización, burocratización y despersonalización de su trabajo, encontramos en las industrias del placer una “ingeniería” del trabajo emocional, el cual es prescrito, exigido y controlado por las empresas. Esto no excluye que las y los trabajadores de estos sectores también incorporen en sus identidades profesionales el trabajo emocional.

La investigación de Arlie Russel Hochschild, *The managed heart: commercialization of human feelings* (1983) abrió el camino a investigaciones sobre el trabajo emocional desde una perspectiva que ha sido reelaborada posteriormente. A partir de la observación del trabajo de las azafatas, Hochschild estudia los modos en que las y los empleados se convierten en actores emocionales

en las organizaciones y sus sentimientos son instrumentalizados en pro del beneficio mercantil. Al salir del ámbito privado, las emociones se convierten en trabajo emocional, son procesadas, estandarizadas y sometidas a control jerárquico. Hochschild enfatiza en la alienación de las trabajadoras, las cuales experimentan una “disonancia” emocional, es decir, un choque entre las emociones sentidas y las expresadas, con efectos negativos sobre su bienestar psicológico como agotamiento emocional, despersonalización y sentido decreciente de realización personal.

Desde una perspectiva foucaultiana, Sarah Tracy (2000) argumenta sobre la complejidad de las reglas emocionales en las organizaciones. Su estudio de caso sobre el trabajo del *staff* de un crucero de lujo ilustra el carácter contingente y arbitrario de las reglas emocionales, la naturaleza dispersa del control emocional, el carácter personal y privado que adquiere el agotamiento emocional y los mecanismos de autosubordinación de las y los empleados. Tracy retoma de Hochschild el concepto de *trabajo emocional* y de Goffman el de *institución total* para tipificar el crucero como institución que controla el tiempo y el espacio de las y los trabajadores. En un crucero, las emociones de los empleados no son únicamente una respuesta a las situaciones de trabajo, sino que son el trabajo mismo, como lo expresan los mismos trabajadores: “nuestra personalidad es nuestro trabajo” (Tracy, 2000, p. 94).

La investigación muestra cómo el trabajo del *staff* del crucero requiere habilidades de expresión en público, relaciones interpersonales, capacidad de ser paciente y cálido con grandes grupos de personas por largos períodos. Los y las empleadas parecen considerar natural que se espere de ellos que luzcan siempre alegres y sonrientes. La compañía establece un control a través de reglas escritas: el “credo” de la compañía incluye máximas como “nunca decimos que no” o “somos embajadores de nuestro crucero en el

trabajo y en el juego”, pero son los pares, los clientes y los propios empleados los que hacen más eficiente el control.

Los servicios estéticos y los servicios sexuales comparten la atención al cliente e incorporan un trabajo emocional reivindicado por las cuidadoras para afirmar la dignidad de su oficio y su identidad profesional. Paula Black (2004) y Debra Gimlin (2002) coinciden en algunos hallazgos en el trabajo en peluquerías y salones de belleza, mostrando cómo, aunque se trata en general de un oficio mal remunerado y poco reconocido socialmente, las y los trabajadores de este sector defienden su valor y utilidad social apelando a cualidades que se inscriben en el trabajo de cuidado. Las condiciones laborales van del autoempleo a la microempresa familiar y al trabajo asalariado en grandes empresas. Algunas peluqueras y esteticistas se autodenominan terapeutas de belleza, buscando aumentar su estatus profesional al aproximarse al área de la salud, aunque en la práctica deban defenderse con frecuencia de ser percibidas como más próximas al trabajo sexual. Los códigos de vestido y la apariencia limpia y razonablemente atractiva expresan esa sexualización controlada.

El trabajo emocional en el campo de la terapia de belleza consiste en hacer sentir bien a la gente, lo que exige habilidades relacionales que se aprenden en el oficio y que diferencian a unos terapeutas de otros, de acuerdo con la capacidad que tengan de conquistar la fidelidad de sus clientes. Las relaciones con estos o estas son ambivalentes, requieren auto-control y sensibilidad para adaptar la conversación a las particularidades de cada cliente, administrando con precaución el grado de intimidad.

Dentro del trabajo de cuidado, el trabajo sexual se sitúa en la frontera de lo abyecto. Es objeto de una estigmatización social que, en virtud de las relaciones de género, recae en las propias trabajadoras mucho más que en los clientes o empresarios.

Investigaciones como las de Laura María Agustín (2000) o Kempadoo (1998) se esfuerzan por romper con la estigmatización que ha excluido del análisis social (y de la sociología del trabajo) este tipo de empleos, haciendo eco a los reclamos de las trabajadoras sexuales organizadas. Agustín identifica algunas de las numerosas habilidades y destrezas que requiere el trabajo sexual y que dan cuenta de su complejidad: capacidad de relacionarse con personas muy diversas, de generar confianza y proporcionar placer; conocimiento de su sexualidad y su salud física y emocional; capacidad para cultivar una clientela leal. Las trabajadoras sexuales deben saber poner límites y protegerse de demandas excesivas; seducir, actuar y presentarse de acuerdo con los deseos de sus clientes; hacer gala de flexibilidad y ambigüedad en términos de gustos y deseos.

Si el trabajo sexual independiente exige todas estas competencias a las trabajadoras sexuales, la industria también interviene para organizar, controlar y poner al servicio de la rentabilidad comercial estas habilidades. Así lo revela la investigación de Saloua Chaker (2003) sobre las empresas de sexo virtual en Francia. En ellas la división sexual del trabajo distingue a las mujeres contratadas como “animadoras”, que deben estar en contacto directo con el cliente, de los hombres que se encargan de desarrollar el *software*. El crecimiento económico de este sector se basa en la invisibilidad de las condiciones de comercialización de los servicios sexuales ocultos detrás de la imagen de empresas prestadoras de servicios de entretenimiento. Los criterios de reclutamiento revelan el supuesto implícito de que las mujeres están “naturalmente” dispuestas a satisfacer las demandas sexuales de los hombres. El trabajo de las animadoras es comparado con una actuación que no requiere calificación ni competencias particulares. La racionalización y control del trabajo por parte de la gerencia se

traduce en exigencias contradictorias de estandarización y productividad (las animadoras deben mantenerse conectadas el mayor tiempo posible a los usuarios) y de brindar un servicio sexual individual y personalizado.

A manera de conclusión

En esta ponencia mostré la gran heterogeneidad de condiciones de trabajo, relaciones sociales y formas de reconocimiento que caracterizan los trabajos de cuidado en el contexto actual de capitalismo global, flexible y precario. Las diversas experiencias de trabajo relacionadas con el cuidado tienen en común al género en la medida en que, de muy diversas maneras, todas están marcadas por la asociación entre cuidado y feminidad, independientemente del sexo de quien realiza dichos trabajos.

Las investigaciones revisadas revelan que si bien el género es una categoría insoslayable para dar cuenta de las particularidades de los trabajos de cuidado, resulta insuficiente para ahondar en la diversidad de estas experiencias y en las relaciones desiguales y jerárquicas entre distintos grupos de mujeres, profesiones y ocupaciones en el vasto abanico de los trabajos de cuidado. La clase social, la racialización, la orientación sexual condicionan experiencias de trabajo y estrategias de identidad muy distintas.

Las categorías de la sociología del trabajo permiten diferenciar las condiciones de trabajo, las modalidades de empleo, calificación, remuneración y control en las que se inscriben los trabajos de cuidado, y ayudan a entender las especificidades de las identidades que se construyen en contextos laborales distintos.

Para finalizar quiero identificar algunas tendencias contradictorias que pueden observarse en este complejo panorama, en dos grandes aspectos: la transformación de las condiciones

sociales de realización de los trabajos de cuidado y las relaciones entre identidad profesional e identidad de género.

En cuanto al primer aspecto, vemos cómo coinciden en la actualidad dos dinámicas con consecuencias muy graves para las mujeres: la individualización del salario y el ingreso, en condiciones de remuneración cada vez más baja, de inestabilidad y desprotección, y la intensificación del trabajo de reproducción doméstica, ante el retroceso de los servicios de atención y apoyo del Estado a estas funciones. A pesar de su creciente importancia como trabajadoras remuneradas, las mujeres siguen asumiendo la mayoría de las tareas del hogar.

Por otra parte, asistimos a una división internacional del trabajo de cuidado que ha propiciado la creación de nuevos oficios y profesiones destinadas a suplir o complementar el trabajo de reproducción doméstica. Estas nuevas ocupaciones y profesiones ofrecen un campo heterogéneo, desigual y segmentado de empleos, en su mayoría mal remunerados y con escasas calificaciones reconocidas. En esta división internacional del trabajo, las mujeres del llamado “tercer mundo” asumen la carga más alta del trabajo doméstico y los servicios sexuales, lo cual reconfigura las relaciones de dominación de clase, género y raza a escala internacional.

Por otra parte, las profesiones de cuidado como la enfermería, el trabajo social, la educación básica, la puericultura, etc., sufren un proceso agudo de proletarización y flexibilización que afecta la calidad del trabajo de cuidado, especialmente en sus dimensiones emocionales y éticas, y refuerza la devaluación material y simbólica de estas profesiones.

Finalmente, una dimensión hasta hace poco invisible de las actividades de cuidado realizadas por las mujeres dentro y fuera de la familia, el trabajo emocional, es objeto de una apropiación

(¿expropiación?) por parte de la gerencia en las nuevas industrias de servicios de ocio (turísticos, estéticos, sexuales), que transforma estos saberes y destrezas en normas estandarizadas y exigencias productivistas.

En este contexto, las trabajadoras del cuidado (y algunos cuidadores) desarrollan estrategias y construyen sentidos e identidades que combinan paradójicamente la defensa de la especificidad del trabajo de cuidado como trabajo emocional y moral, que debe ser reconocido y valorado, con la reivindicación de una profesionalización que traduzca al lenguaje “neutro” de las calificaciones, la formación institucionalizada, la remuneración y el mercado habilidades anteriormente confundidas con las propiedades de la feminidad.

En estas luchas por el reconocimiento se crean fronteras y jerarquías entre ocupaciones de acuerdo con una división moral del trabajo, y se refuerzan así diferencias, segmentaciones y relaciones de poder entre distintas categorías de trabajadoras.

Las prácticas, discursos y reivindicaciones de las trabajadoras del cuidado, así como las investigaciones sobre el tema, combinan de manera diversa y contradictoria identidad de género e identidad profesional. Mientras algunas buscan una definición “desgenerizada” del trabajo de cuidado que dé cuenta de los múltiples saberes, destrezas y responsabilidades incorporados, con miras a aumentar su valor social y económico, otras reivindican una identidad más allá de lo profesional, una ética del cuidado que pueda convertirse en una nueva norma del trabajo y la organización social.

Bibliografía

- Agustín, Laura María (2000). Trabajar en la industria del sexo. *Ofrim suplementos*, (6), 155-172.
- Beccaria, Luis y López, Néstor (comps.) (1996). *Sin Trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Unicef / Losada.
- Beneria, Lourdes (2005 [2003]). *Género, desarrollo y globalización. Por una ciencia económica para todas las personas*. Barcelona: Hacer.
- Black, Paula (2004). *The beauty industry. Gender, culture, pleasure*. Nueva York: Routledge.
- Bourdieu, Pierre (1979). *La distinction*. París: Editions de Minuit.
- Campillo, Fabiola (1998). El trabajo doméstico no remunerado en la economía. En Departamento Nacional de Planeación y Agencia Cooperativa Técnica Alemana, *Macroeconomía, Género y Estado* (pp. 99-125). Bogotá: Tercer Mundo.
- Chaker, Saloua (2003). Entreprise “nor-mâle” recherche femme pour production de contenu à valeur ajoutée. *Ethnographie d’une société de messageries roses. Travailler*, (9), 133-161.
- Comas D’argemir, Dolors (1995). *Trabajo, género, cultura*. Barcelona: Icaria, Institut Català d’Antropologia.
- Daune-Richard, Anne-Marie (1998). Qualifications et représentations sociales. Margaret Maruani (dir.), *Les nouvelles frontières de l’inégalité. Hommes et femmes sur le marché du travail* (pp. 47-58). París: La Découverte.
- De la Garza, Enrique (2011). Trabajo atípico, ¿identidad o fragmentación?: alternativas de análisis. En Edith Pacheco, Enrique de la Garza y Luis Reygadas (coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*. México: El Colegio de México.
- Delphy, Christine (2001). *L’Ennemi Principal*. París: Syllepse.

- Díaz, Ximena; Godoy, Lorena y Stecher, Antonio (2006). Significados del trabajo en un contexto de flexibilización laboral: la experiencia de hombres y mujeres en Santiago de Chile. En Ximena Díaz et al. (coords.), *Trabajo, identidad y vínculo social*. Santiago de Chile: CEM.
- Dubar, Claude (1996). *La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles*. París: Armand Colin.
- Dubar, Claude (2000). *La crise des identités : l'interprétation d'une mutation*. París: Presses Universitaires de France.
- Fierro Morales, Alexandra (2008). *Experiencias de desempleo en sectores medios y populares en la ciudad de Bogotá* [Tesis de maestría]. Universidad Nacional de Colombia.
- Fraser, Nancy (1997). *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes.
- Giddens, Anthony (1995 [1991]). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Madrid: Península.
- Gilligan, Carol (1982). *In a different voice: psychological theory and women's development*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gilligan, Carol (1993). *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gimlin, Debra (2002). *Body work. Beauty and self-image in American culture*. Londres: University of California Press.
- Guillaumin, Colette (1992). *Sexe, race et pratique du pouvoir. L'idée de Nature*. París: Côté-femmes.
- Guzmán, Virginia y Mauro, Amalia (2004). Las trayectorias laborales de mujeres de tres generaciones: coacción y autonomía. En Rosalba Todaro y Sonia Yañez (eds.), *El trabajo se transforma. Relaciones de producción y relaciones de género* (pp. 207-245). Santiago de Chile: CEM.

- Hernández, Alfonso (2000). El mercado de trabajo en el área de enfermería: hablan los hombres [ponencia]. *III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. Buenos Aires, Argentina.
- Hochschild, Arlie Russel (1983). *The managed heart: commercialization of human feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette (2007 [2001]). *Doméstica. Immigrant workers, cleaning/caring in the shadows of affluence*. Los Ángeles: University of California Press.
- Kempadoo, Kamala (1998). Globalizing sex workers' rights. En Kamala Kempadoo y Jo Doezema (eds.), *Global sex workers. Rights, resistance and redefinition* (pp. 1-28). Nueva York: Routledge.
- Lautier, Bruno (1996). Le tiers monde face à la question du partage. En Helena Hirata y Danièle Senotier (dirs.), *Femmes et partage du travail* (pp. 247-260). París: Syros.
- Molinier, Pascale (2003). *L'Énigme de la femme active. Égoïsme, sexe et compassion*. París: Payot.
- Molinier, Pascale (2005). Le care à l'épreuve du travail. Vulnérabilités croisées et savoir-faire discrets. Patricia Paperman y Sandra Laugier (dirs.), *Le souci des autres. Ethique et politique du care*. París: Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Parella, Sonia (2003). *Mujer, inmigrante y trabajadora: la triple discriminación*. Barcelona: Anthropos.
- Sadock, Virginie (2003). L'enjolivement de la réalité, une défense féminine ? Étude auprès des auxiliaires puéricultrices. *Travailer*, (10), 93-106.
- Sassen, Saskia (2004). Global Cities and Survival Circuits. En Barbara Ehrenreich y Arlie Russell Hoschschild (eds.), *Global Woman. Nannies, maids, and sex workers in the new economy* (pp. 254-274). Nueva York: Owl Books.

- Scott, Joan Wallach (1988). *Gender and the politics of history*. Nueva York: Columbia University Press.
- Scott, Joan Wallach (1993). La mujer trabajadora en el siglo XIX. En Georges Duby y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres. El siglo XIX: cuerpo, trabajo y modernidad* (pp. 99-130). Madrid: Taurus.
- Stone, Deborah (2000). Caring by the Book. En Madonna Harrington Meyer (ed.), *Care Work. Gender, labor and the welfare State*. Nueva York: Rotledge.
- Tolentino Arellano, Hedald (2007). Orientaciones y significados del trabajo en un grupo de enfermeras de élite en la ciudad de México. En Rocío Guadarrama y José Luis Torres (coords.), *Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Estereotipos, transacciones y rupturas* (pp. 103-122). Barcelona: Anthropos, UAM.
- Tracy, Sarah J. (2000). Becoming a character for commerce: emotion, labor, self- subordination, and discursive construction of identity in a total institution. *Management Communication Quarterly*, 14(1), 90-128.
- Williams, Christine L. (1991). *Gender differences at work. Women and men in nontraditional occupations*. Berkeley: University of California Press.

Estilistas, peluqueras y barberos: género, oficios e identidades*

Este capítulo se centra en los principales oficios y ocupaciones a las que se dedican las personas que trabajan actualmente en Bogotá en el sector de peluquerías y salones de belleza.¹ Busca mostrar de qué manera el género y otros factores de desigualdad, como la clase social, la sexualidad o la identidad étnico-racial, inciden en su diferenciación, jerarquización y evolución. Esta configuración es el resultado de una larga historia que ameritaría ser reconstruida, pero que aquí solo podremos esbozar en torno a sus últimas décadas, a partir de los testimonios e informaciones proporcionados por las y los estilistas entrevistados.

Este sector de actividad responde a un proceso progresivo de mercantilización del cuidado del cuerpo, la salud y el bienestar que se realizaba fundamentalmente en el espacio doméstico. Algunos de estos cuidados corresponden a actividades de higiene personal asumidas por cada individuo, otros a cuidados proporcionados por las madres u otras mujeres de la familia a hijos,

* Publicado en Luz Gabriela Arango y Javier Pineda (eds.), *Género, trabajo y cuidado en salones de belleza*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2018.

¹ En este capítulo, retomo, amplío y relaciono aspectos desarrollados en artículos anteriores (Arango, 2011; Arango y Pineda, 2012; Arango, Bello y Ramírez, 2013).

hijas, esposos o compañeros y otros parientes. En algunos casos, el padre u otro varón de la familia ha sido el encargado, por ejemplo, del corte de pelo de niños y niñas.

Desde nuestro pasado colonial, muchos de estos cuidados hicieron parte de las tareas asignadas a mujeres u hombres racializados o subalternizados, en el marco de relaciones de servidumbre que posteriormente se transformaron en servicio doméstico. Sin duda, desde hace muchos años, una parte de esos cuidados ya era ofrecida bajo la forma de servicios remunerados en el mercado, en donde generalmente se diferenciaban los espacios masculinos de las barberías de los salones de belleza femeninos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, con la expansión de la industria internacional de la belleza, se masifica el consumo de productos de cuidado del cuerpo y la belleza y se difunden nuevos ideales de feminidad y masculinidad a través de la industria cinematográfica (Jones, 2010). Durante las décadas de 1960 y 1970, los movimientos sociales juveniles, feministas y de liberación sexual inciden en el surgimiento de una moda “unisex”, que será reapropiada por la industria de la belleza, lo que dará lugar al surgimiento de peluquerías “unisex”. En Colombia, la aparición de este tipo de establecimientos está asociada con la emergencia del oficio de “estilista”, que ofrece una nueva definición del trabajo del cuidado del pelo y la apariencia, y busca una profesionalización y un mayor estatus social.

El estudio que adelantamos en Bogotá abarca un abanico amplio de negocios que tienen como servicio principal el cuidado del cabello. Incluimos salones de belleza mixtos, femeninos, peluquerías “afro”, “trans” y barberías masculinas, acorde con la diversidad que presenta este sector en la ciudad. Allí encontramos una variedad de oficios y denominaciones que recogen los cambios producidos a lo largo de las últimas décadas, influenciados

por factores locales e internacionales, entre los que se destacan el desarrollo global y multicultural de estas profesiones, la inserción de la peluquería en el campo de la moda y la emergencia de nuevas identidades culturales étnicas, juveniles o sexuales.

El análisis del trabajo y las ocupaciones en el sector de servicios personales plantea desafíos a las categorías tradicionales de la sociología del trabajo, construidas históricamente con énfasis en la industria y el trabajo asalariado. En este artículo destacaré la división sexual de los oficios y actividades, los modos como estos son percibidos como masculinos o femeninos, las jerarquías que los atraviesan, los significados y las identidades que se construyen en torno a estos servicios, fundamentalmente desde quienes los ejercen, pero también se tendrá en cuenta la perspectiva de la clientela.

A partir de las experiencias de las personas entrevistadas y de la forma como se reconocen y dan sentido a su trabajo, examino, en primer lugar, los principales oficios de peluquería, en particular el de “estilista integral”, asociado con la emergencia de la peluquería moderna en la ciudad. Analizo algunas expresiones de las relaciones de género, como la división sexual de las ocupaciones y de su prestigio o el papel de los peluqueros homosexuales. En segundo lugar, me intereso por dos manifestaciones alternativas y emergentes en los servicios estéticos de la ciudad: las barberías afro y un proyecto juvenil que une arte y peluquería. Finalmente, exploro las experiencias y perspectivas de la clientela en torno a los servicios de peluquería, con énfasis en la forma como intervienen en ellas el género y otros marcadores de diferencia.

Género y peluquería moderna

Los oficios de peluquería y belleza eran tradicionalmente empíricos y se aprendían en el espacio doméstico o en el vecindario, como saberes prácticos que se transmitían entre generaciones. Los relatos de las personas entrevistadas muestran que este fue un modo importante de empezar a desarrollar estas habilidades, aprendizaje que era seguido por procesos de diversa duración, en los que la práctica iba cualificando sus destrezas y conocimientos. De este modo, las y los aprendices de estilistas y manicuristas se iniciaron practicando con familiares y amigas durante un tiempo, luego empezaron a cobrar por su trabajo a personas que no pertenecían a su círculo más cercano para, finalmente, integrarse en el circuito de los negocios de belleza, a veces directamente, en otras ocasiones después de pasar por una escuela o academia para perfeccionar y formalizar sus competencias en este ramo.

Las denominaciones de las ocupaciones en este sector no solo diferencian tareas y destrezas específicas, grados de especialización o polivalencia, sino que revelan al mismo tiempo concepciones del oficio, significados y jerarquías de género, posiciones sociales e identidades.

Estilistas integrales

El término “estilista” fue la denominación escogida mayoritariamente por las y los trabajadores en el sector de los salones de belleza para reconocerse a sí mismos. Este vocablo parece expresar lo que actualmente se considera como el oficio típico en las peluquerías y salones de belleza “modernos”, que ofrecen servicios a una clientela mixta.

La difusión de esta denominación se relaciona con el desarrollo internacional de la peluquería (*hairstyling*) como profesión que logra insertarse en el mundo del diseño y la moda, fenómeno que repercute en Colombia a través del Reinado Nacional de la Belleza, la televisión y la constitución de una “farándula” local. Las distintas experiencias de formación y trabajo de quienes se reconocen como estilistas tienen en común la no especialización y la capacidad de desempeñarse en una amplia gama de tareas, en la que despliegan unos saberes y competencias múltiples. La variedad de las actividades puede ir desde distintos servicios concentrados en el pelo (corte, peinado, cepillado, tinte, rayitos, alisados, extensiones u ondulados) o ampliarse hacia otras partes del cuerpo como el rostro (maquillaje, pestañas postizas y tratamientos faciales), las manos (*manicure*), los pies (pedicura) o el cuerpo entero (masajes, depilación, etc.).

Varias de las personas entrevistadas estudiaron en academias tradicionales con nombres que remiten a Francia o Estados Unidos y que son percibidos como referentes en el campo de la belleza: Academia Francesa de Belleza Lisa Duputel, Escuela Superior Francesa de Belleza, Academia Americana de Belleza y también Academia Colombiana de Belleza.

En la actualidad, la formación como “estilista integral” en academias e institutos de belleza compite con una oferta creciente de estudios técnicos especializados, como los que ofrece el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA). Algunas cadenas de salones tienen sus propios centros de formación, como ocurre con los Salones Vidal, al tiempo que los grandes fabricantes multinacionales de marcas como Wella, L’Oréal o Schwarzkopf y productores nacionales como Marcel-France, ofrecen continuamente cursos especializados en el manejo de sus productos.

Si bien estos cursos contribuyen a mejorar los conocimientos técnicos e higiénicos y a difundir los ideales de servicio al cliente, las y los profesionales entrevistados destacaron que el aprendizaje y perfeccionamiento del oficio requiere mucha práctica, así como contacto con otros profesionales y con la clientela.

Javier, quien llevaba cerca de cuarenta años en este oficio en el momento de la entrevista, vivió la transformación de las antiguas barberías en peluquerías “unisex” en los años setenta y se transformó él mismo en “estilista”. En su primer trabajo en una barbería de Soacha, en la periferia sur de Bogotá, se hacía “corte tradicional para caballero”, pero en la década de los sesenta se introduce la “peluquería moderna” y Javier fue uno de los primeros en ofrecer cortes para dama llamados “cortes de avance europeo”. Javier, quien se considera pionero en esta labor, relata cómo las antiguas barberías empezaron a diversificar su oferta, añadiendo al corte de pelo otros servicios como tintes, rayitos, ondulados, maquillaje, *manicure* y pedicura.

Marcela, con 34 años, también se define a sí misma como “estilista integral” para dar cuenta de la versatilidad de su oficio, que incluye una vasta gama de habilidades en el arreglo y corte de pelo, tratamientos faciales, maquillaje, pedicura, *manicure*, depilación y masajes corporales, también presta servicios estéticos a novias y quinceañeras. Marcela se formó como estilista integral en la Academia de Belleza La Francesa.

Si bien el término estilista es empleado de manera generalizada, tiene connotaciones distintas para hombres y mujeres, debido, en particular, a que el *manicure* y la pedicura son actividades realizadas exclusivamente por mujeres. Sebastián cuenta que el *manicure* fue lo primero que le enseñaron en la academia, a pesar de que, por ser hombre, nunca ejercería ese oficio.

Sebastián: Una academia que se llamaba “La Universal”, que se llama porque todavía existe.

LG: ¿Todavía existe? ¿Y eran cursos y eso era qué, cómo se llamaba eso? ¿Belleza?

Sebastián: Sí, curso para peluquería.

LG: ¿Era peluquería?

Sebastián: Peluquería, pero a usted le enseñaban a hacer desde uñas, *manicure* e iba pasando, corte, *blower*, peinado.

LG: *Manicure* es lo básico.

Sebastián: Era como lo básico, sí (risa), que me parece muy tonto porque saben que uno de pronto no va nunca a ejercer, es muy raro que haya un manicurista hombre.

Sebastián no explica las razones de esta exclusividad femenina del *manicure*, sino que constata un hecho que le resulta evidente, mientras que Nelson, otro estilista varón entrevistado, explica que no hace *manicure* porque requiere mucho tiempo y dedicación y es muy mal remunerado. En efecto, la jerarquía social, económica y simbólica entre el trabajo de *manicure* y el arreglo del pelo, en particular el corte, aparece como una división sexual, aparentemente evidente, que se refleja en las tarifas por servicio y en los ingresos promedio que perciben manicuristas y estilistas. Numerosas mujeres, propietarias de pequeños salones en sectores populares, realizan solas todas las funciones, pero a medida que el salón crece un poco, tiende a separarse el arreglo del pelo y a diferenciarse del *manicure*, ejercido por mujeres que de hecho son denominadas manicuristas y no estilistas.

Esta jerarquía entre trabajos de belleza puede estar asociada con ideas morales que distinguen unas tareas más “nobles” que otras. La distribución del prestigio o respetabilidad en los trabajos de cuidado puede apoyarse en la diferenciación entre el cuidado “directo” de la persona (atención en salud, cuidado de niños, enfermos o ancianos) y el cuidado “indirecto”, ligado al mantenimiento de las condiciones materiales de vida, los objetos y espacios de reproducción social (aseo, limpieza y alimentación) (Arango, 2010).

La jerarquía entre tareas nobles y sucias también está relacionada con ideas sobre el cuerpo y el espíritu, la pureza y la contaminación. Así, trabajos aparentemente más “inmateriales”, como la educación, tienen mayor valor simbólico que el cuidado corporal y este puede diferenciarse según las partes del cuerpo con las que se entra en contacto y el objetivo de este contacto (estético, curativo, sexual o higiénico) (Arango, 2010). En el trabajo de belleza, no es lo mismo ocuparse de la cabeza y el rostro –que representan a la persona–, que ocuparse de sus manos o sus pies.

Las condiciones de trabajo, remuneración y reconocimiento del trabajo varían considerablemente de acuerdo con la posición socioeconómica de los establecimientos y de la clientela que atienden. Así, por ejemplo, en la Peluquería Rosales, situada en un vecindario de clase alta de Bogotá y presentada por su propietaria como una peluquería dirigida a las familias, la clientela está compuesta por mujeres profesionales y amas de casa que buscan una atención eficiente y que pueden pagar un servicio costoso. Allí se atienden las demandas diferenciadas a través de la especialización de las y los estilistas. Mientras Sebastián se especializa en “embajadoras, funcionarias de la embajada americana, mujeres empresarias de alto rango, esposas de médicos cirujanos, esposas de empresarios”, Gabriel atiende a clientas jóvenes,

estudiantes universitarias, modelos y gente de la farándula que busca arreglos más audaces, mientras que Jorge se dedica a una clientela masculina de estilo convencional.

En el otro extremo de la ciudad, en la Peluquería Fashion, situada en un barrio de estrato bajo, Luz Marina presta servicios fundamentalmente a hombres mayores y niños, gente no pretenciosa y “humilde”, en sus propios términos. Los hombres frecuentan más la peluquería, debido a la necesidad que tienen del corte de pelo para mantenerse bien presentados en sus trabajos. En cambio, las mujeres no son clientas habituales porque, como dice Luz Marina, “en estos lados, [las mujeres] no son de las que están cada ocho días pintándose porque la cuestión económica no las deja”.

División sexual del prestigio en peluquería

Si bien la remuneración de los trabajos de peluquería en un sector tan informal como el bogotano parece depender fundamentalmente de la excesiva competencia, de la falta de barreras de entrada, de la escasa profesionalización y de la gran heterogeneidad de la oferta y la demanda –en los salones especializados que atienden a sectores medios y altos, al igual que en la industria global de la belleza más profesionalizada–, también entran en juego procesos de construcción social de las calificaciones.

Desde sus orígenes, la sociología del trabajo² definió dos aproximaciones opuestas a la idea de calificación: Friedmann

2 Especialmente en Francia, en donde Georges Friedmann y Pierra Naville son autores y compiladores del *Tratado de sociología del trabajo*, texto de obligada referencia en este campo de investigación, publicado en 1962 por Armand Colin, París, en dos volúmenes.

defendió una perspectiva sustantiva, basada en el tiempo de formación, mientras que Naville propuso una aproximación relativista y conflictiva, afirmando que las calificaciones son juicios sociales sobre la calidad de los trabajos y resultan de procesos negociados de categorización.

En ese sentido, la calificación de los trabajos está influenciada por representaciones sociales “que diferencian el trabajo del no-trabajo, las tareas de los oficios y también aquellas [actividades] que distinguen a los trabajadores entre sí” (Daune-Richard, 1998, p. 50). En esta valoración del trabajo también intervienen representaciones de lo masculino y lo femenino y de las jerarquías entre los sexos que inciden en una devaluación de buena parte de los conocimientos implicados en las profesiones consideradas femeninas, vistos como saberes naturales, domésticos o intuitivos y no como conocimientos adquiridos.

Una de las estrategias de las mujeres para alcanzar la equidad en el mercado de trabajo ha sido propender por el carácter profesional de sus actividades y la desnaturalización de sus saberes, estrategia que se combina muchas veces con la defensa de la especificidad femenina de sus profesiones. En el campo de las peluquerías y salones de belleza en Bogotá, la escasa profesionalización existente también está asociada con la creciente participación masculina. No son pocos los peluqueros que han hecho reconocer sus competencias, en particular en el corte profesional, respaldados por el dominio masculino en el campo internacional del *hairstyling*.

La incursión de varones en el cuidado directo del pelo y la belleza de un público femenino, anteriormente atendido por mujeres en salones de belleza femeninos, puede generar un cuestionamiento de la virilidad de los hombres estilistas, pero puede también dar lugar a un “modo masculino” de ejercer el oficio,

e incluso este puede ser considerado más profesional y calificado que el “modo femenino”. En las peluquerías, una minoría de varones, algunos de ellos abiertamente homosexuales, goza de un alto reconocimiento de su profesionalismo, superior al que encuentran las mujeres estilistas. Este prestigio no exime a los estilistas gais de ser objeto de manifestaciones homofóbicas.

En la encuesta que aplicamos en el 2011 a una muestra representativa de cerca de 350 establecimientos y que incluyó información sobre trabajadores y trabajadoras, encontramos que el 15,4 % de los varones propietarios y el 24,7 % de los hombres trabajadores se reconocían como homosexuales, gais o bisexuales, cifras significativas que parecen confirmar estereotipos y discriminaciones que relacionan las sexualidades masculinas no normativas con el trabajo de peluquería. Adicionalmente, el 1 % de los propietarios y el 2,2 % de los trabajadores se clasificaron como trans.³ En el caso de las mujeres, propietarias y trabajadoras, solo el 1 % declaró tener una orientación sexual o una identidad de género no heterosexual.

Cuando lo entrevisté, Sebastián trabajaba en una peluquería de clase alta en el norte de Bogotá y era el único estilista homosexual en ese establecimiento. Era muy apreciado por su éxito con un segmento importante de clientela femenina, así como por su apariencia y modales discretos. Aunque comentó en tono burlesco que los peluqueros, incluso siendo heterosexuales, bromeaban llamándose “estilistas gais” los unos a los otros, Sebastián

3 Aunque esta población signifique solo el 0,3 % de los establecimientos en la ciudad, es decir, alrededor de unos quince establecimientos registrados en CCB, desde el punto de vista cualitativo, de sus experiencias de trabajo e identidades sexuales y de género, como de concentración territorial en la ciudad, reviste gran relevancia para la diversidad cultural del sector de la belleza, como para el proyecto de investigación.

considera que los peluqueros homosexuales han jugado un papel positivo en el sector de la belleza en el país. En su opinión, su éxito está relacionado con su sensibilidad y forma de tratar a las clientas, mientras que las mujeres han sido relegadas por una “cuestión cultural”, en particular por la creencia de que “entecan”⁴ el pelo cuando tienen el periodo menstrual.

Este trato desigual a las mujeres peluqueras despertó la protesta de estilistas como Dora Lilia, propietaria de un centro de belleza que lleva su nombre, quien defiende el valor del trabajo de las mujeres en esta profesión. Ella le ha dedicado su vida a este oficio y a desarrollar su salón y escuela de belleza, con lo que ha logrado el reconocimiento de una clientela de clase media, mayoritariamente femenina. Dora Lilia se ha comprometido con una política explícita de vinculación exclusiva de mujeres, por lo que ha tenido que enfrentar tanto la competencia activa de estilistas varones como los estereotipos de sus clientas frente a las mujeres peluqueras.

Los relatos de algunas usuarias de salones de belleza (Arango, Bello y Ramírez, 2012) confirman la existencia de una desconfianza hacia el profesionalismo de las y los estilistas que, en algunas ocasiones, fue claramente asociada con el género. Así lo expresa Carolina, quien le atribuye mayor profesionalismo a los hombres:

Un rezago de mi formación patriarcal es que no le tengo confianza a las mujeres para cortar el pelo, pero es que no me ha ido bien [...] Donde yo vivía al pie del edificio había un salón de belleza y me quise hacer clienta de la señora [...] Me sentí con el pelo muy mal cortado y la respuesta que ella me dio me dejó de plomo porque me dijo: “Tranquila que eso el

4 Expresión popular para indicar que dañan el pelo.

pelo crece”. Eso hizo que yo también hiciera una generalización con las mujeres y es: “No saben cortar, son unas irresponsables, ven las cosas tan fáciles” [...] A mí sí me gusta que me lo corte o un hombre o un homosexual, indistintamente, porque me parece que tienen más experiencia, saben hacerlo mejor.

En relación con este tema, vale la pena traer a colación el trabajo de Lanita Jacobs-Huey (2006), quien analiza las estrategias discursivas que los instructores de peluquería transmiten a sus alumnas –estilistas afroamericanas– para contrarrestar la desconfianza de sus clientas y afirmar el carácter profesional de su trabajo. Dicha desconfianza surge de las prácticas y los saberes domésticos sobre el cuidado del pelo que poseen las clientas, quienes se resisten a reconocer la autoridad profesional de las peluqueras y a pagar un precio adecuado por sus servicios.

Cotidianamente, las y los estilistas defienden su competencia profesional a través de múltiples gestos, apartándose de todo aquello que recuerde ya sea la cultura doméstica y la familiaridad que la acompañan o, bien, lo popular o lo vulgar. Este distanciamiento es practicado por hombres y por mujeres, como pudimos observarlo en nuestro trabajo de campo en peluquerías de sectores medios y altos, y es teorizado por algunos estilistas y propietarios a través de un discurso sobre la atención al cliente.

Paradójicamente, buena parte de la atención profesional a la clientela reposa sobre un *trabajo emocional*, categoría acuñada por Hochschild (1979, 1983), que no es reconocido como un saber o competencia. Por el contrario, este supone una atención personalizada a cada clienta o cliente, un esfuerzo sutil por ponerse en su lugar, entender sus emociones y trabajar para generarles bienestar y emociones positivas.

Estilistas gais y artistas de la imagen

Hacia finales de la década de 1960, emergen en los medios de comunicación y en revistas femeninas, figuras masculinas y gais de la peluquería como profesionales que embellecen y orientan estéticamente a candidatas del Reinado Nacional de la Belleza, actrices y presentadoras de la televisión. Estos nuevos personajes desempeñaron un papel importante a favor de la profesionalización de la peluquería en Colombia, como lo relata Sebastián:

Yo digo, Norberto⁵ es un payaso pero fue el que le dio importancia a la peluquería, cierto estatus a la peluquería aquí en Colombia, no solo con sus trabajos, sino con sus vitrinas, con sus *shows*, fue el que trajo ese estilo que tenían los peluqueros en los Estados Unidos [...] No lo adaptó acá todo, lo adaptó un poquito, porque no podíamos tener ese nivel de peluquería muy bueno, digo el *show*, el *marketing*, todo eso, ¿no?, pues aquí en Colombia todo es subdesarrollado [...] Él, Javier Murillo, Quevedo son peluqueros que han aportado mucho, ¿no?, yo sé, muchos dicen que no, pero son los peluqueros gay los que más han aportado aquí a la peluquería en Colombia [...] Ellos empezaron y prácticamente eran los únicos, lo otro eran barberías, barberías para señores, pero ahí no entraban las señoras [...] Ellos ya iban a Europa, trajeron los conceptos [...] Por ejemplo, Rafael Ramos, él estuvo en Cartagena hasta que lo sacó la organización porque era un bochinche, era chisme... Pero él maquilló como a veinte, como a diecisiete señoritas Colombia, con todas las que fue, diecisiete niñas,

5 Norberto es un famoso peluquero gay colombiano, muy presente en la televisión y las revistas de farándula.

las que el llevó fueron *miss* Colombia. Él era el que atendía a *miss* universo cuando llegaba de gira por Colombia.

Algunos de estos peluqueros consolidaron salones de belleza exitosos que funcionan como empresas modernas, con una alta especialización y jerarquización del trabajo. El dueño y artista peluquero ocupa la cima y atiende a una clientela seleccionada, mientras un equipo de peluqueros profesionales se encarga del resto de la clientela con la colaboración de otros ayudantes, en general jóvenes peluqueros en formación. En varios de los salones de este tipo que visitamos, la mayoría de los estilistas eran varones y eventualmente los acompañaban una o dos mujeres peluqueras; pero en general, estas se desempeñaban como esteticistas y manicuristas, además de cumplir funciones de apoyo administrativo, aseo y cafetería.

En ese sentido, es ejemplar la entrevista que realizamos a Miguel, estilista que se define a sí mismo como artista, y quien conversó ampliamente con nosotros sobre su experiencia. Cuando lo entrevistamos, llevaba veintidós años en el negocio, era dueño de cuatro peluquerías y aspiraba a tener diez en Bogotá.⁶ A lo largo de su trayectoria y en medio de altibajos económicos, Miguel había logrado consolidar una clientela femenina, de clase media y alta, que incluía modelos y artistas de la televisión colombiana, señoras de la élite económica y política de la ciudad. Miguel se declara heterosexual y orgulloso de su origen boyacense y campesino. Se identificó enfáticamente como artista, definición que vertebró la conversación que sostuvimos.

⁶ Su estrategia parece haber variado en los últimos años: se orientó a fortalecer el servicio de lujo y concentró sus esfuerzos en dos salones y un *spa*.

Para Miguel, la idea de artista se relaciona con la de “estilo propio” que el peluquero debe ser capaz de encarnar y de crear para su clientela. Esta capacidad depende de cualidades personales como la sensibilidad, la creatividad o la pasión por su trabajo pero también de la formación de un gusto refinado mediante el contacto con las tendencias de la moda internacional, el arte y la cultura de los centros metropolitanos. En su caso, fue decisivo un viaje que realizó a París al ganar un premio internacional de peluquería.

Para Miguel, el artista se diferencia del estilista por su capacidad de crear un estilo propio para sus clientes, y este sería el nuevo modelo de profesional de la apariencia que se requeriría en la actualidad:

Viví la transición de pasar de barbero a estilista, me acuerdo tanto, los barberos solo cortaban el pelo a los hombres. Solo tenían que empezar a cortar para dama y peinar y se transformaban en estilistas. Hoy estamos viviendo un momento importante que es pasar de estilista a ser un verdadero artista. ¿Por qué lo digo? Porque ya no es solamente diseñar un corte, un peinado, un maquillaje y enfatizar el diseño solamente porque yo soy toda una composición, ¿sí me entiendes? Entonces yo tengo que en determinado momento dirigir cómo mi clienta debería vestirse para afianzar ese estilo; eso no lo puede hacer un estilista, tiene que hacerlo un verdadero artista.

Inspirado en sus experiencias internacionales, Miguel ha intentado consolidar una “imagen de marca” en su establecimiento, al que le puso su propio nombre, a la manera de sus modelos europeos:

Como al estar en París veía que los peluqueros siempre usaban su nombre, era su sello, como Alexander de París, como Vidal Sasson de Londres, entonces a raíz de eso me inspiré, yo dije no, pues se va a llamar Miguel Peluquerías.

En cuanto al género, Miguel distingue el trabajo de hombres, mujeres y gais en la profesión: los “peluqueros hombres” –entre los que se cuenta– no son muchos pero son “muy sensibles”. Afirma que “en nuestra cultura gustan incluso más los peluqueros gais”. La clientela femenina, que es la inmensa mayoría, los preferiría, porque “ellos se comportan como una mujer y pueden entender perfectamente las emociones”. Miguel piensa que los gais son apasionados y artistas, pero que algunos “no saben guardar esa confianza que depositan los clientes en ellos” y divulgan lo que les cuentan. En cuanto a las mujeres, señala que no están mucho en el corte de pelo porque existe la creencia de que los hombres tienen “mejor mano”, pero ellas se desarrollan con éxito en la colorimetría, el *manicure*, el diseño de peinados o los masajes relajantes.

Para Miguel, lo artístico concentra su deseo de ocupar un lugar distinguido en la “alta peluquería”:

Por ejemplo, que haya gente de nivel bien que quiere estar en el mundo de la peluquería sí, porque desafortunadamente lo que ha pasado es que viene la gente que no sirvió, o sea, la niña que estaba de empleada de servicio pero que no tiene ese nivel [...] yo veo la peluquería clasificada en Colombia en tres niveles: peluquería de nivel bajo que no me gusta marcar eso, pero bueno; nivel medio y la alta peluquería, y la alta peluquería nos está dando los verdaderos artistas, los creativos. Que el costo es un costo no digo alto porque es su valor, ¿no?

Las aspiraciones y estrategias de Miguel y otros hombres peluqueros encuentran respaldo en las políticas de la industria global de la belleza, que promueven a estilistas varones como imagen de la credibilidad profesional que esta industria quiere proyectar, y opacan, con ello, a numerosas mujeres y se distancian de la peluquería “del común”, feminizada.

Espacios emergentes y alternativos en Bogotá

Barberos y peñadoras afro

A finales de la década de 1990 se expanden y adquieren visibilidad en Bogotá las barberías y peluquerías “afro”, como parte del proceso de reconocimiento del carácter pluriétnico y multicultural de la nación, consignado en la Constitución de 1991. De acuerdo con Vargas (2003), el surgimiento de las peluquerías afro en Bogotá respondió inicialmente al incremento de la demanda de este servicio por parte de la población negra de la ciudad, pero posteriormente surge y se expande un público no negro, especialmente juvenil, que busca propuestas estéticas diferentes. El pionero en este tipo de establecimientos en la ciudad fue Juan Mosquera, barbero caleño que llegó a Bogotá en 1957 (Vargas, 2003, p. 62).

Por su parte, la expansión de los salones de belleza unisex también generó resistencias y diversos intentos de restablecer las barberías exclusivamente masculinas. Este el caso de Héctor, barbero por más de cuarenta años en la zona de Chapinero, quien atribuye las dificultades económicas de su negocio a lo que homofóticamente llama la “proliferación de mariposas” en el oficio. Así mismo, surgen nuevos espacios masculinos

relacionados con la afirmación de una identidad afrodiaspórica. Son establecimientos que ofrecen cortes de “estilo americano” y reivindican el término “barbería”, como oficio y espacio masculino y heterosexual.

Historias de un barbero y una peinadora

En este apartado, sitúo las experiencias de Johan, barbero, y de Mayra, peinadora, quienes migraron a Bogotá y encontraron empleo e identidad ejerciendo el arte del peinado y la barbería. Me interesa mostrar cómo se forman sus saberes estéticos, cómo adquieren un valor profesional y de mercado, y, de igual modo, destacar las diferencias y desigualdades de género que los afectan.

Johan proviene de una familia colombiana que emigró a los Estados Unidos y es en Miami en donde aprende el oficio de la peluquería, inicialmente como un pasatiempo. Relata cómo, después de experimentar con la máquina rasuradora peluqueando a amigos y compañeros de colegio, decide ofrecer sus servicios en la calle del barrio de inmigrantes latinos en donde vivía: “¡Quihubo, tío, compré una máquina! ¡Vamos pa’ la casa! Eh. Y ya, ya después sacaba una silla ahí afuera de la casa y con una grabadora, y ahí empezó a llegar la gente” (Johan).

En el 2004 regresa a Bogotá y observa que no existen barberías como las de Florida. Trabaja durante un tiempo en el centro comercial Galax Centro, que albergaba negocios de peluquerías con servicios de peinado y barbería de estilo “afro”, pero pronto decide abrir su propio establecimiento. Empieza con escasos implementos en el barrio 20 de Julio, al sur de la ciudad; el negocio crece, se traslada al barrio Restrepo y en el 2007 se instala en una de las vías arterias más importante de la ciudad, en una zona muy comercial en la localidad de Chapinero.

En su barbería, Johan y sus peluqueros atienden exclusivamente a hombres, a quienes ofrecen servicios de afeitado, corte o cejas al estilo “americano”, reivindicado por su propietario como estilo perfectamente pulido y detallado. El sello más original de esta barbería es el servicio de diseño a mano alzada de tribales, rostros y marcas sobre el cuero cabelludo, utilizando cuchillas. Además de la clara influencia de la cultura hiphop y afro-norteamericana y de la tradición de peluquerías italoamericanas, Johan también reconoce influencias indígenas y colombianas en sus técnicas de corte y afeitado:

AB:⁷ La forma en que usted corta el pelo ¿tiene algo que ver con estas raíces latinas y negras?

JC: Sí, claro, pues... pues de pronto la forma en que nosotros cortamos el pelo aquí en Colombia sí... sí tiene mucho que ver digamos con los ancestros, porque... [Se escucha música blues rock en alto volumen]. Digamos, aquí muchos barberos colombianos manejamos la cuchilla sin barbera, bueno, pues sin porta cuchilla, la manejamos simplemente con la yema de los dedos, entonces eso también da cierta flexibilidad y... ¿Sí me entiende?

AB: Sí, sí, sí.

7 AB es Jeisson Alanis Bello Ramírez. Entre 2010 y 2012 se llevaron adelante los proyectos de investigación “Los servicios estéticos y corporales en las nuevas configuraciones del trabajo: empleo, trayectorias sociales y construcción social de la diferencia” y “Microempresa, trabajo y género en el sector de servicios: el caso de las peluquerías y salones de belleza”. En ambos Luz Gabriela Arango fue la investigadora principal; Javier Pineda Duque, coinvestigador, y Jeisson Alanis Bello Ramírez, asistente principal. Colaboraron también Sylvia Vargas (SV), July Criado y Sylvia Alejandra Ramírez [n. de e.].

JC: Ayuda a que las cosas queden más... más exactas, y entonces, pues... eso viene también de digamos los... Nukak, ellos también se marcaban así de la misma manera, como dándole una horma al corte, como dándole un punto final.

AB: Sí.

JC: Y ellos lo hacían con la mandíbula de las pirañas .

El estilo singular de esta barbería en la ciudad y el hecho de que muchos de los trabajadores sepan hablar inglés atraen a una clientela extranjera, entre la que se cuentan muchos estadounidenses. Johan afirma que los usuarios de la barbería son “blancos” y “negros” en iguales proporciones y que los barberos provienen de distintos lugares de Colombia. Cabe aclarar que durante los últimos cinco años el número de peluquerías similares a la de Johan aumentó visiblemente en Bogotá y estos estilos de corte masculino se popularizaron entre los jóvenes, que siguen muchas veces el ejemplo de íconos del fútbol.

En contraste con Johan, Mayra migra de Turbo, pequeño municipio del Urabá antioqueño, con 80 % de población afrocolombiana, en donde nació. Aprendió a hacer trenzas desde los ocho años y este arte se fue convirtiendo en un oficio que ejercía atendiendo a sus hermanas, amigas, vecinas y clientas en su casa. Emigró a Bogotá por recomendación de una amiga que la animó a que viniera porque “acá le iba a ir mejor”. Mayra reconoce que en la ciudad se “valora más lo que hace, porque en el pueblo todo el mundo sabe hacer casi lo mismo”. Mientras que en Bogotá una trenza podía costar entre veinte mil y cuarenta mil pesos o más, en Turbo le pagaban entre tres mil y ocho mil pesos.

Mayra trabaja con tres barberos y otras dos trenzadoras en un salón de belleza, propiedad de un peluquero afrocolombiano, ubicado en una zona central y popular de la ciudad. Los clientes de

Mayra son en su mayoría hombres, jóvenes “blancos y negros”, entre los diecisiete y veinticinco años: “de tres personas negras que van, vienen seis blancas”, afirma. Las trenzas son solicitadas sobre todo por blancos, “rolos”, a quienes les “fascinan”, mientras las clientas afrocolombianas piden sobre todo alisados y cepillados.

La peluquería posee un ambiente hip-hop, expresado especialmente en la música, que busca responder a las expectativas de una clientela interesada en la cultura afro contemporánea, concebida como parte de sus raíces o escogida por afinidad estética o política.

Existe una colaboración entre las peluquerías afro de la zona que expresa la existencia de lazos familiares o comunitarios y de identidades étnico-raciales o regionales compartidas. Los peluqueros rotan entre establecimientos sin que se generen mayores conflictos; muchos provienen de pueblos distantes y es común que tomen vacaciones en diciembre para viajar a sus lugares de origen.

El género en la peluquería afro

Las experiencias de Mayra y de Johan permiten hacer algunas anotaciones sobre la manera como el género está presente, es producido o transformado en este sector de las peluquerías de Bogotá. En primer lugar, parece reafirmarse una división sexual del trabajo, asociada con ideas sobre el carácter femenino o masculino de las distintas especialidades, que diferencian el arte masculino de rasurar y realizar cortes con máquina a clientes varones y el arte femenino del peinado y el trenzado, en este caso, no solo a mujeres, sino también a varones.

En la entrevista, Mayra expresa que el arte del trenzado es algo que “lleva en la sangre” y que se remonta “a los abuelitos” y al África, lo cual coincide con las apreciaciones de Vargas sobre el arte del peinado y el trenzado afrocolombianos:

M: Pues dicen que más que todo esto de las trenzas empezó desde, uff, desde los abuelitos y que más que todo esto estaba en el África era que más se usaban las trenzas y pues de ahí se fue expandiendo.

AB: Desde los ocho empezaste a trenzar y ¿cómo aprendiste?

M: Mirando (risas).

AB: ¿A quién mirabas?

M: Eso es más que todo como un arte que uno lleva en la sangre y yo me quedaba mirando a mi hermana, mi hermana sabía trenzar y cuando ella estaba trenzando yo me quedaba mirándola por ratos y de ahí iba aprendiendo y le decía a ella que me enseñara. [...] Cogía las muñecas y las desbarataba de tanto hacerles trenzas (risas). [...] Allí fui aprendiendo hasta que vi que era capaz, mi mamá misma me colocaba la cabeza para que fuera aprendiendo o sea más que todo terminé de aprender en la cabeza de mi mamá y ella me decía arrégleme las trenzas para que vaya aprendiendo.

Aunque Mayra aprendió en Turbo los conocimientos básicos sobre el trenzado, en Bogotá amplió sus habilidades y perspectivas, estimulada por las exigencias de una clientela diversa, por el intercambio de experiencias con otras peinadoras y mediante su propia exploración en Internet. De este modo, aprendió a hacer nuevas formas de trenzado, con figuras, extensiones y *dreads*.

AB: Claro, me dijiste que sabías hacer *dreads*.

M: Eso lo aprendí a hacer acá, porque no tenía ni idea cómo se hacía. Cuando llegué acá empecé a ver cómo los tejían, porque esos se hacen con agujas de croché, toca enredar al

cabello bien enredado y después, cuando lo enreda, lo empieza a halar con la aguja, lo va halando, mete uno la aguja y la saca, y ahí va quedando.

Paradójicamente, los clientes que demandan este arte que reivindica su carácter femenino, tradicional y afrocolombiano son ante todo hombres urbanos, no negros, que quieren adoptar una estética alternativa, cuestionando los modelos de masculinidad dominantes.

En contraste, las mujeres afrocolombianas que solicitan los servicios de Mayra piden fundamentalmente alisados y cepillados. Mayra lo explica porque quieren ser modernas y por las exigencias de la vida y el trabajo en la ciudad, pero también por una tendencia general a querer cambiar de estilo: las mujeres negras quieren alisarse el pelo, los jóvenes blanco-mestizos quieren hacerse trenzas y *dreads*. Mayra entiende la apariencia como una necesidad de todas las personas de cuidar su imagen y la belleza como un atributo que deben cultivar todas las mujeres:

AB: ¿Por qué crees que es importante el arreglo corporal, la belleza, sobre todo el arreglo del cabello?

M: Para uno verse luminoso, porque cuando uno está desordenado, mal arreglado, nunca va a tener una buena presentación.

AB: Claro, no sé, ¿qué hace por ejemplo una mujer bella?

M: Atraer a los hombres (risa). Sí, porque usted sabe que los hombres más que todo se fijan en el cuerpo de la mujer, en la belleza, en el rostro, en lo bien arreglada que mantiene y si la ve muy mal trajeada, pues obviamente van a decir este no

es mi tipo de mujer. Sí, entonces, y como hay personas que dicen, “no, esa vieja es así mal trajeada, me imagino que así mismo va a estar su casa”.

AB: ¿Las mujeres negras tienen algún tipo de belleza que no presenta en las mujeres blancas, no sé, qué crees?

M: No, yo creo que todo eso es igual, yo creo que eso es igual, eso es, dicen que no hay mujer fea sino mal arreglada.

Los ideales estéticos que inspiran a Mayra provienen también de la cultura popular de masas y de la moda que imponen los íconos del rap y del pop, con sus visiones sexuadas: “los muchachos mantienen pendientes de las trenzas que se hacen los cantantes y vienen y se las hacen”. Algunos de los cantantes que más influyen en la moda del trenzado para los jóvenes son Don Omar, Chino y Nacho, mientras entre los modelos femeninos están las cantantes Shakira y Rihanna.

En cuanto a Johan, aunque su trabajo tiene un componente importante de diseño y creatividad, él no lo define como artístico, sino que destaca los rasgos masculinos y profesionales, relacionados con valores como el conocimiento y la destreza técnica, la fortaleza física, la sociabilidad entre varones y el cumplimiento. Los barberos que trabajan con él son sus “parceros” y gozan de su estima y reconocimiento profesional:

AB: Ajá... Su barbería es muy conocida, ¿por qué cree que sus clientes vienen acá?

JC: Pues, hombre, lo que le digo, este sitio es único, y de pronto como nos dicen muchos de los clientes que vienen acá, que cuando entran por esa puerta es un ambiente

totalmente diferente, ¿sí? Entonces de pronto... el ambiente acá y el talento... todos los parceros que trabajan acá son extra-súper-certificados.

AB: Sí, ¿qué criterios usted cuenta, pues, para contratar a sus barberos?

JC: Hermano, que... pues primero que todo que puedan cortar, que no estén todavía como en un tiempo de aprendizaje y que sí, que ya estén al mismo nivel que todos nosotros; segundo, viene como la atención al cliente, sí, cómo se dirige hacia el cliente y ese tipo de cosas [...] Pues sí miramos obviamente en qué partes han trabajado antes, pero no miramos así que la persona tenga mucho estudio, pues obviamente cuando empiecen a trabajar acá tienen que hacer su curso de bioseguridad y todo esto, ¿no? Pero que haya venido de la academia de esa tal... Nada. Porque aquí ninguno de los parceros aquí, actualmente, ninguno ha estudiado, todos hemos aprendido así, en el barrio.

A la pregunta de Alanis sobre la contratación de barberos homosexuales, Johan responde dubitativamente y hace énfasis en que los contrataría siempre y cuando “fueran personas profesionales” y no afecten “lo que ellos son en la barbería”, es decir, hombres heterosexuales. Johan es cristiano y afirma que sus barberos también son creyentes, aspecto que considera constitutivo de su barbería, en donde se hacen las cosas “de acuerdo con Dios”. El carácter masculino de la barbería está presente en el ambiente que quiere ofrecer a su clientela, para que se sientan confortables y puedan “hablar entre hombres”:

JC: Pues... pues hombre mi idea... primordial es que se sientan como en casa, ¿sí? Que sea un lugar donde uno escuche la música que le guste... ¿sí? Pueda hablar entre hombres, porque ¿sí? No siempre se puede hacer, y ¿sí? Estar muy comfortable.

AB: Los hombres que vienen acá... ¿usted cree que vienen en búsqueda de belleza o vienen en búsqueda de qué?

JC: No de belleza hermano, porque si no tiene la belleza natural, nada que hacer, pero aquí sí, la gente viene a que... a quedar pulidos, pulidos, bien pulidos.

AB: Pulido es...

JC: Es, es tener una buena presencia, es que cada detalle sea bien, bien, exacto que... que sí... con tener una apariencia... fresca.

Johan encontró un nicho en el que su propuesta de barbería masculina ha respondido a las demandas de un público numeroso de varones que aprecian este espacio de homosocialidad y los estilos de corte que ofrece.

Artistas peluqueras asesinas

La Peluquería es el nombre, genérico y singular a la vez, del espacio que un grupo de mujeres jóvenes con profesiones artísticas abrieron en una vieja casona del centro histórico de Bogotá, para materializar un proyecto en las fronteras entre el arte y los servicios estéticos. Su página web⁸ se abría con un fondo provocativamente rosado sobre el que aparece delineada una silla de barbería

8 <http://www.lpeluqueriabogota.com>

tradicional. Al explorar la información *about*, se encontraba la siguiente presentación: “Espacio artístico donde la peluquería como práctica artística es protagonista en una acción diaria sin espejos ubicada en un espacio mágico en pleno centro histórico de Bogotá”, complementado por un protocolo empresarial que definían la visión, la misión y los valores.

En esta propuesta se resaltaba el carácter artístico emergente y creativo del proyecto, el protagonismo de las mujeres que lo lideraban y su inserción dentro de las dinámicas culturales de la ciudad. Esta mezcla de libertad creativa y espíritu empresarial estaba al servicio, enfáticamente señalado en la página web, de una propuesta ante todo artística. Así, aunque el corte de pelo y los peinados ocupaban un lugar central en la vida cotidiana de La Peluquería, en la casa se realizaban otras actividades como exposiciones, venta de objetos de diseño, fiestas, conversatorios, residencias artísticas:

Somos artistas, primeramente, primerísima primeramente, primariamente, primíparamente. Hacemos exposiciones y agasajos, banquetes y conversatorios íntimos. Participamos en ferias de arte y feriamos tijeras. Convocamos artistas y también los invitamos a nuestras fiestas. En fin, vida social y arte emergente, abusivo y abrasivo.

Al revisar la página en el 2016, se encuentran algunos cambios de forma pero el sentido general y el lenguaje del proyecto se mantienen. Se abren nuevas ventanas para venta en línea, eventos, videos y proyectos de arte y se incluye un “Manifiesto” que inicia así:

La Peluquería no es propiamente una peluquería. No es un centro cultural, ni un museo, ni una galería ni una cafetería. Es simplemente un espacio que permite el crecimiento tanto del pelo como de la creatividad. La Peluquería es un Proyecto-lugar para el arte contemporáneo. Un espacio abierto para todos. Sala de la casa de nuestra gente, sala de partos del arte.⁹

La experiencia de estas peluqueras da cuenta de algunas de las tensiones que supone el desafío de intentar convertir el pelo en una materia de expresión artística, “interviniendo” cabezas, apariencias y, finalmente, personalidades ajenas. Estas ambivalencias están presentes en el calificativo de “asesinas” que ostentan provocadoramente las protagonistas de este experimento.

En la página web, “Peluqueras asesinas” conduce a una lista de actividades y servicios que incluyen “motiladas”, color, *styling* (“looks y maquillaje para producciones creativas en fotos, mentiras y videos”), asesorías de imagen (“y *looking* para bandas grandes, pequeñas y de delincuentes también”), laboratorios de peluquería (“todos los miércoles en la mañana, laboratorios de peluquería para conejillos indios dispuestos a experimentar de las mieles de lo gratis, en medio de tijeras asesinas experimentales y afiladas”).

Si bien los laboratorios de peluquería son el espacio en que estas artistas pueden desatar con mayor libertad su creatividad sobre las cabezas de quienes voluntariamente se someten a ello, el trabajo sobre clientes que pagan implica la tentación, propia

9 A la fecha de edición de este libro, 2024, las páginas web de La Peluquería se encuentran inactivas, pero se mantiene su comunicación a través de la cuenta de Instagram: https://www.instagram.com/peluqueras_asesinas/ [n. de e.]

del credo de los estilistas, de sentirse artífices de una transformación interior de su clientela.

Diana y María Alejandra son dos de estas “peluqueras asesinas”, estudiaron bellas artes y artes plásticas respectivamente y las dos tuvieron experiencias empíricas tempranas en el corte de pelo, como actividad informal, casera o entre amigos. Diana es de Medellín, llevaba menos de un año en Bogotá cuando descubrió los laboratorios de La Peluquería. Trabajó inicialmente como anfitriona y luego se convirtió en una peluquera menos “asesina” que las demás, según dice, en la medida en que es menos arriesgada y más respetuosa con la clientela.

AB: Oye, cuéntame eso un poquito de las peluqueras asesinas, ¿de dónde salió?

D: Yo exactamente no sé cómo fue la historia, solo sé que finalmente las peluqueras asesinas somos peluqueras distintas, que hacen lo que quieren y que te pueden hacer un cambio en un segundo, entonces más o menos es eso. Al principio empezó como que te sentabas en la silla y no podías decir nada, solo te sometías y te hacían, te metían la asesinada, ya a estas alturas del paseo no, no es tan así. Yo por ejemplo no soy tan asesina, hay otras que sí son muy asesinas [...]

SV: ¿Por ejemplo, tú haces qué? ¿Tú te diferencias en las demás en qué aspecto?

D: Eh... Eso es difícil de decir, pero yo soy como la más... como decirlo, clásica de todos, yo no soy tan arriesgada como las otras chicas. Yo propongo cosas como más tranquilas, hay otras que hacen unos cambios totales y siempre les gusta pasar de largo a la cintura a corto de un centímetro (risas).

El nombre de peluqueras asesinas hace referencia, entonces, a la libertad que se otorgan, con el beneplácito de sus “víctimas”, de realizar cambios extremos en el pelo y la apariencia de las personas. Allí reside el carácter artístico de su trabajo. A Diana, La Peluquería le permite desarrollar un arte no conceptual, ser una “artista de oficio”:

AB: ¿Qué pasó con las bellas artes?

D: Las estoy aplicando en cada corte, todos me quedan bellísimos, es un arte la peluquería, no, no, no sé. Terminé mi carrera y no me gustó el mundo del arte, me parece muy maluco y no me gusta el arte contemporáneo, no me gusta esa necesidad de tener un concepto, de explicar cada cosa que yo haga, soy una artista más de oficio, de pintar, de dedicarse a su obra y aquí lo estoy haciendo, cada persona es una obra distinta y es una escultura distinta que uno hace.

Para María Alejandra, el pelo constituye una materia, un medio plástico que le permite “intervenir” sobre una persona e incorporar otros medios de expresión artística, como el *performance* o el acto escultórico.

AB: Sí y entonces, ¿tú cómo aprendiste?

MA: Empíricamente, mirando cosas, pillando vainas, pero es que a mí la peluquería no me parece un oficio, no me parece un oficio como tal, me parece como un medio. Entonces, en ese sentido la cosa es distinta porque para mí es un medio plástico, para mí el pelo es una materia, porque, pues porque yo estudié artes plásticas y porque algo tuve que haber aprendido y algo tuve que haber pensado por eso. Entonces,

para mí el pelo es un medio, es una materia que uno puede intervenir. Y el hecho de que sea una persona a la que uno interviene, ya implica otros medios, como una especie de acción, un *performance*, un acto escultórico. Entonces, me parece que, como que se practican muchos medios cuando uno peluquea, me parece que las tijeras son como un lápiz, también, son muchas cosas que me parecen plásticas, entonces básicamente, eso fue lo que me gustó.

La relación que establecen estas peluqueras con las personas sobre quienes expresan su arte difiere de la usual ética de servicio al cliente, pero esto no significa que su trabajo esté exento de preocupaciones similares. En este sentido, las experiencias y actitudes de Diana y María Alejandra presentan contrastes interesantes. Cuando Diana expresa su complacencia al ver que sus clientas cambian de estado de ánimo gracias al corte que ella les hizo, su discurso no está muy lejos del de Miguel que examiné en un apartado anterior.

AB: ¿Xuál es la parte más agradable de ser peluquera?

D: el poder de transformar a las personas, uno de alguna manera tiene en sus manos como la capacidad de volverlos, yo no sé, llegan acá como decaídos y salen felices [...] como orgullosos, no sé, como cambiados, uno los puede cambiar y puede pasar; generalmente pasa para bien, pero también puede que se vayan aburridos (risas), pero lo importante está en manejar esa capacidad por el lado que tiene que funcionar y eso me parece lo más chévere.

El poder de transformar a las personas internamente, a través de un cambio externo, es una fuente de orgullo personal y profesional. Usualmente, estos aciertos resultan de la negociación entre los deseos de la clientela y la interpretación que de ellos hacen las peluqueras. Diana intenta conciliar sus intuiciones creativas y las expectativas de sus clientes y clientas; se preocupa por conocer lo que buscan cuando llegan a “La Pelu”, hace lo posible para que no se asusten y confíen en su trabajo. Para María Alejandra, el asunto está asociado a emociones más fuertes, ligadas al deseo y al riesgo que asumen las personas al querer cambiar radicalmente, tarea que ella emprende desde su mirada artística y que puede generar una fuerte relación entre ella y su clientela:

Pues no sé, como explorar otro tipo de cosas, además que es un video el pelo, el pelo no es solo una materia como tal, como algo formal, o sea, me refiero a que un pelo implica muchas cosas, acá viene mucha gente como, “ay, es que quiero cambiar”. Y eso ya implica unas vainas emocionales muy, muy interesantes y muy del putas, que uno explora y a veces uno crea una relación con la persona a la que le está cortando el pelo muy chévere.

Y eso es lo que me interesa: generar cambios [...] No sé, yo nunca peluqueo como pensando que le voy a hacer un mal a la persona que estoy peluquiando, me entiendes; es todo lo contrario, es como generar un cambio, un cambio fuerte, como jueputa, fui a La Peluquería y soy otra u otro.

A pesar de ser un proyecto artístico de un grupo de mujeres, La Peluquería no se define como feminista ni tampoco lo hace individualmente ninguna de sus integrantes. Sin embargo, sus

prácticas transgreden en múltiples aspectos las relaciones de género y las normas de feminidad dominantes, empezando por su papel como sujetos artistas que se apropian de elementos de las barberías masculinas tradicionales, desde las sillas hasta la máquina de rasurar, para construir una propuesta hecha por mujeres.

En la página web de La Peluquería se juega con los estereotipos de la feminidad y de lo femenino: la silla de barbería dibujada flota en una atmósfera color rosa. Uno de los proyectos de arte se llama “las cabecigüecas: un proyecto para chicas plásticas, aburridas, elegantes, glamurosas y envidiosas”; se ofrecen eventos “como en la casa, pero en la casa... atendidos por las asesinas”; se combinan conversatorios y salón de té y se invita a ponerse en contacto con ellas con estas palabras:

Estamos a la espera de su contacto, puede solicitar cualquier información, cotización, puede escribir cualquier información, puede escribir cualquier inquietud, escribírnos cartas de amor, solicitarnos su horóscopo y hasta proponernos matrimonio. Solo escriba, llame, hable o venga.

Estilistas y clientela: producción de sentidos recíprocos

Los significados del trabajo y la división sexual de las ocupaciones, saberes y actividades son un aspecto importante de la configuración de género en el campo de las peluquerías y salones de belleza. Como lo muestran los relatos de las y los profesionales entrevistados, las representaciones de género se producen en la interacción con la clientela y sus expectativas.

La industria de la belleza puede ser entendida como una *tecnología de género*, en la medida en que contribuye a producir el

género como proceso y como producto de la representación y la autorrepresentación de lo femenino y lo masculino, a través de las prácticas que tienen lugar en los salones de belleza y que involucran a profesionales y clientes (Arango, Bello y Ramírez, 2013).

A pesar de la influencia de la industria global de la belleza, hegemonicamente blanca y eurocéntrica, en los salones y peluquerías, las representaciones de la feminidad y la masculinidad no son estables ni homogéneas. Están permeadas por otras lógicas de diferenciación asociadas con desigualdades socioeconómicas, identidades étnicas y culturales, edad, profesión y otras. Allí se producen encuentros, desencuentros y negociaciones entre estilistas y clientela que contribuyen a reforzar y adaptar los modelos dominantes de belleza, pero también pueden ser espacios para la producción de nuevas representaciones.

Aunque en Bogotá, las peluquerías y salones de belleza están distribuidos a lo largo y ancho de la ciudad, como se señala en el primer capítulo, las experiencias de las clientas y los clientes entrevistados revelan la gran heterogeneidad de esta oferta estilística, la calidad desigual de los servicios y su incipiente profesionalización. Las desigualdades de posición socioeconómica y cultural marcan grandes diferencias en las condiciones de acceso a servicios profesionales, en la medida en que estos se complementan con el arreglo hecho en casa. En este contexto, el recurso a servicios profesionales remunerados no depende únicamente del nivel de ingresos, sino también de las ideas y sentimientos de las personas sobre su propio cuerpo y apariencia, sobre su disposición a ser atendidas por especialistas y a invertir tiempo y dinero en ello. Depende también de su deseo o reticencia a exponerse a la evaluación estética de estilistas (Arango, Bello y Ramírez, 2013).

En este apartado mostraré modos distintos de entender el servicio de peluquería a partir de la experiencia de

algunos de sus usuarios y usuarias, situados en distintas posiciones socioeconómicas.

En sectores populares, Elisa es una empleada doméstica de cuarenta y cuatro años, quien solo acude a la ayuda profesional cuando necesita cortarse el pelo: una vecina que tiene un pequeño salón en su casa le hace el mismo corte cómodo y práctico cada tres o cuatro meses por un precio muy económico. En cambio, Ana, de cincuenta y tres años, vendedora en un expendio de comidas rápidas, va a salones de belleza para corte y tintura, arreglo de cejas, depilación y acepta pagar sumas que resultan comparativamente elevadas para sus ingresos. Su gusto por los salones de belleza está asociado con la libertad que conquistó después de enviudar siendo muy joven. Ana y Elisa se sienten partícipes del ideal moderno del estilo personal, afirman la libertad de sus escogencias y defienden la naturaleza femenina de su apariencia.

En sectores medios de la ciudad, la búsqueda de ascenso social o los procesos de desclasamiento afectan la relación de las mujeres con los servicios estéticos. Ángela, secretaria de cuarenta y nueve años, con estudios tecnológicos, fue socializada en una familia que valoraba el arreglo personal y el uso de salones de belleza, de modo que ella va a peluquerías con la frecuencia que le permiten sus ingresos para hacerse rayitos, despuntar y peinar su pelo largo y cultivar su imagen femenina.

Por su parte, Carolina, psicóloga de cincuenta y seis años, disfruta también de su arreglo personal y el cuidado de la feminidad, pero tiene una relación conflictiva con los servicios de los salones de belleza, porque no responden a sus expectativas de calidad, profesionalismo y servicio al cliente. Aunque ha estado en salones de belleza de alta calidad, los considera demasiado costosos.

En sectores altos, Luisa, psicóloga de sesenta y cinco años, frecuenta los salones de belleza desde los diez años. Acude a ellos regularmente y con agrado para obtener una atención profesional que la haga verse y sentirse bien: el “artista” estilista ocupa un lugar muy importante y es quien le corta el pelo. Luisa ha sido cliente leal de peluqueros de reconocida trayectoria en su medio social y ha tenido la oportunidad de ser atendida por grandes estilistas en París o Nueva York. El arreglo cotidiano de manos y la coloración de las raíces del pelo son asegurados por una manicurista que la atiende en su casa, trabajo que Luisa diferencia claramente del que realiza el artista peluquero.

Como alta ejecutiva, Carmen codifica su aspecto físico en términos de “distinción, elegancia y discreción” y procura verse como una “mujer clásica y exclusiva”. En contraste, Vanesa, trabajadora sexual de treinta y cinco años, reivindica su feminidad y la dignidad de su trabajo cultivando una apariencia femenina “sencilla, coqueta y de tacón alto”; procura “mantenerse maquillada, bien arreglada, bien perfumada y aseada” y destaca la longitud y belleza de su pelo como un atractivo en su trabajo.

Aunque su trabajo en la industria del sexo impone controles masculinistas sobre su apariencia y su corporalidad, esta actividad también le ha permitido construir una autorrepresentación de identidad femenina en confrontación con las normas de pasividad, delicadeza y dependencia que se erigen desde la matriz heterosexual contra las mujeres (Arango, Bello y Ramírez, 2013, p. 196).

Para estas mujeres, de distintas maneras, el uso de los servicios de peluquería y la apropiación de la cultura de la belleza ocupan un lugar en la expresión de su individualidad y en su manera de

entender o desafiar las normas de feminidad y otras categorías de diferencia.

Existen asimismo resistencias y cuestionamientos a la cultura de la belleza que se expresa a través de salones y peluquerías, y a sus dimensiones clasistas, racistas y heterosexistas. Sonia y Alejandra son dos mujeres jóvenes que manifiestan una actitud crítica. Sonia proviene de sectores populares urbanos y se identifica con la ideología política y la estética corporal punk. Para ella, las peluquerías son espacios de feminización, donde se enseña a las mujeres a cumplir con el mandato heterosexual de “ser bellas”. Sonia reivindica el cuidado propio de su pelo y su apariencia física como un acto de autonomía corporal, de autodefinición y de rechazo al consumismo.

Por su parte, Alejandra, docente universitaria que se identifica como negra y feminista, critica la norma de “blanquitud” que estructura las concepciones de belleza, los servicios que ofrecen las peluquerías y la estética de los salones, marcando estos espacios como sitios de racismo, en donde se ha instaurado la imagen de lo negro como lo “antiestético”. Alejandra cuestiona la falta de una oferta para el cuidado del pelo afro o de las técnicas de maquillaje para pieles oscuras en los establecimientos de clase media y alta. Reclama una “estilización” y una “dignificación” de las peluquerías afro en la ciudad para romper con la naturalización de la negritud con lo popular, lo no estético, lo feo o lo exótico.

La idea de que la belleza es ante todo un asunto y un mandato para las mujeres marca diferencias en las representaciones de género, los sentidos y prácticas que hombres y mujeres atribuyen al uso de servicios estéticos. En diferentes posiciones sociales, los hombres entrevistados tienden a darle un sentido eminentemente “práctico” y “descomplicado” a su arreglo personal, relacionado con una adecuada “presentación” en sus contextos laborales.

Los varones entrevistados afirmaron hacer un uso esporádico de servicios de *manicure* o depilación y negaron rotundamente utilizar tintes, peinados o maquillaje, marcando una clara diferenciación con respecto a los usos femeninos del arreglo personal. Entre ellos, se distingue Alfredo, heterosexual, casado y de clase media, quien expresa su gusto por una mayor frecuencia y experimentación en el cuidado de su pelo, que podría incluir la tintura, pero se reprime, debido a la censura social que percibe y que tiende a “señalar” como gay a todo hombre que se preocupe “demasiado” por su apariencia física (Arango, Bello y Ramírez, 2013).

Reflexiones finales

Las experiencias relatadas revelan que la configuración actual del trabajo en el sector de las peluquerías y salones de belleza en Bogotá no puede aprehenderse únicamente desde el lente de las calificaciones, la especialización de los oficios o el desarrollo de la industria global de la belleza. La naturaleza del trabajo corporal, simbólico y emocional que allí se realiza compromete identidades y establece diferencias y desigualdades de distinto orden en las que el género ocupa un papel central. El trabajo estético no solo requiere competencias y saberes que van más allá de lo técnico, habilidades relacionales y emocionales, sino que involucra la corporalidad y la identidad social, de género y racial de profesionales y clientes.

Sin duda, el crecimiento de la industria global de la belleza tiene efectos muy importantes en la transformación de prácticas y saberes domésticos en servicios profesionales o semiprofesionales, y hace emerger nuevas figuras, como la del estilista integral o el artista de la imagen. No obstante, a pesar de la creciente calificación formal o empírica de las mayorías femeninas que se

desempeñan en este sector, las estrategias de valorización comercial de los servicios estéticos tienden a conservar una visión sexuada de la división del trabajo que pone en la cima de la autoridad y el prestigio profesional a los varones, se reconozcan estos como gays o como heterosexuales.

El género atraviesa los discursos y prácticas de estilistas y clientes; se expresa en sus concepciones de la apariencia, la belleza y el trabajo de peluquería. La industria de la belleza global promueve la imagen artística de la peluquería de lujo, ideal que es retomado por una minoría de las y los profesionales entrevistados.

En contraste, el arte de la peluquería que reivindican peluqueros y peinadoras afrodescendientes combina elementos de un arte popular que expresa una identidad cultural tradicional de raíces africanas con fenómenos globales ligados a culturas juveniles y musicales afrodiaspóricas como el rap, el hip-hop y nuevas expresiones del “*black is beautiful*”. En estos espacios, los discursos y prácticas en torno al peinado y la peluquería están atravesados por diferencias de género en las formas de aprendizaje, el sentido del trabajo, la concepción de la belleza y la apariencia.

La plasticidad del campo de la peluquería se expresa asimismo en proyectos alternativos como la propuesta artística de las autodenominadas “peluqueras asesinas”. Este experimento porta transgresiones y ambivalencias en relación con el orden de género y una afirmación de identidad social de las peluqueras en cuanto sujetos artistas que pretenden ejercer libremente su capacidad expresiva sobre el pelo y la apariencia de sus clientes.

Finalmente, los relatos de la clientela revelan cómo la identificación con las categorías de feminidad y masculinidad permean los sentidos que construyen mujeres y hombres alrededor de su apariencia física. Los hombres se mueven dentro de los límites que definen la masculinidad y se alejan de la frontera en donde

un interés “excesivo” en el cuidado de su apariencia puede llevarlos a extraviarse del orden simbólico masculino heterosexual dominante. Entre tanto, las mujeres expresan autorrepresentaciones que reproducen, redefinen o cuestionan las normas de feminidad. Estas son moduladas por diferencias ligadas a sus identidades sexuales, étnico-raciales, profesionales o de edad y se expresan a través de elecciones estilísticas que se adecuan con relativo éxito a la feminidad hegemónica o la renegocian de manera ambivalente para reivindicar la dignidad de posiciones sociales desventajosas o estigmatizadas.

Bibliografía

- Arango, Luz Gabriela (2010). Género e identidad en el trabajo de cuidado. En Enrique de la Garza Toledo y Julio César Neffa (coords.), *Trabajo, identidad y acción colectiva* (pp. 81-108). México: Clacso, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, Plaza & Valdés.
- Arango, Luz Gabriela (2011). Género, trabajo emocional y corporal en peluquerías y salones de belleza. *La Manzana de la Discordia*, 6(1), 9-24.
- Arango, Luz Gabriela; Bello, Jeisson y Ramírez, Sylvia (2013). Género, belleza y apariencia: la clientela de peluquerías en Bogotá. *Revista Nómadas*, (38), 185-200.
- Arango, Luz Gabriela y Pineda, Javier (2012). Género, trabajo y desigualdades sociales en peluquerías y salones de belleza de Bogotá. *Revista de Ciencias Sociales*, (10), 93-130.
- Daune-Richard, Anne-Marie (1998). Qualifications et représentations sociales. Margaret Maruani (dir.), *Les nouvelles frontières de l'inégalité. Hommes et femmes sur le marché du travail* (pp. 47-58). París: La Découverte.

- Hochschild, Arlie (1979). Emotion work, feeling rules, and social structure. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575.
- Hochschild, Arlie (1983). *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Jacobs-Huey, Lanita (2006). *From the Kitchen to the Parlor. Language and Becoming in African American Women's Hair Care*. Oxford: Oxford University.
- Jones, Geoffrey (2010). *Beauty Imagined: A History of the Global Beauty Industry*. Oxford / New York: Oxford University Press.
- Vargas Álvarez, Lina María (2003). *Poética del peinado afrocolombiano*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

Belleza negra, modernidad y resistencias en Brasil*

Aunque existan aspectos comunes que remiten a la construcción de la identidad negra en Brasil, cada vez se entiende mejor que, para discutirla, debemos considerar siempre a los sujetos que las construyen, no solamente en un plano colectivo sino también individual. Lo más difícil, después de conocer esas estrategias individuales, es interpretarlas, sin juzgarlas ni clasificarlas como más o menos politizadas, más o menos correctas. Tal vez así comprenderemos cómo las personas negras construyen su identidad en sus propios términos.

Gomes (2002, p. 47)

Durante una estancia posdoctoral en Campinas, Brasil, entre el 2012 y 2013, tuve la oportunidad de explorar los servicios de peluquería dirigidos a una clientela negra, a través de una revisión bibliográfica y de la visita a tres establecimientos: dos situados en Campinas y uno en Belo Horizonte, en donde pude entrevistar a seis estilistas. Con base en esa exploración, presento en este

* Publicado en Luz Gabriela Arango y Javier Pineda (eds.), *Género, trabajo y cuidado en salones de belleza*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2018. Este artículo retoma parcialmente y amplía sustancialmente las reflexiones desarrolladas en anteriores publicaciones en francés y portugués: Arango (2016a, 2016b).

artículo algunas reflexiones y perspectivas sobre los servicios de cuidado del pelo dirigidos a mujeres negras en Brasil, en diálogo con discusiones sobre la forma como los salones de belleza y los servicios estéticos especializados en una clientela afro se relacionan con el racismo, se adaptan, resisten y proponen nuevas representaciones de la belleza negra.

Aunque privilegié el análisis de la oferta de servicios y la visión de peluqueras y estilistas sobre su trabajo, también me aproximé a las expectativas de las mujeres que acuden a estos servicios, desde la mirada de las trabajadoras y empresarias entrevistadas, apoyándome igualmente en relatos e interpretaciones plasmados en otras investigaciones. Me inspiro en algunas de las propuestas teóricas que los estudios sobre el racismo y los estudios feministas han elaborado para analizar el papel del pelo en la experiencia del racismo y las tensiones que surgieron entre los movimientos políticos y culturales negros, las ideas y prácticas de las y los profesionales de la belleza y el desarrollo de un mercado de servicios estéticos dirigidos a la población negra, particularmente a las mujeres, en Estados Unidos y en Brasil.

Estas experiencias pueden inscribirse en lo que Giovana Xavier (2013) denomina *procesos múltiples de formación racial*. Con esta categoría, Xavier destaca el carácter situado, histórico y cambiante de las relaciones sociales que se construyen localmente en torno a la idea de raza, cuerpo y belleza negra. Estas relaciones se articulan con sistemas de dominación que trascienden los marcos nacionales con sus regímenes sociorraciales particulares (modelo segregacionista norteamericano o modelo brasileño del mestizaje, por ejemplo) y en ellas las personas negras ejercen una agencia que participa en la transformación o resignificación de las ideas y prácticas estéticas:

Las narrativas del mercado de la belleza tuvieron un papel importante en la reconstrucción de la feminidad negra y en la creación de un sistema de color que jerarquizaba a los afroamericanos y a los negros brasileños, en especial a las mujeres, con base en el tono de piel claro u oscuro, el pelo crespo o liso, las facciones finas o gruesas. Todo ello se hizo dentro de un sistema de opresión que se manifestó a escala global y que difundió un modelo de belleza eugenésica, creado y alimentado por el mundo negro. En lugar de reducir la acción de sus integrantes al simple deseo de volverse blancos, considero que pensar ese modelo desde una perspectiva de “agencia negra” permite entender de manera más compleja la historia de las relaciones raciales en el mundo atlántico y reconocer múltiples “procesos de formación racial”, elaborados como respuesta al racismo experimentado cotidianamente por sujetos negros en distintos tiempos y lugares (Xavier, 2013, p. 445).

Las experiencias seleccionadas son solo una parte de un panorama heterogéneo, en donde las particularidades regionales, las diferencias de clase, género o edad, las diversas posiciones políticas y construcciones de identidad configuran muy diversas formas de vivir y responder al racismo y a sus normas estéticas. Aunque mi reflexión se sitúa en Brasil, consideré importante presentar los principales rasgos de las luchas en torno a la belleza negra en Estados Unidos, ya que no solo existen similitudes, sino también interrelaciones históricas concretas entre las experiencias de los dos países.

En este análisis contrastaré experiencias en torno al cuidado del pelo e interpretaciones sobre su significado; me arriesgaré a incorporar algunas consideraciones sociológicas sobre las

diferencias ligadas a la clase y la posición socioeconómica, pero evitaré juzgar el grado de politización, de cuestionamiento o reproducción de la dominación racial de dichas prácticas. Si hacerlo resulta difícil para una académica afrobrasileña como Nilma Gomes, que ha experimentado personalmente y desde su infancia el racismo en su país, lo es aún más para una académica colombiana y blanco-mestiza, de paso temporalmente por Brasil.

Se trata, ante todo, de darle un lugar en este libro a una de las resistencias más significativas dentro de la industria global de la belleza, acercarnos al trabajo de las y los estilistas afrobrasileños que se especializaron en la atención de una clientela negra, aproximarnos a la comprensión de la especificidad de sus prácticas y de los significados otorgados a su profesión o vocación. Para ello, distinguiré cinco experiencias que se diferencian por el tipo de servicio ofrecido, las particularidades de la clientela y los significados de la belleza negra, fundamentalmente.

En primer lugar, me referiré a la idea de belleza negra propuesta por el movimiento afrobrasileño de Bahía, con base en los trabajos de Osmundo Pinho y de Cintia Cruz, en particular la presentación que hace esta última de la “Negra Jhô”, uno de los íconos de las peluquerías étnicas en Salvador.

En segundo lugar, analizaré los salones “étnicos” inscritos en la industria de la belleza, que reivindican una identidad negra y se dirigen a una clientela mayoritariamente negra, femenina y de clase media. Para ello, tendré en cuenta dos salones que visité en Campinas: Beautiful Black, en donde entrevisté a su propietaria, Fatima, y Afro Brasil Cabeleireiros, en donde conversé con Dinho, Grace Kelly y Adriana. También es importante para mi análisis el estudio de Nilma Gomes (2006) sobre cuatro salones en Belo Horizonte: Beleza Negra, Preto e Branco, Dora Cabeleireiros, Beleza em Estilo.

En tercer lugar, estudiaré la cadena de salones Beleza Natural, presente en varias ciudades del Brasil y ejemplo paradigmático de salones especializados en el cuidado del pelo crespo, que no usan referentes étnicos ni raciales y cuya clientela está constituida por mujeres negras de clases medias y populares. Me apoyaré en el trabajo de Cintia Cruz y en el análisis de la página web de la empresa.

En cuarto lugar, presentaré el análisis de Mylene Mizrahi sobre la estética del pelo entre mujeres de la escena *funk* en Río de Janeiro, cuya experiencia amplía las posibilidades interpretativas de las resistencias estéticas al racismo.

Finalmente, me referiré a la experiencia de Luciana, estilista especializada en trenzas y extensiones, propietaria de un pequeño salón de belleza que visité en una favela de Belo Horizonte, en donde trabaja con su hija Brenda para una clientela mixta, vecina del barrio.

El surgimiento de una industria de la belleza negra en Estados Unidos y Brasil

El racismo es un código ideológico que toma atributos biológicos como valores y significados sociales e impone al negro una serie de connotaciones negativas que lo afectan social y subjetivamente. No obstante, en el movimiento dialéctico de las relaciones sociales, la acción del racismo sobre los negros se traduce en formas variadas, sutiles y explícitas de reacción y resistencia. En ese contexto, el pelo o el color de piel pueden salir del lugar de la inferioridad y ocupar el lugar de la belleza negra, asumiendo una significación política.

Gomes (2002, p. 49)

Las resistencias a la estigmatización racista del pelo crespo se han expresado tanto en las luchas y discursos de las organizaciones y movimientos negros y afroamericanos como en prácticas cotidianas que otorgan nuevas significaciones al peinado y la apariencia, y se apartan de la desvalorización social dominante. En el caso norteamericano la expresión *hair is political* expresa la existencia de estas luchas, de las múltiples estrategias simbólicas y discursivas que las atravesaron y de sus transformaciones. Numerosos estudios revelan el papel que jugaron las y los profesionales de la peluquería en este proceso y las tensiones que se generaron con los líderes del movimiento negro.

La historia de este proceso en Estados Unidos ha sido documentada con relativa amplitud, pero se sabe menos sobre la forma como dicha historia se relacionó con procesos análogos en otros países. En Brasil, el tema ha ido ganando interés en la investigación y el activismo y actualmente se cuenta con un número creciente de investigaciones que contribuyen a reconstruir e interpretar esta historia, varias de las cuales identifican relaciones y paralelismos entre las resistencias negras en torno al pelo y la belleza en Brasil y Estados Unidos.

Movimiento negro, estilistas y belleza cívica

A lo largo de las dos primeras décadas del siglo xx, los temas de la belleza y feminidad negra ocuparon un lugar importante en los debates de los movimientos que defendían los derechos de la comunidad negra en Estados Unidos. Numerosas mujeres participaron en los esfuerzos realizados por las clases medias estadounidenses a favor de la “dignidad de la raza”. La falta de reconocimiento de las mujeres en asociaciones como la National Negro Business League (NNBL) las impulsaron a crear sus

propias asociaciones. Mme. J. C. Walker, una de las más célebres empresarias de la belleza, quien logró construir una fortuna con sus productos para el pelo crespo, denunció la falta de respeto de los empresarios negros hacia las mujeres en la convención de la NNBL que se realizó en 1912. Tres años más tarde, el éxito de los salones de belleza negros los convierte en tema central de la décimo sexta Convención Anual de la NNBL. A partir de allí, surgen distintas asociaciones como la National Negro Cosmetic Manufacturers Association, en Filadelfia en 1917, dirigida por Mme. J. C. Walker o la National Beauty Culturists League (NBCL) en 1919, considerada la principal organización de la industria de la belleza negra (Gill, 2001).

A pesar de que varias de estas mujeres empresarias fueron también dirigentes políticas o comunitarias, su trabajo fue objeto de fuertes críticas por algunos líderes del movimiento negro, quienes las acusaron de querer imitar a las mujeres blancas alisándose el pelo. Ellas argumentaron que su propósito era permitir a las mujeres negras acceder a cuidados para la salud y la belleza de su pelo, de los que habían sido privadas. En esa medida, también estaban aportando a la dignidad de la raza que promovía la National Association for the Advancement of Colored People (NAACP) (Gill, 2001).

Gimlin (2002) adjetiva como “cívica” a la belleza promovida por la publicidad de cosméticos enmarcada en las luchas por la dignidad de la raza y en la promoción de un nuevo ideal de mujer negra, dirigido a las clases medias. La belleza negra era “cívica” porque su objetivo específico era superar las marcas del pasado de esclavización, rescatando la fuerza y creatividad de la comunidad negra.

La historiadora brasileña Giovana Xavier ha emprendido un trabajo cuidadoso para comparar las experiencias de Brasil

y Estados Unidos, para lo cual propone un “análisis transnacional” del mercado de la belleza negra en los dos países. Inspirada en Brent Edwards, Xavier propone una perspectiva que supere el análisis meramente comparativo y estudie experiencias compartidas alrededor de un mismo tema, rechazando los límites teóricos y geográficos del Estado nación (Xavier, 2013).

Los estudios de Xavier sobre la publicidad en la prensa local revelan que desde la década de 1920 existían en Brasil salones y productos de belleza dirigidos a una clientela negra. Por ejemplo, el Instituto Dulce, en São Paulo y Río de Janeiro, ofrecía un “servicio de calidad” para alisar el pelo, cortarlo u ondularlo; prometía un sistema rápido, infalible y barato, y anunciaba un instrumento novedoso: el peine “*cabelisador*”. Así mismo, en 1930, el Salão Brasil, en Río de Janeiro, celebraba su primer aniversario y su éxito entre las mujeres de color. A semejanza de la propaganda norteamericana, ofrecían tratamientos “científicos” para el pelo crespo.

Los debates alrededor de la belleza negra permean las estrategias políticas del movimiento negro norteamericano y brasileño a lo largo del siglo xx, y abarcan los concursos de belleza y los discursos de prensa. Xavier señala el caso del periódico *O Clarim d'Alvorada*, en el que expresaba sus ideas la élite letrada negra, mayoritariamente masculina, de São Paulo. En 1931 se promovían en esta publicación concursos de belleza negra y se resaltaba la importancia de crear una sociedad cooperativa para la promoción de la raza.

Xavier resalta el papel de los varones, líderes del movimiento negro, en la definición de los ideales de belleza femenina y establece un paralelo entre “los hombres de color” de Brasil y “los hombres de raza” de Estados Unidos, retomando la propuesta de Carby. Cita el caso de W. E. B. Du Bois, quien aconsejaba a su

hija, antes de su ingreso a la universidad, para que respondiera a quienes la importunaran con preguntas sobre su pelo defendiendo la belleza de esta como símbolo de la feminidad negra. Xavier retoma los argumentos de Rooks (1996, p. 15) sobre la configuración del cuerpo de la mujer negra como “terreno apropiado por lo masculino”.

Sin embargo, las mujeres no estuvieron ausentes en estas disputas: intelectuales como Katherine Tillman, Eunice Paula da Cunha o Maria Nascimento hicieron parte de las élites letradas y aportaron argumentos al debate sobre la promoción de la comunidad negra. Simultáneamente, las imágenes utilizadas por la prensa y la publicidad negras en los dos países recogían ideas construidas por las mujeres sobre sus vidas, sus cuerpos y sus percepciones sobre la apariencia. Xavier (2013) destaca la centralidad que desempeñó lo femenino en el proceso de producción de nuevas representaciones de la comunidad negra durante las primeras décadas del siglo xx.

En cuanto a la emergencia de la industria de la belleza negra, Xavier descubre conexiones entre Brasil y Estados Unidos durante la década de 1920. Cita el caso de Anita Patti Brown, esteticista afronorteamericana de Chicago, que ofrecía cosméticos de lujo brasileños (Brazilian Toilet Luxuries) a “módico precio norteamericano”, en particular una crema blanqueadora para el cutis, inspirada en fórmulas usadas en salones de belleza de Río de Janeiro (Xavier, 201, p. 442). Así mismo, en Oklahoma se vendía desde 1916 una “crema brasileña” para el crecimiento del pelo: Brazilian Hair Grower. En algunos periódicos negros norteamericanos, como *The Baltimore Afro-American* o el *Chicago Defender*, Brasil era presentado como un paraíso racial, un país sin racismo y de intenso mestizaje entre blancos y negros, idea que era esgrimida para justificar la calidad de los productos de belleza

brasileños “que prometían no solo una buena apariencia, sino, sobre todo, respeto y ascenso social a las mujeres negras del mundo libre” (Xavier, 2013, p. 444).

En Estados Unidos, los salones de belleza desempeñaron distintos papeles: sirvieron de sitios de encuentro y de resistencia contra el racismo, pero su evolución revela también las distancias de clase que atravesarán a la comunidad negra. Desde la legendaria Mme. J. C. Walker, una gran parte de las luchas por la belleza negra se dirige hacia sectores medios y se asocia con estrategias de ascenso social, de acceso a la modernidad y a una feminidad respetable (Wolcott, 2001). *bell hooks* rescata el significado inicial de los salones de belleza a los que acudían las mujeres negras para alisarse el pelo, como lugares de encuentro y complicidades femeninas, al tiempo que señala las ambivalencias de la práctica del alisado como exigencia ligada al racismo:

El salón de belleza era un espacio de aumento de conciencia, un espacio en el que las mujeres negras compartían cuentos de la vida –penurias, tribulaciones, chismes–; un lugar en el que una podía ser confortada y renovar su espíritu. Para algunas mujeres, era un lugar de descanso donde una no tenía que satisfacer las exigencias de niños u hombres [...] Estas positivas implicaciones capacitantes del ritual del planchado del pelo median pero no cambian las implicaciones negativas (*hooks*, 2005, p. 5).

Las relaciones entre el movimiento negro y el movimiento feminista muestran otras asincronías en el tema de la belleza. En 1968, mientras el movimiento feminista blanco norteamericano denunciaba los concursos de belleza, la NAACP organiza el primer concurso Miss Black America, como forma de protesta

contra la exclusión de las mujeres negras del título de *miss America* (Craig, 2002). Los concursos de belleza negra fueron permeados por discusiones sobre el tono de piel, la textura del pelo, el grosor de los labios y otros rasgos fenotípicos que revelaban una preferencia por las mujeres mestizas y una discriminación hacia las mujeres con rasgos más “típicamente negros”.

***Black is beautiful*: liberación del pelo crespo, africanidad y belleza natural**

Hacia mediados de la década de 1960, la frase “*black is beautiful*” expresa el orgullo de una nueva generación que cuestiona las normas de la buena presentación personal vigentes entre las clases medias negras estadounidenses, que exigían a las mujeres llevar el pelo alisado y bien peinado. La liberación del pelo crespo y su exhibición en el espacio público transforma las experiencias subjetivas de las niñas negras y las enfrenta a la generación precedente. Durante la década de 1960, las políticas de identidad se vuelcan hacia el África, se reivindican peinados como las trenzas y los *dreads*, se afirma la apariencia natural del pelo. El compromiso político se expresa y se mide en el estilo del peinado (Craig, 2002).

En estrecha relación con la evolución de los movimientos negros y afronorteamericanos, las peluqueras y los peluqueros irán configurando una “cultura de la belleza” negra, es decir, un conjunto de saberes, prácticas y patrones estéticos que compite con la cultura de la belleza blanca dominante. En su investigación sobre el acceso de las mujeres afroamericanas a la cultura de la belleza, Susannah Walker (2007) rastrea este recorrido a través de las estrategias publicitarias de la industria cosmética, entre 1920 y 1975.

Walker afirma que las y los estilistas afronorteamericanos celebraron la belleza de las mujeres negras, defendieron su derecho a acceder a servicios estéticos profesionales y reconocieron un abanico amplio de tonos de piel y texturas del pelo, al tiempo que luchaban por hacerse un lugar en la industria de la belleza dominada por los blancos. Walker reconstruye algunas trayectorias de mujeres y hombres negros que alcanzaron un reconocimiento en la industria de la belleza internacional.

Esta autora periodiza el recorrido así: durante las décadas de 1920 y 1930 la cultura de la belleza negra norteamericana hacía parte de un programa de “dignificación de la raza”, que prometía liberar a las mujeres negras de la pobreza y la opresión del trabajo; entre 1940 y 1960, las y los estilistas negros retoman los ideales del movimiento por los derechos civiles, promueven la independencia económica de las personas negras y la “entre las razas”; a finales de la década de 1960, la industria de la belleza negra adopta el estilo “afro” como expresión de juventud y desenvoltura e incorpora la retórica del orgullo negro; a partir de la década de 1970, el auge de una industria de la belleza dirigida a un público que se reconoce como negro es un hecho irreversible y representa un inmenso mercado en Estados Unidos.

Grandes corporaciones, como Avon, intentan seducir a las y los consumidores afroamericanos, ofreciéndoles segmentos de producción especializados. Se hacen esfuerzos por consolidar una industria cosmética propia con empresas como Murray’s Superior Products, Johnson Products y Supreme Beauty Products (Walker, 2007, p. 192), y se desarrollan institutos especializados en el cuidado del pelo crespo que incorporan tecnologías cada vez más sofisticadas, mientras las grandes estrellas de la música, el cine, la moda y la televisión juegan un papel destacado en la difusión de productos y estilos de peinado.

bell hooks critica la forma como la industria de la belleza genera productos nuevos, cada vez más costosos, para el tratamiento y alisado del pelo. Considera que este desarrollo redundante en que los salones de belleza pierdan su significado como espacio de diálogo, resistencia y conversación creativa entre las mujeres negras, ahora seducidas por el mundo blanco y sometidas a la tiranía de sus patrones estéticos:

Era claramente un proceso en el que de lo que se trataba era de que las mujeres negras estaban cambiando su apariencia para imitar las apariencias de los blancos. Esta necesidad de tener una apariencia lo más parecida a la de los blancos, de tener una apariencia inocua, está relacionada con el deseo de triunfar en el mundo blanco (hooks, 2005, p. 7).

Walker (2007) responde a la crítica expresada por Angela Davis en contra del uso del peinado “afro” o *black power*, despojado de su contenido político original. La autora defiende la posibilidad de que coexistan dimensiones políticas y fenómenos de moda en relación con el peinado “afro”, sin que esto reduzca necesariamente el alcance de la crítica política.

Identidades negras y mercado de la apariencia en Brasil

En su investigación doctoral sobre los salones de belleza étnicos en Belo Horizonte, Nilma Gomes define la construcción de identidad como un proceso conflictivo que requiere afirmarse como “yo” frente a un “otro”. La forma como se construye ese “yo” está íntimamente relacionada con la manera como se es visto y nombrado por el “otro”. Todo conflicto de identidad es colectivo, aunque se experimente de manera individual, puesto que confronta

una imagen social con la imagen propia. En ese sentido, la identidad negra en Brasil es vista por esta autora como un proceso construido históricamente en el seno de una sociedad que padece un racismo ambiguo, apoyado en el mito de la democracia racial:

En Brasil, la construcción de la(s) identidad(es) negra(s) pasa por procesos complejos y tensos. Esas identidades fueron (y han sido) resignificadas históricamente, desde el proceso de la esclavización hasta las formas sutiles y explícitas de racismo, la construcción del mestizaje racial y cultural, y las múltiples formas de resistencia negra en un proceso –no menos tenso– de continuidad y recreación de las referencias de identidad africanas. En ese proceso, el cuerpo se destaca como vehículo de expresión y de resistencia sociocultural, pero también de opresión y de negación. En ese proceso de tensión, el pelo, como ícono de identidad, se destaca desde la reinención de peinados africanos, pasando por una estilización propia de lo negro en el Nuevo Mundo, hasta los impactos del blanqueamiento (Gomes, 2006, p. 21).

A lo largo de esta historia, el cuerpo y el pelo son un vehículo de opresión y de negación pero también de resistencia. El pelo crespo es visto como pelo “malo”, en contraste con el pelo “bueno”, liso u ondulado, de las mujeres blancas y mestizas. Para las mujeres y los hombres negros, la manera como su cuerpo y su pelo son percibidos constituye un aprendizaje permanente de las relaciones de raza: “Ser negro [o negra] en Brasil es ‘volverse negro [o negra]’ en un contexto de discriminación” (Souza, 1990, p. 77).

De manera análoga a los activistas afronorteamericanos, el movimiento negro brasileño defiende el uso del pelo crespo, “al natural”, como símbolo de afirmación de una identidad negra.

Cunha explica esta escogencia en términos de estrategia simbólica de inversión del estigma:

El discurso proferido por el movimiento negro busca establecer una regla contraria a la regla vigente; si la regla es alisar el pelo para disimular su condición étnica racial, la contra-regla es afirmar el fenotipo y no alisar el pelo (Cunha, 1991, citado en Figueiredo, 2002, p. 6).

La influencia del movimiento norteamericano *Black is beautiful* de la década de 1960 está presente en las resistencias estéticas afrobrasileñas. La imagen del pelo “natural”, que incluye el corte *black power*, de las trenzas y peinados africanos pasa a ser exaltada como alternativa opuesta al pelo liso y acorde con una nueva conciencia negra. Como lo analiza Santos (2010), el discurso de la naturalidad no implica la ausencia de “interferencias externas”, como lo serían las cremas o los aceites; es ante todo un discurso sobre el simbolismo del pelo que busca diferenciarlo del pelo liso occidental y romper la jerarquización entre pelo “bueno” y pelo “malo”.

No obstante, la política del pelo defendida por los movimientos negros en Brasil no es compartida por la mayoría de las mujeres negras. Como lo mostraré a través de algunos casos, las concepciones de la belleza negra, las prácticas estéticas y las formas de resistir al racismo son variadas y dependen de contextos sociorraciales y culturales particulares, de la posición socioeconómica, la edad o la generación de las mujeres, entre otros factores.

Para las mujeres afrobrasileñas no militantes de Salvador, Bahía, entrevistadas por Ângela Figueiredo (1994), dejar el pelo al natural se hace por “gusto” o por su menor costo, pero la mayoría de las entrevistadas, socializadas en la práctica del alisado, se declara dispuesta a invertir un porcentaje importante de su salario

para conseguir un pelo “bonito”; es decir, un pelo sometido a tratamientos químicos que le den flexibilidad. El pelo era el rasgo fenotípico que más deseaban modificar, hecho que Figueiredo interpreta como expresión de su deseo de acceder a la modernidad.

Nilma Gomes resalta la complejidad de los procesos subjetivos que experimentan las personas negras en un orden social racista y señala la dificultad que tienen muchas mujeres para hablar de su relación con el pelo. Las preguntas sobre el tema generan discursos ambiguos, respuestas confusas y momentos tensos porque remiten a experiencias subjetivas dolorosas, muchas de ellas infantiles, y despiertan sentimientos y emociones que traen a la conciencia “aquello que estaba sumergido en la esfera del inconsciente y que, por eso mismo, es tan difícil de decir” (Gomes, 2002, p. 49).

Por eso la relación con el alisado también puede ser positiva, al proteger de la censura y la burla social, en particular en los medios de socialización temprana como la escuela, como lo revela este testimonio:

Para mi felicidad, mi relación personal como mujer con el pelo crespo fue óptima por el hecho de haber tenido a mi madre, una peluquera establecida en el mercado afro que cuidó siempre de mi pelo, yo nunca sufrí. Ella trató de que yo nunca pasara por las situaciones por las que ella pasó con el pelo crespo, por las dificultades que ella tuvo con su pelo. Entonces, yo nunca tuve problemas con el alisado, toda la vida alisé el pelo. Nunca tuve esos famosos problemas de quemaduras y demás. Siempre tuve mi pelo saludable (F. A., 26 años, peluquera, citada en Gomes, 2002, p. 46).

El desarrollo de un “mercado de la apariencia”, dirigido a la población negra en Brasil, favorece la expansión de servicios profesionales de peluquería. El descubrimiento y expansión de este mercado ocurren durante la década de 1990 y desde entonces los productos de higiene y belleza personal ocupan un lugar central. Figueiredo plantea que la creación de la revista *Raça Brasil* es uno de los hitos de este proceso. En 1997 aparece la *Guía del Círculo Negro*, que ofrece información sobre servicios de profesionales negros. Entre estos, los servicios de cuidado corporal y cosmético representaban cerca del 25 % de los anuncios y los salones de belleza cerca del 14 % (Figueiredo, 2002).

Suely Kofes (1996) observa cómo la revista *Raça Brasil*, a través de una estrategia de mercado, contribuye a producir un efecto de identidad negra, con lo que llena de significados étnicos la noción de raza. El primer número de la revista dice:

“*Raça Brasil* nació para darle a usted, lector, el orgullo de ser negro. Todo ciudadano necesita una dosis diaria de autoestima: verse bonito, con cuatro colores, teniendo éxito, bailando, cantando, consumiendo...”; “Vamos a discutir nuestra identidad, rescatar nuestra herencia cultural y mostrar que la negritud es alegre, rica, linda”; “Queremos esta revista con la cara de nuestra raza: negra, colorida, con balanceo y ‘guinga’, bien brasileña” (citado en Kofes, 1996, p. 299).

La revista defiende los valores igualitarios del capitalismo moderno y el acceso universal a los bienes de consumo, pero simultáneamente afirma una diferencia: la de los ciudadanos negros, la cultura afrobrasileña y la identidad nacional.

Producto del mercado ella misma, la revista, llega como *Raça* al consumidor, a su vez, diferenciado o construyéndose como diferente mediante esta adquisición [...] En este caso, como en las sociedades del don, este producto circula como mercancía y al mismo tiempo expresa y crea personas sociales: los “negros brasileños” (Kofes, 1996, p. 301).

Del mismo modo, Fry, citado por Pinho (2002), anota que las inversiones de los medios de comunicación y la publicidad contribuyen a constituir simbólicamente un “nuevo segmento social”: una clase media negra, identitaria y polarizada en relación con los blancos y, al mismo tiempo, diferenciada de la tradición de gradualismo racial brasileño:

Yo diría que *Raça Brasil* y los productos que buscan desarrollar una estética negra desempeñan un papel fundamental en la disseminación de una taxonomía bipolar y en la redefinición de “mulatos”, “pardos”, “cafuzos”, “morenos”, toda una gama de categorías raciales tradicionales, en simplemente “negros”. Además, *Raça Brasil* y toda la parafernalia cosmética se esfuerzan bastante por bautizar, crear y transformar a la “clase media negra” de simple hecho estadístico en un hecho socialmente significativo (Fry, 2002, citado en Pinho, 2002, p. 17).

Hacia el año 2000, la Asociación Brasileña de Higiene Personal, Cosméticos y Perfumería mostraba un crecimiento de 60 % en el consumo de productos de belleza entre la población negra, frente a un crecimiento total de 11 %. Figueiredo llama la atención sobre la expansión de la fabricación de productos de belleza: algunas fábricas ya instaladas abren líneas especializadas, al tiempo que aparecen nuevas empresas dirigidas exclusivamente a un

público negro, entre las que destaca la fábrica Umidfca, pionera en esta rama y creada en Bahía en 1994.

Figueiredo (1994) identifica tres tipos de técnicas empleadas por las mujeres afrobrasileñas para embellecer su cabello: el planchado, el trenzado y los tratamientos químicos. Algunos tratamientos se hacían en las casas, con frecuencia en las cocinas, lo que refleja una experiencia similar a la que relata bell hooks (2005) para Estados Unidos, situación analizada también por Lanita Jacob-Huey (2006) en su libro sobre la comercialización de los servicios de cuidado del pelo en las comunidades negras.

Con el auge de la industria de la belleza y el mercado de la apariencia, la oferta de servicios estéticos se amplía y se especializa. Como lo observa Santos (2000), los salones de belleza se vuelven espacios semipúblicos por los que circulan discursos múltiples que van de la reiteración de una conciencia racial a la creación de una nueva estética sin vinculación aparente con la que define la militancia negro-mestiza.

Santos señala que en la década de 1960 existían en São Paulo salones especializados en corte de pelo *black power* y en 1982 se abre, en Copacabana, el salón Afro Day, donde se buscaba poner en práctica la cultura negra y convencer a su clientela de olvidar las “manías de blanquitud” y dejar crecer el pelo naturalmente. En 1988, con ocasión de la conmemoración del centenario de la abolición de la esclavitud, surgen espacios más exclusivos, como el salón de belleza Colonial Black en São Paulo, que propone una moda “afro exótica”, mientras que en los salones más populares de la periferia de las grandes ciudades se exhiben los diplomas de cursos realizados en Dudley University –academia norteamericana a la que me referiré más adelante–, como garantía de modernidad y prueba de la actualización en las tendencias de la industria de la belleza negra internacional (Santos, 2000).

Servicios estéticos y concepciones de la belleza negra en Brasil

Sin pretender abarcar toda la gama de servicios estéticos de cuidado del pelo ofrecidos a la población negra en Brasil, identificaré las experiencias que se distinguen por el tipo de servicio ofrecido, la clientela a la que se dirigen y la concepción de la belleza negra. Aunque privilegiaré la oferta de servicios y la visión de las peluqueras y estilistas, también tendré en cuenta las expectativas de las mujeres que acuden a estos servicios, a veces desde sus propias voces, a veces desde la mirada de las trabajadoras y empresarias de la belleza. Como lo señalé antes, me apoyaré en diversas investigaciones brasileñas y en entrevistas que realicé a cinco mujeres y a un hombre, estilistas negros, en salones afro de Campinas y Belo Horizonte.

Con base en esta información, distinguiré cinco tipos de experiencias: a) la concepción de belleza negra propuesta por el movimiento afrobrasileño de Bahía; b) los salones étnicos inscritos dentro de la industria de la belleza y dirigidos a una clientela mayoritariamente, negra, femenina y de clase media; c) la cadena de salones Beleza Natural como ejemplo de salones especializados en el cuidado del pelo crespo sin alusiones étnicas o raciales; d) el gusto por el *mega hair* y la estética *funk* en Río de Janeiro, y e) un salón de belleza familiar especializado en trenzas y extensiones, en una favela de Belo Horizonte.

Diosas de ébano, carnaval y movimiento negro en Bahía

Una de las dimensiones explícitamente políticas de las luchas en torno a la estética del pelo afro se inscribe dentro de las resistencias del movimiento negro que reivindica una cultura africana ancestral. En Brasil, estas resistencias se afirman con especial

fuerza en Bahía, estado situado en el nordeste del país, que posee los porcentajes más elevados de población negra y es un epicentro de la resistencia cultural afrobrasileña. Existe un vasto campo de estudios sobre la cultura afrobrasileña que desborda los propósitos de este escrito, por lo que me limitaré a retomar algunos elementos relacionados con la idea de belleza negra y el lugar que en ella ocupa el pelo.

Pinho sitúa parte de estas resistencias en el fenómeno del carnaval, inicialmente impulsado como fiesta de la civilización blanca y de la cultura europea trasplantada a Bahía, pero que, a lo largo de un conflictivo proceso histórico, es apropiado por grupos negros hasta transformarlo en expresión de la cultura afrobrasileña. Pinho destaca la creación del grupo *Ilê Aiyê* en 1974 como primera asociación negra dentro del carnaval. Un componente fundamental de la lucha cultural en torno a la identidad africana en Brasil se expresa a través de la música y la danza, “haciendo emerger un nuevo sujeto o un campo de semejanzas donde nuevos sujetos se reconocerán y se formarán dinámicamente” (Pinho, 2002, p. 6).

En ese contexto, la belleza negra surge como reinención diacrítica de la corporalidad afrodescendiente y como expresión de la agencia negra en el escenario del conflicto racial en Salvador. El proceso de reafricanización, liderado por el movimiento negro y el movimiento feminista negro, cuestiona las representaciones de la cultura blanca dominante sobre las mujeres negras, expresadas en los estereotipos de la empleada doméstica, la

mulata¹ o la Bahiana de Acarajé,² que las sitúan en posiciones de subordinación.

El concurso de belleza negra, promovido por el grupo de Ilê-Aiyê desde 1979, y la reinención del pelo negro son dos momentos fundamentales de ese proceso de apropiación negra del carnaval. En los concursos de belleza se elige a la Reina del Ilê, que desfila en el carnaval; las candidatas deben desfilan con ropas “típicas” y peinados elaborados, deben bailar y mostrar orgullo racial (Pinho, 2002, p. 16). En cuanto a la reinención del pelo negro, esta aprovecha sus características de visibilidad y maleabilidad para codificar y revertir significados. Pinho resalta el trabajo de Figueiredo (1994) sobre la economía del trenzado, que muestra la importancia que tuvo, para las mujeres negras jóvenes de Salvador, la ampliación del repertorio de tratamientos para el pelo:

Antes, el cabello de la negra era, digamos, un no-cabello y debía ser alisado con plancha o escondido bajo un turbante como el pelo de la Bahiana de Acarajé; con la revolución estética producida por el *black is beautiful* bahiano, el cabello de la negra se convirtió en la frontera de una lucha simbólica por la afirmación de la belleza negra y, posteriormente, en un concepto cuasi nativo. La belleza negra adquiere una

1 Mariza Corrêa revela cómo la mulata es pensada como “puro cuerpo”, recién salido del estado natural, maliciosa y pura, híbrido que cruza las razas a través del sexo y funda una cultura. Como símbolo gracioso de esta miscegenación, ayuda revelar lo que pretende esconder: el rechazo a la “negra preta” (Corrêa, 1996).

2 Esta última es una figura femenina folclórica, representación por excelencia de Bahía, que reproduce la imagen de la criolla esclava (Pinho, 2002, p. 11).

connotación altamente politizada, porque quiere producir una inversión o una fisura en la cadena de significación que encadenaba negro-primitivo-feo-inferior. Después del Ilê y de sus “negras de trenza”, la mujer negra empezó a contar con otras imágenes de afirmación de la identidad y de construcción de sí ancladas en la reinención del pelo (Pinho, 2002, p. 16).

Este proceso estuvo acompañado de un trabajo microscópico fundamental, realizado por las trenzadoras y peluqueras de barrio que se multiplicaron en la periferia de Bahía, que revirtió la lógica del alisado, visto por las mujeres como incómodo y violento. Con el desarrollo del mercado de la belleza, la estética de la trenza afro es intensamente comercializada, vendida a turistas blancos y negros (Pinho, 2002, p. 17).

Parafraseando a Munanga, Gomes escribe que

descubrir la africanidad presente o escondida en la manipulación del pelo del negro o la negra en la actualidad, y en los peinados que ellos elaboran, constituye una de las preocupaciones primordiales para establecer la fuerza histórica y cultural de ese segmento étnico-racial (2002, p. 50).

En ese contexto se sitúa la historia de la Negra Jhò, figura icónica de estas resistencias, cuya experiencia es analizada por Cruz (2013). La Negra Jhò es propietaria del salón étnico más conocido de Salvador, situado en el barrio Pelourinho, en donde se concentra la cultura afrobrasileña “pública” de la ciudad. Nació en el *quilombo da Muribeca* y es la menor de siete hermanos. La Negra Jhò se considera negra de piel y de corazón; su experiencia y su salón se inscriben dentro de la cultura negra ancestral, del candomblé

y del carnaval afro. Fue elegida *deusa do Ilê*, en el concurso de belleza negra de Ilê Aiyê (Cruz, 2013).

Como activista del movimiento negro, la Negra Jhò posee una comprensión del pelo relacionada con los cultos afrobrasileños que otorgan un significado sagrado a la cabeza: el *orixá* es dueño de la cabeza. De acuerdo con Raul Lody (2004), el *axé*, entendido entre los yorubas como poder vital, fuerza y energía, está centrado en la cabeza, en donde residen los principios generadores y ancestrales.

La Negra Jhò destaca la relación entre el tratamiento del pelo y el afecto, el cuidado y la energía que son transmitidos: a través del pelo, es posible producir una transformación y convertir en diosas a las personas simples. Ella capacitó en el arte del peinado africano y del trenzado a muchas mujeres que trabajan en los salones étnicos de Bahía o de manera autónoma. Parte de ese arte es saber cuándo se puede o no tocar la cabeza de una persona, pues al hacerlo se toca su *ori* y las energías pueden enfrentarse:

Hoy, en cualquier esquina del Pelourinho, usted encuentra mujeres trenzando el cabello que requieren mayor orientación porque cuando uno pone su mano en el “ori” de una persona, eso es respeto, es cariño, es traer su energía y combatir la de la persona, ¿verdad? Eso quiere decir que si yo no estoy bien, no debo tocar la cabeza de nadie; mis chicas ya saben que, para coger o poner su mano en la cabeza de una persona, tienen que pedir *agô*, tienen que pedir permiso, porque quien mueve nuestro cuerpo es el “ori” (Negra Jhò, citada en Cruz, 2013, p. 66).

Pinho diferencia la idea de Belleza Negra que se construye en torno al carnaval y a la cultura afrobahiana, de la que transmiten

revistas como la ya mencionada *Raça Brasil*, dirigida a las clases medias negras. Si bien considera que allí se difunde una Belleza Negra, moderna y orgullosa, esta contrasta con el contexto de la negritud politizada de Ilê y “está presa en un estilo de vida opulento y en la exhibición de bienes como indicador (quizás deseado) de integración social” (Pinho, 2002, p. 18).

Los ejemplos que analizaré a continuación hacen parte de los servicios comerciales de belleza que critica Pinho, pero, como espero mostrarlo, considero que su significado social y humano no puede reducirse a la exhibición de un estilo de vida opulento.

Negritud *fashion* e industria de la belleza en salones étnicos³

Figueiredo señala que el término “étnico” está asociado con estrategias de mercado desarrolladas en la década de 1990 en Brasil. Agrega que, al contrario del término “negro” –que habría surgido “desde abajo” como afirmación identitaria del pueblo brasileño, según el análisis de Fernandes (1978)–, el término “étnico” emerge de “arriba”, en el lenguaje académico, y es adoptado posteriormente por estrategias de mercadeo.

Los salones de belleza que se denominan “étnicos” se caracterizan porque buscan poner en evidencia la especificidad racial de la mayoría de la clientela o de los propietarios, la especialidad de los servicios ofrecidos, orientados al tratamiento del pelo crespo, o la existencia de un proyecto político o cultural de exaltación

3 En este apartado y en el siguiente retomo aspectos desarrollados en el capítulo “Servicios de cuidado y prácticas de reparación frente al racismo: salones de belleza para mujeres negras en Brasil” del libro editado por Adira Amaya, Luz Gabriela Arango, Tania Pérez-Bustos y Javier Pineda, *Género y cuidado: teorías, escenarios y políticas*, Bogotá, Universidad de Colombia, 2018.

de la belleza negra. El término “étnico” se usa con frecuencia como sinónimo de “negro” (Gomes, 2006). Joselio Teles dos Santos (2000) resalta que el término étnico busca ampliar el abanico de clientela a la que se dirigen estos salones de belleza, que no se limitaría a un público que se reconoce como negro o afro. En estos, las imágenes de la belleza negra parecen homogéneas, en cuanto reproducen un ideal que se opone al occidental, pero al observarlas en detalle se encuentra una combinación variada de elementos políticos, estéticos, de moda y mercado.

La “edad de oro” de los salones étnicos en Brasil se sitúa en la década de 1990, periodo en el cual surgen figuras importantes como Betina Borges en Belo Horizonte y se realizan congresos de estilistas, desfiles y concursos de peluquería afro. La institucionalización de políticas públicas orientadas a reconocer la cultura afrobrasileña, después de la proclamación de la Constitución multicultural de 1988, también favorece este auge. La primera feria internacional de cosméticos y de productos afroétnicos Étnica se realiza en 1997 y la Feria Internacional de la Belleza Negra Cosmoétnica tiene lugar en el 2000 (Figueiredo, 2002).

La influencia de la industria de la belleza estadounidense se da a través de los productos, la difusión de estilos de peinados y la formación de estilistas brasileñas en escuelas norteamericanas, como la Dudley Cosmetology University. Este es el caso de Fatima Maria, propietaria del salón Beautiful Black, creado por ella en 1985 en Campinas y especializado en el cuidado del pelo afro. De origen social pobre, Fatima desarrolló una trayectoria exitosa como peluquera, gracias a que tuvo la oportunidad de especializarse en el cuidado del pelo afro en Estados Unidos. Su trayectoria en el oficio comienza a los once años, a través de su gusto por la práctica del trenzado y de su vinculación como ayudante en un salón.

Años después, hace un curso en el SENAC⁴ sobre peluquería tradicional –que no incluye el cuidado del pelo crespo– y solo cuando cumple treinta años conoce a “los americanos” de la escuela de belleza Dudley. Estos la invitan a estudiar en profundidad el cuidado del pelo afro y le ofrecen una beca, que Fatima aprovecha a lo largo de ocho años, en los que pasará temporadas en Estados Unidos adelantando distintos cursos. Esta escuela, especializada en el cuidado del pelo afro, está ubicada en Carolina del Norte y está asociada a la fábrica de cosméticos étnicos Dudley Products Cosmetics.

La marca Dudley fue creada en 1967 por el doctor Joe L. Dudley y la doctora Eunice M. Dudley. Su hija, Ursula Dudley, dirige actualmente la compañía Dudley Beauty Corporation, encargada de distribuir directamente a peluqueros, estilistas, cosmetólogos y escuelas de belleza de Estados Unidos y el mundo cerca de cuatrocientos tipos de productos para el pelo y el cuidado personal.

Una vez terminada su formación en Dudley, Fatima trabajó como técnica e instructora en varias compañías internacionales y brasileñas que elaboraban productos para el cuidado del pelo afro. Dictó cursos y seminarios en varias ciudades de Brasil y en el exterior. Durante la década de 1990 fue propietaria de un salón grande en Campinas con una decena de estilistas y contó entre su clientela con artistas de la televisión, modelos, cantantes, deportistas y otras personalidades afrobrasileñas.

Hizo parte de las estilistas reconocidas en la prensa durante el periodo de auge de los salones “étnicos” y participó en congresos y desfiles en varias ciudades del país, entre ellos, los que lideraba Betina Borges en Belo Horizonte. Durante la primera

4 Es un instituto oficial de formación profesional similar al SENA colombiano.

década del siglo XXI, los salones étnicos parecen haber perdido visibilidad y apoyo financiero de las grandes empresas. En las conversaciones que sostuve con Fatima Maria en el 2013, expresó su nostalgia por el periodo de gloria de los salones étnicos y lamentó que esa actividad se hubiera marchitado en Campinas:

No sé, entonces nos gustaba hacer desfiles, ¿sabe? Trabajar con el negro, ¿sabe? Hacer cosas bonitas. Después, todo eso se fue acabando, no sé decirte por qué. No debería haberse acabado. Elaboraba los modelos, desfilaba, daba clases, hacía fiestas. Pero todo eso se fue acabando. Fue acabando, fue acabando. Yo no te sé explicar. Y hoy Campinas está así: marchita.

Los salones étnicos ofrecen una vasta gama de tratamientos para el pelo: relajamiento, alisado, tinte, extensiones, implantes, entre otros. En su mayoría, exigen productos especializados, que deben ser usados de manera personalizada, adaptada a las características particulares del pelo. En contraste con la mirada racista que percibe de forma homogénea el pelo crespo, las estilistas entrevistadas insisten sobre la gran variedad de texturas y sobre la necesidad de conocerlas bien para poder escoger el producto adecuado y establecer el tiempo justo de aplicación. Los tratamientos químicos exigen conocimientos especializados en el uso de los productos para evitar dañar el pelo o generar su caída, mientras las extensiones e implantes requieren largos procesos y un trabajo minucioso.

En una ocasión, Fatima me mostró el trabajo que hizo a una cliente negra, a quien le puso extensiones en el pelo natural. Me explicó que el pelo es traído de India y que las extensiones duran tres meses; después hay que retirarlas y cambiarlas por otras.

La clienta que estaba atendiendo ya lo había hecho muchas veces. Fatima afirma que quien se pone extensiones no las cambia por ningún otro peinado, porque son cómodas de llevar, no producen dolor de cabeza y responden a la apariencia que exige la sociedad actual, especialmente cuando se trabaja atendiendo al público, como era el caso de su clienta. Me explica que el pelo crespo “nunca va a tener” la misma caída del pelo liso y que pocas personas, aun en el contexto de mestizaje brasileño, son favorecidas con la “mezcla racial justa”:

Nuestro cabello, querámoslo o no, nunca va a tener la misma caída, ¿entiende? Por más que exista una mezcla racial, algunas tienen suerte, otras no. Unas vienen con un pelo más liso, esta niña, por ejemplo; allí la mezcla racial da un pelo maravilloso, ¿entiende? La madre es negra y el padre es claro, bien blanco (Fatima).

Las propietarias y estilistas de los salones étnicos estudiados por Gomes coinciden en su defensa del derecho de las personas negras a la belleza. Sus concepciones estéticas varían pero todas tienden a destacar que el cabello crespo requiere tratamientos especiales. Aunque allí está presente una defensa de su oficio y una estrategia de mercado, el discurso sobre la moda expresa concepciones del pelo crespo y de sus posibilidades estéticas que cuestionan de manera ambivalente las representaciones racistas del pelo crespo como pelo “malo”.

Fatima defiende con entusiasmo su gusto por el trabajo en una peluquería afro, pero estima que las características específicas del pelo crespo son una especie de fatalidad: “El negro es así, lamentablemente”. Para ella, el mayor obstáculo para su profesión en Brasil radica en la dificultad de las personas negras para

aceptar que “tienen la etnia”, que son negras y que su pelo necesita cuidados y productos especializados:

Lo que falta a veces es que las personas acepten. Aceptar que realmente se tiene la etnia, ¿no? Y que tienen que cuidar de su pelo en un salón afro, ¿entiende? ¿Tiene ondulaciones? Es afro. Entonces debe ir a un salón afro. No tiene sentido salir de aquí a un salón de pelo liso en donde no van a saber cuidarlo.

Fatima opina que ese rechazo de la negritud explica los malos procedimientos infligidos a su pelo por las personas negras. Dice que sus clientas “aceptaron su negritud” y reconocen que solo una persona de su mismo color sabe cómo cuidar de su pelo.

En los servicios estéticos, las y los profesionales de la apariencia realizan un trabajo de cuidado que busca el bienestar de cada cliente de manera personalizada. En los salones de belleza dirigidos a una clientela negra, este cuidado adquiere connotaciones particulares, puesto que aquí se trata también de reparar ofensas y sufrimientos infligidos por el sistema de dominación racial, con lo que se ayuda a fortalecer la autoestima de las clientas, como lo expresan las estilistas entrevistadas. Para dar cuenta de esta especificidad, propuse la noción de *trabajo de cuidado reparador* e identifiqué sus dimensiones simbólicas, emocionales y corporales.

Las dimensiones simbólicas desbordan el espacio del salón y contribuyen a transformar la visión negativa sobre las personas y la estética negra, a través de actividades como desfiles, concursos y la oferta de servicios gratuitos a la comunidad. Para Dinho, socio propietario y peluquero de Afro Brasil, la existencia de servicios de peluquería de buena calidad tendría en sí misma un

efecto reparador sobre la estima colectiva: “Hasta el mismo negro se pone contento de saber que existe un salón, así, de punta, para atenderlos, no solo esos saloncitos de periferia” (Dinho).

Las dimensiones emocionales y corporales del cuidado se expresan en la atención que prestan las peluqueras a las clientas antes, durante y después de tratar su cabello. Con ello, buscan tranquilizarlas y acompañarlas en la transformación de su apariencia. Pretenden asimismo fortalecer una nueva visión de sí mismas, de su pelo y de la belleza negra; tratan de producir transformaciones “interiores” y “exteriores” duraderas entre la clientela, que contribuyan también a llevarlas periódicamente al salón.

Antes de definir el tratamiento o el corte, las estilistas dedican tiempo a ayudarlas a hablar sobre su pelo y sus sentimientos en relación con la apariencia. Tratan de construir una relación de confianza con ellas y les proponen una nueva mirada sobre la belleza negra (Gomes, 2006).

El trabajo de cuidado reparador también está presente en las labores de Fatima para responder a los problemas de calvicie de sus clientas negras, blancas y mestizas. Las personas de piel “clara” que la buscan son pocas y van en general porque tienen problemas con el cuero cabelludo o porque tienen que usar prótesis para disimular los efectos de la quimioterapia o la radioterapia. Fatima explica que la autoestima de las personas se afecta mucho cuando pierden el pelo; algunas llegan a su salón con pocas esperanzas y ella inventa alguna solución. Es un reto para ella, tanto por la creatividad, el ingenio y el profesionalismo que demanda, así como por el significado que tiene para las clientas.

Unos grandes conocimientos técnicos, saber-hacer y trabajo emocional se combinan para producir un efecto “reparador” que se ejerce sobre el cuerpo (el cabello dañado o fragilizado) y sobre la autoestima lastimada por un orden social racista.

Estos propósitos reparadores están presentes en la imagen que proyecta la industria de la belleza afronorteamericana. En el caso de la mencionada Dudley Beauty Corporation, en la página web de la compañía, su presidenta es presentada como una brillante psicóloga y abogada de Harvard, creadora de una línea de cosméticos para mujeres “multiculturales” y de la campaña publicitaria “Change Lives by Changing Faces”. La página informa que Ursula Dudley pertenece a la Iglesia Bautista y resalta el propósito que guiaría su vida:

Su propósito principal y definitivo es dar a las mujeres una dosis de esperanza, enriqueciendo sus vidas de modo que cada vez que se miren en el espejo, puedan ver realmente su belleza exterior e interior y puedan saber que ¡Dios no se tomó el tiempo de crear a una don Nadie!⁵

El Instituto Beleza Natural: una cadena de salones para el pelo crespo

Beleza Natural es una cadena especializada en el cuidado del pelo crespo que no hace referencia explícita a la raza, el color de piel o la etnicidad y se destaca por su éxito, su crecimiento, la organización del trabajo y la trayectoria de ascenso social de Zica, socia fundadora de la empresa y antigua empleada doméstica. Zica explica que las razones que la llevaron a abrir el salón apuntaban a tratar no solo la belleza sino los sentimientos de las mujeres de sectores populares, aquellas

5 Así figuraba en la página web de Dudley Beauty Corporation (www.dudleyq.com) en 2016.

que estaban acostumbradas a servir pero no a ser servidas, las mujeres sencillas, el “verdadero Brasil”:

Beleza Natural comenzó con un concepto que no se limitaba a la belleza del pelo, sino que buscaba tratar el alma, el sentimiento, la misma autoestima, buscaba tratar a la clase C como si fuera clase A [...] Entendimos que esa mujer que busca al instituto Beleza Natural es el verdadero Brasil, son mujeres simples que están acostumbradas a servir y no a ser servidas (Cruz, 2013, pp. 83-84).

Una de las socias fundadoras del salón, Leila Vélez, explica que no se definieron como salón afro “porque en Brasil no solo los negros tienen pelo crespo” (citada en Suarez, Casotti y Almeida, 2008).

El primer salón fue inaugurado en 1993 en Tijuca, Río de Janeiro, y en pocos años, su éxito se expresó en una demanda creciente que permitió multiplicar el número de establecimientos. En el 2007, el Instituto Beleza Natural tenía seis salones que atendían cerca de treinta mil clientes mensuales (Suarez, Casotti y Almeida, 2008); en el 2012 eran doce establecimientos con cerca de ochenta mil clientas y en 2014 la cadena poseía dieciséis salones: diez en el estado de Río de Janeiro, dos en Bahía, tres en Sao Paulo y uno en Minas Gerais.

A partir del 2003, la empresa posee su propia fábrica, Cor Brasil, y produce una gama amplia de productos para el cuidado del pelo crespo y rizado que se venden exclusivamente a las clientas en los salones Beleza Natural. El producto estrella es la crema súper-relajante, principal responsable de la transformación del pelo crespo en pelo rizado.

Desde sus inicios, los salones se organizaron bajo un esquema taylorista, inspirado en la cadena de comida rápida McDonald. Al comienzo, abrían en jornadas de doce horas (dos turnos), pero luego ampliaron a dieciséis horas (tres turnos). A diferencia de lo que ocurre en la mayoría de las peluquerías en Brasil, en donde las estilistas son trabajadoras independientes, pagadas por porcentaje, en Beleza Natural las “consultoras de belleza” son asalariadas y están especializadas en distintas etapas del proceso. De acuerdo con Leila Vélez, el 70 % de estas fueron clientas de Beleza Natural (Suarez, Casotti y Almeida, 2008).

Las estilistas deben haber completado el bachillerato, pero no se les exige ninguna experiencia o conocimiento previo en el ramo. La evaluación se basa en los valores y la actitud de la candidata y, en ese sentido, el haber sido clienta indica el interés de la aspirante por el área de la belleza y la existencia de una afinidad previa con los servicios y productos de la empresa, pues “nadie vende lo que no quiere comprar”, explica Leila Vélez. La empresa tiene un centro de entrenamiento en donde las nuevas empleadas reciben cursos de hasta tres meses, según su función, y pasan una prueba antes de empezar a atender clientas.

El cuidado consigo misma es fundamental, ya que eso es lo que tratamos de transmitir a nuestras consumidoras. La consultora de belleza no puede tener un cabello horroroso. Queremos que la clienta llegue y diga “yo quiero tener el cabello de ella” (Leila Vélez, citada en Suarez, Casotti y Almeida, 2008, p. 563).

Según lo anuncia la página web de Beleza Natural, la empresa se dirigió con éxito hacia un público olvidado por el mercado: las personas de pelo crespo o rizado que representarían cerca del

70 % de la población brasileña. La clientela es fundamentalmente femenina, de sectores medios y de las capas superiores de las clases populares. En el salón de Salvador, estudiado por Cruz (2013), el público mayoritario pertenece a las “clases D y E” que, según la clasificación brasileña, en el 2013 percibían ingresos mensuales inferiores a R\$850 (USD 370, aproximadamente).

Beleza Natural ofrece un servicio central: transformar el pelo crespo en rizos suaves que permiten usarlo largo, con un aspecto “natural”. La empresa se presenta como especialista en “soluciones” para ese tipo de pelo, fruto de una investigación de diez años, que llevó a Zica, su fundadora, a encontrar la fórmula de la crema súper-relajante. Ella habría sido la primera en utilizarla y su imagen de mujer bella y sonriente, de pelo largo y rizado se convirtió en el símbolo del salón.

Las instalaciones de los salones Beleza Natural son construcciones modernas y funcionales, decoradas con una estética sencilla, en la que dominan el blanco y el rojo, desprovista de evocaciones étnicas africanas y también de alusiones a la belleza blanca hegemónica. Cruz muestra el efecto positivo de estas instalaciones entre las clientas, al tener acceso a espacios que perciben como lujosos: el salón de Salvador tiene 1800 m² de construcción, distribuidos en tres pisos.

El trabajo está organizado siguiendo los principios fordistas de la línea de montaje: las clientas van circulando entre distintas salas y especialistas a medida que se desarrolla el proceso de transformación de su pelo. De este modo, las 120 empleadas del salón logran atender a cerca de quinientas clientas al día.

Sin nombrar la raza ni la etnia, el discurso publicitario de Beleza Natural ofrece sus conocimientos, su experticia y sus productos especializados para “resolver” los problemas de autoestima de las personas con pelo crespo. De entrada, este tipo de pelo es

visto como problemático y como un elemento que afecta la autoestima. No obstante, el discurso asocia la transformación del pelo por medios químicos con la “belleza natural”, nombre del instituto que se enorgullece de haber ayudado a “millares y millares de personas a hacer una revolución personal, mostrándoles que pueden ser lindas tal como son”.⁶

Si bien se busca transformar el pelo y utilizar productos químicos para ello, el objetivo es también conservar una textura rizada y hacer reconocer su belleza: el salón invita a las clientas a “asumir sus rizos”; se opone al alisado pero no al uso de tratamientos químicos. Cruz (2013) señala que esta apariencia remite a la idea de “*morenidade*”, a la figura de la mulata, belleza mestiza que simboliza a la nación brasileña, representa la democracia racial y el acceso a la modernidad. La exaltación del pelo rizado puede significar simultáneamente el rechazo de signos de pertenencia “negra” como el pelo crespo. No obstante, las clientas entrevistadas por Cruz explican su escogencia de llevar el pelo rizado como una manera de cambiar el estilo *black* por un pelo ondulado que les permitiría obtener mayor éxito en el mercado erótico y en el mercado de trabajo sin afectar su identidad negra.

En el instituto Beleza Natural, varias prácticas tienen un efecto de “reparación simbólica” en relación con el racismo sin proponer una política de identidad negra. Mujeres de sectores populares acceden a un estatus de clientas de la industria de la belleza del que habían sido excluidas: son objeto de una atención profesional en un espacio moderno y en un ambiente que pone en valor la imagen, el trabajo y el éxito de mujeres negras. Además

6 Tal como figuraba en su web (belezanatural.com.br) en 2014.

de la imagen de Zica, se exhiben fotos de las clientas con el pelo rizado y todas las consultoras de belleza son mujeres negras.

Las propietarias de Beleza Natural dicen ser conscientes del racismo y reivindican que sus salones son espacios ajenos a las discriminaciones usuales en el mundo de la belleza:

Quando una mujer negra entra en un salón tradicional, muchas veces se siente discriminada. No solo por la cuestión social, sino también porque su pelo es difícil de manejar y, por eso, los peluqueros muchas veces las miran con una expresión desagradable. Nuestra clienta, independientemente de su clase social, busca rescatar su autoestima. Es una mujer que se asume, está orgullosa de sí misma, cree en la posibilidad de ascenso social, quiere ser bonita a su manera y hacerse respetar (Leila Vélez, citada en Suarez, Cassoti y Almeida, 2008, p. 559)

No obstante, el servicio al cliente se distingue tanto de la atención individual y personalizada, propia de los salones de belleza de clases medias y altas, blancas y mestizas, como del servicio estandarizado que se presta en los salones “*express*” (Arango, 2013). Cruz señala que la división taylorista del trabajo no es percibida negativamente por las clientas de sectores populares, pero a algunas clientas de clase media les disgusta lo que experimentan como despersonalización. Las propietarias del instituto argumentan que la división y la estandarización del trabajo son positivas, no solamente por su eficacia, sino porque permite ofrecer un servicio igualitario, en el que todas las clientas son objeto de los mismos cuidados (Cruz, 2013, p. 54).

En Beleza Natural, el servicio es indudablemente masivo, dado el volumen de la clientela, pero el propósito reparador, la

importancia subjetiva de la transformación buscada y las características sociales, raciales y de género de la mayoría de la clientela contribuyen a producir efectos de solidaridad singulares. Estos se manifiestan en el trabajo emocional, individual y colectivo realizado por trabajadoras y clientas para apoyarse recíprocamente en un proceso de cambio que puede asemejarse a una conversión.

Las dimensiones corporales y emocionales del trabajo de cuidado en Beleza Natural se inician cuando una consultora invita a la clienta a contarle con detalle la historia de su pelo, ofreciéndole permanentemente su comprensión, apoyada en su propia experiencia como mujer negra que ha experimentado los efectos de la estigmatización social. Cuando es necesario cortar el pelo, esta decisión difícil y traumática para muchas de ellas, esta determinación es apoyada emocionalmente por las empleadas y por las otras clientas:

Es una solidaridad que comparte conflictos subjetivos, surgidos de la relación de estas mujeres con el pelo crespo. Es una solidaridad que se establece en el espacio público, entre sujetas desconocidas, a partir del pelo crespo y de los significados negativos que se le atribuyen en la cultura en que vivimos (Cruz, 2013, p. 30).

***Mega hair*, plasticidad y empoderamiento: estética *funk* en Río de Janeiro**

La investigación de Mylene Mizrahi (2015) sobre el gusto en materia de belleza negra y apariencia del pelo entre mujeres afro que hacen parte del mundo de los grupos y artistas de la música *funk* en Río de Janeiro ofrece una perspectiva distinta para entender

las prácticas estéticas de las mujeres negras en Brasil. Su análisis se aleja tanto de una mirada desde el blanqueamiento y del sufrimiento generado por el racismo como de la afirmación afrocentrada de la identidad negra que defienden los movimientos negros.

Mizrahi propone una aproximación a la estética corporal *funk* como proyecto político guiado por estrategias de visibilidad en las que el peinado –en particular las extensiones–, a la manera de otros objetos materiales, dotados de poder simbólico, como un fajo de billetes o un fusil, funcionan como *adornos que generan empoderamiento* (Mizrahi, 2015, p. 32). La búsqueda de desestabilizar una identidad fija, ya sea blanca o negra, se acompaña de un gusto o una estética que haga visible el éxito financiero y la inserción social. Las entrevistadas no quieren encarnar una identidad negra tradicional y por eso evitan los salones “étnicos”, así como aquellos cuyos nombres estén asociados con la raza, lo afro o lo negro.

Las mujeres con las que conversa Mizrahi no solo buscan hacer visible su posición económica exitosa, sino también generar fluidez, lo que desestabiliza la asociación que históricamente vincula pobreza y raza en Brasil: “Una fluidez que resulta de la producción de una apariencia corporal que al mismo tiempo deshace la idea de una identidad negra fija y busca deshacer las representaciones de la escasez que frecuentemente la acompañan” (Mizrahi, 2015, p. 32).

Mizrahi hace referencia a un grupo social de origen popular que se inserta en una actividad artística rentable sin tener que someterse a profesiones poco valorizadas, como el servicio doméstico o vincularse a actividades ilegales. De manera análoga a las clientas de Beleza Natural, para estas mujeres, el estilo ideal del cabello no es liso ni crespo sino rizado, con dos diferencias

fundamentales: la primera es que el medio privilegiado para lograrlo son las extensiones y no el uso constante de un tratamiento “relajante”, como hacen las clientas de Beleza Natural; la segunda es que buscan poder hacer y deshacer los rizos y cambiar de peinado y apariencia con relativa facilidad, todo lo contrario a lo que ocurre en torno al Instituto Beleza Natural, en donde las clientas construyen una identidad común, anclada en una forma única (las *cacheadas*) –con leves variaciones– de llevar el pelo.

Mizrahi propone la noción de “cabellos ambiguos”, para dar cuenta de la búsqueda simultánea de deshacer una identidad negra fija y de apartarse, al mismo tiempo, del gusto hegemónico blanco. Aunque la idea de rizos que caen “naturalmente” es valorada, Mizrahi destaca la concepción de la belleza de las mujeres entrevistadas como algo que no es dado, sino que se produce, posibilidad que se expande cuando se dispone de abundantes recursos económicos. Esta opulencia se expresa especialmente en el uso de estilos de peinado conocidos como *big hair* o *mega hair*, que se logran mediante el uso de extensiones de pelo que producen un efecto de melena abundante y exuberante. Mizrahi relaciona este tipo de apariencia con una historia occidental que ve en el pelo una fuente de empoderamiento y que se expresó en distintos momentos, como en el uso de pelucas por la corte francesa durante los siglos XVII y XVIII, en los peinados femeninos “esponjados” que estuvieron de moda en Estados Unidos en la década de 1950 o en la moda de *imperial hair*, encarnada por Margaret Thatcher en la década de 1970.

Mizrahi trae a colación una dimensión de las desigualdades interseccionales de la industria global de la belleza, al referirse al comercio transnacional, en donde el pelo de las mujeres del tercer mundo es vendido o robado para elaborar pelucas y extensiones para las mujeres del primer mundo:

Las interlocutoras negras con quien mantuve contacto durante el trabajo de campo se apropian de esa apariencia, consumiendo productos que, de acuerdo con Berry, deberían estar destinados a una población femenina blanca. Mientras las mujeres blancas europeas redefinen los sentidos de la colonización al ostentar largas y abundantes melenas, cuando las mujeres negras brasileñas exhiben el mismo tipo de pelo están afirmando, de una manera muy peculiar, una apropiación de productos supuestamente reservados al universo de los blancos o, en última instancia, productos globales. En otras palabras, ellas hacen un uso político de la estética. Irónicamente, al participar en este mismo sistema de comercio transnacional, ellas subvierten la lógica del imperialismo (Mizrahi, 2015, p. 36).

El *mega hair* es ofrecido en los salones de belleza étnicos que estudia Gomes y en los que visité en Campinas. Es parte del repertorio que usa Fatima, en Beautiful Black, para responder a las necesidades de sus clientas de lograr una imagen adecuada para el mercado de trabajo. Para Grace Kelly, estilista en Afro Brasil, treinta años más joven que Fatima y formada en una escuela de belleza tradicional que no incluía el cuidado del pelo crespo, el *mega hair* es una de las expresiones de la versatilidad y el abanico de posibilidades estéticas que ofrece el pelo crespo, superiores a las del pelo liso.

La moda del *mega hair* fue difundida por artistas norteamericanas como Beyoncé y exhibida en la pantalla brasileña poco después por actrices como Taís Araújo. Así lo explica Taninha, peluquera experta entrevistada por Mizrahi, quien afirma que con ese cabello las personas dejan de ser negras y se vuelven morenas o mulatas pero no blancas. Mizrahi destaca la fascinación

por el pelo ondulado, como una actitud que surgió de manera constante durante su investigación etnográfica en Rio. Esta fascinación aparece ligada a la idea de que el pelo abundante y ondulado es un don que algunas tienen la suerte de recibir, pero que también puede ser adquirido. El hecho de que requiera una inversión financiera importante hace que el simple hecho de llevar una cabellera abundante sea indicador de una situación socioeconómica estable o destacada: “Tener un cabello bonito no solo representa una apariencia cuidada, sino que indica que aquella que lo lleva ‘lo está logrando’, es poderosa y puede gastar” (Mizrahi, 2015, p. 38).

De acuerdo con Mizrahi, el gusto por el pelo largo y ondulado mediante procedimientos como el *mega hair* responde a un deseo que no es el de pasar por blanca, sino de abarcar lo blanco e incorporar sus poderes, intención que se expresaría también en las letras de las canciones *funk*.

Luciana: trenzas y globalización en la periferia urbana

Antes de su exaltación por el movimiento negro, la trenza era un peinado fundamental en las comunidades negras y una práctica común en las familias, que se aprendía de generación en generación. Habitualmente eran las madres u otras mujeres quienes trenzaban el pelo de las niñas, experiencia que no siempre era recordada con agrado, por ser un peinado doloroso y demorado. Nilma Gomes afirma que el trenzado juega un papel significativo en la formación de la identidad negra en Brasil:

El uso de las trenzas por los negros, además de cargar con toda una simbología originada en una matriz africana trasladada a Brasil, es también uno de los primeros peinados

usados por las mujeres negras y privilegiados por las familias. En la infancia, hacer las trenzas constituye un verdadero ritual para la familia. Elaborarlas es una tarea aprendida y desarrollada por las mujeres negras (Gomes, 2003, p. 171).

En los barrios populares de las grandes ciudades de Brasil existen servicios estéticos que recogen y resignifican esta tradición y que expresan modos particulares de producir una estética del pelo afro. En ellos se combinan elementos de afirmación de una identidad negra sin retomar enteramente los discursos del movimiento negro ni los de la industria de la belleza.

Peluqueras como Luciana y su hija Brenda, a quienes entrevisté en su casa y salón de belleza en la favela A Serra de Belo Horizonte resignifican la tradición familiar del trenzado al tiempo que se apropian de estilos y técnicas de peinado que circulan en Internet, utilizan las posibilidades que ofrece la industria global de la belleza con insumos como las extensiones de pelo sintético y reinventan el discurso de atención al cliente que difunde esta industria.

Para llegar a la casa de Luciana⁷ en lo alto del morro me acompañó Cheila, rapera y profesora de danza en el centro cultural de la Serra. Es una mujer joven, negra, como la inmensa mayoría de la población del morro, y llevaba el pelo trenzado por Luciana. La subida empinada la hicimos por un estrecho callejón pavimentado que imaginé muy resbaloso en días de lluvia. Mientras subíamos, Cheila tuvo varios encuentros, especialmente con mujeres,

⁷ La visita a Luciana contrastó con las otras experiencias que tuve durante mi estancia en Brasil, ya que fue la única oportunidad que tuve de conocer una favela, gracias a la mediación de Claudia Mayorga, profesora de la Universidad Federal de Minas Gerais.

algunas con hijos pequeños, que bajaban o subían con dificultad. La vista sobre Belo Horizonte era uno de los atractivos del morro que destacó a Cheila y Luciana. Este era un comentario al que seguramente estaban habituadas de parte de los visitantes de las zonas más prósperas de la ciudad y que aceptaban en este espacio mostrando la perspectiva desde distintos lugares. Esta vista, desde arriba, es también una visión desde la precariedad en esa ciudad donde circula mucha riqueza y se experimenta, como en todo Brasil y América Latina, una enorme desigualdad social.

Luciana, una mujer negra, alta y corpulenta, nos recibió con mucha amabilidad; quería dar a conocer su trabajo y destacar sus logros. Me mostró el cuarto que dos años atrás habilitó como salón de belleza, con dos sillas para peinar, con sus espejos respectivos y una gran repisa para el material de trabajo, especialmente las extensiones de pelo sintético.

Su hija, Brenda, es su mano derecha en sentido muy amplio. Fue ella quien me mostró en el computador algunas fotos de trabajos de trenzado hechos por ellas, así como otras imágenes descargadas de Internet. Mientras conversábamos, llegaron dos clientes, hombres jóvenes, con el pelo de largo, que querían hacerse trenzas. Luciana atendió a uno de ellos y Brenda al otro.

En el momento de la entrevista, Luciana tenía treinta y cuatro años y vivía con sus dos hijas. Nació en un barrio popular de Belo Horizonte, su madre trabajó durante muchos años como cocinera en una guardería y después como empleada doméstica; su padre trabajaba en electricidad. Luciana empezó a hacer trenzas a los quince años, arte que aprendió observando el trabajo de su tía y practicando con sus amigas.

La madre de Luciana le dijo que el trenzado podía ayudarle a conseguir algún dinero y ella empezó a cobrar por las trenzas que, en esa época, aún no estaban de moda. Luciana llevaba cerca

de diez años trabajando solo en el trenzado y en el 2013 completó cinco años de haber instalado su propio salón en su casa. Antes de tenerlo, trabajó seis años haciendo trenzas en un salón afro en el centro de la ciudad, pero tuvo que dejarlo debido a un embarazo de riesgo.

Cuando trabajaba en el salón, la dueña no contrataba a nadie y se limitaba a alquilarles una silla. En el salón trabajaban otras cuatro jóvenes: la primera en llegar era sobrina de la dueña y era quien atendía a la primera clienta, después seguían las demás, en orden de llegada. Cada cliente le pagaba directamente a la peinadora y al final de la tarde, la dueña revisaba la agenda, miraba lo que habían hecho, sumaba y dividía. Las peinadoras le entregaban la mitad del dinero recibido durante la jornada.

Cuando Luciana se independizó, sus ingresos fueron muy similares a los que recibía en el salón e incluso mejoraron, pues en el salón había días en que no le llegaba mucho trabajo pero tenía que asumir los gastos de transporte, desayuno, almuerzo y onces: “todo por cuenta nuestra; ella solo alquilaba la silla”.

En su casa, Luciana abre el salón de lunes a sábado y descansa el domingo. Me cuenta que antes trabajaba también los domingos pero se cansaba mucho. Los jueves y los viernes tienen mucho trabajo y a veces se quedan hasta las once de la noche, pues la mayoría de sus clientes acuden cuando salen del trabajo. En el 2013, Luciana ganaba en promedio 1500 o 1600 reales libres (entre USD 650 y 700), descontando el pago a Brenda y los gastos.

Considera que es una buena alternativa de trabajo para ella, que no pudo terminar sus estudios de bachillerato debido a que perdió la visión de un ojo durante un tiempo. Dice que tiene una buena vida: consiguió casa propia, el dinero le alcanza para pagar las cuentas y logró hacer un espacio para el salón. Sin embargo, Luciana tiene algunas enfermedades originadas en su trabajo:

siente hormigueos en las piernas y hay días en que se le hinchan y no se puede mover.

Luciana y Brenda no necesitan muchos instrumentos para su trabajo: fundamentalmente tijeras, extensiones de pelo sintético, peinilla, elásticos y secador. Luciana aprendió a usar secador cuando trabajaba en el salón del centro de Belo Horizonte, pero dice que las jóvenes de la favela no suelen usarlo: mojan el pelo y hacen las trenzas. Luciana opina que es mucho mejor estirar el pelo con secador y que hoy en día así lo enseñan en Internet.

En Belo Horizonte existen cursos para hacer trenzas, *dreads*, peinados y diseños; algunos están dirigidos a niñas de escasos recursos. Luciana aprendió a hacer *dreads* permanentes, pero ya no los hace porque le duele mucho el brazo. Luciana comenta que la gente no reconoce el trabajo tan grande que se requiere: se hacen con aguja y hay que batirlos durante varios días. Al comienzo, ella los ofreció pero las personas no querían pagar el precio que pedía.

Me explica que hacer las trenzas es un poco doloroso pero los clientes se acostumbran; también duele hacer el *mega hair*, pero a las mujeres les gusta mucho. Ese día, Luciana y Brenda lucían un *mega hair* que se hicieron recíprocamente, pero mientras el de Luciana era rizado y castaño claro, el de Brenda era liso y negro. Para hacerlos, compran pelo sintético por kilos: necesitan unos quince kilos semanalmente. Luciana cuenta que antes debía bajar a comprarlo a Belo Horizonte, pero actualmente se lo llevan a la casa y puede organizar mejor el trabajo en el salón y el abastecimiento.

Brenda hizo un curso de peluquería completo y sabe hacer más cosas que Luciana: alisados, cepillados, relajamiento, poner y decorar uñas sintéticas. Todo eso requiere productos más caros, pero generalmente las clientas los traen. Luciana opina que

la visión sobre el peinado y el pelo afro cambió muchísimo: “en un 70 %”, dice. Muchas personas que antes les decían que nunca tendrían el valor de hacerse unas trenzas ya han ido al salón, lo han aceptado y se las han hecho, pero reconoce que todavía hay prejuicios. Piensa que el trabajo de peluquera se ha valorizado mucho:

Yo creo que la valorización del trabajo en sí es tan buena, mejoró tanto porque además de que hay muchas personas buscando hacer cursos, aquí mismo en el barrio, solo en este pedazo donde vivimos, hay unas cinco o seis personas que trenzan [...] Entonces puede ver que la demanda es muy grande (Luciana).

La clientela masculina ha aumentado: muchos varones jóvenes acuden para hacerse trenzas y algunos clientes van al salón a hidratarse el pelo. Luciana observa que los muchachos están siendo más cuidadosos que las chicas con la hidratación de las trenzas y me explica que no solo es un asunto de belleza, sino que ayuda a fortalecer el pelo. Uno de los clientes que estaban atendiendo trabaja como bailarín, a veces se corta el pelo y luego lo deja crecer y se hace trenzas. El otro nunca ha trabajado en danza ni en temas culturales, pero le gustan las trenzas y también cambiar de estilo: se ha hecho corte con diseños, también se tiñó una vez el pelo. Nunca ha tenido dificultades para conseguir empleo por sus trenzas: “Cada uno tiene su estilo”, dice.

La clientela de Luciana y de las otras trenzadoras y peluqueros del vecindario vive en el barrio o sus alrededores. Luciana busca atenderla y hacer todo lo posible para que se sientan bien. Ese sentirse bien se relaciona con una acogida generosa, como si

estuvieran en su casa, lo que demuestra con actos como ofrecerles comida si llegan con hambre y tratándoles siempre con alegría:

LG: ¿Y la atención al cliente? ¿Además de hacer un trabajo muy bonito, muy bien hecho, qué más hace para que regrese la clientela?

L: Hacerlos sentir bien. Aquí yo hablo con todos los que vienen: esta es su casa. Ellos, los que están aquí, no me dejan mentir. Aquí, si estamos comiendo arroz, les ofrecemos y ellos comen. Si llegan y dicen “tengo hambre”, voy a prepararles alguna cosa. Un amigo común me dice que puede haber muchas personas que trenzan el pelo, pero que él siempre volverá aquí porque a él le parece, no solo a él, creo que a las otras personas también les parece... por la forma como trato a las personas, porque aquí somos alegres.

[...] Yo tengo que cuidar el bienestar de mis clientes. Que se sientan a gusto, no solo por la manera de tratarlos, sino porque yo les doy garantía de mi trabajo, yo tengo que garantizarles mi trabajo. También está ese detalle.

Durante mi visita, pude disfrutar de las cualidades de Luciana como anfitriona, su amabilidad y su generosidad.

Reflexiones finales

El concepto de belleza negra, suspendido entre el discurso de reinención de identidad de Ilê-Aiyê y la transformación de la subjetividad por la industria cultural, ha operado a través de estos contextos complejos y volátiles como neutralizador de

antiguos estereotipos producidos como representación de la mujer negra [...] Esta reversión no se realiza sin actualizar otras contradicciones: de un lado, una cierta esencialización de la belleza negra en el discurso visual de Ilê; del otro, una asociación entre belleza y mercancía que, al fin y al cabo, es una fuente y un parámetro de alienación y exclusión.

Pinho (2002)

Mediante las experiencias relatadas y analizadas en este artículo he querido mostrar algunos aspectos de la diversidad de estrategias y significados inscritos en las prácticas y los servicios de cuidado del pelo de las mujeres negras. Dentro de su especificidad histórica y cultural, ni en Brasil ni en Estados Unidos las relaciones entre la estética del pelo afro y la lucha contra el racismo son unívocas u homogéneas. En cada país, el lugar que ocupa el pelo en las construcciones de identidad y en las resistencias al racismo varía a lo largo de la historia, según regiones, grupos socioeconómicos, individuos y colectivos dentro de la comunidad negra.

La afirmación de la belleza negra es transversal en estas luchas y se define de múltiples maneras: como belleza ancestral que emerge de las culturas africanas del peinado, en contraposición a los patrones estéticos blancos; como apariencia femenina moderna, moldeada por profesionales que conocen la especificidad del pelo crespo, desarrollan saberes y productos propios; como afirmación de poder y libertad que juega con múltiples insumos y técnicas de belleza, para modificar la apariencia del pelo y deconstruir la idea de una identidad negra estable; como afirmación del pelo crespo, natural y “rebelde”, que cuestiona las normas de la respetabilidad vigentes en las clases medias; como invención del pelo rizado que suaviza, al tiempo que afirma, una identidad negra o mulata.

El desarrollo de un “capitalismo emocional”⁸ (Hochschild, 2013), que ofrece cuidados, sentimientos e identidades, expande los significados de la inserción de amplias capas de la población en el consumo y la modernidad. Esta investigación se interesó particularmente por las artífices de estas formas de consumo de servicios estéticos, emocionales y culturales: las y los trabajadores de la belleza. La expansión de la industria de la belleza norteamericana blanca dominante y la lucha que entablan profesionales de la belleza negra para desarrollar su propia industria tienen efectos dentro y fuera de los Estados Unidos. En Brasil, sin duda el mercado más grande de América Latina para la industria de la belleza negra, es posible observar estas interacciones, como lo revelan las experiencias de las y los estilistas entrevistados.

La historia señala distintas formas de imbricación entre el mercado y la afirmación de la belleza negra que reconfiguran las desigualdades socioeconómicas entre la población afrodescendiente. La democratización de los servicios de peluquería especializados en pelo crespo y el acceso a los productos de la industria global de la belleza amplían el abanico de posibilidades estilísticas para las mujeres negras urbanas de sectores medios y populares, mientras que algunos grupos socioprofesionales negros, en particular en el mundo de la música, expresan su éxito y distinción mediante el consumo de costosos servicios de peluquería. Simultáneamente, las resistencias estéticas lideradas por el movimiento negro afrocentrado no escapan a los circuitos comerciales y de turismo cultural en ciudades como Bahía.

8 Una de las múltiples caras del sistema económico global, al que también le caben adjetivos como informacional, extractivista, neoliberal, mafioso, armamentista, imperialista, etc.

Como ocurre para la población blanco-mestiza, el desarrollo de la industria de la belleza y la ampliación de las exigencias sociales y laborales en materia de cuidado de la apariencia abren nuevos nichos de empleo para mujeres negras de sectores populares. En condiciones de trabajo que requieren saberes técnicos y comunicativos, resistencia física y emocional, con remuneraciones inequitativas, un número creciente de trabajadoras independientes o “fami-empresarias” aprovechan las oportunidades que ofrece el mercado global, resignifican técnicas tradicionales como el trenzado y participan en la producción de nuevos patrones estéticos.

La expansión extraordinaria y continua de los salones Beleza Natural da cuenta de una estrategia económica y cultural que ha logrado conectarse con sentimientos identitarios y con necesidades de reconocimiento entre las mujeres de sectores medios y populares urbanos. A diferencia de los salones étnicos que apelan a una conciencia negra, la estrategia eufemística de Beleza Natural parece recoger aspiraciones a integrarse en la modernidad y el consumo, al tiempo que da nueva vida a la creencia en la democracia racial y el mestizaje.

En medio de su diversidad, estos servicios se diferencian de los que se ofrecen a la población no marcada racialmente. Situados del lado dominado de las relaciones de raza, sus discursos y prácticas tienen un efecto en el campo de las relaciones raciales y sus concepciones de la belleza negra participan en las luchas simbólicas y las políticas de identidad que se libran en una sociedad que sigue siendo racista. Entre tanto, en el polo dominante de las relaciones de raza, los salones destinados a la minoría “clara” se benefician con el privilegio de encarnar la norma, la normalidad, los valores del individualismo moderno y el consumo, al tiempo que ejercen el poder de relegar a los salones afro del lado de la alteridad.

Las distintas reivindicaciones de la belleza negra configuran un amplio abanico de estilos de apariencia femenina que tienden a recrear el orden de género. Sin embargo, emergen algunas prácticas que desdibujan la frontera entre la estética femenina y masculina, en particular en el uso de trenzas y *dreads*. Un amplio universo de prácticas y significados en torno al cuidado y la apariencia del pelo desborda las experiencias estudiadas. Entre ellos, vale la pena destacar el crecimiento de comunidades virtuales de mujeres jóvenes que afirman una identidad negra, reivindican la belleza del pelo crespo “natural” e intercambian conocimientos sobre la manera de cuidarlo, de asumir cambios en la apariencia y de mejorar la autoestima, en blogs como *Cabelo crespo é cabelo bom* o *Meninas black power*. Sin duda, quedan muchas claves por explorar en las nuevas prácticas estéticas, juveniles y populares.

Bibliografía

- Arango, Luz Gabriela (2013). Emociones, saberes y condiciones de trabajo en los servicios: manicuristas en Colombia y Brasil. *Revista Latinoamericana de Estudos do Trabalho*, 18(30), 103-132.
- Arango, Luz Gabriela (2016a). *Care, émotions et conditions de travail dans les services esthétiques au Brésil*. En Nadya Guimarães, Margaret Maruani y Bila Sorj (dirs.), *Genre, race, classe. Travailler en France et au Brésil* (pp. 277-289). París: L'Harmattan.
- Arango, Luz Gabriela (2016b). Cuidado, emoções e condições de trabalho nos serviços estéticos no Brasil. En Alive Rangel de Paiva Abreu, Helena Hirata y Maria Rosa Lombardi (orgs.), *Gênero, raça, classe. Trabalhar na França e no Brasil* (pp. 223-232). Río de Janeiro: Boitempo.

- Corrêa, Mariza (1996). Sobre a invenção da mulata. *Cadernos pagu*, (6 y 7), 35-50.
- Craig, Maxine (2002). *Ain't I a beauty queen? Black women, beauty, and the politics of race*. Oxford: Oxford University Press.
- Cruz, Cintia (2013). *Os cabelos mágicos: identidades e consumo de mulheres afrodescendentes no Instituto Beleza Natural* (Tesis de maestría). Universidade Federal do Recôncavo da Bahia.
- Fernandes, Florestan (1978). *A integração do negro na sociedade de classes*. São Paulo: Ática.
- Figueiredo, Ângela (1994). *Beleza Pura: símbolos e economia ao redor do cabelo do negro*. (Monografía de grado). Universidade Federal da Bahia.
- Figueiredo, Ângela (2002). Cabelo, cabeleira, cabeluda e descabelada. Identidades, consumo e manipulação da aparência entre os negros brasileiros. En *xxvi Reunião Anual da Associação Nacional de Pós-graduação e Pesquisa em Ciências Sociais*. Caxambu.
- Gill, Tiffany (2001). I had my own business... So I didn't have to worry. Beauty salons, beauty culturists, and the politics of african-american female entrepreneurship. En Philip Scranton (ed.), *Beauty and Business: Commerce, Gender, and Culture in Modern America*. Nueva York: Routledge.
- Gimlin, Debra (2002). *Body Work: Beauty and Self-image in American Culture*. Los Angeles: University of California Press.
- Gomes, Nilma (2002). Trajetórias escolares, corpo negro e cabelo crespo: reprodução cultural? *Revista Brasileira de Educação*, 21, 40-51.
- Gomes, Nilma (2006). *Sem perder a raiz: corpo e cabelo como símbolo da identidade negra*. Belo Horizonte: Autêntica.
- Hochschild, Arlie (2013). Éthique du *care* et capitalisme émotionnel. En Carol Gilligan, Arlie Hochschild y Joan Tronto

- (2013). *Contre l'indifférence des privilégiés. A quoi sert le care*. Paris: Payot.
- hooks, bell (2005). Alisando nuestro pelo. *La Gaceta de Cuba*, 1, 70-73.
- Jacobs-Huey, Lanita (2006). *From the Kitchen to the Parlor. Language and Becoming in African American Women's Hair Care*. Nueva York: Oxford University Press.
- Kofes, Suely (1996). Comentários sobre a revista "Raça Brasil". *Cadernos Pagú*, 6, 297-301.
- Lody, Raul (2004). *Cabelos de Axé: Identidade e Resistência*. Rio de Janeiro: SENAC Nacional.
- Mizrahi, Mylene (2015). Cabelos ambíguos. Beleza, poder de compra e "raça" no Brasil urbano. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 30(89).
- Pinho, Osmundo de A. (2002). Deusas do Ébano: a construção da beleza negra como uma categoria nativa da reafricanização em Salvador. En *xxvi Reunião Anual da Associação Nacional de Pós-graduação e Pesquisa em Ciências Sociais*. Caxambu.
- Rooks, Noliwe M. (1996). *Hair Raising. Beauty, Culture, and African American Women*. Nueva Jersey: Rutgers University Press.
- Santos, Jocélio T. (2000). O negro no espelho: imagens e discursos nos salões de beleza étnicos. *Revista Estudos Afro-Asiáticos*, 38.
- Souza, Neusa Santos (1990). *Tornar-se negro: ou as vicissitudes da identidade do negro brasileiro em ascensão social*. Rio de Janeiro: Graal.
- Suarez, Maribel, Casotti, Leticia y De Almeida, Victor M. (2008). Beleza Natural: crescendo na base da pirâmide, casos de ensino. *Revista de Administração Contemporânea*, 12(2), 555-574.
- Walker, Sussanah (2007). *Style and Status. Selling Beauty to African American Women, 1920-1975*. Kentucky: The University Press of Kentucky.

- Wolcott, Victoria (2001). *Remaking respectability: African American women in interwar Detroit*. The Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Xavier, Giovana (2013). Segredos de penteadeira: conversas transnacionais sobre raça, beleza e cidadania na imprensa negra pós-abolição do Brasil e dos EUA. *Revista Estudos Históricos*, 26(52),429-450.

Sobre las autoras

Luz Gabriela Arango Gaviria

Socióloga feminista de la Universidad Paul Valéry de Montpellier, doctora de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París, se desempeñó como docente en la Universidad Externado de Colombia, Universidad de los Andes y Universidad Nacional de Colombia, en donde trabajó desde 1995 hasta su fallecimiento. Profesora y conferencista invitada en diversas instituciones de América y Europa.

Mara Viveros Vigoya

Economista, Universidad Nacional de Colombia, magíster en Estudios Latinoamericanos (IHEAL, París II) y doctora en Antropología (EHESS, París), es profesora titular de la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia. Durante 16 años fue docente en el Departamento de Antropología de la misma institución.

Luz Gabriela Arango Gaviria, a quien cariñosamente llamábamos Luzga, fue una socióloga feminista excepcional cuya obra marcó un antes y un después en los estudios de género y la sociología del trabajo en América Latina. En esta compilación, que abarca desde 1991 hasta 2018, se entrelazan algunos de sus textos más representativos, un legado intelectual que desafía el androcentrismo y eurocentrismo de las ciencias sociales mientras amplifica las voces y experiencias de las mujeres.

Su pensamiento, siempre riguroso y profundo, se desplegaba con una delicada sensibilidad y un agudo sentido del humor. Para quienes tuvimos el privilegio de compartir su amistad y sus reflexiones, esta obra es más que un homenaje: es un acto de reconocimiento a una vida dedicada a transformar las desigualdades de género y a abrir caminos hacia un mundo más justo y generoso.

Como compiladora y amiga de Luzga, plasmar su legado en estas páginas ha sido un desafío y un privilegio. Este libro invita a redescubrir el impacto de su pensamiento en las luchas feministas y su contribución como una de las pensadoras fundamentales para comprender y transformar nuestra realidad social.

Mara Viveros Vígoya